



Balzac

LA COMEDIA HUMANA

*Los secretos de la
princesa de Cadignan*

y

otras historias



TOMO XVI

Lectulandia

«La inmensidad de un plan que abraza a la vez la historia y la crítica de la Sociedad, el análisis de sus males y la discusión de sus principios, me autoriza, creo yo, a dar a mi obra el título con el que aparece hoy: La Comedia Humana».

Balzac

Lectulandia

Honoré de Balzac

**Los secretos de la princesa de
Cadignan y otras historias**

La Comedia Humana (Editorial Lorenzana) - XVI

ePub r1.1
Titivillus 16.10.15

Título original: *Les Secrets de la princesse de Cadignan, Fascino Cane, Sarrasine, Pierre Grassou, Un homme d'affaires, Un prince de la Bohème, Gaudissart II, Les Employés*
Honoré de Balzac, 1846
Traducción: Antonio Ribera
Edición: Augusto Escarpizo
Diseño de cubierta: Piolin

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



LOS SECRETOS DE LA PRINCESA DE CADIGNAN



LOS SECRETOS DE LA PRINCESA DE CADIGNAN

A Teófilo Gautier

Tras los desastres provocados por la Revolución de Julio, con su secuela de destrucción de numerosas fortunas aristocráticas sostenidas por la Corte, la señora princesa de Cadignan tuvo la habilidad de achacar a los acontecimientos políticos la ruina de su patrimonio, debida en realidad a sus excesivas prodigalidades. El príncipe había abandonado Francia acompañando a la familia real, dejando en París a la princesa, inviolable por el hecho de su ausencia, puesto que las deudas, para cuyo pago era insuficiente la venta de sus propiedades, únicamente gravaban su patrimonio personal. Las rentas del mayorazgo habían sido embargadas. Los negocios de esta gran familia estaban en una situación tan extremadamente grave como los de la rama mayor de los Borbones.

Aquella mujer, tan célebre bajo su primer nombre de duquesa de Maufrigneuse, adoptó entonces la decisión de vivir en un prudente retiro, pretendiendo hacerse olvidar. París se convirtió en escenario de acontecimientos tan vertiginosos, que la duquesa de Maufrigneuse, oculta bajo el nombre de princesa de Cadignan —cambio patronímico ignorado por la mayoría de los actores de la nueva sociedad puesta en escena por la Revolución de Julio— no tardó en convertirse en una extraña.

En Francia, el título de duque posee una indudable primacía sobre todos los demás, inclusive el de príncipe, aunque en pura tesis heráldica, exenta de todo sofisma, los títulos no posean significación alguna al existir una equilibrada igualdad jerárquica entre toda la nobleza.

Esta admirable igualdad fue antaño cuidadosamente mantenida por la Casa de Francia y en nuestros días continúa siéndolo, al menos nominalmente, como lo demuestra el cuidado que tienen los reyes de otorgar sencillos títulos de conde a sus infantes. En virtud de este sistema, Francisco I aplastó el esplendor de los títulos que se daba el pomposo Carlos V firmando una respuesta con estas palabras: «Francisco, señor de Vanves». Luis XI hizo más, al casar a su hija con Pierre de Beaujeu, gentilhomme sin título. Luis XIV desbarató hasta tal punto el sistema feudal, que el título de duque se convirtió en su monarquía en el supremo honor de la aristocracia, y el más envidiado. Sin embargo, existen dos o tres familias en Francia en las que el título de príncipe, antaño ricamente dotado, se pone por encima del de duque. La casa de Cadignan, que posee el título de duque de Maufrigneuse para sus primogénitos, mientras que todos los restantes reciben sencillamente el nombre de caballeros de Cadignan, es una de estas familias excepcionales. Como sucedió en otros tiempos con dos príncipes de la casa de Rohan, los príncipes de Cadignan tenían derecho a poseer un trono en su casa; podían tener pajes y gentilhombres a su servicio. Esta explicación es necesaria, tanto para evitar las necias críticas de los que no saben nada

como para dejar constancia de las grandes cosas de un mundo que, según dicen, desaparece, y que tantos impulsan sin comprenderlo bien. Los Cadignan llevan *oro con cinco losanges de sable enlazados y puestos en faja*, con la palabra MEMINI por divisa, y la corona cerrada, sin sostenedores ni lambrequines. Hoy en día, la gran cantidad de extranjeros que afluyen a París, justamente con una ignorancia casi general de la ciencia heráldica, empiezan a poner de moda el título de príncipe. No hay más príncipes verdaderos que los que tienen posesiones y a los que pertenece el título de alteza. El desdén de la nobleza francesa por el título de príncipe y las razones que tenía Luis XIV para dar la supremacía al título de duque impidieron que Francia reclamara el título de alteza para los pocos príncipes que existen en este país, salvo los de Napoleón. Ésta es la razón por la cual los príncipes de Cadignan se encuentran en una situación inferior, nominalmente hablando, respecto de los demás príncipes del continente.

Las personas pertenecientes a la sociedad llamada del arrabal de Saint-Germain protegían a la princesa con una discreción respetuosa, debida a su nombre, que es de aquellos que siempre serán honrados; a sus cuitas, que nadie discutía, y a su belleza, lo único que conservó de su extinguida opulencia. El mundo, en cuya pomposidad vivió, le agradecía que hubiese corrido el telón de su existencia al enclaustrarse en su casa. Aquello era para ella, más que para cualquier otra mujer, un inmenso sacrificio. Los grandes acontecimientos se han sentido siempre tan vivamente en Francia, que la princesa recuperó con su retiro todo cuanto había podido perder para la opinión pública, durante su época de esplendor. Únicamente veía a una sola de sus antiguas amigas, la marquesa d'Espard; además, no iba a las grandes reuniones ni a las fiestas. La princesa y la marquesa se visitaban por la mañana muy temprano, y como en secreto. Cuando la princesa iba a cenar a casa de su amiga, la marquesa cerraba la puerta. La señora d'Espard se mostró admirable con la princesa: cambió de palco en los Italianos y dejó los estrenos para tomar un palco de platea, de manera que la señora de Cadignan podía ir al teatro sin ser vista y marcharse de incógnito.

Pocas mujeres hubiesen sido capaces de una delicadeza que las hubiese privado del placer de humillar a una antigua rival caída, convirtiéndose en su bienhechora. Salvada de este modo de la necesidad de realizar gastos excesivos en el vestir, la princesa iba en secreto en el coche de la duquesa, ya que jamás hubiera aceptado hacerlo públicamente. Nadie supo jamás de las razones que tuvo la señora d'Espard para comportarse así con la princesa de Cadignan, pero lo cierto es que su conducta fue sublime y durante mucho tiempo llevó aparejada una serie de pequeños detalles, que, aislados, parecen insignificantes; pero que vistos como partes de un todo adquieren un valor gigantesco.

En 1832, los tres años transcurridos cubrieron con su manto de nieve las aventuras de la duquesa de Maufrigneuse, ocultándolos con tal perfección, que era preciso realizar grandes esfuerzos mentales para recordar las aventuras escandalosas de su vida anterior. De aquella reina venerada por tantos cortesanos, cuyas ligerezas

habrían dado material suficiente para escribir varias novelas, se conservaba aún una mujer deliciosamente hermosa, de treinta y seis años, pero con autorización de la madre naturaleza para atribuirse solamente treinta, a pesar de tener un hijo, el duque de Maufrigneuse, que había cumplido ya los diecinueve años. Este joven, bello cual Antinoo, pobre como Job, llamado a lograr grandes éxitos, había sido destinado por su madre como futuro consorte de una rica heredera. Tal vez en este proyecto radicara el secreto de la amistad que reinaba entre ella y la marquesa, pues su salón, considerado como el primero de París, constituía un magnífico campo para que su idolatrado Jorge encontrara una esposa acaudalada. La princesa calculaba que tendrían que transcurrir cinco años antes de que contrajera matrimonio su hijo; años desiertos y llenos de soledad, pues para lograr sus propósitos, era preciso que observara una conducta irrefutable.

La princesa vivía en la rue de Miromesnil, en un hotelito del que, mediante un módico alquiler, ocupaba su planta baja. Supo sacar partido de los restos de su magnificencia. Allí aún alentaba su elegancia de gran dama. Estaba rodeada de las bellas cosas que denuncian un modo de vida superior. En la chimenea podía admirarse una magnífica miniatura, el retrato de Carlos X por *madame* de Mirbel, bajo el que estaban grabadas estas palabras: *Dado por el rey*, y, haciendo juego, el retrato de *Madame*, que se mostró de una excelencia tan particular con ella. Encima de una mesa brillaba un álbum de gran valor, que ninguna de las burguesas que reinan actualmente en nuestra sociedad industrial y alborotada se atrevería a exhibir. Aquella audacia pintaba admirablemente a la mujer. El álbum contenía unos retratos entre los que figuraban unos treinta amigos íntimos que el mundo llamó sus amantes. Semejante cifra constituía una calumnia, pero en lo tocante a una docena, quizá fuese, según decía la marquesa d'Espard, maledicencia de la mejor calidad. Los retratos de Maxime de Trailles, de De Marsay, de Rastignac, del marqués de Esgrignon, del general de Montriveau, de los marqueses de Ronquerolles y de Ajuda-Pinto, del príncipe Galathionne, de los jóvenes duques de Grandlieu, de Réthoré, del bello Luciano de Rubempré y del joven vizconde de Sérizy fueron tratados con una gran coquetería por los pinceles de los más célebres maestros. Como la princesa sólo recibía a la sazón a dos o tres personas de aquella colección, llamaba con gracejo al libro «la compilación de mis errores».

El infortunio hizo de aquella mujer una buena madre. Durante los quince años de la Restauración se había divertido demasiado para pensar en su hijo, pero, al refugiarse en la oscuridad, aquella ilustre egoísta pensó que el sentimiento maternal llevado a su extremo se convertiría en una regeneración de los errores pasados para las personas sensibles, pues éstas lo perdonan todo a una madre excelente. Vertió todo su amor en su hijo, tanto más cuanto que no tenía otra cosa que amar. Jorge de Maufrigneuse es, por otra parte, uno de esos hijos capaces de halagar todas las vanidades de una madre; por lo tanto, la princesa realizó por él toda clase de sacrificios: regaló a Jorge una caballeriza y una cochera, encima de las cuales vivía

en un pequeño entresuelo que daba a la calle, compuesto de tres aposentos deliciosamente amueblados. Se impuso muchas privaciones para que pudiese mantener un caballo de montar, otro para el cabriolé y un pequeño doméstico. En cuanto a ella, sólo tenía su doncella y, por cocinera, a una de sus antiguas criadas. El «tigre» del duque tenía que trabajar entonces un poco rudamente. Toby, antiguo «tigre» del difunto Beaudenord, pues tal fue la broma del buen mundo con aquel elegante arruinado, joven «tigre», que a sus veinticinco años sólo parecía tener catorce, tenía que bastarse para cuidar de los caballos, limpiar el cabriolé o el tílburí, seguir a su amo, arreglar las habitaciones y encontrarse en la antecámara de la princesa para anunciar la visita de algún personaje. Cuando se piensa en lo que fue durante la Restauración la bella duquesa de Maufrigneuse, una de las reinas de París, una reina radiante, cuya lujosa existencia hubiera dado quizá una lección a las más ricas elegantes de Londres, no se podía evitar cierta emoción al verla en su humilde concha de la rue de Miromesnil, a unos pasos de su inmensa mansión, que ninguna fortuna podía habitar y que el martillo de los especuladores ha derribado. La mujer a quien apenas bastaban treinta domésticos para servir convenientemente, que poseía las más bellas salas de recibir de París, los saloncitos más lindos, donde dio fiestas tan magníficas, vivía en un piso de cinco habitaciones: una antecámara, un comedor, un salón, un dormitorio y un tocador, con dos mujeres por todo servicio doméstico.

—¡Ah!, es admirable para su hijo —decía aquella fina comadre que es la marquesa d'Espard—, y admirable sin énfasis; es una mujer dichosa. Nadie hubiera creído jamás que esta mujer tan ligera de cascos fuese capaz de adoptar resoluciones y seguirlas con tanta persistencia; así, no es raro que nuestro buen arzobispo le haya prestado su aliento, se muestre muy complacido con ella y acabe de decidir a la vieja condesa de Cinq-Cygne para que la visite.

Hay que decirlo, sin embargo: es necesario ser reina para saber abdicar y apearse con nobleza de una posición elevada que nunca se pierde totalmente. Sólo aquellos que tienen conciencia de no ser nada por sí mismos manifiestan pesar al caer, o murmuran y evocan un pasado que nunca volverá, al percatarse de que no se asciende dos veces. Obligada a prescindir de las flores raras entre las que tenía la costumbre de vivir y que realzaban tan bien su persona, pues era imposible no compararla a una flor, la princesa supo escoger muy bien su planta baja, donde disfrutaba de un lindo jardincito, lleno de arbustos y cuyo césped, siempre verde, alegraba su apacible retiro. Podía tener unas doce mil libras de renta, pero esta módica cantidad estaba compuesta de un socorro anual prestado por la vieja duquesa de Navarreins, tía paterna del joven duque, y que continuaría recibiendo hasta el día en que éste contrajese matrimonio, y de otra pensión que le pasaba la duquesa de Uxelles desde sus tierras, donde ella hacía economías como sólo saben hacerlas las viejas duquesas, junto a las cuales Harpagon no es más que un aprendiz. El príncipe vivía en el extranjero, a las órdenes constantes de sus señores exilados, compartiendo su mala fortuna y sirviéndolos con una abnegación exenta de cálculo, como el más inteligente

quizá de todos los que les rodeaban. La posición del príncipe de Cadignan continuaba protegiendo a su esposa en París. Fue precisamente en casa de la princesa donde el mariscal al que debemos la conquista de Africa celebró conferencias, durante la intentona de *Madame* en la Vendée, con los principales jefes de la opinión legitimista, pues tan grande era la oscuridad de la princesa y hasta tal punto su desdicha inspiraba confianza al gobierno actual...

Al ver venir la terrible quiebra del amor, esa edad de los cuarenta años, más allá de la cual es ya tan poco lo que las mujeres pueden esperar, la princesa se lanzó al reino de la filosofía. Se puso a leer, ella que durante dieciséis años manifestó el mayor horror por las cosas graves. La literatura y la política son hoy en día para las mujeres lo que era antes la devoción, el último asilo de sus pretensiones. En los círculos elegantes se decía que Diana quería escribir un libro. Desde que la princesa pasó de ser una mujer bella y agraciada a ser una mujer discreta, en espera de pasar completamente, hizo que el hecho de ser recibido en su casa constituyese un honor supremo que distinguía prodigiosamente a la persona favorecida. Al amparo de estas ocupaciones, pudo entretenerse con uno de sus primeros amantes. De Marsay, el más influyente personaje de la política burguesa entronizada en julio de 1830; lo recibió algunas veces por la noche, mientras que el mariscal y varios legitimistas conversaban en voz baja, en su dormitorio, sobre la conquista del reino, que no podía hacerse sin el concurso de las ideas, el único elemento de éxito que los conspiradores habían olvidado. Fue una buena venganza de mujer bonita la que consistió en burlarse del primer ministro haciéndolo servir de biombo para ocultar una conspiración contra su propio gobierno. Esta aventura, digna de los buenos tiempos de la Fronda, constituyó el texto de la carta más ingeniosa del mundo, en que la princesa dio cuenta de las negociaciones a *Madame*.

El duque de Maufrigneuse se fue a la Vendée y pudo regresar en secreto y sin haberse comprometido, pero no sin participar en los sinsabores de *Madame*, quien, por desgracia, lo vuelve a enviar cuando todo parecía perdido. Quizá la vigilancia apasionada de aquel joven ya hubiese desbaratado la traición. Por grandes que hubiesen sido las culpas de la duquesa de Maufrigneuse a los ojos del mundo burgués, la conducta de su hijo las borró sin duda a los ojos del mundo aristocrático. Hubo nobleza y grandeza en el acto de arriesgar así al hijo único y al heredero de una dinastía histórica. Existen ciertas personas, consideradas hábiles, que reparan las faltas de la vida privada por los servicios de la vida política, y viceversa, pero en la princesa de Cadignan no intervino ningún cálculo. Quizá tampoco lo haya en todos cuantos se conduzcan así. Los acontecimientos explican la mitad de estos contrasentidos.

Durante uno de los primeros días agradables del mes de mayo de 1833, la marquesa d'Espard y la princesa, aprovechando la caricia última del sol, daban vueltas —pues, hablando con rigor, no podía decirse que pasearan— por la única senda que rodeaba el césped del jardín. Los rayos reflejados por los muros creaban

una cálida atmósfera en aquel recinto, gratamente perfumado por el aroma suave que se desprendía de las flores, regalo de la marquesa.

—Pronto perderemos a De Marsay —decía *madame* d'Espard a la princesa—, y con él desaparecerá vuestra última esperanza de fortuna para el duque de Maufrigneuse, pues, desde que lo habéis engañado tan lindamente, este gran político vuelve a sentir afecto por vos.

—Mi hijo no capitulará jamás ante la rama menor —replicó la princesa—, aunque tuviese que morir de hambre y yo tuviese que trabajar para él. Pero Berthe de Cinq-Cygne no lo odia.

—Los hijos —observó *madame* d'Espard— no tienen los mismos compromisos que los padres...

—No hablemos más de esto —dijo la princesa—. ¡Será más que suficiente casar a mi hijo con la hija de un herrero, como hizo el pequeño de Esgrignon, si no puedo amansar a la marquesa de Cinq-Cygne!

—¿Lo amasteis? —preguntó la marquesa.

—No —respondió la princesa con gravedad—. El candor de Esgrignon era una especie de tontería de la que me di cuenta demasiado tarde, o demasiado temprano, si lo preferís.

—¿Y De Marsay?

—De Marsay jugó conmigo como si yo fuese una muñeca. ¡Yo era tan joven! Nunca llegamos a querer a los hombres que se erigen en nuestros maestros, pues hieren demasiado nuestras pequeñas vanidades.

—¿Y ese pequeño miserable que se ahorcó?

—¿Luciano? Era un Antinoo y un gran poeta; lo adoré concienzudamente y hubiera podido ser dichosa. Pero él amaba a una joven y le cedí a *madame* de Sérizy... Si él me hubiera querido, ¿Lo habría cedido?

—¡Qué extravagancia! ¡Chocar contra una Ester!

—Ella era más bella que yo —dijo la princesa—. Pronto hará tres años que vivo en una soledad completa —prosiguió tras una pausa—. Pues bien, esta calma no tiene nada de penoso. Sólo a vos me atrevo a decir que aquí he llegado a sentirme dichosa. Estaba hastiada de adoraciones, fatigada sin placer, conmovida en la superficie sin que la emoción me atravesara el corazón. He encontrado pequeños, mezquinos y superficiales a todos los hombres que he conocido; ninguno me ha dado la más pequeña sorpresa; todos se hallaban faltos de inocencia, de grandeza y de delicadeza. Me hubiera gustado sentirme dominada por alguno de ellos.

—¿Es posible que seáis como yo, querida? —dijo la marquesa—. ¿No habéis encontrado nunca al amor cuando tratábais de amar?

—Jamás —respondió la princesa interrumpiendo a la marquesa y poniéndole la mano en el brazo.

Ambas fueron a sentarse en un rústico banco de madera, bajo un macizo de jazmín florecido. Ambas habían pronunciado una de esas frases solemnes para

mujeres que habían llegado a su edad.

—Al igual que vos —prosiguió la princesa— es posible que haya sido más amada que las restantes mujeres; pero, a través de tantas aventuras, he sentido como se me escapaba la felicidad. He cometido mil locuras, pero todas perseguían un fin, fin que, paradójicamente, se tornaba más inalcanzable a medida que iba avanzando hacia él. Siento que en el fondo de mi corazón envejecido todavía palpita una inocencia intacta. Si, bajo tanta experiencia, germina un primer amor que cualquiera podría engañar; del mismo modo que a pesar de tantas fatigas, de tantas ilusiones truncadas, todavía me siento joven y hermosa. Podemos amar sin ser dichosas y podemos ser dichosas sin amar, pero amar y ser dichosas, reunir dos inmensos goces humanos, es un prodigio. Este prodigio no se ha realizado para mí.

—Ni para mí —dijo *madame* d'Espard.

—En mi retiro me persigue un terrible pesar, algo que lamento profundamente: me he divertido, pero no he amado.

—¡Qué increíble secreto! —exclamó la marquesa.

—¡Ah, querida! —respondió la princesa—. Estos secretos sólo podemos confiarlos a nosotras mismas: nadie nos creería en todo París.

—Y si ambas no hubiésemos cumplido ya treinta y seis años —repuso la marquesa—, quizá no nos haríamos estas confidencias...

—¡Sí, cuando somos jóvenes nos domina una fatuidad harto estúpida! —dijo la princesa—. Nos parecemos a esos pobres mozalbetes que juguetean con un mondadientes para hacer creer que han comido muy bien.

—En fin, aquí estamos —respondió con graciosa coquetería la señora d'Espard, haciendo un encantador mohín de inocencia—, y creo que aún estamos lo bastante vivas para tomarnos el desquite.

—Cuando el otro día me dijisteis que Beatriz se fue con Conti, toda la noche estuve pensando en ello —prosiguió la princesa después de una pausa—. ¡Hay que ser muy dichosa para sacrificar así la posición, el futuro, y renunciar para siempre al mundo!

—Es una tontuela —dijo gravemente la señora d'Espard—. La señorita des Touches se alegra mucho de haberse librado de Conti. Beatriz no adivinó hasta qué punto este abandono, realizado por una mujer superior, que no ha defendido ni un solo instante su pretendida felicidad, revelaba la nulidad de Conti.

—¿Así, pues, será desgraciada?

—Ya lo es —repuso la señora d'Espard—. ¿De qué le ha servido abandonar a su marido? Este acto, en una mujer, ¿no es una confesión de impotencia?

—¿Así, creéis que la señora de Rochefide no se decidió a dar este paso por el deseo de gozar en paz de un verdadero amor, de ese amor cuyos goces aún son un sueño para nosotras dos?

—No, se limitó a imitar a la señora de Beauséant y la señora de Langeais, que, dicho sea entre nosotras, en un siglo menos vulgar que el nuestro, hubieran sido,

como vos, por otra parte, unas figuras tan grandes como las de La Vallière, las Montespan, las Diana de Potiers, las duquesas de Etampes y de Châteauroux.

—¡Oh, pero sin el rey, querida! ¡Ah, si pudiese evocar a estas mujeres y preguntarles si!...

—No es necesario que hagamos hablar a los muertos —dijo la marquesa, interrumpiendo a la princesa—; conocemos a mujeres vivientes que son felices. He entablado más de veinte veces una conversación íntima sobre estos temas con la condesa de Montcomet, que desde hace quince años es la mujer más feliz del mundo con ese pequeño Emilio Blondet: ni una sola infidelidad, ni un pensamiento equívoco; hoy están como en el primer día de su matrimonio; pero Siempre nos han molestado o nos han interrumpido en el momento más interesante. Esos afectos tan duraderos, como el de Rastignac y de la señora de Nucingen, o el que siente la señora de Camps, vuestra prima, por su Octave, tienen un secreto, y este secreto lo ignoramos, querida. El mundo nos hace el honor extremado de considerarnos unas mujeres taimadas dignas de la Corte del Regente, y somos tan inocentes como dos pequeñas colegialas.

—Esa inocencia aún me haría feliz —exclamó con sorna la princesa—, pero la nuestra es peor, pues nos hace sentirnos humilladas. ¡Qué se le va a hacer! Ofreceremos esta mortificación a Dios en expiación de nuestras búsquedas infructuosas, pues, querida, no es probable que encontremos, en el otoño de nuestras vidas, la hermosa flor que nos faltó durante la primavera y el verano.

—La cuestión no es ésta —repuso la marquesa después de una pausa llena de meditaciones retrospectivas—. Aún somos bastante hermosas para inspirar una pasión, pero nunca convenceremos a nadie de nuestra inocencia y nuestra virtud.

—Si fuese una mentira, no tardaría en estar adornada por toda clase de comentarios, servida con los lindos preparativos que la harían verosímil, y devorada como una fruta deliciosa, pero... ¡hacer creer una verdad! ¡Ah, aquí han naufragado los más grandes hombres! —añadió la princesa con una de esas finas sonrisas que sólo han podido captar los pinceles de Leonardo de Vinci.

—A veces, los necios aman bien —dijo la marquesa.

—Pero —observó la princesa— por esto los necios carecen de la necesaria credulidad.

—Tenéis razón —dijo la marquesa riendo—. Pero no deberíamos buscar a un necio ni siquiera a un hombre de talento. Para resolver semejante problema nos hace falta un genio. Solamente el genio tiene la fe de la infancia, la religión del amor y se deja vendar los ojos de buena gana. Ved a Canalis y la duquesa de Chaulieu. Si vos y yo hemos encontrado alguna vez hombres de genio, quizá estaban demasiado lejos de nosotras, demasiado ocupados y éramos demasiado frívolas, demasiado aturdidas e impulsivas.

—¡Ah! Sin embargo, no sabéis como deseo conocer el verdadero amor antes de abandonar este mundo —exclamó la princesa.

—No se trata de inspirarlo —dijo la señora d’Espard—, sino de experimentarlo. Yo veo que muchas mujeres no son más que el pretexto de una pasión, en vez de ser su causa y su efecto a la vez.

—La última pasión que inspiré fue algo santo y hermoso —dijo la princesa— y tenía porvenir. La suerte me deparó, esta vez, ese hombre de genio que nos merecemos y que es tan difícil de encontrar, pues hay muchas más mujeres bonitas que genios, pero el diablo se mezcló en la aventura.

—Contadme esto, querida; es algo completamente nuevo para mí.

—No me di cuenta de esta bella pasión hasta mediado el invierno de 1829. Todos los viernes, en la ópera, veía en la orquesta a un joven de unos treinta años que estaba allí por mí, siempre en la misma butaca, mirándome con ojos ardorosos, pero entristecido a menudo por la distancia que mediaba entre nosotros, o quizá también por la imposibilidad de conseguir lo que ansiaba.

—¡Pobre muchacho! Cuando uno ama, hace muchas tonterías —comentó la marquesa.

—A cada entreacto, se deslizaba por el pasillo —prosiguió la princesa sonriendo por el epigrama amistoso con que la marquesa la interrumpió—; luego, una o dos veces, para verme o para que yo le viese, pegaba la nariz al vidrio de un palco que estaba frente al mío. Si yo recibía una visita, lo veía junto a la puerta y entonces podía dirigirme una furtiva mirada; terminó por conocer a los concurrentes habituales a mi palco y los seguía cuando se dirigían a verme, a fin de atisbarme por la puerta entreabierta. Sin duda el pobre joven no tardó en saber quién era yo, pues conocía de vista a la señora de Maufrigneuse y a mi suegro. A partir de entonces encontré a mi misterioso desconocido en los Italianos, en una butaca, desde la que podía admirarme de cara, en un éxtasis ingenuo: ¡qué agradable resultaba! A la salida de la Ópera, y a la de los Bufones, lo veía plantado entre el gentío, inmóvil sobre sus dos piernas: le daban codazos, pero él no se apartaba. Sus ojos perdían parte de su brillo cuando me veía apoyada en el brazo de algún favorito. Por otra parte, ni una palabra, ni un billete ni la menor demostración. Hay que reconocer que tenía buen gusto. Algunas veces, al volver a mi casa de madrugada, encontraba a mi admirador sentado en uno de los mojones de la puerta cochera. Aquel enamorado tenía unos ojos muy bellos, una barba poblada y larga, recortada en abanico, perilla bajo el labio inferior, bigote y patillas; de su cara sólo se veían unos pómulos blancos y una frente hermosa y despejada; una verdadera testa antigua, en fin. El príncipe, como sabéis, defendió las Tullerías por el lado de los muelles del Sena durante los sucesos de Julio. Cuando todo estaba perdido, volvió por la noche a Saint-Cloud y me dijo: «Querida, a las cuatro por poco me matan. Uno de los insurgentes me apuntaba, cuando un joven de largas barbas, que creo haber visto en los Italianos y que dirigía el ataque, desvió el cañón del fusil». El disparo alcanzó a otro, un sargento del regimiento, que estaba a dos pasos de mi marido. Este joven debía de ser sin duda un republicano. En 1831, cuando vine a instalarme aquí, le encontré con la espalda apoyada en la pared de esta

casa; parecía alegrarse de mis desastres, pues quizá consideraba que nos acercaban, pero desde el combate de Saint-Merri no he vuelto a verle: pereció en él. La víspera de los funerales del general Lamarque salí a pie con mi hijo, y mi republicano nos siguió, unas veces delante y otras detrás, desde la Madeleine hasta el pasaje de los Panoramas, adonde yo iba.

—¿Eso es todo? —preguntó la marquesa.

—Todo —respondió la princesa—. ¡Ah! La mañana de la toma de Saint-Merri, un golfillo quiso hablarme en persona, y me entregó una carta escrita en papel corriente, firmada con el nombre del desconocido.

—Mostrádmela —dijo la marquesa.

—No, querida. Este amor fue demasiado grande y demasiado santo en el corazón de aquel hombre para que yo viole su secreto. Esta carta, breve y terrible, aún me remueve el corazón cuando pienso en ella. Este hombre muerto me causa más emoción que todos los vivos que he distinguido; me vuelve constantemente al pensamiento.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó la marquesa.

—¡Oh, tenía un nombre bien vulgar! Miguel Chrestien.

—Habéis hecho bien en decírmelo —repuso con vivacidad *madame d'Espard*—, pues he oído hablar con frecuencia de él. Este Miguel Chrestien era amigo de un hombre célebre que vos conocéis: Daniel d'Arthez, que me visita una o dos veces cada invierno. Este Chrestien, que, en efecto, murió en Saint-Merri, no se hallaba desprovisto de amigos. Oí decir que era uno de esos grandes políticos a los que, como a De Marsay, sólo les falta la ayuda de unas circunstancias favorables para convertirse de golpe en lo que deben ser.

—Así, vale más que haya muerto —dijo la princesa con un aire melancólico bajo el que trató de ocultar sus pensamientos.

—¿Queréis encontraros una noche con d'Arthez en mi casa? —le preguntó la marquesa—. Así podréis hablar de vuestro Miguel.

—Con mucho gusto, querida.

Pocos días después de esta conversación, Blondet y Rastignac, que conocían a d'Arthez, prometieron a la señora d'Espard que lo convencerían para que fuese a cenar a su casa. Esta promesa hubiera pecado sin duda de imprudente sin mencionar a la princesa, cuya presencia no podía dejar indiferente al gran escritor.

Daniel d'Arthez, uno de esos hombres tan raros en nuestros días que unen a un hermoso carácter un gran talento, había obtenido no solamente toda la popularidad a que le hacían acreedor sus obras, sino también una estima respetuosa a la que las almas selectas nada podían añadir. Es indudable que su reputación aún irá en aumento, pero ha alcanzado todo su desarrollo a los ojos de los entendidos: es uno de esos autores que, tarde o temprano, ocupan el lugar que verdaderamente les corresponde, y que saben mantenerse en él. Gentilhombre pobre, comprendió su época basándolo todo en su formación personal. Luchó durante mucho tiempo en las

arenas parisienses, contra la voluntad de un tío rico que, por una contradicción que la vanidad se encarga de justificar, después de dejar que se hundiese en la más rigurosa miseria, legó al hombre célebre la fortuna que negó despiadadamente al escritor desconocido. Este súbito cambio no alteró las costumbres de Daniel d'Arthez: continuó su labor con una gran sencillez digna de los tiempos antiguos y se impuso nuevos trabajos al aceptar un escaño en la Cámara de los Diputados, donde se sentó en el lado derecho.

Cuando alcanzó la gloria empezó a frecuentar con moderación el mundo. Uno de sus viejos amigos, el gran médico Horacio Bianchon, le presentó al barón de Rastignac, subsecretario de Estado en un ministerio, y amigo de De Marsay. Aquellos dos políticos se facilitaron, muy noblemente, el que Daniel, Horacio y algunos íntimos de Miguel Chrestien retirasen el cadáver del infortunado republicano, que yacía en la iglesia de Saint-Merri, para rendirle las honras fúnebres. El reconocimiento por este favor que tanto contrastaba con el rigor administrativo desplegado en esta época, en que las pasiones políticas se desencadenaron con tanta violencia, unió por así decir a d'Arthez con Rastignac. El subsecretario de Estado y el ilustre ministro eran demasiado hábiles para desaprovechar esta circunstancia: así también se ganaron algunos amigos de Miguel Chrestien, que por otra parte no compartían sus opiniones y que desde entonces se convirtieron en personas adictas al nuevo Gobierno. Uno de ellos, Leon Giraud, que primero fue nombrado ministro de Justicia, llegó a ser consejero de Estado. La existencia de Daniel d'Arthez está consagrada totalmente al trabajo, sólo ve la sociedad fugazmente, la mujer es para él como un sueño. Su casa es un convento donde hace una vida de benedictino: hay siempre la misma sobriedad en su régimen y la misma regularidad en sus ocupaciones. Sus amigos saben que hasta el momento actual la mujer no ha sido para él más que un accidente siempre temible y la ha observado demasiado para no temerla, pero a fuerza de estudiarla ha acabado por no conocerla, y semejándose a los sagaces tácticos que siempre resultan derrotados en terrenos imprevistos, donde sus axiomas científicos resultan modificados y contrariados. Ha continuado siendo el niño más cándido sin dejar de ser el observador más instruido. Este contraste, en apariencia imposible, es muy explicable para quienes han podido medir la profundidad que separa a las facultades de los sentimientos: aquéllas proceden de la cabeza y éstas del corazón. Se puede ser un gran hombre y un malvado, como se puede ser un bobo y un amante sublime. D'Arthez es uno de esos seres privilegiados en los que la finura de ingenio y la amplitud de las cualidades del cerebro no excluyen la fuerza ni la grandeza de los sentimientos. Por un raro privilegio, es, a la vez, hombre de acción y hombre de pensamiento.

Su vida privada es noble y pura. Si hasta entonces había esquivado cuidadosamente al amor, se conocía bien y sabía de antemano el poder que tendría una pasión sobre él. Durante mucho tiempo, las tareas abrumadoras con que preparó el sólido terreno en el que se asientan sus gloriosas obras, junto con el frío de la

miseria, fueron un maravilloso preservativo. En cuanto logró el bienestar, tuvo la más vulgar e incomprensible aventura con una mujer bastante bella, pero que pertenecía a la clase inferior, sin instrucción alguna, sin modales y que ocultó cuidadosamente a todas las miradas. Miguel Chrestien admitía que los hombres geniales tenían el poder de transformar a las criaturas más zafias en sílfides, a las necias en mujeres discretas y a las campesinas en marquesas: cuantas más prendas tenía una mujer, más perdía a sus ojos, pues, según él decía, su imaginación ya no podía ejercitarse. También según él, el amor, simple necesidad de los sentidos para los seres inferiores, era para los seres superiores la creación moral más inmensa y cautivadora. Para justificar a d'Arthez sacaba a relucir el ejemplo de Rafael y la Fornarina. Hubiera podido presentarse como modelo de este caso, pues él veía un ángel en la duquesa de Maufrigneuse. La extravagante fantasía de d'Arthez podía justificarse además de otras muchas maneras: quizá desesperó al principio por no encontrar en este mundo a una mujer que respondiese a la deliciosa quimera que todo hombre inteligente sueña y acaricia; quizá tuviese un corazón demasiado susceptible, demasiado delicado para entregarlo a una mujer cualquiera; tal vez prefiriese, tras dar su parte a la naturaleza y conservar sus ilusiones mientras cultivaba su ideal; acaso hubiese esquivado el amor, considerándolo incompatible con sus trabajos, con la regularidad de una vida monacal, que la pasión hubiera desordenado. Desde hacía algunos meses, d'Arthez era el blanco de las burlas de Blondet y Rastignac, que le reprochaban no conocer el mundo ni las mujeres. A su modo de ver, sus obras eran ya tan numerosas y avanzadas, que podía permitirse algunas distracciones: tenía una hermosa fortuna y vivía como un estudiante; no disfrutaba de nada, ni de su oro ni de su gloria; ignoraba los goces exquisitos de la pasión noble y delicada que algunas mujeres bien nacidas y exquisitamente educadas inspiraban o sentían... ¿No era indigno de él no haber conocido más que el aspecto más grosero del amor? El amor, reducido a lo que de él hacía la naturaleza, era a sus ojos la forma más estúpida del mundo. Una de las glorias de la sociedad es la de haber creado *la mujer* allí donde la naturaleza hizo simplemente una hembra; en haber creado la perpetuidad del deseo a pesar de que la naturaleza sólo pensó en perpetuar la especie; en haber, en fin, inventado el amor, la más bella religión humana. D'Arthez no sabía nada de las encantadoras delicadezas de lenguaje, de las pruebas de afecto que daban sin cesar el alma y el espíritu, de los deseos ennoblecidos por los modales, de esas formas angélicas prestadas a las cosas más groseras por las mujeres decentes. Tal vez conociese a la mujer, pero ignoraba a la divinidad. Hacen falta cantidades prodigiosas de arte, muchos bellos atavíos del alma y del cuerpo para que una mujer sepa amar de modo auténtico.

Por último, al elogiar las deliciosas depravaciones de pensamiento que constituyen la coquetería parisiense, aquellos dos corruptores compadecían a d'Arthez, que se mantenía con alimentos sanos y sin ningún condimento, por no haber saboreado las delicias de la alta cocina parisiense, estimulando así vivamente su curiosidad. El doctor Bianchon, confidente de d'Arthez, sabía que su curiosidad se

había despertado al fin. Las largas relaciones del gran escritor con una mujer vulgar, en vez de hacérsele agradables por la fuerza de la costumbre, se le hicieron insoportables; pero se hallaba retenido por la excesiva timidez que se apodera de todos los hombres solitarios.

—¿Cómo es posible —decía Rastignac— que cuando se tiene derecho a llevar *tronchado de gules y de oro con un besante y un turtó de uno a otro* no se haga brillar este viejo escudo picardo en un coche? Tenéis treinta mil libras de renta y lo que produce vuestra pluma; habéis justificado vuestra divisa, que forma el juego de palabras tan buscado por nuestros antepasados: *ARS THEsaurusque virtus*, y no lo paseáis por el bosque de Bolonia. Estamos en un siglo en que la virtud debe exhibirse.

—Si leyeseis vuestras obras a esa especie de gruesa Laforet que hace vuestras delicias, os perdonaría que la conservaseis a vuestro lado —dijo Blondet—. Pero, querido amigo, si en lo material estáis a pan y agua, por lo que se refiere al espíritu no tenéis ni siquiera pan...

Aquella pequeña guerra amistosa ya duraba desde hacía algunos meses entre Daniel y sus amigos, cuando la señora d'Espard pidió a Rastignac y Blondet que convenciesen a d'Arthez para que fuese a cenar a su casa, diciéndole que la princesa de Cadignan sentía un vivo deseo de conocer a aquel hombre célebre. Esta clase de curiosidad es, para algunas mujeres, lo mismo que la linterna mágica para los niños, o sea un placer para los ojos, bastante mísero y lleno de desencantos. Cuanto más sentimientos excite un hombre inteligente a distancia, menos responderá a ellos visto de cerca; cuanto más brillante haya sido en sueños, más apagado aparecerá en la realidad. A este respecto, la curiosidad desilusionada llega con frecuencia hasta la injusticia. Ni Blondet ni Rastignac podían engañar a d'Arthez, pero le dijeron riendo que se le ofrecía la más seductora ocasión de limpiarse de mugre el corazón y de conocer las supremas delicias que proporcionarle el amor de una gran dama parisiense. La princesa estaba claramente prendada de él y no tenía nada que temer, pues sólo podía salir ganando con aquella entrevista; sería imposible descenderla del pedestal al que la señora de Cadignan la había elevado. Ni Blondet ni Rastignac vieron el menor inconveniente en atribuir este amor a la princesa; podía soportar bien aquella calumnia puesto que su pasado ya había dado lugar a numerosas anécdotas semejantes. Ambos se turnaron para contar a d'Arthez las aventuras de la duquesa de Maufrigneuse: sus primeras ligerezas con De Marsay, sus segundas inconsecuencias con De Ajuda, al que apartó de su mujer, vengando así a *madame* de Beauséant; su tercera aventura con el joven de Esgrignon, que la acompañó a Italia y se comprometió horriblemente por ella; luego, de cómo fue desgraciada con un célebre embajador y feliz con un general ruso; de cómo fue la musa Egeria de dos ministros de asuntos extranjeros, etc. D'Arthez les dijo que había sabido más cosas sobre ella mediante su pobre amigo Miguel Chrestien que todo cuanto ellos podían contarle, que la adoró en secreto durante cuatro años, llegando hasta el borde de la locura.

—Acompañé con frecuencia a mi amigo a los Italianos y a la Opera —dijo Daniel—. El desdichado corría conmigo por las calles tan de prisa como los caballos para admirar a la princesa a través de los vidrios de su cupé. El príncipe de Cadignan debe la vida a este amor, pues Miguel impidió que un pilluelo lo matase.

—Bien, aquí tenéis un tema a punto —dijo Blondet sonriendo—. Ésta es la mujer que os hace falta: sólo será cruel por delicadeza y os iniciará muy graciosamente en los misterios de la elegancia; mas precaveros: ¡ha devorado muchas fortunas! La bella Diana es una de esas derrochadoras que no cuestan un céntimo, pero por la que se gastan millones. Entregaos a ella en cuerpo y alma, pero guardad bien apretado vuestro dinero, como el viejo del *Diluvio* de Girodet.

Después de esta conversación, la princesa tenía la profundidad de un abismo, la gracia de una reina, la corrupción de los diplomáticos, el misterio de una iniciación y el riesgo de las sirenas. Aquellos dos hombres de talento, incapaces de prever el desenlace de semejante broma, terminaron por convertir a Diana de Uxelles en la parisiense más monstruosa, la más hábil coqueta y la más embriagadora cortesana del mundo. Aunque tuviesen razón, la mujer que ellos trataban tan ligeramente era santa y sagrada para d'Arthez, cuya curiosidad no tenía necesidad de excitantes; consistió en ir la primera vez que se lo propusieron, y los dos amigos no deseaban otra cosa de él.

La señora d'Espard fue a ver a la princesa así que tuvo la respuesta.

—Querida, ¿os sentís bella y coqueta? —le dijo—. Venid dentro de algunos días a cenar a mi casa; os serviré a d'Arthez. Nuestro genio tiene una naturaleza de lo más salvaje; teme a las mujeres y no ha amado nunca. Éste será vuestro tema. Es excesivamente espiritual, de una simplicidad que engaña, haciéndonos prescindir de toda desconfianza. Su penetración, totalmente retrospectiva, actúa después y desbarata todos los cálculos. Un día se dejará sorprender, pero al siguiente ya no podréis engañarlo.

—¡Ah —dijo la princesa—, cuánto me divertiría si sólo tuviese treinta años! Lo que hasta ahora me ha faltado ha sido un hombre inteligente para medirme con él. No he tenido más que compañeros; nunca adversarios. El amor fue para mí un juego en vez de ser un combate.

—Querida princesa, reconoced que soy muy generosa, pues ya sabéis que el amor bien entendido...

Ambas mujeres se miraron riendo y tomándose las manos, se las estrecharon con amistad. Ciertamente, ambas se habían confiado secretos importantes, y no les importaba un hombre más o menos ni un favor más, pues para que las amistades sean sinceras y duraderas entre mujeres es necesario que estén cimentadas sobre pequeños crímenes. Cuando dos amigas pueden matarse recíprocamente y se ven con un puñal envenenado en la mano, ofrecen el espectáculo conmovedor de una armonía que no se altera más que en el momento en que una de ellas, por inadvertencia, suelta su arma.

Ocho días después se celebró en casa de la marquesa una de esas veladas llamadas de diario, reservadas para los íntimos y a las que sólo se acude por invitación verbal, y durante las cuales la puerta permanece cerrada. Aquella velada se dio para cinco personas: Emilio Blondet, la señora de Montcornet, Daniel d'Arthez, Rastignac y la princesa de Cadignan. Contando a la señora de la casa, había tantos caballeros como damas. El azar nunca se había permitido preparativos más sabios que los que efectuó para el encuentro de d'Arthez y *madame* de Cadignan. La princesa aún pasa por ser hoy en día una de las mayores autoridades en atavío femenino, arte que para las mujeres tiene importancia capital. Lucía un vestido de terciopelo azul con grandes mangas colgantes, de corsé aparente, uno de esos camisolines de tul ligeramente fruncido y bordado en azul, que subía hasta cuatro dedos del cuello, cubriéndole los hombros, como se ve en algunos retratos de Rafael. Su doncella la había peinado con unos brezos blancos hábilmente colocados entre sus cascadas de cabellos rubios, una de las bellezas a las que debía su celebridad. Ciertamente, Diana no parecía tener más de veinticinco años. Cuatro años de soledad y de reposo habían devuelto la lozanía a su cutis. ¿No existen, además, unos momentos en que el deseo de agradar infunde un aumento de belleza a las mujeres? La voluntad no deja de ejercer influencia en las variaciones del rostro. Si las emociones violentas tienen el poder de conferir un tono cetrino a la tez blanca de las personas de temperamento sanguíneo y melancólico, o bilioso en las personas linfáticas, ¿por qué no conceder al deseo, a la alegría y a la esperanza la facultad de aclarar la tez, de dotar a la mirada de un vivo resplandor, de animar la belleza con una luz radiante como la de una hermosa mañana? La blancura tan célebre de la princesa adquirió un tono sazonado que le prestaba un aire augusto. En aquel momento de su vida, afligida por tantos exámenes de conciencia y por graves pensamientos, su frente soñadora y sublime armonizaba admirablemente con su mirada azul, lenta y majestuosa. Al fisonomista más hábil le hubiera sido imposible imaginar cálculos y decisión ocultos bajo aquella inaudita delicadeza de las facciones. Hay rostros femeninos que engañan a la ciencia y burlan a la observación por su calma y su finura; sería necesario examinarlos cuando hablan las pasiones, lo cual es difícil; o cuando ya han hablado, lo que no sirve de nada, pues entonces la mujer es vieja y no lo disimula. La princesa es una de estas mujeres impenetrables, capaz de convertirse en lo que desea: alocada, niña, inocente hasta un extremo desesperado; o ladina, seria y profunda hasta llegar a producir inquietud.

Fue a casa de la marquesa con la intención de ser una mujer dulce y sencilla que sólo conocía las decepciones de la vida, una mujer llena de alma y calumniada, pero resignada; un ángel dolorido, en resumen. Llegó temprano, a fin de que la encontrasen sentada en el sofá, al amor de la lumbre y al lado de la señora d'Espard; quería que la vieses en una de aquellas actitudes en que el arte se oculta bajo un natural exquisito, una de esas poses estudiadas, rebuscadas, que ponen de relieve esa bella línea serpentina que se inicia en el pie, asciende graciosamente hasta la cadera y continúa con admirables redondeces hasta los hombros, ofreciendo a la mirada todo

el perfil del cuerpo. Una mujer desnuda sería menos peligrosa que una falda tan sabiamente extendida, que posee la coquetería del doble juego de ocultar y revelar. Con un refinamiento que muchas mujeres no hubieran sido capaces de inventar, Diana, con gran estupefacción por parte de la marquesa, se hizo acompañar por el duque de Maufrigneuse. Tras una momentánea reflexión, *madame* d'Espard oprimió la mano de la princesa dirigiéndole una mirada de inteligencia:

—¡Os comprendo! Haciendo aceptar a d'Arthez todas las dificultades desde el primer día, después no tendréis que vencerlas.

La condesa de Montcornet vino con Blondet, Rastignac trajo a d'Arthez. La princesa no hizo al hombre célebre ninguno de esos cumplidos con que lo abrumaban las personas vulgares, pero le tuvo aquellas atenciones llenas de gracia y de respeto que debían ser el último término de sus concesiones. Sin duda se mostraba igual con el rey de Francia y con los príncipes. Se mostró contenta de ver al gran hombre y satisfecha de haberlo buscado. Las personas de buen gusto, como la princesa, se distinguen sobre todo por su manera de escuchar, por una afabilidad exenta de ironía, que es a la cortesía lo que la práctica a la virtud. Cuando el hombre célebre hablaba, ella adoptaba una pose atenta mil veces más halagadora que los cumplidos mejor sazonados. Aquella presentación mutua se hizo sin énfasis y con decoro por parte de la marquesa. Durante la cena, d'Arthez fue colocado al lado de la princesa, quien, en vez de imitar las exageraciones en lo tocante a la dieta que se permiten las remilgadas, comió con buen apetito y se tuvo muy honrada con mostrarse natural, sin modales extraños. Entre un plato y el siguiente, aprovechó un momento en que la conversación se generalizaba para llevar aparte a d'Arthez.

—El secreto del placer que me he procurado al hallarme junto a vos —dijo— reside en el deseo de saber algo sobre un desgraciado amigo vuestro, caballero, muerto por una causa que no es la nuestra, con quien contraí grandes obligaciones sin haber podido reconocerlas ni pagarlas. El príncipe de Cadignan comparte mi pesar. Supe que vos erais uno de los mejores amigos de este pobre joven. Vuestra mutua amistad, pura, inalterable, constituye un título para mí. Así, pues, no os parecerá extraordinario que quiera saber todo cuando podáis decirme sobre este ser que os es tan querido. Aunque me siento unida a la familia exilada y se considera que tengo opiniones monárquicas, no soy de aquellos que creen que es imposible ser republicano y noble de corazón a la vez. La monarquía y la república son las dos únicas formas de gobierno que no ahogan los sentimientos bellos.

—Miguel Chrestien era un ángel, señora —respondió Daniel con voz conmovida—. No sé cuál de los héroes de la antigüedad podía serle superior. Guardaos de tomarlo por uno de esos republicanos de ideas estrechas que querrían recomenzar la Convención y las gentilezas del Comité de Salud Pública; no. Miguel soñaba con la federación suiza aplicada a toda Europa. Justo es reconocer, entre nosotros, después del magnífico gobierno de uno solo, que en mi opinión es el que más conviene a nuestra patria, que el sistema de Miguel es la supresión de la guerra en el viejo

mundo y su reconstitución sobre otras bases que las de la conquista que antaño lo feudalizaba. Los republicanos eran, por lo que a esto concierne, los que estaban más cerca de su ideal, y por esto les prestó su brazo en Julio y en Saint-Merri. Aunque de opiniones diametralmente opuestas, siempre estuvimos estrechamente unidos.

—Es el más bello elogio que puede hacerse de vuestros dos caracteres —dijo tímidamente la señora de Cadignan.

—En los últimos cuatro años de su vida —prosiguió Daniel— sólo a mí confió el amor que sentía por vos, y esta confianza aún apretó más los nudos ya muy fuertes de nuestra amistad fraterna. Únicamente él, señora, os habrá amado como merecís serlo. ¡Cuántas veces he soportado la lluvia para acompañar vuestro coche hasta vuestra casa, compitiendo en velocidad con vuestros caballos, para mantenerse en el mismo punto sobre una línea paralela, a fin de veros..., de admiraros!

—Mas caballero —dijo la princesa—, siento que tengo la obligación de indemnizaros.

—¿Por qué no existirá Miguel? —respondió Daniel con un acento teñido de melancolía.

—Quizá no me hubiera amado mucho tiempo —dijo la princesa moviendo la cabeza con un gesto lleno de tristeza—. Los republicanos aún son más absolutos en sus ideas que nosotros los absolutistas, que pecamos por una excesiva indulgencia. Sin duda soñó que yo era perfecta; hubiera sentido una cruel decepción. Las mujeres nos vemos perseguidas por tantas calumnias como las que vos tenéis que soportar en la vida literaria, y no podemos defendernos ni con la gloria ni por medio de nuestras obras. No nos consideran lo que somos, sino lo que creen que somos. No hubiera tardado en ocultarle la mujer desconocida que hay en mí, bajo el falso retrato de la mujer imaginaria, que es la auténtica para el mundo. Me hubiera creído indigna de los sentimientos nobles que yo le inspiraba, incapaz de comprenderlo.

Al decir estas palabras, la princesa inclinó la cabeza con gesto sublime, agitando sus hermosos bucles rubios llenos de brezos. Es indecible lo que expresaba de dudas desoladoras, de miserias ocultas. Daniel lo comprendió todo y miró a la princesa con una viva emoción.

—Sin embargo, el día en que volví a verlo, mucho tiempo después de la revuelta de julio —prosiguió—, estuve a punto de sucumbir al deseo que sentía de tomarle la mano, de estrechársela ante todo el mundo, bajo el peristilo del Teatro Italiano, entregándole mi ramillete. Pensé que esta muestra de reconocimiento sería mal interpretada, como tantas otras cosas nobles que hoy se interpretan como las locuras de la señora de Maufrigneuse, y que yo no podré explicar jamás, pues únicamente Dios y mi hijo llegarán a conocerme.

Estas palabras, susurradas al oído de su interlocutor para que no pudiesen oírlas los demás comensales, y con un acento digno de la más hábil comedianta, estaban dirigidas al corazón, y, en efecto, alcanzaron el de d'Arthez. Ya no se trataba del célebre escritor: aquella mujer trataba de rehabilitarse en favor de un muerto. Pudo

haber sido calumniada y quería saber si algo la había empañado a los ojos de quien la amaba: ¿Murió con todas sus ilusiones?

—Miguel —respondió d'Arthez— era uno de esos hombres que aman de una manera absoluta y que, si eligen mal, pueden sufrir toda su vida sin renunciar jamás a la elegida de su corazón.

—¿Así me amaba? —exclamó ella con un tono de beatitud exaltada.

—Sí, señora.

—¿Yo constituí su dicha?

—Durante cuatro años.

—Una mujer nunca se entera de una cosa semejante sin experimentar una orgullosa satisfacción —dijo ella volviendo su rostro dulce y noble hacia d'Arthez, con un movimiento lleno de confusión pudorosa.

Una de las más sabias maniobras de estas comediantas consiste en velar sus maneras cuando las palabras son demasiado expresivas, y hacer hablar a los ojos cuando la frase es reticente. Estas hábiles disonancias, deslizadas en la música de su amor, falso o verdadero, producen una invencible seducción.

—¿No cumplimos nuestro destino —prosiguió bajando aún más la voz y después de cerciorarse de que había producido efecto— al hacer feliz a un gran hombre sin cometer falta alguna?

—¿No es esto lo que él os escribió?

—Sí, pero yo quería estar segura, pues podéis creerme, caballero: al encumbrarme tanto no cometió ninguna equivocación.

Las mujeres saben dar a sus palabras una santidad particular, les comunican un no sé qué de vibrante que dilata el sentido de las ideas y les presta profundidad; si más adelante su oyente hechizado no se da cuenta de lo que han dicho, el objetivo se ha alcanzado por completo, lo cual es propio de la elocuencia. Aunque en aquel momento la princesa hubiese llevado la diadema de Francia, su frente no hubiera estado más imponente que lo estaba entonces bajo la bella diadema de sus cabellos recogidos y alzados en trenza como una torre y adornados con sus hermosos brezos. Aquella mujer parecía andar sobre las ondas de la calumnia, como el Salvador sobre las aguas del lago Tiberíades, envuelta en el sudario de aquel amor como un ángel en su nimbo. Nada parecía demostrar la necesidad de ser así ni el deseo de mostrarse grande o inclinada al amor: todo era sencillo y tranquilo. Ningún hombre vivo hubiera podido prestar a la princesa los servicios que ella obtenía de aquel muerto. D'Arthez, trabajador solitario, a quien las costumbres del mundo eran extrañas y que el estudio había envuelto con sus velos protectores, se dejó engañar por aquel acento y aquellas palabras. Cayó bajo el encanto de aquellos modales exquisitos, admiró aquella perfecta belleza, sazónada por la desdicha, reposada en el retiro; adoró la conjunción tan rara de un espíritu agudo y de un alma bella. Por último, deseó recoger la herencia de Miguel Chrestien. El comienzo de aquella pasión fue, como en la mayoría de los pensadores profundos, una idea. Al ver a la princesa, al estudiar la

forma de su cabeza, la disposición de sus rasgos tan dulces, su talle, su pie, sus manos tan finamente modeladas, más cerca que al acompañar a su amigo en sus locas carreras, observó el sorprendente fenómeno de la segunda vista moral que el hombre exaltado por el amor descubre en sí mismo. ¡Con qué lucidez Miguel Chrestien había leído en aquel corazón, en aquel alma iluminada por los fuegos del amor! El federalista, pues, también había adivinado; sin duda hubiera sido feliz.

Así, la princesa tenía un gran encanto a los ojos de d'Arthez, la veía rodeada de una aureola poética. Durante la cena el escritor se acordó de las confidencias desesperadas del republicano y de sus esperanzas cuando se creyó amado; cantó para él sólo los bellos poemas que dicta un sentimiento verdadero y que fueron inspirados por aquella mujer. Sin saberlo, Daniel se aprovecharía de aquellos preparativos debidos al azar. Es raro que un hombre pase sin remordimientos del estado de confidente al de rival y d'Arthez podía hacerlo entonces sin tacha. Se dio cuenta en un momento de las enormes diferencias existentes entre las mujeres *comme il faut*, esas flores del gran mundo, y las mujeres vulgares, a pesar de todo sólo conocían entonces por una muestra; por lo tanto, sucumbió por los rincones más accesibles y más tiernos de su alma y de su genio. Impulsado por su ingenuidad y por la impetuosidad de sus ideas que le movían a apoderarse de aquella mujer, se encontró retenido por el mundo y por la barrera que los modales o, por llamar a las cosas por su nombre, que la majestad de la princesa alzaba entre ella y él. Además, aquel hombre acostumbrado a no respetar a la mujer que amaba, encontró allí algo de irritante, un incentivo tanto más poderoso, cuanto que se vio obligado a acuitarlo, a tragárselo y a disimular su alcance para no traicionarse.

La conversación, que giró en torno a Miguel Chrestien hasta los postres, fue un admirable pretexto para Daniel y la princesa, que así pudieron hablar en voz baja: amor, simpatía, adivinación; ella se presentó como una mujer incomprendida y calumniada; él metió los pies en los zapatos del republicano muerto. Es posible que aquel hombre ingenuo se sorprendiese al ver que no echaba tanto de menos a su amigo. En el momento en que las maravillas de los postres relucieron en la mesa, a la lumbre de los candelabros, al amparo de los ramos de flores naturales que separaban a los invitados con un seto brillante, ricamente coloreado con frutos y dulces, la princesa se complació en cerrar aquella serie de confidencias con una frase deliciosa, acompañada de una de esas miradas por medio de las cuales las rubias parecen morenas y con la que expresó con finura la idea de que Daniel y Miguel eran dos almas gemelas. Entonces d'Arthez se metió en la conversación general, aportando a ella una alegría infantil y un ligero talante fatuo digno de un escolar. La princesa tomó con la mayor sencillez el brazo de d'Arthez para volver al saloncito de la marquesa. Atravesó lentamente el gran salón, y, cuando estuvieron lo suficientemente distanciados de la marquesa, a quien Blondet daba el brazo, detuvo a d'Arthez.

—No quiero ser inaccesible para el amigo de ese pobre republicano —le dijo—. Y aunque me he impuesto la obligación de no recibir a nadie, vos seréis la única

persona del mundo que podrá entrar en mi casa. No creáis que os hago un favor. Los favores sólo se hacen a los extraños, y me parece como si fuésemos viejos amigos: quiero ver en vos el hermano de Miguel.

D'Arthez sólo pudo apretar el brazo de la princesa, pues no supo qué responderle. Cuando sirvieron el café, Diana de Cadignan se envolvió con un movimiento lleno de coquetería en un gran chal, y se levantó. Blondet y Rastignac eran hombres de alta política y demasiado acostumbrados al mundo para hacer la menor exploración burguesa y tratar de retener a la princesa, pero la señora d'Espard hizo sentarse de nuevo a su amiga tomándola por la mano y diciéndole al oído:

—Esperad que el servicio haya cenado; el coche aún no está a punto.

Hizo una seña al ayuda de cámara que se llevaba la bandeja del café. La señora de Montcornet adivinó que la princesa y *madame* d'Espard tenían algo que decirse y se llevó consigo a d'Arthez, Rastignac y Blondet, a los que divirtió con uno de esos locos ataques paradójicos en los que son tan duchos los parisienses.

—Bien —dijo la marquesa a Diana—. ¿Qué os ha parecido?

—Es un niño encantador; acaba de salir de los pañales. Verdaderamente, esta vez también habrá un triunfo sin lucha, como siempre.

—Es desesperante —dijo la señora d'Espard—, pero aún queda un recurso.

—¿Cómo?

—Dejadme que me convierta en vuestra rival.

—Como queráis —respondió la princesa—, yo ya he adoptado mi partido. El genio es una manera de ser del cerebro y no sé qué gana el corazón con eso; hablaremos de ello más tarde.

Al oír esta última frase, que no consiguió adivinar, la señora d'Espard intervino en la conversación general sin que pareciese dolida por aquel *como queráis*, ni curiosa por saber cuál sería el resultado de aquella entrevista. La princesa permaneció cerca de una hora sentada en el sofá, junto a la chimenea, en la actitud llena de negligencia y abandono con que Guérin pintó a Dido, escuchando con la atención de una persona absorta y mirando a Daniel de vez en cuando, sin disimular una admiración que, empero, no se salía de los límites correctos. Se escabulló cuando el coche estuvo dispuesto, después de cambiar un apretón de manos con la marquesa y una inclinación de cabeza con *madame* de Montcornet.

La velada terminó sin que se hablase de la princesa. Los presentes se aprovecharon de la especie de exaltación en que se encontraba d'Arthez, quien desplegó los tesoros de su ingenio. Desde luego, él tenía en Rastignac y Blondet a dos acólitos de primer orden en cuanto a inteligencia y penetración. Por lo que toca a las dos señoras, se cuentan desde hace mucho tiempo entre las más discretas de la alta sociedad. Así, pues, aquello fue como un alto en un oasis, una felicidad rara y bien apreciada por aquellos personajes que acostumbran a ser presa del *¡en guardia!* del mundo, de los salones y de la política. Hay seres que tienen el privilegio de ser entre los hombres como astros bienhechores cuya luz ilumina los espíritus y cuyos rayos

calientan los corazones. D'Arthez era una de estas almas bellas. Un escritor, cuando alcanza la categoría que él ostenta, acostumbra a pensarlo todo, olvidándose a veces que resulta peligroso exteriorizar lo que uno piensa: le es imposible poseer la diplomacia de las personas habituadas a la vida de relación, pero, como sus excesos de lenguaje están casi siempre marcados por el sello del genio y de la originalidad, nadie se siente ofendido. Este sabor tan raro en los talentos, esta juventud llena de sencillez, que confieren una tan originalidad noble a d'Arthez, hicieron de aquella velada algo delicioso. Él salió con el barón de Rastignac, que al acompañarlo a su casa le habló, como era natural, de la princesa, preguntándole cómo la encontraba.

—Miguel tenía razón para amarla —respondió d'Arthez—. Es una mujer extraordinaria.

—Muu extraordinaria —replicó Rastignac con ironía—. Por el tono de vuestra voz, ya veo que la amáis; estaréis en su casa antes de tres días, y conozco demasiado bien a la sociedad parisiense para no saber lo que pasará entre ambos. Lo único que os suplico, mi querido Daniel, es que no os dejéis llevar por la menor confusión de intereses. Amad a la princesa, si sentís amor por ella en el corazón, pero pensad en vuestra fortuna. Ella nunca ha tomado ni pedido un maravedí a nadie; es una Uxelles y una Cadignan y sería incapaz de hacerlo; pero, que yo sepa, además de su propia fortuna, que era muy considerable, ha disipado varios millones. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Por qué medios? Nadie lo sabe, ni siquiera ella misma. Yo le vi devorar, hace trece años, la fortuna de un joven encantador y la de un viejo notario en veinte meses.

—¡Hace trece años! —exclamó d'Arthez—. ¿Qué edad tiene, pues?

—¿Acaso no habéis visto sentado a la mesa —respondió riendo Rastignac— a su hijo, el duque de Maufrigneuse, un joven de diecinueve años? Ahora bien, diecinueve y diecisiete hacen...

—¡Treinta y seis! —exclamó el escritor sorprendido—. Jamás le habría supuesto más de veinte años.

—Los aceptará —dijo Rastignac—, pero que eso no os cause inquietud: para vos tendrá siempre veinte años. Vais a entrar en el mundo más fantástico... Buenas noches, ya estáis en vuestra casa —dijo el barón viendo que su coche entraba en la calle de Bellefond, calle en la que d'Arthez poseía una hermosa mansión—. Nos veremos esta semana en casa de la señorita des Touches.

D'Arthez dejó que el amor penetrase en su corazón a la manera de nuestro tío Tobías, sin oponer la menor resistencia; se entregó a una adoración sin críticas, a la admiración exclusiva. La princesa, aquella bella criatura que era una de las más notables creaciones del monstruoso París, donde todo es posible tanto en bien como en mal, se convirtió en el ángel soñado, por vulgar que la desdicha de los tiempos haya convertido a esta frase. Para comprender bien la súbita transformación de aquel ilustre autor habría que saber todo cuanto la soledad y el trabajo constante forjan de inocencia en el corazón; todo lo que el amor, reducido a la indigencia y convertido en algo penoso al lado de una mujer innoble, desarrolla en cuanto a deseos y fantasías,

excitando pesares y haciendo nacer sentimientos divinos en las más altas regiones del alma. D'Arthez era efectivamente el niño, el colegial que el tacto de la princesa no tardó en reconocer. Una iluminación casi semejante se había realizado en la bella Diana. Por fin había encontrado al hombre superior que todas las mujeres desean, aunque sólo sea para burlarlo; aquel poder al que ellas consienten en obedecer, aunque sólo sea para tener el placer de dominarlo; por fin encontraba las grandezas de la inteligencia unidas al candor del corazón, a la novedad de la pasión; y además, por una dicha inaudita, veía todas estas riquezas contenidas en una forma sumamente grata. D'Arthez le parecía bello y tal vez lo fuese. Aunque había llegado a la edad grave del hombre, a los treinta y ocho años conservaba una lozanía juvenil debida a la vida sobria y casta que había llevado, y, como todos los hombres de estudio, como los estadistas, tenía una gordura razonable. En su primera juventud poseía un vago parecido con el general Bonaparte. Aquel parecido todavía se conservaba, en el grado en que un hombre de ojos negros y cabellera tupida y oscura podía parecerse a aquel soberano de ojos azules y cabellos castaños; pero todo cuanto hubo antaño de ambición ardiente y noble en los ojos de d'Arthez quedó como enternecido por el éxito. Los pensamientos que preñaban su frente habían florecido y las líneas hundidas de su rostro se habían llenado. El bienestar extendía sus tintes dorados allí donde, en su juventud, la miseria había mezclado los tonos amarillentos de los temperamentos cuyas fuerzas se arman para sostener luchas agobiantes y continuas. Si se observan con cuidado los sobrios semblantes de los filósofos antiguos, se distinguirán siempre en ellos las desviaciones del tipo perfecto del rostro humano a las que cada fisonomía debe su originalidad, rectificadas por el hábito de la meditación, por la calma constante necesaria a las labores intelectuales. Las caras más atormentadas, como la de Sócrates, adquieren con el tiempo una serenidad casi divina. A esta noble simplicidad que decoraba su cabeza imperial, d'Arthez unía una expresión ingenua, la naturalidad de los niños y una conmovedora bondad. Carecía de aquella cortesía, constantemente teñida de falsedad, mediante la cual, en este mundo, las personas mejor educadas y más amables fingen poseer cualidades que no poseen y que hieren a los que se dejan engañar por ellas. Él podía faltar a algunas leyes mundanas a causa de su aislamiento, pero como no ofendía jamás, aquel perfume huraño aún hacía más graciosa la afabilidad propia de los hombres de mucho talento, que saben dejar su superioridad en su casa a fin de ponerse al nivel de la sociedad, y, como hacía Enrique IV, prestar su espalda a los niños y su ingenio a los necios.

Al volver a su casa, la princesa estaba convencida de que d'Arthez no trataba de defenderse del hechizo con que ella lo había cautivado. Para ella, todo era evidente: le amaba con todo su ser. Si se interrogó, lo hizo para preguntarse si merecía una dicha tan grande y qué había hecho al cielo para que le enviase semejante ángel. Quiso ser digna de aquel amor, perpetuarlo, apropiárselo para siempre y acabar dulcemente su vida de mujer hermosa en el paraíso que entreveía. No pensó ni por un momento en presentar resistencia, en usar de argucias, en coquetear. ¡Pensaba en algo

muy distinto! Había comprendido la grandeza de los hombres geniales y había adivinado que no someten a las mujeres de excepción a las leyes ordinarias. Asimismo, después de una rápida ojeada, propia de estos grandes espíritus femeninos, se prometió ceder al primer deseo. Por lo que pudo conocer del carácter de d'Arthez, sospechó que aquel deseo no se manifestaría tan rápida como para no dejarle el tiempo suficiente para convertirse en lo que quería, en lo que debía ser a los ojos de aquel amante sublime.

Aquí comienza una de esas comedias ignoradas que se representan en el fuero interno de la conciencia, entre dos seres uno de los cuales engañará al otro, y que trasponen los límites de la perversidad; uno de esos dramas negros y cómicos, al lado de los cuales el drama del *Tartufo* es una bagatela, pero que no se representan en escena y que, para que todo en ellos sea extraordinario, son naturales, concebibles y justificados por la necesidad, un drama horrible que habría de llamar el envés del vicio. La princesa empezó por procurarse las obras de d'Arthez, de las que no conocía ni siquiera una línea, lo que no le había impedido sostener veinte minutos de discusión elogiosa con él, sin quid pro quo. Lo leyó todo. Después quiso comparar sus libros con las mejores producciones de la literatura contemporánea.

El día en que d'Arthez fue a verla, ella tenía una indigestión de espíritu. En espera de aquella visita, todos los días se había acicalado y compuesto esmeradamente, ataviándose de tal manera que sus ideas se hacían aceptables con la simple contemplación, sin que se supiese cómo ni por qué. Ofrecía a la mirada una armoniosa combinación de colores grises, una especie de medio luto, una gracia llena de abandono: la apariencia de una mujer que sólo se hallaba, unida a la vida por algunos vínculos naturales, tal vez su hijo, y que se aburría en ella. Demostraba un elegante hastío que, de todos modos, no llegaba hasta el suicidio; terminaba de cumplir su sentencia en la prisión terrestre. Recibió a d'Arthez como si ya lo esperase y como si él ya hubiese ido cien veces a verla; le hizo el honor de tratarlo como a un antiguo conocido, lo tranquilizó con un solo gesto indicándole que tomase asiento en un sofá, mientras ella acababa una carta que se hallaba escribiendo.

La conversación se inició de la manera más vulgar: el tiempo, el ministerio, la enfermedad de De Marsay, las esperanzas de los legitimistas... D'Arthez era absolutista y la princesa no podía ignorar las opiniones de un hombre que en la Cámara se sentaba entre las quince o veinte personas que representan al partido legitimista; encontró la manera de explicarle cómo había engañado a De Marsay; después, mediante una transición que le fue facilitada por la devoción del príncipe de Cadignan hacia la familia real y *Madame*, llamó la atención de d'Arthez hacia el príncipe.

—Por lo menos, tiene de bueno que ama a sus señores y siente devoción por ellos —dijo—. Su carácter público me consuela de todos los sufrimientos que me ha causado su carácter privado. Pues —prosiguió, dejando hábilmente el príncipe a un lado— ¿no habéis observado, vos que todo lo sabías, que los hombres tienen dos

caracteres? Tienen uno para su interior, para su esposa, para su vida secreta, y éste es el verdadero; en este caso no hay máscara, no hay disimulo, no se toman la molestia de fingir, son tal como son, y a menudo horribles; luego el mundo, los demás, los salones, la corte, el soberano, la política los ven grandes, nobles, generosos, con un traje bordado de virtudes, adornados por mi bello lenguaje, dotados de exquisitas cualidades. ¡Qué burla tan horrible! ¡Y aún hay a veces quien se asombra del modo de sonreír de ciertas mujeres, de los aires de superioridad que se dan con sus maridos, de su indiferencia!...

Dejó caer la mano a lo largo del brazo de su sillón, sin acabar la frase, pero aquel ademán completaba admirablemente su discurso. Viendo que d'Arthez estaba ocupado examinando su talle flexible, bellamente replegado en el fondo del mullido sillón, mirando los pliegues de sus ropas, y una pequeña y linda arruga que jugueteaba con las ballenas, uno de esos atrevimientos del atavío femenino que únicamente sientan bien a los talles muy delgados que ya no pueden perder nada, ella repuso el hilo de su discurso, como si hablase consigo misma:

—No continúo. Vosotros, los escritores, habéis terminado por dejar bien en ridículo a las mujeres que pretenden ser incomprendidas, que están mal casadas, que se hacen dramáticas o interesantes, lo que me parece de lo más burgués. Se cede y todo está dicho ya, o se resiste y una se divierte. En ambos casos, mejor es callar. Cierto es que yo no he sabido ceder completamente ni resistir por completo; pero quizás esto era una razón aún más grave para guardar silencio. ¡Qué tontería cometen las mujeres al quejarse! Si ellas no fueron las más fuertes, eso quiere decir que les faltaba ingenio, tacto y astucia y merecían su suerte. ¿No son las reinas en Francia? Se burlan de los hombres como, cuando y tanto como quieren.

Hizo bailar su pebetero con un movimiento maravilloso de impertinencia femenina y de alegría burlona.

—He oído con frecuencia a miserables mujercitas lamentarse de su sexo y desear ser hombres; siempre las he mirado con lástima —dijo para continuar—. Si me diesen a escoger, seguiría prefiriendo ser mujer. ¡Vaya mérito deber el triunfo a la fuerza, a todo el poder que os confieren las leyes hechas por vosotros! Pero cuando os vemos rendidos a nuestros pies, diciendo y haciendo tonterías, ¿no constituye una dicha embriagadora sentir en nosotras el triunfo de la debilidad? Cuando triunfamos, debemos guardar silencio, so pena de perder nuestro imperio. Aunque derrotadas, las mujeres deben seguir callando por orgullo. El silencio de la esclava asusta al amo.

La princesa pronunció estas palabras con una voz susurrante, con tan dulce ironía y de manera tan encantadora, con movimientos de cabeza tan coquetones, que d'Arthez, que desconocía totalmente aquella clase de mujeres, hubiera podido compararse a la perdiz, embaída por el perro de caza.

—Os ruego, señora —dijo por fin—, que me expliquéis cómo es posible que un hombre haya podido haceros sufrir, y estad segura de que, allí donde todas las mujeres son vulgares, vos seréis siempre distinguida, aunque no tuvieseis esa manera

de decir las cosas que haría interesante un libro de cocina.

—Vais muy aprisa en vuestra amistad —dijo ella en un tono de voz grave que puso a d'Arthez serio e inquieto.

Mudaron de conversación y se hizo tarde. El pobre genio se fue contrito por haberse mostrado curioso, por haber herido aquel corazón, y convencido de que aquella mujer había experimentado extraños sufrimientos. Ella había pasado la vida divirtiéndose, era un auténtico Don Juan con faldas, con la diferencia de que no había invitado precisamente a cenar a la estatua del Comendador y que con sólo proponérselo no le hubiera sido difícil vencer la resistencia de la estatua.

Sería imposible continuar este relato sin decir algo acerca del príncipe de Cadignan, más conocido bajo el nombre de duque de Maufrigneuse; de lo contrario, la sal de las invenciones milagrosas de la princesa se esfumaría, y los extraños no comprenderían nada de la espantosa comedia parisiense que ella se disponía a representar por un hombre. El señor duque de Maufrigneuse, como auténtico hijo del príncipe de Cadignan, es un hombre largirucho y enteco, de formas muy elegantes, lleno de buena voluntad, que siempre pronuncia frases encantadoras, que ha llegado a ser coronel por la gracia de Dios, y buen militar por casualidad; aparte de esto, valiente como un polaco en cualquier ocasión, sin discernimiento, y que oculta el vacío de su cabeza bajo la jerigonza de la gran compañía. Desde que cumplió treinta y seis años sentía una indiferencia tan completa hacia el bello sexo como el rey Carlos X, su señor, castigado por los excesos cometidos, como su maestro, durante su juventud, ídolo del arrabal de Saint-Germain durante dieciocho años, llevó una vida disipada, como todos los hijos de familia, con el placer por única meta. Su padre, arruinado por la Revolución, recuperó su cargo al regreso de los Borbones, el gobierno de un castillo real, sueldos y pensiones; pero el viejo príncipe administró muy bien esta fortuna ficticia y supo seguir siendo el gran señor que había sido antes de la Restauración, de manera que, cuando se promulgó la ley sobre indemnizaciones, las sumas que recibió fueron absorbidas por el lujo que desplegó en su inmensa mansión, el único bien que recuperó, y cuya mayor parte se hallaba ocupada por su nuera.

El príncipe de Cadignan murió poco tiempo antes de la revolución de julio, a la edad de ochenta y siete años. Había arruinado a su mujer y durante mucho tiempo sostuvo delicadas relaciones con el duque de Navarreins, que se casó con su hija en primeras nupcias y al que rendía cuentas con dificultad. El duque de Maufrigneuse había sostenido relaciones ilícitas con la duquesa de Uxelles. En 1814, cuando el señor de Maufrigneuse cumplió treinta y seis años, al verle pobre, pero muy bien introducido en la corte, la duquesa le entregó la mano de su hija, que poseía alrededor de cincuenta o sesenta mil libras de renta, sin contar con lo que esperaba heredar de ella. De este modo *mademoiselle* de Uxelles se convirtió en duquesa y su madre supo que sin duda gozaría de la mayor libertad. Después de la dicha inesperada representada por el nacimiento de un heredero, el duque dejó a su mujer en una

libertad total, y fue a divertirse de guarnición en guarnición, pasando los inviernos en París, contrayendo deudas que su padre pagaba siempre, profesando la más completa indulgencia conyugal, avisando a la duquesa de su regreso a París con ocho días de antelación, adorado por su regimiento, querido por el Delfín, hábil cortesano, un poco jugador, pero desprovisto totalmente de afectación; la duquesa decía con tono festivo que nunca pudo persuadirlo para que se entretuviera con una corista de la Ópera por decoro y por atención a ella.

El duque, que esperaba heredar el cargo de su padre, supo agradar a los dos reyes, a Luis XVIII y a Carlos X, lo que demuestra harta habilidad para sacar buen partido de su nulidad; pero esta conducta y esta vida estaban disimuladas por el más hermoso barniz: tanto el lenguaje y la nobleza de sus modales como el porte alcanzaban en él la perfección; y, por si aún no fuese bastante, los liberales lo querían. Le fue imposible mantener la tradición de los Cadignan que, según el viejo príncipe, tenían fama de arruinar a sus mujeres, pues la duquesa se bastó para devorar su fortuna. Estas particularidades se hicieron tan notorias en el mundo de la corte y en el arrabal Saint-Germain que, durante los cinco últimos años de la Restauración, todos se hubieran mofado de quien las hubiera mencionado tanto como si hubiese querido contar la muerte de Turenne o la de Enrique IV. Todas las mujeres se deshacían en elogios para el duque: fue un marido perfecto para su mujer; muy pocos hombres hubieran podido mostrarte tan buenos como Maufrigneuse con la duquesa, pues le permitió disponer libremente de su fortuna, además de defenderla y sostenerla en todo momento. Ya fuese por orgullo por bondad o por espíritu caballeresco, el señor de Maufrigneuse salvó a la duquesa en numerosas circunstancias en las que cualquier otra mujer hubiera naufragado, pese a quienes la rodeaban, pese al crédito de la vieja duquesa de Uxelles, del duque de Navarreins, de su suegro y de la tía de su marido. En la actualidad se considera al príncipe de Cadignan como uno de los aristócratas dotado de más bellas prendas morales. Quizás una de las más hermosas victorias que puedan alcanzar los cortesanos sobre sí mismos sea la fidelidad en la necesidad. La duquesa de Uxelles tenía cuarenta y cinco años cuando casó a su hija con el duque de Maufrigneuse, lo cual quiere decir que asistía desde hacía mucho tiempo, sin celos e incluso con interés, a los éxitos de su antiguo amigo. En el momento de celebrarse las bodas de su hija y el duque, su conducta fue de una gran nobleza y salvó la inmoralidad de esta combinación. Sin embargo, la malevolencia de los cortesanos halló materia de burla, pretendiendo que aquella hermosa conducta no costaba apenas nada a la duquesa, pues desde hacía cinco años se había entregado a la devoción y al arrepentimiento de las mujeres que han sido grandes pecadoras.

Durante muchos días la princesa se mostró cada vez más notable por sus conocimientos en literatura. Abordaba con un excesivo atrevimiento las cuestiones más arduas, merced a lecturas diurnas y nocturnas que realizaba con una intrepidez digna de los mayores elogios. D'Arthez, estupefacto e incapaz de sospechar que Diana de Uxelles repetía por la noche lo que había leído por la mañana, como hacen

muchos escritores, la tenía por una mujer superior. Estas conversaciones alejaban a Diana de su objetivo e intentó volver al terreno de las confidencias, del que su galán se había prudentemente retirado, pero no le fue muy fácil llevar de nuevo a él a un hombre de aquel temple, tras haberle espantado. Con todo, después de un mes de campañas literarias y de bellos discursos platónicos, d'Arthez se hizo más osado y fue a visitarla todos los días a las tres. Se retiraba a las seis y volvía por la noche a las nueve, para quedarse hasta medianoche o la una de la madrugada, con la regularidad de un amante lleno de impaciencia. La princesa ya estaba vestida de una manera más o menos rebuscaba a la hora en que d'Arthez hacía su aparición.

Esta mutua fidelidad, los cuidados que prodigaban a su propia persona, todo en ellos expresaba unos sentimientos que no se atrevían a manifestar, pues la princesa adivinaba con gran perspicacia que aquel niño grande tenía tanto miedo de un debate como ella lo deseaba. Sin embargo, d'Arthez ponía en sus constantes declaraciones mudas un respecto que agradaba infinitamente a la princesa. Ambos se sentían más unidos cada día que pasaba, pues ningún barrera convencional ni profunda los detenía en la marcha de sus ideas, como sucede cuando entre dos amantes por un lado hay exigencias formales y por otro una defensa sincera o coqueta. Semejante a todos los hombres de apariencia más joven que la que debieran tener por su edad, d'Arthez se sentía turbado por aquellas conmovedoras irresoluciones causadas por la pujanza de los deseos y por el terror de desagradar, situación que una mujer joven no puede comprender en absoluto cuando la origina, pero que la princesa había causado con tanta frecuencia que no podía por menos de saborear sus placeres. Así, Diana gozaba con tanto mayor encanto de aquellas deliciosas niñerías, cuanto que sabía muy bien cómo hacerlas cesar. Se parecía a un gran artista que se complace en las líneas indecisas de un esbozo, seguro de acabar en una hora de inspiración la obra maestra que aún flota en el limbo del parto. ¡Cuántas veces, al ver a d'Arthez dispuesto a progresar, se complació en detenerlo, intimidándolo con su aspecto grave! Ella dominaba las secretas tempestades de aquel joven corazón, las levantaba, las apaciguaba con una mirada, ofreciéndole su mano para que la besara, o por medio de palabras insignificantes pronunciadas con voz tierna y conmovida.

Estos manejos, fríamente concebidos, pero divinamente representados, grabada su imagen cada vez más profundamente en el alma de aquel escritor de talento, en quien ella se complacía convirtiéndolo a su lado en un niño, confiado, sencillo y casi tonto; pero hacía también exámenes de conciencia y entonces le era imposible no admirar tanta grandeza mezclada con tanta inocencia. Aquel juego de gran coqueta la ligaba insensiblemente a su esclavo. Por último Diana se impacientó ante aquel Epícteto amoroso, y, cuando creyó haberlo dispuesto para la más completa credulidad, se impuso la obligación de aplicarle sobre los ojos la venda más gruesa.

Una noche, Daniel encontró a la princesa pensativa, con un codo apoyado en una mesita, su bella cabeza rubia bañada por la luz de la lámpara y jugueteando con una carta que hacía bailar sobre el tapete de la mesa. Una vez convencióle de que

d'Arthez se percató de este papel, lo dobló para guardarlo cuidadosamente en su cintura.

—¿Qué tenéis? —dijo d'Arthez—. Parecéis inquieta.

—He recibido una misiva del señor de Cadignan —respondió ella—. Por graves que sean sus faltas hacia mí, después de leer su carta no he podido por menos de pensar que está desterrado, sin familia, sin su amado hijo.

Estas palabras, pronunciadas con una voz llena de sentimiento, revelaban una sensibilidad angélica. D'Arthez se emocionó de manera indecible. La curiosidad del amante se convirtió, por así decirlo, en una curiosidad casi psicológica o literaria. Quiso saber hasta dónde llegaba la grandeza de aquella mujer, qué injurias había perdonado, cómo aquellas mujeres de mundo, tachadas de frivolidad, de dureza de corazón, de egoísmo, podían ser ángeles. Al acordarse de que ya había sido rechazado cuando quiso conocer aquel corazón celeste, su voz tembló cuando, al tomar la mano translúcida, delicada, de la bella Diana, le dijo:

—¿No somos aún lo bastante amigos para que me contéis todo cuanto habéis sufrido? En estas preocupaciones se mezclan sin duda vuestras antiguas cuitas.

—Sí —repuso ella, susurrando esta sílaba como la más dulce nota que jamás haya exhalado la flauta de Tulou.

Se hundió de nuevo en sus preocupaciones y sus ojos se velaron. Daniel permaneció en una espera llena de ansiedad, transido por la solemnidad del momento. Su imaginación de poeta le hacía ver unas nubes que se disipaban lentamente para descubrirle el santuario en el que iba a ver el cordero herido a los pies de Dios.

—¿Bien? —dijo con voz dulce y tranquila d'Arthez.

Diana contempló al tierno pretendiente; luego bajó lentamente los ojos, entreabriendo los párpados con un movimiento que revelaba el más noble pudor. Solamente un monstruo hubiera sido capaz de imaginar alguna hipocresía en la graciosa ondulación con que la maliciosa princesa levantó su linda cabecita para hundir de nuevo su mirada en los ojos ávidos de aquel gran hombre.

—¿Puedo hacerlo? ¿Debo hacerlo? —dijo ella, sin poder contener un gesto de vacilación y mirando a d'Arthez con una sublime expresión de soñadora ternura—. ¡Los hombres tienen tan poca fe para esta clase de cosas! ¡Se creen tan poco obligados a la discreción!

—¡Ah! Si desconfiáis de mí, ¿por qué estoy aquí? —exclamó d'Arthez.

—¡Eh, amigo mío! —respondió ella, dando a su exclamación la gracia de una confesión involuntaria—. ¿Acaso calcula la mujer que se une para toda su vida con un hombre? No se trata de mi negativa (¿qué puedo negaros?), sino de la idea que os formaréis de mí si hablo. Os confiaré sin rebozo la extraña situación en que me encuentro a mi edad, pero... ¿qué pensarías de una mujer que descubriese las úlceras secretas del matrimonio, que revelase sus secretos a personas extrañas? Turenne mantuvo la palabra dada a los ladrones. ¿No debo a mis verdugos la misma honradez de Turenne?

—¿Habéis dado vuestra palabra a alguien?

—Mi marido no creyó necesario pedirme que guardase el secreto. ¿Así, queréis más que mi alma? ¡Tirano! ¿Queréis, pues, que entierre en vos mi probidad? —dijo, dirigiendo a d'Arthez una mirada con la que dio más valor a esta falsa confidencia que a toda su persona.

—Me convertís en un hombre demasiado ordinario si teméis algún mal —dijo él con una amargura mal disimulada.

—Perdón, amigo mío —respondió Diana, tomándole la mano, mirándola, estrechándola entre las suyas y acariciándola al pasar los dedos por ella con un movimiento de excesiva dulzura—. Sé todo cuanto valéis. Me habéis contado toda vuestra vida: es noble, bella, sublime y digna de vuestro nombre. ¿Os debo yo contar la mía? Pero tengo miedo, en estos momentos, de menguar a vuestros ojos si os cuento unos secretos que no son solamente míos. Además, quizá no creeréis, vos que sois un hombre de soledad y de poesía, en los horrores mundanos. ¡Ah, no sabéis que los dramas que vosotros inventáis son sobrepasados por los que se representan en el seno de las familias de apariencia más unida! Ignoráis la extensión de ciertos infortunios domésticos.

—Lo sé todo —exclamó él.

—No —repuso ella—. Vos no sabéis nada. ¿Acaso una hija debe descubrir jamás a su madre?

Al oír estas palabras, d'Arthez se sintió como un hombre extraviado una noche lóbrega en los Alpes y que, a las primeras luces del alba, se da cuenta de que va a precipitarse por un abismo sin fondo. Miró a la princesa con estupor; sentía frío en la espalda. Diana creyó que aquel hombre de genio era un espíritu débil, pero vio brillar una luz en sus ojos que la tranquilizó.

—En fin, os habéis convertido para mí casi en un juez —dijo la princesa con aire desesperado—. Puedo hablar, en virtud del derecho que tienen todos los seres calumniados a demostrar su inocencia. Me han acusado, me acusan aún de tantas ligerezas, de tantas acciones malas, que me está permitido (¡si tanto se acuerdan de una pobre reclusa obligada por el mundo a renunciar a él!) refugiarme en el corazón que me ofrezca su asilo y de donde no puedan echarme. He visto siempre en la justificación un gran perjuicio hecho a la inocencia, y por lo tanto siempre me he negado a hablar. ¿A quién, por otra parte, podía dirigir la palabra? Sólo se pueden confiar estas cosas tan crueles a Dios o a alguien que nos parezca estar muy cerca de Él: un sacerdote o una persona que sea nuestro otro yo. Pues bien, si mis secretos no estuviesen ahí —dijo, poniendo la mano sobre el corazón de d'Arthez— tal como están aquí... (oprimió con sus dedos la parte alta de sus ballenas), no seríais el gran d'Arthez y yo me habría equivocado.

Una lágrima bañó los ojos de d'Arthez y Diane devoró aquella lágrima con una mirada de soslayo que no hizo vacilar su pupila ni sus párpados. Fue algo rápido y diestro como el zarpazo de una gata al capturar el ratón. D'Arthez, por vez primera

después de sesenta días llenos de protocolo, se atrevió a tomar aquella mano tibia y perfumada, se la llevó a los labios y depositó en ella un largo beso que arrastró desde la muñeca a las uñas con tan delicada voluptuosidad, que la princesa inclinó la cabeza, augurando un gran porvenir a la literatura. Pensaba que los hombres geniales debían de amar con mucha mayor perfección que los fatuos, los hombres de mundo, los diplomáticos e incluso los militares, pese a que éstos no tienen otra cosa a que dedicarse. La experiencia de Denise le permitía saber que el carácter de un verdadero amor se revela en las cosas más insignificantes. Una mujer sabia puede leer su porvenir en un sencillo gesto, del mismo modo que Cuvier sabía decir a la vez el fragmento de una pata: «Esto pertenece a un animal de tales dimensiones, con o sin cuernos, carnívoro, herbívoro, anfibio, etc., cuya edad es de tantos miles de años». Segura de encontrar en d'Arthez tanta imaginación para el amor como la que ponía en su estilo, creyó necesario hacerlo llegar al más alto grado de la pasión y de la fe. Retiró vivamente la mano con un magnífico movimiento lleno de emociones. De buena gana hubiera dicho: «¡Acabad pronto, vais a hacerme morir!», y hubiera hablado menos enérgicamente. Permaneció durante un momento mirando a d'Arthez a los ojos, expresando simultáneamente la felicidad, la gazmoñería, el miedo, la confianza, la languidez, un vago deseo y un pudor virginal. ¡En aquel instante no tuvo más que veinte años! Pero se había preparado para aquella hora de cómica mentira con un arte inaudito en su tocado; estaba en su sillón como una flor que va a abrirse al primer beso del sol. Falsa o verdadera, embriagaba a Daniel.

Si se permite al autor que arriesgue una opinión personal, digamos que sería delicioso verse engañado así durante mucho tiempo. Verdad es que Taima, en la escena, se mostró a menudo superior a la propia naturaleza. Pero la princesa de Cadignan era la mayor comedianta de su época, justo es reconocerlo. Sólo le faltaba a aquella mujer un auditorio atento. Por desgracia, en las épocas atormentadas por las tempestades políticas, las mujeres desaparecen y, como los lirios acuáticos, para florecer y abrirse a nuestras miradas extasiadas, requieren un cielo puro y los céfiros más tibios.

Había llegado la hora y Diane iba a envolver al gran hombre en las lianas inextricables de una novela preparada con mucha anterioridad, y que él escucharía como un neófito de los grandes días de la fe cristiana hubiera escuchado la epístola de un apóstol.

—Amigo mío, mi madre, que vive todavía en Uxelles, me casó cuando yo tenía diecisiete años, en 1814 (¡ya veis que soy muy vieja!), con el señor Maufrigneuse, no por amor hacia mí, sino por amor hacia él. Así trataba de pagar al único hombre que había amado toda la felicidad que él le proporcionó. ¡Oh!, no os sorprendáis de esta horrible combinación; es más frecuente de lo que parece. Muchas mujeres son más amantes que madres, del mismo modo que la mayoría son mejores madres que buenas esposas. Estos dos sentimientos, el amor y la maternidad, pese a verse desarrollados por nuestras costumbres, luchan con frecuencia en el corazón de las

mujeres; uno de ellos tiene que sucumbir necesariamente cuando ambos no poseen la misma fuerza, lo que hace de algunas mujeres excepcionales la gloria de nuestro sexo. Un hombre que posee vuestro genio debe comprender estas cosas, que son el asombro de los necios, pero que no por ello dejan de ser reales, y, digo más, que pueden justificarse por la diferencia de los caracteres, de los temperamentos, de los efectos y de las situaciones. Yo, por ejemplo, en estos momentos, después de veinte años de desdichas, de decepciones, de soportar calumnias, de agobiante hastío, de placeres vacíos, ¿creéis que no estaría dispuesta a postrarme a los pies de un hombre que me amase sinceramente y para siempre? ¿Pero acaso el mundo no me condenaría? ¿Y sin embargo, veinte años de sufrimiento no excusarían la docena de años que aún me quedan de hermosura, entregados a un amor santo y puro? Esto no ocurrirá; no soy tan necia que quiera disminuir mis méritos a los ojos de Dios. He llevado el fardo durante el día, bajo el calor hasta la noche; acabaré mi viaje y habré ganado mi recompensa...

—¡Qué ángel! —musitó d'Arthez.

—En fin, nunca he sentido odio por la duquesa de Uxelles por haber amado a Maufrigneuse más que a la pobre Diana que está aquí con vos. Mi madre me había visto muy poco, casi me había olvidado, y si su comportamiento para conmigo fue malo como mujer, resultó horrible en cuanto que era mi propia madre. Las madres que llevan una vida como la de la duquesa de Uxelles mantienen a sus hijas lejos de ellas; así, efectué mi presentación en sociedad quince días antes de mi boda. ¡Juzgad cuál sería mi inocencia! Yo no sabía nada y era incapaz de adivinar el secreto de esta alianza. Tenía una hermosa fortuna: sesenta mil libras de renta en bosques del Nivesnés que la Revolución olvidó vender o no pudo vender y que dependían del bello castillo de Anzy; Maufrigneuse estaba cargado de deudas. Si bien más tarde supe lo que era tener deudas, entonces mi ignorancia de la vida era demasiado total para sospecharlo. Los ahorros hechos con mi fortuna sirvieron para arreglar los asuntos de mi marido. Maufrigneuse tenía treinta y ocho años cuando se casó conmigo, pero aquellos años eran como los de campaña de los militares, que cuentan el doble. ¡Ah, en realidad tenía más de setenta y seis años! A los cuarenta mi madre aún tenía pretensiones y yo me encontré entre dos celos. ¡Qué vida fue la mía durante diez años!... ¡Ah, si supieseis lo que sufría aquella pobre mujercilla de quien tanto se ha sospechado! ¡Verse vigilada por una madre celosa de su hija! ¡Dios mío!... ¡Vosotros, los que escribís dramas, jamás inventaréis uno que sea tan negro, tan cruel como éste!... De ordinario y por lo poco que yo sé de la literatura, un drama es una sucesión de acciones, de discursos, de movimientos que se precipitan hacia una catástrofe, pero este del que os hablo fue la más horrible catástrofe en acción. Era el alud caído por la mañana sobre su víctima para caer de nuevo por la noche y volver a caer al día siguiente. Siento frío al hablaros de esto y al iluminaros la caverna sin salida, gélida y sombría, en la que viví. Si conviene que os lo diga todo, el nacimiento de mi pobre hijo, que por otra parte tanto se parece a mí (sin duda debe de haberos

sorprendido su parecido conmigo: tiene mis cabellos, mis ojos, la forma de mi rostro, mi boca, mi sonrisa, mi mentón, mis dientes)..., pues bien, su nacimiento fue un azar o el resultado de un acuerdo hecho entre mi madre y mi marido. Después de mi boda permanecí mucho tiempo doncella, casi abandonada al día siguiente de mis nupcias, madre sin ser mujer. La duquesa se complacía en prolongar mi ignorancia, y, para alcanzar este fin, una madre tiene horribles ventajas respecto a su hija. Yo, pobrecilla, educada en un convento como una rosa mística, sin saber nada del matrimonio, de un desarrollo muy tardío, me sentía muy dichosa: gozaba de la buena inteligencia y de la armonía de nuestra familia. En fin, me veía totalmente exenta de tener que pensar en mi marido, que no me gustaba nada y que nada hacía por mostrarse amable, merced a las primeras alegrías de la maternidad, que fueron tanto más vivas cuanto que ya no sospechaba que existiesen otros goces. ¡Me habían gritado tanto al oído el respeto que debe sentir una madre por sí misma! Y además, a todas las jovencitas les gusta *jugar a mamás*. A mi edad, un niño puede sustituir perfectamente a la muñeca. ¡Qué orgullo sentía yo de poseer aquella hermosa flor, pues Jorge era hermoso..., una maravilla! ¡Cómo se puede pensar en el mundo cuando se tiene la dicha de amamantar y cuidar a un angelito! Adoro los niños cuando son pequeños, blancos y sonrosados. Yo no veía más que a mi hijo, vivía con mi hijo, no dejaba que su aya lo vistiese, lo desnudase y lo cambiase. Estos cuidados, tan enojosos para las madres que tienen regimientos de niños, eran un placer para mí. Mas transcurridos tres o cuatro años, como no tengo un pelo de tonta, la luz terminó por llegar a mis ojos, pese al buen cuidado que tenían en vendármelos. ¿Os imagináis cuál sería mi despertar, cuatro años después, en 1819? *Los dos hermanos enemigos* son una tragedia de agua de rosas al lado de una madre y una hija puestas en la situación en que nos encontramos la duquesa y yo; entonces la desafié a ella y a mi marido mediante coqueterías públicas que desataron todas las lenguas... ¡Dios sabe cómo! Comprenderéis, amigo mío, que los hombres con quienes yo incurría en sospecha de ligereza tenían para mí el valor del puñal que empleamos para herir a nuestro enemigo. Preocupada por mi venganza, no sentía las heridas que yo misma me infligía. Inocente como una niña, pasaba por ser una mujer perversa, la mujer más mala del mundo, pero no sabía nada, de ello. El mundo es muy necio, muy ciego e ignorante; sólo sondea los secretos que divierten, que sirven a su maldad; en cuanto a las cosas más grandes y más nobles, se tapa los ojos con la mano para no verlas. Creo recordar que en aquel tiempo yo tuve miradas, actitudes de inocencia ofendida, movimientos causados por el orgullo, que hubieran sido algo providencial para un gran pintor. Iluminaba los bailes con las tempestades de mi cólera, con los torrentes de mi desdén. ¡Poesía perdida! ¡Sólo se hacen estos sublimes poemas en la indignación que sentimos a los veinte años! Más tarde ya no nos indignamos; sentimos cansancio; el vicio deja de causarnos sorpresa, somos cobardes y tenemos miedo. ¡Yo era magnífica, sí, magnífica! Representé al personaje más necio del mundo: fui acusada de un crimen del que no me beneficié. ¡Sentía tanto placer

comprometiéndome! ¡Ah, cometí travesuras de niña! Me fui a Italia con un joven atolondrado que dejé plantado allí cuando me habló de amor; pero cuando supe que se había comprometido por mí (cometió una falsificación para tener dinero), corrí a salvarlo. Mi madre y mi marido, que estaban en el secreto de estas cosas, me tiraban de las riendas, considerándome una mujer pródiga. ¡Oh, esta vez llegué hasta el rey! Luis XVIII, aquel hombre sin corazón, se conmovió y me dio cien mil francos del tesoro real. El marqués de Esgrignon, ese joven que quizás os habrán presentado en sociedad y que ha terminado haciendo una boda ventajosísima, se salvó del abismo en que se había hundido por mi intervención. Esta aventura causada por mi ligereza me obligó a reflexionar. Me di cuenta de que yo era la primera víctima de mi venganza. Mi madre, mi marido y mi suegro disponían del mundo y parecían proteger mis locuras. Mi madre, que conocía mi altivez, que era demasiado grande, demasiado propia de una De Uxelles para conducirme con vulgaridad, se asustó entonces del mal que había causado. Tenía cincuenta y dos años, abandonó París y se fue a vivir a Uxelles. Ahora está arrepentida de sus culpas y las expía mediante la devoción más exagerada y por un afecto sin límites hacia mí. Pero en 1823 me dejó sola y desamparada frente a Maufrigneuse. ¡Oh, amigo mío!..., vosotros los hombres no podéis saber lo que es un viejo afortunado. ¡Qué interior el de un hombre acostumbrado a la adoración de las mujeres de mundo que no encuentra incienso ni incensario en su casa, muerto para todo, y celoso por esto mismo! Cuando Maufrigneuse fue totalmente mío, quise ser una buena esposa, pero tropecé con todas las asperezas de un espíritu triste y malhumorado, con todas las fantasías de la impotencia, con las puerilidades de la necesidad, con todas las vanidades de la suficiencia, con un hombre que era, en fin, la elegía más fastidiosa del mundo y que me trataba como a una niñita, complaciéndose en humillar constantemente mi amor propio, en aplastarme bajo los golpes de su experiencia, en demostrarme lo que yo ignoraba. Me hería a cada instante. En fin, hizo todo lo posible para inspirarme aborrecimiento y proporcionarme el derecho de traicionarle. Sin embargo me dejé engañar por mi corazón y por mis deseos de obrar bien durante tres o cuatro años. ¿Sabéis cuál fue la frase infame que me obligó a cometer tantas locuras? ¿Seréis alguna vez capaz de inventar esta calumnia superlativa?: «La duquesa de Maufrigneuse ha vuelto al lado de su marido —decían—. ¡Bah, lo hace por depravación! Reanimar los muertos es un triunfo; sólo le quedaba eso por experimentar». Esto es lo que respondió mi mejor amiga, una jovencita, aquélla en cuya casa tuve la dicha de conoceros.

—¡La señora d'Espard! —exclamó Daniel haciendo un gesto de horror.

—¡Oh, ya se lo he perdonado, amigo mío! En primer lugar, esta frase es excesivamente ingeniosa y es posible que yo misma haya compuesto epigramas más crueles para zaherir a pobres mujeres tan puras como yo lo era.

D'Arthez volvió a besar la mano de aquella santa mujer que, después de haberle mostrado a una madre cortada en pedazos, de haber hecho del príncipe de Cadignan,

que el lector conoce, un Otelo más celoso que el original, se servía a sí misma hecha picadillo y se atribuía culpas, a fin de revestirse a los ojos del cándido escritor con aquella virginidad que la más necia de las mujeres procura ofrecer a su amante.

—Comprenderéis, amigo mío, que volví a entrar en el mundo con escándalo y dispuesta a hacer escándalos. Tuve que aguantar nuevas luchas, me fue necesario conquistar mi independencia y neutralizar a *monsieur* de Maufrigneuse. Por lo tanto, llevé una vida disipada por otras razones. Para aturdirme, para olvidar la vida real en aras de una vida fantástica, me mostré esplendorosa, di fiestas, hice de princesa y contraí deudas. En mi casa me sumía en el olvido y en el descanso muelle para renacer más bella y alegre, loca por la vida mundana. Pero esta triste lucha de la fantasía contra la realidad consumió toda mi fortuna. El alzamiento de 1830 se produjo en el momento en que yo encontraba, al final de esta existencia de las *Mil y una noches*, el amor santo y puro que, os soy franca, deseaba conocer. Confesadlo, ¿no era natural que una mujer cuyo corazón, oprimido por tantas causas y accidentes, se despertase en la edad en que la mujer se siente defraudada, y en que yo veía a mi alrededor a tantas mujeres a quienes el amor hacía dichosas? ¡Ah!... ¿por qué Miguel Chrestien se mostró tan respetuoso? ¡Qué burla fue esto para mí!... ¡Qué queréis! Al caer lo perdí todo, no tuve ilusión por nada; lo había exprimido todo, excepto un solo fruto para el que ya no tengo gusto ni dientes. En una palabra, me encontré desencantada del mundo cuando tenía que abandonarlo. Hay en ello algo de providencial, como en las insensibilidades que nos preparan para la muerte. (Hizo un gesto lleno de unción religiosa). Todo entonces me fue útil —prosiguió—; los desastres de la monarquía y sus ruinas ayudaron a sepultarme. Mi hijo me consuela de muchas aflicciones. El amor maternal hace que nos parezcan equívocos todos los demás sentimientos. El mundo se sorprende de mi retiro, pero yo he hallado en él la felicidad. ¡Oh, si supieseis qué feliz es aquí la pobre criatura que tenéis delante! Al sacrificarlo todo a mi hijo, olvido las felicidades que ignoro e ignoraré siempre. ¿Quién podría creer que la vida se traduce, para la princesa de Cadignan, a una mala noche de bodas, y que todas las aventuras que le atribuyen no son más que un desafío de jovencitas a dos espantosas pasiones? Nadie. Hoy tengo miedo de todo. Sin duda rechazaría un sentimiento auténtico, un amor puro y verdadero, al recordar tantas falsedades y desdichas, del mismo modo que los ricos que han caído en manos de los bribones disimulan su desdicha rechazando una virtuosa miseria, pues se hallan hastiados de la beneficencia. Todo esto es horrible, ¿verdad?; pero creedme, lo que os cuento es la historia de muchísimas mujeres.

Pronunció estas últimas palabras con un tono burlón y ligero que evocaba a la mujer elegante e irónica. D'Arthez estaba pasmado. A sus ojos, los hombres que los tribunales envían a presidio, éste por haber matado, aquél por haber robado en circunstancias agravantes, esotro por haber puesto un nombre falso en un billete, eran pequeños santos comparados con la gente de mundo. Aquella atroz elegía, forjada en el arsenal de la mentira y templada en las aguas de la laguna Estigia parisiense, fue

pronunciada con el acento inimitable de la verdad. El escritor contempló durante un momento a aquella mujer adorable, hundida en su sillón y con las dos manos colgando de los dos brazos del asiento, como dos gotas de rocío a punto de caer en una flor, abrumada por aquella revelación, destrozada después de haber experimentado todos los dolores de su vida, convertida, en suma, en un ángel de melancolía.

—Y juzgad —dijo ella, incorporándose con sobresalto, levantando una mano y lanzando destellos por los ojos, en los que llameaban veinte presuntos años de castidad—, juzgad qué impresión debió de producirme el amor de vuestro amigo; pero por una atroz ironía de la suerte..., o acaso de Dios..., pues entonces, lo reconozco, un hombre digno de mí me hubiera encontrado débil, hasta tal punto estaba sedienta de dicha..., entonces, digo, él murió, y murió para salvar la vida de..., ¡Cadignan! ¿Comprendéis ahora por qué soy soñadora?...

Aquello fue el último golpe y el pobre d'Arthez no pudo resistirlo: se postró de hinojos, ocultó la cara en las manos de la princesa y lloró, vertiendo aquellas dulces lágrimas que derramarían los ángeles, si los ángeles llorasen. Como Daniel tenía la cabeza en su regazo, la princesa de Cadignan pudo dejar que sus labios se plegasen en una maliciosa sonrisa de triunfo, la sonrisa que mostrarían los monos al ejecutar un número perfecto, si los monos sonriesen.

«¡Ah, ya lo tengo!», pensó Diana.

Y lo tenía bien, en efecto.

—Pero entonces, vos sois... —dijo él alzando su bella cabeza y mirándola con amor.

—... Virgen y mártir —completó ella sonriendo de la vulgaridad de esta vieja broma, pero dándole un encantador sentido con aquella sonrisa llena de una alegría cruel—. Si me veis riendo, esto se debe a que pienso en la princesa que conoce todo el mundo, en esa duquesa que han entregado a Maufrigneuse y a De Marsay, y el infame De Trailles, un bandido de la política, y ese pequeño necio De Esgrignon y Rastignac, Rubempré y embajadores, ministros, generales rusos, ¡qué sé yo! ¡Europa entera! Han criticado ese álbum que he compilado creyendo que los que me admiraban eran mis amigos. ¡Ah, es espantoso! No comprendo cómo permito que un hombre se postre a mis pies: despreciarlos a todos, ésta debería ser mi religión.

Se levantó para dirigirse al hueco de la ventana con paso majestuoso.

D'Arthez permaneció en el sofá, donde se sosegó, sin atreverse a seguir a la princesa, pero mirándola; oyó que se sonaba sin sonarse. ¿Hay alguna princesa que se suene? Diana intentaba lo imposible para hacer creer en su sensibilidad. D'Arthez creyó que su ángel estaba bañado en llanto y, corriendo junto a la princesa, la enlazó por el talle y la estrechó contra su corazón.

—No, dejadme —dijo ella con voz débil y en un murmullo—. Tengo demasiadas dudas para ser buena para algo. Mi reconciliación con la vida es una tarea superior a las fuerzas de un hombre.

—¡Diana! Yo os amaré por toda la vida que habéis perdido.

—No, no me habléis así —respondió ella—. En estos momentos estoy avergonzada y temblorosa como si hubiese cometido los mayores pecados.

Había vuelto por completo a la inocencia de las jovencitas, aunque no por ello dejaba de mostrarse augusta, grande y noble como una reina. Es imposible describir el efecto de estos manejos, tan hábiles que llegaban a la verdad pura, en un alma nueva y franca como la de d'Arthez. El gran escritor permaneció mudo de admiración, pasivo en el hueco de la ventana, esperando unas palabras, mientras que la princesa esperaba un beso, pero ella era demasiado sagrada para él. Cuando tuvo frío, la princesa fue a sentarse de nuevo en su sillón; tenía los pies helados.

«¡Esto será muy largo!», pensó al mirar a Daniel, con la frente alzada y la cabeza sublime de virtud.

«¿Es una mujer? —se preguntaba aquel profundo observador del corazón humano—. ¿Cómo debo abordarla?».

Hasta las dos de la madrugada se dedicaron a decirse las tonterías que solamente las mujeres de genio, como era la princesa, saben convertir en adorables. Diana se mostraba demasiado destruida, demasiado vieja, demasiado pasada. D'Arthez le demostró algo de lo que ya ella estaba convencida: que tenía la tez más delicada, más deliciosa al tacto, más blanca a la mirada, más perfumada; era joven y lozana. Comentaron belleza por belleza, detalle por detalle, con frases como las siguientes: «¿Lo creéis así?». «¡Estáis loco!». «¡Es el deseo!». «Dentro de quince días me veréis tal como soy». «Me acerco ya a los cuarenta. ¿Es posible amar a una mujer tan vieja?». D'Arthez se mostró de una elocuencia impetuosa de colegial, atiborrada de los epítetos más exagerados. Cuando la princesa oyó que aquel ingenioso escritor decía tonterías propias de un alférez enamorado, lo escuchó absorta, enternecida, pero riendo entre dientes.

Cuando d'Arthez salió a la calle se preguntó si no hubiera debido mostrarse menos respetuoso. Repasó en su memoria aquellas extrañas confidencias que, naturalmente, aquí han sido muy abreviadas, pues hubieran requerido todo un libro para reproducirlas en su abundancia meliflua y con los mohines con que estuvieron acompañadas. La perspicacia retrospectiva de aquel hombre tan natural y profundo resultó frustrada por la naturalidad de aquella novela, por su profundidad, por el acento de la princesa.

»»Es verdad —se decía, sin poder conciliar el sueño—, estos dramas existen en el mundo; la sociedad cubre semejantes horrores bajo las flores de su elegancia, bajo el bordado de sus maledicencias, bajo el ingenio de sus relatos. No inventamos nada que no sea verdad. ¡Pobre Diana! ¡Miguel presintió este enigma y decía que bajo esta capa de hielo había volcanes! Bianchon y Rastignac tienen razón: cuando un hombre puede confundir las grandezas del ideal y los goces del deseo amando a una mujer de bellos modales, llena de discreción y de delicadeza, esto debe de ser una felicidad sin nombre.

Y sondeó su propio amor, para hallarlo infinito.

Al día siguiente, a las dos, la señora d'Espard, que desde hacía un mes no veía a la princesa y no había recibido ni una palabra de ella, fue a visitarla, impulsada por una excesiva curiosidad. Nada más placentero que la conversación de aquellas dos astutas culebras durante la primera media hora. Diana de Uxelles se guardaba muy bien de hablar de d'Arthez; antes se hubiera puesto un vestido amarillo. La marquesa describía círculos alrededor de esta pregunta como un beduino que rondase a una rica caravana. Diana se divertía y la marquesa rabiaba. Diane esperaba, pues quería servirse de su amiga para hacer de ella un perro de caza. De aquellas dos mujeres tan célebres en el mundo actual, una era más fuerte que la otra. La princesa sobrepasaba toda una cabeza a la marquesa y ésta reconocía interiormente aquella superioridad. Ahora aquello constituye el secreto de su amistad. La más débil permanecía agazapada en su falso afecto en espera de la hora, que todas las débiles esperan con tanta paciencia, de saltar a la garganta de los fuertes e imprimirles la señal de un gozoso mordisco. Diana lo veía claramente. El mundo entero se dejaba engañar por los mimos de aquellas dos amigas. Cuando la princesa percibió una interrogación en los labios de su amiga, se dijo:

—Bien, querida, os debo una felicidad completa, inmensa, infinita, celeste.

—¿Qué queréis decir?

—¿Os acordáis de lo que hablamos hace tres meses, sentadas en un banco de este jardincito, al sol y bajo los jazmines? ¡Ah, sólo los genios saben amar! Aplicaría de buen grado a mi gran Daniel d'Arthez las palabras que dijo el duque de Alba a Catalina de Médicis: «La cabeza de un solo salmón vale por las de todas las ranas».

—Ya no me sorprende no veros más —dijo la señora d'Espard.

—Prometedme, si le veis, que no le diréis una palabra de mí, ángel mío —dijo la princesa tomando la mano de la marquesa—. ¡Soy dichosa, oh!..., pero dichosa más allá de todo cuanto pueda decirse, y ya sabéis lo lejos que llegan en el mundo una frase, una broma. ¡Una palabra puede matar, tanto veneno saben poner algunas personas en lo que dicen! ¡Si supieseis cómo deseo, desde hace ocho días, que vos conozcáis una pasión semejante! En fin, es algo muy dulce, es un bello triunfo para nosotras, que somos mujeres, terminar nuestra vida femenina y adormecemos en un amor ardiente, puro, abnegado, completo, total, sobre todo, cuando hemos tardado tanto tiempo en encontrarlo.

—¿Por qué me pedís que sea fiel a mi mejor amiga? —dijo la señora d'Espard—. ¿Acaso me creéis capaz de jugaros una mala pasada?

—Cuando una mujer posee semejante tesoro, el temor de perderlo es un sentimiento tan natural, que inspira ideas de miedo. Soy absurda; perdonadme, querida.

Pocos momentos después, la marquesa se fue y, al verla salir, la princesa se dijo:

«¡Cómo me va a poner! ¡Ojalá lo diga todo sobre mí! Mas para ahorrarle el trabajo de arrancar a Daniel de aquí, se lo enviaré».

Pocos instantes después, a las tres, llegó d'Arthez. En lo más vivo de una interesante controversia, la princesa le cortó la palabra y le puso su bella mano en el brazo.

—Perdón, amigo mío —le dijo interrumpiéndolo—, pero olvidaría algo que parece una estupidez y que sin embargo es de la mayor importancia. No habéis vuelto a poner los pies en casa de la señora d'Espard desde el día mil veces dichoso en que os encontré en ella; id a verla, no por vos ni por cortesía, sino por mí. Quizá la habéis convertido en enemiga mía si por casualidad ella se ha enterado de que, desde la cena que ofreció, vos no habéis salido de mi casa, por así decir. Además, amigo mío, no me gustaría que abandonaseis vuestras relaciones y la sociedad, como tampoco vuestras ocupaciones y vuestra obra. Yo sería objeto de las más extrañas calumnias. Imaginaos lo que dirían de mí: «Que os tengo sujeto a una cuerda, que os absorbo, que temo las comparaciones, que aún quiero hacer hablar de mí, que me las arreglo muy bien para conservar mi conquista, sabiendo que es la última...». ¿Quién sería capaz de adivinar que sois mi único amigo? Si me amáis tanto como decís amarme, haced creer al mundo que somos pura y simplemente como hermano y hermana. Continúad.

D'Arthez quedó subyugado para siempre por la inefable dulzura con que aquella graciosa mujer arreglaba los pliegues de su ropa para que cayesen con toda elegancia. Había algo tan fino y delicado en aquel discurso que hizo brotar lágrimas en sus ojos. La princesa se apartaba por completo de la condición innoble y burguesa de las mujeres que disputan y se critican, haciéndose pedazos en los divanes; por el contrario, ella mostraba una grandeza inaudita, no tenía necesidad de decirlo, pues aquella unión estaba entendida entre ambos noblemente. No sería ayer, ni será mañana, permeables ínfulas de lo que las mujeres vulgares llaman *un sacrificio*; sin duda ellas saben todo lo que van a perder, mientras que esta fiesta constituye un triunfo para las mujeres seguras de ganar. En esta frase todo era vago como una promesa, dulce como una esperanza y sin embargo seguro como un derecho. Hay que reconocer que esta clase de grandeza sólo pertenece a estas ilustres y sublimes engañosas, que permanecen firmes allí donde las demás mujeres terminan subyugadas. D'Arthez pudo medir entonces la distancia que separa a unas mujeres de las otras. La princesa seguía mostrándose digna y bella. El secreto de aquella nobleza se hallaba tal vez en el arte con que las grandes damas saben despojarse de sus velos; llegan a estar, en esta situación, como las estatuas antiguas; si conservasen un solo adorno serían impúdicas. La burguesa siempre trata de envolverse.

Con profunda ternura, alentado por las más espléndidas virtudes, d'Arthez obedeció y fue a casa de la señora d'Espard, quien le hizo objeto de sus más encantadoras coqueterías. La marquesa se guardó muy bien de decir a d'Arthez una palabra sobre la princesa; se limitó a invitarlo a cenar para el próximo día.

D'Arthez vio aquel día a mucha gente reunida. La marquesa invitó a Rastignac, Blondet, el marqués de Ajuda-Pinto, Máxime de Trailles, el marqués De Esgrignon,

los dos Vandenesse, du Tillet, uno de los más ricos banqueros de París, el barón de Nucingen, Nathan, *lady* Dudley, dos de los más pérfidos agregados de embajada y el caballero d'Espard, uno de los personajes más profundos de aquel salón, instrumento de la política de su cuñada.

Riendo, Máxime de Trailles dijo d'Arthez:

—¿Veis muy a menudo a la princesa De Cadignan?

D'Arthez respondió a esta pregunta con una seca inclinación de cabeza. Máxime de Trailles era un espadachín de orden superior, sin fe ni ley, capaz de todo, que se dedicaba a arruinar a las mujeres que se prendaban de él, cuyos diamantes empeñaba, pero recubriendo esta conducta con un barniz brillante, de modales encantadores y un espíritu satánico. El temor que inspiraba a todo el mundo sólo era comparable al desprecio que todos sentían por él; pero, como nadie tenía suficiente atrevimiento para demostrarle otra cosa que los sentimientos más corteses, él no podía darse cuenta de nada, o bien seguía el juego del disimulo general. Debía al conde De Marsay el último grado de elevación al que podía aspirar. De Marsay, que conocía a Máxime desde hacía tiempo, lo consideró capaz de desempeñar ciertas funciones secretas y diplomáticas que le encomendaba y que cumplía a la perfección. D'Arthez estaba metido desde hacía bastante tiempo en política para no conocer a fondo al personaje, y él era sin duda el único que tenía un carácter lo bastante elevado para expresar en voz alta lo que todos pensaban en su fuero interno.

—Sin duda por ella abandonáis la Cámara —dijo el barón de Nucingen.

—¡Ah, la princesa es una de las mujeres más peligrosas que un hombre pueda frecuentar! —gimió suavemente el marqués De Esgrignon—. Yo le debo la infamia de mi matrimonio.

—¿Peligrosa? —dijo la señora d'Espard—. No habléis así de mi mejor amiga. Yo nunca he sabido ni he visto nada de la princesa que no constituya una manifestación de los sentimientos más elevados.

—Dejad que hable el marqués —terció Rastignac—. Cuando un hombre ha sido desmontado por un bonito caballo, le encuentra vicios y lo vende.

Picado por estas palabras, el marqués de De Esgrignon miró a Daniel d'Arthez y le dijo:

—Supongo que este caballero no ha llegado en sus relaciones con la princesa a un punto que nos impida hablar de ella...

D'Arthez guardó silencio. El De Esgrignon, que no se hallaba desprovisto de ingenio, trazó, en respuesta a Rastignac, un retrato apologético de la princesa que puso a toda la mesa de buen humor. Como aquellas chanzas eran excesivamente oscuras para d'Arthez, se inclinó hacia la señora de Montcomet, su vecina, para preguntarle qué significaban aquellas bromas.

—Que excepto vos, a juzgar por la buena opinión que os merece la princesa, todos los presentes han gozado de sus favores —repuso la interpelada.

—Os puedo asegurar que esta opinión es completamente falsa —respondió

Daniel.

—Sin embargo, aquí tenéis a De Esgrignon, un gentilhomme del Perche, que se arruinó completamente por ella, hace doce años, y cuyas relaciones estuvieron a punto de llevarlo al cadalso.

—Conozco este asunto —dijo d'Arthez—. La señora De Cadignan salvó a De Esgrignon de tener que comparecer ante la audiencia provincial y aquí tenéis cómo la recompensa...

La señora de Montcomet miró a d'Arthez con un pasmo y una curiosidad casi estúpidos; luego volvió su mirada hacia la señora d'Espard, indicándoselo como si quisiera decirle: «¡Está hechizado!».

Durante aquella breve conversación, la señora De Cadignan fue protegida por la señora d'Espard, pero su protección más bien parecía la de los pararrayos, que atraen el rayo. Cuando d'Arthez intervino de nuevo en la conversación general, oyó que Máxime de Trailles pronunciaba las siguientes palabras:

—En Diana, la depravación no es un efecto, sino una causa; quizá deba a esta causa su natural exquisitez; ella no busca, no inventa nada; ofrece las mentiras más refinadas con la capa del amor más ingenuo, y es imposible no creerla.

Esta frase, que parecía haber sido preparada para un hombre de la talla de d'Arthez, era tan fuerte, que fue como una conclusión. Todos dejaron de interesarse por la princesa, que parecía haber recibido la puntilla. D'Arthez miró a De Trailles y a De Esgrignon con expresión de mofa.

—El mayor error que comete esta mujer es hacer la competencia a los hombres —dijo—. Como ellos, disipa los bienes parafernales, envía a sus amantes a casa de los usureros, devora dotes, arruma huérfanos, derrumba viejos castillos, inspira y acaso comete crímenes, pero...

Ninguno de los dos personajes a los que respondía d'Arthez había oído nunca nada tan fuerte. Después de aquel *pero*, todos los comensales quedaron fulminados, con el tenedor en el aire y los ojos fijos alternativamente en el valeroso escritor y en los sicarios de la princesa, esperando la conclusión en un horrible silencio.

—Pero —dijo d'Arthez con una burlona ligereza— la señora princesa De Cadignan tiene una ventaja sobre los hombres: cuando alguien se pone en peligro con ella, ella lo salva y no habla mal de nadie. ¿Por qué, entre todas ellas, no habría de haber una mujer que se burlase de los hombres, como los hombres se burlan de las mujeres? ¿Por qué el bello sexo no tiene que tomarse el desquite de vez en cuando?...

—El genio es más fuerte que el ingenio —dijo Blondet a Nathan.

Aquel alud de epigramas fue, en efecto, como el fuego de una batería de cañón que respondiese a una descarga de fusilería. Todos se apresuraron a desviar la conversación. Ni el conde De Trailles ni el marqués De Esgrignon parecían dispuestos a buscar querrela con d'Arthez. Cuando sirvieron el café, Blondet y Nathan se acercaron al escritor con una diligencia y una solicitud que nadie se atrevió a imitar, tan difícil resultaba conciliar la admiración inspirada por su conducta y el

miedo de crearse dos poderosos enemigos.

—Ya hacía tiempo que sabíamos que vuestro carácter iguala en grandeza a vuestro talento —le dijo Blondet—, Os habéis portado no como un hombre, sino como un dios. No haberse dejado arrastrar por el corazón ni por la imaginación; no haber salido en defensa de la mujer amada, fallo que todos esperaban de vos, y que hubiera hecho triunfar ese mundo devorado por los celos contra las eminencias literarias... ¡Ah, permitidme que os lo diga! Esto es la sublimación de la política privada.

—¡Ah, sois un hombre de Estado! —dijo Nathan—. Es algo tan hábil como difícil vengar a una mujer sin defenderla.

—La princesa es una de las heroínas del partido legitimista. Así, creo que todo hombre de corazón tiene el deber de protegerla *a pesar de todo* —respondió fríamente d'Arthez—. Lo que ha hecho por la causa de sus ideales excusaría la vida más llena de locuras.

—Obra con cautela —dijo Nathan a Blondet.

—Absolutamente como si la princesa valiese la pena —respondió Rastignan, que se les había reunido.

D'Arthez fue a ver a la princesa, que lo esperaba presa de la más viva ansiedad. El resultado de aquella experiencia, instigada por Diana, podía serle fatal. Por primera vez en su vida, aquella mujer sufría en su corazón y experimentaba sudores. No sabía qué partido tomar para el caso de que d'Arthez creyese a la sociedad, que diría la verdad, en vez de creerla a ella, que mentía, pues jamás había tenido a su alcance un alma tan pura y una conciencia tan ingenua. Si había urdido tan crueles mentiras, le impulsó a hacerlo el deseo de conocer el verdadero amor. Este amor lo sentía apuntar en su corazón; amaba a d'Arthez y estaba condenada a engañarlo, pues quería seguir siendo para él la actriz sublime que había representado ante sus ojos aquella deliciosa comedia. Cuando oyó los pasos de Daniel en el comedor experimento una conmoción, un estremecimiento que la agitó hasta las mismas raíces de su ser. Aquel sentimiento, que no había experimentado nunca durante su existencia llena de aventuras, le hizo ver entonces que era su felicidad lo que estaba en juego. Sus ojos, errantes por el espacio, se detuvieron en d'Arthez y, a través de su carne, penetraron hasta lo más profundo de su alma: ¡La sospecha, con su ala de murciélago, ni tan siquiera había rozado su amor! Se desvaneció entonces el estado inquieto en que la había colocado aquel temor, y un júbilo inmenso estuvo a punto de ahogar a la feliz Diana, pues normalmente las criaturas están dotadas de más fuerza para soportar los sufrimientos que para resistir las extremas alegrías.

—¡Daniel, me han calumniado y tú me has vengado! —exclamó la princesa, tendiéndole amorosamente sus brazos.

En medio de la profunda sorpresa que le causaban aquellas palabras, cuyas raíces permanecían invisibles para él, Daniel dejó que las manos delicadas de la princesa tomaran su cabeza y, sobre su frente, sintió la caricia húmeda de sus labios.

—¿Cómo lo habéis sabido?

—¡Oh, necio ilustre! ¿No ves que te amo con locura?

A partir de aquel día no se ha vuelto a hablar más de la princesa De Cadignan ni de d'Arthez. La princesa ha heredado una pequeña fortuna de su madre; sus veranos transcurren plácidamente en Ginebra, en una casa de campo, en compañía del gran escritor, y vuelve a París en el invierno para pasar algunos meses. D'Arthez únicamente se muestra en la Cámara, y sus publicaciones se han hecho excesivamente raras. ¿Constituye esto un desenlace? Para las gentes dotadas de talento, sí; mas no para aquellos que desean saberlo todo.

En Los Jardies, junio de 1830.



FACINO CANE



FACINO CANE

Habitaba yo a la sazón en una callejuela que sin duda no conocéis, la de Lesdiguières, que comienza en la de San Antonio, frente a una fuente próxima a la plaza de la Bastilla, y desemboca en la calle del Cerezal. El amor a la ciencia me había arrojado a una buhardilla donde trabajaba durante la noche, y pasaba el día en una biblioteca vecina, la del *Príncipe*. Vivía frugalmente, habiendo aceptado todas las condiciones de la vida monástica, tan necesaria a los trabajadores. Cuando hacía buen tiempo, apenas me paseaba por el bulevard Bourdon. Una sola pasión me arrastraba entonces fuera de mis hábitos estudiosos; pero ¿no constituía en realidad el ejercicio de una actividad estudiosa? El estudio: iba a observar las costumbres del arrabal, sus habitantes y sus caracteres. Tan mal vestido como los obreros, indiferente al decoro, no les ponía en guardia contra mí; podía mezclarme en sus grupos, verlos haciendo sus transacciones y discutiendo a la hora de salida del trabajo. En mí, la observación se había convertido ya en intuitiva, penetraba el alma sin descuidar el cuerpo; o más bien, captaba tan precisamente los detalles exteriores, que iba al instante al más allá; me procuraba la facultad de identificarme con la vida del individuo sobre quien actuaba, permitiéndome adentrarme en él como el derviche de *Las mil y una noches* tomaba el cuerpo y el alma de las personas sobre las cuales pronunciaba ciertas palabras.

Cuando, entre las once y medianoche, topaba con un obrero y su mujer que volvían juntos del Ambigú-Cómico, me divertía en seguirles desde el Bulevar del Pont-aux-Choux^[1] hasta el de Beaumarchais. Aquellas buenas gentes hablaban primero de la pieza que habían visto; en seguida pasaban a sus asuntos; la madre arrastraba a su hijo por la mano, sin escuchar ni sus lamentos ni sus súplicas; los dos esposos calculaban el dinero que les sería pagado al día siguiente y lo gastaban de mil maneras distintas. Luego sacaban a relucir los detalles del hogar, las quejas sobre el precio excesivo de las patatas, o sobre lo dilatado del invierno y el nuevo encarecimiento de los terrones de turba seca para quemar, y hacían la cuenta de lo que se le debía al panadero; por fin las discusiones se envenenaban, exteriorizando cada uno su carácter mediante palabras más o menos picarescas. Y oyendo a estas gentes podía comprender su vida, sentía sus harapos a la espalda, y caminaba con mis pies calzados con sus agujereados zapatos; sus deseos, sus necesidades, todo pasaba a mi alma, o mi alma pasaba a la suya. Era el sueño de un hombre despierto. Me enardecía con ellos contra los jefes de taller que les tiranizaban, o contra las prácticas chapuceras que les hacían volver muchas veces sin cobrar. Identificarme con sus costumbres convertirme en otro yo distinto mediante la embriaguez de las facultades mentales, tal era mi distracción. ¿A qué debo tal don? ¿Es una segunda vista? No he investigado jamás las causas de esta potencia; la poseo y me sirvo de ella, esto es todo. Sabed tan sólo que desde entonces yo había descompuesto los elementos de esa

masa heterogénea llamada el pueblo, habiéndola analizado lo suficiente para poder evaluar la bondad o maldad de sus cualidades. Sabía ya de qué utilidad podía ser aquel barrio, aquel seminario de revoluciones que contiene héroes, inventores, sabios prácticos, picaros, bribones y desalmados, virtudes y vicios, todos comprimidos por la miseria, asfixiados por la necesidad, ahogados por el vino, desgastados por los licores fuertes. ¡No podríais imaginaros cuántas aventuras perdidas, cuántos dramas olvidados en esta villa de dolor! ¡Cuántas cosas horribles y bellas! La imaginación no alcanzará jamás la verdad que se oculta y que nadie puede ir a descubrir; es preciso descender demasiado bajo para hallar esas admirables escenas, trágicas o cómicas, obras maestras creadas por el azar. Yo no sé cómo he guardado durante tanto tiempo la historia que voy a contaros, la cual forma parte de esos relatos curiosos que han quedado grabados en el cerebro, de donde la memoria los saca caprichosamente, cual si se tratara de los números de la lotería: tengo muchas otras, tan singulares como ésta, e igualmente enterradas; mas también a ellas les llegará su vez, creedlo.

Cierto día, mi criada, que era mujer de un obrero, vino a rogarme que honrase con mi presencia la boda de una de sus hermanas. Para haceros comprender lo que podría ser tal boda, preciso es decir que yo daba cuarenta sueldos por mes a esta pobre criatura que venía todas las mañanas a hacer mi cama, limpiar mi calzado, cepillar mi ropa, barrer la habitación y preparar mi desayuno; el resto del tiempo lo ocupaba haciendo girar la manivela de una máquina, y ganaba en este duro oficio diez sueldos por día. Su marido, ebanista, ganaba cuatro francos. Pero como este matrimonio tenía tres pequeños, apenas podía honestamente comer pan. Jamás he hallado una probidad más sólida que la de este hombre y esta mujer. Cuando abandoné el barrio, la madre Vaillant venía a felicitarme, durante cinco años, el día de mi cumpleaños, trayéndome un ramo de flores y naranjas, ella que pasaba grandes estrecheces económicas. La miseria nos había acercado. Jamás pude darle otra cosa que diez francos, a menudo pedidos prestados para esta ocasión. Ello puede explicar mi promesa de asistir a la boda; esperaba participar de la alegría de aquellas pobres gentes.

El festín y el baile tuvieron lugar en casa de un tabernero de la calle de Charenton, en el primer piso, en una espaciosa habitación alumbrada por lámparas de reflectores de hojalata, revestida de un empapelado mugriento a la altura de las mesas, y con bancos de madera a lo largo de las paredes. En este aposento, ochenta personas endomingadas, saturadas de ramos y cintajos, animadas por el espíritu de la Courtille, con el rostro inflamado, bailaban como si fuese a acabarse el mundo. Los recién casados se besaban en medio del regocijo general, y oíanse burlonas exclamaciones de ¡Eh! ¡Eh! y ¡Ah! ¡Ah!, pero realmente menos indecentes que lo son las tímidas ojeadas de las jóvenes bien educadas. Todo el mundo expresaba un contento brutal que tenía no sé qué de comunicativo.

Pero ni el aspecto de esta reunión, ni la boda, ni nada de este mundo tiene relación con mi historia. Retened tan sólo la extravagancia del cuadro. Imaginaos el figón innoble y pintado de rojo, oled el vino, escuchad los alaridos de aquella alegre

cuchipanda, quedaos en aquel barrio, en medio de aquellos obreros, de aquellos viejos y de aquellas pobres mujeres entregadas al placer de una noche...

La orquesta se componía de tres ciegos del Quinze Vingts^[2]: el primero tocaba el violín, el segundo el clarinete y el tercero el flautín. Su salario en bloque era de siete francos por tocar durante toda la noche. Por ese precio, desde luego, no ejecutaban ni a Rossini ni a Beethoven, sino lo que querían y lo que podían; nadie se lo reprochaba... ¡Encantadora delicadeza! Su música atacaba tan brutalmente el tímpano, que tras haber paseado la vista por la reunión miré al trío de ciegos, y al punto me sentí dispuesto a la indulgencia, al reconocer su uniforme. Aquellos artistas estaban en el alféizar de una ventana, así que para distinguir sus fisonomías era preciso aproximarse a ellos. No fui al instante; pero, cuando lo hice, no sé por qué todo lo demás fue olvidado, la boda y la música terminaron para mí y mi curiosidad fue excitada al máximo grado, pues mi alma pasó al cuerpo del clarinetista. El violinista y el flautista tenían ambos figuras vulgares: la imagen tan conocida del ciego, llena de contención, atenta y grave; pero la del clarinetista era uno de esos fenómenos que dejan parado al artista y al filósofo.

Figuraos la mascarilla en yeso de Dante, iluminada por el rojo resplandor del quinqué y rematada por un bosque de cabellos de un blanco plateado. La expresión amarga y dolorosa de aquella magnífica cabeza estaba engrandecida por la ceguera, pues los muertos ojos revivían por el pensamiento, pareciendo desprenderse de ellos un ardiente resplandor, producido por un deseo único, incesante, enérgicamente grabado sobre una abombada frente cruzada por arrugas semejantes a las resquebrajaduras de un vetusto muro. Aquel anciano soplaba al azar, sin prestar la menor atención al compás ni a la melodía, bajando o levantando los dedos que agitaban las viejas llaves de un modo maquinal; no le preocupaba lo más mínimo cometer lo que se llaman *pifias* en términos musicales, cosa de la que por lo demás los danzantes se percataban tan poco como los dos acólitos de mi italiano; pues yo suponía que se trataba de un italiano, y era en efecto un italiano. Algo de grande y despótico se hallaba en aquel viejo Homero que guardaba en sí mismo una odisea condenada al olvido. Era una grandeza tan real, que hasta triunfaba sobre su abyección; era su despotismo tan poderoso, que dominaba a la pobreza. Ninguna de las violentas pasiones que conducen al hombre tanto al bien como al mal, haciendo de él un forzado o un héroe, faltaban a aquel rostro noble, marcadamente italiano, sombreado por cejas entrecanas que proyectaban su oscuridad sobre cavidades profundas que hacían temer que por ellas surgiese la luz del pensamiento, como se teme ver aparecer por la boca de una caverna a los bandidos empuñando teas y armados de puñales. Aquella jaula de carne encerraba a un león, un león cuya furia se había agotado luchando inútilmente contra el hierro de sus barrotes. El incendio de la desesperación lo había convertido en cenizas, y la lava se había enfriado; pero los surcos, las devastaciones, un poco de humo, atestiguaban la violencia de la erupción, los estragos del fuego. Tales ideas, despertadas por el aspecto de aquel hombre, eran

tan cálidas en mi alma como frías en su rostro.

Entre cada contradanza, el violinista y el flautista, seriamente ocupados de sus vasos y de su botella, suspendían sus respectivos instrumentos en el botón de su casaca rojiza, tendían la mano a una mesita colocada ante el alféizar de la ventana, donde estaba su cantina, y ofrecían siempre al italiano un vaso lleno, que no podía tomar por sí mismo, pues la mesita se hallaba detrás de su silla; y cada vez el clarinetista mostraba su agradecimiento a sus compañeros mediante un amistoso gesto de cabeza. Sus movimientos se verificaban con esa precisión que asombra siempre en los ciegos del Quinze-Vingts y que hace sospechar que pueden ver. Me aproximé a los tres ciegos para oír lo que hablaban entre ellos; pero cuando estuve a su vera me estudiaron, y, sin duda, al desconfiar de que no era un obrero, enmudecieron.

—¿De qué país sois vos, el que toca el clarinete? —pregunté.

—De Venecia —respondió el ciego con ligero acento italiano.

—¿Nacisteis ciego, o sois ciego por...?

—Por accidente —respondió él con viveza—. Una maldita gota serena...

—Venecia es una bella ciudad; siempre he soñado con visitarla.

La fisonomía del anciano se animó y sus arrugas se agitaron, pareciendo violentamente emocionado.

—Si fuese yo con vos no perderíais el tiempo —dijo.

—No le habléis de Venecia —me dijo el violinista—, o nuestro dogo va a empezar su retahíla... El príncipe tiene ya dos botellas en el coletto.

—Ea, adelante, padre Pifia —dijo el flautista.

Los tres se pusieron a tocar de nuevo, pero durante el tiempo que tardaron en ejecutar las cuatro partes de la contradanza, el veneciano me husmeaba, adivinando el excesivo interés que le dedicaba. Su fisonomía abandonó su fría expresión de tristeza; no sé qué esperanza animó todas sus facciones y se deslizó como una llama azul en sus arrugas; sonrió y se enjugó la frente, aquella frente audaz y terrible; finalmente se alborozó como un hombre que trata su tema favorito.

—¿Qué edad tenéis? —le pregunté.

—Ochenta y dos años.

—¿Desde cuándo estáis ciego?

—Pronto hará cincuenta años —respondió con acento anunciador de que sus pesares no se debían tan sólo a la pérdida de la vista, sino también de algún gran poder del que había sido despojado.

—¿Por qué os llaman el dogo? —le pregunté.

—¡Ah! Es una broma; soy patricio de Venecia, y podría haber sido dogo como cualquier otro.

—¿Cómo os llamáis, pues?

—Aquí —respondió— me llaman el padre Canet. Mi nombre no ha podido escribirse nunca de otro modo en los registros; pero en italiano es *Marco Facino*

Cane, príncipe de Varese.

—¿Cómo? ¿Descendéis, por ventura, del famoso *condottiero* Facino Cane, cuyas conquistas han pasado a los duques de Milán?

—*E vero*^[3] —me dijo él—. En su época, para evitar ser asesinado por los Visconti, el hijo de Cane se refugió en Venecia, haciéndose inscribir en el Libro de Oro. ¡Pero ya no hay más Cane en la actualidad, como tampoco Libro!

E hizo un espantoso gesto de extinguido patriotismo y de desprecio por las cosas humanas.

—Pero, si fuisteis senador de Venecia, debisteis ser rico... ¿Cómo pudisteis perder vuestra fortuna?

Al escuchar esta pregunta, levantó la cabeza hacia mí como para contemplarme en movimiento verdaderamente trágico, y me respondió:

—Con las desgracias.

No pensó más en beber; rechazó con un gesto el vaso de vino que le tendía en aquel momento el flautista, y luego bajó la cabeza. Tales detalles no contribuyeron a extinguir mi curiosidad. Durante la contradanza que ejecutaron aquellas tres máquinas contemplé al viejo noble veneciano con los sentimientos que devoran a un hombre de veinte años. A través de aquel noble rostro envejecido entreví las ruinas de Venecia y el Adriático. Me paseaba por aquella villa tan querida por sus habitantes, iba del Rialto al Gran Canal, del muelle de los Esclavonios al Lido, y volvía a la catedral, tan originalmente sublime; contemplaba las ventanas de la *Casa Doro*, todas de diferentes ornamentos, y los viejos palacios tan ricos en mármol, y todas esas maravillas, en fin, con las cuales el observador simpatiza tanto más cuanto que las colorea a su antojo y no despoetiza sus sueños por el espectáculo de la realidad. Remontaba el curso de la vida de aquel vástago del más grande de los *condottieros*, buscando las huellas de sus desgracias y las causas de su profunda degradación física y moral que tornaba más bellos aún los rescoldos de grandeza y de nobleza reanimados en aquel momento. Nuestros pensamientos eran sin duda comunes, pues creo que la ceguera hace las comunicaciones intelectuales más rápidas, impidiendo a la atención desperdigarse por los objetos exteriores. La prueba de nuestra mutua simpatía no se hizo esperar. Facino Cane cesó de tocar, se levantó, vino a mí y me dijo un *¡Salgamos!* que me produjo el efecto de una ducha eléctrica. Le di el brazo y nos fuimos.

Al encontrarnos en la calle me dijo:

—¿Queréis llevarme a Venecia, conducirme allí? ¿Queréis tener fe en mí? Seréis más rico de lo que lo son las diez casas más ricas de Amsterdam o de Londres, más rico que Rotschild, rico en fin como los ricos de *Las mil y una noches*.

Pensé que aquel hombre estaba loco; pero en su voz había un poder tal que obedecí. Me dejé conducir y me llevó hacia los fosos de la Bastilla, como si hubiese tenido ojos con vista. Sentóse sobre una piedra, en un paraje muy solitario, donde después había de ser construido el puente que había de comunicar el canal de San

Martín con el Sena. Yo tomé asiento sobre otra piedra ante el anciano, a cuyos blancos cabellos la luna arrancaba resplandores plateados. El silencio que turbaba apenas el tormentoso ruido de los bulevares, que, lejano, llegaba hasta nosotros; la pureza de la noche, todo contribuía a hacer aquella escena verdaderamente fantástica.

—¡Habláis de millones a un joven, y creéis que vacilará en padecer mil males para recogerlos! ¿No os burláis de mí?

—Que muera sin confesión —me replicó con violencia— si lo que voy a deciros no es verdad. También yo he tenido veinte años como vos los tenéis en este momento, y fui rico, apuesto, noble. Comencé por la primera de las locuras, por el amor. He amado como no se ama ya, hasta el punto de meterme en un armario y correr el riesgo de ser apuñalado, sin haber recibido otra cosa que la promesa de un beso. Morir por *ella* me parecía toda una vida. En 1760 me enamoré de una Vendramini, una mujer de dieciocho años, casada con un Sagredo, uno de los más ricos senadores, hombre de treinta años, loco por su esposa. Mi amada y yo éramos inocentes como dos querubines cuando el *sposo* nos sorprendió hablando de amor; yo estaba sin armas y él armado, pero erró la puntería; salté sobre él y le estrangulé con ambas manos, retorciéndole el cuello como a un pollo. Quise partir con Bianca, pero ella no quiso seguirme. ¡Así son las mujeres! Me marché solo; fui condenado, incautándose de mis bienes en provecho de mis herederos; pero yo había llevado conmigo diamantes, cinco telas enrolladas del Ticiano y todo mi oro. Me trasladé a Milán, donde no fui inquietado: mi asunto no interesaba al Estado... Una pequeña observación antes de continuar —dijo tras una pausa—. Influyan o no las fantasías de una mujer sobre su hijo cuando lo lleva en su seno o cuando lo concibe, lo cierto es que mi madre tuvo pasión por el oro durante su embarazo. Y yo tengo por el oro una monomanía cuya satisfacción es tan necesaria a mi vida, que en todas las situaciones en que me he hallado jamás he estado sin oro sobre mí; manejo constantemente el oro; de joven llevaba siempre joyas y doscientos o trescientos ducados encima.

Y en diciendo estas palabras, sacó dos ducados de su bolsillo y me los mostró.

—Huelo el oro —prosiguió—. Aunque ciego, me detengo ante los escaparates de los joyeros. Esta pasión me ha perdido, convirtiéndome en jugador por jugar oro. No era tramposo, me engañaron los pillos y me arruiné. Cuando ya no tuve más fortuna me acometió el rabioso impulso de volver a ver a Bianca; regresé secretamente a Venecia y la hallé; fui feliz durante seis meses, oculto en su casa y alimentado por ella. Yo pensaba deliciosamente acabar así mi vida. Mas ella era galanteada por el procurador; éste adivinó a un rival; en Italia se les huele: nos espío y nos sorprendió en el lecho, ¡el cobarde! Podéis juzgar lo acalorada que fue nuestra lucha: no lo maté, pero le herí gravemente. Aquella aventura destruyó mi felicidad. Desde aquel día no he vuelto a ver a Bianca. He tenido grandes placeres, viví en la corte de Luis XV, entre las mujeres más célebres; mas en parte alguna hallé las gracias, los encantos, el amor de mi querida veneciana. El procurador llevaba consigo a sus siervos, los llamó para que cercaran e invadieran el palacio; me defendí para poder morir ante los ojos

de Bianca, quien me prestaba ayuda para matar al procurador. En otro tiempo, aquella mujer no había querido huir conmigo; pero tras seis meses de felicidad, quería morir junto a mí, y recibió varias heridas. En cuanto a mí, atrapado en una gran capa que se me lanzó, fui enrollado en ella, llevado a una góndola y transportado a un calabozo subterráneo. Tenía veintidós años, y llevaba asida de tal modo la empuñadura de mi espada, que para quitármela habría sido necesario cortarme el puño. Por singular casualidad, o más bien inspirado por un pensamiento de precaución, oculté aquel trozo de acero en un rincón por si podía servirme de algo. Me cuidaron. Ninguna de mis heridas era mortal. A los veintidós años uno se repone de todo. Debía morir decapitado, y me fingí enfermo, a fin de ganar tiempo. Creyendo hallarme en un calabozo vecino al canal, mi proyecto era el de evadirme socavando el muro y atravesando el canal a nado, a riesgo de ahogarme... He aquí sobre qué razonamientos se apoyaba mi esperanza: todas las veces que el carcelero me traía la comida leía sobre los muros indicaciones escritas tales como: *Lado del palacio, Lado del canal, Lado del subterráneo*, y acabé por columbrar un plano, cuyo sentido me inquietaba poco, pero explicable por el estado actual del palacio, todavía sin terminar. Con el genio que presta el deseo de recobrar la libertad logré descifrar, tanteando con la yema de los dedos la superficie de una piedra, una inscripción árabe en la que el autor del trabajo advertía a sus sucesores que había separado dos piedras de la última hilera y excavado once pies de subterráneo. Para continuar la obra era preciso esparcir por el suelo de la celda las parcelas de piedra y mortero producidas por el trabajo de excavación. Aun cuando los guardianes o los inquisidores confiaran en la construcción del edificio, que no exigía sino una vigilancia exterior, la disposición de los Fosos, a los que se desciende por unos peldaños, permitía elevar gradualmente el suelo sin que se percataran los guardianes. Este inmenso trabajo había sido superfluo, cuando menos para quien lo había emprendido, ya que su interrupción denunciaba la muerte del desconocido. Para que su abnegación no quedase perdida para siempre era necesario que un prisionero entendiera el árabe; pero yo había estudiado lenguas orientales en el convento de los padres armenios. Una frase escrita detrás de la piedra decía el destino de aquel desgraciado, víctima de sus enormes riquezas, que Venecia había codiciado y de las que se había apoderado. Necesitaba un mes para obtener el resultado apetecido. Mientras trabajaba, y en los momentos en que la fatiga me anonadaba, oía el sonido del oro, veía el oro ante mí, me sentía deslumbrado por los diamantes... ¡Oh, esperad!...

»Durante una noche, mi mellado acero dio con madera. Afilé mi trozo de espada y conseguí abrir un agujero en aquella madera. Para poder trabajar me enroscaba como una serpiente sobre el vientre, me desnudaba para hacerlo a la manera de los topes, tendía mis manos sirviéndome de la piedra como punto de apoyo. La antevíspera del día en que había de comparecer ante mis jueces, realicé durante la noche un último esfuerzo; atravesé la madera, y mi improvisada herramienta no encontró nada más allá.

»¡Podéis juzgar mi sorpresa cuando apliqué el ojo sobre el boquete! ¡Me hallaba bajo la bóveda de una cueva en la que una tenue luz me permitía percibir un montón de oro! El dogo y uno de los Diez se encontraban en la cueva. Oía sus voces, y lo que dijeron me hizo saber que allí estaba el tesoro secreto de la República, los dones de los dogos, y las reservas del botín denominado el denario de Venecia, producto obtenido con las expediciones.

»¡Estaba salvado!... Cuando vino el carcelero le propuse mi huida y que me acompañase, llevándonos todo lo que pudiéramos coger. No era cosa de vacilar y aceptó. Un navío hacía vela para Levante; se tomaron todas las precauciones, y Bianca favoreció las medidas que dicté a mi cómplice. Para no dar la alarma, Bianca debía unírse nos en Esmirna. En una noche el boquete fue agrandado y descendimos al tesoro secreto de Venecia. ¡Qué noche! Lo menos había cuatro toneladas de oro. En la pieza precedente, la plata estaba igualmente dispuesta en dos montones que dejaban un camino en el centro para atravesarla. Los taludes llegaban a cinco pies de altura de la pared. Creí que el carcelero se volvía loco: cantaba, saltaba, reía, daba cabriolas en el oro; le amenacé con estrangularle si perdía el tiempo o hacía ruido. En su delirante alegría, no vio de buenas a primeras una mesa donde estaban los diamantes. Yo me acerqué a ella lo bastante hábilmente como para llenar los bolsillos de mi chaqueta de marinero y de mis pantalones. ¡Santo Dios, no cogí ni la tercera parte! Bajo aquella mesa había lingotes de oro, y persuadí a mi compañero de que llenase tantos sacos de él como pudiéramos llevar, haciéndole observar que era la única manera de no ser descubiertos en el extranjero. “Las perlas, las joyas y los diamantes nos harían reconocer”, le dije. Por mucha que fuera nuestra avidez, no pudimos apoderarnos más que de dos mil libras de oro, que necesitaron seis viajes desde la prisión a la góndola. El centinela de la puerta acuática había sido sobornado mediante un saco de diez libras de oro. En cuanto a los dos gondoleros, creían servir a la República. Partimos al alba. Cuando nos hallamos en alta mar y recordé todas las sensaciones que había experimentado al contemplar aquel inmenso tesoro donde, según mis cálculos, dejaba treinta millones en plata y veinte en oro, así como muchos en diamantes, perlas y rabíes, se produjo en mí una especie de conmoción demencial. Sentí la fiebre del oro.

Desembarcamos en Esmirna, donde reembarcamos seguidamente para Francia. Al subir al navío francés, Dios me otorgó la gracia de desembarazarme de mi cómplice. En aquel momento no pensé en toda la trascendencia que tendría para mí aquella mala pasada del azar, de la cual me alegré tanto. Estábamos tan completamente enervados, que permanecíamos atontados, sin decimos nada, esperando encontrar seguros para disfrutar a nuestro antojo. No es de asombrar que aquel bribón perdiera la cabeza. ¡Ya veréis cómo Dios me ha castigado!

»No me creí tranquilo sino después de haber vendido dos terceras partes de mis diamantes en Londres y en Amsterdam, y convertido el valor de mi polvo de oro en valores comerciales. Por espacio de cinco años me oculté en Madrid; en 1770, vine a

París bajo nombre español, llevando el tren de vida más brillante. Bianca había muerto. En medio de mis placeres, cuando disfrutaba de una fortuna de seis millones, fui atacado de ceguera. No dudo que esta enfermedad sea el resultado de mi estancia en el calabozo, y de mis arduos y afanosos trabajos en la piedra, ya que mi facultad de ver el oro llevara aparejado un abuso de la potencia visual que me predestinaba a perder la vista.

»»En aquellos momentos amaba a una mujer con la que pensaba unir mi suerte; le había revelado el secreto de mi nombre; ella pertenecía a una familia poderosa, y yo lo esperaba todo del favor que me otorgaba Luis XV; había depositado mi confianza en aquella mujer, que era amiga de *madame* du Barry; ella me aconsejó que consultara a un famoso oculista de Londres; pero tras algunos meses de estancia en esa ciudad, fui abandonado por aquella mujer en Hyde Park después de haberme despojado de toda mi fortuna, sin dejarme recurso alguno, y forzado a ocultar mi nombre, que me libraba a la venganza de Venecia, no podía invocar la ayuda de nadie. Mi enfermedad fue explotada por los espías que aquella mujer había pegado a mi persona. No quiero aburrirlos con el relato de aventuras dignas de Gil Blas. Advino la Revolución Francesa y me vi obligado a entrar en el hospital Quinze-Vingts, donde me hizo admitir aquella pérfida criatura, tras haberme tenido encerrado como loco durante dos años en el manicomio de Bicêtre; no he podido matarla jamás, privado de la vista como estaba y demasiado pobre para pagar a un asesino. Si antes de perder a Benedetto Carpi, mi carcelero, le hubiese consultado sobre la situación de mi calabozo, habría podido reconocer el tesoro y volver a Venecia cuando la República fue aniquilada por Napoleón...

Sin embargo, a pesar de mi ceguera, ¡vayamos a Venecia! Volveré a encontrar la puerta de la prisión, veré el oro a través de las murallas, lo oleré bajo las aguas en que está sumido; pues los acontecimientos que han derribado el poderío de Venecia son tales, que el secreto de este tesoro ha debido morir con Vendramino, el hermano de Bianca, un dogo, de quien esperaba hubiera hecho mi paz con los Diez. He dirigido notas al primer cónsul, he propuesto un tratado al emperador de Austria... ¡Todos me han rechazado como a un demente! Venid vos conmigo, partamos para Venecia, vayamos como mendigos y volveremos millonarios; rescataré mis bienes, y vos seréis mi heredero, os convertiréis en príncipe de Varese.

Aturdido por esta confidencia, que en mi imaginación tomaba las proporciones de un poema, ante el aspecto de aquella cabeza cana y del agua negra de los fosos de la Bastilla, agua durmiente como la de los canales de Venecia, no respondí. Facino Cane creyó sin duda que le juzgaba como todos los demás, con desdeñosa compasión, e hizo un gesto que expresaba toda la filosofía de su desesperación.

Aquel relato le había retrotraído acaso a sus días felices, a Venecia: tomó su clarinete y tocó melancólicamente una canción veneciana, una barcarola, para la cual volvió a hallar su talento primitivo, su talento de patricio enamorado. Fue algo así como el *Super flumina Babylonis*. Mis ojos se llenaron de lágrimas. Si algunos

paseantes rezagados transitaban entonces por el bulevar Bourdon, sin duda se detuvieron para escuchar aquella última plegaria del proscrito, el último lamento de un hombre perdido, al que acompañaba el recuerdo de Bianca. Pero el oro no tardó en volver a imponerse, y la fatal pasión extinguió aquel fulgor de juventud.

—Aquel tesoro —me dijo— lo veo siempre, tanto despierto como en sueños; me paseo por él, y los diamantes brillan... No soy tan ciego como pensáis; el oro y los diamantes iluminan mi noche, la noche del último Facino Cane, pues mi título pasa a los Memmi. ¡Dios mío! ¡El castigo del asesino ha comenzado bien temprano! *Ave María...*

Y recitó algunas oraciones que no entendí.

—¡Iremos a Venecia! —le dije cuando se levantó.

—¡He hallado, pues, un hombre! —exclamó alborozado y con el rostro encendido.

Le acompañé dándole el brazo, y me estrechó la mano en la puerta del hospital, en el momento en que algunas personas de la boda regresaban a sus casas gritando a pleno pulmón.

—¿Partiremos mañana? —preguntó el viejo.

—En cuanto tengamos algún dinero.

—Pero podemos ir a pie; yo pediré limosna... Soy robusto, y se es joven cuando se presiente el oro.

Facino Cane murió durante el invierno, tras haber languidecido por espacio de dos meses. Un simple catarro fue la causa del óbito de aquel pobre hombre.

París. Marzo de 1836.



SARRASINE



SARRASINE

Al señor Charles de Bernard du Grail

Hallábame sumido en una de esas meditaciones profundas que se apoderan de todo el mundo, hasta del hombre más frívolo, en medio de las fiestas más tumultuosas. Acababan de sonar las campanadas de la medianoche en el reloj del Elíseo-Borbón. Sentado ante el alféizar de una ventana y oculto por los ondulantes pliegues de una cortina de muaré, podía contemplar a mi gusto el jardín de la mansión en la que pasaba la velada. Los árboles, cubiertos de nieve, se destacaban débilmente del fondo grisáceo que formaba un cielo nuboso, apenas iluminado por la Luna. Vistos en el seno de esta atmósfera fantástica, se asemejaban vagamente a espectros mal arrebuados en sus mortajas, gigantesca imagen de la famosa *Danza de los muertos*. Luego, volviéndome del otro lado, podía admirar la danza de los vivos, un espléndido salón de paredes de plata y oro, en el que destellantes candelabros ponían su nota luminosa. Allí hormigueaban, se agitaban y mariposeaban las más lindas mujeres de París, las más ricas, las más nobles, esplendentes, fastuosas, deslumbrantes de diamantes, con flores sobre la cabeza, sobre el pecho, en el cabello, sembrados sobre sus vestidos o en guirnaldas a sus pies. Ligeros estremecimientos y pasos voluptuosos hacían revolver y ondular encajes y blondas, tules y sedas en tomo a sus delicados senos. Algunas centelleantes miradas atravesaban la estancia acá y allá, eclipsando las luces y el brillo de los diamantes, animando a corazones demasiado ígneos. Sorprendíanse también expresiones significativas para los enamorados y actitudes negativas para los maridos. Las exclamaciones y comentarios de los jugadores a cada lance imprevisto, y el resonar del otro, se mezclaban con la música y con el murmullo de las conversaciones; y para acabar de aturdir a aquella multitud embriagada por todas las seducciones que el mundo puede ofrecer, una vaharada de perfumes y el arrebató general obraban sobre las imaginaciones excitadas. Así, pues, a mi diestra, la sombría y silenciosa imagen de la muerte; a mi siniestra, las atractivas bacanales de la vida: aquí, la fría naturaleza, taciturna, en duelo; allá, los seres entregados al placer. Y yo, en la frontera de ambos cuadros tan dispares, que repetidos mil veces de diversas maneras hacen de París la villa más divertida y la más filosófica del mundo, hacía un guiso moral semifestivo y semifúnebre. Con el pie izquierdo marcaba el compás, y creía tener el otro en un féretro. Mi pierna estaba, en efecto, helada por uno de esos aires colados que congelan la mitad del cuerpo, mientras que la otra experimentaba el húmedo calor de los salones, accidente hartó frecuente en un baile.

—¿Hace mucho tiempo que el señor de Lanty posee este palacio?

—Pues sí. Pronto hará diez años que el mariscal de Carigliano se lo vendió...

—¡Ah!

—Esta gente debe tener una fortuna inmensa...

—A la vista está.

—¡Qué fiesta! Es un lujo insolente.

—¿Les creéis tan ricos como el señor de Nucingen o el señor de Gondreville?

—¿Pero no sabéis que...?

Tendí la cabeza y reconocí a los dos interlocutores como pertenecientes a la curiosa clase de seres que en París se ocupan exclusivamente de los *Por qué*, los *Cómo*, *De dónde viene*, *Quiénes son*, *Qué tiene él*, *Qué ha hecho ella...* Ambos se pusieron a hablar en voz baja y se alejaron para conversar más cómodamente sentados en un solitario canapé. Jamás se había abierto mina más fecunda a los buscadores de misterios. Nadie sabía de qué país venía la familia Lanty, ni de qué comercio, expoliación, piratería o herencia provenía una fortuna estimada en muchos millones. Todos los miembros de aquella familia hablaban el italiano, el francés, el español, el inglés y el alemán con la perfección suficiente como para hacer suponer que habían debido residir durante bastante tiempo en aquellos países. ¿Eran bohemios? ¿Eran filibusteros?

—Aunque fuesen el diablo, reciben de manera maravillosa —decían jóvenes políticos.

—Aunque el conde de Lanty hubiese desvalijado alguna *Casbah*, de buen grado me casaría con su hija —exclamaba un filósofo.

¡Y quién no se hubiera desposado con Marianina, joven de dieciséis años, cuya belleza colmaba las fabulosas concepciones de los poetas orientales! Como la hija del sultán en el cuento de *La lámpara maravillosa*, debería haber estado velada. Su canto hacía palidecer los talentos incompletos de la Malibrán, de la Sontag y de la Fodor, en quienes una cualidad dominante ha excluido siempre la perfección del conjunto; mientras que Marianina sabía unir en un mismo grado la pureza del sonido, la sensibilidad, la justeza de la cadencia y de las entonaciones, el alma y la ciencia, la corrección y el sentimiento. Aquella muchacha era el tipo modélico de esa poesía secreta que es el nexo común de todas las artes y que escapa siempre a quienes la buscan. Dulce y modesta, instruida y espiritual, nada podía eclipsar a Marianina, excepto su madre.

¿Habéis encontrado alguna vez una de esas mujeres cuya fulminante belleza desafía los embates de la edad, y que a los treinta y seis años parecen más deseables de lo que debieran haberlo sido quince años atrás? Su rostro es un alma apasionada, destella; cada rasgo brilla de inteligencia; cada poro posee un particular resplandor, sobre todo a la luz. Sus seductores ojos atraen, niegan, hablan o se callan; su andar es cándidamente sapiente; su voz despliega las melodiosas riquezas de las tonalidades más coquetamente dulces y tiernas. Fundados en comparaciones, sus elogios acarician el amor propio más quisquilloso. Un movimiento de sus cejas, el menor pestañeo, su labio que se frunce, imprimen una especie de terror a quienes hacen depender de estas singulares mujeres su vida y su felicidad. Inexperimentada en el

amor y dócil a los discursos, una joven puede dejarse seducir; mas para aquella especie de fémina, un hombre debe saber, como el señor Jaucourt, no gritar cuando, oculto en el fondo de un gabinete, la camarera le aplasta los dedos en la juntura de una puerta. Amar a esas poderosas sirenas ¿no es jugarse la vida? ¡Tal vez por ello las amamos tan apasionadamente! Así era la condesa de Lanty.

En Filippo, hermano de Marianina, se reflejaba, como en su hermana, la maravillosa belleza de la condesa». Por decirlo todo en una palabra, este joven era la viva imagen de Antinoo, con formas más gráciles. Pero ¡cuán bien se alían a la juventud esas proporciones cenceñas y delicadas si unas cejas vigorosamente delineadas y el fulgor de unos ojos aterciopelados prometen pasiones viriles e ideas generosas para el porvenir! Si Filippo constituía para todos los corazones jóvenes el prototipo del hombre ideal, se hallaba igualmente en el recuerdo de todas las madres como el mejor partido de Francia.

La belleza, la fortuna, el ingenio, las gracias de estas dos criaturas provenían únicamente de su madre. El conde de Lanty era pequeño, feo y flaco; sombrío como un español y aburrido como un banquero. Por lo demás pasaba por estar dotado de profundidad política, tal vez porque raramente reía y citaba siempre a Metternich o a Wellington.

Esta misteriosa familia tenía todo el atractivo de un poema de lord Byron, cuyas dificultades eran traducidas de distinta manera por cada componente del gran mundo: un canto oscuro y sublime de estrofa en estrofa. La reserva que los señores de Lanty mantenían sobre su origen, sobre su existencia pasada y sobre sus relaciones con las cuatro partes del mundo no hubiera sido durante mucho tiempo motivo de asombro en París. En país alguno, acaso, es mejor comprendido el axioma de Vespasiano. Allí la riqueza, aun manchada de sangre o de fango, lo significa todo. Con tal de que la alta sociedad sepa la cuantía de vuestra fortuna, estáis clasificados entre las sumas que os igualan, y nadie pregunta por vuestros pergaminos, porque todo el mundo sabe lo poco que cuestan. En una ciudad en la que los problemas sociales se resuelven por ecuaciones algebraicas, los aventureros tienen a su favor excelentes oportunidades. Suponiendo que esta familia hubiese sido bohemia de origen, era tan rica y tan atractiva que la alta sociedad podía bien perdonarle sus pequeños misterios. Mas, por desgracia, la enigmática historia de la casa Lanty ofrecía un interés perpetuo de curiosidad, bastante semejante al de las novelas de Ana Radcliffe.

Los observadores, esas gentes que se empeñan en saber en qué establecimiento compráis vuestros candelabros, o que os preguntan el precio del alquiler cuando vuestro apartamento les parece hermoso, habían notado, de cuando en cuando, en medio de las fiestas, de los conciertos, de los bailes y de los saraos dados por la condesa, la aparición de un extraño personaje. Era un hombre. La primera vez que se mostró en el palacio fue durante un concierto, atraído al salón, según todas las apariencias, por la voz encantadora de Marianina.

—Hace un rato que siento frío —dijo a su vecina una dama situada cerca de la

puerta.

El desconocido, que se hallaba próximo a esta dama, se marchó.

—¡Qué cosa tan singular! Ahora tengo calor —dijo la dama tras la partida de aquel personaje—. Y acaso me tachéis de loca, mas no puedo impedir pensar que mi vecino, ese caballero vestido de negro que acaba de marcharse, era quien causaba este frío.

Muy pronto, la exageración natural a las gentes de la alta sociedad hizo nacer y acumular las ideas más chuscas, las expresiones más extravagantes y los chismes más ridículos sobre aquel misterioso personaje. Sin ser precisamente un vampiro, un trago, un hombre artificial, una especie de Fausto o de Robín de los Bosques, participaba, al decir de los amigos de lo fantástico, de todas esas naturalezas antropomorfas. Y acá y allá encontrábase alemanes que tomaban por realidades estas ingeniosas burlas de la maledicencia parisiense. Aquel desconocido era, sencillamente, un *anciano*. Muchos jóvenes, acostumbrados a profetizar con frases elegantes el porvenir de Europa todas las mañanas, creían ver en aquel personaje a un gran criminal, poseedor de inmensas riquezas. Novelistas relataban su vida, adornándola con toda clase de detalles sobre las atrocidades cometidas por él durante el tiempo que estuvo al servicio del príncipe de Mysore. Los banqueros, gentes más positivas, imaginaban una fábula más particular.

—¡Bah! —decían alzando compasivamente sus anchos hombros—. Este vejstorio es una *cabeza genovesa*.

—Señor, si no es una indiscreción, ¿podríais aclararme lo que entendéis por una cabeza genovesa?

—Caballero, con esa denominación se designan aquellos hombres de cuya existencia dependen enormes fortunas, y de la buena salud de este anciano creo que dependen las rentas de esta familia. Recuerdo haber oído de boca de un magnetizador, estando cierta tarde en casa de *madame* d'Espard, que el viejo objeto de su consideración no era otro que el famoso Bálsamo, llamado Cagliostro, para probar lo cual acudió a rebuscadas consideraciones históricas. Según este moderno alquimista, el aventurero siciliano había logrado huir de la muerte y se entretenía en fabricar oro para sus nietos. Finalmente, el bailio de Ferette pretendía haber reconocido en este personaje tan singular al conde de Saint-Germain.

Estas simplezas, dichas con tono ingenioso, con ese espíritu burlón que caracteriza en nuestros días a una sociedad huérfana de creencias, hacían que se mantuvieran sobre la casa de Lanty las más extrañas sospechas. Los miembros de dicha familia, dicho sea de paso, justificaban las conjeturas del mundo al observar una conducta un tanto misteriosa en sus relaciones con aquel anciano, cuya vida permanecía sustraída a cualquier tipo de investigación.

Si este personaje franqueaba el umbral del apartamento que se suponía que ocupaba en el palacio Lanty, su aparición causaba siempre una gran sensación en la familia. Habríase dicho que se trataba de un acontecimiento de gran importancia.

Filippo, Marianina, la señora de Lanty y un viejo criado eran los únicos que tenían el privilegio de ayudar al desconocido a andar, a levantarse, a sentarse. Todos vigilaban sus menores movimientos. Parecía como si se tratase de una persona encantada, de quien dependieran la felicidad, la vida o la fortuna de cada cual. ¿Era temor o cariño? Las gentes de mundo no podían descubrir ningún indicio que las ayudara a resolver este problema. Oculto durante meses enteros en el fondo de un santuario desconocido, este genio familiar salía de pronto como furtivamente, sin ser esperado, y aparecía en medio de los salones al igual que aquellas hadas de antaño que descendían de sus dragones volantes para turbar las solemnidades a las que no habían sido invitadas. Únicamente los más expertos observadores podían adivinar entonces la inquietud de los señores de la casa, quienes sabían disimular sus sentimientos con singular habilidad. Mas a veces, y mientras danzaba un rigodón, la en exceso ingenua Marianina lanzaba una mirada de terror al anciano, al que observaba en medio de los grupos. O bien Filippo se abalanzaba deslizándose a través de la concurrencia para unírsele, y permanecía a su lado, cariñoso y atento, como si el contacto de las personas o el menor soplo hubiesen de quebrar a aquella extraña criatura. La condesa intentaba aproximarse, sin parecer haber tenido la intención de reunirse con él; y luego, adoptando unos modales impregnados tanto de servilismo como de ternura, de sumisión como de despotismo, le decía dos o tres palabras, a las cuales condescendía casi siempre el anciano, quien desaparecía llevado o, por mejor decir, arrebatado por ella. De no hallarse allí la señora de Lanty, el conde empleaba mil estratagemas para llegar adonde el viejo estaba, pero una vez a su lado el anciano parecía no prestarle atención y le trataba como a un niño mimado cuya madre teme sus caprichos o sus rabietas. Habiéndose aventurado algunos indiscretos a interrogar con ligereza al conde de Lanty, este hombre frío y reservado no había parecido comprender nunca las preguntas de los curiosos. En consecuencia, y tras muchas tentativas que la circunspección de todos los miembros de esta familia hizo vanas, nadie trató más de descubrir un secreto tan bien guardado. Los espías de buen tono, los papamoscas y los políticos habían decidido, hastiados, no ocuparse más de aquel misterio.

Mas en estos momentos había tal vez, en medio de aquellos resplandecientes salones, filósofos que, al par que degustaban un helado, un sorbete o posaban sobre una consola su vaso vacío de ponche, se decían.

—No me asombraría enterarme de que esas gentes son bribones. Ese viejo que se oculta y no aparece sino en los equinoccios o en los solsticios tiene todo el aspecto de un asesino...

—O de un quebrado fraudulento...

—Viene a ser, poco más o menos, lo mismo. Matar la fortuna de un hombre es a veces peor que matarle a él.

—Señor, he apostado veinte luses; me corresponden, pues, cuarenta.

—A fe mía, señor, que no hay sino treinta sobre el tapete.

—¡Vaya! Nos entretenemos excesivamente en conversaciones sociales. Así no se

puede ya jugar.

—Verdad es... Mas ya hace seis meses que no hemos columbrado al Espíritu. ¿Creéis vos que sea un ser viviente?

—En mí existe cierta duda...

Estas últimas palabras fueron dichas en tomo mío por desconocidos que se marcharon en el momento en que yo resumía, en un último pensamiento, mis reflexiones mezcladas de blanco y negro, de vida y de muerte. Mis ojos y mi desatada imaginación contemplaban alternativamente la fiesta llegada a su cénit de esplendor y el sombrío cuadro de los jardines. No sé cuánto tiempo medité sobre estos dos extremos de la medalla humana, mas de pronto me despertó de mis reflexiones la ahogada risa de una mujer joven. Quedé estupefacto ante el aspecto de la imagen que se ofreció a mi vista. Por uno de los más raros caprichos de la naturaleza, había brotado el pensamiento semivelado que rodaba en mi cerebro, y se hallaba ante mí, personificado, viviente, como si hubiese surgido, al igual que Minerva, de la cabeza de Júpiter, grande y fuerte; tenía, a la vez, cien años y veintidós, y estaba vivo y muerto. Escapado de su aposento, como un loco de su celda, el anciano se había filtrado sin duda diestramente en medio de un grupo de personas atentas al canto de Marianina, quien terminaba la cavatina de *Tancredo*. El viejo parecía haber salido del suelo, impulsado por algún resorte escénico. Inmóvil y sombrío, quedóse durante un momento contemplando la fiesta, cuyo murmullo sin duda había llegado a sus oídos. Su preocupación, casi sonámbula, se hallaba tan concentrada en las cosas, que se encontraba en medio del mundo sin ver a la gente. Había surgido sin ceremonia al lado de una de las más encantadoras mujeres de París, danzarina elegante y joven, de formas delicadas, una de esas figuras tan frescas como la de un niño, blanca y rosada, tan transparente, que parecen poder ser penetrada por la mirada de un hombre, como los rayos del sol atraviesan un impoluto cristal. Allá estaban ambos ante mí, juntos, tan próximos uno de otro, que el desconocido rozaba su vestido de gasa, sus guirnalda de flores, sus cabellos ligeramente rizados, y la flotante lazada que aprisionaba su cintura.

Yo había llevado a esta joven al baile de la señora de Lanty. Como era la primera vez que acudía a aquella mansión, le perdoné su ahogada risa; mas le hice vivamente no sé qué seña imperiosa que la dejó toda cortada y le impuso respeto hacia su vecino, sentándose luego a mi lado. El anciano no quiso abandonar a aquella deliciosa criatura, a la que se apegó caprichosamente, con la misma muda obstinación, y sin causa aparente, de la que son susceptibles las personas de edad muy avanzada y que les hace asemejarse a niños. Para sentarse al lado de la joven dama hubo de tomar una silla plegable, y sus menores movimientos estuvieron dominados por esa pesadez fría, esa indecisión que caracterizan los gestos de un parálítico. Posóse lentamente sobre su asiento con circunspección y murmurando entre dientes algunas palabras ininteligibles. Su quebrada voz se asemejaba al ruido que hace una piedra cayendo a un pozo. La joven me apretó vivamente la mano,

como si tratara de rehuir un precipicio, y se estremeció cuando aquel hombre, al que miraba, volvió hacia ella dos ojos sin calor, dos ojos glaucos que no podían compararse sino al nácar ajado.

—Tengo miedo —dijo ella inclinándose a mi oído.

—Podéis hablar —respondí—. Oye con mucha dificultad.

—¿Le conoce usted, pues?

—Sí.

Ella cobró entonces el ánimo suficiente para examinar durante un momento a aquella criatura sin nombre en el lenguaje humano, forma sin sustancia, ser sin vida, o vida sin acción. Estaba apresada por el ensalmo de esa temerosa curiosidad que impulsa a las mujeres a procurarse emociones peligrosas, a ver tigres encadenados, a contemplar boas, espantándose de no hallarse separadas del mortal peligro, sino por débiles barreras. Aunque el viejo tuviese la espalda encorvada, fácilmente podía distinguirse que su estatura debió haber sido regular. Su excesiva delgadez y la delicadeza de sus miembros demostraban que sus proporciones habían permanecido siempre esbeltas. Portaba un calzón de seda negra que flotaba en tomo a sus muslos descarnados, describiendo pliegues como una vela arriada. Un anatomista hubiese reconocido al pronto los síntomas de una espantosa tisis al ver las pequeñas piernas que servían de sostén a aquel raro cuerpo. Se hubiese dicho dos huesos puestos en cruz sobre una tumba. Un sentimiento de profundo horror por el hombre nos aprisionaba el corazón cuando nuestra atención desvelaba las señales impresas por la decrepitud en aquella frágil máquina. El desconocido llevaba un chaleco blanco, bordado en oro, a la antigua moda, y su lencería era de deslumbrante blancura. Una chorrera de blonda de Inglaterra, de tono bastante bermejo, y cuya riqueza hubiera sido envidiada por una reina, formaba amarillentas bandas sobre su pecho: pero sobre él, aquella blonda resultaba más bien un harapo que un ornamento. En medio de la chorrera destellaba como el sol un diamante de incalculable valor. El marco era digno del retrato. Su negro rostro era anguloso y ahondado en todos los sentidos: el mentón sumido, así como las sienes, hallándose los ojos perdidos en amarillentas órbitas; los huesos maxilares, que sobresalían debido a una indescriptible flacura, dibujaban cavidades en medio de cada mejilla. Estas gibosidades, más o menos iluminadas por las luces, producían sombras y reflejos curiosos, que acababan de despojar al rostro de los caracteres de la faz humana. Además, los años habían pegado de tal modo sobre los huesos la piel amarilla y fina del rostro, que describía por doquier una multitud de arrugas, o trazos circulares como las ondas del agua removida por un guijarro que lanza un niño, o estrelladas como una raja de vidrio, pero siempre profundas y tan prensadas como las hojas en el canto de un libro. Algunos viejos nos presentan a menudo imágenes más horribles; pero lo que más contribuía a dar la apariencia de una creación artificial al espectro surgido ante nosotros era el rojo y el blanco con los que relucía. Sus cejas recibían de la luz un lustre que revelaba una pintura muy bien ejecutada. Felizmente para la vista contristada por tantas ruinas, su

cadavérico cráneo se hallaba oculto bajo una peluca rubia cuyos innumerables bucles revelaban una presunción extraordinaria. Por lo demás, la coquetería femenina de este personaje fantasmagórico estaba bastante enérgicamente denunciada por los aretes de oro que pendían en sus orejas, por los anillos cuyas admirables pedrerías brillaban en sus dedos osificados, y por una cadena de reloj que destellaba como los engarces de un collar de diamantes en el cuello de una mujer. En fin, esta especie de ídolo japonés conservaba sobre sus labios azulencos una risa fija y atajada, una risa implacable y burlona, como la de una estatua, exhalaba el almizclado tufo de los viejos vestidos que los herederos de una duquesa exhuman de sus cajones durante un inventario. Si el viejo volvía los ojos hacia la concurrencia, parecía como si los movimientos de aquellos globos incapaces de reflejar un fulgor se hubiesen realizado por un imperceptible artificio; y cuando los ojos se detenían, quien los examinaba terminaba por dudar que se hubiesen movido. Ver, al lado de aquellos restos humanos, a una joven cuyo cuello, brazos y busto estaban desnudos y blancos; cuyas formas plenas rezumaban belleza, cuyos cabellos inspiraban el amor; cuyos ojos no recibían, sino que expandían la luz, que era suave y fresca, y cuyos vaporosos bucles y su embalsamado aliento parecían demasiado densos, demasiado vivos y poderosos para esta sombra, para este hombre en polvo... ¡Ah!, mi pensamiento era en efecto la muerte y la vida, un arabesco imaginario, una quimera horrible.

«Existen, no obstante, tales desposorios, realizados con bastante frecuencia en el mundo» —me dije.

—¡Huele a cementerio! —exclamó la joven, espantada, estrechándose contra mí como para asegurarse la protección, notando yo por los tumultuosos movimientos de su cuerpo que la asaltaba un pánico tremendo—. ¡Es una visión horrible! —prosiguió ella—. No podría permanecer aquí más tiempo. Si sigo mirándolo, creería que es la propia Muerte que viene a buscarme. ¿Pero vive?

Tendió la mano hacia el fenómeno con esa intrepidez que extraen las mujeres de la violencia de sus deseos; pero un frío sudor brotó de sus poros, pues en cuanto hubo tocado al viejo oyó una especie de grito o exclamación semejante al ruido de una carraca. Aquella voz agria, caso de que fuese una voz, se escapó de un gáznate casi desecado. Luego, al clamor, sucedió vivamente una tosecilla de niño, convulsiva y de una sonoridad particular. A este ruido, Marianina, Filippo y la señora de Lanty fijaron sus ojos sobre nosotros, y sus miradas semejaron rayos. La joven, que habría deseado hallarse en el fondo del Sena, tomándome del brazo me condujo hacia un gabinete. Hombres y mujeres, todo el mundo nos abrió paso. Llegados al fondo de los departamentos de recepción, entramos en un pequeño gabinete semicircular. Mi acompañante se dejó caer sobre un diván, palpitante de espanto, sin saber dónde se hallaba.

—Señora, estáis loca —le dije.

—Pero —respondió ella tras un momento de silencio, durante el cual la admiré—, ¿es acaso mía la culpa? ¿Por qué deja errar fantasmas la señora de Lanty en su

palacio?

—Vaya —repliqué—, imitáis a los necios. Tomáis a un anciano por un espectro.

—Cállese usted —repuso con ese aire arrogante y burlón que tan bien saben adoptar las mujeres cuando quieren tener razón—. ¡Qué lindo gabinete! —exclamó mirando en derredor—. El raso azul hace siempre un admirable efecto en tapicería... ¡Ah, qué bello cuadro! —añadió levantándose y yendo a situarse frente a una tela magníficamente encuadrada.

Ambos quedamos durante un instante entregados a la contemplación de aquella maravilla, que parecía debida a algún pincel sobrenatural. El cuadro representaba a Adonis tendido sobre una piel de león. La lámpara suspendida en medio del gabinete, y contenida en un vaso de alabastro, iluminaba el lienzo de tenue resplandor que nos permitía captar todas las bellezas de la pintura.

—¿Existe un ser tan perfecto? —me preguntó ella, tras haber examinado, no sin dulce sonrisa de agrado, la exquisita gracia de las formas, la postura, el color, los cabellos, del Adonis—. Es demasiado bello para hombre —añadió, tras un examen parecido al que hubiese hecho de una rival.

¡Oh, cómo sentí entonces el ataque de esa envidia en la que un poeta había vanamente ensayado hacerme creer!, los celos de los grabados, de los cuadros, de las estatuas, donde los artistas exageran la belleza humana, como consecuencia de la teoría que los induce a idealizarlo todo.

—Es un retrato —respondí—. Debido al talento de Vien. Pero ese gran pintor no ha visto jamás el original, y vuestra admiración será acaso menos viva cuando sepáis que esa composición fue hecha tomando por modelo una estatua de mujer.

—¿Pero quién es?

Vacilé.

—Creo saberlo —añadió ella vivamente.

—Me parece —le dije— que ese *Adonis* representa un... un pariente de la señora de Lanty.

Tuve el dolor de verla sumida en la contemplación de aquella imagen. Sentóse en silencio, y yo me puse a su lado, tomándola de la mano sin que se diera cuenta de ello. ¡Olvidado por una imagen! En el mismo momento rasgó el silencio el leve ruido de los pasos de una mujer, cuyo vestido crujía al andar, y vimos entrar a la joven Marianina, más brillante aún por su expresión de inocencia que por su gracia y por su lindo atavío; caminaba lentamente acompañando con maternal cuidado, con filial solicitud al espectro vestido que nos había hecho huir del salón de música; lo conducía con una especie de inquietud, ayudándole a posar lentamente sus débiles pies. Ambos llegaron bastante trabajosamente a una puerta oculta por el tapizado. Marianina entró suavemente, y al punto apareció, como por arte de magia, un hombre grande y seco, especie de genio familiar. Antes de confiar el anciano a este misterioso guardián, la bella muchacha besó respetuosamente al cadáver ambulante, y su casta caricia no estuvo exenta de esa graciosa zalamería cuyo secreto pertenece a algunas

mujeres privilegiadas.

—*Addio!*, *Addio!* —dijo con las inflexiones más gentiles de su joven voz.

Hasta añadió sobre la última sílaba un gorgorito admirablemente bien ejecutado, pero en voz baja, y como para matizar la efusión de su corazón con una expresión poética. El anciano, súbitamente asaltado por algún recuerdo, quedóse en el umbral de aquel reducto secreto. Gracias al profundo silencio oímos entonces el hondo suspiro que brotó de su magro pecho; y luego, quitándose la más bella de las joyas que ornaban sus dedos de esqueleto, la puso en el seno de Marianina. La alocada joven echose a reír, tomó el anillo y lo deslizó por encima de su guante a uno de sus dedos, abalanzándose después con viveza al salón, donde en aquel momento se expandían los sonos del prelude de una contradanza.

Al paso reparó en nosotros.

—¡Ah, estaban ustedes ahí! —dijo ruborizándose.

Y tras habernos mirado como para interrogarnos, corrió hacia su pareja de baile con despreocupada petulancia, propia de su edad.

—¿Qué es lo que quiere decir eso? —me preguntó mi joven acompañante—. ¿Es su marido? Me parece soñar. ¿Dónde estoy?

—Vos —respondí yo—, señora, que sois exaltada y que, comprendiendo tan bien las más imperceptibles emociones, sabéis cultivar sentimientos en el corazón del más delicado hombre sin marchitarlo, sin destrozarlo desde el primer día; vos que tenéis compasión por las penas del corazón, y que al espíritu de una parisiense unís un alma apasionada digna de Italia o de España...

Percibió bien ella que mi lenguaje estaba impregnado de amarga ironía, y sin aparentar haberse percatado me interrumpió para decir:

—¡Oh, me hacéis a vuestro gusto! ¡Singular tiranía! Vos queréis que yo no sea yo.

—¡Oh, yo no quiero nada! —exclamé, espantado de su actitud severa—. Cuando menos ¿no es verdad que os place oír contar la historia de esas pasiones desbordadas producidas en nuestros corazones por las encantadoras mujeres del Mediodía?

—Sí, ¿Por qué?

—Mañana iré a vuestra casa hacia las nueve de la noche y os revelaré el misterio.

—No —replicó ella con aire travieso—. Quiero conocerlo todo en seguida.

—No me habéis dado aún el derecho de obedeceros, cuando decís «Quiero».

—En este momento —respondió ella con desesperante coquetería— tengo el más vivo deseo de conocer ese secreto. Mañana no os escucharé acaso...

Sonrió y nos separamos, ella tan orgullosa y tan dura, y yo tan ridículo en aquel momento como siempre. Ella tuvo la audacia de valsear con Un joven ayudante de campo, y yo me sentí alternativamente enfadado, murrioso, admirativo, amante, celoso.

—Hasta mañana —me dijo ella hacia las dos de la madrugada, cuando salió del baile.

»No iré —pensé yo— y te abandono. Eres más caprichosa, mil veces más

fantástica... que mi imaginación.

Al día siguiente nos encontrábamos ambos ante un buen fuego, en un pequeño salón elegante, sentados, ella sobre uno de esos canapés de dos asientos, llamados confidentes, y yo sobre cojines, casi a sus pies, y con mi mirada clavada en la suya. La calle estaba silenciosa. La lámpara desprendía una tenue claridad. Era una de esas deliciosas veladas para el alma, uno de esos momentos que no se olvidara jamás, una de esas horas pasadas en la paz y el deseo, y cuyo recuerdo nos produce amargo desencanto, aun cuando nos sentimos felices. ¿Quién puede olvidar la viva huella de los despertares primeros del amor?

—Vamos —dijo ella—. Ya escucho.

—Mas yo no me atrevo a comenzar. La aventura tiene pasajes peligrosos para el narrador. Si me entusiasmo, me haréis callar.

—Hablad.

—Obedezco.

»Ernesto-Juan Sarrasine era hijo único de un procurador del Franco Condado — comencé tras una breve pausa— Su padre había ganado honestamente de seis a ocho mil libras de renta, fortuna que antaño, en provincias, pasaba por colosal. El viejo procurador Sarrasine, no teniendo más que un hijo, no quiso descuidar en nada su educación; esperaba hacer de él un magistrado y vivir bastante tiempo para ver, en su ancianidad, al nieto de Mateo Sarrasine, labriego del país de Saint-Dié, arrellanado sobre los cojines ornados de flores de lis de su sitial, dormitando en la audiencia para la mayor gloria del parlamento; mas el cielo no reservaba esta alegría al procurador. El joven Sarrasine, condado a temprana edad a los jesuitas, dio pruebas de una turbulencia poco común. Tuvo la niñez de un hombre de talento. No quiso estudiar sino a su gusto, se rebelaba a menudo y permanecía en ocasiones horas enteras sumido en confusas meditaciones, ocupado a veces en contemplar a sus camaradas cuando jugaban y otras en representarse a los héroes de Homero. Después, si le daba por divertirse, ponía un ardor extraordinario en sus juegos. Cuando se peleaba con un compañero, raramente la lucha acababa sin que se derramase sangre. Si era el más débil, mordía. Alternativamente activo o pasivo, sin aptitud o demasiado inteligente, su estrambótico carácter le hizo ser temido tanto de sus profesores como de sus camaradas. En vez de aprender los elementos de la lengua griega, dibujaba al reverendo padre que les explicaba un pasaje de Tucídides, bosquejaba al profesor de matemáticas, al prefecto, a los pasantes y al corrector, y embadurnaba todas las pruebas de esbozos informes. En vez de cantar las loas al Señor en la iglesia, divertíase, durante los oficios, en entretallar un banco; o, cuando había robado un trozo de madera, esculpía alguna imagen de santo. Caso de faltarle la madera, la piedra o el lápiz, utilizaba la miga de pan para dar forma a sus ideas. Bien fuese que copiara los personajes de los cuadros que ornaban el coro, o que improvisara, siempre dejaba en el sitio ocupado por el grosero apuntes cuyo licencioso carácter desesperaba a los padres más jóvenes; y los maldicientes pretendían que los viejos

jesuitas sonreían. En fin, si hemos de creer a la crónica del colegio, fue expulsado por haber esculpido un Viernes Santo, en espera de su vez para confesarse, un gran madero en forma de Cristo. La impiedad grabada sobre aquella estatua era demasiado grande como para no atraer un castigo sobre el artista. ¡Pues no había tenido además la audacia de colocar en lo alto del tabernáculo aquella imagen bastante cínica! Sarrasine fue a París a buscar un refugio contra las amenazas de la maldición paterna. Poseedor de una de esas voluntades fuertes que no conocen obstáculos, obedeció las órdenes de su genio y entró en el taller de Bouchardon. Trabajaba durante todo el día, y por la noche iba a mendigar su subsistencia. Bouchardon, maravillado de los progresos y la inteligencia del joven artista, no tardó en adivinar la miseria en que se hallaba su discípulo; le socorrió, le tomó cariño y le trató como a su propio hijo. Luego, cuando el genio de Sarrasine se desveló por una de esas obras en las cuales el talento en eclosión lucha contra la efervescencia de la juventud, el generoso Bouchardon trató de obtener la indulgencia del viejo procurador. Ante la autoridad del escultor célebre, la cólera paternal se apaciguó. Besaron entero se felicitó de haber dado a luz a un hombre de tan brillante porvenir. En el primer momento de éxtasis en que se sumió su halagada vanidad, el avaro procurador puso a su hijo en condiciones de desenvolverse holgadamente en el mundo. Los largos y laboriosos estudios exigidos por la escultura domaron durante algún tiempo el carácter impetuoso y el genio salvaje de Sarrasine. Bouchardon, previendo la violencia con que las pasiones se desencadenarían en aquella joven alma, acaso tan vigorosamente templada como la de Miguel Angel, sofocó su energía mediante continuos trabajos. Logró mantener en justos límites; la extraordinaria fogosidad de Sarrasine, prohibiéndole trabajar, ofreciéndole distracciones cuando lo veía arrebatado por la furia de alguna pasión, o confiándole importantes proyectos en el momento en que le veía próximo a entregarse a la disipación. Mas con esta alma apasionada, la dulzura no fue siempre la más poderosa de todas las armas, y el maestro no obtuvo autoridad sobre su discípulo sino excitando el agradecimiento por una bondad paternal.

»A la edad de veintidós años, Sarrasine fue forzosamente sustraído a la saludable influencia que Bouchardon ejercía sobre Sus costumbres y hábitos. El fruto de su genio se tradujo en la obtención del premio de escultura fundado por el marqués de Marigny, hermano de *madame* de Pompadour, quien hizo tanto por las artes. Diderot ensalzó como obra maestra la estatua del discípulo de Bouchardon. No sin profundo dolor el escultor del rey vio partir para Italia a aquel joven en quien, por principio, había procurado mantener en la ignorancia profunda sobre las cosas de la vida. Sarrasine hacía seis años que era comensal de Bouchardon. Fanático de su arte, como Cánova lo fuera después, se levantaba al romper el día y entraba en su taller para no salir sino a la noche, no viviendo más que con su musa. Si iba a la Comedia Francesa, lo hacía arrastrado por su maestro. Sentíase tan embarazado en el salón de *madame* Geoffrin y en el gran mundo en el que Bouchardon intentó introducirle, que prefería permanecer solo, y repudiaba los placeres de aquella época licenciosa. No tuvo otras

amantes que la escultura y Clotilde, una de las celebridades de la Ópera. Y aun esta intriga no fue duradera. Sarrasine era bastante feo, siempre mal vestido, y de naturaleza tan libre, tan poco regular en su vida privada, que la ilustre ninfa, temiendo alguna catástrofe, no tardó en devolver a su escultor al amor de las artes. Sofía Arnould ha dicho no sé qué buena frase sobre ello. Se asombraba, me parece, de que su camarada hubiera podido conseguir un triunfo sobre las estatuas. Sarrasine partió para Italia en 1758. Durante el viaje, su ardiente imaginación se inflamó bajo el calor de aquel clima y el aspecto de los maravillosos monumentos que florecen en la patria de las artes. Admiró las estatuas, los frescos, los cuadros; y, lleno de emulación, fue a Roma, presa del deseo de inscribir su nombre entre los de Miguel Angel y Bouchardon. Así, durante los primeros días repartió su tiempo entre sus trabajos de taller y el examen de las obras de arte que abundan en la Ciudad Eterna. Había ya pasado quince días en el estado de éxtasis que se apodera de todas las imaginaciones jóvenes ante el paisaje de la reina de las ruinas, cuando cierto día se detuvo ante el teatro de *Argentina*, donde se apiñaba una gran multitud. Inquirió las causas de tal afluencia, respondiéndosele sólo por dos nombres: “¡Zambinella Jomelli!”.

»Entró y tomó asiento en la platea, apretujado por dos *abbati* notablemente gordos, pero por lo demás se hallaba felizmente situado cerca del escenario. Alzóse el telón. Por vez primera en su vida oyó aquella música cuyas delicias le había ensalzado con tanta elocuencia *monsieur* Jean-Jacques Rousseau durante una velada en la mansión del barón de Holbach. Los sentidos del joven escultor fueron por decirlo así, lubricados por los acentos de la sublime armonía de Jomelli. Las lánguidas originalidades de aquellas voces italianas, hábilmente conjuntadas, le sumieron en un embriagador éxtasis. Quedóse mudo, inmóvil, no sintiendo siquiera el apretón de los dos clérigos. El alma se le salió del cuerpo por sus oídos y por sus ojos. Creyó escuchar por cada uno de sus poros. De pronto, fragorosos aplausos cuya intensidad parecía que iba a derrumbar la sala, acogieron la entrada en escena de la *prima donna*, quien avanzó con coquetería hasta el proscenio, saludando al público con infinita gracia. Las luces, el entusiasmo de todo un público, la ilusión de la escena y los encantos de un atavío que en aquella época era bastante insinuante conspiraban a favor de aquella mujer. Sarrasine lanzó gritos de placer. Admiraba en aquel momento la belleza ideal cuyas perfecciones había buscado hasta entonces acá y allá en la naturaleza, pidiendo a una modelo, a menudo innoble, las redondeces de una pierna consumada, y a tal otra los contornos del seno, y a la de más allá sus blancos hombros armoniosos, en fin, la garganta de una joven y las manos de una mujer y las lisas rodillas de un niño, sin encontrar jamás bajo el cielo frío de París las ricas y suaves creaciones de la Grecia antigua. La Zambinella le mostraba reunidas, bien vivas y delicadas, aquellas exquisitas proporciones de la naturaleza femenina tan ardientemente deseadas, y de las cuales es un escultor el juez severo y apasionado a la vez. Poseía una boca expresiva, ojos de amor y una piel de deslumbrante blancura. Unid a estos detalles, que habrían entusiasmado a un pintor, todas las maravillas de

las Venus veneradas y esculpidas por el cincel de los griegos. El artista no se cansaba de admirar la gracia inimitable con que se hallaban unidos los brazos al busto, la encantadora redondez del cuello, las armoniosas líneas descritas por las cejas y por la nariz, y el perfecto óvalo del rostro, la pureza de sus vivos contornos, y el efecto de las densas y rizadas pestañas, que remataban los anchos y voluptuosos párpados. ¡Era más que una mujer, era una obra maestra! En aquella creación inesperada hallábase amor suficiente para encantar a todos los hombres, y bellezas dignas de satisfacer al más exigente crítico. Sarrasine devoraba con los ojos la estatua de Pígalión, descendida para él de su pedestal. Y cuando la Zambinella cantó, fue el delirio. El artista sintió frío y luego como un rescoldo que chisporroteó súbito en las profundidades de su ser íntimo, de lo que llamamos corazón, faltos de palabras para expresarlo de otro modo. No aplaudió, no dijo nada; experimentó un impulso de locura, especie de frenesí que sólo nos agita en esa edad en que el deseo tiene no sé qué de terrible e infernal. Sarrasine quiso lanzarse sobre el escenario y apoderarse de aquella mujer. Su fuerza, centuplicada por una depresión moral imposible de explicar, ya que estos fenómenos acontecen en una esfera inaccesible a la observación humana, tendía a proyectarse como una violencia vigorosa. Al verle, hubiérase dicho un hombre frío y estúpido. Gloria, ciencia, porvenir, existencia, coronas, todo se derrumbó.

»¡Sé amado por ella o morir!», tal fue la resolución que tomó Sarrasine.

»Se hallaba en un estado de tal embriaguez, que no veía ya ni sala, ni espectadores, ni actores, ni oía la música. Aún más, no existía distancia entre él y la Zambinella; la poseía, sus ojos fijos sobre ella la apresaban. Una potencia casi diabólica le permitía oír la emisión de aquella voz, respirar el embalsamado polvo de que estaban impregnados sus cabellos, ver los planos de su rostro y contar las venas azules que matizaban su satinada piel. En fin, aquella voz ágil, fresca y de un timbre argentino, flexible como un hilo al que el menor soplo de aire da una forma, que se pliega y despliega, desarrolla y dispersa, aquella voz, digo, asaltó tan vivamente su alma, que más de una vez dejó escapar esos gritos involuntarios arrancados por las delicias convulsivas raramente otorgadas por las pasiones humanas. Pronto se vio obligado a abandonar el teatro. Sus temblorosas piernas se negaban casi a sostenerle. Se sentía abatido, débil como un hombre nervioso que se ha entregado a alguna espantosa cólera. Había experimentado tanto placer, o había sufrido tanto, que su vida se había vertido como el agua derramada al caer un recipiente. Sentía en sí un vacío, un anonadamiento semejante a esas atonías que desesperan a los convalecientes al salir de una grave enfermedad. Invasado por una tristeza inexplicable, fue a sentarse sobre los peldaños de la escalinata de una iglesia, y allí, con la espalda apoyada contra una columna, se perdió en una meditación confusa como un sueño. La pasión le había fulminado. De regreso a su casa, cayó en uno de esos paroxismos de actividad que nos revelan la presencia de nuevos principios en nuestra existencia. Presa de la primera fiebre de amor que contiene tanto de placer como de dolor, quiso

engañar su impaciencia y su delirio dibujando de memoria a la Zambinella. Fue una especie de meditación material. Sobre tal hoja, la Zambinella se encontraba en la actitud tranquila y fría en apariencia tal como la hubiera pintado Rafael. En otra, ella volvía la cabeza con delicadeza al acabar un arpegio, pareciendo escucharse a sí misma. Sarrasine dibujó a su amada en todas las poses: lo hizo sin velo, sentada, en pie, recostada, casta o amorosa, realizando, gracias al delirio de sus lápices, todas las caprichosas ideas que excitan nuestra imaginación cuando pensamos intensamente en la mujer de nuestros sueños. Mas su furioso pensamiento fue más lejos que el dibujo. Veía a la Zambinella, le hablaba, le suplicaba, consumía mil años de vida y de felicidad con ella, situándole en todas las contingencias imaginables, intentando, por decirlo así, llenar su vida con ella. A la mañana siguiente envió a su lacayo a alquilar por toda la temporada un palco próximo al escenario. Y luego, como todos los jóvenes de alma poderosa, exageró las dificultades de su empresa, y dio por primer alimento a su pasión la dicha de poder admirar a su amada sin obstáculos. Esa edad de oro del amor, durante la cual gozamos de nuestro propio sentimiento y nos sentimos felices casi por nosotros mismos, no debía durar mucho en Sarrasine. Sin embargo, los acontecimientos le sorprendieron cuando se encontraba aún bajo el hechizo de tal alucinación primaveral, tan ingenua como voluptuosa. Durante unos ocho días vivió toda una vida, ocupado por la mañana en amasar la arcilla con la cual lograría copiar a la Zambinella, a pesar de los velos, las faldas, los corsés y los nudos de los lazos que se la ocultaban. Y por la noche, instalado a hora temprana en su palco, solo, retrepado en su sofá, se representaba, al igual que un turco ebrio de opio” una dicha tan fecunda y tan pródiga como la deseaba. Primeramente se familiarizó de manera gradual con las emociones demasiado vivas que le producía el canto de su amada; después habituó sus ojos a su contemplación, terminando por mirarla sin temer la explosión de la sorda rabia que le había acometido el primer día. Su pasión se hizo más profunda al tornarse más tranquila. Por lo demás, el arisco escultor sólo sufría cuando su soledad, poblada de imágenes, ornada de las fantasías de la esperanza y colmada de felicidad, era turbada por la presencia de sus amigos. Amaba con tanta intensidad y tan ingenuamente, que hubo de sufrir los inocentes escrúpulos que nos asaltan cuando amamos por vez primera. Comenzando a entrever que habría pronto a actuar, intrigar, preguntar dónde se alojaba la Zambinella, saber si tenía una madre, un tío, un tutor, una familia; pensando, en fin, en los medios de verla, de hablarle, sentía que su corazón se nutría de ideas tan ambiciosas, que dejaba las indagaciones para el día siguiente, feliz con sus sufrimientos físicos tantos como con sus placeres intelectuales.

—Pero —me dijo la señora de Rochefide, interrumpiéndome— en todo esto no veo ni a Marianina ni a su ancianito.

—¡No contempla usted más que a él! —exclamé, irritado como un autor a quien se ha hecho fallar un efecto teatral.

»Desde hacía algunos días —reanudé tras una pausa—. Sarrasine había ido a

instalarse tan puntualmente en su palco, y sus miradas expresaban tanto amor, que su pasión por la voz de Zambinella hubiera sido el comentario de todo París, caso de haber sucedido esta aventura en nuestra ciudad; pero en Italia, señora, cada cual asiste al espectáculo por su cuenta, con un interés personal profundo, de todo corazón, que excluye el espionaje con los gemelos. Sin embargo, el frenesí del escultor no debía pasar mucho tiempo inadvertido a las miradas de los cantantes. Durante cierta velada, el francés se percató de que se reían de él entre bambalinas. Sería difícil decir a qué extremo hubiese llegado, de no haber entrado en escena en aquel momento la Zambinella, quien lanzó sobre Sarrasine una de esas elocuentes miradas que a menudo dicen más cosas de lo que las mujeres desean. Aquella mirada fue toda una revelación para el escultor. ¡Era amado!

»Si no es más que un capricho —pensó, acusando ya a su amada de excesivo ardor—, es que ella no conoce el dominio bajo el cual va a caer. Su capricho durará, lo espero, tanto como mi vida.

»En aquel momento, tres golpes suaves en la puerta de su palco excitaron la atención del artista. Abrió. Una mujer vieja entró misteriosamente.

»—Joven —dijo—, si queréis ser feliz, tened prudencia. Envolveos con una capa, bajad sobre vuestros ojos el ala de un chambergo, y luego, hacia las diez de la noche, hallaos en la calle del Corso, ante el hotel España.

»—Allá estaré —respondió él, depositando dos luisas en la arrugada mano de la dueña.

»Acto seguido salió de su palco, tras haber hecho una seña de acuerdo a la Zambinella, quien bajó tímidamente sus voluptuosos párpados, al igual que una mujer dichosa por haber sido comprendida al fin. Luego corrió a su camerino, a fin de vestirse y ataviarse de la manera mejor. Al salir del teatro, un desconocido le detuvo asíéndole por un brazo.

»—Andad con cuidado, señor francés —le dijo al oído—. Se trata de vida o muerte. El cardenal Cicognara es su protector, y creedme que no bromea.

Aun cuando el mismísimo demonio se hubiere interpuesto entre Sarrasine y la Zambinella las profundidades del infierno, en aquel momento lo hubiera atravesado todo de un solo salto. Semejante a los caballos de los inmortales pintados por Homero, el amor del escultor había franqueado en un abrir y cerrar de ojos inmensos espacios.

»—Aunque me esperase la muerte a la salida de la casa, iría todavía más rápido —respondió.

»—*Poverino*^[4]! —exclamó el desconocido, desapareciendo.

»Hablar de peligro a un enamorado ¿no es acaso venderle placeres? Jamás el lacayo de Sarrasine vio a su amo tan minucioso en cuestión de atavío. Su más bella espada, regalo de Bouchardon, el lazo presente de Clotilde, su casaca bordada, su chaleco de paño plateado, su tabaquera de oro, sus relojes preciosos, todo fue sacado de sus cofres, y se engalanó como una doncella que ha de pasearse ante su primer

amante. A la hora indicada, ebrio de amor y ardiente de esperanza, Sarrasine, embozado en su capa, corrió a la cita que le había dado la dueña. La vieja esperaba.

»—¡Cuánto habéis tardado! —le dijo—. Venid.

»Condujo al francés por varias callejas y se detuvo ante un palacio de bella apariencia. Llamó a la puerta y ésta se abrió. Luego dirigió a Sarrasine a través de un laberinto de escaleras, galerías y estancias que no estaban iluminadas sino por los vagos resplandores de la Luna, y no tardaron en llegar a una puerta por cuyas rendijas se escapaban vivas luces y tras la cual se escuchaban risas y voces alegres. De pronto, Sarrasine quedó deslumbrado cuando a una palabra de la vieja fue admitido en aquel misterioso aposento, encontrándose en un salón tan brillantemente iluminado como suntuosamente amueblado, en medio del cual se elevaba una mesa bien servida, repleta de botellas y placenteros frascos cuyos enrojecidos labrados destellaban. Reconoció a los actores y cantantes del teatro, mezclados con encantadoras mujeres, y todos ellos dispuestos a comenzar una orgía de artistas que no esperaba más que a él. Sarrasine reprimió un movimiento de despecho y fingió aplomo. Había esperado una estancia mal iluminada, su amada al lado de un brasero, un celoso a dos pasos, la muerte y el amor, confidencias cambiadas en voz baja, volcadas de corazón a corazón, besos peligrosos, y los rostros tan próximos, que los cabellos de la Zambinella hubiesen acariciado su frente cargada de deseos, ardiendo de felicidad.

»—¡Viva la locura! —exclamó—. *Signori e belle done*^[5], me permitiréis tomarme más tarde el desquite demostrándoos mi agradecimiento por la manera con que acogéis a un pobre escultor.

«Tras haber recibido los cumplimientos bastante afectuosos de la mayoría de las personas presentes, a las que conocía de vista, intentó aproximarse a la poltrona sobre la cual estaba indolentemente recostada la Zambinella. ¡Oh, cómo latió su corazón cuando percibió un lindo pie calzado con esas chinelas que, permitidme que lo diga, señora, prestaban otrora al pie de las mujeres una expresión tan coqueta, tan voluptuosa, que no comprendo cómo los hombres podían resistir! Las medias, blancas y de talones verdes, las faldas cortas, y las chinelas de afilada puntera y de alto tacón del reinado de Luis XV, acaso han contribuido un poco a desmoralizar a Europa y al clero».

—¡Un poco! —exclamó la marquesa—. ¿Es que no habéis leído nada?

—La Zambinella —proseguí sonriendo— había cruzado descaradamente las piernas y agitaba con suavidad la inferior, actitud de duquesa que sentaba bien a su caprichosa belleza y plena de cierta blandura insinuante. Se había despojado de sus vestiduras de teatro, trocándolas por un corpiño que dibujaba un esbelto talle y que realzaba las caderas y una túnica de raso recamada de flores azules. Su pecho, cuyos tesoros disimulaba un encaje, por una coquetería extremada, refulgía de blancura. Peinada poco más o menos como lo hacía la señora Du Barry, su rostro, aunque rematada la cabeza por un gran birrete, resultaba más lindo aún, y el empolvado le sentaba bien. Verla así, era adorarla. Ella sonrió graciosamente al escultor. Sarrasine,

sumamente descontento de no poder hablarle sino ante testigos, tomó asiento cortésmente a su lado y la entretuvo con música, alabando su prodigioso talento; mas su voz temblaba de amor, de temor y de esperanza.

»—¿Qué teméis? —le dijo Vitagliani, el cantante más célebre de la compañía—. Podéis manifestaros sin cuidado, pues no tenéis aquí ni un solo rival de quien preveniros.

»Tras haber hablado, el tenor sonrió maliciosamente. Los labios de todos los invitados repitieron su sonrisa, cuya expresión tenía una oculta perversidad que debía pasar desapercibida a un enamorado. La publicidad de su amor fue como una puñalada que Sarrasine hubiese recibido repentinamente en pleno corazón. Aunque dotado de cierta fuerza de carácter, y si bien circunstancia alguna debiera dominar la violencia de su pasión, no había quizá pensado aún que Zambinella era casi una cortesana, y que por ende no podía él obtener los goces puros que tan deliciosamente produce el amor de una doncella y los fogosos arrebatos con los que una artista de teatro hace comprar su peligrosa posesión. Reflexionó y se resignó. Fue servida la cena. Sarrasine y la Zambinella se situaron sin ceremonia uno al lado de otro. Durante la mitad del festín, los artistas guardaron cierta mesura, y el escultor pudo conversar con la cantante. Halló que tenía ingenio y agudeza, pero que era de una sorprendente ignorancia, mostrándose también débil y supersticiosa. La delicadeza de sus órganos se reproducía en su entendimiento. Al destapar Vitagliani la primera botella de champaña, Sarrasine leyó en los ojos de su vecina un temor bastante vivo ante la pequeña detonación producida por la expansión del gas. El involuntario estremecimiento de aquel temperamento femenino fue interpretado por el artista como el indicio de una excesiva sensibilidad. Aquella debilidad encantó al francés. ¡Tiene una parte tan grande la protección en el amor de un hombre!

»—¡Dispondréis de mi poder como escudo! —exclamó enajenado.

»¿No se halla escrita esta frase en el fondo de todas las declaraciones de amor? Sarrasine, demasiado apasionado para espetar galanterías a la bella italiana, se mostró, como todos los amantes, alternativamente grave, risueño O reflexivo. Aunque pareciese escuchar a los convidados, no oía una palabra de lo que decían, tan entregado se hallaba al placer de hallarse a su lado, de rozarle la mano, de servirla. Nadaba en un secreto deleite. A pesar de la elocuencia de algunas miradas mutuas, le extrañó la reserva que mantenía con él la Zambinella. Ella era quien había comenzado la primera en oprimirle el pie y en provocarle con la malicia de una mujer libre y enamorada; mas de pronto se había envuelto en una modestia de doncella, tras haber oído mencionar por Sarrasine un rasgo que pintaba la excesiva violencia de su carácter. Cuando el ágape se convirtió en orgía, los invitados se pusieron a cantar, inspirados por los licores. Fueron encantadores dúos, arias de la Calabria, seguidillas españolas y canciones napolitanas en sucesión. La embriaguez se reflejaba en todos los ojos, en la música, en los corazones y en las voces. De pronto desbordó una mágica vivacidad, un abandono cordial, una llaneza italiana cuya idea no puede dar

nada a quienes no conocen sino las reuniones de París, las tertulias de Londres o los saraos de Viena. Como balas en una batalla se cruzaban las chanzas y las palabras de amor a través de las risas, las impiedades y las invocaciones a la Santa Virgen o al *Bambino*^[6]. Uno se tendió sobre un Sofá y se puso a dormir. Una joven escuchaba una declaración sin percatarse de que derramaba el jerez de su copa sobre el mantel. En medio de este desorden la Zambinella permanecía pensativa, como apresada por el terror. Negóse a beber. Tal vez hubiese comido con exceso; mas la gula, según se dice, es una gracia en las féminas. Admirando el pudor de su amada, Sarrasine se hizo serias reflexiones sobre el porvenir.

»«Sin duda quiere casarse», se dijo.

»Seguidamente se abandonó a las delicias de aquel desposorio. Su vida entera no le parecía lo bastante dilatada como para agotar la fuente de dicha que hallaban en el fondo de su alma. Vitagliani, su vecino, le sirvió bebida con tanta frecuencia, que hacia las tres de la madrugada, sin estar completamente embriagado, Sarrasine se sintió sin fuerzas contra su delirio. En un momento de arrebató apoderose de aquella mujer, arrastrándola a una especie de gabinete que comunicaba con el salón y a cuya puerta había vuelto más de una vez los ojos. La italiana estaba armada de un puñal.

»—Si te aproximas —le dijo— me veré obligada a hundirte este arma en el corazón. Me despreciarías. He concebido el suficiente respeto por tu carácter como para entregarme así como así. No quiero descender del pedestal que tu sentimiento me otorga.

»—¡Ah! —exclamó Sarrasine—. Es un mal medio para apagar una pasión el excitarlo. ¿Estáis, pues, ya corrompida hasta el punto de que, vieja de corazón, obrarías como una joven cortesana, que agudiza las emociones con las que comercia?

—Es que hoy es viernes —respondió ella, espantada por la violencia del francés.

»Sarrasine, que no era devoto, se echó a reír. La Zambinella dio un brinco, abalanzándose a la sala del festín. Al aparecer Sarrasine corriendo tras ella, fue acogido por una risa infernal. Vio a la Zambinella desvanecida sobre un sofá. Estaba pálida y como agotada por el extraordinario esfuerzo que acababa de hacer. Aunque Sarrasine sabía poco italiano, oyó que su amada decía en voz baja a Vitagliani:

»—¡Pero me matará!

»Esta extraña escena tomó todo confuso al escultor. Recuperó la razón. Quedóse primero inmóvil, y luego, recuperando el habla, tomó asiento al lado de su amada y protestó de su respeto. También halló la fuerza de encubrir su pasión dedicando a aquella mujer las más exaltadas palabras; y para pintar su amor desplegó los tesoros de una mágica elocuencia, intérprete oficioso que las féminas raramente rehúsan creer. En el momento en que los primeros resplandores de la mañana sorprendían a los circunstantes, una mujer propuso ir a Frascati. Todos acogieron con vivas aclamaciones la idea de pasar el día en la villa Ludovisi. Vitagliani bajó a alquilar carruajes. Sarrasine tuvo el honor de conducir a la Zambinella en un faetón. Una vez fuera de Roma, la algazara, reprimida, durante algún tiempo por los combates que

cada cual había librado al sueño, volvió súbitamente a manifestarse. Hombres y mujeres, todos parecían acostumbrados a aquella extraña vida, a aquellos continuos placeres, a aquel arrebatado de artista que hace de la vida una perpetua fiesta en la que se ríe sin segunda intención. La compañera del escultor era la única que parecía abatida.

»—¿Os sentís mal? —preguntó Sarrasine—. ¿Preferiríais volver a casa?

»—No soy lo bastante fuerte como para soportar todos estos excesos —respondió ella—. Necesito grandes cuidados, ¡pero me encuentro tan bien a vuestro lado! Sin vos no me habría quedado a la cena; una noche en vela me hace perder todo mi frescor.

»—¡Sois tan delicada! —manifestó Sarrasine, contemplando los lindos rasgos de aquella encantadora criatura.

»—Las orgías me estropean la voz.

»—Ahora que estamos solos —exclamó el artista— y que no habéis de temer ya de la efervescencia de mi pasión, decidme que me amáis.

»—¿Por qué? —replicó ella—. ¿A santo de qué? Os he parecido bella. Pero sois francés y vuestro sentimiento pasará. ¡Oh, vos no me amaréis como yo desearía ser amada!

»—¿Cómo?

»—Sin miras de pasión vulgar, puramente. Aborrezco a los hombres acaso más de lo que odio a las mujeres. Tengo necesidad de refugiarme en la amistad. El mundo está desierto para mí. Soy una criatura maldita, condenada a comprender la dicha, a sentirla, a desearla, y, como tantas otras, forzada a verla huir en todo momento. Recordad, señor, que no os habré engañado. Os prohíbo amarme. Puedo ser una amiga leal para vos, pues admiro vuestra fuerza y vuestro carácter. Sed, por vuestra parte, lo mismo para mí, pero nada más.

»—¡No amaros! —exclamó Sarrasine—. ¡Pero, ángel querido, si tú eres mi vida y mi dicha!

»—Si dijera yo tan sólo una palabra, me rechazaríais con horror.

»—¡Coqueta, nada puede espantarme! Dime que me costarás el porvenir, que en dos meses moriré, que seré condenado sólo por haberte abrazado...

»Y uniendo la acción a la palabra, la abrazó, a pesar de los esfuerzos que hizo la Zambinella para sustraerse al apasionado beso.

»—¡Dime que eres un demonio, que te hace falta mi fortuna, mi nombre, toda mi celebridad! ¿Quieres que no sea escultor? ¡Habla!

»—¿Y si no fuese yo una mujer? —preguntó tímidamente la Zambinella con voz argentina y dulce.

»—¡Vaya broma! —exclamó Sarrasine—. ¿Crees acaso poder engañar el ojo de un artista? ¿No he devorado, escrutado, admirado tus perfecciones desde hace diez días? Tan sólo una mujer puede tener ese brazo redondo y mórbido, esos elegantes contornos. ¡Ah, lo que quieres son cumplidos!

»Ella sonrió tristemente y dijo murmurando:

»—¡Fatal belleza!

»Seguidamente elevó los ojos al cielo. En aquel momento su mirada tuvo no sé qué expresión de horror tan intenso, tan vivo, que Sarrasine se estremeció.

»—Señor francés —prosiguió ella—, olvidad para siempre jamás un instante de locura. Os aprecio; pero en cuanto a amor, no me lo pidáis; tal sentimiento se encuentra ahogado en mi corazón. ¡No tengo corazón! —exclamó en un sollozo—. El teatro donde me habéis visto, los aplausos, la música, la gloria a la cual se me ha condenado, he aquí mi vida; no tengo otra. Dentro de algunas horas no me veréis con los mismos ojos; la mujer que amáis estará muerta.

»El escultor no respondió. Se hallaba presa de una sorda rabia que le oprimía el corazón. No podía sino mirar a aquella mujer con ojos inflamados que le quemaban. La voz impregnada de debilidad, la actitud, los modales y los gestos de Zambinella, marcados de tristeza, de melancolía y de abatimiento, despertaban en su alma todas las riquezas de la pasión. Cada palabra era un aguijón. En aquel momento llegaron a Frascati. Cuando el artista tendió los brazos a su amada para ayudarle a bajar del carruaje, la sintió toda estremecida.

»—¿Qué tenéis? —le dijo—. Me haríais morir —exclamó viéndola palidecer— si sintierais el menor dolor cuya causa, aunque inocente, fuese yo.

»—¡Una serpiente! —dijo ella, mostrando una culebra que se deslizaba a lo largo de una zanja—. Tengo miedo de esas odiosas bestias.

»Sarrasine aplastó con el pie la cabeza de la culebra.

»—¿Cómo tenéis tanto valor? —prosiguió la Zambinella, contemplando con visible espanto al reptil muerto.

»—¡Vaya! —replicó sonriendo el artista—. ¿Osaríais pretender todavía que no sois una mujer?

»Se unieron a sus compañeros y se pasearon por los bosques de la villa Ludovisi, que pertenecía a la sazón al cardenal Cicognata. La mañana se deslizó demasiado rápidamente para el enamorado escultor, pero estuvo repleta de una serie de incidentes que le desvelaron la coquetería, la fragilidad y el melindre de aquella alma blanda y sin energía. Era la mujer con sus súbitos temores, sus caprichos sin razón, sus turbaciones instintivas, sus audacias sin motivo, sus bravatas y su deliciosa delicadeza de sentimientos.

Hubo un momento en el que, aventurándose en la campiña, la pequeña tropa de alegres cantores vio a lo lejos a algunos hombres armados hasta los dientes y cuyo atavío no tenía nada de tranquilizador. Y a la voz de «¡Los bandidos!», cada, cual redobló el paso para refugiarse en la villa del cardenal. En aquel crítico instante, Sarrasine observó, por la palidez del rostro de la Zambinella, que no tenía ya fuerzas para caminar, y tomándola en brazos la llevó corriendo un rato. Al aproximarse a una viña vecina, puso a su amada en tierra.

»—¿Podéis explicarme —le dijo— cómo esa extraña debilidad que en cualquier

otra mujer me parecería horrible y me disgustaría, y cuya muestra más pequeña bastaría casi a extinguir mi amor, en vos me place y hasta me encanta?... ¡Oh, cuánto os amo! —prosiguió—. Todos vuestros defectos, vuestros terrores, vuestras pequeñeces, añaden no sé qué de gracia a vuestra alma. Siento que detestaría a una mujer fuerte, a una Safo, valerosa, llena de energía, de pasión. ¡Oh, frágil y dulce criatura! ¿Cómo podríais ser de otro modo? Esa voz de ángel, esa voz delicada, hubiera sido un contrasentido de haber brotado de otro cuerpo que el tuyo.

»—No puedo —respondió ella— daros esperanza alguna. Cesad de hablarme así, pues se burlarían de vos. Me es imposible prohibiros la entrada al teatro; pero si me amáis o si sois cuerdo, no vendréis más. Escuchad, señor... —dijo con grave voz.

»—¡Oh, cállate! —atajó el embriagado artista—. Los obstáculos avivan el amor en mi corazón.

»La Zambinella quedó en actitud graciosa y modesta; pero se calló, como si un terrible pensamiento le hubiese revelado alguna desgracia. Y cuando fue llegada la hora de volver a Roma, subió a una berlina de cuatro asientos, ordenando al escultor, con aire imperiosamente cruel, que regresara solo con el faetón. Durante el camino, Sarrasine resolvió raptar a la Zambinella. Pasó todo el día ocupado en trazar planes a cual más extravagante. Y a la caída de la noche, en el momento en que salía para preguntar a alguien dónde estaba situado el palacio habitado por su amada, tropezó con uno de sus camaradas en el umbral de la puerta.

»—Querido —le dijo éste—, estoy encargado por el embajador de invitarte a acudir a su mansión esta noche. Da un concierto magnífico, y cuando sepas que la Zambinella estará...

»—¡Zambinella! —exclamó Sarrasine, delirante ante el nombre evocado—. ¡Me vuelvo loco!

»—Como todo el mundo —le respondió su camarada.

»—Pero, si sois mis amigos, tú, Vien, Lauterbourg y Allegrain, ¿me prestaréis ayuda para un golpe de mano después de la fiesta? —preguntó Sarrasine.

»—¿No hay ningún cardenal a matar?... ¿Nada de...?

No, no —aseguró Sarrasine—. No os pido nada al margen de lo que personas honradas pueden hacer.

»En poco tiempo el escultor lo dispuso todo para el éxito de su empresa. Fue uno de los últimos en llegar a la residencia del embajador, pero lo hizo en una berlina de viaje, tirada por vigorosos caballos servidos por uno de los más osados *vetturini*^[7] de Roma. El palacio del embajador estaba lleno de gente, y con gran esfuerzo el escultor, desconocido de todos los asistentes, llegó al salón donde en aquel momento cantaba Zambinella.

»—¿Será en consideración a los cardenales, los obispos y los abates que se encuentran aquí —preguntó Sarrasine— por lo que *ella* está vestida de hombre y tiene una red tras la cabeza, el cabello encrespado y una espada al costado?

»—¿Ella? ¿Quién es ella? —respondió el viejo señor a quien se dirigía Sarrasine.

»—¡La Zambinella! —repitió el príncipe romano—. ¿Es que os burláis? ¿De dónde venís? ¿Es que han actuado alguna vez mujeres en los teatros de Roma? ¿No sabéis acaso por qué criaturas son desempeñados los papeles de mujer en los Estados del Papa? Soy yo, señor, quien ha dotado a Zambinella de su voz. Yo se lo he pagado todo a ese bribón, hasta su maestro de canto. Pues bien, ha mostrado tan poco reconocimiento al servicio que le he prestado, que no ha querido poner nunca los pies en mi casa. Y sin embargo, si hace fortuna, me la deberá por entero.

»El príncipe Chigi habría podido seguir hablando durante largo rato, mas Sarrasine no le escuchaba. Una espantosa verdad había penetrado en su alma. Se sentía fulminado como un rayo. Quedóse inmóvil, petrificado, con los ojos fijos sobre el pretendido cantante. Su flameante mirada tuvo una especie de influjo magnético sobre Zambinella, pues el cantante terminó por volver los ojos hacia Sarrasine, y su voz celeste se alteró. Tembló. Un involuntario murmullo escapado a la asamblea, a la que tenía como pegada a sus labios, acabó de turbarle, y se sentó, interrumpiendo su aria. El cardenal Cicognara, que había espiado con el rabillo del ojo la dirección que tomó la mirada de su protegido, reparó en el francés e inclinándose hacia uno de sus edecanes eclesiásticos pareció preguntar el nombre del escultor. Una vez obtenida la respuesta que deseaba, contempló con mucha atención al artista y dio unas órdenes a un abate, quien desapareció con presteza. Sin embargo, Zambinella, habiéndose recuperado, volvió a ejecutar la pieza que tan caprichosamente interrumpiera, mas la interpretó mal, negándose, a pesar de todas las solicitudes que se le hicieron, a cantar otra cosa. Fue la primera vez que ejerció aquella caprichosa tiranía que, más tarde, no le hizo menos célebre que su talento y su inmensa fortuna, debida, según se decía, no menos a su voz que a su belleza.

»—Es una mujer —dijo Sarrasine— creyéndose solo. Aquí hay gato encerrado, alguna intriga secreta... El cardenal Cicognara engaña al Papa y a toda la villa de Roma...

»Seguidamente, el escultor salió del salón, reunió a sus amigos y los emboscó en el patio del palacio. Una vez se hubo asegurado Zambinella de la partida de Sarrasine, pareció recobrar cierta tranquilidad. Hacia medianoche, después de haber errado en los salones, como hombre a la busca de un enemigo, el cantante se dispuso a retirarse. En el momento en que franqueaba la puerta del palacio fue diestramente asido por hombres que le taponaron la boca con un pañuelo y le metieron en el carruaje alquilado por Sarrasine. Helado de horror, Zambinella quedóse en un rincón sin atreverse a hacer movimiento alguno. Veía ante sí la terrible figura del artista, que guardaba un silencio de muerte. El trayecto fue corto. Zambinella, raptado por Sarrasine, se encontró pronto en un taller sombrío y desnudo. El cantante, medio muerto de terror, desplomose sobre una silla sin atreverse a mirar a una estatua de mujer, en la cual había reconocido sus rasgos. No profirió palabra, pero sus dientes castañeteaban. Sarrasine se paseaba a grandes zancadas por el aposento. De pronto se detuvo ante Zambinella.

»—¡Dime la verdad! —preguntó con voz sorda y alterada—. ¿Eres una mujer? El cardenal Cicognara...

»Zambinella cayó a sus rodillas, no respondiendo sino bajando la cabeza.

»—¡Ah, eres una mujer! —exclamó delirante el artista—. Pues hasta un...

»No terminó la frase.

»—No —prosiguió—. *Él* no tendría tanta bajeza.

»—¡Ah, no me matéis! —clamó Zambinella, prorrumpiendo en llanto—. No consentí en engañaros sino por complacer a mis camaradas, que querían reír.

»—¡Reír! —respondió el escultor con una voz de infernal restallido— ¡Reír! ¡Reír! ¿Has osado burlarte de la pasión de un hombre, tú...?

»—¡Oh, perdón! —replicó Zambinella.

»—¡Debería matarte! —gritó Sarrasine, desenvainando su espada en un movimiento de violencia—. Pero —prosiguió con frío desdén— al traspasar tu ser con esta hoja, ¿hallaría algún sentimiento a extinguir, una venganza a satisfacer? No eres nada. Hombre o mujer, te daré muerte, pero...

»Sarrasine hizo un gesto de repulsión que le obligó a volver la cabeza, y su mirada tropezó con la estatua.

»—¡Es una ilusión! —exclamó.

»Y dirigiéndose de nuevo a Zambinella:

»—Un corazón de mujer era para mi un asilo, una patria. ¿Tienes hermanas que se te parezcan? No. Pues bien, muere... Mas no: vivirás. ¿No es acaso dejarte con vida destinarte a algo peor que la muerte? No es mi sangre ni mi existencia lo que lamento, sino el porvenir y mi ventura de corazón. Tu débil mano ha echado por tierra mi dicha. ¿Qué esperanza puedo arrebatarte por todas las que tú has quitado? Me has rebajado basta ti. *¡Amar, ser amado!* son desde ahora palabras vacías de sentido para mí como para ti. Sin cesar pensaré en esta mujer imaginaria. Viendo siempre en ella a una mujer real —dijo señalando la estatua—. Conservaré siempre el recuerdo de una arpía celeste que vendrá a clavar sus garras en todos mis sentimientos de hombre y que marcará a todas las demás mujeres con un sello de imperfección. ¡Monstruo! Tú que no puedes dar la vida a nada, tú has despoblado para mí a la tierra de todas sus mujeres.

»»Sarrasine se sentó frente al espantado cantante. Dos gruesas lágrimas brotaron de sus ojos reseco, rodaron por sus varoniles mejillas y cayeron a tierra: dos lágrimas de rabia, dos lágrimas amargas y abrasadoras.

»—Ya no más amor... ¡Estoy muerto para siempre a todo placer y a todas las emociones humanas!

»Y en diciendo estas palabras, asió un martillo y lo lanzó sobre la estatua con fuerza tan delirante, que erró el tiro. Creyendo haber destruido aquel monumento de su locura, volvió a tomar su espada y la blandió para matar al cantante. Zambinella lanzó agudos gritos. Y en el mismo momento entraron tres hombres en la estancia, y el escultor cayó rápidamente, atravesado por tres puñaladas.

»—De parte del cardenal Cicognara —dijo uno de los ejecutores.

»—Es un favor digno de un cristiano —respondió el francés expirando.

»Los sombríos emisarios informaron a Zambinella de la inquietud de su protector, quien esperaba a la puerta, en un carruaje cerrado, a fin de poder llevarlo consigo una vez que fuese liberado».

—Pero —me dijo la señora de Rochefide— ¿qué relación existe entre esta historia y el enteco vejestorio que hemos visto en la mansión de los Lanty?

—Señora, el cardenal Cicognara se adueñó de la estatua de Zambinella y la hizo ejecutar en mármol: se encuentra hoy día en el museo Albani. Allí la descubrió en 1791 la familia Lanty y solicitó a Viena que la copiara. El retrato que os ha mostrado a Zambinella a los veinte años, un instante después de haberle visto centenario, ha servido más tarde para el *Endymion* de Girodet; habréis podido reconocer el tipo en el *Adonis*.

—Pero ¿y ese o esa Zambinella?

—No podría ser, señora, sino el tío-abuelo de Marianina. Podréis suponer, pues, al saber todo esto el interés que la señora de Lanty puede tener en ocultar el origen de una fortuna que proviene...

—¡Basta! —me atajo con imperioso ademán.

Durante unos instantes quedamos sumidos en el más profundo silencio.

—¿Qué le parece a usted? —le pregunté al fin.

—¡Ah!... —exclamó ella, levantándose y paseándose a grandes pasos por la estancia, hasta que, deteniéndose, posó su mirada sobre mí y me dijo con voz alterada:

—Me habéis hecho odiar la vida y las pasiones para mucho tiempo. Sobre poco más o menos, ¿no tienen un desenlace semejante todos los sentimientos humanos, no acaban en atroces decepciones? Cuando madres, los hijos nos asesinan por su mala conducta o por su frialdad. Esposas, somos traicionadas. Amantes, somos desamparadas, abandonadas. ¿Existe la amistad? Mañana mismo me haría devota si no supiera permanecer como roca inaccesible en medio de las tormentas de la vida. Si el porvenir del cristiano no es más que una ilusión, cuando menos no se destruye sino tras la muerte. Dejadme sola.

—¡Ah! —exclamé—. ¡Bien sabéis castigar!

—¿Es que estoy equivocada?

—Sí —respondí con una especie de valor—. Como remate de esta historia, hartos conocida en Italia, puedo daros una elevada idea de los progresos efectuados por la civilización actual. No existen ya tales desgraciadas criaturas.

—París —dijo ella— es un suelo muy hospitalario: lo acoge todo, tanto las fortunas vergonzosas como las ensangrentadas. El crimen y la infamia tienen derecho de asilo; únicamente la virtud se encuentra sin altares. ¡Pero las almas puras tienen una patria en el cielo! ¡Nadie me habrá conocido... y estoy orgullosa por ello!

Y la marquesa quedóse pensativa.

París, noviembre de 1830



PEDRO GRASSOU



PEDRO GRASSOU

*Al Teniente Coronel de Artillería Periollas como testimonio
de la afectuosa consideración del autor.*

DE BALZAC

¿No habéis experimentado, al visitar seriamente la Exposición de obras pictóricas y de esculturas que, desde la Revolución de 1830, se celebra anualmente, un sentimiento de pesadez, de aburrimiento, de tristeza, contemplando las extensas galerías atiborradas? Puede afirmarse que, desde 1830, el auténtico Salón ha dejado de existir. El Louvre, por segunda vez, se ha visto profanado por una turba de artistas que lo ha tomado al asalto y que ha sabido mantenerse. Reuniendo en otro tiempo a la élite de las obras de arte, el Salón reportaba los honores más elevados a todas las creaciones artísticas que se exponían en sus galerías. De entre los doscientos cuadros escogidos, el público todavía realizaba una segunda elección: una corona era otorgada a una obra maestra por unas manos anónimas. Una tela determinada daba lugar a las discusiones más apasionadas. Pero las injurias prodigadas a Delacroix o a Ingres no han sido de menor utilidad para su obra, que los elogios y el fanatismo ciego de sus admiradores. Hoy en día, ni el público, ni la crítica se apasionan por las mercancías expuestas en este bazar. Obligados a realizar la elección, en otro tiempo reservada a un Jurado calificador, su atención se agota en esta labor; cuando finalizan su tarea, la exposición se cierra. Antes del año 1817, los cuadros admitidos jamás sobrepasaban las dos primeras columnas de la extensa galería en la que se hallan expuestas las obras de los antiguos maestros, este año, por el contrario, con gran asombro del público, los cuadros ocupaban la totalidad de la mencionada sala. De entre las ocho especialidades pictóricas —género histórico, género propiamente dicho, pinturas de caballete, paisajes, flores, animales y acuarelas— no pasaban de una veintena los cuadros que eran dignos de ser contemplados por el público, quien, por otra parte, era incapaz de prestar atención a semejante cantidad de obras expuestas. Cuanto mayor fuera el número de artistas que pretendieran colgar sus cuadros, tanto más riguroso debiera ser el criterio del jurado en su admisión. El traslado del Salón a la galería señaló el comienzo de su decadencia. Jamás debió salir del lugar en que se encontraba, un sitio recogido, limitado, de proporciones inflexibles, en el que solamente había espacio para las obras más destacadas de cada género. Una experiencia de diez años ha demostrado las excelencias de la antigua institución. En vez de un torneo, se celebra un tumulto; en lugar de una exposición gloriosa, un ruidoso bazar; ya no hay selección sino totalidad. ¿Y qué sucede? Que el que sale perdiendo es el artista que posea una calidad auténtica. Las obras de Descamps *El café del turco*, *Los niños en la fuente*, *El suplicio de los garfios*, y *José* hubiesen lucido mucho más en el Salón, en medio de otro centenar de obras de mérito, que perdidas entre mil y una telas, mezcladas y revueltas a lo largo de seis

interminables galerías. Por una extraña singularidad, la aparición de los llamados genios incomprendidos, comenzó cuando las puertas de la Exposición se abrieron generosamente para todo el mundo. Cuando, doce años antes, *La cortesana*, de Ingres y la de Sigalon, *La medusa*, de Géricault, *La matanza de Scio*, de Delacroix, o *El bautismo de Enrique IV*, admitidos por celebridades tachadas de celosas, demostraron al mundo entero, a pesar de las negativas de la crítica, la existencia de valores jóvenes y apasionados, no se exteriorizó queja alguna. Ahora que el más insignificante embadurnador de telas puede enviar sus cuadros a la Exposición, los incomprendidos han desaparecido. Donde no existe juicio, no existe cosa juzgada. Hagan lo que hagan los artistas, han de someterse al examen previo que recomienda sus obras al público para el cual trabajan. Sin selección académica es imposible la existencia del Salón; sin Salón el arte puede perecer.

Desde que el opúsculo se ha trocado en grueso volumen, muchos nombres permanecen todavía en las tinieblas, a pesar de la lista de diez o doce títulos de cuadros que aportan a cada exposición. Entre tales nombres, quizá el más desconocido de todos, es el de un artista llamado Pedro Grassou, llegado de Fougères, y conocido simplemente, en el mundillo artístico, por Fougères, que goza actualmente de un lugar en el sol, y que sugiere las amargas reflexiones por medio de las cuales empieza el croquis de su vida, aplicable a numerosos individuos de la Tribu de los Artistas.

En 1832, Fougères vivía en el cuarto piso de una casa de la calle Navarín, una de aquellas casas estrechas y altas que recuerdan el obelisco de Luxor, cuya reducida entrada conduce a una escalera muy estrecha y oscura, de rellanos peligrosos, que no tienen más que tres ventanas en cada descansillo, y que en el interior de las mismas se halla un patio, o, hablando con más precisión, un pozo cuadrado. Encima de las tres o cuatro habitaciones del apartamento ocupado por Grassou de Fougères, se extendía su taller, desde el que se podía contemplar Montmartre. El taller tenía las paredes de ladrillos pintados; el suelo, de color marrón, cuidadosamente fregado; cada una de las sillas, provista de su correspondiente macasar ribeteado; el sofá, sencillito, pero limpio como el dormitorio de una dueña de tienda de ultramarinos; allí todo revelaba la vida meticulosa de los espíritus mediocres y los cuidados de un hombre pobre. Había una mesa para almorzar, un aparador, un secreter, y en fin, todos los útiles necesarios a un pintor, perfectamente, alineados y limpios. La estufa participaba de aquellos cuidados que más bien parecían propios de un holandés, y todo ello era tanto más visible, cuanto la luz, pura e inalterable del norte, inundaba, con su diafanidad límpida y fría, aquella inmensa estancia. Fougères, simple pintor de Género, no tenía precisión de poseer las enormes máquinas que arruinan a los pintores de temas históricos; jamás se había reconocido, ni se reconoce aún, suficiente capacidad para dedicarse a la alta pintura y se limitaba al caballete. A principios de diciembre de este año, época en la que, periódicamente, los burgueses de París conciben la divertida idea de querer perpetuar su aspecto, bastante difícil ya de por sí, Pedro Grassou, que se había

levantado temprano, preparó su paleta, encendió la estufa, comió un bizcocho mojado en un vaso de leche, y se disponía a empezar a trabajar, mientras esperaba a que el deshielo de los cristales de las ventanas permitiera el paso de la luz del día. El tiempo era frío y seco, pero el cielo estaba despejado. En aquel momento, el artista, que estaba masticando con ese aire paciente y resignado que tantas cosas revela, oyó y reconoció los pasos de un hombre que había tenido en su vida la influencia que aquella clase de personas tienen sobre la de casi todos los artistas; se trataba de Elias Magus, un marchante de cuadros, un usurero de telas pintadas. En efecto, Elias Magus sorprendió al pintor en el momento en que, en aquel taller tan limpio, iba a iniciar su trabajo.

—¿Cómo le va, viejo pillo? —le dijo el pintor.

Fougères había conseguido una medalla, Elias le compraba los cuadros por dos o trescientos francos, y se daba aires de gran artista.

—El comercio anda mal —respondió Elias—. Todos vosotros empezáis a tener demasiadas pretensiones habláis ya de doscientos francos, cuando no habéis gastado ni seis sueldos de pintura para embadurnar vuestras telas... Pero tú, ¡tú eres un muchacho estupendo! Tú eres un hombre ordenado, y vengo a hablarte de un buen asunto.

—*Timeo Danaos et dona ferentes* —dijo Fougères—. ¿Sabe usted latín?

—No.

—Pues bien. Esto quiere decir que los griegos no proponen jamás ningún negocio a los troyanos, sin que pretendan ganar algo. Antes se decía: ¡Quiero su caballo! Hoy se dice: ¡Quiero sus obras!... ¿Qué es lo que quiere usted, Ulises-Elías Magus?

Tales palabras pueden dar una idea de la suavidad de maneras y del espíritu con que Fougères se tomaba lo que los pintores califican de cargas de taller.

—No, vengo a pedirle que me haga dos cuadros gratis.

—¡Oh, oh!

—No se preocupe, maestro. No le voy a pedir nada. Usted es un artista honrado.

—Entonces, ¿de que se trata?

—Quiero traerle a un padre, una madre y una hija única.

—¿Todos son únicos?

—¡A fe que sí!... Y hay que hacerles sus retratos. Estos burgueses, que están locos por las Artes, jamás se han atrevido a entrar por sí solos en un taller de pintor, La hija tiene una dote de cien mil francos. Tú podrías pintarlos. Podría hacer, en cierto modo, y si lo desea, unos retratos de familia.

Aquel pedazo de madera de Alemania al que se daba trato de hombre y que se llama Elias Magus, dejó de hablar para soltar una risita seca, cuyas sacudidas tuvieron la virtud de asustar al pintor. Le pareció estar escuchando a Mefistófeles hablarle de matrimonio.

—Los retratos serán pagados a razón de quinientos francos cada uno, y puede pintar tres.

—Claro que sí —dijo alegremente Fougères.

—Y espero que si se casa con la hija, no me dejará en olvido.

—¿Casarme yo? —exclamó Pedro Grassou—. Yo, que estoy acostumbrado a dormir solo, a levantarme muy temprano, que tengo ya la vida más o menos reglamentada...

—¡Cien mil francos, insistió Magus, y una muchacha dulce, de tonos dorados, como saliendo de un cuadro de Ticiano!

—¿Qué clase de personas son?

—Comerciantes retirados; actualmente, son unos entusiastas del Arte, son propietarios de una casa de campo en Ville-d'Avray, y disponen de doce mil libras de renta.

—¿Y en qué comerciaban?

—En botellas.

—No pronuncie nunca, en mi presencia esta palabra; me parece oír el chirrido de los tapones y me produce escalofríos...

—¿Quiere que les haga subir?

—Tres retratos, los llevaré al Salón, podré dedicarme a pintar figuras, y..., muy bien, ¡sí!

El viejo Elias bajó las escaleras para ir a buscar a la familia Vervelle. Para poder comprender hasta qué punto la proposición iba a tener influencia sobre el pintor, y el efecto que podrían producir en él el señor y la señora Vervelle, adornados por su hija única, es preciso lanzar una breve ojeada sobre la vida anterior de Pedro Grassou de Fougères.

Como alumno, Fougères había estudiado dibujo con Servin, considerado, dentro del mundo académico, como un gran dibujante. Después, había pasado por el taller de Schinner para intentar captar el secreto del intenso y magnífico colorido que caracteriza las obras de este maestro. El maestro, sus discípulos, todos, habían sido sumamente discretos, tanto, que Pedro no aprendió nada nuevo. De allí, Fougères pasó al taller de Sommervieux, para familiarizarse con aquella parte del Arte pictórico que recibe el nombre de Composición, pero la Composición se mostró salvaje y áspera para él. Posteriormente intentó arrancar a Granet y a Drolling el misterio de sus efectos de luz en interiores. Pero estos dos maestros no se habían dejado sorprender. Por último, Fougères siguió manteniendo sus costumbres tranquilas y ordenadas que proporcionaban abundante materia de burla en los diferentes talleres por los que pasaba, pero en todas partes, desarmaba a sus camaradas con una modestia, una paciencia y una mansedumbre, dignas de un cordero. Los maestros no experimentaron simpatía alguna por aquel muchacho, ya que los maestros gustan de los tipos brillantes, de los espíritus excéntricos, droláticos, fogosos, o de los sombríos y profundamente reflexivos, que revelan el embrión de un futuro talento. En Fougères todo hacía prever la mediocridad. Su apodo de Fougères, el del pintor de la comedia de L'Englantine, fue fuente inagotable de mofas; pero, por

la misma fuerza de las cosas, aceptó el nombre de la ciudad *que le había visto nacer*.

Grassou de Fougères hacía honor a su nombre. Más bien lleno, de estatura mediana, tenía el color de la piel pálido, los ojos castaños, el pelo negro, la nariz en forma de trompeta, la boca bastante ancha, y las orejas largas. Su aspecto apacible, pensativo y resignado, daba poco realce a los rasgos de su fisonomía, llena de salud, pero sin vida. No se sentía atormentado por la abundancia de sangre, ni por la violencia de sus pensamientos, ni por la verborrea cómica, signos por los que se puede reconocer a un gran artista. Aquel joven, nacido para ser un honrado y virtuoso burgués, que había llegado de su tierra para ser un digno empleado en la tienda de un comerciante en colores, originario de Mayenne y pariente lejano de los D'Orgemont, se dedicó a la pintura por la testarudez que constituye uno de los rasgos principales del carácter bretón. Lo que llegó a sufrir, la manera en que tuvo que vivir durante la época de su aprendizaje, sólo Dios lo sabe. Soportó todo lo que deben sufrir los grandes hombres cuando se sienten agobiados por la miseria, y perseguidos como bestias salvajes por la jauría de los mediocres y por la tropa de las vanidades mezcladas con la venganza. En cuanto se sintió con fuerzas para poder volar con sus propias alas, Fougères alquiló un taller en la parte alta de la calle de Los Mártires, y en él había empezado a trabajar con ardor. Hizo su debut en 1819. El primer cuadro que presentó al Jurado Seleccionador de la Exposición del Louvre, representaba una boda de aldea, penosamente copiado de un cuadro de Greuze. Su tela no fue admitida. Cuando Fougères supo la fatal decisión, no se entregó, en absoluto, a la desesperación, ni cayó en los epilépticos arrebatos de amor propio, en los que suelen sumirse los espíritus soberbios, y que terminan a veces en anónimos enviados al director o al secretario del Museo, y en amenazas de muerte. Fougères fue a recoger tranquilamente su tela, la envolvió en un gran pañuelo, y se la llevó de nuevo al taller, jurándose a sí mismo llegar a ser un gran pintor. Colocó el cuadro en el caballete, y se encaminó a casa de su antiguo maestro Schinner, hombre de inmenso talento, artista paciente y de excelente carácter, que había obtenido un éxito completo en el último Salón. Le rogó le acompañara a su taller para que criticara la obra rechazada. El gran pintor lo dejó todo y le acompañó. Cuando el pobre Fougères le hubo colocado frente a la obra, Schinner, a la primera mirada, estrechó la mano a Fougères.

—Eres un excelente muchacho, posees un corazón de oro.

y no puedo engañarte. ¡Escucha! Mantienes ahora lo mismo que prometías cuando venías a mi taller. Cuando de la punta de los pinceles salen cosas como ésta, mi querido Fougères, es preferible dejar los colores en Casa Brullon y no malgastar una tela que puede ser útil a otros. Regresa a casa temprano, ponte un gorro de algodón en la cabeza, métete en la cama a las nueve y mañana a las diez preséntate en cualquier oficina y solicita un empleo, pero olvídate de las Artes.

—Amigo mío —dijo Fougères—, mi tela ha sido ya condenada, y no es una sentencia lo que le pido, sino los motivos que han conducido a dicha sentencia.

—¡Pues bien! Pintas en tonos grises y apagados, ves la Naturaleza como a través

de un tamiz; tu dibujo es poco espontáneo, es rebuscado; tu composición es un plagio de la de Greuze, en el que sus defectos no son compensados con sus cualidades, ya que careces de ellas.

Mientras iba detallando los defectos del cuadro, Schinner pudo observar en la cara de Fougères una tan profunda impresión de tristeza, que le invitó a cenar y procuró consolarle. Al día siguiente, a las siete de la mañana, Fougères estaba ante su caballete, retocando el cuadro condenado; intentaba dar mayor vivacidad al color, corregir los defectos señalados por Schinner, modificar las figuras. Después, insatisfecho de las correcciones realizadas, llevó la tela a casa de Elias Magus. Elias Magus, que era una especie de holandés-belga-flamenco, tenía estas tres razones para ser lo que fue: un avaro rico. Llegado de Burdeos, empezaba entonces en París el negocio del cambalache de cuadros, y tenía una tienda en el boulevard de la Bonne-Nouvelle. Fougères, que para ir al panadero no contaba con nada más que con su paleta, comía intrépidamente pan con nueces, o pan con leche, o pan con cerezas, o pan con queso, según las estaciones. Elias Magus, a quien Pedro ofreció su primera tela, la estuvo desmereciendo durante algún tiempo, y después le dio por ella quince francos.

—Con quince francos de ingresos al año y mil de gastos —dijo Fougères sonriendo—, se puede llegar muy lejos.

Elias Magus hizo una mueca y se mordió un pulgar pensando que hubiera podido conseguir el cuadro por cien sueldos. Durante varios días, cada mañana, Fougères bajaba por la calle de Los Mártires, se ocultaba, mezclado entre la multitud, en el boulevard opuesto al que se hallaba la tienda de Magus, y su mirada se posaba sobre el cuadro expuesto, que no despertaba la menor atención de los viandantes. Al cabo de una semana, el cuadro desapareció del escaparate. Fougères atravesó el boulevard, se dirigió hacia la tienda del marchante, y adoptó el aire del que está paseando sin rumbo fijo. El judío estaba en la puerta.

—¡Vaya, veo que ha vendido usted ya mi cuadro!

—Aquí lo tengo —dijo Magus—, le estoy poniendo un marco para poderse lo ofrecer a uno que cree entender en pintura.

Fougères no se atrevió a volver al boulevard, y empezó un nuevo cuadro; tardó dos meses en pintarlo, comiendo como un ratón y pasando más angustias que un condenado a galeras.

Una tarde se dirigió hacia el boulevard y sus pies le llevaron fatalmente hacia la tienda de Magus. No vio su cuadro por sitio alguno.

—Conseguí vender tu cuadro —dijo el marchante al artista.

—¿Pudo venderlo bien?

—He recuperado lo que te di y además un pequeño interés. Hazme unos interiores flamencos, una lección de Anatomía y un paisaje, que te los pagaré —dijo Elias.

Fougères hubiera estrechado a Magus entre sus brazos, le miraba como se podría mirar a un padre. Regresó al taller con la alegría en el corazón: el gran maestro

Schinner se había, pues, equivocado. En esta inmensa ciudad de París pueden encontrarse corazones que latan al unísono con el de Grassou: su talento había sido reconocido y estimado. El pobre muchacho de veintisiete años tenía la inocencia de uno de dieciséis. Cualquier otro, cualquiera de los artistas retadores e indómitos, hubiese observado el aspecto diabólico de Elias Magus. Se hubiera dado cuenta del temblor de los pelos de su barba, la ironía de su bigote, las sacudidas de sus hombros, que denunciaban la alegría del judío de Walter Scott, aprovechándose de un cristiano.

Fougères se paseó por los boulevards con una alegría que daba a su cara una expresión altanera. Parecía un estudiante de bachillerato que se entiende con una mujer. Se encontró con José Bridau, uno de sus camaradas, uno de estos talentos excéntricos destinados a la gloria y a la desdicha. José Bridau, que tenía algunos sueldos en el bolsillo, según su expresión, invitó a Fougères a la ópera. Fougères no vio el *ballet*, ni oyó la música. Estaba pensando en su próximo cuadro. Estaba pintando. Se separó de José a la mitad de la función y corrió a su casa para dibujar unos cuantos bocetos a la luz de una lámpara; ideó una treintena de cuadros pictóricos de reminiscencias, y se creyó un hombre genial. Al día siguiente, compró colores, telas de varios tamaños, colocó unas cuantas hogazas de pan y queso encima de la mesa, llenó de agua una jofaina, hizo provisión de madera para la estufa, y una vez realizado todo esto, como se dice en el argot de los talleres, empezó a atacar los cuadros. Volvió a solicitar consejos a Schinner, a los que añadió los que le dio José Bridau. Tanto uno como el otro, vieron en aquellas telas una servil imitación de los paisajes holandeses, de los interiores de Metz, y en la cuarta, una vulgar copia de la *Lección de Anatomía*, de Rembrandt.

—Siempre plagios —dijo Schinner—. ¡Ah, este Fougères tendrá que realizar ímprobos esfuerzos para ser original!

—Tú deberías dedicarte a otra cosa que no sea la pintura —le dijo Bridau.

—¿A qué? —preguntó Fougères.

—A la Literatura, por ejemplo.

Fougères bajó la cabeza como hacen las ovejas cuando llueve. Después, solicitó y obtuvo nuevos consejos que pudieran serle útiles, y retocó los cuadros antes de llevarlos a Elias. Éste le pagó, por cada tela, veinticinco francos. A este precio, Fougères no ganaba nada, pero tampoco perdía, merced a su sobriedad. Dio algunos paseos para ver qué sucedía con sus cuadros y tuvo una singular visión. Sus telas, tan relamidas, tan limpias, que poseían la tersura de la tela y relucían como pinturas sobre porcelana, aparecían ahora como recubiertas por una neblina, semejando cuadros antiguos. Elias había salido y Fougères no pudo obtener información alguna sobre aquel fenómeno. Creyó que la vista le había hecho ver lo que no existía. El pintor regresó a su taller para seguir produciendo nuevas telas antiguas. Al cabo de siete años de continuos trabajos, Fougères consiguió componer y realizar cuadros pasables. Lo hacía tan bien como cualquier otro pintor de segunda fila. Elias se los compraba y vendía toda la producción del pobre bretón, que ganaba con dificultad un

centenar de luises por año, y no gastaba más de mil doscientos francos.

En la Exposición de 1829, León de Lora, Schinner y Bridau, que ocupaban un lugar destacado y se hallaban a la cabeza del movimiento artístico de la época, se sintieron movidos a lástima hacia la perseverancia, y la pobreza de su antiguo camarada, e hicieron admitir en la Exposición, en el Gran Salón, un cuadro de Fougères. Dicho cuadro, de cierto interés, que tenía algo de Vigneron por el sentimiento y de las primeras obras de Dubufe por la ejecución, representaba a un hombre joven al que, en una celda de la cárcel, le estaban afeitando la nuca. A un lado tenía un sacerdote, y al otro, una anciana y una mujer en la flor de la edad, ambas llorando. Un escribano leía un documento oficial. Sobre una modesta mesa se veía una comida que no había sido tocada. A través de una ventana enrejada, en lo alto de la pared, pasaban las primeras claridades del día. Había en el cuadro materia suficiente para hacer estremecer a las almas burguesas. Fougères se había inspirado claramente, en la obra maestra de Gerard Dow, aunque volviendo al grupo de *La mujer hidrópica* hacia la ventana, en vez de presentarlo de frente. Y había sustituido a la moribunda por el condenado: la misma palidez, la misma mirada, la misma invocación a Dios. En lugar del médico flamenco, había pintado la cara, fría y oficial, del escribano vestido de negro; pero añadiendo al grupo una mujer anciana al lado de la hija de Gerard Dow. Finalmente, la cara cruelmente bonachona del verdugo, dominaba al grupo entero. Aquel plagio, hábilmente disimulado, no fue descubierto.

En el catálogo figuraba lo siguiente:

510. Grassou de Fougères (Pedro), calle de Navarino, 2

Preparativos para la ejecución de un chouan condenado a muerte en 1809

Aunque mediocre, el cuadro tuvo un éxito prodigioso, ya que recordaba el asunto de los secuestradores de Mortagne. Todos los días, una densa multitud se agolpaba ante el cuadro de moda, e incluso Carlos X, durante su visita a la Exposición, se detuvo unos momentos para contemplarlo. *Madame*, enterada de la paciente vida de aquel pobre bretón, se interesó por él. El duque de Orleans regateó el precio. Los eclesiásticos dijeron a la señora Delfina que el tema estaba repleto de buenos pensamientos; en efecto, reinaba en él un aire de religiosidad plenamente satisfactorio. El señor Delfín admiró el polvo que enturbiaba los cristales de la ventana, craso error ya que Fougères había extendido tonos verdosos que querían producir el efecto de humedad en las partes de la pared. *Madame* compró el cuadro, pagando por él mil francos, y el Delfín encargó otro a Fougères. Carlos X concedió una condecoración al hijo del campesino que en otros tiempos, en 1799, se había batido, por la causa realista. José Bridau, el gran pintor, no recibió ninguna condecoración. El Ministerio del Interior encargó dos cuadros de tema religioso para otras tantas iglesias. Aquel Salón constituyó, para Fougères, una auténtica fortuna, su gloria, su porvenir, su vida. En todos los aspectos de la vida, el crear algo es como

morir a fuego lento; copiar, es vivir. Después de haber definitivamente descubierto un filón de oro, Grassou de Fougères puso en práctica aquella cruel máxima a la cual debe la sociedad una serie de infames mediocridades encargadas de elegir hoy en día a lo verdaderamente superior en cualquier clase social, pero cuya elección, naturalmente, recae sobre ellas mismas, llevando a cabo una guerra encarnizada con los auténticos talentos. El principio de la elección, aplicado a todos los órdenes, es falso, y Francia algún día se dará cuenta de ello. No obstante, la modestia, la sencillez, la sorpresa del bondadoso y apacible Fougères, hicieron acallar las recriminaciones y las envidias. Por otra parte, tuvo a su lado a todos los Grassou que habían alcanzado el éxito, que se mostraron solidarios de todos los Grassou que podían alcanzarlo. Algunas personas, impresionadas por la energía de un hombre al que nada ni nadie había podido descorazonar, empezaron a hablar del Dominiquino, diciendo: «En las Artes hay que recompensar también a la voluntad. ¡Grassou no ha conseguido el éxito por mera casualidad! ¡Hace diez años que machaca, el pobre!». Esta exclamación de *¡el pobre!*, figuraba, por mitad, en las adhesiones y en las felicitaciones que recibía el pintor. La lástima ensalza tantas mediocridades como la envidia hunde a tantos grandes artistas. Los periódicos no habían ahorrado críticas, pero el caballero Fougères digirió del mismo que digería los consejos de sus amigos: con una paciencia angelical. Poseyendo una riqueza de quince mil francos, penosamente ganados, amuebló su piso y su taller de la calle Navarino, pintó el cuadro encargado por monseñor el Delfín, y los otros dos cuadros de tema religioso encargados por el Ministerio, entregándolos terminados en la fecha establecida, con una puntualidad desesperante para la Caja del Ministerio, acostumbrada a otras maneras. Pero, admírense ustedes de la suerte que acompaña a las personas ordenadas y puntuales. Si se hubiese retrasado en la entrega, Grassou, sorprendido por la Revolución de Julio, no hubiese, cobrado. A los treinta y siete años de edad, Fougères había fabricado para Elias Magus alrededor de doscientos cuadros totalmente desconocidos, pero que con la ayuda de los cuales había llegado a conseguir aquellas maneras satisfactorias, aquel punto de ejecución, que hace encogerse de hombros al artista, y que entusiasma a la burguesía.

Fougères era apreciado por sus amigos por la rectitud de sus ideas, por la constancia de sus sentimientos, por su afecto íntegro, y por su gran lealtad; no sentían ningún aprecio por la paleta, pero querían al hombre que la sostenía. ¡Qué pena que Fougères tenga el vicio de pintar!, decían sus camaradas. No obstante, Grassou daba consejos excelentes, como estos folletinistas incapaces de escribir un libro, pero que saben perfectamente los puntos débiles de los libros; pero, entre las críticas literarias y Fougères había una diferencia: él era eminentemente sensible a la belleza, sabía donde hallarla, y sus juicios y consejos tenían siempre un tinte de Justicia que hacía que sus observaciones fueran invariablemente aceptadas.

Después de la Revolución de Julio, Fougères presentaba, cada año, una decena de cuadros en la Exposición, de los cuales el Jurado Seleccionador admitía cuatro o

cinco. Vivía dentro de las reglas de la más estricta economía, y toda su servidumbre la componía una sola criada. Como distracción, visitaba a sus amigos, iba a ver objetos de arte, realizaba cortos viajes por Francia, y proyectaba ir a Suiza en busca de inspiración. Aquel detestable artista, era un excelente ciudadano: prestaba con regularidad sus servicios de guardia, asistía a las revistas, y pagaba el alquiler y sus consumiciones con la más burguesa puntualidad. Como siempre había estado sumido en la miseria y entregado al trabajo, no había tenido tiempo de amar. Habiendo sido pobre, y manteniéndose soltero, no se preocupaba, en absoluto, en intentar modificar aquella vida tan sencilla. Incapaz de idear un procedimiento para aumentar su fortuna, llevaba cada tres meses a Cardot, su notario, las ganancias y las economías del trimestre. Cuando el notario reunía en sus manos mil escudos pertenecientes a Grassou, los invertía en una primera hipoteca, con subrogación en los derechos de las mujer, si el deudor era casado, y subrogando los derechos del vendedor, si el deudor tenía un precio que pagar. El notario cobraba asimismo los intereses de estas operaciones, y los agregaba a las entregas parciales que le hacía Grassou de Fougères. El pintor aguardaba el venturoso momento en que sus contratos alcanzasen la imponente cantidad de dos mil francos de renta, para entregarse al *otium cum dignitate* del artista, y poder dedicarse a pintar cuadros, ¡oh, pero cuadros!, ¡verdaderos cuadros!, cuadros bien acabados, de estilo perfecto, kox-noffs, y chocnosoffs. ¿Quieren ustedes saber cuál era el superlativo de sus esperanzas, sus sueños de felicidad para el futuro? ¡Poder ingresar en el Instituto, y conseguir la roseta de Oficial de la Legión de Honor! ¡Sentarse al lado de Schinner y de León de Lora, llegar a la Academia antes que Bridau! ¡Llevar una roseta en el ojal! ¡Qué sueños! Únicamente las personas mediocres son capaces de pensar en todo.

Cuando oyó rumor de pasos en la escalera, Fougères repasó su tupé, se abrochó la chaqueta de terciopelo verde botella, y no quedó medianamente sorprendido de ver entrar a un tipo de los vulgarmente llamado *melón* en los talleres. Dicho fruto, remataba una calabaza vestida con un traje de color azul, adornado con un paquete de dijes y otros aditamentos, tintineantes. El melón resoplaba como una marsopa, y la calabaza andaba sobre unos pequeños nabos, a los que muy impropriamente se podían calificar de piernas. Un verdadero artista, se habría negado inmediatamente a ejecutar el encargo del comerciante en botellas, y le habría puesto de patitas a la calle, diciéndole que él no pintaba verduras. Pero Fougères contempló al cliente sin reírse, ya que el señor Vervelle ostentaba un brillante de mil escudos en la pechera de la camisa.

Fougères miró a Magus, y dijo:

—¡*Hay manteca!* —empleando una expresión, en argot, de moda en aquellos días entre los artistas.

Al oír aquella exclamación, el señor Vervelle frunció el ceño. Aquel burgués traía consigo otra complicación de legumbres en las personas de su mujer y de su hija. El cuerpo de su mujer semejaba una nuez de coco rematada por la cabeza, y estrechada

en la cintura. Giraba literalmente sobre los pies, y llevaba un vestido amarillo con rayas negras. Exhibía orgullosamente unos mitones negros y extravagantes sobre unas manos hinchadas como los guantes que figuran en las muestras de las guanterías. Unas plumas, altas como el penacho de la locomotora de un tren, flotaban sobre un sombrero extravertido. Unas puntillas cubrían su espalda tan abombada por detrás como por delante: así, la forma esférica del coco parecía perfecta. Los pies, clasificados entre aquellos que los pintores califican de pies *de puerco*, estaban adornados con un burlete de seis líneas sobre del cuero pulido de sus zapatos. ¿Cómo era posible que aquellos pies hubiesen podido meterse dentro? Nadie podría explicarlo.

Les seguía un joven espárrago, verde y amarillo por el vestido, y que mostraba una cabeza pequeña coronada por una cabellera partida en dos, de un color rojo-zanahoria, que hubiera hecho las delicias de cualquier romano, unos brazos filamentosos, unas manchas de carmín sobre un cutis bastante pálido, unos ojos grandes e inocentes de descoloridas pestañas y ralas cejas; un sombrero de paja de Italia, con dos honestos capullos de satén bordado ribeteado de blanco; unas manos virtuosamente encamadas y los pies de su madre. Aquellos tres seres, demostraban, mientras echaban un vistazo al taller, tal aspecto de felicidad, que anunciaba en ellos el más respetuoso entusiasmo por todo lo que significara Arte.

—¿Así que es usted, señor, el que ya a hacer nuestros retratos? —dijo el padre, adoptando un tono ligeramente arrogante...

—Sí, señor —respondió Grassou.

—Vervelle, *este hombre* ha ganado una condecoración —dijo en voz baja la mujer a su marido, en un momento en que el pintor se había vuelto de espaldas.

—¿Es que crees que yo hubiese encargado nuestros retratos a un pintor que no hubiese sido condecorado?... —preguntó el antiguo comerciante en botellas y tapones.

Elias Magus se despidió de la familia Vervelle y salió de la habitación. Grassou le acompañó hasta el rellano.

—Sólo usted es capaz de pescar semejantes peces.

—¡Recuerde! ¡Cien mil francos de dote!

—Sí, pero ¡vaya familia!

—Trescientos mil francos de esperanzas, una casa en la calle Boucherat, y una casa de campo en Ville-d'Avray.

—Boucherat, botellas, bocados, bodrios, borbotones —dijo el pintor.

—Estarías al abrigo de toda necesidad por el resto de tus días —dijo el marchante.

Aquel pensamiento entró en el cerebro de Grassou del mismo modo que la luz de la mañana había entrado en su buhardilla. Mientras colocaba para la pose al padre de la joven, le encontró una cara interesante y admiró los tonos violentos de la misma. Madre e hija revoloteaban alrededor del pintor y se maravillaban con todos los

preparativos que éste realizaba; les parecía bailarse en presencia de un dios. Aquella visible adoración, complugo a Fougères. El becerro de oro iluminó a aquella familia con reflejos fantásticos.

—¡Debe usted ganar el dinero a manos llenas! Pero también lo debe gastar con la misma facilidad con que lo gana.

—No, señora, respondió el pintor, no lo gasto, no sabría en qué. Mi notario coloca mi dinero, él lleva mis cuentas, y una vez que lo he depositado en sus manos, ya no pienso más en él.

—¡Y me decían, a mí, que todos los artistas tenían las manos agujereadas! — exclamó el señor Vervelle.

—¿Quién es el notario, si no es indiscreción? —preguntó la señora Vervelle.

—Una persona muy simpática y correcta: el señor Cardot.

—¡Vaya, vaya, qué casualidad! —dijo Vervelle—. Cardot es también el nuestro.

—¡No se mueva usted! —dijo el pintor.

—Pero, estate tranquilo, Antenor —dijo la mujer—. Harás que el señor se equivoque, y si le vieras trabajar comprenderías que...

—¡Oh, Dios mío!, ¿por qué no me habéis hecho estudiar Arte? —dijo la señorita a sus progenitores.

—Virginia —dijo la madre—, ciertas cosas no está bien que las estudie una señorita. Cuando estés casada... ¡bueno!, hasta que llegue este momento, procura estar quieta.

Durante aquella primera sesión, la familia Vervelle casi intimó con el honrado artista. Debían volver al cabo de dos días. Al salir, el padre y la madre le dijeron a Virginia que caminara unos metros delante de ellos; pero, a pesar de la distancia que les separaba, pudo oír una serie de frases que tuvieron la virtud de despertar su curiosidad:

—Es un hombre que ha sido condecorado..., treinta y siete años..., un artista que está sobrecargado de encargos, que coloca su dinero en casa de nuestro mismo notario. ¿Consultamos a Cardot? ¡Y llamarse señora de Fougères!... ¡No tiene aspecto de ser mala persona!... ¿Preferirías un comerciante?... Pero un comerciante, hasta, tanto no se ha retirado de los negocios, ¡no se sabe lo qué puede ocurrirle a él y a tu hija! Mientras que un artista ecónomo... Además, nosotros somos amantes de las Artes... ¡En fin!...

Mientras la familia Vervelle hablaba de Grassou, Grassou estaba pensando en la familia Vervelle. Le fue imposible estarse quieto en su taller, fue al boulevard a dar un paseo, y empezó a fijarse en todas las mujeres pelirrojas que pasaban. Se hacía los más insólitos razonamientos: el oro era el más precioso de todos los metales, el color amarillo representaba el oro, los romanos gustaban de las mujeres pelirrojas, y se sintió romano, etc. Al cabo de dos años de matrimonio, ¿cuál es el hombre que se preocupa por el color del pelo de su mujer? ¡La hermosura pasa; la fealdad queda! El dinero es la mitad de la felicidad. Por la noche, al acostarse, el pintor empezó a

encontrar encantadora a Virginia.

Cuando, el día señalado para la segunda sesión, los tres Vervelle entraron en el estudio, el artista les acogió con una amable sonrisa. Se había afeitado cuidadosamente y puesto una camisa inmaculada; su peinado había sido realizado con esmero, había escogido un pantalón de moda y puesto unas pantuflas rojas con polainas. La familia respondió con una sonrisa tan halagadora como la del artista. Virginia se puso del mismo color de su pelo, bajó los ojos, e inclinó la cabeza, observando los bocetos. Pero Grassou encontró encantadoras todas aquellas naderías. Virginia poseía encanto, gracia, no tenía nada que recordara a su padre ni a su madre; pero ¿a quién había salido?

—¡Ah! Ya veo, probablemente la madre habrá tenido alguna distracción en su comercio.

Durante la sesión se produjeron escaramuzas entre la familia y el pintor tuvo el valor de manifestar que encontraba al padre inteligente. Aquella adulación hizo que la familia entrara a paso de carga en el corazón del artista, regaló uno de sus croquis a Virginia y un boceto a la madre.

—¿Regalados? —preguntaron.

Pedro no pudo contener una sonrisa.

—No debe usted desprenderse así de sus obras —dijo el padre Vervelle—, son dinero.

En la tercera sesión, el señor Vervelle mencionó una hermosa galería de cuadros que poseía en su casa de campo de Ville-d'Avray: Rubens, Gerard Dows, Mieris, Terburg, Rembrandts, un Ticiano, varios Potter, etc.

—El señor Vervelle ha cometido verdaderas locuras —dijo fastuosamente la señora Vervelle—, tiene, en cuadros, más de cien mil francos.

—Qué quiere que le diga —prosiguió el antiguo comerciante en botellas—, adoro el Arte.

Cuando se empezó el retrato de la señora Vervelle, el de su marido estaba ya casi terminado, y el entusiasmo de la familia no conocía límites. El notario había hecho grandes elogios del pintor; Pedro Grassou era, en su opinión, el hombre más honrado de la tierra, uno de los artistas más morigenados de costumbres que habla conocido, y que había conseguido amasar una pequeña fortuna de treinta y seis mil francos; sus días de miseria habían quedado atrás, ganaba diez mil francos anuales, y él se cuidaba de capitalizar los intereses; finalmente, declaró que era incapaz de hacer desgraciada a cualquier mujer. Esta última frase fue de un peso enorme en la balanza. Los amigos de los Vervelle no oían hablar de otra cosa que del célebre Fougères. El día en que éste inició el retrato de Virginia, era ya *in petto*, el yerno de la familia Vervelle. Los tres que la componían, florecían en aquel taller de pintor, acostumbándose a considerarlo como una de sus residencias; para ellos, aquel local ejercía una especie de extraño atractivo, tan limpio, tan cuidado, tan acogedor, tan artístico. *Abyssus abyssum*, lo burgués atrae a lo burgués. Hacia el final de la sesión, la escalera empezó

a llenarse de ruidos, la puerta se abrió brutalmente, y entró José Bridau; penetró como la tempestad, llevando los cabellos flotando al viento; mostró su alta estatura completamente descompuesto, lanzó a diestro y siniestro miradas como rayos, dio una vuelta alrededor del estudio y regresó bruscamente al lugar en que se hallaba Grassou, cogiendo a éste por la chaqueta a la altura de la región gástrica, intentando, aunque en vano, abrocharla, ya que el botón se le había escapado de su cápsula de tela.

—La madera está muy cara —dijo a Grassou.

—¡Ah!

—Los ingleses me buscan, Toma, ¿qué es lo que estás pintando?

—¡Cállate ya!

—¡Ah, sí!

La familia Vervelle, superlativamente estupefacta por aquella inesperada aparición, pasó de su rojo habitual al rojo-ceniza de los fuegos violentos.

—¡*Esto produce!* ¿Hay guita en el bolsillo?

—¿Necesitas mucho?

—Un billete de quinientos... Tengo tras mis talones a uno de estos negociantes de la misma raza que los dogos, que una vez que han hincado el diente no sueltan la presa hasta que se han llevado un pedazo de carne. ¡Qué gente!

—Espera un momento, que voy a darte una nota para mi notario...

—¿Así, pues, hasta tienes notario y todo?

—Sí.

—¡Ahora me explico porque sigues pintando las mejillas con tonos rosados, excelentes para anuncios de perfumerías!

Grassou no pudo evitar el sonrojarse, ya que Virginia estaba posando.

—¡Pinto la Naturaleza tal como es! —exclamó el gran pintor, prosiguiendo—. La señorita es pelirroja. Pues bien, ¿es esto un pecado mortal? En Pintura, todo es magnífico. Pon cinabrio en tu paleta, dales más vigor a estas mejillas, marca las pequeñas manchas pardas, ¡dale vida! ¿O es que quieres ser más artista y más inteligente que la misma Naturaleza?

—Pero este *patán* va a estropearlo todo —dijo el comerciante.

—Si él quisiera pintar el retrato de su hija Virginia, sería mil veces mejor que el que pueda pintar yo —dijo Fougères, indignado.

Al oír aquella respuesta, el burgués inició una prudente retirada hacia su mujer, estupefacta por la invasión de aquella bestia feroz, y muy poco tranquila de verla cooperar en el retrato de su hija.

—Toma, sigue estas indicaciones —dijo Bridau devolviendo la paleta y cogiendo la nota—. ¡No te doy las gracias! Debo regresar al castillo d'Arthez, para quien estoy pintando un comedor, y en el que León de Lora hace los techos, unas verdaderas obras de arte. ¿Vendrás a vernos?

Se marchó sin despedirse, tan harto estaba de contemplar a Virginia.

—¿Quién es este hombre? —preguntó la señora Vervelle.

—Un artista —contestó Grassou.

Hubo un momento de silencio.

—¿Está usted seguro de que no ha cometido algún desaguisado con mi retrato? —preguntó Virginia—. Me ha asustado.

—Todo lo que ha hecho, lo ha hecho perfectamente —respondió Grassou.

—Si él es un gran artista, yo prefiero a un gran artista que se parezca a usted —dijo la señora Vervelle.

—¡Ah!, mamá, el señor es mucho mejor pintor, y me hará tal como soy —hizo observar Virginia.

Las maneras de la Genialidad, habían aterrorizado a aquellos metódicos burgueses.

Estaban en aquella fase del otoño, tan agradable, llamada el *Veranillo de San Martín*. Con la timidez propia de un neófito en presencia de un hombre de talento consagrado, el señor Vervelle arriesgó una invitación a visitarles en su casa de campo el próximo domingo: sabía cuán pocos atractivos podía ofrecer una familia burguesa a un artista.

—¡Ah, ustedes! ¡Ustedes lo que necesitan son emociones intensas! Grandes espectáculos y estar rodeados de personas inteligentes; pero a falta de todo esto, habrá buena comida, rociada con vinos excelentes, y espero y confío que mi galería de cuadros podrá compensarle del aburrimiento que un artista como usted no dejará de experimentar en compañía de unos comerciantes.

Aquella idolatría, dirigida a halagar su vanidad, encantó al pobre Pedro Grassou, por lo poco acostumbrado que estaba a escuchar aquella clase de cumplidos. El honesto artista, aquella infame mediocridad, aquel corazón de oro, aquella vida intachable, aquel estúpido dibujante, aquel simpático muchacho, condecorado con la Orden Real de la Legión de Honor, se preparó a disfrutar de los últimos hermosos días del año, en Ville-d'Avray.

El pintor hizo el viaje, modestamente, en el coche de línea, y no dejó de sentirse favorablemente impresionado por el bello pabellón del comerciante en botellas, situado en medio de un frondoso parque de cinco arpentas, en la parte más alta de Ville-d'Avray, desde la cual se gozaba de un maravilloso panorama. ¡Casarse con Virginia, significaba que algún día él podría ser el dueño y vivir en aquel hermoso chalet!

Fue recibido por los Vervelle con verdadero entusiasmo, con una alegría, una sencillez, y una franqueza estúpidamente burguesa, que le dejaron confuso. Fue aquel un día triunfal. Pasearon al futuro novio por las avenidas color nankín, que habían sido rastrilladas tal como merecía el paso por ellas de un gran hombre. Incluso los árboles, presentaban un aspecto como si hubieran sido peinados, y los céspedes, afeitados. El aire puro y vivificante del campo, llevaba unos olores de la cocina, francamente estimulantes. Todos, en la casa, parecían decir: «Tenemos entre nosotros

a un gran artista». El diminuto papá Vervelle, daba tumbos como una patata, por el parque; la hija serpenteaba como una anguila, y la madre los seguía a todos, con paso noble y digno. Aquellas tres personas no se separaron ni un solo instante de Grassou durante siete horas. Después de la cena, cuya duración corrió parejas con su suntuosidad, el señor y la señora Vervelle creyeron llegado el momento de llevar a término su gran golpe de teatro: la abertura de la galería de cuadros, iluminada con lámparas de efectos cuidadosamente calculados. Tres vecinos, antiguos comerciantes, y un tío, invitados para colaborar en la ovación destinada al gran artista; una vieja solterona de la familia Vervelle y otros comensales, siguieron a Grassou por la galería, curiosos por conocer la opinión de éste sobre la famosa galería del papá Vervelle, que no cesaba de echarles en cara el fabuloso valor de sus cuadros. El comerciante en botellas, parecía haber estado compitiendo con el rey Luis Felipe y con las galerías, de Versailles. Los cuadros, magníficamente enmarcados, llevaban unas etiquetas en las que podía leerse, en letras negras, sobre fondo dorado:

RUBENS

Danza de faunos y ninfas

REMBRANDT

Interior de una sala de disección. El doctor Tromp explicando una lección a sus alumnos

Había en la galería unos ciento cincuenta cuadros, todos ellos barnizados, sin una mota de polvo. Algunos estaban cubiertos por unas cortinas de color verde, las cuales no se descorrían en presencia de menores de edad.

El artista quedó con los brazos caídos, la boca abierta, sin poder pronunciar una sola palabra, cuando reconoció que la mitad de los cuadros de aquella galería, eran suyos: él era Rubens, Paul Potter, Mieris, Metzú, Gérard Dow. En él, se compendiaban una veintena de grandes maestros.

—¿Qué le pasa a usted? ¡Está palideciendo!

—¡Hija mía! ¡Trae un vaso de agua fresca! —exclamó la madre.

El pintor cogió al Vervelle padre por un botón de su chaqueta, y le arrastró hasta un rincón, con el pretexto de examinar un Murillo. Los cuadros de pintores españoles, estaban, por aquel entonces, de moda.

—¿Todos estos cuadros, los ha comprado usted en casa de Elias Magus?

—¡Si, todos los originales!

—Entre nosotros, ¿por cuánto le ha vendido a usted los que voy a indicarle?

Dieron, juntos, una vuelta por la galería, Los invitados estaban maravillados por la seriedad con que el gran artista examinaba, en compañía de su anfitrión, las obras maestras.

—¡Tres mil francos! —dijo en voz baja Vervelle cuando se hallaron ante el último

cuadro— pero yo digo que me ha costado cuarenta mil.

—¿Cuarenta mil francos, un Ticiano? —continuó ya en voz alta el artista—. Esto es casi como si se lo hubieran regalado.

—¡Ya se lo dije a usted! Poseo por valor de cien mil escudos en cuadros —gritó Verville.

—Todos estos cuadros —le dijo Pedro Grassou al oído— los he pintado yo, y por todos juntos no me han pagado ni diez mil francos...

—Demuéstremelo —dijo el comerciante en botellas—, y doblaré la dote de mi hija, ya que en tal caso, ¡usted sería a la vez Rubens, Rembrandt, Terburg y Ticiano!

—¡Y Magus es un maravilloso vendedor de cuadros! —dijo el pintor, el cual se explicó, entonces, el aspecto de antigüedad que tenían sus cuadros en la tienda del marchante, y los temas que éste le pedía que pintara.

Muy lejos de desmerecer en la estimación de su admirador, el señor de Fougères, ya que la familia persistía en llamar así a Pedro Grassou, aún llegó a mayores cimas, tanto, que pintó gratis los retratos familiares y los regaló, naturalmente, a su suegro, a su suegra, y a su esposa.

Hoy, Pedro Grassou, que no deja de participar en ninguna exposición, es considerado, en el mundo de la burguesía, como un buen pintor de retratos. Gana una docena de miles de francos anuales, y gasta quinientos en telas y pinturas. Su mujer ha aportado al matrimonio seis mil francos de renta por su dote, y vive con su suegro y su suegra. Los Verville y los Grassou, que se entienden a la perfección, tienen coche, y son las personas más felices del mundo. Pedro Grassou no sale nunca de un círculo burgués en el cual es considerado como uno de los más grandes pintores de la época. Entre la barrera del Trono y la calle del Temple, no se pinta un solo retrato de familia que no lo realice este gran pintor, y por el que no se pague, como mínimo, quinientos francos. La gran razón que esgrimen los burgueses para preferir aquel artista a ningún otro, es la siguiente: «Podéis decir lo que queráis, pero éste coloca veinte mil francos anuales en casa de su notario».

Como sea que Grassou se portó dignamente durante las revueltas del 12 de mayo, ha sido nombrado Oficial de la Legión de Honor. Es, también, jefe de batallón de la Guardia Nacional. El Museo de Versalles no ha podido evitar el encargarse un cuadro representando una batalla, a un tan excelente ciudadano, que se paseó por todo París para hacerse el encontradizo con sus antiguos camaradas, y poderles decir, con aire displicente:

—¡El rey me ha encargado un cuadro de tema histórico!

La señora de Fougères adora a su marido, al que ha dado dos hijos. Este pintor, buen padre y buen esposo, no puede, no obstante, alejar de su pensamiento una idea fatal: los artistas se burlan de él, su apellido es un término de desprecio en todos los talleres, y las revistas de Arte no se preocupan de sus obras. Pero sigue trabajando, y un día u otro conseguirá ingresar en la Academia. Además, venganza que le ensancha el corazón, compra cuadros a los pintores famosos cuando se hallan necesitados, y va

sustituyendo los engendros de la galería de Ville-d'Avray por auténticas obras maestras, que no son pintadas por él.

Existen mediocridades mucho más fastidiosas y de mucha peor mala fe que Pedro Grassou, el cual es, por otra parte, un mecenas anónimo, y un hombre de intachable conducta.

París, diciembre de 1839.



UN HOMBRE DE NEGOCIOS



UN HOMBRE DE NEGOCIOS

*Al señor barón James de Rothschild,
cónsul general de Austria en París,
banquero.*

Loreta^[8] es un vocablo discreto inventado para expresar el estado de una muchacha, o la muchacha de un estado difícil de describir y que, en su pudor, la Academia Francesa ha olvidado definir, dada la edad de sus cuarenta miembros. Cuando un vocablo nuevo sirve para designar a un fenómeno social que no podría expresarse sin perífrasis, el éxito del mismo está garantizado. Así *la loreta* se puede localizar en cualquier clase social. El vocablo no fue inventado hasta 1840, y su origen probablemente está relacionado con la aglomeración de nidos de golondrinas en torno a la iglesia dedicada a Nuestra Señora de Loreto. Esto no se escribe más que para los etimologistas, señores que no se sentirían tan embarazados si los escritores de la Edad Media hubiesen tenido cuidado en detallar las costumbres, tal como lo hacemos en estos tiempos de análisis y descripción. La señorita Turquet, o Málaga, ya que es mucho más conocida por este nombre de guerra (véase *La falsa amante*), es una de las primeras feligresas de esta encantadora iglesia. Esta muchacha alegre y espiritual, no poseyendo más que su belleza por fortuna, se dedicaba, en el momento en que se inicia esta historia se cuenta, a proporcionar felicidad a un notario que tenía por esposa a una mujer tan excesivamente devota, rígida y seca, que resultaba harto difícil que pudiera proporcionar la felicidad conyugal. Así, cierto día de Carnaval, el notario Cardot había invitado a una velada en el apartamento de la señorita Turquet a Desroches, el abogado, Bixiou, el caricaturista, Lousteau el folletinista y Nathan, cuyos nombres, ilustrados en *La Comedia Humana*, hacen superfluo todo nuevo retrato. El joven La Palferina, a pesar de su título de antiguo conde roquero, roca sin filón alguno de metal, ¡ay!, había honrado con su presencia el domicilio ilegal del notario. Si no se cena en casa de una *loreta* el buey patriarcal, el magro pollo de la mesa conyugal y la ensalada de familia, tampoco se sostienen las hipócritas conversaciones que son habituales en un salón ornado de virtudes burguesas. ¡Ah!, ¿cuándo serán atractivas las buenas costumbres? ¿Cuándo las mujeres del gran mundo mostrarán menos sus hombros y un poco más de sencillez y de ingenio? Margarita Turquet, la Aspasia del Circo Olímpico, es una de esas naturalezas francas y vivas a las que se perdona todo a causa de su candor en los deslices y de su sinceridad en el arrepentimiento; a quien se le dice, como Cardot, bastante espiritual, aunque notario: «¡Engáñame bien!». No creáis, sin embargo, en enormidades. Desroches y Cardot eran de demasiada buena pasta y harto envejecidos en el oficio como para no hallarse en plano de igualdad con Bixiou, Lousteau, Nathan y el joven conde. Y estos caballeros, habiendo tenido que recurrir a menudo a los dos oficiales

ministeriales, los conocían demasiado como para chancearse de ellos. La conversación, perfumada por los aromas de siete cigarros, caprichosa al comienzo como una cabra en libertad, se centró sobre la estrategia que crea en París la incesante batalla que se libra entre los acreedores y los deudores. Ahora bien, si os dignáis acordaros de la vida y los antecedentes de los invitados, difícilmente habríais hallado en París gentes más instruidas en esta materia: los unos expertos, los otros artistas, semejaban a magistrados riendo con justiciables.

Una serie de dibujos hechos por Bixiou sobre Clichy habían sido la causa del giro tomado por la conversación. Era medianoche. Estos personajes, diversamente agrupados en el salón, en torno a una mesa ante el fuego, se entregaban a acusaciones que no solamente no son comprensibles y posibles más que en París, sino que además no se hacen ni pueden ser comprendidas fuera de la línea que señala los límites del barrio de Montmartre y por la calle de la Chaussée-d'Antin, entre la calle de Navarin y la línea de los bulevares.

En diez minutos fueron agotadas todas las reflexiones profundas, la moral, social e individual, y todos los dicharachos concernientes al tema objeto de debate, que, por otra parte, ya Rabelais, en 1500, se había preocupado de agotar. No es mérito despreciable poner fin a todos estos fuegos artificiales rematándolos con un último cohete disparado por Málaga al pronunciar la frase:

—Todo eso va en provecho de los zapateros. He dejado a mía modista que me había fallado en la entrega de dos sombreros. La cascarrabias ha venido veintisiete veces a pedirme veinte francos. No sabía que nosotras no tenemos nunca veinte francos. Se tienen mil, se envía a buscar quinientos a casa del notario; pero veinte francos, jamás los he tenido. Mi cocinera o mi camarera, entre las dos, acaso los tengan. Yo no tengo sino crédito, y lo perdería pidiendo prestados veinte francos. Si pidiera veinte francos, nada me distinguiría ya de mis *cofrades* que se pasean por el bulevar.

—¿Ha sido pagada la modista? —dijo La Palferine.

—¡Vaya!, ¿es que os habéis vuelto tonto? —respondió ella, guiñándole un ojo—. Esta mañana ha venido por vigesimoséptima vez y es por ello por lo que se me ocurre comentarlo.

—¿Cómo os las habéis apañado? —dijo Desroches.

—He tenido compasión de ella... y le he encargado el sombrerito que he acabado de inventar para salir de la rutina vulgar. Si la señorita Amanda lo logra, no me pedirá ya nada más; habrá alcanzado su fortuna.

—Es lo más extraordinario que he podido observar en este género de lucha —dijo el abogado Desroches—. Describe, en mi opinión, París para todas aquellas personas que participan en ella, mucho mejor que todos los cuadros en los que se le representa siempre adornado por la fantasía. Vosotros creéis ser muy fuertes —añadió mirando a Nathan, Lousteau, Bixiou y La Palferine—, pero el rey, en este terreno, no es otro sino cierto conde que en la actualidad se ocupa de establecerse y que en su tiempo

pasó por ser el más hábil, el más diestro, el más astuto, el más audaz, el más sutil, el más firme y el más previsor de todos los corsarios de guante amarillo que en cabriolé y con bellos modales, navegaron, navegan y navegarán por el borrascoso mar de París. Sin fe ni ley, su política privada ha estado dirigida por los principios que rigen la del Gobierno inglés. Hasta su casamiento, su vida fue una guerra continua como la de... Lousteau. Yo fui, y sigo siendo aún, su abogado.

—Y la primera letra de su nombre es Máximo de Trailles —dijo La Palferine.

—Por lo demás lo ha pagado todo y no ha causado perjuicio a nadie —prosiguió Desroches—. Pero, como decía hace un momento nuestro amigo Bixiou, pagar en marzo lo que no se quiere pagar sino en octubre es un atentado a la libertad individual. En virtud de un artículo de su código particular, Máximo consideraba como una estafa la añagaza que uno de sus acreedores empleaba para cobrar inmediatamente. Desde hacía tiempo la letra de cambio había sido comprendida por él en todas sus consecuencias, inmediatas y mediatas. Un joven denominó, en mi bufete y en su presencia, a la letra de cambio *el puente de los asnos*^[9]. «No —dijo él—, es el puente de los suspiros, al que no se vuelve». Su ciencia en cuestiones de jurisprudencia comercial era tan completa, que un catedrático no le hubiera enseñado nada. Ya sabéis que entonces no poseía nada; su coche y sus caballos eran de alquiler; vivía en casa de su ayuda de cámara, para quien, según se dice, será siempre un gran hombre, hasta después del casamiento que quiere hacer. Miembro de tres clubs, cenaba en ellos cuando no tenía ninguna invitación fuera. Generalmente, utilizaba muy poco su domicilio...

—A mí me dijo —exclamó La Palferine interrumpiendo a Desroches—: «Mi sola fatuidad es la de pretender que habito en la calle Pigalle».

—He aquí un magnífico ejemplar de combatiente —prosiguió Desroches—. Y ahora veamos al otro. Todos habéis oído hablar más o menos de un tal Claparon.

—Tenía el cabello así —exclamó Bixiou, revolviendo su pelo. Y dotado del mismo talento que Chopin, el pianista, posee en tal alto grado para imitar a las personas, parodió al punto al personaje con tremendo verismo—. Mueve así la cabeza al hablar; ha sido viajante de comercio, ha desempeñado todas las profesiones sociales...

—Pues sí, ha nacido para viajar, y ahora mismo se encuentra rumbo a América. Sólo allí tiene una oportunidad, pues probablemente será condenado por contumacia, por quiebra fraudulenta, en la próxima sesión de la Audiencia.

—¡Hombre al agua! —exclamó Málaga.

—Ese Claparon —prosiguió Desroches— fue por espacio de seis a siete años el parachoques, el hombre de paja, la cabeza de turco de nuestros amigos Du Tillet y Nucingen; pero en 1829 era tan conocido su papel, que...

—Nuestros amigos lo han abandonado —observó Bixiou.

—Sí, lo entregaron a su destino —siguió Desroches—. Y rodó por el fango. En 1833 se había asociado para hacer negocios con un tal Cerizet.

—¡Cómo! ¿El mismo que en sus empresas comanditarias creó una tan sabiamente combinada que la sala sexta le ha fulminado con dos años de prisión? —preguntó la loreta.

—El mismo que viste y calza —respondió Desroches—. Bajo la Restauración, el oficio de ese Cerizet consistió, de 1823 a 1827, en firmar artículos agresivos que, perseguidos con encarnizamiento por el ministerio público, lo hacían andar rodando de cárcel en cárcel. Un hombre se hacía ilustre entonces por poco precio. El partido liberal denominó a su campeón departamental *El valeroso Cerizet*. Tal celo fue recompensado, hacia 1828, con el *interés general*. El interés general era una especie de corona cívica otorgada por los periódicos. Cerizet quiso negociar el *interés general* y vino a París, donde, bajo el patrocinio de los banqueros de la izquierda, estableció una agencia de negocios, entreverada en operaciones bancarías, y con fondos prestados por un hombre que se había proscrito a sí mismo, un jugador demasiado hábil, cuyos fondos, en julio de 1830, han naufragado en compañía de la nave estatal.

—¡Eh! ¡Es lo que nosotros habíamos denominado el Método de las cartas!... —exclamó Bixiou^[10].

—No habléis mal de ese pobre muchacho —exclamó Málaga—. D'Estourny era un buen chico.

—Comprenderéis el papel que debía desempeñar en 1830 un hombre arrumado que, políticamente hablando, se llamaba el valeroso Cerizet... Fue enviado a una muy agradable subprefectura —siguió diciendo Desroches—. Desgraciadamente para Cerizet, el poder no tiene tanta ingenuidad como los partidos, los cuales, durante la lucha, todo lo convierten en proyectil. Así, se vio obligado a presentar su dimisión al cabo de tres meses de ejercer su cargo. ¡Ojalá no se le hubiera antojado nunca convertirse en figura popular! Mas como no había hecho todavía nada digno de hacerle perder su título nobiliario (¡el valeroso Cerizet!), el Gobierno le propuso, como indemnización, el puesto de gerente de un periódico de la oposición, que sería ministerial *in petto*. Así, pues, fue el Gobierno quien desnaturalizó aquel hermoso carácter. Cerizet, sintiéndose en su gerencia como un ave sobre una rama podrida, se lanzó a aquella donosa empresa, en la que el desgraciado ha atrapado, como acabáis de decir, dos años de prisión, allí donde otros, más hábiles, han atrapado el éxito público.

—Conocemos a los más hábiles —dijo Bixiou—. No denigremos a ese pobre muchacho... Ya está cazado. ¡Dejarse caer en el garlito! ¡Quién lo hubiese creído!

—Cerizet —prosiguió Desroches— es, por lo demás, un hombre innoble, a quien los reveses de un libertinaje de baja estofa han desfigurado. ¡Volvamos al duelo prometido! Jamás dos industriales de peor especie, de más depravadas costumbres, de más vil manera de ser se asociaron para hacer un comercio tan sucio. Como fondos para gastos ordinarios contaban con esa especie de jerga que proporciona el conocimiento de París, la audacia que depara la miseria, la astucia que procura el

hábito en los negocios y la ciencia que otorga la memoria de las fortunas parisienses, su origen, sus entroncamientos y el trato y los valores intrínsecos de cada cual. Esta asociación de los dos *carotas*^[11], excusadme el apelativo, pues es el único adecuado, en la jerga de la Bolsa, para definirlos, fue de corta duración. Como dos perros hambrientos, se pelearon por cada carroña. Las primeras especulaciones de la casa Cerizet y Claparon fueron, sin embargo, bastante bien pensadas. Los dos bribones se conchabaron con los Barbet, los Chaboisseau, los Samanon y otros usureros, a quienes compraron créditos desesperados. La agencia Chaparon tenía a la sazón su sede en un pequeño entresuelo de la calle Chabannais, compuesto de cinco piezas y cuyo alquiler no costaba más de setecientos francos. Cada asociado dormía en una habitacioncilla que se hallaba tan cuidadosamente cerrada, por prudencia, que mi pasante principal jamás pudo penetrar en ninguna de ellas. Las oficinas se componían de una antesala y de un despacho cuyos muebles no habrían producido trescientos francos al negociado de peritos-tasadores. Conocéis lo bastante París como para suponeros el aspecto de las dos piezas oficiales: sillas forradas de crin, una mesa tapizada de paño verde, un reloj de péndulo, de pacotilla, entre dos blandones bajo vidrio, que se aburrían ante un pequeño espejo de marco dorado, sobre una chimenea cuyos tizones, según mi pasante principal, databan de dos inviernos. En cuanto al despacho, ya lo adivináis: muchos más cartapacios que negocios..., una carpeta vulgar para cada asociado, y luego, en medio, el escritorio de rodillo, vacío como la caja, y dos butacas labradas a cada lado de una chimenea que funcionaba con carbón de hulla. Sobre el suelo enlosado se extendía una alfombra de ocasión, como los créditos. Y, finalmente, se veía ese mueble de adorno, de caoba, que se vende en nuestros establecimientos, desde hace cincuenta años, transmitiéndose de uno a otro sucesor. Ya conocéis ahora a cada uno de los dos adversarios. Ahora bien, durante los tres primeros meses de su asociación, liquidada a puñetazo limpio al cabo de siete, Cerizet y Claparon compraron dos mil francos de efectos firmados por Máximo (aquí Máximo entra en el ajo) y atestados de dos expedientes (juicio, apelación, fallo, ejecución, interdicto); en una palabra, un crédito de tres mil doscientos francos y céntimos, que obtuvieron por quinientos francos en un traspaso bajo firma privada, con procura especial para actuar, a fin de evitar los gastos... Por aquel tiempo, Máximo, ya de edad madura, tuvo uno de esos caprichos particulares en los quincuagenarios...

—¡Antonia! —exclamó La Palferine—. ¡Esa Antonia que ha labrado su fortuna gracias a una carta en la que se le reclamaba un cepillo de dientes!

—Su verdadero nombre es Chocardelle —dijo Málaga, a la que molestaba aquel nombre presuntuoso.

—Exacto —afirmó Bixiou.

—Máximo no ha cometido más que esa falta en toda su vida... Mas, ¡qué queréis!, el vicio no es perfecto —dijo Bixiou.

—Máximo —continuó Desroches— ignoraba aún la vida a que conduce una

jovencita de dieciocho años que quiere lanzarse de cabeza desde su honrada buhardilla para caer en un suntuoso carruaje, y los hombres de Estado deben saberlo todo. En aquella época, De Marsay acababa de emplear a su amigo, nuestro amigo, en la alta comedia de la política. Hombre de grandes conquistas amorosas, Máximo no había conocido sino mujeres de título; y, a los cincuenta años, bien tenía el derecho de morder en una pequeña fruta supuestamente silvestre, al igual que un cazador que hace un alto en el campo bajo un manzano. El conde halló para la señorita Chocardelle un gabinete literario bastante elegante, una ocasión, como siempre...

—¡Bah!, ella no se quedó seis meses —dijo Nathan—. Era demasiado guapa para llevar un gabinete literario.

—¿Serías tú el padre de su hijo?... —preguntó la *loreta*.

—Cierta mañana —prosiguió Desroches—, Cerizet, que después de la compra del crédito sobre Máximo había llegado gradualmente a ser primer pasante de escribano, fue introducido, tras siete inútiles tentativas, en casa del conde. Suzon, el viejo ayuda de cámara, había acabado por tomarlo por un solicitante que venía a proponer mil escudos a Máximo, caso de que éste tuviera la complacencia de conseguir para una joven dama una expendeduría de papel timbrado. Suzon, sin desconfiar lo más mínimo de aquel pequeño bribón, un verdadero pilluelo de París prudentemente disciplinado por sus condenas en la policía correccional, hizo que su amo lo recibiera. Ved al hombre de negocios, de mirada turbia, de escasos cabellos, frente desguarnecida, de redingote seco y negro, botas cazcarrientas...

—¡La imagen viva del dios Crédito! —exclamó Lousteau.

—... ante el conde (la imagen de la deuda insolente) —prosiguió Desroches— en batín de franela azul, zapatillas bordadas por alguna marquesa, calzón de lana blanca, teniendo sobre el cabello un magnífico birrete, mostrando una deslumbrante camisa y jugando con las borlas de su cinturón...

—Es un cuadro de género —dijo Nathan— para quien conoce el lindo saloncito de espera donde Máximo desayuna, lleno de lienzos de gran valor, tapizado de seda, por el que se camina sobre un tapiz de Esmirna, donde vitrinas repletas de curiosidades, despiertan admiración rarezas que provocarían la envidia del rey de Sajonia...

—Veamos ahora cómo se desarrolla la escena —dijo Desroches.

Pronunciadas estas palabras, un silencio profundo envolvió al reducido auditorio.

“—Señor conde —dijo Cerizet—, he sido enviado por el señor Charles Claparon, antiguo banquero.

»—¡Ah!, ¿qué es lo que desea de mí el pobre diablo?

»—Pues se ha convertido en vuestro acreedor por una suma de tres mil doscientos francos con setenta y cinco céntimos, en capital, intereses y gastos...

»—El crédito Coutelier —observó Máximo—, que conocía sus asuntos como el navegante su costa.

»—En efecto, señor conde —corroboró Cerizet inclinándose—. He venido a

informarme sobre vuestras intenciones al respecto...

»—No pagaré ese crédito sino a mi antojo —respondió con tajante displicencia Máximo, tocando la campanilla para hacer venir a Suzon—. ¡Ese Claparon —añadió— es bien osado en comprar un crédito sobre mí sin consultarme! Lo siento por él, que durante tanto tiempo se ha portado tan bien como *hombre de paja* de mis amigos. Yo decía de él: “Verdaderamente, hace falta ser imbécil para servir, con tan pocas garantías y tanta fidelidad, a hombres que se atiborran de millones”. Pues bien, ahí me da la prueba de su imbecilidad... Sí, cada hombre tiene la suerte que merece: uno se ciñe una corona o una cadena, se es millonario o portero, y todo es justo. ¡Qué queréis, querido! Yo no soy rey, me atengo a mis principios. Soy despiadado para quienes me causan dispendios o que no saben su oficio de acreedores... ¡Suzon, mi té!... ¿Lo veis, señor? —dijo al ayuda de cámara—. Te has dejado atrapar, ¡mi pobre viejo! El caballero es un acreedor; deberías haberlo reconocido en sus botas. Ni mis amigos, ni los indiferentes que tienen necesidad de mí, ni mis enemigos, vendrían a verme a pie... Mi querido señor Cerizet, ¿comprendéis? No os limpiaréis vuestras botas en mi alfombra —dijo mirando el barro que blanqueaba las suelas de su adversario—. Daréis mi más sentido pésame a ese pobre papanatas de Claparon, pues voy a archivar este asunto en la Z.

»Todo ello lo dijo con un tono de campechanía que habría producido un cólico a un virtuoso burgués.

»—Hacéis mal, señor conde —respondió Cerizet, adoptando un tonillo perentorio—. Seremos pagados íntegramente y de una manera que podría contrariaros. Por ello venía amistosamente a vos, como es obligado entre personas bien educadas...

»—¡Ah!, ¿usted lo entiende así?... —replicó Máximo, a quien esta última pretensión de Cerizet encolerizó.

»En su insolencia había un espíritu a lo Talleyrand, si habéis captado bien el contraste existente entre las dos vestimentas y de los dos hombres. Máximo frunció el entrecejo y detuvo su mirada sobre Cerizet, quien no sólo sostuvo aquel rayo de ira fría, sino que hasta se permitió responder por la glacial malicia que destilan los ojos de una gata.

»—Pues bien, señor, salid...

»—Pues bien, ¡adiós, señor conde! Antes de seis meses estaremos en paz.

»—Si podéis *robarme* el montante de vuestro crédito, que, lo reconozco, es legítimo, os quedaré agradecido, señor —respondió Máximo—, pues me habréis enseñado alguna nueva precaución a tomar... Bien, quedo vuestro servidor.

»—Señor conde —dijo Cerizet—, soy yo el vuestro».

—Fue claro, lleno de fuerza y de seguridad por ambas partes —terminó el narrador—. Dos tigres que se consultan antes de batirse, ante una presa, no serían más magníficos ni más astutos que lo fueron en esa ocasión aquellas dos naturalezas tan taimadas, una en su impertinente elegancia, y la otra bajo su arnés de fango. ¿Por quién apostáis?... —dijo Desroches a su auditorio, al que miró sorprendido de verlo

tan interesado.

—¡La historia se las trae...! —dijo Málaga—. Os lo ruego, seguid, querido; me tiene el alma en un hilo.

—Entre dos *perros* de esa fuerza no debe pasar nada vulgar —observó La Palferine.

—¡Bah!, apuesto la cuenta de mi carpintero a que ese pequeño sapo ha hundido a Máximo —exclamó Málaga.

—Yo apuesto por Máximo —dijo Cardot—. No se le ha cogido nunca desprevenido.

Desroches hizo una pausa ingurgitando el contenido de un vaso que le ofreció la *loreta*.

—El gabinete de lectura de la señorita Chocardelle —prosiguió Desroches— estaba situado en la calle Coquenard, a dos pasos de la calle Pigalle, donde residía Máximo. Dicha señorita ocupaba un pequeño apartamento que daba sobre un jardín, separado de su comercio por una gran pieza oscura en la que se almacenaban los libros. Antonia había puesto como encargada del gabinete a su tía.

—¿Tenía ya una tía?... —exclamó Málaga—. ¡Diablo, Máximo hacía bien las cosas!

—Era, ¡ay!, su verdadera tía —dijo Desroches—, llamada... Esperad...

—Ida Bonamy —apuntó Bixiou.

—Así, pues, Antonia —prosiguió Desroches—, desembarazada de muchas preocupaciones gracias a esa tía, se levantaba tarde, se acostaba más tarde aún y no aparecía por su establecimiento sino de dos a cuatro. Desde los primeros días, su presencia había bastado para atraer clientela a su salón de lectura: acudieron muchos viejos del barrio, entre ellos un antiguo carrocerero llamado Croizeau. Tras haber visto aquel milagro de belleza femenina a través de los cristales, el antiguo carrocerero tomó por costumbre leer los periódicos todos los días en aquel salón, siendo imitado por un antiguo director de aduanas, llamado Denisart, hombre condecorado, en quien Croizeau quiso ver un rival y a quien más tarde dijo:

»—¡Señor, bien que me habéis dado que roer!

»Esta frase debe haceros entrever la calidad del personaje. El tal Croizeau pertenecía a ese género de viejecitos que, después de Henry Monnier, se había de denominar “la especie Coquerel”, y que él ha representado tan fielmente imitando la vocecilla, los nimios modales, la mirada de polvorilla, los pasitos cortos, los pequeños movimientos de la cabeza y el tonillo de voz seco, en su papel de Coquerel, de *La familia improvisada*. Este Croizeau decía: “¡He aquí, bella dama!”, entregando sus dos sueldos a Antonia con gesto pretensioso. La señora Ida Bonamy, tía de la señorita; Chocardelle, no tardó en saber por la cocinera que el antiguo carrocerero, hombre de tacañería excesiva, estaba tasado en cuarenta mil francos de renta en el barrio en que vivía, en la calle de Buffault. Ocho días después de la instalación de la bella alquiladora de novelas desembuchó este retruécano:

»—Vos me prestáis libros, pero yo os daré muchos francos...

»Y algunos días más tarde adoptó un airecillo confidencial para decir:

»—Ya sé que estáis ocupada, pero mi día llegará: soy viudo.

»Croizeau se mostraba siempre bien vestido, con buenas camisas, una levita azul barbo, chaleco de piel de seda, pantalón negro y zapatos de doble suela, anudados con lazos de seda negra y crujientes como los de un abate.

Tenía siempre en la mano su sombrero también de seda, de catorce francos.

»—Soy viejo y sin hijos —confió a la joven algunos días después de la visita de Cerizet al domicilio de Máximo—. Me horrorizan mis parientes colaterales...; no son más que campesinos únicamente aptos para labrar la tierra. Figuraos que yo vine de mi pueblo con seis francos y que he hecho mi fortuna aquí. No soy noble... Una mujer bonita me igualaría. ¿No vale más ser señora Croizeau durante algún tiempo que la esclava de un conde durante un año?... Un día u otro seréis abandonada. Y entonces pensaréis en mí... ¡Vuestro servidor, bella dama!

»Todo esto cocía a fuego lento, sordamente. La más leve galantería se decía a escondidas. Nadie en el mundo sabía que aquel pulcro viejecito amaba a Antonia, ya que el prudente comedimiento de aquel enamorado en el salón de lectura no habría despertado la más leve sospecha en su rival. Croizeau desconfió durante dos meses del director de aduanas retirado. Pero, mediado el tercer mes, hubo de reconocer cuán mal fundadas estaban sus sospechas. Se las ingenió para flanquear a Denisart, y aprovechando un momento propicio dijo:

»—¡Buen día el de hoy, señor!

»A lo que el antiguo funcionario respondió:

»—El mismo de Austerlitz, señor; yo estuve... y hasta fui herido; mi cruz proviene de mi comportamiento en aquella gloriosa jornada...

«Y así, poco a poco, pegando la hebra y desliando la lengua, fue estableciéndose una relación entre aquellos cascajos del Imperio. El pequeño Croizeau tenía apego al Imperio por haber sido carroceros de las hermanas de Napoleón y haberlas atormentado a menudo con sus facturas. Así, pues, se ufanaba *de haber tenido relaciones con la familia imperial*. Máximo, informado por Antonia de las proposiciones que se permitía el *agradable viejo*, tal fue el sobrenombre dado por la tía al rentista, sintió deseos de verlo. La declaración de guerra de Cerizet había tenido la propiedad de hacerle estudiar su posición sobre el tablero, observando las menores piezas. Ahora bien, a propósito de aquel agradable viejo, recibió en el entendimiento esa especie de campanillazo que presagia una desgracia. Una tarde, Máximo se situó en el segundo salón oscuro, en tomo del cual estaban dispuestos los estantes de la biblioteca. Tras haber examinado por una rendija, entre dos cortinones verdes, a los siete u ocho habituales del salón, calibró con una mirada el alma del pequeño carroceros; valoró la pasión, y quedóse muy satisfecho de saber que en el momento en que cesara su capricho personal, a una orden suya, un suntuoso porvenir abriría sus barnizadas puertas para dar paso a Antonia.

»—Y ese otro —dijo señalando al robusto y hermoso viejo condecorado con la Legión de Honor—, ¿quién es?

»—Un antiguo director de aduanas.

»—Es de una silueta inquietante —manifestó Máximo, examinando el porte del tal Denisart.

»En efecto, aquel antiguo militar se mantenía derecho como un campanario; llamaba la atención su cabeza por una cabellera empolvada y untada de pomada, casi parecida a la de los *postillones* en el baile de máscaras. Bajo esta especie de fieltro moldeado sobre una cabeza oblonga se dibujaba un viejo rostro, administrativo y militar a la vez, de aire altanero, muy parecido al que la caricatura ha prestado al *Constitucional*. Este antiguo administrador empolvado, que no leía nada sin gafas, exhibía su respetable abdomen con todo el orgullo de un viejo con querida, y llevaba en las orejas argollas de oro que recordaban las del anciano general Montcomet, el habitual del Vaudeville. Denisart tenía cariño por el color azul: tanto su pantalón como su viejo redingote, muy amplios ambos, eran de paño azul.

»—¿Desde cuándo acude ese viejo? —preguntó Máximo, a quien las gafas le parecieron de sospechoso porte.

»—¡Oh, desde el principio! —respondió Antonia—. Ya hará pronto dos meses...

»—Bueno, Cerizet, no ha aparecido sino hace un mes —se dijo Máximo para sus adentros. Y luego añadió al oído de Antonia—: Hazle hablar, quiero oír su voz.

»—¡Bah! —respondió ella—. Será difícil; no me dice nunca nada.

»—¿Por qué viene entonces?

»—Por una razón chusca —replicó la bella Antonia—, pues tiene una pasión a pesar de sus sesenta y nueve años; pero a causa de los mismos está regulado como un cuadrante. Ese buen hombre va a cenar a casa de su pasión, calle de la Victoria, a las cinco, todos los días... ¡Vaya desgraciada! Luego sale a las seis, y viene aquí durante cuatro horas a leer todos los periódicos, volviendo a las diez a casita. El papá Croizeau dice que conoce los motivos de la conducta del señor Denisart, y la aprueba; y, en su lugar, obraría lo mismo. ¡Así, pues, ya conozco mi porvenir! Si el día de mañana me convierto en señora Croizeau, estaré libre desde las seis a las diez.

»Máximo consultó el *Almanaque de las 25 000 direcciones* y halló este renglón tranquilizador:

»Denisart (Cruz de la Legión de Honor), antiguo director de aduanas, calle de la Victoria.

»Con lo cual su inquietud se disipó. Insensiblemente, entre el señor Denisart y el señor Croizeau se deslizaron algunas confidencias. Nada une más a los hombres que cierta concordancia de opiniones en materia de mujeres. El papá Croizeau cenó en casa de la que denominaba *la bella del señor Denisart*. Aquí debo intercalar una observación bastante importante. El gabinete de lectura había sido pagado mitad al contado y mitad en pagarés firmados por la mentada señorita Chocardelle. Llegado el momento del pago, el conde se encontró sin dinero. Ahora bien, el primero de los tres

pagarés de mil francos fue íntegramente abonado por el agradable carrocerero, a quien el viejo perverso de Denisart aconsejó que asegurara su préstamo con una opción preferente al gabinete de lectura.

»—¡Yo —dijo Denisart— las he visto buenas con las bellas!... Así, en todos los casos, hasta cuando he perdido la cabeza, tomo siempre mis precauciones con las mujeres. Esa criatura, por la que estoy loco, no tiene ni los muebles, que son míos...; hallándose por lo demás a mi nombre el alquiler del apartamento.

—Ya conocéis a Máximo —prosiguió Desroches—. ¡Encontraba al carrocerero muy joven! Croizeau podía pagar los tres mil francos sin tocar nada por mucho tiempo, ya que Máximo se sentía más loco que nunca por Antonia...

—¡Bien que lo creo! —dijo La Palferine—. Es la bella Imperia de la Edad Media.

—¡Una mujer que tiene la piel basta! —exclamó la *loreta*—. Y tan basta, que se arruina con baños de salvado.

—Croizeau —continuó Desroches— hablaba, con admiración de carrocerero, del suntuoso mobiliario que Denisart había puesto por cuadro a su bella, describiéndolo con satánica complacencia a la ambiciosa Antonia. Había armarios antiguos de ébano con incrustaciones de nácar y filetes de oro, tapices y alfombras de Bélgica, una cama medieval de un valor de mil escudos y un reloj de Boulle; luego, en el comedor, candelabros de cuatro brazos, cortinones de: seda de China, sobre los que la paciencia oriental había pintado aves, y cubre puertas montados sobre travesaño que valían más que los de los pies.

»—Eso es lo que precisaríais, bella dama..., y que yo desearía ofreceros... —decía como remate—. Ya sé que me amaréis poco más o menos; pero a mi edad se es razonable. Juzgad cuánto os amo yo, pues os he prestado mil francos. ¡Puedo confesaros que en mi vida he prestado eso!

»Y le tendió los dos sueldos de su sesión, con la importante gravedad que un sabio pone en una demostración.

»Por la noche, Antonia dijo al conde en los Varietés:

»—De todos modos, es bien aburrido un gabinete de lectura. No siento nada de gusto por ese estado, no veo en él ninguna probabilidad de fortuna. Sólo es propio para una viuda que quiere ir tirando, o para una muchacha atrocemente fea que cree poder atrapar a un hombre poniéndose unos cuantos trapos.

»—Eso es lo que me pediste —respondió el conde.

»En este momento, Nucingen, a quien la víspera el rey de los leones —ya que los “guante-amarillos” se habían convertido en leones— había ganado mil escudos, entró a pagárselos, y al ver el gesto de asombro de Máximo, le dijo:

»—He ressidido una impunassión a la demanda de ese deablo de Glabaron...

»—¡Ah, he ahí sus medios! —exclamó Máximo—. No son fuertes esos...

»—Es equal —dijo el *banquero*—. Pagatles, puess podrían dirquirse a otros que a mí, y causan perjuissio... Tomo por testigo a esta linda muquer, que os he pagato esta mañana, mucho antes de la impunassión...».

—Reina del trampolín —dijo La Palferine sonriendo—. Perderás...

—Hace tiempo sucedió —prosiguió Desroches— que en un caso parecido, pero en el que el demasiado honrado deudor, espantado de un dictamen de evasión a la justicia, no quiso pagar a Máximo, habíamos tratado a la baqueta al acreedor impugnante, haciendo dictar impugnaciones en masa, a fin de absorber la suma adeudada en costas de distribución a prorrata...

—¿Qué es eso? —exclamó Málaga—. Esas palabras suenan en mis oídos como una jerigonza. Ya que habéis hallado el esturión excelente, pagadme el valor de la salsa en lecciones de trampas legales.

—Pues bien —dijo Desroches—, la suma que uno de vuestros acreedores impugna en uno de vuestros deudores puede ser objeto de la misma impugnación en todos los demás acreedores. ¿Qué hace el tribunal con todos los acreedores que piden la autorización para cobrar?... Pues reparte legalmente entre todos la suma intervenida. Este reparto, hecho bajo el ojo de la justicia, se llama una contribución. Si debéis diez mil francos, y vuestros acreedores embargaron por impugnación mil, cada uno de ellos tiene un tanto por ciento de su crédito, en virtud de un reparto a prorrata de sus sumas; pero no cobran sino sobre una pieza legal llamada *extracto del estado de clasificación*, que libra el actuario del tribunal. ¿Adivináis el trabajo hecho por un juez y preparado por los abogados? Implica mucho papel timbrado lleno de líneas menguadas, difusas, en donde las cifras se hallan ahogadas en columnas de completa blancura. Se comienza por deducir las costas. Ahora bien, siendo éstas las mismas para una suma de mil francos embargados que para la de un millón, no es difícil, por ejemplo, necesitar mil escudos para pagarlas, sobre todo si se logra originar desavenencias.

—Un abogado da siempre en el clavo —dijo Cardot—. ¡Cuántas veces no me habrá preguntado uno de los vuestros!: «¿Qué hay para comer?».

—Se acierta, sobre todo —prosiguió Desroches—, cuando el deudor os obliga a invertir la suma adeudadas en costas. Así, los acreedores del conde no obtuvieron nada; se les hizo la liquidación por sus gestiones y visitas a los abogados. Para cobrar de un deudor tan diestro como el conde, un acreedor debe colocarse en una situación legal excesivamente difícil de establecer: se trata de ser a la vez su deudor y acreedor, pues entonces produce lo que, en términos legales, se denomina extinción de la deuda por confusión.

—¿Del deudor? —dijo la *loreta*, que prestaba un oído atento al discurso.

—No, de las dos calidades de acreedor y de deudor, y de cobrarse por su mano. La inocencia de Claparon, que no inventaba más que impugnaciones, tuvo, pues, el efecto de tranquilizar al conde. De vuelta con Antonia del teatro de Varietés, abundó tanto más en la idea de vender el gabinete literario para poder pagar los dos últimos miles de francos del precio, cuánto temía el ridículo de haber sido el capitalista de tal empresa. Adoptó, pues, el plan de Antonia, quien quería abordar la alta esfera de su profesión, poseer un magnífico apartamento, camarera, coche, y luchar con nuestra

bella anfitriona, por ejemplo...

—No tiene categoría suficiente para eso —exclamó la ilustre belleza del Circo—. Pero de todos modos ha sacado bien el jugo al pequeño D'Esgrignon...

—Diez días después —prosiguió Desroches— el mezquino Croizeau, encaramado en su dignidad, empleaba, poco más o menos, este lenguaje con la bella Antonia: «Muchacha, vuestro gabinete literario es un cuchitril; os apergaminaréis en él y el gas os echará a perder la vista; es necesario que salgáis de ese agujero, y ¡vaya!, aprovechemos la ocasión. Os he hallado una joven dama que no desea otra cosa sino compraros vuestro gabinete de lectura. Es una mujercita arruinada a la que no queda otro recurso sino echarse al agua; pero de todos modos dispone de cuatro mil francos contantes y sonantes, y vale más sacar de ellos un buen partido para poder alimentar y educar a dos pequeños...

»—Es usted en extremo amable, papá Croizeau —dijo Antonia.

»—¡Oh!, lo seré aún más en seguida —replicó el viejo carrocer—. Figuraos que ese pobre del señor Denisart tiene un pesar que le ha producido la ictericia... Así es, le ha atacado al hígado como a los viejos sensibles. Mal hecho en serlo tanto; ya se lo he dicho: “Está bien que seáis apasionado, pero sensible...; ¡alto ahí!, es la muerte...”. Verdaderamente no hubiese esperado una pena semejante en un hombre tan fuerte, tan instruido como para ausentarse durante su digestión de casa de...

»—¿Pero qué ha pasado...? —preguntó la señorita Chocardelle.

»—Que ese criatura en cuya casa cené le ha plantado sin más..., así, sin prevenirle más que por una carta carente de la menor ortografía.

»—Ya veis lo que pasa, papá Croizeau, por aburrir a las mujeres...

»—Es una lección, bella dama —continuó el melifluo Croizeau—. *Entretanto*, no he visto a ningún hombre con semejante desesperación. Nuestro amigo Denisart no distingue ya su mano izquierda de su derecha, no quiere ni ver lo que llama el teatro de su felicidad... Ha perdido el seso de tal modo, que me ha propuesto comprar por cuatro mil francos el mobiliario de Hortensia... Ella se llama Hortensia...

»—Bonito nombre —observó Antonia.

»—Sí, el mismo de la nuera de Napoleón..., a quien yo suministraba sus carruajes, como sabéis.

»—Bien, ya lo veré —dijo la fina Antonia—. Empezad por enviarme a vuestra joven...

»Antonia corrió a ver el mobiliario, volvió fascinada, y fascinó a Máximo por un entusiasmo de anticuario. La misma noche, el conde consintió en la venta del gabinete de lectura. El establecimiento, como supondréis, estaba a nombre de la señorita Chocardelle, Máximo se echó a reír del ruin Croizeau, que le proporcionaba un adquirente. La sociedad Máximo y Chocardelle perdía dos mil francos, verdad es; ¿mas qué era esta pérdida en presencia de cuatro billetes de mil francos?... Como me decía el conde: “¡Cuatro billetes de dinero vivito y coleando!... Hay momentos en que se firman pagarés de ocho mil para tenerlos!”... Bien, el conde fue a ver por sí

mismo, dos días después, el mobiliario, con los cuatro mil francos encima. La venta había sido realizada a instancia de Croizeau, quien echaba una mano; había *camelado*, según decía, a la viuda. Preocupándose poco de este agradable viejo que iba a perder sus mil francos, Máximo quiso hacer transportar inmediatamente todo el mobiliario a un apartamento alquilado a nombre de la señora Ida Bonamy, calle Trouchet, en una casa nueva. Tomó también la precaución de contratar varios carruajes grandes de mudanza. Máximo, fascinado por la belleza del mobiliario, que para uno del ramo hubiese valido seis mil francos, halló al desgraciado viejo, amarillo por la ictericia, en un rincón del fuego, con la cabeza envuelta en dos lienzos de algodón y rematada por un bonete, y arropado como un juez; abatido, sin habla, tan descalabrado en fin, que el conde se vio obligado a entenderse con un ayuda de cámara. Tras haber pagado los cuatro mil francos a éste, quien los entregó a su amo para que extendiese el correspondiente recibo, Máximo quiso ir a ordenar a sus transportistas que hicieran avanzar los carruajes; pero en aquel momento oyó una voz que resonó como una carraca a su oído diciéndole:

»—Es inútil, señor conde; ya estamos en paz; sólo tengo que devolveros seiscientos treinta francos con quince céntimos.

»Y quedóse todo espantado de ver a Cerizet salir de sus envolturas, como una mariposa de su larva, tendiéndole sus malditos expedientes, al par que le decía:

»—En mis desgracias he aprendido a representar la comedia, y valgo lo que Bouffé para desempeñar el papel de viejo.

»—¡Estoy en el bosque de Bondy^[12]! —clamó Máximo.

»—No, señor conde, estáis en casa de la señorita Hortensia, la amiga del viejo lord Dundley, que la oculta a todas las miradas; pero ella tiene el mal gusto de amar a vuestro servidor.

»—Si alguna vez —me dijo el conde— sentí deseos de matar a un hombre —añadió Desroches— fue en aquel instante; pero, ¡qué queréis!, Hortensia me mostraba su linda cara y me vi precisado a reír; para conservar, empero, mi superioridad, le dije, lanzándole los seiscientos francos: “Eso es para la muchacha”.

—¡Todo un rasgo de Máximo, de cabeza a pies! —exclamó La Palferine.

—Tanto más que era el dinero del mezquino Croizeau —observó el profundo Cardot.

—Máximo tuvo un triunfo —finalizó Desroches—, pues Hortensia exclamó: «¡Ah, sí hubiera sabido que eras tú...!».

—¡Vaya una confusión! —exclamó a su vez la *loreta*—. Has perdido, milord —dijo al notario.

Y así fue pagado el carpintero a quien Málaga debía cien escudos.

París, 1845.



UN PRÍNCIPE DE LA BOHEMIA



UN PRÍNCIPE DE LA BOHEMIA

A HEINE

Mi estimado Heine, a ti dedico este estudio, a ti, que representas en París el espíritu de la Poesía de Alemania, del mismo modo que en Alemania representas la viva y espiritual crítica francesa, a ti, que sabes mejor que nadie lo que puede haber aquí de crítica, de alegría, de amor y de verdad.

DE BALZAC

Mi querido amigo, dijo la señora de La Baudraye, sacando un manuscrito del respaldo de su confidente, perdóname que en la lamentable situación en que nos encontramos, haya aprovechado lo que me has explicado, para hacer con ello una novela.

—Cualquier cosa es aprovechable, en los tiempos que corremos; ¿no has podido comprobar que, faltos de imaginación, hay autores que no se recatan en manifestar públicamente las interioridades de su corazón, y del de sus amantes? Llegará el momento, querida mía, en que se irá en busca de aventuras menos por el placer de ser el héroe de ellas, que por el simple hecho de contarlas.

—En fin, tú y la marquesa de Rochefide habéis pagado nuestro alquiler y no creo, tal como van las cosas, que yo os pueda pagar alguna vez el vuestro.

—¡Quién puede saberlo! Quizá llegará para ti el momento de tener la misma buena suerte que ha tenido la señora de Rochefide.

—¿Crees que es realmente tener buena suerte regresar a la casa de su marido?

—No, no se trata de suerte, en este caso, sino de fortuna.

—¡Adelante!... Te escucho.

La señora de La Baudraye leyó lo que sigue.

La escena se desarrolla en la calle de Chartres du Roule, en un magnífico salón. Uno de los escritores más célebres de la época, está sentado en un confidente junto a una muy ilustre marquesa, con la cual sostiene lazos de íntima amistad, tal como los debe sostener un hombre distinguido con una mujer que le mantiene cerca de sí, menos como un suple-faltas que como un complaciente cortejador.

—Ah, bueno —dijo ella—, ¿has encontrado las cartas de las que me hablaste ayer, y sin las cuales no podías explicarme nada de lo que se refiere a él?

—Sí, las tengo.

—Pues tú tienes la palabra, voy a escucharte como un niño a quien su madre le contara el cuento del *Gran Serpentin Verde*.

—Entre todas las personas conocidas a las que tenemos la costumbre de llamar

amigos nuestros, figura el joven al que voy a referirme. Se trata de un gentilhomme, de un espíritu y un infortunio infinitos, lleno de buenísimas intenciones, de conversación encantadora, que aunque joven, ya ha visto mundo, y que forma parte, en espera de algo mejor, de *La Bohemia*. La Bohemia, a la que quizá sería mejor calificar de La Doctrina del Bulevard de los Italianos, la componen gran número de jóvenes, de más de veinte años de edad pero que sin llegar a la treintena, todos ellos geniales en su clase, poco conocidos todavía, pero que un día u otro lo serán, y cuando llegue ese momento, serán hombres muy distinguidos; se distinguen ya durante los días de carnaval, en el transcurso de los cuales descargan todo el exceso de alegría contenida en su alma, comprimida el resto del año, mediante bromas y diversiones más o menos droláticas. ¿En qué tiempos vivimos? ¿Qué absurdo poder tolera que se pierdan así energías inmensas? En desbaratar las pretensiones rusas, si se sintieran apoyados por el poderío de Francia. Y escritores, administrativos, militares, periodistas, artistas. En fin, todas las clases de capacidad e inteligencia están allí representadas. Es como un microcosmos. Si el emperador de Rusia estuviera dispuesto a desprenderse de veinte millones para comprar a la Bohemia en bloque, suponiendo a éste dispuesta a abandonar el asfalto de los *boulevards*, y la deportara a Odesa, al cabo de un año, Odesa se habría convertido en un segundo París. Habría la inútil flor que se deshoja, de esta admirable juventud francesa, buscada afanosamente por Napoleón y por Luis XIV, y abandonada desde hace treinta años por la gerontocracia, bajo cuyo gobierno todo se agosta en Francia, hermosa juventud de la cual no hace mucho tiempo, el profesor Tissot, persona poco sospechosa, decía: «Esta juventud, verdaderamente digna de él, el Emperador la empleaba en multitud de menesteres, en sus consejos, en la administración general, en negociaciones erizadas de dificultades o de peligros, en el gobierno de los territorios conquistados. ¡Y en todas y cada una de las misiones que se le confiaban, respondía plenamente a lo que se esperaba de ella! Los jóvenes eran para él, lo mismo que los *missi dominici* para Carlomagno». La misma palabra Bohemia, lo explica todo: no poseyendo nada, vive de lo que posee. Su religión, la Esperanza, su Código, la Fé en sí mismos; su presupuesto, la Caridad. Todos los jóvenes que la componen están muy por encima de su desdicha, muy por debajo de la fortuna, pero muy por encima de su destino. Siempre a caballo de su *si*, inteligentes como una revista especializada, y alegres como buenos deudores, beben tanto como deben. Y, finalmente, y es ahí a donde quería llegar, todos ellos están enamorados, ¿realmente enamorados?... Imagínate a Lovelace, a Enrique IV, al Regente, a Werther, a Saint-Preux, a Renato, al mariscal de Richelieu, reunidos todos en una sola persona, y podrás hacerte una leve idea de su amor. ¿Y qué clase de enamorados son? Eclécticos por excelencia en amor, saben servir una pasión tal como una mujer la desea; su corazón se parece a la minuta de un restaurante, y han puesto en práctica, sin saberlo, y quizá sin haberlo leído, el contenido del libro *Del Amor*, de Stendhal; poseen la sección del amor-deleite, la del amor-pasión, la del amor-capricho, la del amor-

cristalizado, y sobre todo, la del amor-pasajero. Para ellos, todo es aprovechable, y han ideado el siguiente burlesco axioma: *Todas las mujeres son iguales ante el hombre*. El texto de este artículo es mucho más fuerte; pero, como, según mi opinión, es falso en su espíritu, no lo expreso al pie de la letra.

Señora, mi amigo se llama Gabriel-Juan-Ana-Víctor-Benjamín-Jorge-Fernando-Carlos-Eduardo Rusticoli, conde de la Palferine. Los Rusticoli, que llegaron a Francia en tiempos de Catalina de Médicis, acababan de ser desposeídos de una mínima soberanía que tenían en la Toscana. Un poco parientes de los Este, se habían aliado a los Guisa. Mataron a muchos protestantes durante la Noche de San Bartolomé, y Carlos IX les concedió la heredad del condado de La Palferine, confiscado al duque de Saboya, y que Enrique IV rescató para sí pero dejándoles el título. Aquel gran rey cometió la tontería de devolver dicho feudo al duque de Saboya. En cambio, los condes de La Palferine, que antes de que los *Medicis* fueran ennoblecidos, ya llevaban en sus blasones *de plata con una cruz flordelisada de azur* (la cruz fue flordelisada por medio de cartas patentes de Carlos IX), *surmontados con una corona condal con dos campesinos por soportes*, y con la divisa «In hoc signo vincimus», consiguieron dos cargos de Corona y un Gobierno. Su mayor apogeo fue durante la época de los Valois, alcanzando su influencia hasta el casi-reinado de Richelieu; más tarde, fueron a menos en tiempo de Luis XIV, y completamente arruinados en el de Luis XV. El abuelo de mi amigo, devoró los restos de esta brillante casa con la señorita Laguerre, a la que puso de moda él, mucho antes de que lo hiciera Bouret. El padre de Carlos-Eduardo era, en 1799 un oficial sin ninguna fortuna, pero fue lo bastante inteligente, aunque ayudado por la Revolución, de revalorizar su apellido Rusticoli. Dicho padre, que, por otra parte, contrajo matrimonio durante las guerras de Italia con una ahijada de la condesa Albani, una Capponi, de allí el último nombre de pila de La Palferine, fue uno de los más brillantes coroneles del Ejército; el emperador le nombró comendador de la Legión de Honor, y le hizo conde. El coronel tenía una ligera desviación de la columna vertebral y su hijo decía, riendo, sobre esta circunstancia: *Fue un conde rehecho*.

El general conde Rusticoli, ya que fue ascendido a general de brigada en Ratisbona, murió en Viena, después de la batalla de Wagram, en la que fue nombrado general de división en el mismo campo de batalla. Su apellido, su educación italiana, y las cualidades de que estaba dotado, le habrían valido, tarde o temprano, el bastón de mariscal. En tiempos de la Restauración habría podido reconstruir el antiguo esplendor de la gran casa de La Palferine, brillante ya en el año 1100 con el apellido Rusticoli, ya que éstos, habían dado ya dos papas a la Iglesia y revolucionado por dos veces todo el Reino de Nápoles; finalmente, mantuvieron su esplendor en tiempos de los Valois, y se mostraron tan hábiles, que aunque los Palferine eran notorios partidarios de la Fronda, existían todavía bajo Luis XIV; Mazzarino les tenía franca simpatía, quizá por haber notado en ellos ciertos residuos de la Toscana. En nuestros días, si se nombra a Carlos-Eduardo de La Palferine, de cada cien personas no

existirán tres que sepan de qué casa se trata; pero los Borbones han dejado a un Foix-Grailly nacido de sus pinceles. ¡Ah, si supieras con qué elegancia Eduardo de La Palferine ha sabido adaptarse a esta posición oscura! ¡Cómo sabe burlarse de los burgueses de 1830, con qué gracia, con qué aticismo! Si la Bohemia pudiese sufrir el tener un rey, él sería el rey de la Bohemia. Su verbosidad es inagotable. A él se debe el mapa de Bohemia, y los nombres de los siete castillos que Nodier no pudo encontrar.

—Es ésta, dijo la marquesa, la única cosa que falta a una de las más espirituales bromas de nuestros tiempos.

—Algunas de las anécdotas de mi amigo La Palferine, te pondrán en situación de hacerte una idea de cómo es —continuó Nathan—. Una de ellas es la siguiente: La Palferine encuentra, en el boulevard, a uno de sus amigos, también pertenecientes a la Bohemia, discutiendo con un burgués que se consideraba ofendido. La Bohemia se muestra francamente insolente con el máximo poder de nuestros días. Se hablaba de batirse en duelo. —Un momento, dijo La Palferine mostrándose más Lauzun de lo que jamás fue Lauzun, un momento. ¿El señor tiene un apellido? —¿Cómo dice, caballero?, exclamó el burgués. —Sí, pregunto si tiene usted un apellido, ¿cómo se llama usted? —Godin. —¡Ah, Godin!, dijo el amigo de La Palferine—. Un momento, querido, dijo La Palferine deteniendo a su amigo, existen los Trigodin. ¿Pertenece usted a esta familia? (Estupefacción del burgués). ¿No? ¿Pertenece entonces usted a la familia de los nuevos duques de Gaeta? ¿A los duques de Gaeta de factura imperial? ¿No? ¡Ah!, perfectamente. Entonces, ¿cómo quiere usted que mi amigo, *que será* secretario de Embajada y embajador, y al que en un futuro más o menos próximo le deberá usted respeto y consideración, se bata con usted? ¡Godin, este apellido no existe, usted no es nada, señor Godin! Mi amigo no puede batirse con el aire. Cuando uno es algo, sólo puede batirse con alguien. ¡Vamos, señor mío, hasta la vista! Y mis respetuosos saludos para su esposa, añadió el amigo.

Otra: Un día, un amigo que paseaba con La Palferine arrojó la colilla de su cigarro a la nariz de un viandante. Éste tuvo el mal gusto de enfadarse. «Ha estado usted bajo el fuego de su adversario, dijo, el joven conde, y los testigos presenciales declaran que el honor ha quedado a salvo».

Otra más: Debía mil francos a su sastre, el cual, en vez de ir personalmente a cobrarlos, mandó una mañana a su primer oficial, a casa de La Palferine. El empleado encontró al desdichado deudor en un sexto piso, al fondo de un patio, en una calle de la parte alta del *faubourg de Roule*. En la habitación tenía por todo mobiliario una cama, pero, ¡qué cama!, y una mesa, ¡qué mesa!, La Palferine escucha la absurda exigencia, que, según nos dijo él, podía calificarse de ilícita, hecha a las siete horas de la mañana. «Ve a decir a tu dueño, respondió con el gesto y la actitud de Mirabeau, el estado en que me has encontrado». El empleado retrocede excusándose. La Palferine ve al muchacho en el rellano, se eleva en el aparato ilustrado por los versos de *Britannicus*, y le dice: «Fíjate en la escalera. Observa bien la escalera, para que no te

olvides de mencionar la escalera».

En cualquier situación en que haya sido colocado La Pelferine por el azar, jamás se ha dejado aplastar por la crisis, ni ha carecido de ingenio, ni se ha conducido con mala educación. Él fue el inventor de aquella deliciosa historieta sobre el amigo del banquero Laffitte que se dirigía a la oficina en la que se había abierto una *suscripción nacional* para conservar a dicho banquero la propiedad del hotel en el que se había fraguado la Revolución de 1830, diciendo: He aquí cinco francos, devuélveme cien sueldos. Apareció una caricatura sobre ella.

Tuvo la desgracia, como se diría en un acta de acusación, de convertir a una muchacha soltera, en madre. La muchacha, poco ingénuo, confiesa la falta a su madre, buena burguesa que corre a casa de La Palferine, preguntándole qué es lo que piensa hacer. «Señora, no puedo hacer nada, ya que no soy ni médico ni comadrona». La mujer huyó de allí, desesperada. Pero al cabo de tres o cuatro años, volvió a la carga, insistiendo, y preguntando a La Palferine qué era lo que pensaba hacer. «¡Oh, señora! Cuando el niño tenga siete años, edad en la cual los hijos pasan de las manos de la madre a las del padre... (gesto de asentimiento de la madre), si el niño es mío (gesto de la madre), si se parece a mí de manera indudable, si promete que en un futuro puede ser gentilhomme, si encuentro en él mi misma manera de ser, y sobre todo, el aspecto general de los Rusticoli, ¡oh!, entonces (nuevo gesto), entonces, por mi fe de gentilhomme, que le daré... un bastón de azúcar cande».

Todo esto, si me permites decirlo con el estilo empleado por el señor Sainte-Beuve en sus biografías de desconocidos, constituye el lado desenfadado, alegre, pero un algo ajado, de una raza fuerte. Esto huele más al Parc-aux-Cerfs que a la residencia de Rambouillet. No se trata ya de una raza de *amansados*, me inclino a la conclusión de que en sus actitudes existe un poco más de desvarío del que debiera encontrarse en naturalezas brillantes y generosas; pero es algo galante, al estilo de Richelieu, retozón, y quizás del siglo dieciocho; recorriendo el camino del tiempo hacia atrás, esto nos uniría más bien a los mosqueteros, a las actitudes que no gustan demasiado a un tipo como Champcenez; pero estas *veleidades* recuerdan los arabescos y los divertimentos de la antigua Corte de los Valois; creo que, en una época como la nuestra, deberíamos mostrarnos más duros con audacias de este género; aunque esto del bastón de azúcar cande puede demostrar a las muchachas los peligros que entrañan ciertas amistades, al comienzo llenas de ensueños, más amables que severas, rosadas y floridas, pero cuyo final suele ser imprevisible terminando en excesos desagradables, con la comisión de faltas irreparables, alcanzándose resultados excesivamente manifiestos. Esta última anécdota pinta de modo muy claro la inteligencia viva y despierta de La Palferine, ya que en ella hay la *media tinta* de que hablaba Pascal: es a la vez tierna e implacable; se muestra en ella como Epaminondas, grande en todos los sentidos, aún en los más extremos. Su frase final define, por otra parte, a toda una época: antiguamente no existían los comadrones. Así se explican todos los refinamientos de nuestra civilización actual por medio de

este rasgo de ingenio, que quedará como un modelo.

—¡Ah!, mi querido Nathan, ¿qué clase de galimatías me estás contando?, —preguntó la marquesa, extrañada por todo lo que oía.

—Señora marquesa, respondió Nathan, ignora usted el verdadero valor de estas preciosas frases, estoy hablando, como Sainte-Beuve, en una nueva forma del idioma francés. Pero prosigo. Un día, mientras se paseaba por el boulevard cogido del brazo con sus amigos. La Palferine vio venir hacia él al más feroz de sus acreedores, el cual le dijo: «Caballero, ¿ya piensa usted en mí? ¡Desde luego que no!», le respondió el conde. Observe lo difícil de su posición. Ya Talleyrand, en parecida circunstancia había respondido: «Es usted muy curioso, amigo mío». Se trataba, pues, de no imitar a aquel hombre inimitable. Generoso como Buckingham, siéndole insoportable el ser cogido de improviso, un día, no teniendo nada que dar a un deshollinador, el joven conde bucea en un tonel de uvas que había en la puerta de una tienda, llenando con ellas la gorra del pequeño saboyano, el cual se las come con fruición. El dueño de la tienda, al principio se rió de la jugarreta, y acabó tendiendo la mano a La Palferine. «¡Oh, señor, recuerde que lo que da su mano derecha debe ignorarlo su mano izquierda!». De valor aventurero, Carlos Eduardo ni busca ni evita ninguna situación difícil; posee un auténtico valor espiritual. Oyendo, en los pasillos de la Ópera, a un cierto personaje que hablaba de él en términos no muy halagüeños, le propina, al pasar, un fuerte codazo; después, vuelve sobre sus pasos y le da un segundo. —«No tiene usted cuidado, le dicen—. Por el contrario, he tenido muy mucho para hacer lo que he hecho». El personaje le da su tarjeta. «Está muy sucia, prosigue, la ha llevado demasiado tiempo en el bolsillo, tenga la amabilidad de darme otra», añade tirándola al suelo. Durante el duelo, recibe una estocada, el adversario quiere terminar el asunto al ver la sangre manar, y exclama: —«Está usted herido, caballero—. Niego que me haya tocado», responde nuestro héroe con la misma sangre fría que si se encontrase en una sala de armas, y replica con otra estocada a fondo, añadiendo: «¡He aquí la definitiva!». El contrincante tuvo que pasar seis meses en cama. Todo esto, manteniéndose continuamente dentro del estilo del señor de Sainte-Beuve, recordando el proceder de los *Refinados* y el elegante proceder de los buenos tiempos de la monarquía. Proceder un tanto descarriado pero que pone de manifiesto una risueña imaginación, propia únicamente de la verdadera juventud. No es el aterciopelado de la flor, sino la esperanza del grano pleno y fecundo, lo que pone a uno al abrigo de las necesidades invernales. ¿No consideras que estas cosas anuncian algo insaciado, inquieto, que no puede ser analizado ni descrito, pero que se comprende, y que se manifiesta como en forma de llamaradas altas y dispersas, si se presenta la ocasión? Son como la indolencia del claustro, como algo agrio, como algo que ha fermentado en la ociosidad aniquiladora de las fuerzas juveniles, como una tristeza vaga y oscura.

—¡Basta ya!, —exclamó la marquesa—, me estás dando una ducha escocesa en el cerebro.

—Debe ser el aburrimiento de las primeras horas de la tarde. Al estar sin ocupación, es preferible hacer algo malo, que no hacer nada. Y ello es cosa que sucede y ha sucedido siempre en Francia. La juventud, en estos momentos, presenta dos vertientes: la estudiosa de los *desconocidos* y la fogosa de los *apasionados*.

—¡Basta ya! —repitió la señora de Rochefide con gesto autoritario—, me estás crispando los nervios.

—Me apresuro, para terminar de describirte a La Palferine, a trasladarme a las regiones de la galantería, para hacerte comprender la singular idiosincrasia de este joven, que tan admirablemente representa a una buena parte de la juventud maliciosa, de esta juventud que es lo bastante fuerte para poderse reír de la situación en la que la coloca la ineptitud de los gobernantes, bastante calculadora para no hacer nada viendo la inutilidad del trabajo, suficientemente despierta para entregarse a los placeres, la única cosa que no le han podido despojar. Pero una política a la vez burguesa, mercantil y gazmoña, va suprimiendo todos los lugares de diversión aptos para el desarrollo de todos sus aptitudes y talentos. No hay ningún sitio a donde puedan acudir los poetas, ninguno en el que se puedan reunir estos jóvenes sabios. Para hacerte comprender la estupidez de la nueva Corte, he aquí lo que sucede con La Palferine. Existe, en la Lista Civil, un *empleado de los necesitados*. Dicho funcionario se enteró, un día, de que La Palferine se hallaba en la más extrema miseria, indudablemente redactó un informe, y fue a llevar cincuenta francos al heredero de los Rusticoli. La Palferine recibió a aquel caballero con la más exquisita cortesía, y se interesó por los personajes de la Corte. «¿Es cierto, le preguntó, que la señorita de Orleáns contribuye con una cantidad semejante a las buenas obras emprendidas por su sobrino? Sería algo muy hermoso». La Palferine había dado el nombre de un muchacho saboyano de diez años de edad, apodado por él el *Padre Anquises*, que le sirve por nada y del cual dice: «Jamás he visto tanta ingenuidad unida a tanta inteligencia; andaría sobre ascuas por mí; y lo comprende todo perfectamente bien, excepto que yo no puedo hacer nada por él». Anquises regresó de la casa de un alquilador de coches con un magnífico cupé, en cuya parte posterior, iba sentado un lacayo. En cuanto La Palferine oyó el ruido producido por el carruaje, condujo hábilmente la conversación sobre las funciones que desempeñaba aquel caballero, al que después llamó *el hombre de las miserias inevitables*, informándose en lo referente a su trabajo y sueldo que percibía por él. «¿No le facilitan a ustedes coche para poder recorrer la ciudad? ¡Oh, no!», respondió. Entonces, La Palferine y un amigo suyo que se encontraba con él, acompañaron al pobre hombre, bajaron a la calle, y le obligaron a subir al coche, pues estaba lloviendo a cántaros. La Palferine lo había calculado todo. Se ofreció a acompañar al funcionario a donde éste tuviera que ir. Cuando el distribuidor de limosnas hubo terminado su nueva visita, encontró el coche, que seguía esperándole en la puerta. El lacayo le entregó la siguiente nota, escrita con lápiz: *El coche está pagado por tres días por el conde Rusticoli de La Palferine, que se siente muy feliz de poder contribuir así, a las limosnas de la Corte,*

y a alentar sus bondades. Desde entonces, La Palferine califica a la Lista Civil de lista incivil.

—Fue apasionadamente amado por una mujer, de conducta un tanto ligera. Antonia vivía en la calle Helder, y era muy conocida en aquellos alrededores. Pero, en la época en que conoció al conde, todavía no había *puesto pie a tierra*. No carecía de aquella impertinencia de otros tiempos que las mujeres de hoy en día han elevado hasta el grado de insolencia. Al cabo de quince días de una perfecta felicidad, dicha mujer se vio obligada a volver a iniciar, por exigencias de su lista civil, un sistema pasional menos exclusivo. Al darse cuenta de que se cometía con él una falta de franqueza, La Palferine escribió a la señora Antonia esta carta, que se hizo célebre:

Señora,

Vuestra conducta me extraña tanto como me apena. No contenta con destrozarme el corazón con vuestros desdenes, ha tenido usted la indelicadeza de quedarse con un cepillo de dientes de mi propiedad, y que mis medios de fortuna me impiden reemplazar con otro, ya que mis propiedades están cargadas de hipotecas mucho más allá de real valor.

¡Adiós, hermosísima e ingrátísima amiga! ¡Hago votos para que podamos volver a encontramos en un mundo mejor!

Carlos Eduardo.

Con toda seguridad, esto sobrepasa, en mucho (continuando sirviéndonos del estilo macarrónico del señor Sainte-Beuve), la ironía de Sterne en su *Viaje sentimental*, y puede ser considerado como algo propio de Scarron, aunque sin su grosería. Incluso no sé si Moliere, al conocerlo, no hubiera dicho como Cyrano: «¡Esto es mío!». Richelieu no fue más cumplido al escribir a la princesa, que le estaba esperando en el patio de las cocinas del Palais Royal: *Quédese ahí, reina mía, aunque sólo sea para maravillar a los pinches*. Pero la broma de Carlos Eduardo es menos ácida. Ignoro si griegos y romanos llegaron a alcanzar una tal altura de ingenio. Buscando bien, quizás únicamente Platón se acercó algo a él, pero por el lado de lo severo, de lo musical...

—Deja de emplear esta jerga —dijo la marquesa—, todo esto se puede imprimir, pero atormentarme con ello los oídos es un castigo que estoy segura de no merecer.

—He aquí cómo se encontró con Claudina —prosiguió Nathan—. Un día, uno de esos días en que la juventud ociosa no sabe qué hacer de sí misma, y que, como Blondet en tiempos de la Restauración, no sabe salir de la inercia y del abatimiento que la condenan a cometer diabluras, a emprender audaces bufonadas que tienen como excusa la propia audacia de su concepción, la Palferine vagaba por la acera apoyándose en su bastón, entre la calle de Grammont y la de Richelieu. De lejos, divisó a una mujer, a una mujer ataviada con excesiva elegancia y, como él dice, recargada de efectos demasiado costosos y llevados con demasiada negligencia para

que no se tratara de una princesa de la corte o de la ópera; pero, después de julio de 1830, fecha desde la cual tal equívoco es imposible, debía de tratarse de una princesa de la ópera. El joven conde se colocó al lado de aquella mujer, como si hubiera concertado una cita con ella; la acompañó con una educada constancia, con una persistencia de buen gusto, dirigiéndole miradas llenas de interés, que obligaron a aquella mujer a permitir que la escoltara. Cualquier otro hubiera quedado helado por la acogida que se le había dispensado, desconcertado por las primeras reacciones de la dama, por su actitud fría, por las frases de reprobación que le dirigió; pero La Palferine le devolvió otras llenas de amabilidad, contra las cuales no existe decisión posible, frases que a nada serio conducen. Para deshacerse de él, la desconocida entra en una tienda de modas: Carlos Eduardo la sigue, se sienta cerca de ella, da su opinión y la aconseja, como actuaría un hombre que está dispuesto a pagar la compra. Tanta sangre fría inquieta a la mujer, y ésta sale de la tienda. Ya en la puerta, la desconocida dice a La Palferine su perseguidor: «Caballero, voy a casa de una parienta de mi esposo, una anciana dama, la señora de Bonfalot...». «¡Oh!, ¿la señora de Bonfalot? —replicó el conde—; cuánto me encanta saberlo, allí iba yo también...». La pareja va a dicha casa. Carlos Eduardo entra en ella con la mujer, todo el mundo cree que ha sido invitado, se mezcla en la conversación y prodiga su ingenio agudo y distinguido. La visita se iba prolongando, y aquello no era precisamente lo que él deseaba. «Señora —dijo a la desconocida—, recuerde que su marido nos está esperando y que sólo nos ha concedido un cuarto de hora». Confundida por tanta audacia, que, lo sabes tú perfectamente, os encanta a las mujeres, arrastrada por aquella mirada de vencedor, por el aspecto a la vez profundo y cándido que adoptado a veces por Carlos Eduardo, se pone en pie, acepta el brazo de su obligado caballero, descienden juntos las escaleras y, ya en el dintel de la puerta, le dice: «Señor, me gustan las bromas...». «¡Y a mí no digamos!», replicó él. Ella no pudo contener la risa. «Pero únicamente depende de usted el que me muestre todo lo serio posible —continuó él—. Soy el conde de La Palferine, y me siento muy dichoso de poner a vuestras plantas mi corazón y mi fortuna». La Palferine tenía entonces veintidós años. Esto sucedía en 1834. Por verdadera casualidad, aquel día el conde iba elegantemente vestido. Voy a describírtelo en cuatro palabras. Es el vivo retrato de Luis XIII, tiene de él la misma frente pálida, de sienes bien formadas, el color de la piel tirando a aceitunado, este color típicamente italiano que resulta blanco a la luz de las bujías, el pelo castaño oscuro, muy largo; posee de aquel rey el aspecto serio y melancólico, ya que su persona y su carácter forman un extraño contraste. Al escuchar su apellido y condición, y al ver al personaje, Claudina siente como una especie de estremecimiento. La Palferine se da cuenta de él, le dirige una intensa mirada con sus negros ojos de forma de almendra y de medio entornados párpados que revelan a la vez grandes alegrías y profundas preocupaciones. Bajo aquella mirada, ella le dice: «¿Su dirección?». «¡Qué mala suerte, señora, no tengo dirección!», contestó él. «¡Ah, bah! —exclama ella—. ¿Es usted un pajarito que vive

en la rama de un árbol?». «Adiós, señora, es usted exactamente la mujer que necesito, pero mi fortuna está muy lejos de correr parejas con mis deseos». Le hace una inclinación de cabeza y la deja plantada, sin volverse a mirarla. Al cabo de un par de días, por una de aquellas fatalidades que únicamente son posible en París, fue a casa de uno de esos sastres que prestan dinero contra la garantía de lo superfluo del guardarropía. Estaba cobrando, con aspecto un tanto inquieto, el precio largamente discutido, cuando pasó por delante de la tienda la desconocida, y le reconoció. «¡Decididamente —dice él al estupefacto tendero— no me quedaré con la trompa!». Y al mismo tiempo indica con un gesto una enorme trompa llena de abolladuras y colgada en el exterior, que se dibujaba sobre los uniformes de embajadores y de generales del Imperio. A continuación, altanero e impetuoso, se lanzó persiguiendo a la joven. Después de aquél gran día de la trompa, los dos se entendieron a las mil maravillas. Carlos Eduardo tiene, sobre el amor, ideas muy precisas. Según él, en la vida del hombre no hay nunca dos amores, sino únicamente uno solo, profundo como el mar, pero sin orillas. A una edad cualquiera, dicho amor puede descender sobre uno, del mismo modo que descendió la Gracia sobre San Pablo. Un hombre puede llegar a los sesenta años sin haberlo experimentado. Este amor, según una soberbia expresión de Heine, es quizá una *enfermedad secreta del corazón*, una combinación del sentimiento de lo infinito que hay dentro de nosotros, y del hermoso ideal que se revela bajo formas visibles. En fin, dicho amor comprende, al mismo tiempo, a la criatura y a la creación. En tanto no se trate de este gran poema, no se puede tratar más que en broma el resto de los amores destinados a terminar un día u otro, haciendo lo que en literatura equivaldría a poesías superficiales en comparación con lo que es un poema épico. Carlos Eduardo no experimentó en aquellas relaciones ni el flechazo que anuncia al verdadero amor, ni la lenta revelación de los atractivos, ni el reconocimiento de las cualidades secretas que unen a dos seres cada vez con lazos más fuertes. El verdadero amor sólo tiene dos modos de presentarse: o a primera vista, que sin duda alguna no es más que un efecto de la segunda vista escocesa, o la gradual fusión de dos naturalezas que realiza el andrógino platónico. Pero, en cambio, Carlos Eduardo fue amado hasta la locura. Aquella mujer sintió hacia él el amor completo, ideal y físico, en fin, que La Palferine fue su verdadera pasión. Para él, en cambio, Claudina no era más que una encantadora amante. El diablo con su infierno, que con toda seguridad puede considerársele como un poderoso mago, no hubiera sido nunca capaz de cambiar el sistema de aquellos dos desiguales calóricos. Me atrevería casi a afirmar, que en más de una ocasión, Claudina llegó a aburrir a Carlos Eduardo. «Al cabo de tres días, la mujer a la que no amamos y el pescado pasado, son buenos únicamente para ser tirados por la ventana», nos dijo alguna vez. En el seno de la Bohemia, los amores intrascendentes raramente se mantienen secretos. La Palferine nos hablaba muy a menudo de Claudina, aunque no obstante, nadie la había visto nunca, ni nunca fue pronunciado su apellido. Claudina era casi un personaje mítico. Todos nosotros hacíamos lo mismo, concillando de este modo las exigencias

de nuestra vida en común con las leyes de la buena educación. Claudina, Hortensia, la Baronesa, la Burguesa, la Emperatriz, la Leona, la Española, eran rúbricas bajo las cuales cada uno se permitía expansionar con los demás sus alegrías, sus preocupaciones, sus penas, sus esperanzas, y comunicar sus descubrimientos. De ahí no se pasaba. En la vida de la Bohemia, ha sucedido, en cierta ocasión, que se ha revelado, por pura casualidad, el nombre de la persona tema de conversación; e inmediatamente, por un acuerdo unánime y tácito, ninguno de nosotros volvió a hablar de ella. Este solo hecho, puede demostrar de qué modo la juventud posee el sentido de la verdadera delicadeza. Qué admirable conocimiento poseen las personas verdaderamente escogidas de los límites en los cuales debe detenerse la diversión y este mundo de cosas tan típicamente francesas conocidas con la soldadesca palabra de *broma*, expresión que debería ser borrada del diccionario francés, y esperemos que así sea, pero que es la única capaz de definir el ingenio de la Bohemia. Bromeábamos, pues, a menudo sobre Claudina y sobre el conde. Decíamos a éste: «¿Qué hay con Claudina? ¿Y tu Claudina? ¿Sigues con Claudina?», y cantábamos esta última pregunta con música del aria *¡Sigamos con Gessler!*, del *Guillermo Tell*, de Rossini, etc. «Os deseo, por todo el mal que pueda desearos —nos dijo un día La Palferine—, una amante como ella. No existe lebre, *basset* o caniche que pueda comparársele en cuanto a dulzura, a sumisión y a ternura absolutas. Momentos hay en que me hago reproches, en que me pido explicaciones a mí mismo por la dureza que empleo con ella. Claudina obedece con una sumisión de santa. Viene, la despido, se va, y en el patio, se echa a llorar. No quiero saber de ella durante una semana, la cito para el martes siguiente, a determinada hora, y aunque ésta sea la de la medianoche, las seis de la madrugada, las diez o las cinco, o la más intempestiva, la del almuerzo, la de la cena, la de levantarse de la cama, o la de meterse en ella... ¡Oh!, no hay que dudarle, comparecerá hermosa, arreglada, encantadora y con la mayor puntualidad. ¡Hay que pensar que está casada! Sujeta a todas las obligaciones y deberes de una casa. Los trucos de que debe valerse, las explicaciones que debe tener que dar para conformarse a mis caprichos, ¡serían imposibles para cualquiera de nosotros!... Nada es capaz de cansarla, ¡lo aguanta todo! Yo le digo que esto no es amor, que no es más que testadurez. Me escribe todos los días, yo no leo sus cartas, ella se da cuenta, pero sigue escribiéndome. Mirad, en aquel cajón guardo más de doscientas cartas. Me pide a todas horas que todas las mañanas coja una de estas cartas para limpiar mi navaja, y no dejo de seguir su consejo. Cree, y con razón, que al ver su escritura pensaré en ella». La Palferine se iba vistiendo mientras nos decía todo esto, yo cogí la carta que estaba a punto de utilizar, para aquel menester, la leí, y la guardé sin que él me exigiera su devolución; he aquí, a continuación, lo que decía:

Lunes, medianoche.

Y qué, amigo mío, ¿estás contento de mí? No te he pedido esta mañana esa mano, que tan fácil te hubiera sido darme, para poderla apretar contra mi corazón

y poderla llevar a los labios. No, no te la he pedido, porque temo demasiado el molestarte. ¿Sabes una cosa? A pesar de que sé, cruelmente, que todos mis actos te son perfectamente indiferentes, entreveo, en mi conducta, una extraordinaria timidez. La mujer que te pertenezca, sea al título que fuera, y con el más perfecto secreto, debe procurar no incurrir en la más ligera crítica tuya. Como sucede con los ángeles del cielo, para los cuales no existen secretos, mi amor es igual a los más puros amores; pero en cualquier lugar en que me halle, me parece estar siempre en presencia tuya, y quiero en todo momento, lograr tu felicidad.

Todo lo que me has dicho sobre mi manera de vestir me ha impresionado y me ha hecho comprender cuán superiores sois las personas de raza noble a los demás. Algo ha quedado en mí de muchacha de la Ópera en el corte de mis vestidos, en mi peinado. En un solo instante he podido reconocer la gran distancia que me separaba del verdadero buen gusto. La próxima vez recibirás a una duquesa, no me podrás reconocer. ¡Oh, cuántas bondades te dignas verter sobre tu Claudina! ¡Cuántas veces te tengo que dar las gracias por todos los consejos que me has dado! ¡Cuánto interés no me has demostrado con pocas palabras! ¿Te has preocupado por esta cosa, que te pertenece, y que se llama Claudina? Este imbécil nunca hubiera sido capaz de darme una opinión tan acertada, *él* encuentra bien todo cuanto hago, *él* es demasiado prosaico, demasiado apegado al *cocido*, para tener sentido de lo bello. ¡El martes está aún muy lejos, dada mi impaciencia! ¡El martes, estar a tu lado durante varias horas! ¡Ah!, el martes me esforzaré en convencerme a mí misma de que estas horas son meses, y que puedo seguir igual siempre. Vivo con la esperanza de esa mañana del martes, del mismo modo que viviré después de ella pensando en el futuro. La esperanza es una memoria que desea, y el recuerdo es una memoria que ya ha disfrutado lo que se esperaba. ¡De qué modo el pensamiento nos proporciona una hermosa vida dentro de la vida misma! Pienso en idear ternuras que no sean más que mías, y cuyo secreto no podrá ser adivinado por ninguna otra mujer. Sólo al pensar que puede haber algún obstáculo a que pueda yo verte, me produce sudores fríos, ya que tú, tú, quizá quieras asistir a alguna reunión de sociedad, o tal vez reunirte con alguna otra mujer. ¡Oh, por favor, concédeme este martes! Si me lo negaras, Carlos, no sabes el favor que le harías, yo le volvería loco. Si no me deseas, si quieres ir a alguna reunión, permíteme que venga de todas maneras, sólo pido verte, no deseo otra cosa, ver cómo te vistes, sólo ver cómo te vistes, deja que te demuestre la manera tan pura cómo yo te quiero. Desde que has permitido que te ame, pues tú me lo has permitido puesto que soy tuya; desde aquel día, te amo con toda la intensidad de mi alma y siempre te amaré; ya que después de haberte amado, no se puede ya, no se debe ya, amar a nadie más. Y cuando te halles bajo la mirada de quien no pide nada más que mirarte, notarás que hay en tu Claudina algo de divino que tú has sabido despertar. ¡Ay!, no sé ni puedo mostrarme coqueta contigo; soy, para ti, como una madre para su hijo; de ti todo lo puedo sufrir; yo, tan dominante, tan

altiva en otro tiempo, yo, que hacía dar piruetas a duques, a príncipes, a edecanes de Carlos X, que valían más que toda la Corte actual, te trato como a un niño mimado. Pero ¿para qué me servirían las coqueterías? Serían perder el tiempo. Y no obstante, si careciera de coquetería, jamás podría inspirarte amor. Lo sé, lo siento, y continúo experimentando la acción de un poder irresistible, pero pienso que este abandono absoluto merecerá de ti este sentimiento que *él* asegura sienten todos los hombres hacia aquello que es de su propiedad.

Miércoles.

¡Oh, cuán negra ha entrado la tristeza en mi corazón cuando supe que debía renunciar a la felicidad de verte ayer! Un único pensamiento me ha impedido entregarme en brazos de la muerte: que tú lo habías querido así. El no acudir era ejecutar tu voluntad, obedecer a una de tus órdenes. ¡Ah, Carlos, estaba tan linda! Te hubiera gustado mucho más que ésa princesa alemana a la que me habías puesto como ejemplo, y en la cual me fijé en la ópera. Pero quizá tú me hubieras encontrado distinta de cómo me imaginas. Mira, me has quitado toda la confianza que tenía en mí, quizá soy fea. ¡Oh!, me causo horror, me estoy volviendo imbécil, pensando en mi radiante Carlos Eduardo. Me volveré loca, estoy segura de ello. No te rías, no me menciones lo voluble que somos las mujeres. ¡Si nosotras somos volubles, vosotros también sois muy extravagantes! ¡Quitar a una pobre criatura sus horas de amor que la estaban haciendo feliz desde hacía diez días, que la hacían sentirse buena y encantadora ante todos aquellos que la venían a ver! Y, para colmo, tú eres la causa de mi amabilidad para con *él*; no sabes el daño que le estás haciendo. Me pregunto qué es lo que tengo que hacer para conservarte, o de tener solamente el derecho de ser alguna vez tuya... ¡Cuando pienso que tú nunca has querido venir aquí! ¡Con qué deliciosa emoción te serviría! Las hay que tienen más suerte que yo. Habrá mujeres a las que tú dirás: te quiero. A mí nunca me has dicho otra cosa que: eres una buena muchacha. Sin que tú te des cuenta, hay frases tuyas que me corroen el corazón. Hay personas inteligentes, que a veces me preguntan en qué estoy pensando: pienso en mi abyección, que es la de la más ínfima pecadora en presencia del Salvador.

Nathan hizo una pausa y continuó:

—Hay todavía, como puedes ver, tres páginas más. La Palferine permitió que me llevara conmigo esta carta, en la cual pude observar rastro de lágrimas que me parecieron todavía frescas. Esta carta me demostró que La Palferine nos decía la verdad. Marcos, bastante tímido con las mujeres, se extasiaba con otra carta parecida, en su rincón, antes de encender su cigarro. «Todas las mujeres que aman escriben cosas parecidas —dijo La Palferine—. El amor les proporciona ingenio y estilo, lo que demuestra que en Francia, el estilo procede de las ideas y no de las palabras. Ved lo bien pensado que está todo esto, lo lógico que puede llegar a ser un pensamiento».

Y nos leyó otra carta que era muy superior a las cartas ficticias y estudiadas, que nosotros, los autores de novelas, intentamos escribir. Un día, la pobre Claudina, sabedora de que La Palferine se hallaba en una difícilísima situación a causa de una letra de cambio, tuvo la fatal idea de llevarle, en una bolsa maravillosamente bordada, una suma considerable en oro. «¿Quién te ha dado las suficientes libertades para inmiscuirte en los asuntos de mi casa? —exclamó La Palferine, encolerizado—. Zurce mis calcetines, o bórdame zapatillas, si esto te divierte. Pero... ¡ah!, estás queriendo jugar a duquesa, y vuelves la fábula de Danae contra la aristocracia». Mientras pronunciaba estas palabras, vació el contenido de la bolsa en su mano e inició el gesto de tirarlo a la cara de Claudina. Ésta, espantada, y sin adivinar que se trataba de una broma, retrocedió, derribó una silla y fue a caer de cabeza contra el ángulo agudo de la chimenea. Se creyó muerta. Cuando, al cabo de un rato, volviendo en sí encima de una cama, pudo articular unas palabras, se limitó a decir: «Lo he tenido muy merecido Carlos». La Palferine tuvo un instante de desesperación. Tal desesperación volvió a la vida a Claudina; fue tan feliz con aquella desgracia, que la aprovechó para hacer aceptar la suma a La Palferine y sacarle del atolladero en que se hallaba. Después tuvo lugar la contrapartida de la fábula de La Fontaine, en la cual un marido agradece a unos ladrones el que hayan hecho nacer, con su presencia, un tierno impulso hacia él, por parte de su mujer. Referente a esto, unas breves palabras pondrán de manifiesto, por entero, la manera de ser de La Palferine. Claudina regresó a su casa, amañó como pudo una historia para justificar la herida, y se sintió terriblemente enferma. Le salió un absceso en la cabeza. Su médico, Bianchon, creo, sí, fue él, quiso, un día que Claudina se cortara el pelo, el cual tiene tan hermoso como el de la duquesa de Berry, pero se negó a ello, y le dijo en el mayor secreto, al doctor Bianchon, que no podía dejárselo cortar sin el permiso expreso del conde de La Palferine. Bianchon fue a casa de Carlos Eduardo. Éste le escucha gravemente, y cuando Bianchon le hubo explicado con todos los pormenores la marcha de la enfermedad y demostrado que era absolutamente necesario cortar el pelo para poder operar, exclamó con voz perentoria: «¿Cortar la cabellera a Claudina? ¡No, eso sí que no; preferiría perderla!». Bianchon, al cabo de cuatro años de aquel suceso, habla todavía de aquella frase de La Palferine, y nosotros nos reímos con él durante más de media hora. Enterada Claudina de aquella decisión, se creyó amada. Enfrentándose a toda su familia anegada en lágrimas, a su marido arrodillado ante ella, se mostró inmovible: no se dejó tonsurar. La operación que tuvo que sufrir, secundada por la fuerza interior que le dio la creencia de ser amada, tuvo un completo éxito. En estas cuestiones del alma, existen impulsos que trastocan toda la ciencia quirúrgica y echan por tierra todas las leyes de la medicina. Claudina escribió, con faltas de ortografía, sin puntuación, una carta deliciosa a La Palferine, para hacerle saber el feliz resultado de la intervención, diciéndole que el amor sabía más que todas las Ciencias reunidas. «Y ahora —nos decía un día La Palferine—, ¿cómo voy a poder deshacerme de Claudina?». «Pero si no te molesta para nada, si eres completamente libre de tus

actos». «Es verdad —dijo La Palferine—, pero no quiero que haya nada en mi vida, que se realice sin mi consentimiento». A partir de aquel día, empezó a atormentar a Claudina, a sentir verdadero horror por una burguesa, por una mujer sin apellido noble; sentía absoluta necesidad de una mujer con título; cierto era que ella había hecho notables progresos. Claudina vestía ahora como las más elegantes mujeres del *faubourg* Saint-Germain, había sabido sacrificar su propia manera de andar, y ahora lo hacía con una gracia casta, inimitable; pero ¡todo aquello no bastaba! Todos aquellos elogios y cualidades no eran bastantes para hacerle tragar a Claudina. «¡Pues bien! —le dijo un día La Palferine—, si deseas ser la amante de un La Palferine pobre, que no tiene ni un franco ni porvenir, por lo menos debes representarle dignamente. Debes procurarte un buen vestuario, lacayos, una librea y un título. Proporcióname todos los placeres de la vanidad de que no puedo disponer por mí mismo. La mujer a quien honro con mis favores, no debe ir jamás a pie, ya que si por la calle es salpicada por el barro de los coches, sufro por ello. ¡Yo soy así! Mi mujer debe ser admirada por todo París. Quiero que todo París sienta envidia de mi felicidad. Que cualquier hombre joven, al ver pasar en una brillante carretela a una brillante condesa, se diga: ¿A quién pueden pertenecer estas divinidades? Y quede pensativo. Ello redoblaría mi placer». La Palferine nos confesó que después de haber metido en la cabeza de Claudina aquel programa, para poder desembarazarse de ella, quedó anonadado por primera, y con seguridad única, vez en su vida. «Amigo mío —le dijo ella con un temblor en la voz que traicionaba otro temblor interior y universal—, ¡está bien! Se hará como tú deseas o moriré...». Ella le besó la mano y derramó algunas lágrimas de felicidad. «Soy feliz al saber qué es lo que debo hacer para poder seguir siendo tu amante», añadió ella. Y, nos decía La Palferine, se marchó haciéndome un gesto con la mano, un gesto de mujer feliz. Se hallaba en el dintel de la puerta de mi buhardilla, altiva, orgullosa, al mismo nivel de una antigua sibila.

—Todo esto debe explicarte suficientemente las costumbres de la Bohemia, una de cuyas más brillantes figuras es este joven *condottiero* —prosiguió Nathan después de una pausa—. Ahora, verás cómo descubrí quien era Claudina, y el modo cómo pude llegar a comprender todo cuánto había de espantoso y verdadero, en una de las frases de la carta que te he leído, y a la cual seguramente no has prestado la debida atención.

La marquesa, demasiado pensativa para reírse, lanzó a Nathan un: «Continúa», que le demostró cuán impresionada estaba por todas aquellas cosas que estaba escuchando, y sobre todo, cuánto le preocupaba La Palferine.

—De entre todos los autores dramáticos de París, uno de los mejor situados, de los más estimados y entendidos, era, en 1829, du Bruel, cuyo nombre es casi desconocido del gran público, ya que en los carteles figuraba, al pie de sus obras, su seudónimo de Cursy. En tiempo de la Restauración, ostentaba el cargo de jefe de oficina en un Ministerio. Sinceramente afecto a la rama primogénita, presentó audazmente su dimisión, y a partir de entonces escribió el doble de obras teatrales

para compensar el déficit producido en sus ingresos debido a su noble conducta. Du Bruel contaba entonces cuarenta años, y su vida ya la conocemos. Como otros muchos autores, sentía por una cierta actriz uno de aquellos afectos que no pueden explicarse, y que no obstante son el pan nuestro de cada día del mundillo literario. Dicha mujer, ya lo sabes, es Tulia, una de las primeras figuras de la Academia Real de Música. Tulia no es más que un seudónimo, del mismo modo que Cursy lo es para du BrueL Durante diez años, desde 1817 hasta 1827, brilló sobre las ilustres tablas de la ópera. Más hermosa que inteligente, actriz mediocre, pero más espiritual de lo que acostumbran a ser las bailarinas, no tomó parte en la virtuosa reforma que perdió al cuerpo de baile, y continuó la dinastía de las Guimard. Así debió ella su ascendiente a varios conocidos protectores suyos, como el duque de Réthoré, hijo del duque de Chauliéu, a la influencia de un célebre director de la Academia de Bellas Artes, a diplomáticos, y a ricos extranjeros. Tuvo, durante su época de apogeo, una pequeña residencia en la calle Chauchat, y vivió en ella, como vivían las antiguas ninfas de la ópera. Du Bruel se enamoró de ella ya en el declive de la pasión del duque de Réthore, hacia 1823. Simple subjefe, du Bruel toleraba al director de Bellas Artes, creyéndose preferido. Aquellas relaciones se convirtieron, al cabo de seis años, en un semi-matrimonio. Tulia ocultaba cuidadosamente su familia y sus orígenes, aunque se sabía que procedía de Nanterre. Uno de sus tíos, en otros tiempos simple carpintero o albañil, merced a sus recomendaciones y algunos préstamos bastante generosos, se ha convertido, según se dice, en un rico contratista de obras. Tal indiscreción fue cometida por Bruel: un día se le escapó decir que Tulia recogería, tarde o temprano, una sustanciosa herencia. El contratista, que no está casado, siente una debilidad por la sobrina, a la cual tiene motivos para estar agradecido. «Es un hombre que no es lo bastante inteligente para ser ingrato», decía ella. En 1829, Tulia tomó la decisión de retirarse. A los treinta años, se veía un poco gorda; había intentado, en vano, representar pantomimas, pero no servía para aquello; para lo único que servía era para dar a su falda el vuelo suficiente para que se le subiera hasta la cintura, a la manera de las Noblet, y exhibirse casi desnuda en el escenario. El viejo Vestris le dijo, desde un principio, que aquel *tiempo*, bien ejecutado, cuando una bailarina poseía hermosas desnudeces, valía por todos los demás talentos imaginables. Constituía el *do* de pecho del baile. Todas las bailarinas famosas, añadía, la Camargo, la Guimard, la Taglioni, son delgadas, morenas y feas, solamente pueden triunfar gracias a su talento. Ante primeras bailarinas más jóvenes y más hábiles que ella, Tulia se retiró en la plenitud de su gloria, e hizo bien. Bailarina aristocrática, sin haber renunciado plenamente a sus amigos, no quiso hundir sus tobillos en el lodazal de Julio. Insolente y hermosa, Claudina guardaba agradables recuerdos y poco dinero, pero en cambio poseía magníficas joyas y uno de los más maravillosos mobiliarios de París. Al dejar la Ópera, la célebre bailarina, hoy en día casi olvidada, sólo tuvo un pensamiento: casarse con Bruel, y ya puedes suponer que actualmente es la señora du Bruel, aunque dicho matrimonio no haya sido hecho público. ¿Cómo consiguen esta

clase de mujeres casarse al cabo de siete años de intimidad? ¿Qué resortes accionan para conseguirlo? ¿Qué máquinas ponen en movimiento? Por cómico que pueda ser este drama interior, no constituye el tema de lo que ahora nos interesa. Du Bruel se casó, en secreto, y el hecho está ya consumado. Antes de la boda, Cursy era considerado como un alegre compañero de diversiones; no siempre pasaba las noches en casa, llevaba una vida bastante bohemia, iba a excursiones, a cenas, salía de París para asistir a reestrenos en provincias de la compañía de la Ópera Cómica, y se encontraba, sin saber exactamente cómo, en Dieppe, en Baden, o en Saint-Germain; invitaba a cenar, y llevaba la Vida intensa y costosa de los autores, de los periodistas y de los artistas; hacía valer sus derechos de autor en todos los camerinos de los teatros de París, y formaba parte de la Sociedad parisina. Finot, Lousteau, du Tillet, Desroches, Bixiou, Blondet, Couture y Des Lupeaulx le soportaban, a pesar de sus aires pedantescos, y de su espesa actitud de burócrata. Pero una vez casado, Tulia convirtió a du Bruel en su esclavo. Qué quieres, el pobre diablo estaba enamorado de Tulia. Ésta acababa, decía, de dejar el teatro para ser sólo de él, para convertirse en una buena y encantadora esposa. Tulia supo hacerse apreciar por las más jansenistas mujeres de la familia du Bruel. Sin que jamás se hubieran podido comprender sus intenciones, iba a menudo a aburrirse en casa de la señora Bonfalot; hacía costosos regalos a la anciana y avara señora de Chissé, su tía-abuela; pasó, en casa de esta dama, todo un verano, no faltando a ninguna misa durante aquel periodo. La bailarina confesó, recibió la absolución, comulgó, pero todo ello en el campo, bajo la mirada de su tía. El invierno siguiente nos decía: «¿No comprendéis? ¡Así podré tener tías auténticas!». Estaba tan contenta de poderse convertir en una burguesa, tan feliz de abdicar su independencia, que supo hallar los medios que la condujeran a la finalidad deseada. Procuraba halagar a todos aquellos vejestorios. Fue todos los días, a pie, a hacer compañía durante dos horas a la madre de du Bruel, que se hallaba enferma. Du Bruel estaba estupefacto ante el desarrollo de aquella treta a la Maintenon, admirando a aquella mujer sin hacer ninguna objeción, ya que se hallaba tan bien atado que no notaba la más leve presión de las cuerdas. Claudina hizo comprender a du Bruel que el sistema elástico del gobierno burgués, de la realeza burguesa, de la corte burguesa, era el único que podía permitir que una Tulia, convertida en señora du Bruel, pudiese formar parte del mundo social, en el que ella tuvo el buen sentido de no querer penetrar. Se contentó con ser recibida en las casas de las señoras Bonfalot, de Chissé y de la madre de du Bruel, en las cuales adoptaba los aires, nunca desmentidos, de mujer prudente, sencilla y virtuosa. Tres años más tarde, fue recibida también en •casa de las amigas de aquéllas. «¡No puedo hacerme a la idea de que la señora du Bruel, la joven, haya enseñado las piernas y todo lo demás, a todo París, a la luz de cien mecheros de gas!», decía ingenuamente la señora de Anselmo Popinot. El julio de 1830 se parece, en este aspecto, al Imperio de Napoleón, que recibió en su Corte a una antigua camarera en la persona de la señora Garat, esposa del juez del Tribunal Supremo. La antigua bailarina había roto completamente, ya puedes adivinarlo, con

todas sus compañeras; no reconocía, entre sus antiguas amistades, a nadie que pudiera comprometerla. Al casarse, había alquilado, en la calle de la Victoria, una pequeña y encantadora casa, con patio y jardín, en la cual había realizado gastos enormes, amontonando las más bellas piezas de su mobiliario y las del de du Bruel. Todo lo que le pareció era ordinario o de mal gusto, fue vendido. Para poder encontrar alguna analogía al lujo que resplandecía en su casa, habría que remontarse a los días gloriosos de la Guimard, de Sofía Arnoult, de la Duthé, que habían devorado verdaderas fortunas principescas. ¿Hasta qué punto aquella fastuosa vida interior ejercía influencia en du Bruel? La cuestión, delicada ya en su planteamiento, lo es mucho más en su resolución. Para dar una idea de las fantasías de Tulia, me bastará hacerte mención de un detalle: las alfombrillas de al lado de su cama, de encaje de Inglaterra, cuestan diez mil francos. Una actriz célebre tenía otras iguales. Claudina lo supo, y a partir de entonces hizo poner sobre su cama un cobertor de angora. Esta anécdota dibuja a una mujer. Du Bruel no se atrevió ni a abrir la boca, y recibió la orden de propagar aquel desafío de lujo llevado hasta *la otra*. En aquellos días, Tulia seguía teniendo al duque de Réthoré; pero un día, al cabo de cinco años de matrimonio, jugando con su gato, desgarró la alfombrilla, hizo con ella vendas, volantes y otros adornos, y la reemplazó con otra alfombrilla más de acuerdo con el sentido común, por una alfombrilla que era realmente una alfombrilla y no una prueba de la demencia particular de estas mujeres, que se vengan, por medio de un lujo insensato, como decía un periodista, de haber comido muchas patatas crudas durante su infancia. El día en que la alfombrilla fue hecha trizas, marcó, en el matrimonio, el inicio de una nueva era. Cursy se distinguió por una feroz actividad. Nadie sospecha en París lo que esta ciudad debe al *vaudeville*. Es el siglo dieciocho, con su polvo y sus moscas, que ha invadido los teatros. El autor de aquellos mil y ciento *vaudevilles*, que tantas lamentaciones han despertado en los gacetilleros, fue un deseo formal de la señora du Bruel: exigió a su marido la compra de la casa en la cual tanto dinero había dispendiado, y en la que había colocado un mobiliario de quinientos mil francos. ¿Y ello por qué?

Jamás Tulia lo supo explicar, ya que practica admirablemente el *porque sí* de las mujeres. «Se han estado burlando mucho de Cursy —decía—, pero, en definitiva, se ha encontrado con esta casa, con el pote de colorete, la polvera y los trajes bordados del siglo dieciocho. Sin mí, él jamás habría pensado en ello —añadía—, hundiéndose en los cojines al lado de la chimenea». Nos decía todo esto al regresar del estreno de una obra de du Bruel que había tenido un éxito de público, y contra la cual ella preveía un alud de críticas de los gacetilleros. Tulia daba recepciones. Todos los lunes daba un té; su círculo de invitados se componía de personas escogidas, y no ahorraba nada para hacer que se hallaran confortables en su casa. En un salón se jugaba a la *bouillotte*, y en otro se conversaba. A veces, en el más amplio, en un tercero, daba recitales de canto, a los cuales sólo admitía a los más eminentes artistas. Poseía tanto sentido común que llegaba a alcanzar el tacto más exquisito, cualidad que le dio, sin

duda, un gran ascendiente sobre du Bruel; por su parte, el sainetero la amaba con este amor al que el hábito termina por hacer indispensable a la existencia. Cada día que pasa, se coloca un hilo más en esta fuerte trama, tejido resistente, cuya red soporta las más delicadas veleidades, encierra en ella las más fugitivas pasiones, las reúne, y hace que un hombre quede atado de pies, manos, corazón y cerebro. Tulia conocía perfectamente el carácter de Cursy, sabía cómo y dónde herirle, así como la manera de restañar sus heridas. Para cualquier observador, incluso para un hombre que se vanaglorie, como yo, de ser buen conocedor de estas materias, en esta clase de pasiones, todo es abismo, su profundidad es más tenebrosa que en cualquier otra sima; y los lugares en los que aparece alguna luz tienen también un tinte borroso. Cursy, autor experimentado, gastado por la vida de los antepalcos y camerinos, gustaba de vivir cómodamente. Amaba la vida lujosa, abundante y fácil; se sentía feliz de ser el rey de su casa, de recibir a un cierto número de hombres de letras en un hogar en el que resplandecía un lujo casi real, y en el que brillaban selectas obras de Arte Moderno. Tulia dejaba que du Bruel tronara entre toda aquella gente, entre la que se encontraban periodistas bastante fáciles de captar y embaucar. Gracias a aquellas veladas y a préstamos bien colocados, Cursy no era atacado en los periódicos con mucha saña, y sus obras tenían éxito. Así, pues, no se hubiera separado de Tulia ni por todo un imperio. Tal vez hubiera cerrado los ojos a alguna infidelidad, con la condición de no verse privado de los goces a los que estaba acostumbrado; pero, ¡cosa extraña!, Tulia no le causaba ningún temor en este aspecto. No se sabía que la ex primera bailarina tuviera ninguna clase de imaginación, y con seguridad, si la hubiese tenido, ella hubiera sabido guardar, perfectamente, las apariencias. «Amigo mío —me decía con tono doctoral du Bruel en el boulevard—, no hay nada como el vivir con una de estas mujeres, que por haber abusado de ellas, están ya de vuelta de toda clase de pasiones. Las mujeres como Claudina han llevado una vida de hombre soltero, están hasta la coronilla de placeres, y son las esposas más adorables que se pueda desear; sabiéndolo ya todo, formadas y poco gazmoñas, están acostumbradas a todo y saben ser indulgentes con los demás. Así, predico a todo el mundo tenga la suerte de poderse casar con esto que llamamos un *caballo inglés* retirado. ¡Soy el hombre más feliz de la tierra!». Esto fue lo que me dijo a mí, personalmente, du Bruel, en presencia de Bixiou. «Amigo mío —me comentó después el dibujante—, quizá tiene razón al haberse equivocado». Ocho días después, du Bruel nos rogó fuéramos un martes a cenar a su casa; por la mañana de aquel día, fui a verle para hablarle de un asunto relacionado con el teatro, un arbitraje que nos había confiado la Comisión de Autores Dramáticos; tenía que acompañarme y salir juntos; pero antes entró en la habitación de Claudina, en la cual se entra sin llamar, pidiéndole permiso para hacerlo. «Nosotros vivimos como los grandes señores —dijo él, sonriendo—, somos libres. ¡Cada uno por su lado!». Fuimos admitidos. Du Bruel dijo a Claudina: «Hoy he invitado a algunos amigos». «¡Vaya! —exclamó ella—. Invitas a tus amigos sin consultarme para nada. Se ve que yo no cuento aquí. Mira...

—dijo ella dirigiéndose a mí y tomándome por juez con una mirada—, te lo digo a ti, cuando uno ha cometido la locura de vivir con una mujer de mi especie, ya que al fin y al cabo yo no soy otra cosa que una bailarina de la Ópera... Sí, para que esto pueda ser olvidado, jamás debo olvidarlo yo. ¡Pues bien! Un hombre inteligente, para colocar a su mujer en el sitio que le merece, enalteciéndola a los ojos de la opinión pública, se esforzaría en suponerle una cierta superioridad, en justificar su determinación por el reconocimiento de cualidades eminentes en dicha mujer. Y la mejor manera de que los demás la respeten es respetarla uno mismo, especialmente en su casa, de la cual debe ser la dueña absoluta. ¡Ah!, pues este hombre que tengo yo haría cualquier cosa antes que aparentar, tan siquiera, que me está escuchando. Debo de tener la razón a montones para que me haga una mínima concesión». Cada una de las frases que ella iba pronunciando, correspondía a un signo denegatorio de du Bruel. «¡Oh, no no! —continuó ella, impetuosamente, al ver los signos de su marido—. Du Bruel, querido mío, yo, que durante toda mi vida, antes de casarme contigo, he representado en mi casa el papel de reina, sé lo que es esto. Mis deseos eran vigilados, satisfechos, colmados... Después de todo, tengo treinta y cinco años, y las mujeres de treinta y cinco años se ve que no pueden ser ya amadas. ¡Ah!, si tuviera dieciséis años y aquello que se vende tan caro en la Ópera, cuántas atenciones no tendrías para mí, señor du Bruel. Desprecio soberanamente a los hombres que se precian de amar a una mujer y que no están dispuestos a concederle la menor atención. Mira, du Bruel, tú eres pequeño y canijo, te gusta atormentar a una mujer y no tienes más que a una en quien desplegar tus poderes. Un Napoleón puede humillarse ante su amante, pues nada pierde con ello; pero vosotros, ¡vosotros que no sois nada, no queréis ser dominados! Treinta y cinco años, amigo mío —me dijo ella—, todo el enigma reside en esto... ¡Vaya!, sigue diciendo que no. Sabes perfectamente que tengo treinta y siete. Estoy enfadada, vete a avisar a todos tus amigos a quienes has invitado que les llevarás al *Rocher-de-Cancale*, Yo podría darles de cenar aquí, pero no quiero, ¡no quiero que vengan! Mi pobre monólogo hará que quede grabado en vuestra memoria el saludable precepto de “*cada uno en su casa*»”, añadió riendo y volviendo a la manera de ser alocada y caprichosa propia de una muchacha de la Ópera. «¡Bueno, bueno! Sí, queridita mía —dijo du Bruel—. Vamos, vamos, no te enfades. Ya nos arreglaremos». Le besó una mano, y salió conmigo; pero estaba furioso. Desde la calle de la Victoria al boulevard, he aquí lo que me dijo, siempre que las frases que sufre la tipografía entre las más violentas injurias, pueden representar las palabras atroces, los emponzoñados pensamientos que fueron desparramándose por su boca como una cascada en un caudaloso torrente: «Amigo mío, no tengo más remedio que separarme de esta infame e innoble bailarina, de esta vieja y mala mujer, que ha bailado al son de todos los látigos de la ópera, de esta zarrapastrosa, de esta mona de saboyano. ¡Oh, tú, amigo mío, que tienes relaciones con una actriz, jamás se te ocurra casarte con ella! Es éste una clase de suplicio que no figura en el Infierno del Dante. Ahora mismo le daría una paliza, la estrangularía,

le diría lo que pienso de ella. ¡Es el veneno que emponzoña mi existencia, me hace ir de un lado para otro como un postigo de ventana al influjo del viento!». Nos hallábamos en el bulevar, y él en un estado tal de indignación, que sus palabras casi no podían salir de su boca. «¡Me gustaría poder hundir mis pies dentro de su estómago!». «Pero todo esto, ¿por qué?», le pregunté. «¡Amigo mío, jamás podrás saber las mil miríadas de imbecilidades de esta ramera de la peor especie! Cuando yo quiero quedarme en casa, ella quiere salir; cuando yo quiero salir, ella quiere que me quede. ¡Hace vomitar razones, acusaciones, silogismos, calumnias y palabras hasta volverse uno loco! Lo bueno, es lo que ella ha pensado; lo malo, lo que hemos pensado los demás. Fulmínalas con algún razonamiento lo bastante evidente para que tengan que callarse, y entonces te miran como si fueras un perro muerto. ¿Mi felicidad? Tiene una explicación: un servilismo absoluto, un vasallaje digno de un perro dé corral. Me vende muy caro lo poco que ella me da. ¡Al diablo! Todo se lo regalo, y huiré a vivir es alguna buhardilla. ¡Oh, la buhardilla y la libertad! ¡Hace cinco años que no me atrevo a hacer mi santa voluntad!». En vez de ir a avisar a sus amigos, Cursy siguió en el bulevar, recorriéndolo a grandes zancadas, desde la calle de Richelieu hasta la de Mont-Blanc, entregándose a las más furiosas imprecaciones y a las más cómicas exageraciones. En la calle, se sentía dominado por un paroxismo de cólera, que contrastaba curiosamente con la tranquilidad que había demostrado en su casa. Su agitado paseo la sirvió para ir calmando la trepidación de sus nervios y la tempestad de su alma. Hacia las dos de la tarde, con uno de sus desordenados impulsos, exclamó: «Estas malditas hembras no saben lo que quieren. Apuesto mi cabeza a que si regreso a casa para decirle que he avisado a mis amigos de que iríamos a cenar en el *Rocher-de-Cancalle*, esta solución, indicada por ella misma, no la satisfaría en absoluto. Pero —me dijo— ella ya habrá volado. ¡Tal vez habrá ido a reunirse coa algún macho cabrío! ¡No, eso no, ya que, en el fondo, me quiere!».

—¡Ah, señora! —dijo Nathan, mirando con aire astuto a la marquesa, que no pudo evitar el sonreír—. Sólo las mujeres y los profetas saben hacer uso adecuado de la fe.

Nathan continuó:

—Du Bruel me condujo nuevamente a su casa; fuimos lentamente, paseando. Eran las tres. Antes de subir al piso, notó movimiento en la cocina, entra en ella, ve los preparativos, y me lanza una mirada, al tiempo que interroga a la cocinera. «La señora ha encargado una cena —respondió ésta—, la señora se ha vestido, ha hecho venir un coche, luego ha cambiado de opinión, ha despedido el coche y ha avisado al cochero que regresara para la hora del espectáculo». «¡Ah, bien! —exclamó du Bruel—. ¿Qué te decía?». Entramos con paso de lobo en el apartamento. Nadie. De salón en salón, llegamos hasta un tocador en el que sorprendimos a Tulia llorando. Enjugó sus lágrimas sin afectación, y dijo a du Bruel; «Manda al *Rocher-de-Cancalle* una nota, avisando a tus amigos que la cena tendrá lugar aquí». Se había vestido de una manera que no saben hacerlo las mujeres de la ópera: elegante, armoniosa, tanto de

tono como de forma, el vestido de buen corte y mejor gusto, ni demasiado ostentoso ni demasiado vulgar, sin nada destacable, sin nada exagerado, cosa que a veces se encubre con el calificativo de propio de una artista, y que gusta a los lobos. En definitiva, presentaba el aspecto que debía presentar una señora. A los treinta y siete años, Tulia se halla en la más hermosa fase de belleza de las francesas. El célebre óvalo de su cara era en aquel momento de una divina palidez; se había quitado el sombrero; podía ver el ligero vello, esta flor de los frutos, suavizando los contornos, ya de por sí bastante suaves, de sus mejillas. Su faz, rodeada de dos bandas de cabellos rubios, tenía un encanto triste. Sus ojos grises y brillantes estaban anegados en el vapor de las lágrimas. Su nariz pequeña, digna del más hermoso camafeo romano, cuyas aletas se agitaban; su boquita, infantil todavía; su largo cuello de reina de venas suaves; su mentón enrojecido momentáneamente por alguna secreta desesperación, sus orejas ribeteadas de rubor, sus manos temblorosas debajo de los guantes: todo acusaba el hallarse bajo los efectos de una violenta emoción. Sus cejas, agitadas, por movimientos convulsivos, traicionaban un intenso dolor. Estaba sublime. Lo que dijo dejó anonadado a du Bruel. Nos lanzó una de estas miradas de gata, penetrantes e impenetrables, que son propias únicamente de las mujeres de la alta sociedad o de las mujeres de teatro; después, tendió la mano a du Bruel. «Pobre amigo mío, en cuanto te marchaste, empecé a hacerme mil reconvenciones. Me he acusado de la más negra ingratitud y me he dicho a mí misma que había sido mala. ¿He sido mala, realmente? —me preguntó—. ¿Por qué no recibir a tus amigos? ¿No estás en tu casa? ¿Quieres saber el motivo de todo esto? Pues bien, te lo diré: tengo miedo de que no me quieras. En fin, me hallaba entre el arrepentimiento y la vergüenza de tener que cambiar de opinión, cuando he visto los periódicos, he leído que había un estreno en el Varietés, y he pensado que querías festejar a algún crítico. Cuando estoy sola, me siento débil, me he vestido apresuradamente para correr hasta ti... ¡Pobre gatito mío!». Du Bruel me miró con aire de victoria, ya ni se acordaba de sus anteriores diatribas *contra Tulia*, «¡Pues bien, mi ángel querido! No he ido a ninguna parte —le dijo—: ¡Cómo nos entendemos!» —exclamó ella. Mientras decía aquellas encantadoras palabras, pude ver, debajo de su cinturón, un pequeño billete doblado, pero no tenía necesidad de aquel indicio para adivinar que todos los caprichos de Tulia tenían su origen en razones ocultas hasta entonces para mí. La mujer es, en mi opinión, el ser más lógico de la creación, después del niño. Tanto una como otro, ofrecen el sublime fenómeno del triunfo constante del pensamiento único. En el niño, el pensamiento cambia a cada instante, pero no se conmueve más que por dicho pensamiento, y lo hace con un ardor tal que todos ceden ante él, fascinados por la ingenuidad y por la persistencia del deseo. La mujer cambia con menos frecuencia; pero el calificarla de caprichosa es una injuria propia de un ignorante. Cuando hace algo, es siempre bajo los impulsos de una pasión, y es algo maravilloso el ver cómo sabe hacer de dicha pasión el centro de la naturaleza y de la sociedad. Tulia fue astuta y engatusó a du Bruel, el día se puso azul, y la noche fue magnífica. Aquel espiritual

sainetero no se dio cuenta del dolor que se enterraba en el corazón de su mujer. «Amigo mío —me dijo él—, he aquí lo que es la vida: ¡cuántos sentimientos encontrados, cuántos contrastes!». «¡Sobre todo cuando todo es sincero», le respondí. «Así lo entiendo yo —corroboró—. Pero sin estas violentas emociones uno se moriría de aburrimiento! ¡Ah, esta mujer tiene el don de emocionarme!». Después de la cena fuimos al Varietés; pero antes de marcharnos me deslicé al apartamento de du Bruel y pude ver, sobre una mesa, entre otros papeles y periódicos destinados al sacrificio, un número de *Petites Affiches*, en el que figuraba la notificación del contrato de compra de la casa exigido por la legislación. Mientras la leía, me saltaron a la vista las siguientes palabras, que fueron para mí como una revelación:... *a nombre de Juan Francisco du Bruel y de Claudina Caffaroux, su esposa*. Todo quedó explicado para mí. Tomé del brazo a Claudina y dejé que los demás fueran bajando a la calle delante de nosotros. Cuando estuvimos solos, le dije: «¡Si yo fuese La Palferine, nunca dejaría de acudir a una cita!». Se puso seriamente un dedo sobre los labios, bajó las escaleras apretándome el brazo y mirándome con una especie de deleite sólo al pensar que yo era amigo de La Palferine. ¿Sabes cuál fue su primer pensamiento? Quiso hacer de mí su espía; pero topó con los principios de la Bohemia. Un mes más tarde, al salir del estreno de una obra de du Bruel, estábamos juntos y, como llovía, fui a buscar un *fiacre*. Habíamos estado un rato charlando en el teatro y no había ya ningún coche de alquiler a la salida. Claudina riñó severamente a du Bruel, y cuando íbamos en el suyo, ya que Claudina se empeñó en acompañarme a casa de Florina, continuó la disputa con su marido, al que dirigía las frases más mortificantes. «¡Y qué! ¿Qué sucede ahora?», pregunté. «Amigo mío, me está reprochando el que te haya dejado correr bajo la lluvia en busca de un *fiacre*, y me dice que no quiere pasar más tiempo sin tener coche y caballos propios». «Mientras fui primera bailarina, jamás tuve que usar mis pies más que en las tablas del escenario —dijo ella—. Si tuvieras compasión por mí, y me quisieras de verdad, procurarías hacer cuatro o cinco obras más al año, y como tendrían seguramente el mismo éxito de público que las demás tuyas, evitarías que tu mujer tuviera que andar por el barro. Constituye una verdadera vergüenza el que me vea precisada a pedirte semejante cosa. ¡Debiste adivinar mis perpetuos sufrimientos durante los cinco años que llevo de casada!». «No deseo otra cosa que complacerte, pero ello puede ser causa de nuestra ruina». «Si contraes deudas —replicó ella—, la herencia de mi tío las pagará». «Tú eres muy capaz de dejarme las deudas a mí y quedarte tú con la herencia». «¡Ah! ¿Lo crees así? —respondió ella—. No te diré nunca nada más sobre este asunto. Unas palabras como las que acabas de pronunciar me impiden seguir hablando de ello». Inmediatamente, du Bruel se deshizo en excusas y en protestas de amor, pero ella no contestó; él le cogió las manos, ella se las dejó coger; estaban heladas como las de una muerta. Como puedes suponer, Tulia estaba representando a la perfección el papel de cadáver que las mujeres suelen representar cuando se niegan a daros su consentimiento a todo, cuando os suprimen el alma, el espíritu, la vida, y se

consideran a sí mismas como una simple bestia de carga. Nada hace reaccionar a las personas sensibles como esta treta, aunque ésta sólo puede ser empleada con las personas que os adoran. «¿Puedes llegar a creer —me dijo, adoptando el aire más despreciativo que pudo— que un conde habría proferido semejante injuria aunque le hubiera pasado por el pensamiento? Por desgracia mía, he tenido que convivir con duques, con embajadores, con grandes señores, y conozco sus modales. ¡Esto hace que la vida burguesa sea insoportable para mí! Después de todo, un autor de *vaudevilles* no es ni un Rastignac ni un Réthoré...». Du Bruel estaba lívido. Dos días después, éste y yo nos encontramos en el *foyer* de la ópera, dimos unas cuantas vueltas juntos y la conversación recayó sobre Tulia. «No tomes en serio todo lo que dije en el boulevard, soy de carácter violento». Durante dos inviernos consecutivos fui asiduamente a casa de du Bruel, y pude seguir, atentamente, los manejos de Claudina. Ella consiguió tener un magnífico coche y un no menos magnífico tronco de caballos, y él se lanzó a la política. Ella le hizo abjurar sus opiniones realistas. Él las demostró públicamente y fue reemplazado en la administración, de la cual había formado parte durante varios años; ella le hizo buscar los sufragios de la Guardia Nacional y le hizo nombrar jefe de batallón; se mostró con tanto valor en una algarada, que consiguió la roseta de la Legión de Honor, fue nombrado subsecretario y jefe de división. El tío Chaffaroux falleció, dejando cuarenta mil libras de renta a su sobrina, aproximadamente, las tres cuartas partes de su fortuna. Du Bruel fue elegido diputado, pero antes, para no verse obligado a la reelección, se hizo nombrar consejero de Estado y director. Hizo reimprimir unos Tratados de Arqueología, unas obras sobre estadística, y publicó un par de folletos sobre temas políticos, que constituyeron el pretexto para que fuera nombrado miembro de una de las complacientes Academias del Instituto. Actualmente, es comendador de la Legión de Honor, y tan hábil se ha mostrado en las intrigas de la Cámara, que acaba de ser nombrado par de Francia y conde. Nuestro amigo no se atreve, todavía, a usar su título, pero su mujer hace poner en sus tarjetas: *La condesa du Bruel*. El ex sainetero está en posesión de la Orden de Leopoldo, la Orden de Isabel, la Cruz de San Vladimiro de segunda clase, la Orden del Mérito Civil de Baviera y la Orden Pontificia de la Espuela de Oro. En resumen, puede llevar una serie de pequeñas cruces además de otras muy grande. Hace tres meses, Claudina se presentó ante la puerta de la casa donde vive La Palferine en su brillante carruaje blasonado. Du Bruel es nieto de un comerciante ennoblecido hacia el final del reinado de Luis XIV, sus armas han sido establecidas por Chérin, y la corona condal no desmerece de aquel blasón que no presenta ninguna de las ridiculeces propias de los blasones del tiempo del Imperio, Así, pues, Claudina había llevado a término, en el plazo de tres años, todo el programa que le había impuesto el encantador y alegre La Palferine. Un día, hace de ello cosa de un mes, sube la escalera del miserable edificio en el que habita su amante, y asciende por ella hacía la gloria, vestida como una auténtica condesa del *faubourg* Saint Germain, hasta la buhardilla de nuestro amigo. La Palferine ve a

Claudina y le dice: «He sabido que has conseguido el título de condesa y que tu marido es par. Pero es ya demasiado tarde, Claudina, todo el mundo me habla de la Cruz del Sur, y ardo en deseos de verla». «Yo te la proporcionaré», le contesta ella. Al oír aquello, La Palferine estalla en una carcajada homérica. «Decididamente — continuó él—, no me interesa tener por amante a una mujer más ignorante que un lucio, y que da unos saltos de carpa que le permiten ir desde los pasillos de la ópera hasta la Corte, ya que lo que yo quiero es verte en una Corte ciudadana». «¿Qué es la Cruz del Sur?», me pregunta ella con voz triste y humillada. Sobrecogido de admiración por aquella intrepidez del verdadero amor, que en la vida real, lo mismo que en las más ingenuas fábulas de un mundo de hadas, se lanza de cabeza por un precipicio para conquistar la flor que canta o el huevo de Rok, le expliqué que la Cruz del Sur es un conjunto de nebulosas, en forma de cruz, más brillantes que la Vía Láctea, y que únicamente puede verse en los mares del Sur. «¡Pues bien, Carlos, vayámonos allí!». A pesar de la ferocidad de su espíritu, La Palferine no pudo evitar que una lágrima asomara a sus ojos, pero ¡qué mirada, y qué tono de voz los de Claudina! Nada he visto comparable a ello, ni en los gestos de los grandes actores en los momentos de mayor intensidad dramática, que el gesto de Claudina al ver aquellos ojos, que tan duros habían sido para ella, humedecidos por las lágrimas, y al caer de rodillas ante él, besando la mano de aquel implacable La Palferine, éste hizo que se levantara, adoptó el aspecto de las grandes solemnidades, al que él llama la *actitud Rustícoli*, y le dijo: «Vamos, niña mía, haré algo en tu favor. ¡Te haré figurar... en mi testamento!».

—Y bien —dijo Nathan, terminando, a la señora de Rochefide—, ahora yo me pregunto si du Bruel tiene motivos para quejarse. Verdad es que nada hay de más cómico, y de más extraño a la vez, que el ver como las bromas de un joven despreocupado constituyen las leyes de un matrimonio, de una familia, ordenando según sus más mínimos caprichos, desordenando las decisiones más graves. El caso de la cena se ha renovado, ya puedes suponerlo, mil otras veces, y en un orden de cosas mucho más trascendentes. Pero, sin las genialidades de su mujer, du Bruel seguiría siendo Cursy, un sainetero más entre otros quinientos saineteros; mientras que ahora se sienta en la Cámara de los Pares...

—¡Espero que habrás cambiado los nombres! —dijo Nathan a la señora de La Baudraye.

—Así es; para ti he puesto máscaras a los nombres verdaderos. Mi querido Nathan —dijo ella al oído del poeta—, conozco otros matrimonio en el que hay otra mujer du Bruel.

—¿Y el desenlace? —preguntó Lousteau, que regresó en el momento en que la señora de La Baudraye estaba terminando la lectura de su novela.

—No creo en desenlaces —dijo esta última—; se deben tener algunos preparados, bien hermosos, para demostrar que el arte es tan importante como el azar; pero, amigo mío, nadie lee dos veces un libro, por los detalles.

—Pero, con seguridad, existe un desenlace —dijo Nathan.

—¿Cuál? —preguntó la señora de La Baudraye.

—La marquesa de Rochefide está loca por Carlos Eduardo. Mi narración excitó su curiosidad.

—¡Ay, la desdichada! —exclamó la señora de La Baudraye.

—¡Nada de desdichada! —dijo Nathan—. Puesto que Máximo de Trailles y La Palferine han hecho que el marqués riña con la señora Schontz y están a punto de reconciliar a Arturo con Beatriz. (Véase *Beatriz*, «Escenas de la vida privada»).

1839-1845.



GAUDISSERT II



GAUDISSERT II

*A Su Alteza la princesa Cristina
de Belgiojoso, de soltera Trivulcio.*

¡Saber vender, poder vender, y vender! La gente, en general, no se da cuenta de cuánta grandeza debe París a estas tres caras del mismo problema. El brillo de los almacenes, tan lujosos como los salones de la nobleza antes de 1789, el esplendor de los cafés, que con frecuencia eclipsa, y muy fácilmente por cierto, al del Neo-Versailles, el poema de los escaparates, destruido todas las noches y vuelto a reconstruir cada mañana; la elegancia y el encanto de los jóvenes hablando con las compradoras, las atractivas fisonomías y uniformes de las muchachas encargadas de atraer a los clientes; por último, muy recientemente, las profundidades, los inmensos espacios y el lujo babilónico de las galerías en las que los comerciantes monopolizan el tráfico mercantil al concentrar todas las especialidades; todo esto ¡no es nada!... Todo está encaminado a deleitar al órgano más ávido e incansable que ha ido desarrollándose en el hombre desde la época romana, y cuyas exigencias han ido haciendo desaparecer todos los límites, merced a los desvelos de la más refinada Civilización: *el ojo de los habitantes de París...*

Este ojo, y su mirada, hacen que se gasten cien mil francos en fuegos artificiales; que se construyan palacios de dos kilómetros de longitud, por sesenta pies de altura, de cristales multicolores; que se representen verdaderas obras dignas de cuentos de hadas, todas las noches, en catorce teatros; que se realicen continuas exposiciones de obras maestras de arte y que se produzcan verdaderos mundos de dolor y universos de alegrías, en los paseos por los boulevards, o deambulando por las calles; que se puedan contemplar auténticas enciclopedias de andrajos durante el Carnaval, una veintena de obras ilustradas cada año, un millar de caricaturas, diez mil viñetas, litografías y grabados. Esta mirada se halla iluminada por quince mil francos de gas cada noche; finalmente, para poderle dar satisfacción, la ciudad de París gasta, anualmente, varios millones en parques y jardines, ¡Y esto tampoco es todo!... No es más que el lado material de la cuestión. En nuestra opinión, es muy poca cosa si lo comparamos con los esfuerzos de inteligencia, de sutilezas, dignas de Molière, utilizadas por los sesenta mil empleados y las cuarenta mil señoritas, que se lanzan vorazmente sobre las bolsas de los compradores, como millares de percas se lanzarían sobre unos pedazos de pan que flotasen en las aguas del Sena.

Un dependiente, detrás de un mostrador, es, por lo menos, igual, en capacidad, en agudeza, en perspicacia y en filosofía, al ilustre viajante de comercio, que puede ser considerado como el personaje tipo de esta tribu. Si se le saca de su tienda, de detrás de su mostrador, es como un globo sin gas; sólo demuestra su auténtica capacidad si se ve rodeado de mercancías, del mismo modo que el actor sólo es sublime en el

escenario. Aunque, en comparación con los demás dependientes de Europa, el dependiente francés sea más instruido que aquéllos —ya que, si llega el caso, puede hablar del asfalto, del Baile Mabilie, de la polka, de literatura, de libros ilustrados, de ferrocarriles, de política, de las Cámaras y de revolución—, es perfectamente estúpido cuando se halla fuera de su trampolín, su vara de medir y el cuaderno de pedidos; pero allí, detrás del mostrador, con la palabra en los labios, la mirada práctica, un corte de tela en la mano, sería capaz de eclipsar al gran Talleyrand. Posee más inteligencia que Désaugiers, más astucia que Cleopatra, vale lo que un Monrose mezclado con algo de Molière. En su terreno, Talleyrand hubiese podido convencer al dependiente de comercio, pero en su almacén, el dependiente de comercio habría convencido a Talleyrand.

Expliquemos esta paradoja por medio de un hecho.

Dos hermosas duquesas estaban charlando entre ellas, cerca de aquel ilustre príncipe: querían un brazaletes cada una. Estaban esperando que el más célebre joyero de París les enviara un dependiente con los brazaletes. El dependiente llega con tres brazaletes, tres auténticas maravillas, entre las cuales las dos mujeres dudan. ¡Elegir! Es ésta una de las cosas más difíciles para la inteligencia. ¿No dudarían ustedes ante un caso semejante?... ¿Una vez decidida la elección, no tendrían la sensación de haberse equivocado? El gusto no proporciona dos inspiraciones. Finalmente, al cabo de diez minutos, el príncipe es consultado; ve a ambas duquesas enzarzadas en las mil facetas de la incertidumbre entre las dos más deslumbrantes de aquellas joyas; ya que desde el primer momento hubo una que quedó descartada. El príncipe no deja su lectura, ni dirige una sola mirada a los brazaletes, pero, en cambio, examina al dependiente.

—¿Cuál de ellos elegirías para una buena amiga tuya? —le preguntó.

El joven muestra uno de los dos brazaletes.

—En este caso, quédate con el otro, ya que así harás la felicidad de dos mujeres —dijo el más astuto de los diplomáticos—, y tú, joven, podrás hacer, en mi nombre, la de tu buena amiga.

Las dos hermosas mujeres sonrieron, y el dependiente se retira, tan honrado por el regalo que el príncipe acaba de hacerle como de la buena opinión que éste tiene de él.

Una mujer desciende de su magnífico carruaje, detenido en la calle Vivienne, delante de uno de estos espléndidos almacenes en los que se venden ropas, acompañada de otra mujer. Para esta clase de expediciones, las mujeres suelen ir por parejas. Todas ellas, en parecidas circunstancias, antes de decidirse, visitan por lo menos una docena de almacenes; y durante los intervalos entre uno y otro, se divierten comentando la pequeña comedia que representan en su honor los dependientes. Examinemos quién representa mejor su papel, si la compradora o el vendedor. ¿Cuál de los dos personajes sale triunfador en este pequeño sainete?

Cuando se trata de describir al acto más importante del Comercio de París, la venta, no hay más remedio que enfrentarse con un solo tipo que resuma la cuestión.

Podría suponerse que la compra de una tela de alta calidad o de un collar de mil escudos deben producir emociones mucho más intensas que cuando el objeto de la transacción es un pedazo de batista o una tela de trescientos francos. Pero, ¡oh, personas ajenas a estos extraños mundos!, si alguna vez se han creído semejante cosa, sepan ustedes que idéntica escena se repite en los almacenes de novedades cuando compran una telilla de dos francos o muselina estampada a cuatro francos el metro.

¿Cómo podrían ustedes, princesas o burguesas, desconfiar de este joven de mejillas aterciopeladas y coloreadas como un melocotón, de mirada cándida, vestido con una elegancia digna de vuestro..., vuestro..., bien, digamos vuestro primo, y cuya voz es tan dulce y suave como la tela que os ofrece? Hay tres o cuatro tipos: uno, de ojos negros, cara decidida, que os dice: «Aquí lo tiene usted», con aire imperial. Otro, de ojos azules y modales tímidos, de frases sumisas, y del cual se dice: «¡Pobre muchacho! ¡Me parece que no sirve para el comercio!...». Un tercero de pelo castaño claro, mirada juvenil y risueña, de frase halagadora, dotado de gran actividad, y de una alegría meridional. Aquel de más allá, pelirrojo, de barba en forma de abanico, áspero como un comunista, severo, imponente, con una corbata fatal y de parlamentos breves.

Todas estas distintas clases de dependientes, que corresponden a otros tantos caracteres de mujer, son los brazos de su dueño, un hombre gordo, de mirada despierta, frente medio calva, barriga de diputado ministerial, a menudo condecorado con la Legión de Honor por haber sabido mantener la superioridad del comercio francés, cuyas líneas redondeadas exteriorizan la satisfacción interior que invade su espíritu, que tiene mujer, hijos, una casa en el campo y una sustanciosa cuenta corriente en el Banco. Este personaje desciende al palenque como un *deus ex machina* cuando la intriga se ha complicado excesivamente y precisa de un desenlace rápido. Así, las mujeres se ven rodeadas de simpatía, juventud, de zalamerías, de sonrisas, de bromas, de todo aquello que la Humanidad civilizada es capaz de ofrecer de sencillo y decepcionante: toda la gama de matices para satisfacer cualquier gusto.

Una palabra sobre los efectos naturales de óptica, de arquitectura, de decoración: unas breves palabras, decisivas, terribles, que son representación de un hecho histórico reciente. El libro en el cual están ustedes leyendo estas instructivas páginas, se vende en la calle de Richelieu, 76, en una elegante tienda, pintada de blanco y oro, y tapicería de terciopelo rojo, que poseía una habitación en el entresuelo, en la cual entra de lleno la luz de la calle Ménars, y penetra como en el taller de un pintor, franca, pura, nítida, siempre igual. Qué paseante no ha admirado al Persa, este rey de Asia que se levanta en la esquina de la calle de la Bolsa con la de Richelieu, encargado de decir *urbi et orbe*: «Reino más tranquilamente aquí que en Lahore». Dentro de quinientos años, esta escultura, situada en la esquina de las dos calles, podría, a no ser por este análisis inmortal, ser objeto de indagaciones arqueológicas, hacer que se escribieran numerosos volúmenes *in-cuarto* con grabados, como el del señor de Quatremère sobre Júpiter Olímpico, y en los cuales se intentaría demostrar,

y quizá lo conseguirían, que Napoleón había sido como una especie de *sophi* en alguna región del Oriente, antes de ser emperador de los franceses. ¡Pues bien!, esta lujosa tienda se ha instalado en dicho entresuelo: y, a fuerza de billetes de Banco, lo ha adquirido. *La comedia humana* ha cedido su lugar a la comedia de las cachemiras. El Persa ha tenido que sacrificar alguno de los diamantes de su corona para obtener aquella luz tan necesaria para una tienda. Los rayos de sol aumentan las ventas en un cien por cien, a causa de su influencia sobre el juego de los colores; hace resaltar las seducciones de las telas, es una luz irresistible, es un auténtico rayo de oro. Sobre este mismo hecho se producen todos los almacenes de París...

Pero volvamos a aquellos jóvenes, a aquel cuadragenario condecorado, que es recibido por el rey de los franceses en palacio e invitado a su mesa, a aquel primer dependiente de barba roja y aire autocrático. La habilidad de todos aquellos dependientes eméritos se pone a prueba mil veces a la semana; conocen todas las vibraciones de las telas de cachemira en los corazones femeninos. Cuando una cortesana de rango, una joven madre de familia, una elegante, una duquesa, una sencilla burguesa, una bailarina retirada, una inocente señorita, una más que inocente extranjera, se presentan en la tienda, cada una de ellas es concienzudamente analizada por aquellos siete y ocho hombres, que la han estudiado desde el preciso momento en que ha puesto la mano en la manilla de la puerta, situándose en las ventanas, detrás del mostrador, en la puerta, en un rincón, o en medio del almacén, con aspecto de estar pensando en los placeres de un domingo de desenfreno; si se les examina, podría uno preguntarse: «¿En qué pueden estar pensando?». El bolso de una mujer, sus deseos, sus intenciones, sus fantasías, son inventariadas y registradas en un instante, con más meticulosidad que los aduaneros registran un coche sospechoso de contrabando en una inspección de siete cuartos de hora. Aquellos inteligentes muchachos, serios como padres nobles, lo han visto todo: los detalles del vestido, una casi invisible mancha de barro en un escaquin, un lazo mal hecho, una cinta del sombrero sucia o de mal gusto, el corte y la calidad de la tela del vestido, si los guantes están poco o muy usados, si el vestido ha sido cortado por las inteligentes tijeras de Victorina IV, si la joya que lleva es de Froment-Meurice, la fruslería de moda, en fin, todo aquello que en una mujer puede delatar su calidad, su fortuna y su manera de ser. ¡Estremézcanse! Jamás aquel sanedrín de dependientes, presidido por el dueño, comete una equivocación. Además, las observaciones de cada uno de ellos se transmite a los demás, por medio de miradas, con una rapidez telegráfica, mediante tics nerviosos, sonrisas, movimientos de los labios, que al observarlos creerían ustedes se trata de una iluminación simultánea de la gran avenida de los Campos Elíseos, en la que el gas vuela de farola en farola del mismo modo que los pensamientos de cada uno de los empleados vuela de uno a otro.

Si la visitante es una inglesa, inmediatamente el dependiente sombrío, misterioso y fatal avanza con la gravedad de un novelesco personaje de Lord Byron.

Si se trata de una burguesa, se destaca el empleado de más edad; le enseña cien

clases distintas de telas en un cuarto de hora, la emborracha de colores y de dibujos; despliega a su alrededor tantas piezas de tela como vueltas da el milano alrededor del conejo; al cabo de media hora, aturdida y sin saber qué escoger, la digna burguesa, halagada en todo cuanto dice y piensa, se entrega indefensa al empleado, que la coloca entre estos dos martillos del dilema y de las similares seducciones de dos telas; «Éste, señora, quizá le convenga más, es de color verde manzana, el color de moda; pero la moda cambia, mientras que este otro (el negro o el blanco, la venta del cual es cosa urgente), lo puede llevar toda la vida, y va bien para cualquier momento del día».

Esto constituye el *abecé* del oficio.

—No podéis imaginaros cuánta elocuencia es necesaria en este perro oficio —decía hace poco el primer dependiente del establecimiento conversando con dos amigos suyos, Duronceret y Bixiou, que habían ido a la tienda a comprar un corte, confiando en él—. Ved, vosotros sois artistas discretos, y puedo explicaros las tretas de mi patrón, que, con seguridad, es el hombre más capacitado con quien jamás me he encontrado. No hablo ya como fabricante, que en esto el señor Fritot es el número uno, sino como vendedor; ha inventado el chal Selim, un chal *imposible de vender*, y que nosotros vendemos continuamente. Lo guardamos en una caja de madera de cedro, muy sencilla, pero forrada de satén: se trata de una tela de quinientos o seiscientos francos, una de las telas mandadas por Selim al emperador Napoleón. Esta tela es nuestra Guardia Imperial, la hacemos avanzar cuando la batalla está ya desesperadamente perdida: *se vende, pero no muere*.

En aquel momento, una inglesa descendió de un coche de alquiler, y se mostró con todo el ideal de aquella flema exclusiva de Inglaterra y que poseen todos sus productos pretendidamente animados. Hubieran ustedes dicho que se trataba de la estatua del comendador, andando con ciertos sobresaltos, de una falta de gracia fabricada en Londres, en todas las familias con sentido nacional.

—Las inglesas —dijo al oído a Bixiou— son nuestra batalla de Waterloo. Nos enfrentamos con mujeres que se escurren de nuestras manos como anguilas y que debemos perseguirlas hasta la escalera; mujeres de la vida que *bromean* con nosotros, y con las que tenemos que reír; extranjeras indescifrables, a cuyas residencias mandamos multitud de telas y con las cuales nos entendemos, merced a desplegar todos los halagos de nuestro repertorio; pero las inglesas es como golpear con una caña la estatua de bronce de Luis XIV... Estas mujeres son unas profesionales, unas diletantes del chalaneo... ¡Incluso nos obligan a desempeñar toda clase de papeles!...

El empleado de aspecto romántico se había adelantado hacia la visitante.

—La señora desea una tela de la India o de Francia, de precio elevado o...

—*Veremos* (Viremous).

—¿Cuánto desea gastar, señora?

—*Veremos* (Viremous).

Al volverse para sacar las telas y extenderlas sobre el mostrador, el empleado

lanzó sobre sus colegas una mirada significativa (¡qué alhaja!), acompañada de un imperceptible encogimiento de hombros.

—He aquí las más bellas calidades que tenemos en rojo de la India, en azul y en amarillo naranja; todas son de diez mil francos... Éstas son a cinco mil, y estas otras a tres mil.

La inglesa, con una indiferencia triste, lanzó, a través de sus impertinentes, una mirada a su alrededor antes de lanzarla sobre las telas, sin dar ningún signo de aprobación o de desaprobación.

—¿Tiene usted otras? (*Tiene osté outras*), preguntó.

—Sí señora; ¿pero quizá la señora no está muy decidida a comprar una tela?

—¡Oh! (¡ou!), muy decidida (muy disaidide).

Y el empleado fue a buscar otras piezas de telas de calidad inferior; pero las exhibió solemnemente, como si fueran cosas a las cuales debiera anunciarse diciendo: «¡Atención a esta magnificencia!».

—Éstas son mucho más caras —dijo—, han sido traídas especialmente por correos y han sido compradas, directamente, a los fabricantes de Lahore.

—¡Oh! Ya comprendo —dijo ella—. ¡Éstas me gustan, más!

El empleado continuó muy serio, a pesar de su indignación interior, que se había ya extendido a Duronceret y a Bixiou. La inglesa continuaba fría como un témpano y contenta de su flema.

—¿Cuánto valen? —dijo, señalando una tela azul celeste cubierta de pájaros que tenían sus nidos en pagodas.

—Siete mil francos.

Cogió la tela, se envolvió con ella, se miró en un espejo y devolviéndola dijo:

—*No, no me gusta.* (*Nou, nou mi gusta*).

Transcurrió un largo cuarto de hora en intentos infructuosos.

—Ya no tenemos nada más, señora —dijo el empleado dirigiendo una mirada al dueño.

—La señora es difícil de contentar, como todas las personas de verdadero gusto —dijo el jefe del establecimiento avanzando con todo el encanto tenderil en el que lo pretencioso y lo rastrero se confunden en una agradable mezcla.

La inglesa tomó sus impertinentes e inspeccionó al fabricante desde la cabeza a los pies, sin querer comprender que aquel hombre era elegible y que cenaba en las Tulleries.

—Únicamente me queda una tela que mostrarle, cosa que no acostumbro a hacer, porque a nadie le ha gustado, es muy rara; y, precisamente esta mañana estaba pensando en regalársela a mi mujer; la tenemos desde 1805, y procede de la emperatriz Josefina.

—Veámosla, caballero.

—¡Id a buscarla! —dijo el dueño a un empleado—. La encontraréis en mi casa...

—Estaré mucho más satisfecha si puedo verla —dijo la inglesa.

Aquella contestación fue como un triunfo, ya que aquella mujer *spleenica* parecía estaba ya a punto de marcharse. Se hubiese creído que no miraba más que a las telas, pero observaba a los empleados y a los compradores con hipocresía, ocultando sus pupilas con la montura de sus impertinentes.

—En Turquía costó sesenta mil francos, señora.

—¡*Oh!* (¡*Ou!*)!

—Es uno de los siete cortes de tela mandados por Selim, antes de su catástrofe, al emperador Napoleón. La emperatriz Josefina, una criolla, como seguramente la señora no ignora, muy caprichosa, la cambió por otra que había traído el embajador turco y que mi predecesor había comprado; pero jamás he podido saber su precio; ya que en Francia *nuestras damas* no son lo bastante ricas para comprarla, no son como las de Inglaterra... Esta tela le costaría siete mil francos, que en realidad correspondería un precio de catorce o quince mil, si tuviéramos en cuenta los intereses compuestos...

—¿Compuestos de qué? —preguntó la inglesa—, (¿*Coumpuestous de qué?*).

—Aquí está, señora.

Y el patrón, tomando una serie de precauciones que habrían causado la admiración de los manipuladores del *Grunegetwebe* de Drede, abrió, con una llave mínima, una caja cuadrada, de madera de cedro, cuya forma y sencillez causaron una profunda impresión en el ánimo de la inglesa. De aquella caja, forrada de satén negro, salió una pieza de tela de unos mil quinientos francos, aproximadamente, de un amarillo oro, con dibujos negros, cuyo brillo era únicamente superado por la imaginación oriental.

—*Splendid!* —exclamó la inglesa—. Esto es realmente hermoso... Esto es mi ideal (*aidiat*), *it is very magnificent*...

La continuación se perdió en la actitud de *madonna* que adoptó, para demostrar con su mirada sin calor que aquélla le gustaba.

—El emperador Napoleón sentía verdadero entusiasmo por esta tela, la utilizó para...

—*Mocho* —repitió ella.

Cogió la tela, se envolvió con ella y se examinó. El dueño la volvió a tomar en sus manos, la estrujó, la revolvió y la hizo brillar; jugó con ella, con la misma facilidad con que Liszt toca el piano.

—¡*Es very fine, beautiful, sweet!* —dijo la inglesa, con la mayor tranquilidad.

Duronceret, Bixiou y los demás empleados intercambiaron miradas de complacencia, que significaban: «La tela está ya vendida».

—¿Y bien, señora? —preguntó el comerciante al ver a la inglesa sumida en una especie de contemplación infinitamente prolongada.

—Decididamente —dijo ella—, preferiría *una cocha*...

El mismo sobresalto sacudió a los silenciosos y atentos empleados, como si a través de ellos hubiera pasado un fluido eléctrico.

—Tengo a su disposición uno hermosísimo —respondió tranquilamente el dueño —, que procede de una princesa rusa, la princesa Narzikoff, que me la dejó en pago de unos muebles; si la señora se digna verla, quedará maravillada; es nueva completamente, no ha rodado ni diez días, y no hay otra en París que pueda comparársele.

La estupefacción de los empleados quedó contenida por su profunda admiración.

—Me gustaría mucho verlo —respondió ella.

—La señora puede llevarse con ella la tela —dijo el comerciante—, podrá ver el efecto en el coche.

El comerciante fue a recoger sus guantes y su sombrero.

—¿Cómo va a terminar todo esto?... —dijo el primer empleado al ver a su dueño ofreciendo la mano a la inglesa y subiendo tras ella en el coche de alquiler.

Aquello tuvo, para Duronceret y Bixiou, todo el interés de un final de novela, además del interés específico que despiertan siempre las luchas entre franceses e ingleses, por mínimas que sean. Al término de veinte minutos, el dueño regresó.

—Vayan al «Hotel Lawson», aquí está la tarjeta de la señora: *Mistress* Noswell. Entréguele la factura que ahora les daré: deben cobrar seis mil francos.

—¿Y cómo se las ha arreglado usted? —preguntó Duronceret haciendo una reverencia a aquel rey de la facturación.

—¡Ah! Caballero, he comprendido la manera de ser de esta excéntrica mujer; le gusta salirse de lo corriente y que la gente la mire; cuando ha visto que todo el mundo miraba la tela que llevaba consigo, me ha dicho: «Decididamente, quédese usted con el coche, señor, me quedo con la tela». Mientras el señor Biborneau —dijo señalando al empleado romántico— desplegaba ante ella las piezas de tela, yo examinaba a la mujer; les miraba a ustedes a través de sus impertinentes, para saber qué era lo que pensaban de ella, y se preocupaba mucho más de ustedes que de las telas. Las inglesas tienen un mal gusto especial (ya que no se puede decir que se trate de un gusto), no saben qué es lo que quieren, y se deciden a comprar cualquier cosa más bien a causa de cualquier circunstancia fortuita que por verdadero deseo de adquirirla. He reconocido en ella a una de esas mujeres fastidiadas de sus maridos, de sus hijos, virtuosas a pesar suyo, en busca de emociones, y siempre adoptando aires de sauce llorón...

Esto fue, literalmente, lo que dijo el dueño del establecimiento.

Ello prueba que dentro de un comerciante de cualquier otro país no hay más que un comerciante; mientras que en Francia, y especialmente en París, hay un hombre salido de un Colegio Real, instruido, amante de las artes o de la pesca, o del teatro, o devorado por ser el sucesor de un Cunin-Cridaine, o coronel de la Guardia Nacional, o miembro del Consejo General del Departamento del Sena, o magistrado en el Tribunal de Comercio.

—Señor Adolfo —dijo la esposa del fabricante dirigiéndose al empleado rubio—, vaya usted a encargar una caja de cedro en la carpintería de la esquina.

—Y nosotros —dijo el empleado acompañando a Duronceret y a Bixiou, que habían escogido una tela para la señora Schontz— iremos a escoger, entre nuestras telas invendibles, un corte que pueda volver a desempeñar el papel de chal de Selim.

París, noviembre de 1844.



LOS EMPLEADOS



LOS EMPLEADOS

*A la condesa Serafina San Severino,
de soltera Porcia.*

Obligado a leerlo todo para no repetir nada, estaba ojeando, hace unos días, los trescientos cuentos más o menos droláticos de *II Bandello*, escritor del siglo XVI, poco conocido en Francia, y publicados completos últimamente en Florencia, en una edición compacta de cuentistas italianos; vuestro nombre, así como el del conde, ha impresionado tan vivamente mi vista como si estuviese usted ante mí, señora. He leído por primera vez a *II Bandello* en su versión original, y he visto, no sin sorpresa, que todos y cada uno de los cuentos, aunque su extensión no excediera de cinco páginas, estaban dedicados, mediante una carta familiar, a reyes, reinas y altos personajes de su tiempo, entre los cuales destacaban los nobles del Milanesado y del Piamonte, patria de *I Bandello*, de Florencia y de Génova. Se trataba de los *Dolcini* de Mantua, los *San Severini* de Crema, los *Visconti* de Milán, los *Guidoboni* de Tortona, los *Sforza*, los *Doria*, los *Fregoso*, los *Dante Alighieri* (existía todavía uno en aquella época), los *Frascator*, la reina Margarita de Francia, el emperador de Alemania, el rey de Bohemia, Maximiliano, archiduque de Austria, los *Medid*, los *Sauli Pallavicini*, *Bentivoglio* de Bolonia, *Soderini*, *Colonna*, *Scaliger*, los *Cardona* de España. En Francia: los Marigny, Ana de Polignac, la princesa de Marsillac y condesa de La Rochefoucault, el cardenal de Armagnac, el obispo de Cahors. Resumiendo: toda la alta sociedad de la época, feliz y halagada por sostener correspondencia con el sucesor de Boccaccio. He podido comprobar también cuánta nobleza de carácter poseía *II Bandello*; si adornó su obra con todos estos nombres ilustres, no traicionó en absoluto la causa de sus amistades particulares. Después de la *señora Gallerana*, condesa de Bérgamo, viene el médico a quien dedicó su cuento *Romeo y Julieta*; a continuación de la *signora molto magnifica Hypolita Visconti ed Atellana*, viene un simple capitán de caballería ligera, *Livio Liviano*; después del duque de Orleáns, sin predicador; después de una *Riario*, viene *messer magnífico Girolamo Ungaro, mercante lucchese*, hombre virtuoso al cual explica como *un gentiluomo navarese sposa una che era sua sor ella et figliuola, non lo sapendo*, asunto que le había sido enviado por la reina de Navarra. Yo he pensado que podría, lo mismo que *II Bandello*, colocar una de mis narraciones bajo la protección de *una virtuosa, gentilissima, illustrissima contessa Serafina San Severina*, y expresarle verdades que serán tomadas por halagos. ¿Por qué no confesar que me siento orgulloso de manifestar aquí y en cualquier parte que hoy, al igual que en el siglo XVI, los escritores, sea cual fuere el rango en que les coloque por un instante la moda, se consuelan de las calumnias, de las injurias, de las críticas acerbas, mediante hermosas y nobles amistades cuyos votos ayudan a vencer los muchos fastidios de la vida literaria? París, este cerebro del mundo, le

ha gustado a usted tanto por su continua agitación espiritual, ha sido tan perfectamente comprendido por la delicadeza veneciana de vuestra inteligencia, ha amado usted tanto este rico salón de Gérard que hemos perdido, y en el cual podían verse, como en la obra de *II Bandello*, las ilustraciones europeas de este cuarto de siglo, las brillantes fiestas, las inauguraciones encantadas que realiza esta grande y peligrosa sirena le han maravillado de tal modo, ha exteriorizado usted tan ingenuamente sus impresiones, que sin duda no tendrá inconveniente en tomar bajo su protección la descripción de un mundo que usted no habrá podido conocer, pero que no carece de originalidad. Hubiese querido tener a mano alguna pequeña poesía para ofrecérsela a usted, que tanta poesía encierra en su alma y que su corazón ha sabido expresar; pero si un pobre prosista no puede dar lo que tiene, quizá pueda encarecer a vuestros ojos lo módico del presente por medio de los respetuosos homenajes de una de estas profundas y sinceras admiraciones que usted inspira.

DE BALZAC

En París, donde los hombres de estudio y de talento, desenvolviéndose en el mismo medio, presentan algunas analogías, ha debido usted encontrar tipos parecidos al señor Roubourdin, que en el momento de iniciarse esta narración es jefe de oficina en uno de los más importantes ministerios: cuarenta años, pelo gris de un tono que puede aún gustar a las mujeres y que suaviza su fisonomía melancólica; ojos azules llenos de fuego, una tez blanca, pero cálida y sembrada de algunas rojeces violentas; frente y nariz a lo Luis XV, boca seria, elevada estatura, delgado, o más bien adelgazado como un hombre convaleciente de una enfermedad, y finalmente, un andar mantenido equidistante de la indolencia del que se pasea y la meditación del hombre atareado. Si esta descripción no hiciera prejuzgar un carácter, su vestido contribuía, quizás, a ponerlo de relieve. Roubourdin vestía habitualmente una gran levita azul, corbata blanca, chaleco cruzado a lo Robespierre, pantalones negros sin dobleces, calcetines de seda gris y zapatos abiertos. Afeitado, desayunaba su taza de café a las ocho de la mañana, salía de casa con la exactitud de un reloj, y al dirigirse hacia el ministerio recoma siempre el mismo trayecto; pero tan limpio, tan compuesto, que se le hubiera podido tomar por un inglés dirigiéndose a su Embajada. Mediante estos rasgos generales, habrán podido adivinar en él al padre de familia agotado por contrariedades en el seno de la misma, atormentado por los enojosos asuntos del ministerio, pero lo bastante filósofo para tomarse la vida tal como es; un hombre honesto, amante de su patria y sirviéndola, sin disimular los obstáculos con que se encuentra por desear obrar bien; prudente, porque conoce a los hombres, y de una exquisita amabilidad para con las mujeres, porque nada espera de ellas; en fin, un hombre de mucha experiencia, amable con sus inferiores, manteniéndose a distancia

de sus iguales y altamente digno con sus superiores. En la época en que le encuentra este estudio, habrían podido ustedes observar que tenía el aspecto fríamente resignado del hombre que ha enterrado todas sus ilusiones juveniles, que ha renunciado ya a sus secretas ambiciones; habrían podido reconocer en él al hombre descorazonado, pero aún sin desilusión y que persiste en sus primitivos proyectos, más para ejercer sus facultades que por la esperanza de un dudoso triunfo. No había conseguido ninguna condecoración, y se acusaba a sí mismo como de una debilidad, el haber llevado la del Lis durante los primeros días de la Restauración.

La vida de aquel hombre ofrecía particularidades misteriosas: no había conocido a su padre; su madre, mujer en cuya casa resplandecía el lujo más desenfrenado, siempre arreglada, siempre en fiesta, con un mobiliario que en su recuerdo le parecía de una belleza maravillosa, y a la que veía muy raramente, no le dejó casi nada; pero ella le había dado una educación vulgar e incompleta, una educación que produce tantas ambiciones y tan poca capacidad. A los dieciséis años, unos días antes del fallecimiento de su madre, había salido del Colegio Napoleón para entrar en calidad de supernumerario en las oficinas del Estado, en las que un desconocido protector le había hecho aceptar sin demasiados trámites. A los veintidós años, Rabourdin era subjefe y a los veinticinco, jefe. A partir de aquel día, la mano que sostenía a este joven en la vida no había hecho sentir su poder más que en una sola circunstancia; le había llevado, a él, que era pobre, a casa del señor Leprince, ex comisario de Tasas, viudo, al que se consideraba como hombre muy rico y que solamente tenía una hija. Xavier Rabourdin se enamoró perdidamente de la señorita Celestina Leprince, de diecisiete años de edad a la sazón, y que tenía las pretensiones proporcionadas por una dote de doscientos mil francos. Cuidadosamente educada por una madre artista que le transmitió todo su talento, aquella joven debía forzosamente atraer las miradas de los hombres más ventajosamente situados en la sociedad. Alta, hermosa y admirablemente formada, hablaba numerosas lenguas; habla recibido algo así como un barniz de ciencia, peligrosa circunstancia que obliga a una mujer a tener mucho cuidado si quiere evitar caer en la pedantería. Cegada por una ternura mal entendida, la madre había dado a la hija falsas esperanzas sobre su futuro; escuchándola, se hubiese creído que únicamente un duque, un embajador o un mariscal de Francia podían situar a su Celestina en el verdadero lugar que le correspondía en la sociedad. Por otra parte, esta hija única poseía las maneras, los modales y el lenguaje del gran mundo. Sus vestidos eran más costosos y más elegantes de lo que corresponde a una muchacha soltera: un marido sólo podía proporcionarle la felicidad. Y además, los mimos de que era objeto por parte de su madre, que falleció un año después del matrimonio de su hija, hacían aún más difícil el papel de enamorado: para manejar a una mujer de esta clase hacia falta una gran dosis de sangre fría. Los burgueses, asustados, se retiraban. Huérfano, sin otra fortuna que su empleo de jefe de oficina, Xavier fue propuesto por el señor Leprince a Celestina, la cual se resistió durante mucho tiempo. La señorita Leprince no tenía objeción que oponer a su pretendiente:

era joven, estaba enamorado y era apuesto; pero no quería convertirse en la señora Roubourdin, El padre explicó a su hija que Roubourdin era de la madera con la que se hacían los ministros. Celestina le replicó que nadie que llevara un apellido como Roubourdin podría hacer carrera política con los Borbones, etc. Acorralado en sus trincheras, el padre cometió una gran indiscreción al declarar a su hija que su futuro sería Roubourdin y *algo más* antes de que alcanzara la edad necesaria para sentarse en la Cámara. Xavier sería nombrado a no tardar secretario general de su Ministerio. Desde este trampolín, aquel joven podría alcanzar los más altos puestos dentro de la Administración, y ganar una fortuna y un apellido que le sería transmitido mediante un testamento del que tenía conocimiento. La boda se llevó a efecto.

Tanto Roubourdin como su mujer creyeron en el misterioso poder indicado por el ex comisario de Tasas. Dejándose arrastrar por la esperanza y por el optimismo que los primeros amores aconsejan a los recién casados, el señor y la señora Roubourdin devoraron en cinco años cerca de cien mil francos de su capital. Justamente asustada al no ver progresar la carrera de su marido, Celestina quiso emplear en tierras los cien mil francos restantes de su dote, inversión que les proporcionó pocos beneficios; pero esperaban que un día u otro la sucesión del señor Leprince recompensaría las prudentes privaciones con los frutos de un acomodado desahogo. Cuando el ex comisario de Tasas vio a su yerno desheredado de protección, intentó, por amor hacia su hija, reparar aquel secreto fracaso arriesgando parte de su fortuna en una especulación plena de prometedoras posibilidades; pero el pobre hombre, afectado por una de las liquidaciones de la Casa Nucingen, murió de pena, no dejando más fortuna que una decena de hermosos cuadros que pasaron a adornar las paredes de la casa de su hija, y algunos muebles antiguos que ésta encerró en el granero. Ocho años de vana espera hicieron por fin comprender a la señora Roubourdin que el paternal protector de su marido debía haber sido sorprendido por la muerte, debiendo haberse perdido, o revocado, su testamento. Dos años, antes del fallecimiento del señor Leprince, el empleo de jefe de división, que estaba vacante, había sido dado a un tal señor de La Billardière, pariente de un diputado de la derecha, nombrado ministro en 1823. Era como para dejar el empleo. Pero ¿podía Roubourdin abandonar los ocho mil francos de sueldo más las gratificaciones, cuando en su casa estaban acostumbrados a gastarlos y constituían las tres cuartas partes de sus ingresos totales? ¡Qué caída para una mujer cuyas altas pretensiones en los inicios de la vida eran casi legítimas, y que pasaba por ser una mujer superior!

La señora Roubourdin justificó las esperanzas que prometía la señorita Leprince: poseía los elementos de aparente superioridad que tanto gusta al mundo, su amplia educación le permitía hablar a cada cual en su propio lenguaje, su talento era real, demostraba una inteligencia independiente y elevada, su conversación cautivaba tanto por su variedad como por la originalidad de sus ideas. Todas estas útiles cualidades, importantes para una reina o para una embajadora, sirven de poca cosa en un matrimonio que debe vivir a ras de suelo. Las personas que hablan bien quieren tener

público, les gusta hablar extensamente y a veces llegan a cansar. Para satisfacer las necesidades de su espíritu, la señora Rabourdin estableció un día de recepción por semana, y frecuentó la sociedad para gustar en ella los placeres a los cuales su amor propio la había acostumbrado. Todos aquellos que conocen la vida de París podrán comprender los sufrimientos de aquella mujer, interiormente asesinada dado lo exiguo de sus medios pecuniarios. Pese a tantas declamaciones sobre el dinero, siempre que uno habita en París, se ve obligado a rendir homenaje a las cifras y besar la horquillada pata del Vellochino de Oro. ¡Qué problema! ¡Doce mil libras de renta para sostener una familia compuesta por el padre, la madre, dos hijos, una camarera y una cocinera, viviendo todos en la calle Duphot, en un apartamento del segundo piso de cien luises de alquiler! Añadid a esto los vestidos y los coches de la señora antes de evaluar los grandes dispendios del hogar, ya que los vestidos se anteponian a cualquier otra cosa; vean lo que queda para destinarlo a la educación de los hijos (una niña de siete años y un niño de nueve, cuyo sostenimiento costaba ya dos mil francos), y comprenderán que la señora Rabourdin apenas podía dar treinta francos al mes a su marido. A casi todos los maridos parisienses les sucede lo mismo, so pena de que sean unos monstruos. Aquella mujer que se había creído destinada a brillar en sociedad, a dominarla, se vio obligada finalmente a tener que utilizar sus facultades en una lucha innoble, inesperada, combatiendo cuerpo a cuerpo con su cuaderno de gastos. Hacía tiempo que ¡ay!, ¡sufrimiento de su amor propio!, había tenido que despedir a un criado; fue a raíz de la muerte de su padre. La mayoría de las mujeres llegan a cansarse de esta lucha diaria, se quejan de ella, y terminan por doblegarse ante su suerte; pero, en vez de decrecer, la ambición de Celestina aumentó, en medio de las dificultades; y no pudiendo vencerlas, quiso ignorarlas, A sus ojos, aquella complicación en las cosas de la vida fue como un nudo gordiano que no puede deshacerse, y que el genio corta. Lejos de consentir en la mezquindad de un destino burgués, se impacientó por el retraso que llevaban sus futuros grandes acontecimientos, y acusó a la suerte de mendaz. Celestina se creía, de buena fe, una mujer superior. Quizá estaba en lo cierto, quizá hubiese sido grande en medio de grandes circunstancias, quizá no se hallaba colocada en su verdadero lugar. Reconozcámoslo: existen diversas modalidades de mujeres como de hombres que se forman en medio de la sociedad según sus necesidades. Y en el orden social, como en el natural, existen más retoños que árboles, más frezas que pescados que hayan alcanzado su pleno desarrollo; muchas inteligencias, muchas capacidades, muchos Atanasios Granson» deben morir sin germinar, como granos caídos sobre una roca estéril. Ciertamente, existen mujeres de su casa, mujeres simpáticas, mujeres de lujo, mujeres que son exclusivamente esposas, madres o amantes, mujeres simplemente espirituales o puramente materiales, del mismo modo que existen soldados, artistas, artesanos, matemáticos, poetas, comerciantes, hombres que únicamente entienden de cuestiones de dinero, de agricultura o de la administración. Además, lo curioso de algunos acontecimientos, conduce a un contrasentido: muchos son los llamados y

pocos los escogidos es una ley tan exacta en la ciudad como en el cielo. La señora Roubourdin se creía muy capaz de poder iluminar a un hombre de Estado, de enardecer el alma de un artista, de servir a los intereses de un inventor y asistirle en sus luchas, de colaborar en la política financiera de un Nucingen, y de representar brillantemente una gran fortuna. Tal vez era éste un procedimiento para explicarse a sí misma su horror por el libro del lavadero, por el control riguroso y cotidiano de los gastos de la compra, las restricciones económicas y los cuidados de la casa y de sus hijos. Se hacía superior allí donde gozaban en serlo. Al sentir tan vivamente el dolor de las espigas de una posición que puede compararse a la que sintió San Lorenzo sobre las parrillas, no debía dejar escapar ningún lamento. Así, en sus paroxismos de ambición contrariada, en los momentos en que su vanidad herida le causaba lacerantes dolores, Celestina se lanzaba contra Xavier Roubourdin. ¿No era su marido quien debía colocarla en una posición conveniente? ¿Si ella hubiera sido un hombre, habría tenido energía bastante para realizar rápidamente una gran fortuna y hacer feliz a la mujer amada! Le reprochó su excesiva honradez. En boca de algunas mujeres, tal acusación es un certificado de imbecilidad. Le dibujó soberbios planes en los cuales no tenía en cuenta los posibles obstáculos que podían presentar los hombres y las cosas; más adelante, como todas las mujeres animadas por un sentimiento violento, su pensamiento se tomó más maquiavélico, como un Gondreville, más sinuosa que un Máxami de Trailles. La inteligencia de Celestina era capaz entonces de concebirlo todo, y se contemplaba a sí misma en medio de la extensión de sus pensamientos. Al término de todas aquellas imaginaciones, Roubourdin, que conocía la vida práctica, permaneció indiferente. Celestina, entrevistada, juzgó a su marido corto de entendimiento, tímido, poco comprensivo, y fue formándose, insensiblemente, en cuanto al compañero de su vida, una falsa opinión; empezó apagándole completamente con la brillantez de sus argumentos; después, como a ella las ideas se le ocurrían como relámpagos, le interrumpía cuando él intentaba iniciar una réplica, con el fin de que no se apagara la chispa de su espíritu. Desde los primeros días de su matrimonio, sintiéndose amada y admirada por Roubourdin, Celestina se encontró con él a sus anchas; se colocó por encima de todas las leyes conyugales y de íntima educación, pidiendo, en nombre del amor, perdón por sus pequeños defectos; y como sea que ella no se corrigió en absoluto, dominó constantemente. En aquella situación, un hombre se encuentra frente a su mujer como un niño delante de su preceptor cuando éste no puede o no quiere creer que el niño del cual ha cuidado se haya hecho tan mayor. Parecido a lo que le sucedió a la señora de Staël, que en pleno salón exclamó, dirigiéndose a un hombre bastante mayor que ella: «¿Sabe usted que acaba de decir una cosa verdaderamente profunda!», la señora Roubourdin decía de su marido: «Hay veces en que demuestra inteligencia». Insensiblemente, la dependencia en que había colocado a Xavier se exteriorizaba en su fisonomía mediante movimientos imperceptibles. Sus modales expresaron claramente su falta de respeto. Sin saberlo, pues, estaba perjudicando a su marido, ya que en todo el país, antes de

juzgar a un hombre, se escucha lo que de él dice su mujer, y se pide lo que los ginebrinos llaman un *preaviso*. Cuando Roubourdin se dio cuenta de los errores que el amor le había hecho cometer, el mal se había consumado: se limitó a callar y a sufrir. Como algunos hombres en los que el sentimiento y las ideas mantienen una especie de equilibrio, en los cuales puede hallarse a la vez un alma hermosa y un cerebro bien organizado, se erigió en abogado de su mujer en el tribunal de su propio juicio; se dijo que la naturaleza le había destinado a tener que representar un papel de fracasada por su culpa; ella era como un caballo inglés de pura sangre, un caballo de carreras uncido a una carreta llena de grava, sufriendo por ello; en fin, se condenó. Por otra parte, a fuerza de repetirlo, su mujer le había inculcado sus creencias acerca de las posibilidades de ella. En un matrimonio las ideas son contagiosas: el Nueve de Termidor fue, como tantos acontecimientos inmensos, el resultado de la influencia femenina. Así, pues, impulsado por la ambición de Celestina, Roubourdin había estado pensando desde hacía mucho tiempo en los medios para satisfacerla; pero le ocultaba sus esperanzas para no ocasionarle mayores tormentos. Aquel hombre de bien estaba resuelto a abrirse paso dentro de la Administración, abriendo en ella una profunda brecha. Quería producir una de aquellas revoluciones que colocan a un hombre a la cabeza de una fracción cualquiera de la sociedad; pero, incapaz de trastocarla en provecho propio, elaboraba pensamientos útiles mientras soñaba en un triunfo obtenido gracias a procedimientos nobles. Aquella idea, a la vez generosa y llena de ambición, hay pocos empleados que la hayan concebido; pero entre los empleados como entre los artistas, se producen muchos más abortos que partos, a propósito de lo cual conviene recordar la frase de Buffon: «El genio es paciencia».

Teniendo a su alcance el poder estudiar la Administración francesa y observar su funcionamiento, Roubourdin operó en el medio donde la casualidad había puesto en movimiento sus pensamientos, lo que, entre paréntesis, constituye el verdadero secreto de muchas obras humanas, terminando por inventar un nuevo sistema administrativo. Conociendo perfectamente las personas con las que debía de tratar, había respetado la máquina entonces en funcionamiento, que funciona todavía, y que seguirá funcionando durante mucho tiempo, ya que todo el mundo siente verdadero espanto en modificarla; pero nadie se opondría, según Roubourdin, a que fuera simplificada. El problema que se planteaba se basaba, según él, en un mejor empleo de las mismas fuerzas existentes. En su más pura expresión, dicho plan consistía en retocar los impuestos de manera que quedaran disminuidos sin que el Estado perdiera ninguno de sus ingresos, y conseguir, con un presupuesto igual al que por entonces levantaba tan encrespadas discusiones, resultados dos veces más importantes que los actuales. Una larga práctica había demostrado a Roubourdin que la perfección se produce en todo por medio de sencillas alteraciones. Economizar es simplificar. Simplificar es suprimir un rodaje inútil; se produce, pues, un desplazamiento. Por consiguiente, su sistema se basaba en una desclasificación y se traducía en una nueva nomenclatura administrativa. De ello quizá proviene el odio que merecen los

innovadores. Las supresiones exigidas por el perfeccionamiento, además de ser generalmente mal comprendidas, amenazan unas existencias que no se deciden fácilmente a cambiar de condición. Lo que hace que se deba considerar a Roubin como hombre verdaderamente grande, es el hecho de haber sabido contener el entusiasmo que se apodera de todos los inventores, el haber buscado pacientemente un engranaje bien estudiado a fin de evitar choques bruscos dejando al tiempo y a la experiencia el cuidado de demostrar la excelencia de cada cambio. La grandeza de los resultados haría creer en su imposibilidad, si pudiera perderse de vista dicho pensamiento en medio de un rápido análisis del sistema. No es pues indiferente indicar, según sus confidencias, por incompletas que fueran, el punto desde el cuál partió para abrazar todo el horizonte administrativo. Esta explicación, que tiende por lo demás al meollo de la intriga, explicará tal vez también algunas desdichas de las costumbres actuales.

Profundamente emocionado por las miserias que había podido observar en la existencia de los funcionarios, Xavier se había preguntado de dónde procedía su progresiva pérdida de consideración; había buscado las causas de ella y las había hallado en las pequeñas revoluciones parciales que fueron algo así como el rumor de la tempestad de 1789 y que los historiadores de los grandes movimientos sociales se abstienen de analizar, aunque en definitiva sean ellas las que hayan hecho nuestras costumbres tal como son.

En otros tiempos, durante la monarquía, los ejércitos burocráticos no existían. Poco numerosos, los funcionarios obedecían a un primer ministro que estaba en constante comunicación con el soberano, y servían así, de forma casi directa, al rey, Los jefes de estos celosos servidores eran llamados simplemente *primeros empleados*. En los aspectos de la Administración que el rey no regía por sí mismo, como ciertos impuestos, los funcionarios eran con respecto a sus jefes, lo que los empleados de una casa de comercio son con respecto a sus patronos: aprendían una ciencia que les servía para hacerse una fortuna. De esta forma, el menor punto de una circunferencia se unía con el centro de la misma y recibía vida de él. Existía, por lo tanto, conexión y fe. Desde 1789, el Estado, la *Patria* si quiere designarse así, ha reemplazado al príncipe. En vez de depender directamente de un primer magistrado político, los funcionarios se han convertido, pese a nuestras hermosas ideas sobre la Patria, en *empleados del Gobierno*, y sus jefes flotan al impulso de todos los vientos de un poder llamado *Ministerio* que la víspera ignora sí existirá al día siguiente. Debiendo solucionarse toda una corriente de asuntos, sostiene cierta cantidad de empleados indispensables, pero susceptibles de ser despedidos a voluntad, aunque lo que desean es permanecer en sus puestos. Napoleón, que subordinaba los hombres y las cosas a su voluntad, retrasó durante algún tiempo la influencia de la burocracia, este pesado telón colocado entre lo que se debe hacer y el que debe ordenar hacerlo, pero quedó completamente establecida bajo el gobierno constitucional, inevitablemente amigo de la mediocridad, entusiasta de las piezas probatorias y de la

contabilidad, ordenado como una pequeña burguesa. Felices de ver a los ministros enzarzados en una lucha constante con cuatrocientos espíritus inferiores, con diez o doce cerebros maliciosos y de mala fe, las oficinas ministeriales se dieron prisa en hacerse indispensables sustituyendo la acción viva con la acción escrita, y se crearon un poder de inercia llamado el informe. Expliquemos en qué consiste el informe.

Cuando los reyes tuvieron ministros, lo que solamente comenzó bajo el reinado de Luis XV, se hicieron redactar informes sobre las cuestiones más importantes, en vez de reunir, como hacían anteriormente, un consejo integrado por los grandes del Estado. Insensiblemente, los ministros se vieron arrastrados a imitar a los reyes. Ocupados en tener que defenderse ante las dos Cámaras y ante los propios reyes, se dejaron llevar por los senderos del informe. Nada se planteó dentro de la Administración, que el ministro, aun tratándose de la cuestión más apremiante, no respondiera: «He solicitado el correspondiente informe». El informe desempeñaba así, tanto para los asuntos a tratar como para el mismo ministro, el mismo papel que representa el informe de las Cámaras con respecto a las leyes: una consulta en la que son expuestas las razones en pro y en contra con más o menos parcialidad. El ministro, al igual que la Cámara, se encuentra así tan enterado del asunto después del informe como antes de él. Cualquier decisión puede tomarse, en un instante. No importa lo que se haga, indefectiblemente debe llegarse a un momento en que hay que decidir. Después, se lanzan a la batalla las razones en pro y en contra, y cuanto más se discute, menos sano es el juicio que forma sobre ellas. Las cosas más hermosas que han sucedido en Francia han tenido lugar cuando el informe no existía, cuando las decisiones eran espontáneas. La suprema ley del hombre de Estado consiste en aplicar fórmulas precisas en cada caso, tal como hacen los jueces y los médicos. Roubin, que se decía: «Hay un ministro para tomar decisiones, conocer los asuntos y hacerlos marchar», comprobó que el informe reinaba en Francia desde el coronel al mariscal, desde el comisario de policía al rey, desde los prefectos hasta los ministros, desde la Cámara hasta la ley. A partir de 1818, todo fue motivo de discusión, todo empezó a pesarse y a volverse a pesar, de viva voz y por escrito; todo tomó forma literaria. Francia estaba a punto de arruinarse a pesar de tan magníficos informes, sustituyendo a la acción por el discurso. ¡Se redactaban, por aquel entonces, un millón de informes por año! ¡Había llegado el reinado de la burocracia! Los expedientes, las carpetas, el papeleo en apoyo de las piezas administrativas sin las cuales Francia estaba perdida, aumentaron en cantidad y en belleza. Desde entonces, la burocracia mostró una gran desconfianza por las diferencias existentes entre los ingresos y los gastos, y calumnió a la Administración para salvación del administrador. Finalmente, inventó los hilos liliputienses que encadenan a Francia con la centralización parisién, como si entre 1500 y 1800 Francia no hubiese hecho nada sin treinta mil funcionarios. Aferrándose a la cosa pública como el musgo al tronco de un árbol, el funcionario empezó a desinteresarse, y he aquí cómo.

Obligados a tener que obedecer al príncipe o a las Cámaras que les imponían las

partidas de recaudación del presupuesto, y forzados a tener que conservar en sus puestos a los trabajadores, los ministros rebajaron los salarios y aumentaron los puestos de trabajo, pensando que cuanto más gente hubiera empleada por el Gobierno, tanto más fuerte sería éste. La ley contraria es un axioma escrito en el universo: únicamente existe energía por la rareza de los principios actuantes. También el caso ha sido demostrado en julio de 1830, con el error materialista de la Restauración. Para implantar un Gobierno en el corazón de una nación, es preciso saber hacer suyos una serie de *intereses* y no una serie de *hombres*. Conducido a tener que menospreciar a un gobierno que le retiraba, a la vez consideración y salario, el funcionario se comportó en aquellos momentos como una cortesana con su anciano amante: le concedía su trabajo a cambio de su dinero, situación tan poco tolerable por la Administración como por el funcionario, si ambos se atrevían a tomarse el pulso, y si los salarios elevados no llegaban a ahogar la voz de los módicos. Ocupado únicamente en sostenerse, de cobrar sus emolumentos y de llegar a alcanzar una jubilación, el funcionario se creía con derecho a todo para conseguir tales resultados. Este estado de cosas condujo indefectiblemente al servilismo del funcionario, engendraba perpetuas intrigas en el seno de los Ministerios, donde los empleados pobres tenían que luchar contra una aristocracia degenerada que iba a pacer en los predios de la burguesía exigiendo empleos para sus hijos, arruinados. Un hombre superior difícilmente podía marchar a lo largo de aquella tortuosa senda, encogerse, trepar, deslizarse por el fango de aquellas sentinas en las que los cerebros privilegiados horrorizaban a todo el mundo. Una inteligencia ambiciosa envejecía para poder obtener la triple corona, y no imitaba a Sixto V para conseguir el nombramiento de jefe de oficina. No podía seguir en un sitio en el que no solamente existían perezosos, incapaces o tontos. Así fue estableciéndose lentamente la mediocridad de la Administración francesa. Enteramente compuesta de pobres de espíritu, dejaba dentro de sus carpetas durante siete años el proyecto de un canal que hubiera estimulado la producción agrícola de una provincia, se espantaba por cualquier cosa, perpetuaba sus dilaciones, y eternizaba los abusos que la perpetuaban y eternizaban a ella misma; seguía y obligaba a seguir al ministro el mismo camino; en fin, ahogaba a los hombres de talento que tenían valor suficiente para desear andar sin ella o intentar aclarar sus estupideces. Acababa de ser publicado el libro de pensiones. Roubin vio inscrito en él a un empleado joven con una pensión superior a la que percibían los viejos coroneles acribillados de heridas. Se reflejaba enteramente, allí, la historia completa de la burocracia. Otra plaga engendrada por las modernas costumbres, y que figuraba entre las causas de aquella secreta desmoralización: la administración de París no tiene ninguna subordinación real, reina en ella una perfecta igualdad entre el jefe de una división importante y el último de los funcionarios: tanto el uno como el otro están en plan de igualdad en una arena de la cual se sale para ir a hacerse el importante a otra parte, ya que es posible hacer un funcionario de un poeta o de un comerciante. Los funcionarios se juzgaban uno al

otro sin ninguna clase de respeto. La educación, igualmente dispensada sin medida a las masas, lleva hoy en día a que el hijo de un portero del ministerio pueda dar su opinión sobre un hombre de mérito o sobre un gran propietario, en cuya casa su padre se encargaba de tirar del cordón del timbre de la puerta. El recién llegado quiere competir con el más antiguo. Un rico supernumerario no tiene reparo en salpicar de barro a su jefe cuando se dirige a Longchamps en un tálburi acompañado por alguna hermosa dama, a la cual señala con un displicente gesto de su fusta al pobre padre de familia que va a pie, mientras le dice: «¡Allí va mi jefe!». Los liberales llamaron este estado de cosas «Progreso», y Roubin lo calificaba de «Anarquía» en el corazón mismo del poder. Veía el resultado de todo ello en forma de agitadas intrigas como las que tienen lugar en los serrallos entre las mujeres y los sultanes imbéciles, o entre los eunucos, como pequeñeces de monjas, en forma de vejaciones encubiertas, de tiranías de colegiales, de trabajos diplomáticos para asustar a un embajador comprometido por haber recibido una gratificación, como saltos de pulga uncida a un carrito de cartón, como picardías de negro hechas al propio ministro; y a las personas realmente útiles, a los verdaderamente trabajadores, como víctimas de los parásitos; las personas entregadas al servicio de su país, que pretenden elevarse vigorosamente sobre la masa de los incapacitados, sucumben bajo el peso de innobles traiciones. Todos los altos empleos que se desenvuelven bajo la influencia parlamentaria y no bajo la del rey, todos los funcionarios deben, tarde o temprano, encontrarse en la situación de piezas constitutivas de una máquina: su única aspiración la constituye el ser más o menos engrasados. Esta fatal convicción a que han llegado las más lúcidas inteligencias, ahogan todos los memoriales concienzudamente redactados sobre grandes plagas secretas del país, desarman cualquier intento valeroso, corroen las más severas prohibiciones, cansadas de injusticias y llevadas a la indiferencia por medio de disolventes fastidios. Un empleado de los hermanos Rothschild mantiene correspondencia con toda Inglaterra; un solo funcionario podría sostenerla con todos los prefectos; pero allí donde el primero adquiere todos los elementos de su fortuna, el segundo pierde inútilmente su vida, su tiempo y su salud. De ello proviene todo el mal. Ciertamente que un país no parece inmediatamente amenazado de muerte por el hecho de que un funcionario de talento se retire siendo reemplazado por una mediocridad. Desgraciadamente para las naciones, ningún hombre resulta indispensable para su existencia. Pero cuando todo, a la larga, parece estar disminuido, las naciones desaparecen. Cada cual puede, para instruirse, ir a ver en Venecia, en Madrid, en Amsterdam, en Estocolmo o en Roma los lugares donde brillaron inmensos poderes, actualmente destruidos por la mezquindad que se infiltró en ellos y que alcanzó las cumbres. El día en que hubo necesidad de luchar, todo se encontró debilitado, el más leve ataque era suficiente para hacer sucumbir al Estado. Adorar al tonto que triunfa, no entristecerse por la caída de un hombre de talento, es el resultado de nuestra triste educación y de nuestras costumbres, que impulsan a las personas inteligentes a la tunantería y al genio a la desesperación. Pero es un

problema terriblemente difícil de resolver el que plantea la rehabilitación de los funcionarios, en el momento en que el liberalismo excitado por los periódicos pretende que los funcionarios constituyen un robo perpetuo, al configurar los capítulos del presupuesto en forma de sangrías, y pedir anualmente mil millones de impuestos. A los ojos del señor Roubourdin, el funcionario, en relación con el presupuesto, era lo mismo que el jugador para el juego: todo lo que éste se le lleva, él mismo se lo restituye. Todo tratamiento importante implica una producción. Pagar mil francos al año a un hombre para exigirle la dedicación de todas sus horas, ¿no era organizar un robo y producir miseria? Un forzado cuesta casi lo mismo y trabaja menos. Pero en cambio, el pagar el Estado doce mil francos a un hombre, y que éste se entregara al trabajo en pro de su país, era un contrato beneficioso para las dos partes contratantes, y que podría tentar a las personas capacitadas.

Aquellas reflexiones habían conducido a Roubourdin a la conclusión de que debía realizarse una refundición del personal. Emplear poca gente, triplicar o doblar los emolumentos y suprimir las pensiones; nombrar funcionarios jóvenes, como hicieron Napoleón, Luis XIV, Richelieu y Jiménez, pero procurando Conservarlos durante tiempo, reservando para ellos los altos cargos y los mayores honores, constituiría una reforma tan útil al Estado como al propio funcionario. Es difícil explicar en detalle, capítulo por capítulo, un plan que comprendía el presupuesto y que descendía hasta los más nimios pormenores de la administración, para sintetizarlo; pero quizá una indicación de las principales reformas será suficiente para los conocedores del tema, así como para aquellos que ignoran la constitución administrativa. Aunque la posición de un historiador sea algo peligrosa al narrar un plan que se parece mucho a la política hecha junto al fuego, es preciso delinearlo a fin de poder explicar al hombre por su obra. Suprimid la narración de sus trabajos, y no creeréis ya en la palabra del narrador si se limita a afirmar el talento o la audacia de un jefe de negociado.

Roubourdin dividía la alta administración en tres ministerios. Había pensado que si en otro tiempo se habían podido encontrar cerebros lo bastante capaces para abrazar el conjunto de los asuntos internos y exteriores, la Francia de nuestros días no carecería de un Mazarino, un Suger, un Sully, un Choiseul un Colbert para dirigir ministerios más extensos que los actuales. Por otra parte, constitucionalmente hablando, tres ministros pueden trabajar más al unísono que siete. Además, sería mucho más difícil equivocarse en la elección. Finalmente, quizá la realeza podría evitar así las perpetuas oscilaciones ministeriales que no permiten seguir ningún plan definido en cuanto a política exterior, ni de realizar ninguna mejora en el interior. En Austria, país compuesto por diferentes nacionalidades, que presentan intereses a veces difíciles de conciliar y de regir bajo una misma corona, dos hombres de Estado soportan todo el peso de los negocios públicos sin que estén demasiado agobiados por ello. ¿Es que Francia es más pobre que Alemania, en cuanto a talentos políticos? El juego, bastante simple, de esto que se ha dado en llamar las instituciones

constitucionales, desarrollado hasta más allá de toda medida, ha terminado, como se sabe, por exigir un gran número de ministros para satisfacer las múltiples ambiciones de la burguesía. En un principio, pareció natural a Roubin reunir los ministerios de la Guerra y de Marina en uno solo. Según él, la Marina era una de las cuentas corrientes del Ministerio de la Guerra, al igual que lo eran la Artillería, la Caballería, la Infantería o la Intendencia. Constituía un contrasentido dar a los almirantes y a los mariscales una administración separada, siendo así que marchaban hacia el mismo fin común: la defensa de la Patria, el ataque al enemigo, la protección de las posesiones nacionales. El Ministerio del Interior debería reunir el comercio, la policía y la hacienda, bajo pena de desmentir su propia nomenclatura. Al Ministerio de Asuntos Exteriores deberían pertenecer la Justicia, la Casa del Rey, y todo aquello que, dentro del Ministerio del Interior, concierne a las Artes, las Letras y las Ciencias. Toda protección debería proceder, de forma inmediata, del soberano. Este ministerio llevaría implícita la Presidencia del Consejo. Cada uno de estos tres ministerios no necesitaría más de doscientos funcionarios empleados en la Administración central, en la cual Roubin les haría vivir, como antes sucedía en tiempos de la monarquía. Tomando como promedio la cantidad de doce mil francos por cabeza, se necesitarían siete millones para unos capítulos que cuestan veinte en el presupuesto actual. Al reducir así los ministerios a tres, suprimía administraciones enteras que serían ya inútiles, y los enormes gastos de su instalación en París. Demostraba que un distrito urbano debería ser administrado por diez hombres, una prefectura por doce, como máximo, lo que suponía cinco mil empleados para toda Francia (Justicia y Ejército aparte), número que sobrepasaba por aquel entonces el de funcionarios ministeriales. Dentro de este plan, los escribanos de los tribunales estaban encargados del régimen hipotecario, y el Ministerio Público del Registro Civil y de la Propiedad. Roubin reunía en un mismo centro las partidas similares: así las hipotecas, las sucesiones y los registros no salían de su verdadero círculo de acción, y no eran necesarios más que tres supernumerarios por tribunal, y tres por Tribunal Real. La constante aplicación del mismo principio había llevado a Roubin a una reforma de la hacienda. Había refundido todas las percepciones de impuestos en una sola, gravando el consumo en masa en vez de gravar la propiedad. Según él, el consumo era la única materia imponible en tiempos de paz. La contribución territorial debía reservarse únicamente para caso de guerra. Únicamente entonces, el Estado podía pedir sacrificios a los terratenientes, ya que era cuando se trataba precisamente de defenderla; pero en tiempos de paz, constituía una pesada falta política el inquietar más allá de un cierto límite a los propietarios del suelo. Lo mismo en cuanto a los *empréstitos* en tiempos de paz, puesto que se hacía a la par y no al cincuenta por ciento de pérdidas, como sucedía en los malos tiempos; además, durante la guerra, podría recurrirse a la *contribución territorial*.

«La invasión de 1814 y 1815 —decía Roubin a sus amigos—, ha fundado en Francia una institución que ni Law ni Napoleón pudieron establecer: el *crédito*».

Desgraciadamente, Xavier consideraba los verdaderos principios de esta admirable máquina como todavía poco comprendidos en la época de su trabajo, iniciado en 1820. Roubin imponía la consumación por la moda de las contribuciones directas, suprimiendo todo el farrago de las indirectas. Los ingresos de los impuestos se resolvía mediante una lista única que incluía varios artículos. Derribaba así las molestas barreras que rodeaban, como una trinchera, las ciudades a las cuales procuraba mayores ingresos simplificando los costosos procedimientos actuales de recaudación. Disminuir la pesadez del impuesto no puede considerarse, en materia de Hacienda, como una disminución de dicho impuesto, sino proceder a una mejor distribución del mismo; aligerarlo, lleva consigo un aumento de la masa de transacciones dejándoles efectuar un juego más amplio; el individuo paga menos y el Estado cobra más. Esta reforma, que puede parecer inmensa, reposaba en un mecanismo muy simple. Roubin había tomado el impuesto personal y mobiliario como la más fiel representación del consumo general. Las fortunas individuales quedan, en Francia, perfectamente reflejadas por el alquiler, por el número de criados, por los caballos y carruajes de lujo, que se prestan a una fiscalización. Las habitaciones y lo que en ellas se contiene, varían poco y desaparecen difícilmente. Después de haber indicado los medios para confeccionar una lista de contribuciones mobiliarias más sincera que las contenidas en la lista actual, repartía las cantidades que producían al Tesoro los impuestos llamados *indirectos* en *un tanto por ciento* de cada cuota individual. El impuesto es una reducción en dinero hecha sobre las cosas o sobre las personas bajo disfraces más o menos especiosos; tales encubrimientos, válidos cuando se trata de arrancar dinero cómo y de dónde sea, son realmente ridículos en una época en que la clase sobre la cual pesan los impuestos sabe por qué los quiere el Estado y por qué mecanismo se hace con ellos. En efecto, el presupuesto no es una caja fuerte, sino más bien una regadera; cuanto más agua expande, más rico es el país. Supongamos así seis millones de *cuotas acomodadas* (Roubin probaba la existencia de las mismas, comprendiendo en ellas las *cuotas ricas*); ¿no era preferible pedirles pagaran directamente unos *derechos sobre el vino* que no tendrían nada de odiosos, que obligarles a satisfacer un impuesto sobre las *puertas y ventanas*? ¿No produciría aquello cien millones, sin necesidad de atormentar al contribuyente imponiéndole la misma cosa? Por medio de esta regularización de los impuestos, cada particular, en realidad, pagaría menos, el Estado recibiría mucho más, y los consumidores se beneficiarían con una inmensa reducción en los precios de las cosas, no teniendo el Estado necesidad de someterlos a infinitas torturas.

Roubin mantenía vigente un derecho de cultivo sobre los viñedos, a fin de proteger esta industria contra la producción excesiva. Por otra parte, para atender al consumo de las cuotas pobres, las patentes de los vendedores deberían ser sometidas a tasas que variarían según la población de las ciudades en que habitaran. Así, bajo tres formas: derechos sobre el vino, derechos sobre el cultivo y patentes, el Tesoro recaudaría sumas enormes sin gastos ni vejaciones, allí donde antes había un

impuesto vejatorio que se repartía entre los funcionarios y él. El impuesto recaía de este modo sobre el rico, en vez de atormentar al pobre.

Otro ejemplo: Supongamos por cada cuota un franco o dos por derechos sobre la sal; se obtendrían así diez o doce millones, la moderna gabela desaparecería, la población pobre respiraría y la agricultura se sentiría aliviada; el Estado recibiría lo mismo, y nadie podría quejarse. Todas las cuotas, que recaen más o menos sobre la industria o la propiedad, podrían reconocer inmediatamente los beneficios de un impuesto repartido de esta forma, al ver mejorar la vida y condiciones del campesino y ampliarse el ámbito del comercio. En fin, de año en año, el Estado vería aumentar el número de las *cuotas acomodadas*. Al suprimir la administración de las contribuciones indirectas, máquina extraordinariamente onerosa y que constituye un Estado dentro del Estado, tanto el Tesoro como los particulares ganarían, pues, enormemente, y esto sin tener en cuenta la economía que representaría en cuanto a los gastos de recaudación. El tabaco y la pólvora se fabricarían en talleres adecuados, bajo la correspondiente vigilancia. El sistema a emplear sobre estas dos materias, desarrollado ya por otros antes que Roubin, cuando la discusión sobre la ley del tabaco fue tan convincente que dicha ley no hubiese podido prosperar en una Cámara a la que no se hubiese puesto el mercado en la mano, tal como hizo entonces el Ministerio. Ésta constituyó menos de una cuestión de Hacienda que de Gobierno. El Estado no debería poseer en propiedad minas, bosques ni explotaciones de ninguna clase. Según Roubin, un Estado terrateniente constituía un contrasentido administrativo. El Estado no sabe obtener rendimiento de lo que tiene, renunciando a las contribuciones que ganarían aquellos bienes, con lo que pierde dos ingresos a la vez. En cuanto a las fábricas del Gobierno, significaba el mismo contrasentido pero trasladado a la esfera industrial. El Estado obtiene productos mucho más caros que los fabricantes particulares, más lentamente elaborados, y renuncia a percibir sus derechos sobre la industria a la cual cercena sus posibilidades. ¿Es que puede considerarse administrar un país el fabricar en vez de hacer que se fabrique, poseer en vez de estimular la creación de nuevas posesiones? En este sistema, el Estado ya no tendría que exigir ninguna fianza más en dinero. Roubin únicamente admitía las fianzas hipotecarias. Y he aquí por qué. O el Estado conserva la fianza en especies, lo cual es frenar la libre circulación del dinero, o lo emplea cobrando un interés superior al que él paga, lo que supone un robo innoble; aún puede suceder un tercer caso, y es que lo pierda, y entonces resulta una verdadera estupidez. En fin, si un día pudiera disponer de la masa de las fianzas, puede llegar a preparar, en ciertos casos, la presencia de una espantosa bancarrota.

La contribución territorial no debería desaparecer totalmente. Roubin conservaba de ella una pequeña fracción, como punto de partida para caso de guerra; pero, evidentemente, los productos del suelo deberían ser libres, y la industria, al poder encontrar materias primas a buen precio, podría luchar y competir con el extranjero sin la engañadora ayuda de las aduanas. Los ricos podrían administrar

gratuitamente los departamentos, y tendrían, como recompensa, un nombramiento de Par, bajo ciertas condiciones. Los magistrados, los cuerpos especializados y los oficiales inferiores, verían sus servicios honorablemente recompensados. No habría funcionario que no fuese acreedor de una inmensa consideración, merecida por la amplitud de su trabajo y por la importancia de sus emolumentos; todos y cada uno de ellos se preocuparían de su porvenir, y Francia extirparía de su cuerpo el cáncer de las pensiones.

En resumen, Roubourdin preveía únicamente setecientos millones de gastos para mil doscientos millones de ingresos. Un superávit de quinientos millones anuales tendría más importancia que el magro beneficio actual, cuyo vicio quedaba demostrado. Con ello, según él, el Estado se convertiría en rentista, ya que podría preocuparse en invertir su dinero y en producir. Finalmente, para llevar a término su reforma sin sacudidas bruscas y evitar una noche de San Bartolomé para los funcionarios, Roubourdin pedía un plazo de veinte años.

Tales eran los pensamientos madurados por aquel hombre a partir del día en que su plaza fue dada al señor de La Billardière, hombre incapaz. Este plan, tan vasto en apariencia y tan simple en realidad, que suprimía tantos Estados Mayores y tantas pequeñas plazas igualmente inútiles, exigía continuos cálculos, estadísticas exactas y pruebas evidentes. Roubourdin había estudiado durante mucho tiempo el presupuesto en su doble aspecto, el de los procedimientos y medios, y el de los gastos. En ello había empleado muchas noches a escondidas de su mujer. Sin embargo, no era nada el hecho de haberse atrevido a concebir dicho plan y haberlo superpuesto al cadáver administrativo, pues faltaba dirigirse y presentarlo a un ministro capaz de apreciarlo. El éxito de Roubourdin tendía pues, a proporcionar estabilidad a una política excesivamente agitada. No consideró que el Gobierno estuviera completamente consolidado más que cuando contara con trescientos diputados con valor suficiente para formar una mayoría compacta sistemáticamente ministerial.

Una Administración fundada sobre esta base se había formado después de que Roubourdin hubo terminado su estudio. En aquella época, el lujo de la paz establecida por los Borbones hacía olvidar el lujo guerrero de los tiempos en que Francia brillaba como un extenso campamento, pródigo y magnífico por sus victorias. Después de su campaña de España, parecía que el Ministerio debería iniciar una de aquellas pacíficas etapas en las que fácilmente puede conseguirse el bienestar, y al cabo de tres meses, un nuevo reinado se había instaurado sin experimentar ninguna oposición, ya que el liberalismo de la izquierda había saludado el advenimiento de Carlos X con el mismo entusiasmo que la derecha. Aquello era para engañar incluso a las personas más clarividentes en política. El momento le pareció, por consiguiente, propicio a Roubourdin. ¿No era oportuno proponer y llevar a término una reforma cuyos resultados eran de tan gran alcance?

Jamás se había sentido aquel hombre tan inquieto, preocupado aquella mañana cuando se dirigía hacia el Ministerio recorriendo las calles de París, y por la tarde,

cuando, a las cuatro y media, regresaba a su casa. Por su parte, la señora Rabourdin, desolada al sentirse fracasada en la vida, fastidiada por tener que trabajar en secreto para mejorar su vestuario, nunca se había mostrado tan agriamente descontenta de su suerte, pero como buena esposa vinculada a su marido, consideraba indignos de una mujer superior los vergonzosos comercios con los que algunas esposas de funcionarios suplían la insuficiencia de los sueldos. Esta razón le llevó a rehusar cualquier tipo de relación con la señora Colleville, por aquel entonces amiga íntima de Francisco Keller, y cuyas veladas apagaban a menudo el brillo de las de la calle Duphot. Tomó la inmovilidad del pensador político y la preocupación del trabajador intrépido por la apatía y el abatimiento del funcionario dominado por el aburrimiento de las oficinas, vencido por la más detestable de todas las miserias, por una mediocridad que permite únicamente vivir, y lamentaba estar casada con un hombre desprovisto de energía. Así, por aquellos días, decidió hacer ella sola la fortuna de su esposo, lanzarle a cualquier precio hacia las esferas superiores, ocultándole las palancas que movían su máquina. Aportó a tales concepciones aquella independencia de pensamiento que la distinguía, y se complugo en elevarse por encima de las demás mujeres al no someterse a sus pequeños prejuicios ni hacer caso de las trabas que la sociedad podía imponerles. En su rabia, se prometió a sí misma combatir a los estúpidos con sus propias armas y jugarse en persona si ello fuera preciso. En fin, vio las cosas desde lo alto.

La ocasión era favorable. El señor de La Billardière, aquejado de una enfermedad mortal, moriría al cabo de pocos días. Si Rabourdin le sucedía, su talento, ya que Celestina le reconocía talento administrativo, sería tan bien apreciado, que la plaza de jefe de negociado, prometida anteriormente, le sería otorgada. Le veía ya nombrado comisario real, defendiendo los proyectos de ley en la Cámara; ¡entonces sí que ella podría ayudarle! Se convertiría, si era preciso, en su secretaria, y pasaría noches enteras trabajando con él. Todo esto para poder ir a pasear por el bosque de Boulogne en una encantadora calea, para compararse con la señora Delfina Nucingen, elevar su salón a la altura del de la señora de Colleville, ser invitada a las grandes solemnidades ministeriales, conquistar al auditorio y que pudiera decirse de ella: la señora Rabourdin *de tal y cual* (no conocía aún el nombre de sus propiedades), como se decía de las señoras Firmiani, d'Espard, d'Aiglemont y de Carigliano; en fin, para poder borrar de una vez el odioso apellido Rabourdin.

Aquellas secretas concepciones engendraron ciertos cambios internos en el matrimonio. La señora Rabourdin empezó a marchar con paso firme por el camino de las *deudas*. Volvió a tomar los servicios de un criado, le hizo llevar una librea insignificante, de tela marrón con vueltas rojas. Renovó algunas piezas de su mobiliario, empapeló de nuevo todo el piso, lo embelleció con flores constantemente renovadas y lo llenó de futilidades que estaban de moda; después, ella que otrora había sentido algunos escrúpulos sobre sus gastos, no dudó ya en poner su vestuario a la altura exigida por el rango al que aspiraba y cuyo importe fue descontado en algunos

almacenes donde hizo sus provisiones para la guerra. Para poner de moda sus miércoles, dio regularmente una comida todos los viernes, y durante ella los asistentes eran invitados a tomar una taza de té el miércoles siguiente. Escogía hábilmente sus invitados entre los diputados influyentes, entre las personas que de cerca o de lejos podían servir a sus intereses. Finalmente, consiguió hacerse con un círculo de útiles amistades. En su casa se divertían mucho; por lo menos, así se decía, y esto, en París, es suficiente para atraer a mucha gente. Ravourdin estaba tan ocupado en terminar su grave e importante trabajo, que no se dio cuenta de aquel recrudescimiento del lujo en el seno de su casa.

Así, pues, el marido y la mujer asediaron la misma plaza, operando sobre líneas paralelas, sin que uno supiera lo que el otro estaba preparando.

En el Ministerio florecía entonces en calidad de secretario general un tal Clemente Chardin des Lupeaulx, uno de esos personajes a quienes la marea de los acontecimientos políticos coloca en el candelero durante unos años, que son arrastrados en un día de tempestad, y que se pueden encontrar más tarde en una orilla a cualquier distancia, destrozados como el casco de una embarcación, pero que aún conservan algo. El viajero se pregunta si esos restos han contenido en otro tiempo valiosas mercancías, servido en circunstancias importantes, cooperado en algún acto decisivo, soportado los terciopelos de un trono o transportado el cadáver de una realeza. En aquellos días, Clemente des Lupeaulx (los Lupeaulx absorbían el Chardin), había alcanzado su apogeo. En las más ilustres existencias, lo mismo que en las más oscuras, no existe en los animales ni en los secretarios generales un cenit y un nadir, un período en que el pelaje es magnífico y la fortuna brilla con todo su esplendor. Dentro de la nomenclatura creada por los fabulistas, Des Lupeaulx pertenecía al género de los Bertrand, no se ocupaba más que en buscar ratoncillos. Como es uno de los principales actores de este drama, merece una descripción detallada, tanto más extensa cuanto que la Revolución de Julio ha suprimido este puesto tan eminentemente útil a los ministerios constitucionales.

Los moralistas acostumbran desplegar todo su verbo contra las abominaciones trascendentes. Según ellos, los crímenes se hallan localizados en los Tribunales y en la Policía correccional, pero las finezas sociales escapan a su observación; la habilidad que triunfa bajo las armas del código se hallan por encima o por debajo de ellos, carecen de lupa y de prismáticos de larga vista; necesitan, para sus comentarios, crasos horrores perfectamente visibles. Ocupados constantemente de los animales carnívoros, se olvidan de los reptiles; y, felizmente para los poetas cómicos, les dejan para ellos los matices que colorean a los Chardin des Lupeaulx. Egoísta y vano, flexible y orgulloso, libertino y goloso, ávido a causa de sus deudas, discreto como una tumba de la que no sale ni una palabra para desmentir la inscripción destinada a los que la contemplan, intrépido y sin temor cuando se trata de pedir algo, burlón cuando le conviene, amable y espiritual en toda la extensión de la palabra, lleno de tacto, sabiendo cómo comprometeros tanto con una caricia como con un codazo, no

retrocediendo ante ninguna anchura de río y sabiéndolo saltar con gracia, acusado de volteriano pero asistiendo a misa en Santo Tomás de Aquino cuando sabía que en ella encontraría personas que podían interesarle, aquel secretario general se parecía a todas las mediocridades que forman el meollo del mundo político. Concedor de la ciencia de los demás, había adoptado la posición del que escucha, y cuando esto sucedía, no había otro más atento. También, para no despertar sospechas, era halagador hasta dar náuseas, insinuante como un perfume y acariciador como una mujer. Estaba a punto de cumplir cuarenta años. Su juventud le había desesperado durante mucho tiempo, ya que tenía conciencia de que la base de su fortuna dependería, en política, de su diputación. ¿Cómo había triunfado?, podrá preguntarse. Por un procedimiento muy simple. Como una boya política, Des Lupeaulx se encargaba de las misiones delicadas que no pueden ser encomendadas a un hombre que se respete, ni a uno que no se respete, sino que deben ser confiadas a seres serios y apócrifos a la vez, a los que se puede apoyar o desautorizar a voluntad. Su situación consistía en estar continuamente comprometido; pero adelantaba en su carrera tanto con las victorias como con las derrotas. Había comprendido que bajo la Restauración, época de transición continua en lo que se refiere a los hombres, a las cosas, a los hechos consumados y a los que sólo apuntan en el horizonte, el Poder tendría necesidad de una mujer de hacer faenas. Una vez que en una casa cualquiera entra una mujer que sabe como se hace y como se deshace una cama, hacia dónde deben barrarse las basuras, en qué lugar se deja o se tira la ropa sucia, donde se guarda el servicio de plata, como se apacigua a un acreedor, qué personas deben ser admitidas y cuales rechazadas, aunque semejante criatura tuviera vicios, fuese sucia, coja o desdentada, jugase a la lotería o sisara treinta sueldos diarios para hacerse un rinconcito, los dueños llegarían a quererla por simple hábito, y acudirían en busca de sus consejos en las circunstancias críticas. Allí está, recuerda posibles recursos y olfatea los misterios, se deja reñir, echar por las escaleras, y al día siguiente, al despertar, presenta alegremente el desayuno. Por grande que sea un hombre de Estado, tiene precisión de una criada con la cual pueda mostrarse débil, indeciso, discutidor con su propio destino, preguntarse, contentarse y tomar alientos para la lucha. ¿No es esto lo mismo que hacen los salvajes cuando frotan madera blanda con madera dura para producir fuego? Muchos de los genios se han alumbrado así. Napoleón con Berthier, y Richelieu con el Padre José.

Des Lupeaulx servía de criada a todo el mundo. Continuaba siendo amigo de los ministros dimitidos y se constituía en su intermediario cerca de los recién nombrados, encadenando de este modo el último halago con el perfume del primer cumplido. Comprendía, por otra parte, todas aquellas pequeñas cosas en las cuales ningún hombre de Estado tiene tiempo en pensar: comprendiendo una necesidad, obedecía a la perfección; realzaba su bajeza siendo el primero en bromear sobre ella a fin de conseguir el premio a que aspiraba, y escogía para servir a aquel que presumiblemente no olvidaría sus servicios. Por ello, cuando fue preciso salvar la

sima que separa el Imperio de la Restauración, cuando todo el mundo buscaba una pasarela para cruzarla, en el momento en que los perritos falderos del Imperio se precipitaban con gran despliegue de palabrería, Des Lupeaulx pasaba limpiamente la frontera después de haber pedido prestadas grandes cantidades a los usureros. Jugándose el todo por el todo, recuperó los créditos más vocingleros gracias al rey Luis XVIII y liquidó, por este medio, cerca de tres millones al tres por ciento, ya que tuvo la suerte de poder operar a caballo de los años 1814 y 1815. Los beneficios fueron devorados por los señores Gobseck, Werbrust y Gigonnet, *croupiers* de la empresa; pero Des Lupeaulx se lo había prometido, ya que no estaba jugándose una simple puesta, sino la banca entera, pues sabía perfectamente que Luis XVIII no era hombre que olvidara una cosa así. Des Lupeaulx fue nombrado jefe de negociado, Caballero de San Luis y Oficial de la Legión de Honor.

Una vez hubo trepado a las alturas, el hombre hábil buscó la manera de poderse mantener en su pedestal, ya que en la plaza fuerte donde se había introducido, los generales no conservan durante mucho tiempo bocas inútiles. Así, a su oficio de criado y de entrometido, había unido el de consultante gratuito sobre las enfermedades secretas del poder. Después de haber reconocido en las pretendidas superioridades de la Restauración una profunda inferioridad con relación a los acontecimientos que las dominaban, impuso su mediocridad política, vendiendo en medio de una crisis la consigna que las personas inteligentes oyen en el porvenir. No se crea que esto era cosa de su cosecha; de serlo, Des Lupeaulx habría sido un genio, y no era más que un hombre inteligente.

Este Bertrand se metía por todas partes, recogía opiniones, sondeaba las conciencias y captaba todos los sonidos que éstas producían. Recolectaba conocimientos y noticias como una verdadera e infatigable abeja política. Aquel viviente diccionario Bayle no hacía como el famoso diccionario, no informaba de todas las opiniones; poseía el talento de la mosca, y se lanzaba sobre la carne más exquisita en cualquier lado de la cocina en que se hallara. Así fue considerado como persona indispensable al jefe del Estado. Esta creencia había arraigado de tal modo en los espíritus, que los ambiciosos recién llegados juzgaban necesario comprometer a Des Lupeaulx para impedir que se elevara demasiado alto; le resarcían de ello concediéndole un crédito secreto por su poca importancia pública. No obstante, sintiéndose apoyado por todos, aquel pescador de ideas había exigido unas arras. Retribuido por el Estado Mayor en la Guardia Nacional, en la cual tenía una sinecura pagada por la ciudad de París, comisario del Gobierno en el consejo de administración de una sociedad anónima, tenía además a su cargo una inspección en la casa del rey. Sus dos empleos oficiales, inscritos en el presupuesto, eran los de secretario general y jefe de negociado. En aquellos días, deseaba ser nombrado comendador de la Legión de Honor, gentilhomme de Cámara, conde y diputado, Para poder ser elegido diputado, era preciso que pagara mil francos de contribución, y la miserable bicoca de Des Lupeaulx no llegaba a los quinientos francos de renta. ¿De

dónde sacar dinero para construir en su solar un castillo, rodearlo de propiedades respetables y poder tirar polvo a los ojos de todo un distrito? Aunque comía todos los días en la ciudad, a pesar de que vivía desde hacía nueve años a costa del Estado y usaba los coches del Ministerio, Des Lupeaulx no poseía, en el momento en que empieza esta escena, más que treinta mil francos de deudas frescas y líquidas cuya existencia nadie hubiera puesto en duda. Un matrimonio podía poner a flote a aquel ambicioso, achicando de su barca el agua de las deudas; pero un matrimonio ventajoso dependía de su carrera, y ésta exigía la diputación.

Mientras buscaba los medios para romper aquel círculo vicioso, sólo veía la solución de prestar un servicio importante o realizar algún buen negocio. Pero, ¡ay!, las conspiraciones habían pasado de moda, y los Borbones habían, por lo menos aparentemente, vencido a los partidos. En fin, desgraciadamente, desde hacía ya algunos años, el Gobierno se había afianzado de tal modo gracias a las estúpidas discusiones de la izquierda, la cual parecía esforzarse en hacer imposible toda clase de gobierno en Francia, que ya no cabía el realizar ningún negocio importante; los últimos se habían realizado en España, ¡y cómo se había hablado sobre ellos! Además, Des Lupeaulx multiplicó las dificultades al creer en la amistad de su ministro, a quien tuvo la imprudencia de confesar que desearía verse sentado en los bancos de la mayoría ministerial. Los ministros adivinaron de donde procedía aquel deseo: Des Lupeaulx quería consolidar su precaria posición, independizándose de ellos. El lebrél se sublevaba contra el cazador, los ministros le dieron algunos latigazos y algunas caricias, alternativamente, y le presentaron algunos rivales; pero Des Lupeaulx se condujo con éstos como una hábil cortesana con una nueva amistad: les tendió trampas en las cuales cayeron e hizo justicia rápidamente. Cuanto más amenazado se sentía, mayor era su deseo de alcanzar un puesto inamovible; ¡pero necesitaba jugar fuerte! En un instante, se arriesgaba a perderlo todo. Un solo plumazo podía arrancarle sus charreteras de coronel civil, su inspección, su sinecura en la sociedad anónima, sus dos empleos y todas sus ventajas inherentes: en total, seis empleos y seis sueldos conservados bajo el fuego de la ley. A veces amenazaba a su ministro como una querida amenaza a su amante, diciéndole que estaba a punto de contraer matrimonio con una rica viuda; entonces, el ministro procuraba halagarle. En una de aquellas reconciliaciones, obtuvo la promesa formal de un sillón en la Academia de Inscripciones y Buenas Letras, en cuanto hubiera una vacante. Era, como decía él, el pan de un caballo. En su admirable posición, Clemente Chardin des Lupeaulx era como un árbol plantado en un terreno favorable para su crecimiento. Podía satisfacer sus vicios, sus fantasías, sus virtudes y sus defectos.

He aquí las fatigas que agobiaban su vida: de entre cinco o seis invitaciones diarias, debía escoger la casa donde se sirviera mejor comida. Por las mañanas, iba a la residencia del ministro para hacer reír a él y a su mujer, acariciaba a los niños y jugaba con ellos. Después, trabajaba una hora o dos, es decir, se repantigaba en un buen sillón para leer los periódicos, dictar el sentido general de una carta, recibir

algunas visitas cuando el ministro estaba ausente, explicar a grandes rasgos a sus subordinados el trabajo del día, conseguir o distribuir algunas gotas de agua bendita de la Corte, recorrer con la mirada la lista de peticiones o apostillarlas con una firma que quería decir: «*Me burlo de esto, haced lo que queráis*». Todo el mundo sabía que cuando Des Lupeaulx se interesaba por alguien o por algo, se lanzaba al asunto personalmente. Permitía a los funcionarios superiores algunas habladurías íntimas sobre los asuntos delicados y escuchaba sus chismes. De vez en cuando acudía a Palacio a recoger las consignas. Finalmente, esperaba que el ministro regresase de la Cámara los días en que había sesión, para saber si había que idear o dirigir alguna maniobra. El sibarita ministerial se vestía, cenaba y visitaba diez o quince salones desde las ocho de la noche hasta las tres de la madrugada. En la ópera hablaba con los periodistas, ya que mantenía cordiales relaciones con ellos; continuamente intercambiaba pequeños servicios, les comunicaba sus falsas noticias y tomaba nota de las que le transmitían ellos; les impedía atacar a uno u otro ministro sobre tal o cual cosa que proyectaba, y que podría redundar, decía, en perjuicio de sus esposas o amantes.

—Digan que el proyecto de ley no vale nada y demuéstrenlo si les es posible; pero no se les ocurra decir que Mariette ha bailado mal. Calumnien nuestra afición hacia nuestros prójimos con faldas, pero no revelen nuestras farsas de juventud. ¡Diantre!, todos hemos cometido diabluras, y no sabemos, en los tiempos que corremos, qué puede ser de nosotros y adonde podemos llegar. Quizás ustedes mismos pueden llegar a ministros, incluso usted, que ensucia con sus escritos las columnas del *Constitutionnel*...

En contrapartida, si se presentaba la ocasión, prestaba servicios a los redactores, eliminaba cualquier obstáculo surgido para la representación de una obra, aflojaba las clavijas a propósito de alguna gratificación o de algún buen ágape, o prometía facilitar la conclusión de un negocio. Por otra parte, era amante de la Literatura y protegía las Bellas Artes: poseía autógrafos, magníficos álbumes *gratis*, esbozos y cuadros. Hacía todo el bien que podía a los artistas, sosteniéndolos en determinadas ocasiones en que su amor propio exigía una satisfacción poco costosa. Así, pues, era querido por todo ese mundo entre bastidores, de periodistas y de artistas. En primer lugar, porque todos tenían los mismos vicios y la misma pereza; después, porque se burlaban decididamente de todo entre dos tragos de vino o entre dos bailarinas. ¿Por qué no habían de ser amigos? Si Des Lu peaulx no hubiese sido secretario general, hubiese sido periodista. Así, durante quince años de lucha en los cuales el ariete del epigrama había abierto la brecha por donde pasó la insurrección. Des Lupeaulx no recibió jamás el menor golpe.

Al ver a aquel hombre jugando a la pelota en el jardín del Ministerio con los niños de monseñor, la morralla de los funcionarios se estrujaba el cerebro para adivinar el secreto de su influencia y la naturaleza de su trabajo, mientras que los talones rojos de todos los ministerios le consideraban como el más peligroso de los

Mefistófeles, le adoraban y le devolvían con usura las adulaciones que desparramaba por las esferas superiores. Indescifrable como un enigmático jeroglífico para los inferiores, la utilidad del secretario general era tan evidente como una regla de tres para los interesados. Encargado de elegir los consejos, las ideas, de hacer informes verbales, aquel príncipe de Wagram en pequeño del Napoleón ministerial, conocía todos los secretos de la política parlamentaria, vigorizaba a los tibios, llevaba, traía, informaba y enterraba propuestas, y decía los *no* y los *si*, que el ministro no se atrevía a pronunciar. Hecho para recibir las primeras descargas de la desesperación o de la cólera, se lamentaba o se reía según el ministro hiciera una cosa u otra. Eslabón misterioso mediante el cual innumerables intereses se unían a Palacio y discreto como un confesor, unas veces lo sabía todo y otras no sabía nada. Además, decía de un ministro lo que ningún ministro puede decir de sí mismo. En fin, con aquel Ephestion político, el ministro se atrevía a mostrarse tal como era: quitarse la peluca y la dentadura postiza, exponer sus escrúpulos y ponerse las zapatillas, desabrocharse las truhanerías y descalzarse de la conciencia. Por otra parte, no todo era de color de rosa para Des Lupeaulx: halagaba y aconsejaba a su ministro, obligado a halagar para poder aconsejar, y a aconsejar halagando y disfrazando el halago por el consejo. Casi todos los hombres políticos que desempeñaron esta profesión tuvieron una cara bastante amarillenta. Su constante costumbre de hacer un movimiento de cabeza en sentido afirmativo para aprobar lo que se le está diciendo, o para tener el aspecto de aprobarlo, comunicó algo extraño a su expresión. Estas gentes aprueban indiferentemente todo cuanto se dice delante de ellos. Su lenguaje está lleno de palabras como *pero*, *no obstante*, *quizá*, *yo en su lugar*, *yo haría*, es decir, expresiones que preparan una contradicción.

En lo físico, Clemente des Lupeaulx era un hombre apuesto: de cinco pies cuatro pulgadas de estatura, complexión tolerable, el color de su piel algo enrojecido por la buena mesa, un aspecto cansado, usaba unos lentes pequeños y de vidrios delgados; rubio, color indicado para unas manos regordetas como las de una mujer de edad, un poco cuadradas, las uñas cortas, en fin, unas manos de sátrapa. Los pies no carecían de distinción. Después de las cinco de la tarde, Des Lupeaulx usaba a diario medias de seda, zapatos y pantalones negros, chaleco de cachemira, pañuelo de batista sin perfumar, cadena de oro, levita azul rey con botones cincelados y su pasador de condecoraciones. Por la mañana, las botas chirriaban bajo un pantalón gris y la corta y cerrada levita de los intrigantes. Su vestido se parecía entonces mucho más al de un lagartón que al de un hombre que goza de la confianza de un ministro. Su mirada, reflejante por el uso continuado de lentes, le hacía parecer más feo de lo que realmente era cuando tenía que quitárselos. Para un juez hábil, para las personas correctas que sólo tienen en cuenta lo verdadero, Des Lupeaulx era un personaje insoportable. Sus modales graciosos rozaban la mentira, sus amables protestas, sus anticuadas gentilezas siempre nuevas para los imbéciles, demostraban con bastante claridad su falsía. Cualquier hombre perspicaz podía ver en él un huevo podrido

sobre el cual había que evitar poner el pie.

En cuanto la señora Ravourdin se dignó ocuparse de la fortuna administrativa de su esposo, se fijó en Clemente des Lupeaulx y lo estudió para ver si en aquella pasarela había aún fibras leñosas lo bastante sólidas para pasar rápidamente por encima de ellas de la oficina a la división, es decir, de ocho mil a doce mil francos. La mujer superior se creyó con fuerzas para realizar aquel juego político. Así, pues, el señor Des Lupeaulx fue, en buena parte, la causa de los gastos extraordinarios que se habían hecho y que seguían realizándose en casa de los Ravourdin.

La calle Duphot, construida durante el Imperio, es notable por hallarse en ella algunas casas de elegantes fachadas, y cuyos apartamentos han sido, por lo general, bien distribuidos. El de la señora Ravourdin poseía excelentes disposiciones, ventaja que hace realzar la nobleza de la vida interior. Una amplia y hermosa antecámara, que recibía la luz del patio, conducía a un gran salón cuyas ventanas daban a la calle. A la derecha de este salón se hallaban el despacho y la habitación de Ravourdin, a lo largo de los cuales estaba el comedor, al que se entraba por la antecámara; a la izquierda, el dormitorio de la señora y su tocador, al lado de los cuales se encontraba el cuarto de su hija. En los días de recepción, la puerta del despacho de Ravourdin y la del dormitorio de la señora permanecían abiertas. El espacio permitía recibir una asamblea escogida, sin tener que caer en el ridículo que pesa en ciertas veladas burguesas en las que el lujo se improvisa sacrificando las costumbres cotidianas tomando el aspecto de una excepción. El salón acababa de ser tapizado de seda amarilla con adornos de color carmelita. El dormitorio de la señora aparecía revestido de tela *auténticamente persa* y amueblada al estilo *rococó*. El despacho de Ravourdin heredó el color del antiguo salón renovado, y fue embellecido con hermosos cuadros procedentes de la herencia de Leprince. La hija del ex comisario de Tasas utilizó en el comedor unas maravillosas alfombras turcas, compradas de ocasión por su padre, encuadrándolas en viejos marcos de ébano de un precio realmente exorbitante. Unos admirables bufetes, comprados igualmente por el difunto comisario de Tasas, amueblaban el resto de la pieza, en medio de la cual brillaban los arabescos de cobre incrustado de nácar del primer reloj de zócalo que reapareció para honrar debidamente las obras maestras del siglo XVII. Las flores embalsamaban el ambiente de aquel apartamento lleno de gusto y de cosas hermosas, en el que cada detalle constituía una auténtica obra de arte convenientemente colocada y bien acompañada, donde la señora Ravourdin, vestida con la simplicidad y originalidad propia de los artistas, se mostraba como una mujer acostumbrada a aquellos lujos, no hablando de ello y dejando a los encantos de su inteligencia la misión de completar el efecto producido en sus invitados por aquel conjunto. Gracias a su padre, en cuanto el *rococó* estuvo de moda, Celestina consiguió que se hablara de ella.

Por muy habituado que estuviera Des Lupeaulx a las falsas y a las reales magnificencias de todo tiempo, quedó sorprendido por las que se manifestaban en casa de la señora Ravourdin. El encanto en que se vio cogido aquel Asmodeo

parisién, puede explicarse mediante una comparación. Imagínense un viajero fatigado por los mil ricos aspectos de Italia, del Brasil o de las Indias, que regresa a su patria y encuentra en su camino un pequeño y delicioso lago, como el de Orta al pie del Monte Rosa, o una isla bien situada en medio de aguas tranquilas, linda y sencilla, sin artificio y no obstante cuidada, solitaria y bien acompañada; elegantes grupos de árboles y estatuas de magnífico efecto. A su alrededor, unas orillas a la vez salvajes y cultivadas; grandiosidad y tumultos en el exterior, y en el interior proporciones humanas. El mundo que el viajero ha visto, lo vuelve a encontrar en proporciones más reducidas, modesto y puro; su espíritu reposado le invita a quedarse allí, ya que un encanto poético y melodioso le rodea y envuelve con toda clase de armonías, despertando todos sus pensamientos. ¡Es a la vez una cartuja y la vida! Algunos días antes, la hermosa señora Firmiani, una de las más encantadoras mujeres del faubourg Saint-Germain, que quería y recibía a la señora Ravourdin, había dicho a Des Lupeaulx, invitado expresamente para poderle pronunciar aquella frase: «¿Por qué no va usted un día a casa de aquella señora?», y le había indicado a Celestina. «Esa señora da unas veladas deliciosas, y sobre todo, se come en ellas... mucho mejor que en mi casa». Des-Lupeaulx se había dejado arrancar una promesa por la señora Ravourdin, que por primera vez se había atrevido a levantar los ojos mientras le hablaba. Y había ido a la calle Duphot. La mujer sólo dispone de una habilidad, dice Fígaro, pero es una habilidad infalible. Mientras comía en casa de aquel siempre jefe de oficina. Des Lupeaulx se prometió volver otras veces. Merced al juego decente y conveniente desplegado por aquella mujer a quien su rival, la señora Colleville, llamaba la *Celimena de la calle Duphot*, cenaba en su casa todos los viernes desde hacía un mes, y regresaba a ella por su propio impulso para tomar una taza de té los miércoles. Al cabo de unos días, después de prudentes y delicadas perquisiciones, la señora Ravourdin había creído encontrar en aquella pasarela ministerial el lugar donde poner el pie. No dudaba ya de su éxito. Su alegría interior no podría ser comprendida más que en el seno de aquellas casas de funcionarios en las cuales se ha calculado, desde hace tres o cuatro años, el bienestar resultante de un nombramiento esperado, acariciado, codiciado. ¡Cuántos sufrimientos apaciguados! ¡Cuántos votos hechos a las divinidades ministeriales! ¡Cuántas visitas interesadas! Finalmente, gracias a su audacia, la señora Ravourdin creía vislumbrar la hora en que podría disponer de veinte mil francos al año en lugar de ocho mil.

»Y yo me habré portado correctamente, se decía. He realizado algunos gastos extraordinarios, pero no estamos en unos tiempos en que la gente vaya a buscar los talentos donde se hallen escondidos; hay que ponerlos a la vista, estar en medio de la sociedad, del mundo, cultivar amistades, hacer otras nuevas, y así llega el hombre preciso. Después de todo, los ministros y sus amigos sólo se interesan por las personas que ven, ¡y Ravourdin no se asoma al mundo! Si no hubiese atraído a estos tres diputados, tal vez habrían querido la plaza de La Billardière; mientras que, recibidos aquí, se apodera de ellos la vergüenza, se convierten en sostén de nuestras

pretensiones en vez de ser unos rivales. Me he mostrado un poco coqueta, pero me siento feliz al comprobar que las pequeñas tonterías con las cuales los hombres se divierten han bastado...

El día en que empieza realmente una inesperada lucha por aquella plaza, después de una de aquellas cenas ministeriales que preceden a las veladas que los ministros consideran como públicas, Des Lupeaulx se encontraba al lado de la chimenea cerca de la esposa del ministro. Mientras tomaba una taza de café, le pasó por el pensamiento una vez más que la señora Roubourdin podía figurar entre las siete u ocho mujeres verdaderamente superiores de París. Varias veces ya, había puesto en juego a la señora Roubourdin como el cabo Trim lanzaba a la palestra su casquete.

—No hable demasiado de ella» mi querido amigo, la puede usted perjudicar —dijo la esposa del ministro medio riendo.

A ninguna mujer le gusta escuchar elogios dirigidos a otra mujer en su presencia; en este caso, todas se reservan palabras con que poder avinagrar el elogio.

—Este pobre La Billardière está a punto de morir —dijo Su Excelencia—. Su sucesión administrativa corresponde a Roubourdin, que es uno de nuestros más hábiles empleados, y con quien nuestros predecesores no se han portado demasiado correctamente, aunque uno de ellos ha debido su Prefectura de Policía en tiempos del Imperio a cierto personaje interesado por Roubourdin. Francamente, amigo mío, es usted demasiado joven todavía para poder ser querido por usted mismo...

—Si la plaza de La Billardière es concedida a Roubourdin, podré ser creído cuando alabo la superioridad de su mujer —replicó Des Lupeaulx dándose cuenta de la ironía del ministro—; pero si la señora condesa quiere juzgar por sí misma...

—Puedo invitarla al primer baile que dé, ¿no es así? Su mujer superior llegará cuando ya estén aquí toda esta serie de mujeres que vienen exclusivamente para criticarnos, y podrán oír anunciar a la *señora Roubourdin*.

—¿No anuncian a la señora Firmiani en casa del ministro de Asuntos Extranjeros?

—¡Una mujer nacida Cadignan!... —interrumpió vivamente el conde recién ennoblecido, lanzando una mirada fulminante a su secretario general, ya que ni él ni su esposa eran nobles.

Muchas de las personas asistentes a la reunión creyeron que estaban hablando de asuntos importantes, puesto que los pedigüeños permanecían al fondo del salón. Cuando Des Lupeaulx se hubo marchado, la nueva condesa preguntó a su marido:

—¿Crees que Des Lupeaulx está enamorado?

—En todo caso, sería la primera vez en su vida —contestó encogiéndose de hombros como para dar a entender a su mujer que los tipos como Lupeaulx no se ocupan de bagatelas.

El ministro vio entrar a un diputado del centro-derecha y abandonó a su mujer para ir a dejarse acariciar por una voz indecisa. Pero, bajo el peso de un desastre que le anonadaba, aquel diputado lo que quería era asegurarse una protección y venía a

anunciar, en secreto, que dentro de pocos días se vería obligado a tener que presentar la dimisión. Así prevenido, el ministro podía emplazar sus baterías para disparar contra la oposición.

El ministro, es decir, Des Lupeaulx, había invitado a cenar a un personaje inamovible en todos los ministerios, bastante embarazado por su presencia en aquella casa, y que, en su deseo de adoptar una actitud digna, permanecía plantado con las piernas juntas como una vaina egipcia. Aquel funcionario esperaba junto a la chimenea el momento de dar las gracias al secretario general, cuya imprevista y súbita marcha le sorprendió en el instante en que le iba a dedicar un cumplido. Se trataba pura y simplemente del cajero del ministerio, el único funcionario que no tenía que ponerse a temblar cuando había cambios ministeriales. En aquellos tiempos, la Cámara no estaba agitada ni discutía mezquinamente el presupuesto como en los deplorables días en que vivimos, no reducía innoblemente los emolumentos ministeriales. No hacía lo que, en términos cocineriles, recibe el nombre de economías de cabos de velas, y concedía a cada ministro nombrado una gratificación llamada *de desplazamientos*. Cuesta tanto, ¡ay!, entrar en un Ministerio como salir de él, y la toma de posesión comporta gastos de toda clase que no son conveniente inventariarlos. Dicha gratificación consistía en veinticinco mil ridículos francos. La orden de entrega aparecía en el *Monitor*, mientras que los funcionarios, importantes o no, agrupados alrededor de las estufas o de las chimeneas, se decían: «¿Qué hará éste? ¿Va a aumentar el número de funcionarios? ¿Va a despedir a dos para nombrar seguidamente a tres?». Mientras, el pacífico cajero tomaba veinticinco hermosos billetes de a mil, los unía con un clip y gravaba en su cara de suizo de catedral una expresión alegre. Enfilaba la escalera que conducía a los apartamentos ministeriales y se hacía introducir en presencia de monseñor a la hora del desayuno, por gentes que confunden en un solo y único poder el dinero con el que lo guarda, el continente y el contenido, la idea y la forma. El cajero se presentaba ante la pareja ministerial en la aurora de su alegría durante la cual un hombre de Estado se muestra benigno y encantador de modales. Al: «¿Qué desea usted?» del ministro, respondía exhibiendo el fajo de billetes, añadiendo que se apresuraba a entregar a Su Excelencia la habitual gratificación; explicaba la razón de ella a la extrañada señora, aunque feliz por el regalo, y que jamás dejaba de tomar para sí una parte de la entrega, y a menudo la totalidad. Un desplazamiento es algo que afecta a la marcha de una casa. El cajero decía algunos cumplidos y se permitía deslizar a monseñor algunas frases: «Si Su Excelencia se dignaba conservar el empleo, si estaba satisfecha de un servicio puramente mecánico, si, etc.». Como un hombre que trae veinticinco mil francos es siempre un digno funcionario, el cajero no salía jamás del apartamento sin escuchar la confirmación de su empleo, desde el cual veía pasar y traspasar los ministros hacía ya veinticinco años. Después, se ponía a las órdenes de la señora, le entregaba por lo menos trece mil francos en un plazo útil, los adelantaba o los retrasaba en cumplimiento de órdenes recibidas, y se arreglaba, siguiendo una antigua expresión

monástica, con arreglo a las indicaciones del capítulo.

Antiguo tenedor de libros del Tesoro cuando éste tenía libros que debían llevarse por partida doble, el señor Saillard fue indemnizado por su empleo actual al renunciar a él. Era un hombre alto y corpulento, buena persona, muy impuesto en la teneduría de libros e ignorante de casi todo lo demás, redondo como un cero, sencillito como unos buenos días, que andaba contando los pasos igual que un elefante, y que con ellos se dirigía hacia la Plaza Real donde vivía en una planta baja en una casa de su propiedad. Tenía por compañero de camino a Isidoro Baudoyer, jefe de oficina de la división del señor de La Billardière, y por lo tanto colega de Rabourdin, el cual había contraído matrimonio con Elisabeth Saillard, su única hija que, como es natural, ocupaba un piso encima del suyo. Nadie tenía la menor duda en el Ministerio de que Saillard padre era una auténtica bestia, pero nadie había podido saber jamás hasta donde llegaba su bestialidad; era demasiado compacta para poder ser interrogada, lo absorbía todo sin desprender nada. Bixiou (un funcionario del cual pronto tendremos ocasión de hablar), había hecho una caricatura del cajero en la que éste aparecía con una cabeza emperrucada sobre un huevo y debajo del mismo dos cortas piernas, con la siguiente inscripción: «Nacido para pagar y cobrar, sin cometer jamás un error. Con un poco menos de suerte hubiese sido ordenanza del Banco de Francia; con un poco más de ambición, hubiera sido recompensado».

En aquel momento, el ministro contemplaba a su cajero con la misma expresión que se mira una pátera o una cornisa, sin que pudiera pasarle por la imaginación que el ornamento fuera capaz de comprender lo que se le decía, ni adivinar un pensamiento oculto.

—Insisto en que debemos arreglarlo todo con el prefecto en el mayor secreto, ya que Des Lupeaulx tiene aspiraciones, y su propiedad se halla enclavada en vuestro distrito —decía el ministro al diputado dimisionario.

—Sin embargo, no paga la correspondiente contribución, ni tiene la edad reglamentaria —objetó el diputado.

—Si, pero ya sabe usted lo que ha decidido Casimiro Périer en lo referente a la edad. En cuanto a la contribución anual. Des Lupeaulx posee algo que no vale gran cosa; pero la ley no ha previsto que su propiedad puede ser ampliada por medio de adquisiciones. Las comisiones tienen la manga ancha para los diputados del centro, y nosotros no podríamos oponer ostensiblemente si aquéllas demuestran buena voluntad hacia nuestro querido amigo.

—¿Pero de dónde sacará el dinero para las nuevas adquisiciones?

—¡Del mismo modo que Manuel ha conseguido ser propietario de una casa en París! —exclamó el ministro.

La pátera escuchaba, aunque procuraba no oír. Aquellas vivas interlocuciones, aunque solamente murmuradas, llegaban al oído de Saillard por ciertos caprichos de acústica todavía mal estudiados. ¿Sabían qué sentimiento se apoderó de aquel funcionario cuando oyó tales confidencias políticas?: un agudo terror. Era una de

aquellas personas que se desesperan al escuchar lo que no deben oír, al entrar allí donde no son llamados, pareciendo osados cuando en realidad son tímidos, curiosos cuando de verdad son discretos. El cajero empezó a deslizarse por encima de la alfombra, retrocediendo, de modo que el ministro, cuando volvió a fijar la mirada en él, se hallaba ya muy lejos. Saillard era un seide ministerial incapaz de la menor indiscreción; si el ministro hubiese creído que era conocedor de su secreto, le hubiera bastado decir: ¡chitón! El cajero aprovechó la afluencia de cortesanos, tomó un fiacre de su barrio alquilado por horas y regresó a la Plaza Real.

A la hora en que Saillard padre viajaba por las calles de París, su yerno y su querida Elisabeth se hallaban ocupados junto con el abate Gaudron, su director espiritual, en jugar una virtuosa partida de *boston*, en compañía de otros vecinos y de un tal Martín Falleix, fundidor de cobre del faubourg Saint-Antoine, a quien Saillard había prestado el dinero suficiente para poder crear un benéfico establecimiento. Aquel Falleix, honrado auvernés, llegado a París con un caldero a la espalda, fue inmediatamente empleado en casa de los Brézac, grandes despedazadores de castillos. Cuando tuvo veintisiete años, deseando establecerse por su cuenta, Martín Falleix tuvo la suerte de ser comanditado por Saillard para iniciar un negocio de fundición. (Diploma y medalla de oro en la Exposición de 1825). La señora Baudoyer cuya hija única marchaba, según una expresión del señor Saillard padre, siguiendo el rastro de sus doce años, había puesto sus miras en Falleix, muchacho corpulento, muy moreno, activo, de honradez a toda prueba y al que estaba educando. Siguiendo sus ideas, tal educación consistía en enseñar al bueno del auvernés a jugar al *boston*, a saber sostener las cartas en la mano, a no dejar ver su juego, a que fuera a su casa afeitado, las manos bien lavadas con jabón ordinario, a no blasfemar, a hablar su francés, a usar botas en vez de zapatos, a llevar camisas de tela en lugar de camisas de arpillera y a ondular sus cabellos en vez de llevarlos lacios. Desde hacía ocho días, Elisabeth había podido convencer a Falleix de que se quitara dos enormes anillos que llevaba colgando de las orejas.

—Va usted demasiado lejos, señora Baudoyer —dijo viéndola feliz por aquel sacrificio—. Adquiere sobre mí demasiada influencia: me hace usted limpiar los dientes, lo que me los estropea; pronto querrá usted que me limpie las uñas y me haga rizar el cabello, lo que en mi oficio no está bien visto: no nos gustan los petimetres.

Elisabeth Baudoyer, *de soltera Saillard*, es una de esas figuras que resulta imposible describir debido a la vulgaridad de sus rasgos, pero que no obstante deben ser esbozadas, ya que son una verdadera expresión de esta pequeña burguesía parisién, situada por encima de los ricos artesanos y por debajo de la clase alta, cuyas cualidades son casi vicios, cuyos defectos nada tienen de agradable, pero cuyas costumbres, aunque vulgares, no carecen de originalidad. Había en Elisabeth algo de mezquino que hería la vista. Su estatura, no sobrepasaba los cuatro pies; su talle, tan delgado que no alcanzaba ni media ana. Sus rasgos, finos y agrupados junto a la nariz, daban a su rostro un vago parecido con el hocico de una comadreja. Contando

más de treinta años solamente representaba dieciséis o diecisiete. Sus ojos, color azul porcelana, oprimidos por unos grandes párpados unidos al arco de las cejas, eran poco brillantes. Todo en ella era mezquino: sus cabellos, de un rubio que tiraba a blanco, su frente plana en la cual parecía detenerse el día, y su color de la piel, de un tono gris casi de plomo. La parte baja de la cara, más triangular que oval, terminaba irregularmente unos contornos generalmente atormentados. Finalmente, la voz ofrecía una sinfonía bastante grata de entonaciones agrisadas. Elisabeth era la perfecta pequeña burguesa que aconseja a su marido por la noche, sobre la almohada, sin el menor mérito en sus virtudes, ambiciosa sin segunda intención y únicamente para el desenvolvimiento del egoísmo doméstico; si hubiese vivido en el campo, hubiera deseado redondear sus propiedades; en la administración deseaba ascensos. Explicando la vida de su padre y de su madre, se explicará también la vida de la hija, especialmente, su infancia.

El señor Saillard se habla casado con la hija de un comerciante en muebles, establecido bajo las columnas de las Halles. Lo exiguo de su fortuna había obligado en los primeros tiempos al señor y a la señora Saillard a constantes privaciones. Al cabo de treinta y tres años de matrimonio y veintinueve de trabajar en las oficinas ministeriales, la fortuna de los Saillard (sus amistades les llamaban así) consistía en sesenta mil francos confiados a Falleix, la casa de la Plaza Real, comprada en cuarenta mil francos en 1804, y treinta y seis mil francos de dote entregados a su hija. En este capital, la herencia de la señora Bidault, madre de la señora Saillard, representaba aproximadamente unos cincuenta mil francos. Los sueldos de Saillard habían sido siempre de cuatro mil quinientos francos, ya que su empleo era un verdadero callejón sin salida ni porvenir y durante muchos años no tentó a nadie. Sus noventa mil francos, amasados sueldo a sueldo, provenían pues, de sórdidas economías perfecta e inteligentemente empleadas. En efecto, los Saillard no conocían otra forma de colocar su dinero que llevarlo en cantidades de cinco mil francos, a casa de su notario, el señor Sorbier, predecesor de Cardot, y prestar al cinco por ciento en primera hipoteca con subrogación en los derechos de la mujer cuando el que tomaba prestado era casado. La señora Saillard obtuvo en 1804 un despacho de papel sellado, lo que determinó debieran tomar una criada a su servicio. En aquellos días, la casa, que valía más de cien mil francos, les producía ocho mil. Falleix les pagaba un siete por ciento de los sesenta mil francos que le habían prestado, y además un cincuenta por ciento de los beneficios. De esta forma, los Saillard gozaban, por lo menos, de diecisiete mil libras de renta. Toda la ambición de Saillard se reducía a que le fuera otorgada una condecoración y retirarse.

La juventud de Elisabeth fue un trabajo constante en una familia en la cual las costumbres eran tan penosas y las ideas tan simples. Se deliberaba sobre la adquisición de un sombrero para Saillard, se calculaban los años que tenía que durar un vestido, los paraguas se conservaban enfundados en una vaina de cuero. Desde el año 1804 no se había hecho reparación alguna en la casa. Los Saillard conservaban su

planta baja en el mismo estado en que se la había entregado su anterior propietario. Los entrepaños estaban desconchados y la pintura de las puertas apenas podía distinguirse a causa del polvo con que el tiempo las había recubierto. Conservaban en aquellas espaciosas habitaciones decoradas con magníficas chimeneas de mármol esculpido, unos plafones dignos de los de Versalles, y los muebles encontrados en casa de la viuda Bidault. Se trataba de unos sillones de madera de nogal desvencijados y cubiertos con tapicerías, cómodas de madera de rosa, veladores de galería de cobre y mármol blanco desportillado, un soberbio secreter de Boulle, al que la moda todavía no había dado su verdadero valor y, en fin, un batiburrillo de ocasiones encontradas en los tenderetes de los pórticos de las Halles: cuadros comprados únicamente en consideración a la belleza de sus marcos, una vajilla de orden compuesto, es decir, unos magníficos platos de postre de porcelana del Japón y el resto de porcelana de todas las fábricas del mundo; unos juegos de plata desaparejados, cristalería antigua, ropa buena adamascada, y una cama con dosel de tela de Persia y plumas.

En medio de todas aquellas reliquias, la señora Saillard pasaba la vida en una *bergère* moderna de caoba, los pies puestos sobre un calentador que despedía fuego por una serie de agujeros, muy cerca de una chimenea llena de ceniza pero sin lumbre, y sobre la cual podía verse un cartel, unos bronce antiguos, unos candelabros con flores pero sin velas, ya que como iluminación usaba una palmatoria de cobre de la cual salía una larga bujía acanalada por diferentes y repetidas refundiciones. La señora Saillard mostraba un rostro en el que, a pesar de sus arrugas, se reflejaba cierta testarudez y severidad, la estrechez de sus ideas, una honradez cuadrangular, una religión sin piedad, una avaricia congénita y la tranquilidad de una conciencia limpia de toda culpa. En algunos cuadros de la escuela flamenca, pueden verse también esposas de burgomaestres de la misma naturaleza que ella y perfectamente reproducidas por el pincel; pero estas últimas van vestidas con ricas telas de terciopelo o de seda, mientras que la señora Saillard carecía de ropas, aunque sí tenía la clase de vestido a la moda antigua que en la Turena y en la Picardía recibe el nombre de *cotas*, y en el resto de Francia el de *cotillón*, consistente en una especie de faldas plisadas por detrás y colocadas unas sobre otras. Su busto lo llevaba apretado con un corpiño, ¡otra moda anticuada! Conservaba la cofia de alas de mariposa y zapatos de talón alto. Aunque contaba ya cincuenta y siete años y sus labores en el seno de la casa le permitía tomarse algún reposo, confeccionaba ella misma los calcetines de su marido, los de un tío suyo y sus propias medias, tal como hacen las mujeres campesinas, mientras andan, hablan, pasean por el jardín o van a ver como marchan las cosas por la cocina.

Iniciada a causa de la necesidad, la avaricia de los Saillard se había convertido en una costumbre. Al regresar de la oficina, el cajero se quitaba el traje y se ponía a cuidar por sí mismo un hermoso jardín rodeado por una verja que se había reservado. Durante muchos años, Elisabeth había ido al mercado con su madre, y las dos solas se

bastaban para cubrir las necesidades de la casa. La madre guisaba estupendamente el pato con nabos; pero según Saillard padre, Elisabeth no tenía quien le igualara cocinando cebollas con los restos de un asado. En cuanto tuvo edad para poder sostener una aguja, su madre le había obligado a tener que repasar toda la ropa blanca de la casa, así como los trajes de su padre. Ocupada en trabajar continuamente, jamás salía sola. Aunque vivían a dos pasos del bulevar del Temple, donde se encuentra Franconi, el Gaité, el Ambigu-Comique, y un poco más lejos el Porte-de-Saint-Martin, Elisabeth no había ido nunca a la *comedia*. Cuando se le ocurrió tener la loca idea *de ver de qué se trataba*, con permiso del señor Gaudron, naturalmente, el señor Baudoyer la acompañó, por magnificencia y para que pudiera ver el mejor de todos los espectáculos, a la ópera, donde se representaba por aquellos días *El trabajador chino*. Elisabeth encontró *la comedia* fastidiosa como las moscas y no quiso volver más.

Los domingos, después de haber recorrido cuatro veces el trayecto entre la Plaza Real y la iglesia de San Pablo, ya que su madre la hacía cumplir estrictamente los preceptos y deberes de la religión, su padre y su madre la acompañaban hasta delante del Café Turco, y allí se sentaba en unas sillas colocadas entre la barrera y la pared. Los Saillard se daban prisa por llegar los primeros para poder coger un buen sitio, y se divertían viendo pasar a la gente. En aquella época, el Jardín Turco era el lugar de reunión de todos los elegantes del Marais, del faubourg Saint-Antoine y de los lugares circunvecinos.

Elisabeth no había llevado nunca otras ropas que indiana en verano y merino en invierno y confeccionándose ella sus propios vestidos; para sus gastos, su madre no le entregaba más que veinte francos al mes; pero su padre, que la quería mucho, atemperaba aquel rigor con algunos regalos. Jamás había leído los libros que el abate Gaudron y el consejo familiar calificaban de profanos. Aquel régimen había dado sus frutos. Viéndose obligada a emplear sus sentimientos en una pasión cualquiera, Elisabeth se interesó vivamente por el lucro. Aunque no carecía de inteligencia ni de perspicacia, habiendo las ideas religiosas y su ignorancia constreñido sus cualidades en un círculo de bronce, Elisabeth aplicó su pasión a las cosas más vulgares de la vida; después, diseminadas sobre limitados objetivos, se volcaban íntegramente sobre uno solo. Reprimido por la devoción, su espíritu natural tuvo que desplegarse entre los límites señalados por los casos de conciencia, que no son más que un almacén de sutilezas en los que el interés puede hallar alguna escapatoria. Semejante a aquellos santos personajes en los cuales la religión no ha apagado la ambición, era capaz de pedir al prójimo que realizara actos condenables para recoger el fruto de los mismos; si la ocasión se hubiese presentado, se hubiera mostrado como ellos, implacable en el cumplimiento del deber y disimulada en el empleo de los medios. Ofendida, hubiese podido vigilar a sus adversarios con la pérfida paciencia de un gato y hubiese gozado con alguna fría y completa venganza colocada en la cuenta del buen Dios. Hasta la boda de Elisabeth, los Saillard vivieron sin otras amistades que la del abate Gaudron,

sacerdote auvernés, nombrado vicario de San Pablo cuando la restauración del culto católico. A dicho eclesiástico, amigo de la difunta señora Bidault, se unía el tío paterno de la señora Saillard, anciano comerciante en papel, retirado de los negocios desde el año II de la República, que entonces contaba sesenta y nueve años de edad y que iba a visitarles únicamente los domingos, porque en tal día no podían hacerse negocios.

Aquel pequeño anciano de tez verdosa, ocupada casi toda su cara por una nariz roja como la de un bebedor de vino y con dos pequeños agujeros en los que se alojaban unos ojos como los de un buitre, dejaba flotar sus largos cabellos grises por debajo de un tricornio; usaba unos calzones cuyas lengüetas sobrepasaban desmesuradamente las hebillas; medias de algodón tricotadas por su sobrina, a quien llamaba siempre *la pequeña Saillard*; unos grandes zapatos con hebillas de plata y un levitón multicolor. Se parecía mucho a esos míseros sacristanes-bedeles-campaneros-sepultereros de pueblo, a los que se toma por fantasía de los caricaturistas hasta que se les ve en funciones. En aquellos días, llegaba andando para comer, y se volvía igualmente a pie hasta la calle Grenétat, donde vivía en un tercer piso. Su oficio consistía en descontar los efectos de cambio en el barrio de Saint-Martin, en el que era conocido con el sobrenombre de *el títere*, a causa del movimiento febril y convulsivo con que levantaba las piernas. El señor Bidault había empezado a dedicarse al descuento de letras el año II, con un holandés, el señor Werbrust, amigo de Gobseck.

Más tarde, en un banco de la fábrica de San Pablo, Saillard hizo amistad con el señor y la señora Transon, grandes comerciantes en alfarería, establecidos en la calle de Lesdiguières, quienes se interesaron por Elisabeth, y que, en su intención de casarla, introdujeron al joven Isidoro Baudoyer en casa de los Saillard. La amistad del señor y de la señora Boudoyer con los Saillard se estrechó aún más por la aprobación de *El Títere*, que durante mucho tiempo había empleado en sus negocios a un tal señor Mitral, alguacil, hermano de la señora Baudoyer madre, la cual deseaba por aquel entonces retirarse a una bonita casa de L'Isle-Adam.

El señor y la señora Baudoyes, padre y madre de Isidoro honrados curtidores de la calle Censier, habían conseguido hacer, lentamente, una fortuna mediocre en un comercio rutinario. Después de haber casado a su hijo único, al que entregaron cincuenta mil francos, pensaron irse a vivir al campo y eligieron la región de l'Isle-Adam adonde se llevaron también a Mitral; pero hacían frecuentes viajes a París, en cuya ciudad conservaban un piso en la calle Censier dado en dote a Isidoro. Los Baudoyer disfrutaban todavía de mil escudos de renta después de haber dotado a su hijo.

Mitral, hombre de aspecto siniestro, de cara color del Sena en la cual brillaban dos ojos color tabaco de España, frío como una cuerda de pozo y que olía a ratas, guardaba el secreto de su fortuna; pero él debía seguir operando en su sector del mismo modo que *El Títere* operaba en el barrio de Saint-Martin.

Si bien el círculo de esta familia se extendió, continuaron con las mismas ideas y costumbres. Se celebraban los santos del padre, de la madre, del yerno, de la hija y de la nieta, y los aniversarios de los nacimientos y de las bodas, la Pascua, Navidad, el primero de año y el día de Reyes. Tales festividades y celebraciones ocasionaban unas grandes barridas y limpiezas generales del piso, lo que añadía utilidad al encanto de estas ceremonias domésticas. Además, se ofrecían, con gran pompa y acompañamiento de ramos de flores, regalos útiles: un par de medias de seda o un bonete de fieltro para Saillard, un broche de oro o un plato de plata para Elisabeth o para su marido, al cual se le iba proporcionando poco a poco un servicio de plata, o unas piezas de seda para la señora Saillard. A propósito del obsequio, se hacía sentar al que había de recibirlo en un sillón, y se le preguntaba durante cierto tiempo: «¡Adivina lo que te vamos, a regalar!». Finalmente, se servía una comida espléndida, que duraba cinco horas, a la que eran invitados el abate Gaudron, Falleix, Ravourdin, el señor Godard, antiguo subjefe de Boudoyer, el señor Bataille, capitán de la compañía a la cual pertenecían el yerno y el suegro, y el señor Gardot, que como Ravourdin aceptaba una invitación de cada seis. A los postres se cantaba, se abrazaban todos con entusiasmo, mientras se deseaban unos a otros las mayores venturas posibles, y se exhibían los regalos pidiendo a los invitados la opinión que les merecían. El día del bonete de fieltro, Saillard, durante los postres, se lo había puesto, ante la satisfacción general. Por la tarde iban a visitarles las simples amistades, y se improvisaba un baile. Se bailaba durante largo rato al son de un único violín. Pero desde hacía seis años, el señor Godard, que tocaba muy bien la flauta, contribuía a la fiesta interpretando un octavín. La cocinera y la criada de la señora Boudoyer, la vieja Catalina, sirvienta de la señora Saillard, el portero o su mujer, formaban grupo a la puerta del salón. Los criados recibían un escudo de tres libras cada uno para que se compraran vino y café. Aquel grupo de amistades consideraban a Boudoyer y a Saillard como hombres trascendentales: eran funcionarios del Gobierno, y habían medrado por su propio mérito; se decía que trabajaban con el ministro, y debían su fortuna a su talento: eran hombres políticos; pero Boudoyer era considerado como el más capaz de los dos, su empleo de jefe de oficina suponía trabajos mucho más complicados, más arduos que la simple teneduría de una caja. Por otra parte, aunque hijo de un curtidor de la calle Censier, Isidoro había cursado estudios, y tuvo la audacia de renunciar al oficio de sus padres para iniciar una carrera administrativa, en la cual había alcanzado un lugar preeminente. Finalmente, como era hombre poco comunicativo, pasaba por ser un pensador profundo, y quizá, decían los Transon, llegaría el día en que se convirtiese en el diputado del octavo distrito municipal. Mientras escuchaba tales conversaciones, el Títere fruncía los labios, ya de por sí bastante fruncidos, y lanzaba una mirada a su sobrina Elisabeth.

En su aspecto físico, Isidoro era un hombre de treinta y siete años, alto y grueso, que sudaba fácilmente, y cuya cabeza recordaba la de un hidrocéfalo. Aquella cabeza enorme, cubierta de cabellos castaños cortados casi al rape, estaba unida al tronco por

medio de un rollo de carne que sobrepasaba las dimensiones del cuello de su chaqueta. Tenía brazos de Hércules, unas manos dignas de un Domiciano y un estómago que su sobriedad mantenía en los límites de lo majestuoso, según la frase de Brillat-Savarin. Su figura recordaba mucho a la del emperador Alejandro. En sus pequeños ojuelos se adivinaban rasgos tártaros, lo mismo que en su nariz aplastada ligeramente respingona, en su boca de labios fríos y en su corto mentón. Su frente era baja y estrecha. Aunque de temperamento linfático, el devoto Isidoro se entregaba a una excesiva pasión conyugal que el tiempo no había alterado lo más mínimo. A pesar de su parecido con el apuesto emperador de Rusia y con el terrible Domiciano, Isidoro no era más que un simple burócrata, poco capaz como jefe de negociado, pero al que la rutina había hecho conocer sus funciones habituales, y escondía una perfecta nulidad bajo una capa tan espesa que ningún escalpelo era capaz de descubrir. Sus intensos estudios, en los que desplegó toda la paciencia y la prudencia de un buey, y su cabeza cuadrada, habían engañado a sus parientes, que le creían un hombre superdotado. Meticuloso y pedante, hablador y enredador, espanto de sus subordinados, a quienes agobiaba con continuas reprimendas, exigía todos los puntos y comas, cumplía estrictamente con los reglamentos y se mostraba tan terriblemente exacto en todas sus cosas, que nadie en su oficina dejaba de cumplir a rajatabla. Boudoyer vestía un traje azul con botones amarillos, un chaleco de gamuza, un pantalón gris y corbata de color. Tenía grandes pies mal calzados. La cadena de su reloj aparecía adornada con una serie de dijes antiguos entre los cuales conservaba, en 1824, unas monedas americanas que habían estado de moda en el siglo vil.

En el seno de aquella familia que se mantenía por la fuerza de los principios religiosos, por el rigor de sus costumbres y por un pensamiento único, el de la avaricia que era como la brújula que les señalaba el camino a seguir, Elisabeth se veía obligada a hablar consigo misma en vez de poder comunicar sus ideas a los demás, ya que veía claramente que ningún otro de sus familiares podía comprenderla. Aunque los hechos la hubiesen obligado a tener que juzgar a su marido, la devota sostenía una opinión favorable al señor Boudoyer; le testimoniaba un profundo respeto, honrando en él al padre de su hija, a su marido y al poder temporal, como decía el vicario de San Pablo. Así, habría considerado como un pecado mortal hacer el más mínimo gesto, lanzar una sola mirada o pronunciar cualquier palabra que hubieran podido revelar a un extraño su verdadera opinión sobre el imbécil Boudoyer; profesaba, incluso, una especie de obediencia pasiva ante todos sus deseos. Todos los rumores de la vida que llegaban a sus oídos, los recogía, los comparaba por sí sola, y juzgaba de manera tan clara las cosas y los hombres, que en el momento en que empieza esta historia, era ella el oráculo secreto de los dos funcionarios, los cuales, insensiblemente, habían llegado a no hacer nada sin consultarla. Saillard padre decía ingenuamente: «¡Es astuta, esta Elisábeth!». Pero Boudoyer, demasiado estúpido para no sentirse infatuado por la falsa reputación de que gozaba en el faubourg Saint-Antoine, negaba toda inteligencia a su mujer, aunque se aprovechaba de sus consejos.

Elisabeth había adivinado que su tío Bidault, apodado El Títere, debía ser muy rico, y que manejaba sumas enormes. Iluminada por el interés, conocía mucho mejor a Des Lupealx que el propio ministro. Viéndose casada con un imbécil, pensaba que la vida hubiera podido ser muy diferente para ella, pero sospechaba lo mejor sin quererlo conocer. Todas sus dulces afecciones encontraban alimento en el amor que sentía hacia su hija, a quien evitaba todos los sufrimientos que ella había experimentado durante su infancia, y se consideraba con ello en paz con el mundo de los sentimientos. Únicamente por su hija, había decidido a su padre a la exorbitante acción de asociarse con Falleix. Éste había sido presentado a los Saillard por el viejo Bidault, el cual le prestaba dinero sobre su mercancía. Falleix encontraba *su antiguo país* demasiado caro, y se quejaba con candor delante de los Saillard de que El Títere le cobrara a un auvernés un dieciocho por ciento de interés. La anciana señora Saillard se había atrevido a criticar a su tío.

—¡Precisamente por ser un auvernés es por lo que me limito a cobrarle un dieciocho por ciento de interés!, —contesté El Títere.

Falleix, que contaba veintiocho años, había hecho un descubrimiento y se lo había comunicado a Saillard. Falleix parecía tener el corazón en la mano (era ésta una expresión de Saillard) y estar destinado a conseguir una brillante posición económica; Elisabeth concibió inmediatamente la idea de *captarlo* para su hija, de formar ella misma a su yerno, calculando las cosas con siete años de anticipación. Martín Falleix se mostró increíblemente respetuoso con la señora Baudoyer, en la que reconoció a una mujer superior. Aunque más adelante ganara millones, debería pertenecer siempre a aquella casa, en donde había encontrado una familia. La pequeña Baudoyer había aprendido ya a llevarle gentilmente algo para beber y a entregarle su sombrero.

En el momento en que el señor Saillard regresó del ministerio, la partida de boston se hallaba en su apogeo. Elisabeth aconsejaba a Falleix. La señora Saillard hacía calceta cerca de la lumbre mientras observaba el juego del vicario de San Pablo. El señor Baudoyer, inmóvil como un plazo, ponía en funcionamiento toda su inteligencia en calcular donde estaban las cartas, y daba cara a Mitral, venido de L'Isle-Adam para las fiestas de Navidad. Nadie se molestó por la presencia del cajero, que se paseó durante algunos instantes por el salón, mostrando su rostro crispado por una profunda meditación.

—Siempre está así cuando come en casa del ministro, lo que felizmente no acontece más que dos o tres veces al año —dijo la señora Saillard—, pues en otro caso acabarían conmigo. Saillard no está hecho para codearse con el Gobierno. ¡Ah!, espero, Saillard —añadió en voz alta—, que no irás a seguir con tus pantalones de seda puestos y con tu levita de tela de Elbeuf para estar por casa. Vete a cambiar de ropa.

—A tu padre le sucede algo —dijo Baudoyer a su mujer cuando el cajero hubo pasado a su habitación sin lumbre para cambiarse de ropa.

—Es posible que el señor de La Billardière haya muerto —comentó simplemente

Elisabeth—; y como desea que tú le reemplaces, tal vez sea esto lo que le preocupa.

—Si puedo serles útil en algo —terció el vicario de San Pablo haciendo una inclinación—, dispongan de mí, pues tengo el honor de ser amigo de la señora Delfina. Estamos en unos tiempos en que es necesario dar los empleos a personas afectas y cuyos principios religiosos sean inquebrantables.

—¡Vaya! —exclamó Falleix—. ¿Es necesario que las personas de mérito tengan que ser protegidas para llegar a puestos relevantes? He hecho bien en hacerme fundidor, ya que la práctica sabe demostrar las cosas bien hechas.

—Señor —replicó Baudoyer—, el gobierno es el gobierno, le ruego se abstenga de criticarlo en nuestra presencia.

—En efecto, está usted hablando como lo haría el *Constitutionnel*.

—El *Constitutionnel* no dice otra cosa —continuó Baudoyer que jamás lo leía.

El cajero creía a su yerno tan por encima de Ravourdin en cuanto a inteligencia, como creía a Dios superior a San Crispin, según su expresión; pero el buen hombre deseaba aquel ascenso con verdadero interés. Movidado por el sentimiento que impulsa a todos los funcionarios a subir de categoría, pasión violenta, irreflexiva, brutal, deseaba el éxito del mismo modo que deseaba la Legión de Honor, sin querer hacer nada que contradijera a su conciencia, y sí únicamente por la fuerza de sus propios méritos. Según él, un hombre que había tenido la paciencia de estar sentado durante veinticinco años en una mesa de escritorio, detrás de una ventanilla, se había estado matando por la patria y había merecido sobradamente la condecoración. Para poder servir a su yerno, no se le había ocurrido otra cosa que deslizar una frase al oído de la esposa de Su Excelencia, mientras le entregaba la gratificación mensual.

—¡Saillard, tienes el aspecto de haber perdido a todos tus parientes! Habla, hijo mío. Dinos algo de lo que te sucede —le dijo su mujer cuando regresó.

Saillard dio media vuelta sobre sus tacones después de haber hecho una indicación a su hija, para que no hablara de política delante de gentes extrañas. Cuando el señor Mitral y el vicario se hubieron ido, Saillard apartó la mesa, se sentó en un sillón y adoptó la actitud que adoptaba cuando tenía que contar algún chisme de oficina, movimientos parecidos a los tres golpes que se dan en el teatro de la Comedia Francesa. Después de haber recomendado el más profundo secreto a su mujer, a su yerno y a su hija, ya que por insignificante que fuera el chisme, sus empleos dependían según él, de su discreción, les contó aquel incomprensible enigma de la dimisión de un diputado, del deseo perfectamente legítimo del secretario general de ser nombrado en lugar de aquél, de la secreta oposición del ministro a la elección de uno de sus más firmes sostenes, de uno de sus más celosos servidores; después contó todo lo referente a la edad y a la contribución. Aquello produjo una avalancha de suposiciones anegada por los razonamientos de los dos funcionarios, que intercambiaban montañas de tonterías. Elisabeth hizo tres preguntas:

—Si el señor Des Lupeaulx estuviera a nuestro favor, ¿habría la seguridad de que Baudoyer sería nombrado?

—Creo que sí ¡pardiez! —*exclamó el cajero.*

—En 1814 mi tío Bidault y el señor Gobseck prestaron dinero a Des Lupeaulx —pensó ella—. ¿Todavía tiene deudas?

—Sí —contestó el cajero apoyando con un silbido piadoso y prolongado la vocal—. Ha tenido dificultades para cobrar los emolumentos, pero todo ha sido solucionado por orden superior, por un mandato a la vista.

—¿Dónde están las propiedades de Des Lupeaulx?

—¡*Pardiez!* En la misma región en que ha nacido tu abuelo y tu tío Bidault, la misma de Falleix, no lejos del distrito del diputado que piensa dimitir...

Cuando el coloso de su marido se hubo metido en la cama, Elisabeth se inclinó sobre él, y aunque había calificado sus preguntas de *fantasías*, le dijo:

—Amigo mío, tal vez tendrás la plaza del señor de La Billardière.

—Todavía sigues con tus imaginaciones —murmuró Boudoyer—. Deja que el abate hable con la Delfina, y no te mezcles en los asuntos de la oficina.

A las once, hora en que todo estaba en calma en la Plaza Real, el señor Des Lupeaulx salía de la Ópera para dirigirse a la calle Duphot. Aquel miércoles fue uno de los más brillantes de la señora Roubourdin. Varios de sus habituales invitados regresaban del teatro y fueron aumentando los grupos formados en sus salones, en los cuales podían distinguirse algunas celebridades: el poeta Canalis, el pintor Schinner, el doctor Bianchon, Luciano de Rubempré, Octavio de Camps, el conde de Granville, el vizconde de Fontaine, el libretista Bruel, el periodista Andoche Finot, Derville, una de las más sólidas inteligencias del Palacio de Justicia, el conde de Châtelet, diputado, el banquero du Tillet, y jóvenes elegantes como Paul de Manerville y el vizconde de Portenduère. Cuando el secretario general entró, Celestina estaba sirviendo el té. El vestido le sentaba bien aquella noche: llevaba uno de terciopelo negro sin adornos, un echarpe de gasa negra, el pelo perfectamente alisado, realzado por un moño redondo, y a cada lado de la cara unos bucles que le caían a la moda inglesa. Lo que distinguía a esta mujer, era la artística negligencia italiana, una fácil comprensión de todo, y la gracia con que daba la bienvenida a cualquier deseo de sus amistades. La naturaleza la había dotado de un talle esbelto para poderse revolver rápidamente a la primera palabra de interrogación, unos ojos negros rasgados como las orientales y un poco inclinados como los de las chinas para ver de soslayo; sabía como dar inflexiones insinuantes y dulces a su voz, de modo que, al pronunciar las palabras, le daba un especial encanto acariciador, incluso en aquellas lanzadas al azar; poseía unos pies de aquellos que sólo pueden contemplarse en los retratos, en los que los pintores se toman la libertad de calzar a su gusto al modelo, único halago que no compromete al resto de la anatomía. El tono de su piel, un poco amarillento como acostumbra a ser el de las morenas, lanzaba vivos resplandores debidos a luces que hacían brillar su cabello y sus negros ojos. Finalmente, sus formas delgadas pero desarrolladas, recordaban al artista las de las Venus del medioevo encontradas por Juan Goujon, el ilustre estatuario de Diana de Poitiers.

Des Lupeaulx se detuvo en la puerta, apoyando su espalda en el dintel. Aquel espía de las ideas no se negó el placer de espiar un sentimiento, ya que aquella mujer le interesaba mucho más que cualquier otra de las que había conocido. Des Lupeaulx había llegado a la edad en que los hombres poseen pretensiones excesivas con las mujeres. Las primeras canas conducen irremediabilmente a las últimas pasiones, que son precisamente las más violentas, ya que se hallan a caballo de una potencia que se acaba y de una debilidad que empieza. Los cuarenta es la edad de las locuras, la edad en que el hombre desea ser amado por sí mismo, pues entonces el amor no se sostiene como en los primeros días de la vida, en los cuales se puede ser feliz amando a diestro y siniestro, tal como hacía Querubín. A los cuarenta años se desea todo, tanto se teme el no poder conseguir nada, mientras que a los veinticinco años, se dispone de tantas cosas que uno ignora lo que en realidad quiere. A los veinticinco años se dispone de tantas fuerzas, que éstas pueden malgastarse impunemente; pero a los cuarenta, se toma el abuso por potencia. Los pensamientos que ocuparon en aquel momento la cabeza de Des Lupeaulx, fueron sin duda melancólicos. Los nervios de este hermoso viejo se distendieron, la agradable sonrisa que le servía de fisonomía y que constituía una especie de máscara crispando su cara, se disipó; apareció su verdadero aspecto, y fue algo horrible; Roubourdin le vio y se dijo:

—¿Qué le sucede? ¿Habrás caído en desgracia?

El secretario general se acordaba únicamente de lo rápidamente que había sido abandonado por la hermosa señora Colleville, cuyas intenciones habían sido, exactamente, las mismas que las de Celestina. Roubourdin sorprendió al falso hombre de Estado con los ojos fijos en su mujer, y registró aquella mirada en su memoria. Roubourdin era un observador demasiado perspicaz para no conocer a fondo a los hombres del tipo de Des Lupeaulx, por quien sentía un profundo desprecio; pero, como suele suceder con los hombres excesivamente ocupados, sus sentimientos no se exteriorizaban. El entusiasmo que produce un trabajo querido equivale al más hábil de los disimulos; la opinión de Roubourdin era, pues, como una carta cerrada para Des Lupeaulx. El jefe de oficina veía con desagrado la presencia de aquel arribista político en su casa, pero no había querido contrariar a Celestina. En aquel instante, estaba hablando confidencialmente con un supernumerario que debía desempeñar cierto papel en la intriga engendrada por la muerte cierta de La Billardière, y espío, con mirada distraída, a Celestina y a Des Lupeaulx.

Aquí, quizá sea necesario explicar, tanto para los extranjeros como para los no iniciados lo que es en París un supernumerario.

El supernumerario es a la Administración lo que un niño del coro es a la Iglesia, lo que el soldado raso al regimiento, lo que el partiquino al teatro: algo ingenuo, cándido, un ser cegado por las ilusiones. ¿A dónde iríamos a parar sin ilusiones? Es ella la que proporciona la fuerza suficiente para iniciarse en las Artes, para devorar los principios de toda Ciencia al proporcionamos una creencia en algo. ¡La ilusión es una fe desmesurada! Y en la Administración, la fe reside en el supernumerario. No la

ve fría, atroz, dura, tal como es en realidad. Hay únicamente dos clases de supernumerarios: los supernumerarios ricos y los supernumerarios pobres. El supernumerario pobre es rico en esperanzas, pues tiene necesidad de un empleo fijo, y el supernumerario rico es pobre de espíritu, ya que no siente necesidad de nada. Una familia rica no es tan tonta como para desear colocar a un hombre inteligente en la Administración. El supernumerario rico es confiado a un funcionario superior o colocado a las órdenes directas de un secretario general que le inicia en lo que Bilboquet, aquel profundo filósofo, llamaba la alta comedia de la Administración: se procura hacerle más llevaderos todos los horrores de su situación hasta que es nombrado para algún cargo fijo. El supernumerario rico jamás causa ninguna preocupación en las oficinas. Los funcionarios saben perfectamente que no constituye ninguna amenaza, toda vez que el supernumerario rico sólo apunta a los altos cargos de la Administración.

En aquella época, muchas familias se decían: «¿Qué haremos de nuestros hijos?». El Ejército no ofrecía posibilidades de hacer fortuna. Las carreras especiales, la ingeniería civil, la marina, las minas, la ingeniería militar, el profesorado, estaban cerradas para ellos por medio de reglamentos o prohibidas por concursos; en cambio, el movimiento rotatorio que transforma los empleados en perfectos subprefectos, directores de contribuciones, recaudadores etcétera, en figuras de linterna mágica, no está sometido a ninguna ley ni disposición. A través de esta laguna, los supernumerarios consiguen llegar a poseer un cabriolé, buen vestuario, y a poder usar bigotes tan imponentes como los de los nuevos ricos.

El periodismo hacía objeto de cierta persecución al supernumerario rico, siempre primo, sobrino o pariente de algún ministro, diputado o par influyente; pero los funcionarios, cómplices de aquel supernumerario, se procuraban su protección. El supernumerario pobre, el verdadero, el único supernumerario, es casi siempre hijo de alguna viuda de funcionario que, viviendo de una mísera pensión, se mata para poder alimentar a su hijo hasta que éste llega al puesto deseado y muere dejándole cerca del bastón de mariscal, de cualquier plaza de auxiliar redactor, de ordenanza, o quizá de subjefe. Viviendo siempre en un barrio de módicos alquileres, el tal supernumerario sale de casa muy de mañana; ¡para él, el estado del cielo es la única cuestión de Oriente! Ir a pie, no ensuciarse, cuidar sus trajes, calcular el tiempo que puede hacerle perder un chaparrón que le obligue a cobijarse en algún sitio, ¡tales son sus preocupaciones! Las aceras de las calles, los paseos de los bulevares y de los muelles, fueron cosas excelentes para él.

Cuando por las causas que sean, pasan ustedes por las calles de París a las siete o las ocho de la mañana, en invierno, y ven, bajo la lluvia o en medio de un frío intenso, a un tímido y pálido joven, sin cigarrillo en la boca, ¿han prestado atención a sus bolsillos?... podrían observar la configuración de un panecillo que su madre le ha dado, a fin de que pueda, sin peligro para su estómago, franquearlas nueve horas que separan su desayuno de su comida.

El candor de los supernumerarios dura poco. Un hombre joven, iluminado por los resplandores de la vida parisién, tiene pronto ocasión de medir la increíble distancia que separa a un subjefe de él, una distancia que ningún matemático, ni Arquímedes, ni Newton, ni Pascal ni Leibnitz, ni Kepler, ni Laplace, han podido medir, y que es la existente entre el 0 y el 1, ¡entre una gratificación problemática y un sueldo! El supernumerario se da cuenta, pues, bastante pronto, de lo imposible de su carrera, oye hablar de cosas a los demás funcionarios que le abren los ojos, descubre las intrigas de oficina, ve los medios excepcionales utilizados por sus superiores para alcanzar los puestos que ocupan: Uno se ha casado con alguna mujer joven que ha cometido un desliz; otro, con la hija natural de un ministro; aquél, se ha endosado una grave responsabilidad ajena; éste, hombre inteligente, ha tenido que arriesgar su salud realizando trabajos forzados, con una perseverancia de topo, ¡y él no se siente capaz de tales prodigios!

En las oficinas se sabe todo. El incapaz tiene una esposa de cerebro brillante que le ha empujado, que le ha hecho nombrar diputado; si no posee bastante talento para desempeñar sus funciones en las oficinas, intriga en la Cámara. Uno tiene por amigo íntimo de su mujer a un hombre de Estado. Otro, es el comanditario de un influyente periodista. Entonces, el supernumerario, decepcionado, presenta la dimisión. Las tres cuartas partes de los supernumerarios dejan la Administración sin haber sido nombrados funcionarios; sólo quedan algunos jóvenes testarudos o los imbéciles que se dicen a sí mismos: «¡Estoy aquí desde hace tres años, y terminaré por conseguir un empleo fijo!», o los jóvenes dotados de vocación auténtica. Evidentemente, el supernumerario es a la Administración lo que el novicio es a las Órdenes religiosas: una prueba. Esta prueba es ruda. Mediante ella el Estado descubre a los que son capaces de resistir el hambre, la sed y la indigencia sin sucumbir, el trabajo sin desalentarse, y cuyo temperamento les permitirá aceptar esta horrible existencia, o si queréis decirlo de otra forma, la enfermedad de las oficinas. Desde este punto de vista, el supernumerario, lejos de ser una infame especulación del gobierno para conseguir trabajadores sin pagarlos, podría ser considerado como una institución benéfica.

El joven con quien estaba hablando Ravourdin era un supernumerario pobre llamado Sebastián de La Roche, que había ido a su casa, caminando de puntillas, desde la calle Roi-Doré hasta el Marais, sin haberse salpicado de barro los zapatos. Hablaba de mamá y no se atrevía a levantar los ojos hasta la señora Ravourdin, cuya casa le hacía el efecto de un Louvre. Medio ocultaba sus guantes de goma elástica. Su pobre madre le había puesto en el bolsillo cien sueldos por si llegaba el caso de verse en la absoluta necesidad de tener que jugar, recomendándole no tomara nada, permaneciera de pie, y que tuviera mucho cuidado en no derribar ninguna lámpara o alguna figurilla de las que había colocadas sobre las mesas. Iba vestido rigurosamente de negro. Su blanca tez, sus ojos de un hermoso color verde con reflejos dorados, estaban en perfecta armonía con una magnífica cabellera de un tono cálido. El pobre

muchacho dirigía a escondidas miradas a la señora Rabourdin, diciéndose:

—¡Qué mujer tan hermosa!

Al regresar a su casa, debía pensar en aquella hada hasta el momento preciso en que el sueño le cerraba los párpados. Rabourdin había visto en Sebastián una verdadera vocación, y como consideraba seriamente al supernumerario, se había interesado vivamente por aquel pobre muchacho. Había adivinado, además, la miseria que reinaba en la casa de una pobre viuda con una pensión de setecientos francos, cuyo hijo, recién salido del pensionado, debía necesariamente absorber la mayor parte de sus economías. Así se mostraba sinceramente paternal con aquel pobre supernumerario; sostenía a menudo enconados combates en el consejo para conseguirle alguna gratificación y, a veces, le entregaba parte de la suya cuando la discusión entre los distribuidores de mercedes y él se hacía demasiado violenta. Después, agobiaba a Sebastián de trabajo, y le iba formando; le hacía desempeñar las funciones de du Bruel, el autor de comedias, conocido dentro del mundillo de la literatura dramática y en los carteles con el nombre de Cursy, el cual entregaba a Sebastián cien escudos de su sueldo. Rabourdin, para la señora de La Roche y para su hijo, era a la vez un gran hombre, un tirano y un ángel: en él se basaban todas sus esperanzas. Sebastián tenía constantemente fija la mirada en el momento en que sería nombrado funcionario. ¡Ah, el día en que reciben el nombramiento es una fecha inolvidable para los supernumerarios! ¡Conservan el dinero recibido el primer mes, y no lo entregan todo a su madre! Venus sonríe siempre a esas primicias procedentes de las cajas ministeriales. Aquella esperanza no podía convertirse en realidad para Sebastián más que con la intervención del señor Rabourdin, su único protector: por ello la devoción que demostraba hacia su jefe no tenía límites. El supernumerario comía dos veces al mes en la calle Duphot, pero en familia, invitado por Rabourdin; la señora no le invitaba más que a los bailes en que consideraba habría escasez de bailadores. El corazón del pobre supernumerario latía aceleradamente cuando veía al imponente Des Lupeaulx subir a un coche del ministerio a las cuatro y media de la tarde, momento en que él desplegaba su paraguas para dirigirse al Marais. El secretario general, del cual dependía su suerte, que con una sola palabra podía concederle un empleo de mil doscientos francos (si, mil doscientos francos constituían toda su ambición; ¡con aquella cantidad, su madre y él podían ser felices!), aquel secretario general, ¡ni le conocía! El señor Des Lupeaulx ignoraba la existencia de Sebastián de La Roche. En cambio, si el hijo de La Billardière, el supernumerario rico de la oficina de Baudoyer se encontraba con él, Des Lupeaulx no dejaba de saludarle con una inclinación de cabeza amistosa. Benjamín de La Billardière era hijo del primo de un ministro.

En aquel momento, Rabourdin estaba riñendo a aquel pobre e insignificante Sebastián, el único al que había confiado por completo sus extensos trabajos. El supernumerario copiaba y recopiaba la famosa memoria compuesta de ciento cincuenta grandes hojas de papel Tellière, además de los gráficos explicativos, los

resúmenes expresados en una sola hoja, los cálculos encabezados con títulos en letra inglesa y con subtítulos en letra redondilla. Animado por su participación mecánica en aquella gran obra, el muchacho rehacía un encasillado aunque solamente tuviera una simple raspadura, y basaba su gloria en realizar bella caligrafía, elemento que consideraba indispensable en tan noble empresa. Sebastián había cometido la imprudencia de llevarse a la oficina la minuta del trabajo más peligroso, para terminar una copia. Se trataba de un estado general de los funcionarios de las Administraciones centrales de todos los ministerios de París, con indicaciones sobre su situación presente y posibilidades futuras, y sobre sus empresas personales ajenas a su empleo.

En París, todo funcionario que no tenga, como Rabourdin, una ambición patriótica o una capacidad superior, une los provechos de alguna industria a los frutos de su empleo para poder subsistir. Hace como el señor Saillard, invierte cantidades en algún comercio y por la noche lleva la contabilidad de su asociado. Muchos funcionarios están casados con mujeres que tienen una tienda de ropas, una expendeduría de tabaco, una administración de lotería o un gabinete de lectura. Otros, como el marido de la señora Colleville, la antagonista de Celestina, forman parte de la orquesta de un teatro. Algunos, como el señor du Bruel, fabrican comedias, óperas cómicas, melodramas o dirigen espectáculos.

Dentro de este género, pueden citarse a los señores Sewrin, Pixérecourt, Planard, etc. Hubo un tiempo en que los señores Pigault-Lebrun, Piis y Duvicquet fueron funcionarios. El primer editor de Scribe fue un empleado de la Tesorería.

Además de esta clase de informes, el estado confeccionado por Rabourdin contenía un examen de las capacidades morales y de las facultades físicas necesarias para conocer perfectamente a las personas en las que podrían hallarse inteligencia, aptitudes para el trabajo y salud, tres condiciones indispensables en hombres que debían realizar todo rápidamente y bien. Pero aquel hermoso trabajo, fruto de diez años de experiencia, de un prolongado conocimiento de los hombres y de las cosas, conseguido gracias a una amistad con los principales funcionarios de los diferentes ministerios, olía a espionaje y a policía para quien no estuviera enterado del asunto. Si una sola de las hojas redactadas era leída, Rabourdin estaba perdido. Admirando sin restricciones a su jefe e ignorando todavía toda la maldad que alberga la burocracia, Sebastián poseía todos los inconvenientes y todos los encantos de la ingenuidad. Así, aunque sufrió una reprimenda por haberse llevado aquel trabajo a la oficina, tuvo el valor de confesar toda su falta: había guardado la minuta y la copia en una carpeta donde nadie sería capaz de encontrarlas; pero comprendiendo la importancia de su falta, algunas lágrimas brotaron en sus ojos.

—Vamos, señor —le dijo Rabourdin con tono bondadoso—, procure no cometer más imprudencias, pero no tiene por qué estar tan desolado. Vaya mañana a la oficina lo más temprano posible, tome esta llave que es la de una caja que está en mi mesa y que cierra con cerradura de combinación, ábrala marcando la palabra *cielo*, y encierre

en ella la minuta y la copia.

Aquel rasgo de confianza secó las lágrimas del gentil supernumerario, a quien su jefe quiso obligar a tomar una taza de té y unos pasteles.

—Mamá no me permite tomar té a causa de mi pecho —objetó Sebastián.

—Entonces, querido muchacho —repuso la imponente señora Rabourdin, que deseaba hacer pública su bondad—, aquí tiene unos bocadillos y leche, y venga usted a mi lado.

Obligó a Sebastián a sentarse junto a ella en la mesa, y el corazón del pobre muchacho empezó a latir hasta subírsele a la garganta cuando notó que el vestido de aquella divinidad rozaba su traje. En aquel momento, la hermosa Rabourdin vio a Des Lupeaulx, le sonrió, y en vez de esperar a que él se dirigiera a ella, se le adelantó hacia él.

—¿Por qué se queda usted ahí, como si estuviera enojado con nosotros? —preguntó.

—No estoy enojado en absoluto —replicó él—. Pero al venir a anunciarle una buena noticia, no he podido evitar pensar que usted sería todavía más severa conmigo. Me veía, dentro de seis meses, completamente extraño para usted. Sí, usted posee demasiada inteligencia y yo demasiada experiencia... en truhanerías, si así lo quiere, para engañarnos mutuamente. Usted puede lograr lo que persigue pagando con sonrisas y palabras amables...

—¡Engañamos el uno al otro! ¿Qué quiere usted decir con esto? —exclamó ella en tono aparentemente molesto.

—Sí, el señor de La Billardière se encuentra esta noche mucho peor que ayer; y por lo que me ha dicho el ministro, su marido será nombrado jefe de división.

Le explicó lo que él calificaba de escena con el ministro, los celos de la condesa, y lo que ésta había dicho a propósito de la invitación que él había solicitado para la señora Rabourdin.

—Señor Des Lupeaulx —contestó con dignidad la señora Rabourdin—, permítame que le diga que mi marido es el más antiguo de los jefes de oficina y el más capacitado de los jefes de oficina y el más capacitado de todos ellos, que el nombramiento de ese anciano La Billardière fue un abuso que indignó a todo el departamento, que mi marido está de interino desde hace un año, y que por ello no tenemos competidor ni posible rival.

—Todo esto es verdad.

—¡Pues bien! —repuso ella sonriendo y mostrando los más hermosos dientes del mundo—, la amistad que siento por usted, ¿puede ser enturbiada por el más mínimo interés? ¿Me cree usted capaz de una cosa semejante?

Des Lupeaulx hizo un gesto de denegación admirativa.

—¡Ah! —prosiguió la señora Rabourdin—, el corazón de las mujeres será siempre un secreto para el más sagaz de los hombres. Sí, le veo a usted entrar en esta casa con el más vivo placer, y en el fondo de mi placer hay una idea interesada.

—¡Ah!

—Tiene usted —le dijo ella casi al oído—, un porvenir sin límites, será usted diputado, ¡ministro! (¡Qué placer para un ambicioso oír palabras como aquéllas, dichas al oído por una hermosa mujer!). ¡Oh!, le conozco mucho mejor de lo que se conoce usted mismo. Roubin es un hombre que puede serle de inmensa utilidad en su cartera ¡puede realizar todo su trabajo cuando estéis en la Cámara! Del mismo modo que usted sueña con un ministerio, yo deseo para Roubin el Consejo de Estado, y una dirección general. Me he propuesto reunir dos hombres que jamás puedan perjudicarse el uno al otro y que en cambio pueden servirse poderosamente. ¿No es éste el verdadero papel de una mujer? Siendo amigos, ambos podrán marchar mucho más rápidamente, ¡y ya es tiempo de que los dos triunfen en la vida! Estoy quemando mis naves —añadió sonriendo—. No es usted tan franco conmigo como yo lo soy con usted.

—Usted no quiere escucharme —dijo él con aire melancólico a pesar de la satisfacción interior y profunda que le producían las palabras de la señora Roubin—. ¿Qué me importan sus promociones futuras si usted me destituye aquí?

—Antes de prestara oídos a lo que quiere decirme —replicó ella con su vivacidad parisina—, es preciso que podamos entendernos.

Y se separó del viejo fatuo para ir a conversar con la señora de Chessel, una condesa provinciana que parecía dispuesta a marcharse.

—Esta mujer es extraordinaria —se dijo Des Lupeaulx—, Cuando estoy a su lado no me reconozco.

Y efectivamente, aquel viejo tunante que seis años antes había llevado una vida de crápula, que gracias a su situación había conseguido formar un verdadero serrallo con las lindas esposas de los empleados a sus órdenes, se mostró encantador durante toda la velada, gracias a Celestina, siendo el último en abandonar el salón.

—¡Por fin —pensó la señora Roubin mientras se desnudaba—, tendremos la plaza! Doce mil francos al año, las gratificaciones y lo que nos da nuestra granja de los Grajeux, llegará, en conjunto, a los veinticinco mil francos. No es la fortuna, pero tampoco la miseria.

Celestina se durmió pensando en sus deudas, suponiendo que en tres años, si lograba ahorrar seis mil francos por año, podría liquidarlas todas. Estaba muy lejos de poder imaginar que otra mujer que jamás había puesto los pies en un salón, que una pequeña burguesa enfurruñada e interesada, devota y enterrada en el Marais, sin recomendaciones ni amistades, pensaba también en tomar por asalto la plaza en que ella sentaba ya por anticipado al señor Roubin. La señora Roubin, de haber sabido que la tenía por antagonista, hubiera despreciado a la señora Baudoyer, ya que aquélla ignoraba todo el poder de la mezquindad, la fuerza del gusano que hace un agujero hasta traspasar la corteza de un árbol.

Si fuera posible servirse en literatura del microscopio de los Leuvenhóek, de los Malpighi o de los Raspail, cosa que ha tentado al berlinés Hoffmann, y si pudieran

aumentarse de tamaño esos moluscos que han puesto a Holanda a dos dedos de su destrucción al carcomer los diques que la protegen podrían verse figuras semejante a Títere, Mitral, Baudoyer, Saillard, Guadron, Falleix, Transon, Godard y compañía, moluscos que, por otra parte, han demostrado todo su poder en los años treinta de este siglo. También creemos ha llegado el momento de mostrar los moluscos que pululan por las oficinas del Estado, donde se desarrollarán las principales escenas de este estudio.

En París, casi todas las oficinas se parecen. A cualquier Ministerio que vayáis para solicitar el menor enderezamiento de entuertos o el más mínimo favor, os encontraréis con pasillos oscuros, rincones poco iluminados, puertas con agujeros como las de los palcos de los teatros, con un cristal oval que parece un ojo, por el que pueden verse fantasías dignas de Callot, y sobre las cuales hay indicaciones incomprensibles. Cuando ha encontrado usted el objeto de sus ansias, se hallará en una primera habitación, en la cual hay un ordenanza; luego hay una segunda en la que se hallan los empleados inferiores; a continuación, a derecha o a izquierda, aparece el despacho del subjefe y, finalmente, más lejos o más arriba, el del jefe de oficina. En cuanto al inmenso personaje llamado jefe de división en la época del Imperio, director en tiempo de la Restauración, y nuevamente en nuestros días jefe de división, se aloja encima o debajo de sus dos o tres despachos, y a veces, junto al de uno de sus jefes. Su habitación se distingue siempre por su gran amplitud, condición muy apreciada en aquellos singulares alveolos de las colmenas llamadas Ministerios o direcciones generales, ¡si es que en realidad existe alguna dirección general! Hoy en día, casi todos los ministerios han absorbido estas administraciones en otro tiempo separadas. Dentro de dichas aglomeraciones, los directores generales han perdido completamente el brillo de que gozaban al tener que abandonar su residencia, su personal, sus salones y su pequeña corte. ¿Quién sería capaz de reconocer actualmente, en el hombre que llega a pie a la Tesorería y sube a un segundo piso, al director general de Bosques o de Contribuciones indirectas, en otro tiempo instalado en una magnífica residencia de las calles Saint-Avoye o Saint-Agustin, consejero, a menudo ministro de Estado y par de Francia? (Los señores Pasquier y Molé, entre otros, se han contentado con direcciones generales después de haber sido ministros, poniendo así en práctica la frase del duque d'Antin a Luis XIV: «Sire, el viernes, cuando Jesucristo murió, estaba seguro de que resucitaría el domingo.»). Si, al tiempo que perdía en lujo, el director general ganaba en importancia administrativa, el mal no era enorme. Pero en nuestros días, el mismo personaje no es más que un jefe de negociado sin otros ingresos que unos miserables veinte mil francos. Como símbolo de su antiguo poder, se le tolera un ordenanza con calzón corto, medias de seda y librea a la francesa, si es que el ordenanza en cuestión no ha sufrido modificaciones en los últimos tiempos.

En el aspecto estrictamente administrativo, una oficina se compone de un ordenanza, de varios supernumerarios que hacen el trabajo gratis durante cierto

número de años, simples escribientes, empleados-redactores, empleados de orden o empleados principales, un subjefe y un jefe. La división, que comprende ordinariamente dos o tres oficinas, cuenta a veces con varias más. Los títulos denominativos varían según las administraciones: puede haber un interventor en lugar de un empleado de orden, un tenedor de libros, etc.

Embaldosada como el corredor y cubierta con un papel miserable, la habitación del ordenanza está amueblada con una estufa, una gran mesa negra con plumas, tintero, algunas veces una fuente y finalmente unas banquetas sin asiento para los desdichados que tienen que esperar horas y horas en las oficinas públicas; en cambio, el ordenanza, sentado en un buen sillón, descansa sus pies sobre un cojín. La oficina de los empleados es una gran habitación más o menos clara, raramente entarimada. El entablado y la chimenea son especialmente afectos a los jefes de oficina y de división, lo mismo que los armarios, las mesas de despacho de caoba, los sillones tapizados de marroquín rojo o verde; los divanes, las cortinas de seda u otros objetos de lujo administrativo. La oficina de los empleados tiene una estufa cuyo tubo da a una chimenea tapiada, si es que existe chimenea. El papel de las paredes es de color uniforme, verde o marrón. Las mesas son de madera negra. La forma de ser de cada uno de los empleados se manifiesta en su manera de instalarse. El friolero tiene bajo los pies una especie de pupitre de madera, el de temperamento bilioso-sanguíneo, sólo tiene una estera; el linfático que teme las corrientes de aire, las puertas abiertas y otras posibles causas de cambios en la temperatura, se construye un pequeño parapeto con unas carpetas. Hay también un armario en el que cada cual guarda su traje de trabajo, las mangas de tela, las viseras, los casquetes, gorros griegos y otros utensilios de la profesión. Casi siempre, la repisa de la chimenea aparece adornada con jarros llenos de agua, vasos y restos de desayunos. En algunos locales oscuros hay lámparas. La puerta del despacho donde se halla el subjefe, permanece abierta a fin de que pueda vigilar a sus subordinados, impedirles que hablen demasiado o ir a charlar con ellos en las grandes circunstancias. El mobiliario de cada oficina indica claramente al observador la categoría del que lo ocupa. Las cortinas son blancas o en tela corriente de color, de algodón o de seda; las sillas son de cerezo de monte o de caoba, con asientos y respaldos de paja, de damasco o de tela; los papeles que cubren las paredes son más o menos frescos. Pero, sea cual fuere la administración a la que pertenezcan todas aquellas cosas públicas, en cuanto salen del Ministerio, nada hay más extraño que aquel mundo de muebles que tantos dueños y regímenes ha visto, y que tantos desastres ha tenido que sufrir. Por este motivo, de todos los cambios de domicilio, los de las administraciones son los más grotescos de París. Ni el genio de Hoffmann, ese chantre de lo imposible, ha podido inventar nada más fantástico. Nadie se da cuenta de lo que pasa en los carros que los realizan. Las carpetas bostezan desparramando un reguero de polvo por las calles de la ciudad. Las mesas mostrando al aire sus cuatro patas, los sillones de asientos reventados, los increíbles utensilios con los cuales se administra Francia, presentan aspectos espantosos. Es a la

vez algo que recuerda la tramoya de los teatros y las máquinas de los saltimbanquis. Lo mismo que en los obeliscos, se perciben rasgos de inteligencia y sombras de escritura que turban la imaginación, como todo aquello que se ve y cuya finalidad no se comprende. En fin, todo es tan viejo, tan apolillado, tan deslucido, que la más sucia batería de cocina es infinitamente más agradable a la vista que los utensilios de la cocina administrativa.

Primero, y antes que otra cosa, figuraos en vuestra fantasía a un hombre reseñado como sigue en el Anuario:

JEFE DE DIVISIÓN

El señor barón de La Billardière (Atanasio-Juan-Francisco-Miguel), ex gran preboste del departamento de la Corrèze, gentilhomme de número de la Cámara, jefe de negociado en servicio extraordinario, presidente del Gran Colegio del departamento de la Dordogne, oficial de la Legión de Honor, caballero de San Luis y de las órdenes extranjeras de Cristo, de Isabel, de San Vladimiro, etc., miembro de la academia del Gers y de varias otras sociedades científicas, vicepresidente de la sociedad de Buenas Letras, miembro de la asociación de San José y de la sociedad de Prisiones, uno de los alcaldes de París, etc.

Un personaje como éste, que merece tal despliegue tipográfico, ocupaba entonces cinco pies y seis pulgadas sobre una cama de treinta y seis líneas de ancho, la cabeza adornada con un gorro de algodón sujeto mediante unas cintas color de fuego, visitado por el ilustre doctor Desplein, cirujano del rey, y por el joven doctor Bianchon, flanqueado por dos ancianas parientes, rodeado de redomas, vendas, medicinas y otros instrumentos mortuorios, asistido por el párroco de San Roque, que le insinuaba llegado el momento de pensar en su salvación. Su hijo, Benjamín de La Billardière, preguntaba todas las mañanas a los doctores:

—¿Creen ustedes que tendré la dicha de seguir conservando a mi padre?

Aquella misma mañana, el heredero había cometido una transposición, poniendo la palabra «desgracia» en lugar de la palabra «dicha».

La división del señor de La Billardière estaba situada a setenta y un peldaño de longitud y en la latitud de las buhardillas del océano ministerial de una magnífica residencia, al noroeste de un patio donde en otros tiempos existieron unas caballerizas, a la sazón ocupadas por la división Clergeot. Un tabique separaba las dos divisiones, cuyos despachos se abrían a lo largo de un pasillo iluminado en los días de sufrimiento. Los gabinetes y antesalas de los señores Ravourdin y Baudoyer estaban situados encima, en el segundo piso. Al lado del de Ravourdin se encontraba la antesala, el salón y los dos gabinetes del señor de La Bilardière.

En el primer piso, cortado en dos por un entresuelo, se hallaba el alojamiento y el despacho de Ernesto de La Brière, personaje oculto y poderoso que será descrito en

algunas frases, pues bien merece un paréntesis.

Aquel hombre joven fue, durante todo el tiempo que duró el Ministerio, el secretario particular del ministro. Su apartamento comunicaba directamente, por medio de una puerta disimulada, con el despacho de Su Excelencia, ya que junto al despacho de trabajo existía otro que armonizaba con el gran apartamento en el que Su Excelencia recibía, con la finalidad de trabajar con tranquilidad y sin testigos con su secretario particular, y de poder conversar con los grandes personajes sin la presencia de su secretario. Un secretario particular es con respecto al ministro, lo que Des Lupeaulx era al Ministerio. Entre el joven La Brière y Des Lupeaulx había la misma diferencia que hay entre el ayudante de campo y un jefe de Estado Mayor. Tal aprendiz de ministro aparece y desaparece con su protector. Si el ministro deja de gozar del favor real o de tener esperanzas parlamentarias, arrastra consigo a su secretario; si no, le sitúa de modo que pueda seguir paciando la hierba administrativa, en el Tribunal de Cuentas por ejemplo, ese refugio donde los secretarios esperan que pase el temporal. El secretario particular no es precisamente un hombre de Estado, sino un hombre político y, a veces, la política de un hombre. Cuando se piensa en el número infinito de cartas que debe abrir y leer, resulta evidente que en un Estado monárquico, sus servicios deben retribuirse a un alto precio. Una victoria de este género cuesta, en París, entre diez y veinte mil francos; pero un secretario puede aprovechar los palcos, las invitaciones y los coches ministeriales. El emperador de Rusia se sentiría muy dichoso si pudiera conseguir, por cincuenta mil francos anuales, uno de estos amables falderos constitucionales, tan suaves de trato, tan bien peinados, tan acariciadores, tan dóciles, tan maravillosamente bien vestidos, de buena presencia y... ¡fieles! Pero el secretario particular no aparece, se obtiene ni se descubre, más que en los cálidos invernaderos de un gobierno representativo. En las monarquías sólo existen cortesanos y servidores, mientras que con una Constitución, se puede ser servido, halagado, acariciado por hombres libres. Los ministros son, pues, en Francia, más dichosos que las mujeres y que los reyes: tienen alguien que les comprende. Tal vez sea necesario compadecer a los secretarios particulares como a las mujeres o al papel en blanco: deben sufrirlo todo. Como la mujer casta, sus cualidades sólo deben permanecer secretas, y únicamente para sus ministros. Si demuestran públicamente su talento, están perdidos. Un secretario particular es, pues, un amigo proporcionado por el Gobierno. Pero, volvamos a las oficinas.

En la división La Billardière vivían en paz tres ordenanzas, a saber: uno para las dos oficinas, otro en común para los dos jefes, y el del director de la división, los tres calentados y vestidos por el Estado, llevando la tan conocida librea azul rey, con vueltas rojas en el uniforme de diario, y anchos galones azules, blancos y rojos, en el de gala. El de La Billardière tenía, además, un uniforme de ujier. Para halagar la vanidad del primo de un ministro, el secretario general había tolerado aquella usurpación que, por otra parte, ennoblecía a la Administración. Auténticos pilares de los ministerios, expertos en las costumbres burocráticas, aquellos ordenanzas, sin

necesidades, bien calentados, vestidos a costa del Estado, ricos en su sobriedad, sondaban hasta lo más profundo a los demás empleados; no tenían otra manera de entretenerse que observarles y estudiar sus manías; sabían también hasta qué punto podían medrar con ellos, realizando sus encargos con la mayor discreción, yendo a empeñar o a desempeñar al Monte de Piedad, comprando las papeletas y prestando sin interés; pero ningún empleado aceptaba de ellos cantidad alguna sin recompensarle con una propina; las cantidades prestadas eran siempre muy pequeñas, y los plazos en que eran devueltas no pasaban de una semana. Aquellos servidores sin dueño disfrutaban de un sueldo de novecientos francos; entre propinas y gratificaciones, llegaban a reunir mil doscientos, y estaban en situación de ganar otros tantos con los empleados, ya que todos los desayunos pasaban por sus manos. En determinados ministerios, el portero era quien preparaba los desayunos. La portería del Ministerio de Hacienda, en otro tiempo, había rendido casi cuatro mil francos al señor Thuiller, cuyo hijo era uno de los empleados de la división La Billardière. Los ordenanzas se encontraban a veces en la palma de la mano monedas de cien sueldos deslizadas por solicitantes que tenían prisa, y que eran recibidas con una rara impasibilidad. Los más antiguos únicamente llevaban la librea del Estado dentro del Ministerio y cuando salían a la calle lo hacían en traje burgués.

El de las oficinas que, por otra parte, era el más rico de todos, explotaba a la masa de los funcionarios. Hombre de unos sesenta años, con el pelo cano cortado como un cepillo, corpulento, repleto, con cuello de apoplético, cara vulgar y aburguesada, ojos grises y una boca como la de una estufa, tal era el retrato de Antonio, el más antiguo ordenanza del ministerio. Antonio había hecho venir de las Echelles, en la Saboya, a sus dos sobrinos, Lorenzo y Gabriel, y los había colocado, uno a las órdenes de los jefes, y el otro a las del director. Robustos como su tío: de treinta a cuarenta años, cara de comisionistas, recogiendo por las noches las entradas en un teatro real, plaza conseguida merced a la influencia del señor de La Billardière, aquellos dos saboyanos se habían casado con hábiles planchadoras de puntillas y encajes. El tío, que no estaba casado, sus sobrinos y las esposas de éstos, vivían todos juntos, y mucho mejor que la mayoría de los subjefes. Gabriel y Lorenzo, que sólo llevaban diez años en el empleo, no habían llegado todavía a despreciar el uniforme del Ministerio: salían a la calle en librea, orgullosos cual autores dramáticos después de un éxito teatral. Su tío, a quien servían con fanatismo y que les parecía un hombre sutil, les iba iniciando lentamente en los misterios del oficio. Los tres abrían las oficinas, las limpiaban entre siete y ocho, leían los periódicos o politiqueaban a su manera sobre los asuntos de la división con los demás ordenanzas, e intercambiaban con ellos información. Así, como los criados de hoy en día, que están perfectamente al corriente de los asuntos de sus dueños, estaban en el Ministerio como la araña en el centro de la tela, percibiendo la más mínima conmoción.

El jueves por la mañana, al día siguiente de la velada ministerial y de la velada de casa Roubourdin, en el momento en que el tío se estaba afeitando, asistido por sus dos

sobrinos, en la antesala de la división, en el segundo piso, fueron sorprendidos por la llegada imprevista de un empleado.

—Es el señor Dutocq —dijo Antonio—, le reconozco por su andar rastrero. ¡Ese tipo anda como si patinara! Te encuentras delante sin que te hayas dado cuenta de su llegada. Ayer, contra su costumbre, fue el último en salir de la división, exceso que no ha cometido ni tres veces desde que ingresó en el Ministerio.

De treinta y ocho años, cara oblonga de tez biliosa, pelo gris encrespado siempre, cortado casi al rape, frente baja, cejas espesas que tendían a unirse, nariz prominente, labios delgados, ojos verdes que rehuían encontrarse con los del prójimo, alta estatura, hombros rectos, ligeramente más alto uno que el otro, traje marrón, chaleco negro, corbata de lazo, pantalón de color amarillento, medias de lana negra y zapatos con nudos aparatosos: he aquí al señor Dutocq, empleado de órdenes de la oficina Ravourdin. Incapaz y adulador, odiaba a su jefe. Nada más natural. Ravourdin no poseía ningún vicio que halagar, ningún lado malo por el cual Dutocq hubiese podido hacerse útil. Demasiado noble para perjudicar a ningún empleado, era también demasiado perspicaz para permitir que ningún semejante abusara de él. Dutocq, pues, existía gracias a la generosidad de Ravourdin, y no tenía ninguna esperanza de ascender mientras aquel jefe dirigiera la división. Aunque estaba convencido de no poseer las cualidades necesarias para ocupar una plaza superior, Dutocq conocía lo bastante bien las oficinas para saber que la incapacidad no impide sobresalir, y estaba dispuesto a buscar algún Ravourdin entre sus redactores, ya que el ejemplo de La Billardière era evidente y funesto. La maldad, combinada con el interés personal, equivale a una gran inteligencia; francamente malo y muy interesado, aquel empleado había emprendido la tarea de convertirse en espía de las oficinas para tratar de consolidar su posición en ellas. A partir de 1816, adoptó un color religioso muy intenso, presintiendo el favor de que gozarían las personas que en aquellos tiempos los ingenuos comprendían dentro del calificativo general de jesuitas. Perteneciendo a la Congregación sin ser admitido en sus misterios, Dutocq iba de una oficina a otra explorando las conciencias por medio de sus chistes, y corría a parafrasear sus *informes* a Des Lupeaulx, con la cual éste se hallaba al corriente de los más mínimos acontecimientos. De este modo, el secretario general podía dejar estupefacto al ministro, con su profundo conocimiento de los asuntos íntimos del Ministerio. Correvedile de aquel correvedile político, Dutocq intrigaba con el honor de aquellos secretos mensajes de Des Lupeaulx, el cual toleraba a aquel hombre inmundo, pensando que quizá la casualidad podía convertirle en útil el día de mañana, aunque sólo fuera para sacarle de apuros a él o a algún célebre personaje mediante un matrimonio vergonzoso. Uno y otro se comprendían perfectamente, Dutocq contaba con hacer carrera, veía en lontananza un buen empleo, y seguía soltero, esperando la oportunidad de un ventajoso matrimonio. Había sucedido al señor Poiret, el mayor, retirado en una pensión burguesa, y que fue jubilado en 1814, en cuya época se produjeron grandes reformas en los funcionarios públicos. Vivía en un quinto piso de

las calles Saint-Louis-Saint-Honoré, cerca del Palais-Royal. Apasionado por los grabados antiguos, deseaban poseer todos los Rembrandt y todos los Charlet, todos los Sylvestre, Audran, Callot, Alberto Durero, etc. Como la mayor parte de los coleccionistas, que cuidan por sí mismos de la conservación y limpieza de la casa, pretendía comprarlo todo muy barato. Vivía en una pensión de la calle de Beaune, pasaba las tardes en el Palais-Royal, e iba algunas veces al espectáculo gracias a du Bruel, que le proporcionaba una invitación todas las semanas. Unas palabras sobre este du Bruel.

Aunque su plaza la ocupaba Sebastián, a quien daba la pobre gratificación que ustedes ya saben, du Bruel, no obstante, iba a la oficina, pero únicamente para creerse, para poderse calificar de subjefe y percibir el sueldo correspondiente. Escribía críticas teatrales en un periódico ministerial, así como artículos solicitados por los ministros: posición conocida, definida e inatacable. Du Bruel no carecía de habilidad para practicar alguna de estas pequeñas artimañas que podían procurarle el beneplácito general. A cada estreno, ofrecía un palco a la señora Ravourdin, la iba a buscar en coche y la acompañaba a casa una vez terminada la representación, atención a la que ella se mostraba muy sensible. También Ravourdin, muy tolerante y comprensivo con sus subordinados, le permitía asistir a los ensayos, ir a la oficina a la hora que quería y trabajar en sus sainetes. El duque de Chaulieu sabía que du Bruel estaba ocupado escribiendo una novela que le sería dedicada. Vestido con la negligencia de un sainetero, el subjefe llevaba, por las mañanas, un pantalón sin dobleces, escarpines, un chaleco reformado, una levita color aceituna y corbata negra. Por la tarde lucía un traje más elegante, ya que se las daba de *gentleman*. Du Bruel vivía en casa de Florina, una actriz para la cual escribía algunos papeles. Florina, por aquel entonces, residía en la casa de Tulia, una bailarina más famosa por su belleza que por su talento. Aquella vecindad permitía al subjefe encontrarse muy a menudo con el duque de Rhétoré, hijo mayor del duque de Chaulieu, favorito del rey. El duque de Chaulieu había conseguido para du Bruel la cruz de la Legión de Honor, después de haber estrenado su onceava comedia de circunstancias. Du Bruel, o si lo prefieren Cursy, trabajaba en aquellos momentos en una comedia de cinco actos para los franceses. Sebastián quería mucho a du Bruel, éste le regalaba de vez en cuando algunas entradas de platea y aplaudía con la buena fe de la juventud los pasajes de la obra que du Bruel le indicaba como dudosos; Sebastián le consideraba un gran escritor. Fue a Sebastián a quien du Bruel dijo, al día siguiente del estreno de un sainete producido, como todos los sainetes, por tres colaboradores, y en el que se habían silbado ciertos pasajes:

—El público ha reconocido las escenas que han sido escritas en colaboración.

—¿Por qué no trabaja usted solo? —contestó ingenuamente Sebastián.

Existían excelentes razones para que du Bruel no trabajara solo. Era un tercio de autor. Un autor dramático, como pocas personas saben, se compone: en primer lugar, de un *hombre con ideas*, encargado de hallar los temas y construir la armadura o

escenario de la obra; después, de un *peón*, que se ocupa de redactar el libreto; y finalmente, de un *hombre-memoria*, encargado de poner música al libreto, de arreglar los coros y los fragmentos de conjunto, cantarlos y adaptarlos a la situación. El *hombre-memoria*, tiene también importancia en lo que respecta a la recaudación, ya que se cuida de la composición de los carteles anunciadores, y no se aparta del director del teatro hasta tanto éste no le haya prometido para el día siguiente una representación de la obra de la sociedad. Du Bruel, auténtico peón, leía en la oficina los libros recién aparecidos, sacaba de ellos cualquier frase inteligente que encontrara y se la anotaba para enriquecer sus propios diálogos. Cursy (su nombre de guerra) era muy apreciado por sus colaboradores a causa de su perfecta exactitud; con él, seguro de haber sido comprendido, el buscador de temas podía cruzarse de brazos. Los empleados de la división apreciaban también bastante al sainetero, lo suficiente para ir en masa a ver sus obras y aplaudirlas, pues merecía el calificativo de *buen muchacho*. Metía fácilmente la mano en el bolsillo, y no era necesario lanzarle ninguna indirecta para que pagara helados o ponches; prestaba hasta cincuenta francos sin reclamar jamás la devolución. Era propietario de una casa de campo en Aulnay, gozaba de una posición acomodada, ya que había sabido emplear bien el dinero, y además de los cuatro mil quinientos francos de su empleo, tenía otros mil doscientos de pensión en la Lista Civil, y ochocientos de los cien mil escudos votados por la Cámara para fomento de las artes. Añadan ustedes a todo esto los nueve mil francos ganados en concepto de *cuartos*, *tercios* y *mitades* de los sainetes representados en tres teatros distintos y comprenderán perfectamente que físicamente fuera gordo, redondo y tuviera cierto aire de propietario. En lo moral, amante de corazón de Tulia, du Bruel se creía preferido, como siempre, al brillante duque de Rhétoré, el amante oficial.

Dutocq no había dejado de asustarse con lo que él calificaba de amistad entre Des Lupeaulx y la señora Roubourdin, y su rabia sorda había ido en aumento. Por otro lado, poseía una mirada demasiado penetrante para no haberse dado cuenta de que Roubourdin se hallaba entregado a un trabajo importante, aparte de su trabajo oficial, y se desesperaba al no saber de qué clase de trabajo se trataba, cuando el insignificante Sebastián, estaba, en todo o en parte, metido en el secreto. Dutocq había intentado entablar amistad con Godard, subjefe de Baudoyer, colega de du Bruel, y lo había conseguido, La alta consideración y estima en que Dutocq tenía a Baudoyer, le había facilitado entablar relaciones amistosas con Godard; no es que Dutocq fuera sincero, pero alabando a Baudoyer y no mencionando a Roubourdin, satisfacía su odio en la forma que lo hacen los espíritus miserables.

José Godard, primo de Mitral por parte de madre, había fundado en este parentesco con Baudoyer, aunque bastante lejano, ciertas pretensiones a la mano de la señorita Baudoyer; consecuentemente, el señor Baudoyer brillaba ante sus ojos con el resplandor de un genio. Profesaba una alta estimación a Elisabeth y a la señora Saillard, sin haberse dado cuenta todavía de que la señora Baudoyer codiciaba a

Falleix para su hija. Llevaba a la señorita Baudoyer pequeños regalos, flores artificiales, bombones una vez al año y hermosas cajas el día de su santo. De veintiséis años de edad, trabajador sin límite, arreglado como una señorita, monótono y apático, sintiendo verdadero horror por los cafés, el tabaco y la equitación, acostándose diariamente a las diez de la noche y levantándose a las siete, dotado de considerables talentos sociales, interpretando contradanzas al octavín, flautín de la Guardia Nacional para no tener que pasar las noches en el cuerpo de guardia, Godard cultivaba, sobre todo, la historia natural. Aquel muchacho hacía colección de minerales y crustáceos, sabía disecar pájaros y almacenaba en su habitación un montón de curiosidades compradas a buen precio: piedras con paisajes, modelos de palacios hechos en corcho, petrificaciones de la fuente de Saint-Allyre, en Clermont (Auvemia), etc. Acaparaba todos los frascos de perfume que podía para meter en ellos sus muestras de barita, sus sulfatos, sales, magnesia, corales, etc. Clavaba series de mariposas en cajas, y parasoles de China y peces disecados sobre las paredes. Vivía en casa de su hermana, florista de la calle de Richelieu. Aunque muy admirado por las madres de familia, aquel joven modélico era despreciado por las obreras de su hermana, especialmente por la señorita cajera, que durante mucho tiempo habla esperado poderle *echar el guante*. Delgado y enfermizo, de estatura media, mirada ojerosa, casi barbilampiño, mataba, como decía Bixiou, las moscas al vuelo. José Godard era poco cuidadoso de sí mismo: sus trajes estaban mal cortados, y sus pantalones le venían largos y le sentaban como un saco; durante todo el año usaba medias blancas, un sombrero de ala estrecha y zapatos con lazo. Sentado en su oficina, en un sillón de junco agujereado en el centro del asiento y adornado con un cojín de marroquín verde, se quejaba constantemente de sus digestiones. Su vicio más destacado consistía en proponer constantemente excursiones al campo los domingos, cuando había buen tiempo, a Montmorency, comidas sobre la hierba, e ir a tomar un vaso de leche al bulevard Montpamase. Desde hacía seis meses, Dutocq empezaba a ir de vez en cuando a casa de la señorita Godard, esperando poder hacer algún negocio en aquella mansión, descubriendo algún tesoro femenino.

Así pues, en las oficinas, Baudoyer tenía en Dutocq y Godard dos decididos defensores. El señor Saillard, incapaz de juzgar a Dutocq, le hacía a veces cortas visitas en la oficina. El joven La Billardière, supernumerario en la de Baudoyer, era del mismo partido. Las personas inteligentes se reían mucho con aquella alianza de incapaces. Baudoyer, Godard y Dutocq, habían sido calificados por Bixiou la Trinidad sin Espíritu, y el joven La Billardière el Cordero Pascual.

—Se ha levantado usted muy temprano hoy —dijo Antonio a Dutocq adoptando un aspecto risueño.

—Y usted también, Antonio —contestó Dutocq—. Ya ve que Los periódicos llegan a veces mucho antes de que usted nos los dé.

—Hoy han llegado antes por casualidad —comentó Antonio sin desconcertarse—; nunca llegan dos días seguidos a la misma hora.

Los dos sobrinos se miraron disimuladamente, como para decirse, admirando a su tío: «¡Qué tupé!».

—Aunque me proporciona dos sueldos por cada desayuno que le sirva, renunciaría gustoso a ellos, por no tenerle en la división —murmuró Antonio cuando oyó que Dutocq había cerrado la puerta tras de sí.

—¡Ah!, hoy no es usted el primero, señor Sebastián —dijo Antonio al supernumerario un cuarto de hora más tarde.

—¿Quién ha llegado antes? —preguntó el pobre muchacho palideciendo.

—El señor Dutocq —respondió el ujier Lorenzo.

Las naturalezas vírgenes poseen, más que cualquier otra, un inexplicable don para ver las cosas, cuya causa reside tal vez en la pureza de su sistema nervioso, en cierto modo todavía nuevo. Sebastián había adivinado, pues, el odio de Dutocq contra su venerado Ravourdin. Apenas Lorenzo hubo pronunciado aquel nombre, asaltado por un horrible presentimiento, exclamó:

—¡Me lo esperaba!

Y se lanzó por el pasillo, con la velocidad de una flecha.

—¡Habrà jaleo en las oficinas! —comentó Antonio moviendo su encanecida cabeza mientras se enfundaba su atuendo oficial—. Se ve claramente que el señor barón está rindiendo cuentas a Dios... Si, la señora Gruget, su ama de llaves, me ha dicho que seguramente no pasará de hoy. ¡Aquí va a haber agitación! ¡Lo veo claro! ¡Vosotros id a ver si las estufas tiran bien! Si no estamos precavidos, el mundo va a caer sobre nuestras espaldas.

—Es verdad —dijo Lorenzo—. Ese pobre muchacho ha cogido una insolación al enterarse de que el jesuita de Dutocq se le había anticipado.

—Yo me complazco en afirmar, pues hay que reconocer los méritos a un buen funcionario, y para mí un buen funcionario es como ese joven, que nos da diez francos por año nuevo —repuso Antonio—, al que deberíamos decirle, ya que merece un buen consejo: cuanto más haga, más le exigirán, y se quedará sin ascenso. Pues bien, si se lo digo, estoy seguro de que no me escuchará, y seguirá matándose a trabajar hasta las cinco de la tarde, una hora más que los otros (se encoge de hombros). ¡Es una locura! ¡Esto no debe hacerse!... Tiempo es de avisar a ese buen chico, que con toda seguridad puede llegar a ser un excelente empleado. Si no, al cabo de un par de años, no pueden con su alma, palabra de honor.

—El señor Ravourdin aprecia mucho a Sebastián —afirmó Lorenzo.

—Pero el señor Ravourdin no es ministro —continuó Antonio—. Hará calor cuando lo sea, y las gallinas tendrán dientes, es demasiado... ¡Pero basta! ¡Cuando pienso que voy a llevar la paga a una serie de farsantes que no se mueven de sus casas, que hacen lo que les viene en gana, y que ese pobre Laroche se está matando, me pregunto si Dios se ha preocupado alguna vez de las oficinas ministeriales! ¿Y qué es lo que le dan a uno estos protegidos del señor mariscal, o del señor duque?... Las gracias (hace un gesto protector con la cabeza): «¡Muchas gracias, mi querido

Antonio!»). Hato de haraganes, ¡a trabajar!, o seréis la causa de otra revolución. Me hubiese gustado ver a todo este rebaño de ganapanes en los tiempos de Roberto Lindet; ya que yo, aquí donde me veis, entré en esta barraca en aquella época. ¡Entonces los empleados trabajaban! Había que ver a todos estos rasca-papeles encerrados aquí hasta medianoche, con las estufas apagadas, sin darse cuenta de nada; ¡pero es que en aquellos tiempos existía la guillotina!..., y no es por decirlo, pero la guillotina era algo muy distinto a tomar una simple nota, como hacen hoy, cuando llegan tarde.

—Tío Antonio —dijo Gabriel—, ya que le veo hoy con ganas de hablar, ¿puede decimos qué idea tiene usted de un empleado?

—Es —contestó gravemente Antonio—, un hombre que escribe sentado detrás de una mesa. ¿Y qué es lo que yo digo? Sin funcionarios, ¿qué sería de nosotros?... ¡Id, pues, a ver como andan las estufas, y no habléis nunca mal de los empleados! Gabriel, la estufa de la oficina grande tira como un demonio, dale una vuelta a la llave.

Antonio se situó junto al tabique, en un sitio desde el cual podía ver como iban entrando todos los empleados por la puerta cochera; conocía a la totalidad de los del Ministerio y se fijaba en su andar y en las diferencias que ofrecían sus atavíos. Antes de entrar de lleno en el drama, es preciso dibujar aquí la silueta de los principales actores de la división La Billardière, que constituyen algunas variedades del género empleado y que justificará, no solamente las observaciones de Ravourdin, sino también el título de este estudio, esencialmente parisién.

En efecto, ¡no se equivoquen ustedes! Bajo la capa de la originalidad y de la miseria, hay empleados y empleados, del mismo modo que hay clarinetes y clarinetes. Sobre todo existe mucha diferencia entre el funcionario de París y el de provincias. En ésta, el funcionario es feliz: tiene un alojamiento espacioso, un jardín, y generalmente se encuentra a gusto en la oficina; puede beber vino bueno y barato, no se ve obligado a comer filete de caballo y conoce el lujo del postre. En lugar de contraer deudas, puede hacer economías. Sin saber exactamente qué es lo que come, todo el mundo dirá de él que no se come lo que gana. Si es soltero, las madres de familia le saludan al pasar; si es casado, su mujer y él asisten a los bailes del recaudador general, del prefecto, del subprefecto o del intendente. La gente se ocupa de su carácter, tiene oportunidades y puede crearse cierta fama de hombre inteligente; toda la ciudad le conoce, y se interesa por su esposa y por sus hijos. Da veladas, y si dispone de dinero o tiene un suegro en buena posición, puede llegar a ser nombrado diputado. Su mujer es vigilada por el meticuloso espionaje de las localidades pequeñas, y si es desdichado en su intimidad, lo sabe; mientras que en París, no se entera de nada. Finalmente, en provincias un funcionario es *algo*, mientras que en París casi no llega a ser *alguien*.

El primero en llegar después de Sebastián fue un redactor de la oficina Ravourdin, honorable padre de familia, llamado Phellion. Debía a la protección de su

jefe una beca en el colegio Enrique IV para cada uno de sus hijos, favor importante, ya que Phellion tenía, además, una hija que recibía educación gratis en un pensionado donde su mujer daba lecciones de piano, y él de geografía e historia por las tardes. Hombre de unos cuarenta y cinco años, sargento mayor en su compañía de la Guardia Nacional, muy compasivo de palabra, pero cuya posición no le permitía desprenderse de un ochavo, el empleado redactor vivía en el faubourg Saint-Jacques, no lejos de los Sordo-Mudos, en una casa con jardín, por cuyo alquiler pagaba (estilo Phellion), cuatrocientos francos. Orgulloso de su empleo, se aplicaba en servir al Gobierno, se creía realmente útil a su patria y se vanagloriaba de su indiferencia política, de la cual no veía más que EL PODER. El señor Rabourdin satisfacía a Phellion suplicándole se quedara en la oficina una hora más para terminar algún trabajo empezado, y en tales ocasiones comentaba con las señoritas La Grave, pues comía en la calle de Notre-Dame-des-Champs, en el pensionado donde su mujer era *profesora de música*:

—Señoritas, el trabajo me ha exigido quedarme una hora más en la oficina. ¡Cuando uno trabaja para el Gobierno nunca es dueño de sí mismo!

Había escrito algunos libros, con preguntas y respuestas, como los que se usaban en los pensionados para señoritas. Aquellos *pequeños tratados sustanciales*, como él los calificaba, se vendían en la librería de la Universidad con el título de *Catecismo histórico y geográfico*. Creyéndose obligado a regalar a la señora Rabourdin un ejemplar en papel vitela, encuadernado en cuero rojo, se lo llevaba personalmente, vestido de gran etiqueta: calzón y medias de seda, zapatos con hebilla de oro, etc. El señor Phellion recibía los jueves por la noche, después de que las pensionistas se hubieran ido a acostarse, y ofrecía en sus veladas cerveza y pasteles. Se jugaba a la *brisca* a cinco sueldos la partida. A pesar de lo mediocre de las apuestas, en ciertos jueves arrebatados el señor Laudigeois, empleado en la Alcaldía, llegaba a perder hasta diez francos. Cubiertas sus paredes con papel de color verde americano con cenefas rojas, el salón se hallaba decorado con retratos del rey, de la delfina y de las princesas, con dos grabados del *Mazeppa* de Horacio Vemet y uno del *Convoi du Pauvre* de Vigneron, «cuadro sublime de intención que, según Phellion, debía tener poder bastante para consolar a las últimas clases de la sociedad demostrándoles que tenían amigos más íntimos que los hombres y cuyos sentimientos iban más allá de la tumba». Con estas frases, habrán podido adivinar ustedes que el señor Phellion era uno de esos hombres que cada año, en el Día de Difuntos, llevaba al cementerio del Oeste a sus tres hijos, a quienes enseñaba los veinte metros de tierra comprados a perpetuidad, bajo los cuales habían sido enterrados su padre y la madre de su mujer.

—Aquí vendremos todos a parar —les decía para irles familiarizando con la idea de la muerte.

Uno de sus mayores placeres consistía en explorar las afueras de París, de las que se iba proporcionando el plano. Poseía ya los de Antony, Arcueil, Bièvre, Fontenay-aux-Roses, Aulnay, célebre por residir allí varios escritores famosos, y esperaba que con el tiempo llegaría a conocer toda la parte Oeste de los alrededores de París.

Destinaba a su hijo mayor a la Administración, y a su segundo a la Escuela Politécnica. Al mayor acostumbraba decirle: «Cuando tengas el honor de pertenecer a la Administración...», pero sospechaba en él cierta inclinación por las ciencias exactas que procuraba reprimir, reservándose la facultad de abandonarle a sí mismo en el caso de que persistiese. Phellion nunca se había atrevido a pedir al señor Roubourdin que le hiciera el honor de comer en su casa, aunque hubiese considerado aquel día como uno de los más felices de su vida. Decía que si pudiese lograr que uno de sus hijos siguiera las huellas de un hombre como Roubourdin, moriría considerándose el más feliz de los padres. Declamaba tan bien el elogio de aquel digno y respetable jefe ante las señoritas La Grave, que éstas deseaban ver al gran Roubourdin como un joven desea ver al señor de Chateaubriand. «Se hubieran sentido muy felices, decían, de poder tener a *su hija* en el pensionado».

Cuando, por casualidad, salía o entraba del Ministerio el coche del ministro, tanto si había gente como si estaba solo, Phellion se descubría respetuosamente, y sostenía que Francia iría mucho mejor, si todo el mundo honrase lo suficientemente al poder como para honrar incluso sus dignos externos. Cuando Roubourdin le hacía *bajar* para explicarle algún trabajo, Phellion ponía en tensión toda su inteligencia, y escuchaba las palabras más insignificantes de su jefe como el *dilettante* escucha un aria en los Italianos. Silencioso en la oficina, con los pies levantados y colocados sobre un pupitre de madera, no se movía en absoluto mientras estudiaba a conciencia lo que tenía entre manos. Se expresaba, en su correspondencia administrativa, con una gravedad religiosa, todo lo tomaba con la máxima seriedad y apoyaba las órdenes recibidas del ministro con frases solemnes. Aquel hombre, tan aferrado a las conveniencias, había sufrido un verdadero desastre en su carrera de redactor. ¡Y qué desastre! A pesar del cuidado minucioso que ponía en la redacción, había dejado escapar una frase concebida en los siguientes términos: *Se dirigirá usted a los sitios indicados con los papeles necesarios*. Felices de poderse reír de aquella inocente criatura, otros empleados fueron a consultar, a sus espaldas, a Roubourdin, el cual, pensando en el modo de ser de su redactor, no pudo impedir que se le escapara una carcajada, y modificó aquella frase así: *Se dirigirá usted a los lugares señalados con los documentos indicados*. Phellion, a quien le fue llevada la corrección, la estudió, sopesó la diferencia de las expresiones y no temió confesarse a sí mismo que le hubieran sido necesarias dos horas para hallar aquellos equivalentes, y pensó: «¡Este Roubourdin es hombre realmente inteligente!». En todo momento creyó que sus colegas habían obrado incorrectamente al haber recurrido tan prontamente a su jefe; pero sentía demasiado respeto hacia la jerarquía para no reconocer el derecho que les asistía de recurrir, tanto más cuando que en aquellos momentos él estaba ausente; no obstante, en su lugar, él hubiese esperado, ya que la circular no era nada urgente. Aquel asunto le hizo perder el sueño durante varias noches. Cuando le querían enfadar, bastaba con hacer alguna alusión a aquella maldita frase, diciéndole:

—¿Llevas los papeles necesarios?

El digno redactor se revolvió, lanzaba una mirada aniquiladora a los empleados y les contestaba:

—Este comentario, señores, me parece completamente fuera de lugar.

Un día, sobre este tema, se produjo una discusión tan violenta, que Ravourdin se vio precisado a intervenir, prohibiendo a los empleados que volviesen a mencionar aquella frase. El señor Phellion tenía cara de cordero pensativo, algo demacrada, marcada por la viruela, gruesos labios colgantes, ojos de un azul muy claro y una estatura por encima de la normal. Muy limpio y aseado, tal como debe serlo un profesor de geografía e historia que ha de dar lecciones a señoritas, usaba ropa buena, camisa de pechera plisada, chaleco abierto de paño negro que dejaba entrever los tirantes confeccionados por su hija, un diamante en la camisa, chaqueta negra y pantalón azul. En invierno adoptaba el carric color nuez con tres cuellos y llevaba un bastón con contera de plomo, necesario, según decía, *a causa de la profunda soledad de algunas partes del barrio en que vivía*. Se habla quitado el hábito de tomar rapé, y citaba aquella reforma como un ejemplo evidente del dominio que un hombre puede ejercer sobre sí mismo. Subía las escaleras lentamente, ya que temía estar enfermo de asma, al tener lo que él llamaba *pulmones grasos*. Saludaba a Antonio con dignidad.

Inmediatamente después del señor Phellion, llegó un escribiente que formaba un singular contraste con aquel virtuoso varón. Vimeux era un joven de veinticinco años, con mil quinientos francos de sueldo, bien parecido, acicalado, de aspecto elegante y romántico, que tenía el pelo, la barba, los ojos y las cejas, negros como el azabache, hermosos dientes y manos encantadoras; usaba bigote, tan frondoso, tan bien cuidado, que parecía que trataba de negociar con él. Vimeux poseía tal capacidad para realizar su trabajo, que se lo sacaba de encima con más rapidez que nadie.

—Este joven es verdaderamente capaz —pensaba Phellion viéndolo cruzar las piernas y sin saber en qué emplear el resto de su tiempo una vez terminada la tarea.

—¡Eh, mire, ya ha terminado! —decía el redactor a du Bruel.

Vimeux almorzaba un simple bocadillo y un vaso de agua, cenaba por veinte sueldos en casa Katcomb y se alojaba en una pensión de doce francos al mes. Su felicidad, su único placer, consistía en su propio atuendo. Se arruinaba comprando chalecos miríficos, pantalones ceñidos, medio ceñidos, con pliegues o bordados, botas de tafilete fino, chaquetas bien cortadas que modelaran su talle, cuellos fastuosos, guantes frescos y sombreros. Llevaba una sortija *a la chevalière* colocada por encima del guante, la mano armada con un hermoso bastón, y procuraba darse los aires y las maneras de un joven acomodado. Luego, con un mondadientes en la boca, se iba a pasear por la gran alameda de las Tullerías, exactamente como si fuera un multimillonario que acababa de levantarse de la mesa. Abrigando la esperanza de que alguna mujer, una inglesa, una extranjera cualquiera, llegara a enamorarse de él, estudiaba el arte de dar molinetes con su bastón y de lanzar miradas llamadas por Bixiou *a la americana*. Reía sólo para tener ocasión de mostrar sus hermosos dientes. Se planchaba los calcetines y se hacía rizar el pelo cada día. Vimeux, en virtud de

principios perfectamente determinados, se hubiera casado con una jorobada si ésta hubiese contado con seis mil libras de renta, por ocho mil, con una mujer de cuarenta y cinco años, y por mil escudos, con una inglesa. Encantado con su caligrafía y lleno de compasión por aquel joven, Phellion le sermoneaba para persuadirle de que diera lecciones de caligrafía, honrosa profesión que podría mejorar su existencia y hasta hacerla agradable: le prometía incluso una plaza en el pensionado de las señoritas La Grave. Pero Vimeux tenía su pensamiento tan metido en la cabeza, que nada ni nadie podía impedirle seguir creyendo en su estrella. Así pues, continuaba exhibiéndose como un esturión de canalón, aunque hubiera estado mostrando en vano al público, durante los últimos tres años sus enormes mostachos. Habiendo contraído deudas de hasta treinta francos al no pagar sus almuerzos, cada vez que Vimeux pasaba por delante de Antonio, bajaba la vista; no obstante, cuando llegaba el mediodía, le pedía que le trajera un bocadillo. Después de haber intentado repetidamente meter en aquella lastimosa cabeza algunas ideas sensatas, Rabourdin acabó por renunciar a ello.

El señor Vimeux padre era oficial de justicia en un juzgado de Paz del departamento del Norte. Adolfo Vimeux había economizado últimamente las comidas de Katcomb y vivido solamente con panecillos, a fin de poderse comprar unas espuelas y una fusta. Para ridiculizar sus cálculos matrimoniales, le habían puesto, como apodo, el de pichón de Villiaume. No era posible atribuir toda la serie de burlas dirigidas a este Amadís, más que al genio que creó el sainete francés, ya que era un excelente camarada y el único perjudicado con su manera de ser era él mismo. La gran broma de las oficinas a su costa, consistía en apostar si usaba corsé o no. Primitivamente destinado a la oficina Baudoyer, Vimeux había intrigado para ser trasladado a la Rabourdin, a causa de la severidad del primero con respecta a los *ingleses*, nombre dado por los empleados a sus acreedores. El día de los ingleses es el día en que las oficinas son realmente públicas. Seguros de poder encontrar allí a sus deudores, los acreedores afluyen a ellas para atormentarles preguntando cuando pagarán y amenazarles con resarcirse de la deuda con el sueldo. El implacable Baudoyer obligaba a sus subordinados a quedarse en la oficina.

—Es a ellos —decía—, a quienes corresponde tener la prudencia de no contraer deudas.

Consideraba su severidad como algo necesario al bien público. Por el contrario, Rabourdin protegía a los empleados contra sus acreedores, a los cuales no permitía la entrada, diciéndoles que las oficinas no estaban abiertas para que en ellas se ventilaran asuntos privados, sino para los asuntos públicos.

En las dos oficinas se habían reído mucho a costa de Vimeux, cuando éste llegaba a ellas haciendo sonar las espuelas a través de pasillos y escaleras. El mistificador del Ministerio, Bixiou, hizo pasar de mano en mano, por las divisiones Clergeot y La Billardière, una hoja en cuya parte superior figuraba una caricatura de Vimeux, montado en un caballo de cartón, y en la cuál se invitaba a todos a una suscripción

para comprarle un caballo de verdad. El señor Baudoyer figuraba aportando un quintal de heno sacado de su provisión particular, y cada empleado incluyó un epigrama dirigido contra su vecino. Vimeux, buen muchacho de verdad, se suscribió él mismo bajo el nombre de señorita Fairfax.

Los funcionarios apuestos como Vimeux tienen el empleo para ir viviendo y el físico para hacer fortuna. Fieles asistentes a los bailes de máscaras de carnaval, van a buscar en ellos alguna oportunidad, que incluso allí parece huirles. Muchos terminan por casarse, ya sea con modistas a las que aceptan desesperanzados, ya con mujeres de edad o jóvenes a las que ha gustado su físico, y con las cuales han hilvanado una novela esmaltada de cartas estúpidas, pero que han producido el efecto deseado. Estos empleados, a veces, son muy osados, ven pasar por los Campos Elíseos alguna mujer en un coche, se procuran su dirección, le lanzan epítetos apasionados a todo evento y llegan a encontrar una ocasión que desgraciadamente da alientos a tan innoble especulación.

Aquel Bixiou (pronunciad Bisiou) era un delineante que se burlaba tanto de Dutocq como de Rabourdin, al que llamaba la *Virtuosa Rabourdin*. Para poder expresar toda la vulgaridad de su jefe, le llamaba el *Mercado Baudoyer*, y al sainetero, *Flon-Flon*. Sin disputa el hombre más inteligente de la división y del Ministerio, pero inteligente a la manera de los simios, sin alcance ni consecuencias, Bixiou era de gran utilidad para Baudoyer y Godrard, que le protegían a pesar de la desconfianza que les inspiraba. Despachaba sus asuntos por debajo de la pierna. Bixiou codiciaba la plaza de Godard y la de du Bruel, pero su conducta dificultaba el ascenso. Tan pronto se burlaba de las oficinas, y ello sucedía cuando acababa de realizar algún buen negocio, como la publicación de unos retratos durante el proceso Fualdès, para los cuales empleó unas caras escogidas al azar, o durante los debates del proceso Castaing, como se apoderaba de él unos deseos locos de conseguir un ascenso, y se aplicaba al trabajo; después lo abandonaba para dedicarse a la redacción de unas comedia que no terminaba nunca. Por otra parte, era egoísta, avaro y malgastador a la vez, es decir, únicamente gastaba dinero para él; dilapidador, agresivo e indiscreto, hacía el mal por el mal; atacaba especialmente a los débiles, no respetaba a nada ni a nadie, no creía en Francia, en Dios ni en nada, ni en las Artes, ni en los griegos ni en los turcos; ni en el Champ-d'Asile ni en la monarquía, e insultaba especialmente a todo aquél a quien no comprendía. Fue el primero en poner sobre la cabeza de Carlos X, en las caricaturas, un solideo negro encima de unas piezas de cinco sueldos. Parodiaba al doctor Gall dando una conferencia hasta el punto de hacer desabrochar la levita de risa al diplomático mejor abrochado. La principal broma de aquel inventor de malas pasadas consistía en calentar las estufas por encima de toda medida, con la finalidad de que los que salían de aquellos invernaderos cogieran un resfriado; con ello disfrutaba, además, del placer de malgastar la madera del gobierno. Notable en sus mistificaciones y parodias, las variaba con tanta habilidad, que siempre tenía a mano alguna víctima. En este género, su gran secreto residía en

adivinar los deseos de cada uno; conocía el camino de todas las ilusiones, los sueños por medio de los cuales es posible parodiar a un hombre, porque con ellos intenta expresarse a sí mismo, y era capaz de *hacer posar* a cualquiera durante horas enteras. Así, aquel profundo observador, que desplegaba un tacto inusitado para cometer cualquier truhanería, no sabía emplear su poder para obligar a los hombres a rendirse a su fortuna o simplemente para conseguir un ascenso. A quien más le gustaba vejar era al joven La Billardière, su bestia negra, su pesadilla, y al que no obstante constantemente halagaba para poder engañarle mejor: le dirigía cartas encendidas de amor firmadas condesa de M...

o marquesa de B..., arrastrándole así los días de gala al vestíbulo de la Ópera delante del reloj de pared, y le dejaba junto a una modistilla después de haberle mostrado a todo el mundo. Aliado de Dutocq (le consideraba un mistificador serio) en su odio contra Roubourdin y en sus elogios de Baudoyer, le apoyaba con todas sus fuerzas.

Juan Jacobo Bixiou era el nieto de un tendero de París. Su padre, coronel, ya fallecido, le dejó al cuidado de su abuela, la cual se había casado en segundas nupcias con su primer dependiente, llamado Descoings, que murió en 1822. Hallándose sin colocación al salir del colegio, había intentado abrirse paso en la pintura, y a pesar de la amistad que tenía con José Bridau, su amigo de la infancia, había renunciado a ella para dedicarse de lleno a la caricatura, a las viñetas, a los dibujos de libros, conocidos, veinte años más tarde, con el nombre de *ilustraciones*. La protección de los duques de Maufrigneuse y de Rhétoré, a quienes había conocido a través de unas bailarinas, le procuró su empleo en 1819. Hallándose en buenas relaciones con Des Lupeaulx, con el cual, en la sociedad, se consideraba en pie de igualdad, y tuteándose con du Bruel, ofrecía una prueba viviente de las observaciones de Roubourdin relativas a la destrucción constante de la jerarquía administrativa de París, mediante el valor personal que un hombre adquiere fuera de las oficinas.

Bajo de estatura, pero bien constituido, de cara fina, notable por un vago parecido con la de Napoleón, labios delgados, mentón caído, patillas castañas, veintisiete años, rubio, con voz aguda y mirada brillante, ahí tenéis a Bixiou. Aquel hombre, todo sentidos e inteligencia, se perdía por su furor hacia cualquier clase de placeres que le hundían en una continua disipación. Intrépido cazador de modistillas, gran fumador, excelente conversador, almorzador y cenador, se ponía siempre a tono con el diapasón, tan brillante en los palcos de la Ópera como en el baile de modistillas de l'Allée-des-Veuves, deslumbraba con su conversación tanto en la mesa como en una excursión por el campo, en forma a medianoche en la calle como por la mañana cuando se levantaba de la cama; pero siempre sombrío y triste consigo mismo, igual que la mayoría de los grandes cómicos. Lanzado al mundo de las actrices y de los actores, de los escritores, de los artistas y en el de ciertas mujeres cuya suerte es aleatoria, vivía bien, asistía a las funciones sin pagar, jugaba en Frascati y frecuentemente ganaba. En fin, este artista, verdaderamente profundo, aunque por

destellos se balanceaba por la vida como un columpio, sin inquietarse por el momento en que la cuerda pudiera romperse. Su vivacidad de inteligencia, su prodigalidad de ideas, hacían que fuese buscado por todas aquellas personas acostumbradas a tales destellos de ingenio; pero ninguno de sus amigos le tenía verdadero afecto. Incapaz de aguantarse un chiste, había inmolado a sus dos vecinos de mesa antes de que se sirviera el primer plato. A pesar de su alegría epidérmica, revelaba, cuando hablaba, un secreto descontento por su posición social; se veía que aspiraba a algo mejor, y el fatal demonio que se escondía en su espíritu le impedía estar en posesión de aquella seriedad que tanto impone a los tontos. Vivía en la calle de Ponthieu, en un segundo piso, donde disponía de tres habitaciones entregadas al más absoluto desorden de un piso de soltero, un verdadero vivac. A menudo hablaba de abandonar Francia y de irse a América para hacer fortuna. Ninguna bruja hubiera sido capaz de predecir el futuro de un joven en el que todos los talentos eran incompletos, incapaz de realizar un trabajo asiduo, siempre ebrio de placeres y pareciendo creer que el mundo se iba a terminar al día siguiente.

En cuanto al vestir, tenía la pretensión de no querer parecer ridículo, y quizás era él el único de todo el Ministerio a quien al verle no se pudiera decir: «¡Ahí va un empleado!». Usaba botas elegantes, pantalón negro, chaleco de fantasía y una hermosa levita azul, un cuello, eterno regalo de la modistilla, un sombrero de Bandoni y guantes de cabritilla de color oscuro. Su atuendo, altanero y sencillo a la vez, no carecía de gracia. Así, un día en que Des Lupeaulx le mandó llamar a causa de una impertinencia demasiado fuerte sobre el señor barón de La Billardière, amenazándole con la destitución, se limitó a responderle:

—Me riñe usted porque voy bien vestido.

Des Lupeaulx no pudo contener la risa.

La más divertida de las bromas gastadas por Bixiou en las oficinas fue la que consistió en regalar a Godard una mariposa, diciéndole que era de la China, y que el subjefe guarda en su colección como un tesoro, cuando en realidad es de papel pintado. Bixiou tuvo la paciencia necesaria para malgastar muchas horas confeccionándola, únicamente para hacer objeto de una broma a su subjefe.

El diablo pone siempre una víctima cerca de los tipos como Bixiou. La oficina Baudoyer tenía, pues, su víctima, un pobre escribiente de veintidós años de edad y mil quinientos francos de sueldo llamado Augusto Juan Francisco Minard. Minard se había casado por amor con una obrera florista, hija de un portero, que trabajaba en su casa para la señora Godard y a la que Minard veía en la calle de Richelieu, en la tienda. De soltera, Celia Lorain se había hecho muchas ilusiones y creado muchas fantasías para salir de su estado. Primero alumna del Conservatorio y después cantante y actriz, había pensado hacer lo mismo que hacen muchas otras obreras, pero el temor de terminar mal y de caer en la más espantosa miseria la había preservado del vicio. Se hallaba dudando entre varias soluciones, cuando Minard, que había empezado a delinear más distintamente, le hizo una proposición de matrimonio.

Celia ganaba quinientos francos anuales y Minard mil quinientos. Creyendo que con dos mil francos podrían vivir, se casaron sin capitulaciones, dentro de la más estricta economía. Minard y Celia se habían ido a vivir más allá de la barrera de Courcelles, en un apartamento de trescientos francos de alquiler situado en un tercer piso: unas cortinas de tela basta en las ventanas, en las paredes un papel a cuadros escoceses de a quince sueldos el rollo, el piso enlustrado con baldosas siempre fregadas, los muebles de madera de nogal, una cocina pequeña y muy limpia; una habitación principal en la que Celia confeccionaba las flores artificiales, un saloncito amueblado con sillas tapizadas con tela de color oscuro y asientos forrados de crin, una mesa en el centro, un espejo, un reloj de péndulo representando una fuente con cristal rotatorio, unos candelabros dorados envueltos en una gasa; y finalmente, un dormitorio en blanco y azul; cama, cómoda y un canterano de caoba, pequeñas alfombras a los pies de la cama, seis sillones y cuatro sillas; en un rincón, una cuna de brezo en la cual dormían un niño y una niña, hijos del matrimonio. Celia criaba a sus hijos ella misma, cocinaba, cuidaba de la casa, y confeccionaba flores artificiales. Había algo de conmovedor en aquella feliz y laboriosa mediocridad. Al sentirse amada por Minard, Celia le amó, a su vez, sinceramente. El amor llama al amor, es como el *abyssus abyssum* de la Biblia. Aquel pobre hombre saltaba de la cama mientras su mujer aún dormía, e iba a hacer la compra. Cuando se dirigía hacia la oficina, aprovechaba el viaje para entregar las flores terminadas, y al regresar compraba las materias primas necesarias para su confección. Después, mientras esperaba la hora, de la cena, cortaba o estampaba las hojas, preparaba los tallos o diluía los colores. Pequeño, delgado, de constitución endeble, nervioso, de pelo rojo y encrespado, con ojos amarillos claro, tez de deslumbradora blancura, pero con algunas rojeces sobre ella, poseía un valor sordo y sin aparatosidad. Dominaba la ciencia de la caligrafía como pudiera dominarla el propio Vimeux. En la oficina permanecía quieto, casi inmóvil; realizaba su trabajo y se mantenía en la actitud recogida de un hombre que sufre y sueña. Sus blancas pestañas y sus ralas cejas le habían merecido el calificativo de *conejo blanco*, dado por el implacable Bixiou.

Minard, aquel Roubourdin de esfera inferior, devorado por el deseo de poder colocar a su Celia en una situación más feliz, buscaba en el océano de las necesidades del lujo y de la industria parisiense una idea, un descubrimiento, un perfeccionamiento que le procurase una rápida fortuna. Su aparente estupidez era un producto de la continua tensión en que se hallaba su espíritu; iba desde la Doble Crema de las Sultanas hasta el Aceite cefálico, desde los encendedores fosfóricos al gas portátil, desde los zancos articulados hasta las lámparas hidrostáticas, con lo que abarcaba todas las *infinitas pequeñeces* de la civilización material. Soportaba las bromas de Bixiou del mismo modo que un hombre preocupado soporta el runruneo de un insecto, sin impacientarse siquiera. A pesar de su despierta inteligencia, Bixiou no se había dado cuenta del profundo desprecio que Minard sentía hacia él. Minard se preocupaba poco por las discusiones suscitadas en la oficina, ya que las consideraba

como una pérdida de tiempo. Por todo ello, había terminado por fatigar a su persecutor. Iba a la oficina sencillamente vestido, usaba pantalón de cutí hasta el mes de octubre, zapatos y botines, chaleco de piel de cabra, chaqueta de castorina en invierno y de merino basto en verano, sombrero de paja o uno de seda de once francos, según la estación, ya que toda su gloria era su Celia; se hubiera privado de comer para poderle comprar un vestido. Almorzaba con su mujer y jamás probaba bocado en la oficina. Una vez al mes, llevaba a Celia a un espectáculo, gracias a las invitaciones proporcionadas por du Bruel o por el mismo Bixiou, pues éste era capaz de todo, incluso de hacer el bien. En tales ocasiones, la madre de Celia dejaba su propio alojamiento e iba a casa de su hija para atender a los nietos.

Minard había reemplazado a Vimeux en la oficina Baudoyer. El señor y la señora Minard iban todos los años a hacerle una visita. Al verles, la gente se preguntaba cómo se las apañaría la mujer de un pobre empleado de mil quinientos francos de sueldo para vestir a su marido con un traje negro, y llevar ella sombreros de paja de Italia adornados con flores, vestidos de muselina bordada, abrigos de seda, zapatos de raso, lazos magníficos, sombrilla china, ir en fiacre y permaneciendo virtuosa; en cambio, la señora de Colleville u otra *dama* de su misma categoría, disponiendo de cuatro mil francos, no llegaban a poder realizar las personas más amables y desconocidas.

En cada una de aquellas oficinas había un empleado tan amigo de otro, que su amistad llegaba a ser ridícula, ya que en estos lugares se hace burla de todo. El de la oficina Baudoyer se llamaba Colleville, era empleado principal y, sin la Restauración, habría sido subjefe o tal vez jefe hacía ya mucho tiempo. Tenía en la señora Colleville una mujer tan superior en su clase como pudiera serlo la señora Roubourdin en la suya. Colleville, hijo de un primer violín de la Ópera, se había enamorado de la hija de una famosa bailarina. Flavia Minoret, una de esas hábiles y encantadoras parisienses que saben hacer felices a sus esposos sin perder por ello toda su libertad, convirtió la casa de Colleville en el punto de reunión de todos nuestros mejores artistas, los oradores de la Cámara. Casi se llegaba a ignorar en su casa la humilde plaza ocupada por el señor Colleville. La conducta de Flavia, mujer demasiado fecunda, daba tantas oportunidades a la maledicencia, que la señora Roubourdin había rechazado todas sus invitaciones.

El amigo de Colleville, apellidado Thuillier, ocupaba en la oficina Roubourdin exactamente el mismo puesto que aquél, y, al igual que Colleville, se había postergado en su carrera por idénticos motivos. Quien conociera a Colleville, conocía a Thuillier, y viceversa. Su amistad, nacida en la oficina, tenía su origen en la coincidencia de sus inicios en las tareas de la Administración. La hermosa señora Colleville, según se murmuraba en las oficinas, había aceptado las atenciones de Thuillier, al que su esposa no daba hijos. Thuillier, apodado el *lindo Thuillier*, ex hombre de mucha suerte con las mujeres, llevaba una vida tan ociosa como laboriosa era la de Colleville, primer clarinete de la Ópera Cómica por las noches y tenedor de

libros por las mañanas. Tenía muchas dificultades para sacar adelante a su familia, a pesar de que no carecía de protecciones. Se le consideraba como hombre muy astuto, tanto más cuanto que sabía esconder su ambición bajo la capa de una especial indiferencia. Satisfecho aparentemente con su suerte y trabajador, hallaba a todo el mundo, incluso a sus jefes, dispuestos a proteger su valerosa existencia.

Desde hacía sólo unos pocos días, la señora Colleville había dado un brusco cambio en la marcha de su casa, y parecía haberse vuelto devota; por las oficinas corría el rumor de que pensaba tomar la Congregación como punto de apoyo más seguro que el que podía ofrecerle el famoso orador Francisco Keller, uno de sus admiradores más constantes, cuyo crédito no había podido conseguir, hasta el momento presente, un ascenso para Colleville. Flavia se había dirigido, y aquello fue uno de sus errores, a Des Lupeaulx. Colleville tenía la manía de buscar el horóscopo de los hombres célebres en el anagrama de sus nombres. Se pasaba meses enteros descomponiendo nombres y volviéndolos a componer para descubrir en ellos algún sentido.

Un Corse la finirá encontrado en *Revolution française*^[13]; *Vierge de son mari*, en *Marie de Vignerot*, sobrina del cardenal de Richelieu^[14]; *Henrici mei casta dea*, en *Catharina de Medicis*^[15]; *Eh c'est large net*, en *Charles Genest*^[16], el abate de la corte de Luis XIV, tan conocido por su prominente nariz que tanto divertía al duque de Borgoña; en fin, todos los anagramas que había podido descubrir, habían maravillado a Colleville. Erigiendo el anagrama en ciencia, pretendía que el destino de cada hombre estaba escrito en la frase que daba la combinación de letras de su nombre, apellido y circunstancias. Desde la subida al trono de Carlos X, se ocupaba en estudiar el anagrama del rey. Thuillier, a quien le gustaban los juegos de palabras, pretendía que los anagramas no eran más que un juego de palabras pero escrito. Colleville, hombre de buena voluntad, unido por una amistad casi indisoluble a Thuillier, modelo de egoísta, constituía un problema insoluble que muchos de los empleados de la división explicaban con esta frase: «Thuillier es rico, y los gastos de sostenimiento de la casa de Colleville son muy elevados». En efecto, corría el rumor de que Thuillier unía al sueldo que percibía por su cargo los beneficios obtenidos de préstamos con interés; muy frecuentemente recibía visitas de comerciantes, con los cuales sostenía largas conferencias en el patio del Ministerio, aunque todo se hacía en nombre de la señorita Thuillier, hermana suya.

Aquella amistad, consolidada por el tiempo, estaba basada en sentimientos y hechos bastante naturales que tienen su explicación en otro lugar (véase *Los pequeños burgueses*) y que aquí constituirían lo que los críticos califican de largas explicaciones. Tal vez no sea inútil hacer constar que si bien se conocía perfectamente la existencia de la señora Colleville, casi se ignoraba la de la señora Thuillier. Colleville, hombre activo, cargado de hijos, era gordo, corpulento y alegre; mientras que Thuillier, el *Guapo del Imperio*, sin preocupaciones aparentes, ocioso, de talle esbelto, ofrecía a las miradas un aspecto más bien triste y melancólico.

—No podemos saber —comentaba Roubourdin hablando de aquellos dos funcionarios— si las amistades nacen de los contrastes más que de las semejanzas.

Todo lo contrario de aquellos dos hermanos siameses eran Chazelle y Paulmier, dos empleados empeñados en una guerra continua: uno fumaba y el otro tomaba rapé, y discutían eternamente sobre quién de los dos practicaba el mejor sistema de absorber tabaco. Uno de los defectos que les hacía igualmente fastidiosos para el resto de los empleados consistía en sostener continuas querellas sobre los valores mobiliarios, la tasa sobre los guisantes, el precio del pescado, las ropas, los paraguas, los trajes, los sombreros, los bastones y los guantes de sus colegas. Se vanagloriaban el uno ante el otro de sus pequeños descubrimientos. Chazelle coleccionaba prospectos de librería y carteles litográficos; pero no se suscribía a nada. Paulmier, el colega de Chazelle en discusiones, malgastaba el tiempo afirmando que si tuviera tal o cual ingreso, se daría tal o cual gusto. Un día, Paulmier fue a casa del famoso Dauriat para felicitarle por haber hecho que la librería publicara libros en papel satinado con cubiertas impresas, invitándole a proseguir por el camino emprendido con tales mejoras en la presentación de las ediciones, ¡y Paulmier no poseía ni un solo libro! Chazelle era tiranizado por su esposa y, no obstante, quería parecer independiente, gastando continuas bromas a Paulmier; mientras que éste, soltero, a menudo en ayunas, como Vimeux, ofrecía a Chazelle tema suficiente para aquéllas con sus raídos trajes y su encubierta indignancia. Chazelle y Paulmier tenían barriga: la de Chazelle, pequeña, redonda, puntiaguda, tenía, según una frase de Bixiou, la impertinencia de pasar siempre primero; la de Paulmier flotaba de derecha a izquierda; Bixiou hacía que se la midieran por lo menos una vez cada trimestre. Los dos se hallaban entre los treinta y los cuarenta años; los dos eran bastante ingenuos y gandules, y no hacían nada fuera de la oficina; representaban al tipo del empleado pura sangre, embrutecido por el papeleo, por la estancia en las oficinas. Chazelle acostumbraba dormirse mientras trabajaba, y su pluma, que seguía sosteniendo en la mano, marcaba con curiosos rasgos sus aspiraciones. Paulmier atribuía el sueño, en aquellos casos, a exigencias conyugales. En respuesta a esta broma, Chazelle acusaba a Paulmier de beber tisana solamente durante cuatro meses de los doce del año y le decía que moriría en brazos de una modistilla. Paulmier demostraba entonces que Chazelle señalaba en un calendario los días en los que la señora Chazelle le encontraba amable. Aquellos dos funcionarios, a fuerza de estar constantemente sacando a relucir su ropa sucia, apostrofándose a propósito del más mínimo detalle de su vida privada, habían conseguido la consideración que merecían. «¿Es que me tomas por un Chazelle?», era una frase suficiente para terminar cualquier discusión fastidiosa.

Poiret, el joven, así llamado para distinguirlo de su hermano Poiret, el mayor, retirado en casa Vauquer, a donde solía ir a cenar, se había propuesto igualmente terminar allí sus días, después de treinta años de servicios.

La naturaleza no es tan invariable en sus revoluciones como el pobre hombre lo

era en los actos de su vida: dejaba siempre las cosas en el mismo sitio, colocaba la pluma en el mismo soporte de madera, se sentaba en su sitio a la misma hora y se calentaba en la estufa en el mismo minuto, ya que su única vanidad consistía en llevar un reloj infalible, puesto en hora, por otra parte, según la que marcaba el del Ayuntamiento, por delante del cual pasaba todos los días, toda vez que vivía en la calle Martroi. Desde las seis hasta las ocho de la mañana, llevaba los libros de una importante casa de novedades de la calle Saint-Antoine, y de seis a ocho de la tarde, los de la Casa Camusot, de la calle de Bourdonnais. Ganaba así mil escudos, comprendidos los emolumentos de su empleo. Esperando, para dentro de pocos meses, el deseado momento de poderse retirar, se mostraba indiferente a las intrigas burocráticas. Parecido a su hermano, a quien la retirada del servicio activo había producido un golpe fatal, sin duda él también lo sufriría cuando no pudiese ir desde la calle del Matroi al Ministerio, a sentarse en su silla para redactar la correspondencia. Encargado de coleccionar los periódicos a que estaba abonada la oficina y la del *Monitor*, sentía un verdadero fanatismo por dichas colecciones. Si cualquier funcionario perdía algún número de ellas, lo compraba por su cuenta y no se lo decía a nadie. El joven Poiret conseguía le dieran permiso para salir, se dirigía directamente a la redacción del periódico, reclamaba el número que le faltaba y regresaba al Ministerio encantado por la amabilidad del cajero. Siempre había tenido que tratar con el mismo empleado del periódico, un simpático muchacho, siendo para él los periodistas las personas más amables y desconocidas.

Hombre de talla mediana, Poiret tenía los ojos siempre medio entornados, una mirada débil y sin fuego, una piel curtida, ajada, de color grisáceo, sembrada de pequeños granos azulados, una nariz achatada y una boca hundida en la que bailaban unos dientes carcomidos. Thuillier afirmaba que Poiret experimentaba cierto placer al contemplarse delante de un espejo. Sus brazos, largos y delgados, estaban terminados por unas enormes manos sin ninguna blancura. Sus cabellos grises, pegados por la presión del sombrero, le daban aspecto eclesiástico, parecido poco halagador para él, ya que odiaba a los sacerdotes y al clero, sin que fuera capaz de explicar sus opiniones religiosas. Esta antipatía no le impedía ser un ferviente partidario del Gobierno, sea cual fuera éste. No se abrochaba jamás su vieja levita de color verdoso, incluso en los días de frío más intenso; usaba únicamente zapatos de cordones y un pantalón negro. Hacía treinta años que se proveía en los mismos establecimientos. Cuando murió su sastre, solicitó permiso para asistir a su entierro, y estrechó la mano de su hijo junto a la fosa del padre, asegurándole que seguiría siendo cliente suyo. Amigo de todos sus proveedores, se informaba de cómo les iban los asuntos, hablaba con ellos, escuchaba atentamente sus quejas y les pagaba al contado. Si tenía que escribir a alguno de *aquellos caballeros* para ordenar algún cambio en sus encargos, observaba las más delicadas fórmulas, haciendo resaltar el empleo de la palabra *señor*, poniendo la fecha y un borrador de la carta en una carpeta rotulada: *Correspondencia particular*. No había otra vida más reglamentada que la suya. Poiret

conservaba copia de todas las memorias redactadas, todas las facturas, incluso las de menor importancia, así como unas libretas de gastos, sujetas por una goma y clasificadas por años, desde que había ingresado en el Ministerio. Cenaba siempre en el mismo restaurante, donde tenía un abono, el *Veau-qui-Tête*, de la plaza del Châtelet; los camareros le guardaban cada noche su sitio. Como no concedía al *Cocon-d'Or*, el famoso establecimiento de sederías, ni cinco minutos más del tiempo debido, a las ocho y media llegaba al café David, el más célebre del barrio, y se quedaba en él hasta las once; iba a este local, como al *Veau-qui-tête*, desde hacía treinta años, y a las diez y media tomaba una bavaresa. Escuchaba las discusiones sobre política con los brazos cruzados sobre el bastón, el mentón apoyado en la palma de la mano derecha, sin mezclarse jamás en ellas. La cajera, única mujer con la cual gustaba conversar, era la confidente de los pequeños accidentes de su vida, pues se solía sentar en una mesa próxima a la caja. Jugaba al dominó, único juego que había sido capaz de aprender. Cuando sus compañeros de partida no iban al café, podía vérselo medio dormido, con la espalda apoyada en el arrimadero, sosteniendo un periódico cuya tablilla descansaba en el mármol de su mesa. Se interesaba por todo cuanto sucedía en París, y consagraba el domingo a vigilar las nuevas construcciones. Interrogaba al inválido encargado de impedir que el público entrara en un edificio en construcción, y se inquietaba por el retraso que éstas pudiera sufrir, debido a la falta de materiales o de dinero, así como por las dificultades que pudiera encontrar el arquitecto. Se le podía oír decir: «¡He visto salir el Louvre de sus escombros, he visto nacer la plaza del Châtelet, el muelle de las Flores, los mercados!».

Él y su hermano, nacidos en Troyes, hijos de un empleado de las Granjas, habían sido enviados a París para que estudiaran en las oficinas. Su madre se hizo notar por una conducta desordenada, ya que los dos hermanos tuvieron la pena de enterarse de su fallecimiento en el hospital de Troyes, pese a los frecuentes envíos de fondos. No sólo ambos juraron entonces no casarse nunca, sino que tomaron una especie de horror por los niños: cuando a pesar suyo había alguno cerca de ellos, le temían como puede temerse a un loco, y le observaban con mirada suspicaz. Tanto el uno como el otro, se habían agotado trabajando durante los tiempos de Robert Lindet. En aquella época la Administración no se mostró justa con ellos, pero se consideraban dichosos por haber podido conservar sus cabezas, y no se quejaban más que entre sí de aquella ingratitud, pues veían que habían *organizado at máximo*. Cuando se gastó la broma a Phellion de hacerle reformar la famosa frase, Poiret, al salir, llamó aparte a Phellion en el pasillo y le dijo:

—Puede usted creer, señor, que me he opuesto con todas mis fuerzas a lo que ha sucedido.

Desde su llegada a París, nunca se había ausentado de la ciudad. A partir de aquel día, había llevado un diario de su vida, en el que consignaba los acontecimientos más destacados del día; du Bruel le había dicho que Lord Byron hacía lo mismo. Aquella similitud colmó a Poiret de gozo, y le impulsó a comprar las obras de dicho autor,

traducidas por Chastopalli, de las cuales no comprendió absolutamente nada. A menudo podía sorprenderse en la oficina, en una actitud melancólica, con el aspecto de estar pensando intensamente, pero la realidad es que no pensaba en nada. No conocía ni a uno solo de los inquilinos de la casa donde vivía, y llevaba siempre consigo la llave de su domicilio. Cuando llegaba el día del santo de alguno de sus colegas de división, llevaba personalmente la carta de felicitación a su domicilio, pero jamás hacía visitas.

Un día de canícula, Bixiou se dedicó a untar con manteca de cerdo el interior de un viejo sombrero que el joven Poiret (contaba cincuenta y dos años) usaba desde hacía ya nueve años. Bixiou, que no había visto jamás otro sombrero sobre la cabeza de Poiret, soñaba con él, se lo encontraba hasta en la sopa. Resolvió, en interés de sus digestiones, hacer desaparecer de las oficinas aquel inmundo sombrero. El joven Poiret salió alrededor de las cuatro de la tarde. Mientras andaba por las calles de París, en las que los rayos solares reflejados por el pavimento y por las murallas producían un calor tropical, sintió que su cabeza estaba inundada, él que no sudaba casi nunca. *Creyéndose enfermo o a punto de estarlo*, en vez de ir al *Veau-qui-Tête*, regresó directamente a su casa, sacó de un cajón el diario de su vida y consignó el hecho de la siguiente manera:

Hoy, día 3 de julio de 1823, sorprendido por un extremo sudor precursor quizá de la fiebre militar, enfermedad característica de la Champagne, me dispongo a hacerme visitar por el doctor Haudry. La invasión del mal ha empezado a la altura del muelle de la Escuela.

De repente, habiéndose quitado el sombrero, se dio cuenta de que el pretendido sudor tenía un origen completamente independiente de su persona. Se secó la cara, examinó el sombrero y no pudo descubrir nada en él, puesto que no se atrevió a descoser la badana. Así que anotó en su diario:

Llevo el sombrero a casa del señor Touman, sombrerero de la calle Saint Martin, ya que sospecho que este sudor tiene otras causas, en cuyo caso no debe tratarse de ningún sudor, sino más bien del efecto de una adición cualquiera realizada al sombrero antigua o recientemente.

El señor Touman dictaminó inmediatamente, gracias al conocimiento que del negocio tenía, la presencia de un cuerpo graso obtenido por la destilación de un cerdo o de una marrana. Al día siguiente, Poiret compareció en la oficina con un sombrero prestado por el señor Touman, en espera de uno nuevo que le estaba confeccionando; pero no se acostó sin haber añadido a su diario:

Ha resultado que mi sombrero contenía sebo o grasa de cerdo.

Aquel hecho inexplicable ocupó durante más de quince días la imaginación de Poiret, sin haber llegado jamás a saber cómo se había producido semejante fenómeno. Se comentaron en la oficina las lluvias de sapos y otras aventuras caniculares, la cabeza de Napoleón hallada en una raíz de olmo y mil curiosidades de la historia natural. Vimeux le dijo que un día su propio sombrero se había desteñido ensuciándole la cara de negro, y que los sombrereros usaban en la confección de estas prendas determinadas drogas. Poiret fue varias veces a casa del señor Tournan, para asegurarse de sus procedimientos de fabricación.

Había además, dependiendo de Rabourdin, otro empleado que se las daba de valiente, profesaba las opiniones del centro-izquierda y se sublevaba contra la tiranía con que Baudoyer trataba a los funcionarios de su oficina. Aquel muchacho, apellidado Fleury, estaba suscrito a un periódico de la oposición, cosa que constituía una auténtica osadía, llevaba un sombrero gris de alas anchas, franja roja en sus pantalones azules, chaleco azul con botones dorados y un levitón que se cruzaba sobre el pecho como un sargento mayor de la gendarmería. Aunque incommovible en sus principios, seguía no obstante empleado en la oficina; pero predecía un futuro fatal para el Gobierno si persistía en su política religiosa. Confesaba sus simpatías por Napoleón, desde que la muerte de aquel gran hombre había puesto en desuso las leyes dictadas contra los partidarios del usurpador. Fleury, ex capitán en un regimiento de línea en tiempos del emperador, alto, moreno, bien parecido, trabajaba de portero en el Circo Olímpico. Bixiou no se permitió jamás una broma a su costa, ya que aquel rudo soldado, que disparaba muy bien con la pistola y era muy ducho en la esgrima, parecía muy capaz, si la ocasión se presentaba, de cometer cualquier brutalidad. Apasionado suscriptor de *Victorias y Conquistas*, Fleury se negaba a pagar los ejemplares que recibía, aunque se los quedaba, fundándose en que las cantidades que se le exigían eran superiores a las que figuraban en los prospectos de propaganda. Adoraba a Rabourdin, que había evitado que le destituyesen. Llegó a decir que si alguna vez le sucedía algo desagradable al señor Rabourdin por culpa de alguno, lo mataría. Dutocq adulaba servilmente a Fleury, tanto era lo que le temía. Fleury, colmado de deudas, empleaba mil triquiñuelas con sus acreedores. Experto en cuestiones de legislación, jamás firmaba las letras de cambio que le presentaban, y él mismo había formulado reclamaciones sobre su paga, en nombre de supuestos acreedores, de modo que la cobraba casi íntegra. Ligado íntimamente con una corista de la Porte Saint-Martin, en casa de la cual tenía todo su mobiliario, jugaba con suerte al *écarté*, constituyendo el encanto de todas las reuniones por su talento, era capaz de beberse un vaso de vino de *Champagne* de un solo trago sin humedecerse los labios y conocía de memoria todas las canciones de Béranger. Estaba orgulloso de su voz llena y sonora. Para él, los tres hombres más importantes habían sido Napoleón, Bolívar y Béranger. Foy, Laffitte y Casimiro Delavigne merecían únicamente su

estima. Fleury, como supongo ya habrán adivinado, era un meridional, y debía terminar siendo editor responsable de algún periódico liberal.

Desroys, el hombre misterioso de la división, no se trataba con nadie, hablaba poco y ocultaba tan perfectamente su vida que se ignoraba su domicilio, sus protectores ni sus medios de existencia. Al intentar descifrar las causas de aquel silencio, unos tomaban a Desroys por un carbonario, otros por un orleanista; éstos por un espía, aquéllos por un hombre taciturno. En realidad Desroys no era más que el hijo de un convencional que no había votado la muerte. Frío y discreto por temperamento, había juzgado ya al mundo y no contaba con nadie más que consigo mismo. Republicano en secreto, admirador de Paul-Louis Courier, amigo personal de Miguel Chrestien, esperaba del tiempo y de la razón pública el triunfo de sus ideas en Europa. Soñaba así en una nueva Alemania y en una nueva Italia. Su corazón se inflamaba con este estúpido amor colectivo al que se llamaba *Humanitarismo*, hijo mayor de la difunta Filantropía, y que es, con respecto a la divina caridad católica, lo que el sistema es al arte, el razonamiento sustituyendo a la obra. Aquel concienzudo puritano de la libertad, aquel apóstol de una imposible igualdad, lamentaba el verse forzado, por la miseria, a tener que servir al Gobierno, y hacía gestiones para entrar en alguna administración de Correos. Alto, delgado, fibroso y grave, como hombre que se cree llamado a sacrificar un día su cabeza en aras de un gran ideal, se alimentaba con una página de Volney, estudiaba a Saint-Just y se ocupaba en la rehabilitación de Robespierre, al que consideraba como un sucesor de Jesucristo.

El último de los personajes que merece un rasgo de pluma era el pequeño La Billardière. Habiendo, para desgracia suya, perdido a su madre, protegido del ministro, exento de los resoplidos del Mercado-Baudoyer y recibido en todos los salones ministeriales, era odiado por todo el mundo a causa de su impertinencia y de su fatuidad. Los jefes se mostraban correctos con él, pero los empleados le habían apartado de su compañía por medio de una grotesca corrección inventada por él. Hermosote de veintitrés años, alto y endeble, con modales de inglés, insultaba a las oficinas con su atuendo de *dandy*, rizado, perfumado y pedante. Usaba guantes amarillos y sombreros con cintas constantemente renovadas, impertinentes, e iba a comer al Palais-Royal; era de una estupidez evidente, aunque procuraba enmascararla con unos modales que a cien leguas olían a imitación. Benjamín de La Billardière se creía un muchacho guapo, y poseía todos los vicios de la alta sociedad, pero ninguno de sus encantos. Seguro de estar predestinado a ser *algo*, pensaba escribir un libro para conseguir una condecoración como literato e imputarla a su capacidad administrativa. Mimaba a Bixiou con la intención de explotarle, pero sin que aún se hubiera atrevido a sincerarse con él sobre aquel proyecto. Este noble corazón esperaba con impaciencia la muerte de su padre para poderle suceder en un título de barón concedido recientemente, y en sus tarjetas ponía: *El Caballero de La Billardière*; había expuesto en su despacho, debidamente enmarcadas, sus armas nobiliarias: *jefe de azur con tres estrellas y dos espadas en sotuer sobre fondo de*

sable, con la siguiente divisa: por siempre Fiel, Teniendo la manía de ocuparse del arte heráldico, había preguntado una vez al joven vizconde de Portenduère por qué estaban sus armas cargadas de aquella forma, y había obtenido esta divertida respuesta:

—Yo no he tenido nada que ver en su confección.

Hablaba continuamente de su entusiasmo por la monarquía, y de las bondades con que la Delfina le había distinguido. Se hallaba en muy buenas relaciones con Des Lupeaulx, cenaba a menudo con él y le creía amigo suyo. Bixiou, considerado como su mentor, esperaba que la división y la misma Francia se sacaran de encima a aquel joven fatuo, lanzándole a la más desenfadada disipación, y confesaba abiertamente su proyecto.

Tales eran las principales fisonomías de la división La Billardière, en la cual figuraban también algunos empleados más, cuyas costumbres o aspectos se semejaban más o menos a los reseñados. En la oficina Baudoyer podían encontrarse empleados calvos, frioleros, recubiertos de franelas, habitando en quintos pisos, donde cultivaban flores en macetas, que usaban bastones de espino, trajes viejos y permanentemente el paraguas. Aquellos tipos, que se movían entre los porteros felices y los obreros preocupados, demasiado alejados de los centros administrativos para pensar en ninguna clase de ascenso, representaban los peones del ajedrez burocrático. Contentos de estar de guardia para no tener que ir a la oficina, capaces de todo para conseguir una gratificación, su existencia constituye un problema incluso para aquellos que les emplean, y una acusación contra el Estado que, en realidad, es quien engendra esta clase de miserias aceptándoles. A juzgar por el aspecto de estas extrañas fisonomías, es difícil decidir si estos mamíferos con plumas se cretinizan en el desempeño de sus funciones, o si las ejercen precisamente por ser cretinos de nacimiento. Quizá la culpa corresponde, en partes iguales, a la naturaleza y al Estado.

«Los pueblerinos —ha dicho un desconocido— sufren, sin darse cuenta, la acción de las circunstancias atmosféricas y de los hechos externos. Identificados en cierto modo con la naturaleza en medio de la cual viven, se van imbuyendo, insensiblemente, de las ideas y de los sentimientos que despierta y los reproducen en sus actos y en su cara, según sea su organización y su carácter individual. Así moldeados y confeccionados a imagen de los objetos que les rodean constantemente, constituyen el libro más interesante y más verídico para aquel que se sienta atraído por esta parte de la Psicología, tan poco conocida y tan fecunda, que trata de las relaciones entre el hombre moral y los agentes externos de la Naturaleza».

La naturaleza, para los empleados, es la oficina; las carpetas verdes limitan su horizonte; para ellos, las circunstancias atmosféricas son el aire de los corredores, las exhalaciones masculinas contenidas en habitaciones sin ventilación, el olor del papel y de las plumas. Su terruño son unas cuantas baldosas, o un entablillado cubierto de extraños restos, humedecido por la regadera del ordenanza de la oficina; su cielo es un techo al cual dirige sus bostezos, y su elemento es el polvo. La observación sobre

los campesinos cae a plomo sobre los empleados *identificados* con la naturaleza en medio de la cual viven. Algunos médicos distinguidos temen la influencia de esta naturaleza, a la vez salvaje y civilizada, sobre el ser moral contenido en aquellos espantosos compartimentos llamados oficinas, en los que casi nunca entra el sol, donde los pensamientos quedan limitados a ocupaciones parecidas a las que pueda realizar un caballo que da vueltas en torno a una noria, donde se bosteza horriblemente y se muere pronto. Ravourdin, pues, tenía muchísima razón al desear la disminución del número de empleados, solicitando para ellos sueldos altos y trabajo más intenso. Jamás se aburrió nadie haciendo grandes cosas. Y, tal como están montadas las oficinas, de las nueve horas que debieran entregar al Estado, se pasan cuatro en conversación, como vamos a ver seguidamente, en explicaciones, en disputas y, sobre todo, en intrigas.

Es preciso haber frecuentado las oficinas para comprobar hasta qué punto aquella vida de repeticiones se parece a la de los colegios. En cualquier parte donde los hombres vivan colectivamente, esta similitud es impresionante; en un regimiento o en un tribunal, podréis ver un colegio más o menos aumentado. Todos estos empleados, reunidos durante sus permanencias de ocho horas en las oficinas, se sienten en ellas como en un colegio en el que deben realizar sus deberes, viendo en sus jefes unos sustitutos de los prefectos de estudios, y en las gratificaciones una especie de premios a la buena conducta concedidos a los protegidos, en las que unos se burlan de los otros, en las que se odia y en las que, no obstante, existe cierta camaradería, aunque más fría que la del regimiento, la cual, a su vez, es menos intensa que la de los colegios. A medida que el hombre va adentrándose en la vida, el egoísmo se va desarrollando en él, relajando los lazos secundarios del afecto. En fin, ¿no son las oficinas como un mundo en miniatura, con sus curiosidades, sus amistades, sus odios, sus deseos y su concupiscencia, sus impulsos, sus frívolos discursos que tantas llagas producen, y su incesante espionaje?

En aquellos momentos, una agitación extraordinaria se había apoderado de la división La Billardière, perfectamente justificada por el acontecimiento que estaba a punto de tener lugar, ya que no todos los días se muere un jefe de división, y no existe tontina en que las probabilidades de vida o muerte se calculen con más sagacidad que en las oficinas. El interés ahoga en ellas toda posible piedad, como sucede con los niños; pero los empleados cuentan, además, con la hipocresía.

A las ocho de la mañana, los empleados de la oficina Baudoyer estaban ya en sus puestos, mientras que a las nueve, los de la de Ravourdin solamente empezaban a presentarse, lo que no les impedía el despachar la tarea más rápidamente que los de la primeramente mencionada. Dutocq tenía importantes razones para haber llegado tan temprano. La víspera, al entrar furtivamente en el despacho donde trabajaba Sebastián, le había sorprendido copiando un trabajo para Ravourdin; se quedó escondido, y había visto salir a Sebastián sin ningún papel. Seguro de encontrar aquella minuta bastante voluminosa y su copia escondidas en algún sitio, empezó a

registrar todas las carpetas, una tras otra, hasta que terminó por hallar aquel terrible estudio. Se había apresurado a ir a un establecimiento autográfico para que sacaran dos ejemplares de aquel trabajo por medio de una prensa de copiar, con lo que tenía incluso en su poder la copia autógrafa de Roubourdin. Para no despertar sospechas, tan pronto regresó a la oficina se apresuró a colocar de nuevo la minuta en la misma carpeta donde la había encontrado. Retenido hasta la medianoche en la calle Duphot, Sebastián se vio adelantado por el odio, a pesar de su diligencia. En la calle Saint-Louis-Saint-Honoré habitaba el odio, en la de Roi-Doré del Marais, el afecto. Aquel simple retraso pesó enormemente en la vida de Roubourdin. Sebastián se habla apresurado a abrir la carpeta, encontró en ella su copia inacabada, la minuta en orden, y las encerró en la caja de su jefe. Hacia finales de diciembre, por las mañanas, hay poca luz en las oficinas e incluso en algunas de ellas es preciso tener las lámparas encendidas hasta las diez. Así, pues, Sebastián no puedo observar la presión de la piedra sobre el papel. Pero cuando a las nueve y media Roubourdin examinó su minuta, se dio tanto más cuenta de los efectos producidos por los procedimientos de la autografía, cuanto que él mismo se había ocupado de ellos para comprobar si las prensas autográficas podrían reemplazar a los escribientes. El jefe de oficina se sentó en su sillón, cogió las tenacillas y se puso a arreglar metódicamente la lumbre, tan absorto estaba en sus pensamientos; después, curioso por saber en qué manos se hallaba su secreto, mandó llamar a Sebastián.

—¿Ha venido alguien antes que usted a la oficina? —le preguntó.

—Sí —contestó Sebastián—. El señor Dutocq.

—Bien, no me engaña. Dígale a Antonio que venga.

Demasiado generoso para afligir inútilmente a Sebastián reprochándole una desgracia ya consumada, Roubourdin no le dijo nada más. Vino Antonio. Roubourdin le preguntó si la víspera se había quedado algún empleado después de las cuatro; el ordenanza contestó que Dutocq estuvo trabajando hasta más tarde que el señor de La Roche. Roubourdin despidió al ordenanza con un movimiento de cabeza y reanudó el curso de sus reflexiones.

«Por dos veces he impedido su destitución —se dijo—. He aquí la recompensa».

Aquella mañana debía ser, para el jefe de oficina, como el momento solemne en que los grandes capitanes deciden la suerte de una batalla sopesando todas las posibilidades. Conociendo mejor que nadie el espíritu de las oficinas, sabía que en ellas no se perdona lo que no se perdona en el colegio, la cárcel o en el ejército, eso que se parezca a la delación y al espionaje. Un hombre capaz de pasar informes sobre sus camaradas queda denigrado, es vilipendiado, está perdido; en tales casos, los ministros incluso abandonan a sus propios instrumentos. Un empleado debe entonces presentar su dimisión y abandonar París, pues su honor queda manchado para siempre; toda explicación es inútil, ya que nadie las pide ni nadie quiere escucharlas. En aquel juego, un ministro es considerado como un gran hombre, puesto que está obligado a saber elegir los hombres; pero el funcionario pasa por ser un vulgar espía,

cualesquiera que sean los motivos que tuvo. Mientras media toda la vacuidad de aquellas tonterías, Rabourdin sabía que eran inmensas y se sentía agobiado por ellas. Más sorprendido que espantado, intentó hallar la mejor conducta para aquella circunstancia y permaneció completamente ajeno al movimiento que tenía lugar en las oficinas, puestas en conmoción por el fallecimiento del señor de La Billardière; se enteró de él por el pequeño La Brière, que sabía apreciar el inmenso valor del jefe de oficina.

Así, pues, en la oficina de los Baudoyer (se decía los Baudoyer, los Rabourdin), hacia las diez, Bixiou explicaba los últimos momentos de vida del director de la división a Minard, Desroys, Godard, al que había hecho salir de su despacho, ya Dutocq, que había ido hasta la oficina de Baudoyer guiado por un doble motivo; faltaban Colleville y Chazelle.

Bixiou (de pie delante de la estufa, ante la boca de la cual presentaba alternativamente la suela de cada una de sus botas para que se secan). —Esta mañana, a las siete y media, he ido a saber noticias de nuestro digno y respetado director, caballero de la Orden de Cristo, etc. ¡Ah!, Dios mío, sí, señores, ayer el barón era todavía veinte *et caetera*; peco hoy ya no es nada, ni siquiera empleado. He preguntado detalles sobre su última noche. Su guardia, que se rinde, pero no muere, me ha dicho que de madrugada, hacia las cinco, se ha mostrado inquieto por el estado de salud de la real familia. Se había hecho leer la lista de nombres de aquellos de nosotros que habíamos ido a saber noticias de él. Finalmente, había dicho: «Llenad la tabaquera, dadme el periódico y acercadme las antiparras; cambiadme la cinta de la Legión de Honor, que está muy sucia». Ya lo sabéis, que incluso en la cama lleva puestas las condecoraciones. Estaba, pues, en posesión de todas sus facultades, en pleno conocimiento, con todas sus ideas habituales. Pero, ¡ay!, diez minutos más tarde, el agua había ido inundándolo todo, todo, el corazón, los pulmones, se había sentido morir sintiendo como se reventaban los quistes. ¡En aquel momento fatal, ha demostrado toda la solidez de su cerebro y la magnitud de su inteligencia! ¡Ah, nosotros no le hemos apreciado bastante! Nos burlábamos de él, le considerábamos un zoquete, de lo más zoquete que pudiera existir, ¿no es así, señor Godard?

Godard. —Yo apreciaba el talento del señor de La Billardière más que nadie.

Bixiou. —¡Usted sí que supo comprenderle!

Godard. —En fin, no era mala persona; jamás hizo mal a nadie.

Bixiou. —Para hacer el mal es preciso hacer algo, y él no hacía nada. Así, si no fue usted quien le había juzgado completamente incapaz, debió de ser Minard.

Minard (encogiéndose de hombros). —¿Yo?

Bixiou. —¡Está bien! ¿Fue usted, Dutocq? (*Dutocq hace un gesto de violenta negativa*). ¡Vaya! ¡No fue nadie, entonces! ¡Debió ser considerado, aquí, por todo el mundo, como una cabeza hercúlea! ¡Pues sí!, tenéis razón: ha terminado como un hombre inteligente, como un hombre de talento, como un hombre de cabeza, como un gran hombre que realmente era.

Desroys (impaciente). —Dios mío, ¿qué es lo que ha hecho de grande? ¿Se ha confesado?

Bixiou. —Sí, señor, y ha expresado su deseo de recibir los Santos Sacramentos. Pero para recibirlos, ¿saben ustedes cómo se ha vestido? Se ha puesto su uniforme de gentilhomme de Cámara, todas sus condecoraciones y, finalmente, se ha hecho empolvar; le han apretado la cola (pobre cola), con una cinta nueva. Sostengo que solamente un hombre que posea un carácter extraordinario, puede hacerse atar la cola en el momento de su muerte; aquí estamos ocho, y estoy plenamente seguro de que ninguno de nosotros se la haría atar. Y esto no es todo: ha dicho, ya que todos los grandes hombres célebres en el momento de morir pronuncian el último *speech* (palabra inglesa que significa *lata parlamentaria*), ha dicho... ¿Cómo fue lo que dijo? ¡Ah!, sí: «¡Debo estar preparado para poderme presentar ante el Rey de los Cielos, yo que tantas veces he tenido que ponerme de punta en blanco, para poderme presentar ante el rey de la tierra!». Éste ha sido el fin del señor de La Billardière, se ha tomado el trabajo de justificar la frase de Pitágoras: «No se conoce bien a los hombres más que después de su muerte».

Colleville (entrando). —En fin, señores, debo anunciarles una noticia importante...

Todos. —Ya la sabemos.

Colleville. —¡Les desafío a que la digan! Me estoy preocupando de ello desde el advenimiento de Su Majestad a los tronos colectivos de Francia y Navarra. Lo he terminado esta misma noche, teniendo que vencer tantas dificultades que la señora Colleville me ha preguntado qué era lo que tanto me preocupaba.

Dutocq. —¿Cree usted que hay tiempo para que nos ocupemos de sus anagramas, cuando el respetable señor de La Billardière acaba de expirar?

Colleville. —¡Veo en todo esto la mano de Bixiou! Vengo ahora de casa del señor de La Billardière y vivía todavía; pero se teme que... (*Godard comprende lo sucedido y se vuelve, descontento, a su despacho*). Señores, ustedes no pueden darse cuenta de los acontecimientos que presuponen el anagrama de esta frase sacramental. (*Enseña un papel*). *Charles dix, por la grace de Dieu, roi de France et de Navarre.*

Godard (regresando). —Suelte lo que tenga que decir y no distraiga más a estos señores.

Colleville (triumfante y desplegando la parte oculta de su papel).

A H.V. il cedera
De S. C. I. d. partira.
En nauf errera.
Decede à Gorix^[17].

Comprende todas las letras. (*Lo repite*). A Enrique quinto cederá (su corona), de

Saint-Cloud partirá; en nave (esquife, buque, falúa, corbeta, lo que ustedes quieran, es una palabra francesa), errará...

Dutocq. —¿Qué sarta de absurdos! ¿Cómo quiere usted que el rey ceda su corona a Enrique V, que según su hipótesis sería su nieto, cuando vive el Delfín? Está usted profetizando la muerte del Delfín.

Bixiou. —¿Qué es esto de Gorix? ¿Algún nombre de gato?

Colleville (amoscado). —Es la abreviación lapidaria de un nombre de ciudad, mi querido amigo, lo he encontrado en el Malte-Brun; Goritz, en latín *Gorixia*, situado en Bohemia o Hungría, en fin, en Austria...

Bixiou. —O en el Tirol, en las provincias vascas o en América del Sur. Debió usted buscar también una melodía y tocarla con el clarinete.

Godard (encogiéndose de hombros y yéndose). —\Cuánta tontería!

Colleville. —¡Tonterías! ¡Tonterías! Me gustaría que se preocuparan ustedes de estudiar el fatalismo, la religión del emperador Napoleón.

Godard (molesto con el tono empleado por Colleville). —Señor Colleville, Bonaparte puede ser calificado de *emperador* por los historiadores, pero no debe serle reconocido este título en las oficinas del Gobierno.

Bixiou (sonriente). —Busque este anagrama, amigo. Vea usted, en cuanto a anagramas, prefiero a su mujer, que es más fácil de hallar. (*En voz baja*). Flavia debería hacerle nombrar a usted, en sus momentos perdidos, jefe de oficina, aunque sólo fuera para evitarle las necedades de un Godard...

Dutocq (apoyando a Godard). —Si eso no fueran necedades, usted perdería su plaza, ya que está profetizando sucesos poco agradables al rey; todo buen realista debe suponer que ya ha tenido bastante con dos estancias en el extranjero.

Colleville. —Si se me despojase de mi empleo, Francisco Keller sacudiría como se merece a vuestro ministro. (*Profundo silencio*). Sepa usted, maese Dutocq, que todos los anagramas que se conocen se han cumplido. ¡Ya lo sabe!... ¡Tome!, por ejemplo: ¡usted no debe casarse, ya que en su apellido aparece el anagrama *coqu*!

Bixiou. —Las letras restantes, *d*, *t*, deben significar *detestable*.

Dutocq (sin aparentar enfado). —Prefiero que esto solamente aparezca en mi apellido.

Paulmier (en voz baja a Desroys). —*Chúpate ésta, Colleville.*

Dutocq (a Colleville). —¿Ha hecho usted el anagrama de: Xavier Roubourdin, chef de bureaux?

Colleville. —¡Ya lo creo!

Bixiou (cortando una pluma). —¿Y qué ha encontrado usted?

Colleville. —Que da lo siguiente: *D'abord réva bureaux, E-u...* ¿Se dan cuenta? ... ¡ET IL EUT! *E-u fin riche*. Lo que significa que después de haberse iniciado en la Administración, la dejará, para hacer fortuna en otro sitio. (*Lo repite*). *D'Abord réva bureaux, E-u fin riche*.

Dutocq. —Cuando menos, es curioso.

Bixiou. —¿Y el anagrama de Isidoro Baudoyer?

Colleville (con misterio). —No quisiera decírselo a nadie más que a Thuillier.

Bixiou. —Le apuesto una cena a que yo puedo decírselo.

Colleville. —¡Pagaré la cena si lo encuentra usted!

Bixiou. —Ya puede ir preparando el dinero; pero no se moleste con lo que voy a decir: ¡dos artistas como nosotros podrán divertirse hasta morir! *Isidoro Baudoyer* da *Ris d'aboyeur d'oie*^[18].

Colleville (atónito). —¡Me lo ha quitado usted!

Bixiou (ceremoniosamente). —Señor de Cólleville, hágame el honor de considerarme lo bastante rico en tonterías para no tener ninguna necesidad de aprovecharme de las del prójimo.

Baudoyer (entrando con una carpeta en la mano). —Señores, se lo ruego, hagan el favor de hablar un poco más alto, para ponerse en su lugar con respecto a los administradores. El digno señor Clergeot me ha hecho el honor de pedirme un informe, al oírles hablar a ustedes. (*Entra en el despacho de Godard*).

Bixiou (en voz baja). —El ladrador está muy suave esta mañana. Cambiará el tiempo.

Dutocq (a Bixiou, en voz baja). —*Tengo algo que decirle.*

Bixiou (tocando el chaleco de Dutocq). —Lleva usted un hermoso chaleco, que sin duda no le ha costado casi nada. ¿Es éste el secreto que desea comunicarme?

Dutocq. —¡Cómo que no me ha costado casi nada! Es el más caro que he tenido. He pagado seis francos en el gran almacén de la calle de la Paix, una hermosa tela mate, muy adecuado para lutos rigurosos.

Bixiou. —Usted entiende mucho en grabados, pero no sabe nada de las leyes de la etiqueta. No se puede ser omnisciente. La seda no se admite en trajes de luto. Únicamente se admite la lana. El señor Ravourdin, el señor Clergeot y el ministro, todos llevan lana; en el faubourg Saint-Germain, también van cubiertos de lana. Solamente Minard se abstiene de llevarla porque teme se le confunda con un cordero, que en el latín de las bucólicas recibía el nombre de *laniger*; bajo este pretexto, ño se puso de luto cuando la muerte de Luis XVIII, gran legislador, autor de la Carta y hombre de gran inteligencia, un rey que tendrá su lugar en la Historia, del mismo modo que lo tuvo en el trono. ¿Sabe usted uno de los actos más sobresalientes de su vida? ¿No? Pues bien, al regresar a Francia por segunda vez, en las ocasiones en que recibía en Palacio a los demás soberanos aliados, pasaba el primero cuando se dirigían a la mesa.

Paulmier (mirando a Dutocq). —*No veo que...*

Dutocq (mirando a Paulmier). —*Ni yo tampoco.*

Bixiou. —¿De verdad no lo comprenden? Pues lo hacía porque no se consideraba en su propia casa. Era hombre grande, espiritual y epigramático. Los soberanos no le comprendieron demasiado bien, como tampoco ustedes le han comprendido; verdad es que casi todos ellos eran extranjeros...

(Baudoyer, durante esta conversación, se hallaba junto a la chimenea del despacho de su jefe, hablando los dos en voz baja).

Baudoyer. —Sí, el digno hombre está expirando. Junto a él se encuentran los dos ministros para recoger su último aliento, mi suegro acaba de recibir la noticia del acontecimiento. Si quiere usted hacerme un señalado favor, le ruego tome un cabriolé y vaya a avisar a mi esposa, ya que el señor Saillard no puede abandonar la Caja, y yo no me atrevo a dejar sola la oficina. Póngase usted a su disposición; creo que ella tiene algo en perspectiva y probablemente deseará hacer simultáneamente varias gestiones. *(Los dos funcionarios salen juntos del despacho).*

Godard. —Señor Bixiou, salgo de la oficina y estaré ausente durante todo el día; tenga la bondad de reemplazarme.

Baudoyer (a Bixiou, con aire benevolente). —Si hay algo importante, no dude en consultarme.

Bixiou. —Por lo que se ve, La Billardière ha muerto ya.

Dutocq (al oído de Bixiou). —*Salgamos un momento.* (Bixiou y Dutocq salen al pasillo y se miran como dos augures).

Dutocq (hablando a Bixiou al oído). —Escuche. Ha llegado el momento de ponernos de acuerdo para medrar. ¿Qué diría usted si nos convirtiéramos usted en jefe y yo en jefe?

Bixiou (encogiéndose de hombros). —¡Vamos, no gaste usted bromas!

Dutocq. —Si Baudoyer fuese nombrado, Raubourdin no se quedaría, presentaría la dimisión. Entre nosotros, Baudoyer es tan incapaz que si du Bruel y usted no le ayudan, en dos meses será despedido. Si no me equivoco al contar, tendríamos ante nosotros tres plazas vacantes.

Bixiou. —Tres plazas que nos pasarían por delante de las narices, y que serían dadas a cualquier barrigudo, a algún lacayo o espía, a los de la Congregación, a Colleville, cuya mujer ha terminado como terminan todas las mujeres guapas..., convirtiéndose en una beata.

Dutocq. —Creo que por una vez en su vida le ha llegado a usted la oportunidad de emplear su inteligencia lógicamente. *(Se detiene, como para estudiar en el rostro de Bixiou el efecto de sus palabras).* Pongamos los dos las cartas sobre la mesa.

Bixiou (impasible). —Veamos cuál es su juego.

Dutocq. —Yo no deseo más que ser nombrado jefe, me conozco y sé que no poseo, como usted, cualidades para ser jefe. Du Bruel podría ser nombrado director, usted sería jefe de oficina a sus órdenes. Le dejaré el sitio cuando haya hecho su negocio, y mientras, yo podré ir engordando, protegido por usted, hasta que me retire.

Bixiou. —¡Muy bonito! ¿Pero con qué medios piensa usted poder llevar a buen término una empresa en la cual se trata nada menos que de casi obligar al ministro a que se desprenda de un hombre de talento? Entre nosotros, Raubourdin es el único hombre capaz de la división, y quizá del Ministerio. ¡Se trata, nada menos, que de poner en su lugar al cuadrado de la tontería, al cubo de la estupidez, al Mercado

Baudoyer!

Dutocq (engallándose). —Amigo mío, yo puedo hacer que todas las oficinas se subleven en contra de Roubourdin. Usted conoce lo mucho que Fleury le quiere, ¿no? Pues bien, ¡el mismo Fleury le despreciará!

Bixiou. —¡Ser despreciado por Fleury!

Dutocq. —Roubourdin no podrá contar con nadie; los empleados en masa irán a quejarse al ministro, y no serán únicamente los de nuestra división, sino también los de la división Clergeot, los de la de Bois-Levant y los demás Ministerios...

Bixiou. —¡Ya veo! La caballería, la infantería, la artillería y el regimiento de marinos de la Guardia, ¡todos adelante! ¡Está usted delirando, amigo mío! Y yo, ¿qué papel pinto en todo esto?

Dutocq. —Usted lo único que debe hacer es una caricatura mordaz, un dibujo que sea capaz de aniquilar a un hombre.

Bixiou. —¿Lo pagará usted?

Dutocq. —Le daré cien francos por él.

Bixiou (para sí). —*Esto es algo.*

Dutocq (prosiguiendo). —Habría que representar a Roubourdin vestido de carnicero, pero que se viera bien que era él, buscando analogías entre una oficina y una carnicería o una cocina, ponerle en la mano un trinchante, hacer aparecer a los principales empleados ministeriales en forma de aves de corral, y encajarlos dentro de una enorme ratonera en la cual podría aparecer escrito algo así como: *Ejecuciones administrativas*, mientras él las iría cortando el cuello una tras otra. Podría haber ocas, patos, gallinas, pollos, todos pareciéndose a nosotros, aunque con retratos vagos, ¿me comprende? Él debería tener un volátil en la mano, a Baudoyer, por ejemplo, representado en forma de pavo.

Bixiou. —¡*Risa de labrador!* (Ha estado mirando fijamente a Dutocq durante largo rato). ¿Y a usted se le ha ocurrido todo esto?

Dutocq. —Sí, a mí.

Bixiou (hablando consigo mismo). —¿Así, pues, los sentimientos violentos producirán idénticos efectos que el verdadero talento? (*A Dutocq*). Amigo mío, lo haré... (*Dutocq deja escapar un suspiro de alivio*) cuando sepa en qué apoyarme, ya que si usted no tiene éxito, yo pierdo mi empleo, y es preciso vivir. Es usted todavía un *buen muchacho*, querido colega.

Dutocq. —De acuerdo, no haga usted la litografía más que cuando le sea demostrado el éxito...

Bixiou. —¿Por qué no vacía ahora el saco?

Dutocq. —Antes debo ir a husmear el aire de la oficina; volveremos a hablar de esto a no tardar. (*Se va*).

Bixiou (que se ha quedado solo en el pasillo). —Esta raya guisada con manteca negra, ya que tiene más parecido con un pescado que con un pájaro, este Dutocq ha tenido una buena idea, y no sé de dónde la ha podido sacar. Si el *Mercado Baudoyer*

se convierte en el sucesor de La Billardière, será algo divertido, ¡qué digo divertido, será algo provechoso para nosotros! (*Regresa a la oficina*). Señores, se van a producir importantes cambios, el papá La Billardière se ha muerto definitivamente. ¡No es broma! ¡Palabra de honor! Aquí está Godard haciendo encargos a toda prisa para nuestro respetable jefe Baudoyer, presumible sucesor del difunto. (*Minard, Desroys y Colleville levantan la cabeza con extrañeza. Colleville se suena*). ¡Nosotros sí que vamos a ascender! Colleville será por lo menos subjefe. Minard será, quizá, empleado principal. ¿Por qué no habría de serlo? Es tan tonto como pueda serlo yo. Minard, si consiguiera usted llegar a cobrar dos mil quinientos, su esposa se pondría radiante, y usted podría comprarse unas botas nuevas.

Colleville. —Pero usted no cobra todavía dos mil quinientos.

Bixiou. —Si Dutocq los gana en la oficina Ravourdin, ¿por qué no los he de ganar yo en el transcurso del presente año? Baudoyer también los ha cobrado.

Colleville. —Gracias a la influencia del señor Saillard. Ningún empleado principal de la división Clergeot los cobra.

Paulmier. —Por ejemplo, ¿el señor Cochin no cobrará quizá tres mil? Ha sucedido al señor Vavasseur, que durante el Imperio estuvo cobrando por espacio de diez años cuatro mil, le fue rebajado el sueldo a tres mil cuando la primera Restauración, y falleció cobrando dos mil quinientos. Pero la protección de su hermano, le sirvió al señor Cochin para que le aumentaran tres mil.

Colleville. —El señor Cochin firma *E.L.L.E. Cochin*, pues su nombre completo es Emilio-Luis, Luciano-Emmanuel Cochin, lo que *anagramado* da *Cochenille*. Es socio de una casa de drogas de la calle Lombards, la Casa Matifat, que se ha enriquecido con especulaciones sobre esta especie colonial.

Bixiou. —Pobre hombre, ha hecho un año de Florina.

Colleville. —Cochin asiste alguna vez a nuestras veladas, ya que es un violinista de verdadero mérito. (*A Bixiou, que aún no se ha puesto a trabajar*). Debería venir usted a mi casa el martes próximo a escuchar un concierto. Se interpretará un quinteto de Reucha.

Bixiou. —Gracias, pero preferiría mirar a los concurrentes a la reunión.

Colleville. —Supongo que dice esto por el simple gusto de hacer una frase... toda vez que un artista de su talento tiene que ser aficionado a la música.

Bixiou. —Iré, pero solamente en atención a la dueña de la casa.

Baudoyer (*volviendo a entrar*). —El señor Chazelle todavía no ha llegado. Cuando venga, salúdenle de mi parte, señores.

Bixiou (que ha puesto un sombrero en el sitio de Chazelle al oír los pasos de Baudoyer). —Perdón, señor, ha ido a pedir un informe para usted a la oficina de Ravourdin.

Chazelle (*entrando con el sombrero puesto y sin darse cuenta de la presencia de Baudoyer*). — ¡La Billardière padre se ha hundido definitivamente, señores! ¡Ravourdin será jefe de división! Éste no habrá robado su ascenso...

Baudoyer (a Chazelle).— Debe haber encontrado usted este nombramiento en su segundo sombrero, ¿no es así, señor? (*Le muestra el sombrero que está sobre su mesa*). Ésta es la tercera vez en lo que va de mes que llega usted después de las nueve. Si continúa así irá muy lejos, ¡pero ya puede suponer en qué dirección! (*A Bixiou, que está leyendo un periódico*). Mi querido señor Bixiou, por favor, deje el periódico a estos señores que van a desayunar, y venga a recoger su trabajo para hoy. No sé qué es lo que el señor Rabourdin hace con Gabriel; lo conserva, creo, para su servicio particular; le he llamado ya tres veces. (*Baudoyer y Bixiou entran en el despacho del primero*).

Chazelle. —¡Maldita suerte!

Paulmier (encantado de poder fastidiar a Chazelle). —¿Cómo es que abajo no le han dicho que había subido? Por otra parte, ¿no podía mirar al entrar, y ver que había un sombrero en tu sitio y que el elefante estaba...?

Colleville (riendo). —En el Parque Zoológico.

Paulmier. —Es lo bastante voluminoso para que pueda vérselo.

Chazelle (desesperado). —Pardiez, por cuatro francos con setenta y cinco céntimos que el Gobierno nos paga cada día, no veo que tengamos que considerarnos esclavos.

Fleury (entrando). —¡Abajo Baudoyer! ¡Viva Rabourdin! He aquí el grito de la división.

Chazelle (exasperándose). —Baudoyer puede perfectamente hacer que me destituyan, si es que lo desea, pero ello no me proporcionaría ninguna tristeza. ¡En París existen mil maneras de ganar cinco francos diarios! Los que sacan copias en el Palacio de Justicia los ganan...

Paulnier (siempre pinchando a Chazelle). —Ahora dices esto, pero un empleo es siempre un empleo. Aquí tienes al esforzado Colleville que sufre las penas de un galeote fuera de la oficina, ¿qué es lo que podría ganar, si perdiese su empleo y con él sus sueldos? Sólo lo que le dieran las lecciones de música. Supondría más que lo que gana en la oficina. ¡Pues bien!, ya ves que prefiere conservar su empleo. ¡Qué diantre, nadie abandona sus esperanzas!

Chazelle (continuando su filípica). —¡Eso él, pero yo no! ¿Es que no existen oportunidades? ¡Vamos! Hubo un tiempo en que nada había más seductor que la carrera administrativa. Había tantos hombres en el Ejército, que no los habla para la Administración. Los desdentados, los que tenían heridas en la mano, en el pie, o mala salud, como Paulmier, los miopes, podían hacer rápida carrera. Las familias, cuyos hijos pululaban por los liceos, se dejaban por aquel entonces fascinar por la brillante existencia del hombre con lentes, vestido con traje azul, cuyo ojal de la solapa estaba iluminado por una cinta roja, y que cobraba mil francos mensuales, simplemente por pasar algunas horas en un Ministerio cualquiera, estar al cuidado de algo, pudiendo llegar tarde y marcharse temprano, y teniendo, como lord Byron, muchas horas de ociosidad para poder dedicarse a escribir novelas; podía ir a pasear por las Tullerías

con aire altivo, hacerse ver por todas partes, asistir a los espectáculos, a los bailes, ser admitido en los *mejores círculos de la sociedad*, gastándose el sueldo, devolviendo así a Francia todo lo que ésta le daba; llegaba incluso a prestar algún servicio. En efecto, los funcionarios eran entonces como Thuillier, mimados por las más hermosas mujeres; parecían personas inteligentes y, en las oficinas, no se cansaban demasiado. Las emperatrices, reinas, princesas y mariscalas de aquella feliz época, tenían caprichos. Todas aquellas hermosas damas sentían verdadera pasión por los corazones generosos: les gustaba protegerlos. También era posible alcanzar a los veinticinco años un puesto de categoría, ser nombrado auditor en el Consejo de Estado, o jefe de negociado, y redactar informes para el Emperador, al tiempo que se podía divertirse con aquella augusta familia. Se trabajaba y se divertía a la vez. Todo iba deprisa. Pero hoy en día, desde que la Cámara ha inventado la especialidad para los gastos y capítulos titulados *Personal*, somos menos que un soldado. Las menores plazas están sujetas a mil oportunidades, puesto que existen un millar de reyes...

Bixiou (regresando). —Chazelle se ha vuelto loco. ¿Dónde hay mil soberanos?... ¿Quizá en su bolsillo?...

Chazelle. —¿Vamos a contarlos? Cuatrocientos al final del puente de la Concordia, así llamado porque conduce al espectáculo de la perpetua discordia entre las derechas y las izquierdas de la Cámara; trescientos más al final de la calle Toumon. La Corte, que debe contar con otros trescientos, está, pues, obligada a tener setecientas veces más voluntad que el Emperador a fin de poder nombrar a uno de sus protegidos para un destino cualquiera...

Fleury. —Todo esto significa que en un país donde existen tres poderes, hay mil que hablan contra uno, y que un empleado que cuente como única protección con la suya propia, no tiene ninguna posibilidad de ascenso.

Bixiou (mirando alternativamente a Chazelle y a Fleury). —¡Ah!, hijos míos, les falta aún saber que el peor estado es el pertenecer al Estado...

Fleury. —Por culpa del Gobierno constitucional.

Colleville. —Caballeros, no hablemos de política.

Bixiou. —Fleury tiene razón. Hoy en día, servir al Estado no es ya servir a un príncipe que sabe castigar y premiar. En la actualidad el Estado es todo el mundo. Y todo el mundo no se preocupa por nadie. Servir a todo el mundo es como no servir a nadie. Nadie se interesa por nadie. Un empleado vive entre estas dos negaciones. El mundo carece de piedad, ni consideración, ni corazón, ni cabeza; todo el mundo es egoísta, todo el mundo olvida, mañana los servicios prestados ayer. Es posible encontrarse en la Administración con hombres como Baudoyer, que desde su más tierna edad es un genio administrativo, un Chateaubriand del informe, un Bossuet de la circular, un Canalis del expediente, el niño prodigio de los despachos, ya que existe una ley desoladora contra el genio administrativo, la ley de ascensos con sus promedios. Estos fatales promedios, son el resultado de las tablas de la ley sobre ascensos y las tablas de mortalidad combinadas. Es una realidad que ingresando en

cualquier departamento: de la Administración a los dieciocho años, no se consigue un sueldo de mil ochocientos hasta que se tienen treinta años; para obtener seis mil a los cincuenta, la vida de Colleville nos demuestra que ni la inteligencia de una mujer, ni las recomendaciones de varios pares de Francia, ni las de varios diputados, sirven para nada. No se trata, pues, de una carrera libre e independiente, ya que en una docena de años, un hombre joven, que haya estudiado Humanidades, haya sido vacunado, haya prestado su servicio militar y esté en posesión de sus facultades mentales, sin tener necesidad de poseer una inteligencia trascendente, puede haber amasado una fortuna de cuarenta y cinco mil francos y algunos céntimos, lo que representa la renta perpetua de nuestro sueldo, esencialmente transitorio, puesto que ni siquiera es vitalicio. En ese mismo período de tiempo, un tendero puede haber ganado diez mil francos de renta, haberse retirado y ser nombrado presidente de un Tribunal de Comercio. Un pintor puede haber emborronado un kilómetro de tela, haber sido condecorado con la Legión de Honor, o darse aires de gran personaje desconocido. Un escritor puede llegar a ser nombrado profesor de cualquier materia, o periodista a cien francos las mil líneas, haber escrito folletines, o ser internado en Santa Pelagia después de haber publicado un panfleto contra los jesuitas, lo que tiene un valor enorme y le convierte en un hombre político. Finalmente, un ocioso que no haya hecho nada, ya que hay vagos que hacen algo, habrá conseguido contraer un sinnúmero de deudas y encontrado una viuda que se las pague. Un sacerdote habrá tenido tiempo de ser nombrado obispo *in partibus*. Un sainetero, de convertirse en propietario, aunque no haya escrito, como du Bruel, ningún sainete completo. Un muchacho inteligente y de costumbres sobrias que haya empezado a prestar dinero con interés, como la señorita Thuillier, puede haber amasado una cantidad importante. ¡Pero descendamos aún más! Un vulgar escribiente, llegado a notario; un ropavejero, conseguido tener mil escudos de renta; el más humilde de los obreros haberse convertido en fabricante; mientras que en el movimiento rotatorio de esta civilización que considera la división infinita como algo progresista, ¡un Chazelle ha tenido que vivir con veintidós sueldos por cabeza!..., luchar a brazo partido con su sastre y con su zapatero, ¡y sigue teniendo deudas! ¡Pero esto no es todo! ¡Se ha *cretinizado*! Entonces, señores, ¡tengamos un arranque! ¡Presentemos nuestra dimisión!... Chazelle, Fleury, ¡láncense a otras empresas y conviértanse en hombres importantes!...

Chazelle (calmado por el discurso de Bixiou). —*Gracias*. (Risas generales).

Bixiou. —Están ustedes en un error, en su lugar yo me anticiparía al secretario general.

Chazelle (*inquieto*). —¿Es que tiene algo que decirme?

Bixiou. —Odry le dirá, Chazelle, con mejores modales que Des Lupeaulx, que para usted la única plaza libre que existe en París es la de la Concordia.

Paulmier (teniendo abrazado el tubo de la chimenea). —

Pardiez, Baudoyer no tendrá conmisericordia, ¡corre, ve!...

Fleury. —¡Una vejación más de Baudoyer! ¡Ah, qué tipo más original! ¡Ni me lo mencionen! Háblenme de Roubourdin, ¡éste sí que es un hombre! Me ha dejado el trabajo sobre la mesa, una cantidad de trabajó que necesitaría tres días para terminarlo aquí, pues lo tendrá listo esta misma tarde, a las cuatro. Pero no va pisándome los talones para impedirme venir a charlas un rato con los amigos.

Baudoyer (apareciendo). —¡Señores, espero comprendan que si desean criticar el sistema de la Cámara o la marcha de la Administración, este derecho debe ser ejercido en otra parte que no sean las oficinas públicas! (*Dirigiéndose a Fleury*). ¿Usted qué ha venido a hacer aquí?

Fleury (con insolencia). —A advertir a estos señores que hay mucho movimiento y que va a haber cambios Du Bruel ha sido enviado a Secretaría y Dutocq también va hacia allí. Todo el mundo se pregunta quien va a ser nombrado.

Baudoyer (entrando definitivamente en la estancia). —Esto, señor, no es asunto que le incumba a usted. Regrese a su oficina, y deje de perturbar el orden en la mía...

Fleury (desde la puerta). —¡Sería una enorme injusticia si Roubourdin fuera postergado! ¡A fe mía que yo abandonarí el Ministerio! (*Volviendo atrás*). ¿Ha encontrado usted el anagrama, papá Colleville?

Colleville. —Sí, aquí está.

Fleury (inclina sobre la mesa de despacho de Colleville). —¡Curioso, muy curioso! Esto mismo es lo que ocurrirá aquí si el Gobierno continúa haciendo el hipócrita. (*Hace una señal a los empleados para indicarles que Baudoyer está escuchando*). Si el gobierno manifestara francamente sus intenciones, los liberales sabrían entonces lo que les correspondería hacer. ¡Un Gobierno que se enfrenta a sus mejores amigos y a hombres como esos de los *Debats*, como a Chateaubriand y Royer-Collard! ¡Ah, esto da lástima!

Colleville (después de haber consultado con sus colegas). —Vea, Fleury, es usted un buen muchacho, pero haga el favor de no hablar de política aquí, no sabe el perjuicio que ello nos puede ocasionar.

Fleury (en tono seco). —Adiós, señores. Me voy a trabajar. (*Vuelve y habla en voz baja con Bixiou*). Se dice que la señora Colleville se ha unido a la Congregación.

Bixiou. —¿Por qué parte?

Fleury (soltando la carcajada). —¡No tiene usted desperdicio!

Colleville (inquieto). —¿Qué estaban ustedes hablando?

Fleury. —Que nuestro teatro ha recaudado ayer con la nueva obra mil escudos, aunque se halle ya en la representación número cuarenta; debería usted venir a verla, los decorados son magníficos.

En aquellos momentos, Des Lupeaulx estaba recibiendo en el secretariado a du Bruel, detrás del cual se había colado Dutocq. Des Lupeaulx se había enterado por su ayuda de cámara del fallecimiento del señor de La Billardiére, y deseaba complacer a los dos ministros, haciendo que apareciera aquella misma tarde un artículo necrológico.

—Buenos días, mi querido du Bruel —dijo el semi-ministro dirigiéndose al subjefe al verle entrar y dejando que permaneciera de pie—. ¿Sabe usted la noticia? Ha muerto La Billardière, dos ministros estaban presentes en el momento de su óbito. Antes de fallecer, ha recomendado con mucha insistencia a Roubourdin, diciendo que moriría muy disgustado si no sabía que tendría por sucesor al hombre que continuamente le había sustituido y fue su mejor colaborador. Parece ser que la agonía es un momento en que se confiesa todo... El ministro se comprometió a ello, tanto más cuanto que su propia intención, así como la del Consejo, es la de recompensar los numerosos servicios del señor Roubourdin (inclina la cabeza), y además, porque el Consejo de Estado reclama su inteligencia. Se comenta que el señor de La Billardière dejará la división de su difunto padre para pasar a la comisión del Sello, lo cual es como si el rey le hiciera un regalo de cien mil francos, ya que esa plaza equivale a la de un notario y puede venderse. Esta noticia causará alegría en su división, pues podía creerse que Benjamín sería colocado al frente de ella. Du Bruel, convendría que redactase algunas líneas sobre el difunto. Sus Excelencias echarán una mirada sobre ellas. (Lee los periódicos). ¿Conoce usted la vida del señor La Billardière padre?

Du Bruel hizo un gesto para manifestar su ignorancia.

—¿No? —continuó Des Lupeaulx—. ¡Pues bien!, estuvo mezclado en los asuntos de La Vendée, fue uno de los hombres de confianza del difunto rey. Al igual que el señor conde de Fontaine, jamás quiso transigir con el primer cónsul. Fue algo *chouan*. Nació en Bretaña en el seno de una familia parlamentaria ennoblecido por Luis XVIII. ¿Qué edad tenía cuando recibió el título? ¡No importa!... Arréglole usted lo mejor que sepa... *Su lealtad jamás desmentida... unos sentimientos religiosos acendrados...* (cuando el pobre hombre tenía la manía de no poner jamás los pies en una iglesia), califíquelo de *piadoso servidor...* Insinué usted gentilmente que pudo entonar el cántico de Simeón al advenimiento de Carlos X. El conde de Artois apreciaba mucho a La Billardière, pues había cooperado en el desdichado asunto de Quiberon, echando sobre sus hombros toda la culpa del fracaso. ¿No lo sabía?... La Billardière tuvo el valor de justificar al rey por medio de un folleto, en contestación a una impertinente historia de la Revolución escrita por un periodista. Así pues, puede hacer hincapié en su devoción al trono. Finalmente, le ruego mida las palabras empleadas, para que los demás periódicos no tengan ocasión de burlarse de nosotros, y tráigame el artículo. ¿Estuvo usted ayer en casa de Roubourdin?

—Si, *monseñor* —dijo du Bruel—. ¡Oh, perdone!

—Nada hay que perdonar —respondió riendo Des Lupeaulx.

—Su mujer estaba deliciosamente hermosa —prosiguió du Bruel—, No hay otra igual en París; las hay que son tan inteligentes como ella pueda serlo, pero no que sean tan delicadamente inteligentes; alguna puede ser más hermosa que Celestina, pero es difícil pueda alcanzar la gran variedad de hermosuras de ésta. ¡La señora Roubourdin es muy superior a la señora Colleville! —añadió el saltero acordándose de

la aventura de Des Lupeaulx—. Flavia debe todo lo que es a su trato con los hombres, mientras que la señora Roubourdin lo debe únicamente a ella misma, y todo lo sabe; no se puede decir ningún secreto ante esta mujer, aunque sea en latín. Si yo consiguiera una mujer semejante, me sentiría capaz de cualquier empresa.

—Posee usted mucha más inteligencia de la que es permitido tener a un comediógrafo —respondió Des Lupeaulx con un arranque de vanidad.

Después se volvió, vio a Dutocq y le dijo:

—¡Ah, buenos días, Dutocq! Le he hecho llamar para rogarle me preste su edición de Charlet, si está completa; la condesa no conoce nada de Charlet.

Du Bruel se retiró.

—¿Por qué viene usted sin que nadie le haya llamado? —dijo con dureza Des Lupeaulx a Dutocq una vez estuvieron solos—. ¿Es que el Estado está en peligro para venirme a ver, a las diez de la mañana, en el momento en que voy a desayunar con Su Excelencia?

—Tal vez, sí, señor —contestó Dutocq—. Si hubiese tenido el honor de poder hablar con usted antes, sin duda no habría hecho el elogio del señor Roubourdin, tal como le he oído hacer.

Dutocq desabrochó su levitón, sacó un pliego de papel que había tomado la forma de sus costillas izquierdas, y lo dejó sobre la mesa de trabajo de Des Lupeaulx, en un sitio que estaba libre. Después corrió el cerrojo de la puerta, como si temiera una explosión. He aquí lo que leyó el secretario general, mientras Dutocq cerraba la puerta:

SEÑOR DES LUPEAULX. Un gobierno se pone en evidencia al emplear ostensiblemente un hombre como éste, cuya especialidad es la policía diplomática. Este personaje se puede comparar perfectamente a los filibusteros políticos de otros gabinetes, y sería una lástima tener que darle un empleo en la policía interior: está por encima del espionaje vulgar, es capaz de comprender cualquier plan, así como de cometer cualquier infamia, sabiendo al mismo tiempo cubrir su retirada.

Des Lupeaulx quedaba analizado sucintamente en cinco o seis frases, la quintaesencia del retrato biográfico colocado al principio de esta historia. A las primeras palabras, se había sentido juzgado por un hombre más fuerte que él, pero quería reservarse el examinar aquel trabajo que iba muy alto y muy lejos, sin revelar sus secretos a un hombre como Dutocq. Des Lupeaulx mostró, pues, al espía, una cara tranquila y seria. El secretario general, al igual que los abogados y los magistrados, como los diplomáticos y todos los hombres que se ven obligados a remover las partes más recónditas del alma humana, no se extrañaba de nada. De vuelta ya de las traiciones, de las bajezas del odio, de las trampas tendidas, podía recibir una herida en la espalda sin que su rostro revelase emoción alguna.

—¿Cómo ha podido usted conseguir esto?

Dutocq le explicó su buena suerte; mientras le escuchaba, el rostro de Des Lupeaulx no demostraba ninguna clase de aprobación. Así pues, el espía terminó su explicación, iniciada de modo triunfal, con verdadero temor.

—Dutocq, creo que se ha pillado usted los dedos —comentó secamente el secretario general—. Si no desea crearse enemigos de cuidado, procure guardar el más profundo silencio sobre este asunto, que es un trabajo de la mayor importancia y que, por otra parte, ya conocía.

Des Lupeaulx despidió a Dutocq con una de aquellas miradas que son más expresivas que cualquier palabra.

—¡Ah! ¡Este loco de Rabourdin está en el ajo! —se decía Dutocq aterrorizado al ver en su jefe a un rival—. ¡Figura en el Estado Mayor en tanto que yo voy a pie! ¡Jamás lo hubiera creído!

A todos los motivos de aversión contra Rabourdin, se unían los celos de un profesional contra un cofrade, uno de los más violentos ingredientes del odio.

En cuanto Des Lupeaulx estuvo solo, se hundió en una extraña meditación. ¿De qué poder era instrumento Rabourdin? ¿Sería conveniente aprovecharse de aquel singular momento para perderle, o utilizarlo como arma para tener éxito con su mujer? Semejante misterio resultaba realmente impenetrable para él; recorría espantado con la vista las páginas de aquel informe en el que los hombres a quienes conocía eran juzgados con una clarividencia insospechada. Admiraba a Rabourdin, mientras tenía la sensación de que éste le estaba atravesando el corazón. La hora del desayuno sorprendió a Des Lupeaulx enfrascado en su lectura.

—Monseñor le esperará si es que usted no puede bajar inmediatamente —fue a avisarle el ayuda de cámara del ministro.

El ministro acostumbraba desayunar con su mujer, sus hijos y Des Lupeaulx, sin criados. El desayuno es el único momento de intimidad del día que los hombres de Estado pueden conseguir dado el ajetreado movimiento de sus ocupaciones devoradoras. Pero, a pesar de las ingeniosas barreras mediante las cuales defienden aquella hora de amable conversación y de confortabilidad, algunos, tanto grandes como pequeños, saben salvarlas. A veces llegan los asuntos, como en aquella ocasión, a mezclarse con sus instantes de tranquilidad.

—Creía a Rabourdin por encima de los vulgares funcionarios, y he aquí que diez minutos después del fallecimiento de La Billardièrre, hace llegar a mis manos, por medio de La Brière, una auténtica entrada de teatro. Tenga —dijo el ministro a Des Lupeaulx, entregándole un papel que tenía arrollado en un dedo.

Demasiado noble de sentimientos para pensar en el cariz vergonzoso de la muerte de La Billardièrre podía dar a su carta, Rabourdin no se la había quitado de las manos de La Brière al enterarse por él de la noticia. Des Lupeaulx leyó lo que sigue:

Monseñor:

Si veintitrés años de servicios irreprochables pueden merecer un favor, suplico a Su Excelencia se sirva concederme una audiencia hoy mismo. Se trata de un asunto en el que se halla comprometido mi honor.

Seguían las fórmulas de respeto.

—¡Pobre hombre! —exclamó Des Lupeaulx, con un tono de compasión que dejó al ministro en su error—. Estamos nosotros solos, dígame que entre. Después de la Cámara, debe usted asistir al Consejo, y Su Excelencia debe contestar a la oposición; no tiene más hora para recibirle que ésta.

Des Lupeaulx se levantó, llamó al ujier, le dijo unas palabras, y volvió a sentarse a la mesa.

—Lo dejaremos para los postres —dijo.

Como todos los ministros de la Restauración, aquel era un hombre sin juventud. La carta concedida por Luis XVIII tenía el defecto de atar las manos de los reyes obligándoles a entregar los destinos del país a los cuadragenarios de la Cámara de los Diputados y a los septuagenarios de la Cámara de los Pares, de desposeerles del derecho a poder elegir un hombre de talento político allí donde se hallase, a pesar de que fuera joven o fuera de condición económica modesta. Únicamente Napoleón fue capaz de elegir y emplear las personas que quiso, sin detenerse ante ninguna consideración. Así, después de la caída de aquella enérgica voluntad, el vigor había desertado del Poder. Y hacer suceder la blandura al vigor constituye un contraste más peligroso en Francia que en cualquier otro país. En general, los ministros que llegaron al gobierno contando ya con bastantes años, han resultado francamente mediocres, mientras que los nombrados en la plenitud de su vida han sido el honor de las monarquías europeas y de las repúblicas de las cuales han sido rectores. El mundo podía escuchar todavía los ecos de la lucha entre Pitt y Napoleón, dos hombres que empuñaban el timón político a una edad en la que los Enrique de Navarra, Richelieu, Mazzarino, Colbert, Lauvois, D'Orange, los Guisa, los Rovere, Maquiavelo, en fin, la mayoría de los hombres célebres, ya fuesen nacidos por debajo del trono o a su nivel, empezaban a gobernar el Estado. La Convención, modelo de energía, estuvo elaborada en su mayor parte por cerebros jóvenes; ningún soberano debería olvidar que supo oponer catorce ejércitos a Europa; su política, tan fatal para los partidarios del llamado Poder absoluto, estaba dictada por los verdaderos principios de la monarquía, ya que supo conducirse como si fuera un gran rey. Al cabo de diez o doce años de luchas parlamentarias, después de haber sentido verdadera pasión por la política y de haberse desilusionado de ella, aquel ministro había sido verdaderamente entronizado por un partido que le consideraba como su agente de negocios. Felizmente para dicho ministro, se acercaba más a los sesenta que a los cincuenta; si hubiera conservado algún vigor juvenil, pronto hubiera sido quitado de en medio. Pero, acostumbrado a atacar, a retirarse, a volver a la carga, podía permitirse el lujo

de dejarse apalear por su propio partido, por la oposición, por la Corte, por el clero, o por cualquiera, oponiendo a todas estas fuerzas una especie de inercia a la vez blanda y consistente; en fin, estaba ya gozando de los beneficios de sus desventuras. Atormentado por mil cuestiones de gobierno, como lo está un viejo abogado después de haber argumentado exhaustivamente, su espíritu no poseía ya aquella vivacidad que conservan los espíritus solitarios, ni aquella pronta decisión de las personas acostumbradas desde la juventud a la acción, y que puede observarse en los militares jóvenes. ¿Podía ser él de otra manera? Había estado discutiendo en vez de juzgar, había criticado los efectos sin conocer las causas, tenía, sobre todo, la cabeza llena de reformas, de todas las reformas que un partido mete en la cabeza de su jefe, de programas que los intereses privados presentan a un orador con porvenir, y le agobian con planes y consejos inejecutables. Muy lejos de haber llegado fresco, estaba cansado de tantas marchas y contramarchas. Después, habiendo llegado a la tan deseada cumbre, se había visto enzarzado con mil espinos, encontrándose con mil voluntades contrapuestas que conciliar. Si los hombres de Estado de la Restauración hubiesen podido seguir sus propias ideas, su capacidad habría estado mucho menos expuesta a la crítica; pero aunque sus voluntades hubiesen sido arrebatadas, su edad les habría salvado al no permitirles desplegar la resistencia que se sabe oponer durante la juventud a toda aquella sarta de intrigas a la vez bajas y elevadas, que incluso en ocasiones llegaron a vencer a un Richelieu, y en las cuales, dentro de una esfera menos elevada, Roubourdin iba a encontrar su perdición.

Después de los tiroteos de las primeras escaramuzas, aquellas personas, más viejas que envejecidas, tuvieron que sostener los tiroteos ministeriales. Así sus ojos se nublaban ya cuando les era precisa la perspicacia del águila, su inteligencia estaba cansada en los momentos en que necesitaban la facundia. El ministro a quien Roubourdin quería confiarse, escuchaba diariamente a hombres de condición indiscutiblemente superior exponerle las más ingeniosas teorías, aplicables o no a los asuntos de Francia. Aquellas gentes, para las cuales no existían las dificultades de la política general, asaltaban al ministro, a su regreso de una batalla parlamentaria, de una lucha contra las secretas imbecilidades de la Corte, o la víspera de un combate contra el espíritu público, o al día siguiente de una cuestión diplomática que había dividido al Consejo en tres bandos, distintos. En cualquiera de estas situaciones, un hombre de Estado tiene naturalmente que reprimir un bostezo al escuchar la primera frase del discurso que trate de la mejor ordenación de los asuntos públicos. No había por aquel entonces ninguna cena, en la que los más audaces especuladores, los hombres de los recovecos políticos o financieros, no resumieran en una frase profunda las opiniones de la Bolsa o de la Banca, las sorprendidas en las reuniones diplomáticas, y los planes relativos a la situación en Europa. El ministro sostenía entonces, con Des Lupeaulx y su secretario particular, un pequeño consejo para masticar y digerir aquellos alimentos, para controlar y analizar los intereses que se escondían detrás de todas aquellas hábiles voces. En efecto, su desgracia, que será

seguramente la misma de todos los ministros sexagenarios, era la de procurar esquivar cualquier dificultad: ante el periodismo, al que en aquellos momentos se deseaba amordazar sordamente, en vez de enfrentarse con él francamente; ante la cuestión financiera, lo mismo que en lo referente a la industria; con el clero con los bienes nacionales; con el liberalismo como con la Cámara.

Después de haberse pasado siete años eludiendo el poder, el ministro creía también poder eludir todas las cuestiones. Es tan natural querer sostenerse por medio de los procedimientos que sirven para subir, que nadie se atrevía a criticar un sistema ideado por la mediocridad para que fuera del agrado de los espíritus mediocres. La Restauración, al igual que la Revolución polaca, han sabido demostrar, tanto a las naciones como a los príncipes, lo que vale un hombre y lo que les puede suceder cuando se carece de él. El último y mayor defecto de los hombres de Estado de la Restauración, fue el de su honestidad en una lucha en la que sus adversarios empleaban todos los recursos de la bribonería política, la mentira y las calumnias, desencadenando contra ellos, por los procedimientos más subversivos, a las masas ininteligentes, hábiles solamente para comprender el desorden.

Rabourdin sabía perfectamente todo esto. Pero acababa de decidirse a jugar el todo por el todo, como el hombre que cansado por la duración de una partida entrega su suerte a un solo envite; y el azar le daba por adversario un tramposo como Des Lupeaulx. En realidad, por mucha que fuera su sagacidad, el jefe de oficina, más conocedor de la Administración que de la óptica parlamentaria, no podía imaginarse toda la verdad: ignoraba que el importante trabajo que había llenado su vida, se convertiría para el ministro en una teoría, y que le sería imposible al hombre de Estado no confundirle con uno de los comentaristas de la hora de los postres, o con uno de los conversadores de junto a la lumbre.

En el momento en que el ministro, ya de pie, en vez de pensar en Rabourdin lo hacía en Francisco Keller, y no prestaba atención a nada, excepto a su mujer, que le ofrecía un racimo de uvas, el jefe de oficina fue anunciado por el ujier. Des Lupeaulx había calculado bien la situación en que se encontraría el ministro, preocupado con sus improvisaciones también; por ello, al ver al hombre de Estado entretenido con su mujer, fue al encuentro de Rabourdin y le fulminó con su primera frase:

—Su Excelencia y yo sabemos perfectamente qué es lo que le preocupa, y no debe usted temer nada de nadie —dijo Des Lupeaulx bajando la voz—, ni de Dutocq ni de quien sea —añadió en voz alta.

—No se atormente usted en absoluto, Rabourdin —le dijo Su Excelencia con bondad, pero haciendo un movimiento para retirarse.

Rabourdin se adelantó respetuosamente, y el ministro no le pudo evitar.

—¿Se dignará Su Excelencia concederme permiso para decirle dos palabras? —preguntó Rabourdin lanzando a la Excelencia una mirada misteriosa.

El ministro dirigió una rápida mirada al reloj de pared y se encaminó hacia la ventana, adonde le siguió el desventurado jefe.

—Cuando tenga el honor de someter toda la cuestión a la consideración de Su Excelencia, a fin de exponerle el nuevo plan de Administración a que se refiere el documento que debe borrar la mancha...

—¡Un plan de Administración! —exclamó el ministro frunciendo el ceño e interrumpiéndole—. Si tiene usted algo de esta especie que comunicarme, espere al día en que despache conmigo. Hoy tengo Consejo, debo una réplica en la Cámara sobre el incidente promovido ayer por la oposición, poco antes de que se levantara la sesión. Su día es el próximo miércoles, ya que ayer no despachamos, porque no pude ocuparme de los asuntos del Ministerio. Los asuntos políticos han perjudicado a los puramente administrativos.

—Deposito confiadamente mi honor en manos de Su Excelencia —repuso en tono grave Ravourdin—, y le suplico tenga en cuenta que no me ha concedido el tiempo necesario para una explicación inmediata con referencia al documento sustraído...

—No tema usted nada —dijo Des Lupeaulx interponiéndose entre el ministro y Ravourdin, al que interrumpió—, antes de ocho días, sin duda, será usted nombrado...

El ministro se reía, al pensar en el entusiasmo que Des Lupeaulx demostraba por la señora Ravourdin, y le guiñó el ojo a su mujer, que se sonrió. Ravourdin, sorprendido por aquel juego sin palabras, intentó hallarle un significado, apartó por un instante su mirada del ministro, y Su Excelencia lo aprovechó para escabullirse.

—Ya tendremos ocasión de volver a hablar sobre todo esto —dijo Des Lupeaulx, delante del cual Ravourdin se encontró solo, no sin sorpresa—, Pero no tenga ojeriza a Dutocq —le respondió él.

—La señora Ravourdin es una señora encantadora —terció la esposa del ministro para decirle algo.

Los niños miraron a Ravourdin con curiosidad. Éste esperaba encontrarse con algo solemne, y se veía como un gran pescado atrapado entre las mallas de una finísima red, rebatiéndose consigo mismo.

—La señora condesa es muy bondadosa —contestó.

—¿No tendré el placer de verla algún miércoles? —preguntó la condesa—. Tráiganosla, le quedaré agradecida...

—La señora Ravourdin recibe los miércoles —intervino Des Lupeaulx, que conocía por experiencia la banalidad de los miércoles oficiales—; pero ya que demuestra tanta bondad hacia ella, creo que usted dará, dentro de pocos días, una velada íntima.

La esposa del ministro se puso en pie, contrariada.

—Usted es mi maestro de ceremonias —dijo a Des Lupeaulx.

Palabras ambiguas con las que demostraba la contrariedad que le causaba Des Lupeaulx inmiscuyéndose en sus veladas íntimas, en las que ella no acostumbra a admitir más que personas de gran distinción. Salió de la habitación, dirigiendo un

saludo a Rabourdin.

Des Lupeaulx y el jefe de oficina quedaron, pues, solos en el saloncito donde el ministro desayunaba en familia. Des Lupeaulx estrujaba entre sus dedos la carta confidencial que La Brière había entregado al ministro. Rabourdin la reconoció.

—Usted no me conoce bien —dijo al jefe de oficina dirigiéndole una sonrisa—. El viernes por la noche hablaremos a fondo. En estos momentos debo recibir a los visitantes, trabajo que el ministro me ha encomendado hoy, pues él se está preparando para ir a la Cámara. Pero le repito lo que le dije antes: Rabourdin, no tenga miedo, todo irá bien.

Rabourdin bajó lentamente las escaleras, confundido por el extraño aspecto que iba tomando la situación. Estaba seguro de que había sido denunciado por Dutocq, y no se equivocaba: Des Lupeaulx tenía en su poder el informe en el que se le juzgaba con tanta dureza, y Des Lupeaulx miraba a su juez. ¡Era para estar desorientado! Las personas que obran bien comprenden con dificultad las tortuosas intrigas, y Rabourdin se perdía en medio de un dédalo de éstas, sin poder adivinar el papel que estaba desempeñando el secretario general.

—O no ha leído el artículo que se refiere a él, o es que está enamorado de mi mujer —pensaba Rabourdin.

Tales fueron las dos ideas que se le ocurrieron al jefe de oficina mientras atravesaba el patio, y que le obligaron a detenerse, ya que la mirada que había sorprendido la víspera entre Celestina y Des Lupeaulx, le había vuelto a la memoria como un relámpago.

Durante la ausencia de Rabourdin, su oficina fue presa, como era natural, de una violenta agitación, ya que en los ministerios las relaciones de los empleados con sus superiores están tan bien reglamentadas, que cuando el ujier viene de parte de Su Excelencia al despacho de un jefe de oficina, especialmente a la hora en que el ministro no acostumbra a estar visible, se levantan grandes comentarios. Por otra parte, la coincidencia de esta comunicación extraordinaria con el fallecimiento del señor de La Billardière, dio una importancia insólita a aquel hecho que el señor Saillard conoció por el señor Clergeot, yéndose inmediatamente a conferenciar con su yerno. Bixiou, que estaba trabajando con su jefe, le dejó conversar con su suegro y se dirigió hacia la oficina Rabourdin, donde se había interrumpido el trabajo.

Bixiou (entrando). —¿No hace mucho calor aquí, señores? No saben ustedes lo que está sucediendo abajo. ¡*La virtuosa Rabourdin* ha sido derrotada! ¡Sí, destituida! Ha tenido lugar una escena terrible en los aposentos del ministro.

Dutocq (mirando a Bixiou). —¿*Es verdad eso?*

Bixiou. —¿A quién puede ello perjudicar? No será a usted, ya que probablemente será nombrado subjefe y du Bruel jefe. El señor Baudoyer pasará a la jefatura de la división.

Fleury. —Me apuesto cien francos a que Baudoyer no será nunca jefe de división.

Vimeux. —Yo también apuesto. ¿Quiere usted participar también, señor Poiret?

Poiret. —Me retiro el día primero de enero.

Bixiou. —¡Cómo! ¿Ya no podremos ver más sus zapatos de cordones? ¿Qué será del Ministerio sin usted? ¿Quién apuesta por mí?

Dutocq. —Yo no puedo, pues si lo hiciera no sería apostar, sino jugar seguro. Será nombrado el señor Rabourdin, el señor de La Billardière lo recomendó en su lecho de muerte a los dos ministros, acusándose de haber estado cobrando los sueldos de un empleo cuyo trabajo era realizado por Rabourdin: sintió escrúpulos de conciencia; y, salvo una orden superior, le prometieron, para tranquilizarle, que Rabourdin sería nombrado.

Bixiou. —Señores, pónganse todos en contra mía. Son ustedes siete, ¿no?, pues allí veo que también está Phellion. Me juego una cena de quinientos francos en el *Rocher-de-Cancale* a que Rabourdin no consigue la plaza de La Billardière. Ello no les costará a ustedes ni cien francos a cada uno, y en cambio yo arriesgo quinientos. En fin, que les doy ventajilla. ¿Qué les parece? ¿Qué dice usted, du Bruel?

Phellion (dejando la pluma). —Señor, ¿en qué funda usted su proposición aleatoria, ya que aleatoria es la palabra exacta para calificarla? Pero, en cambio, creo que estoy equivocado al emplear el término proposición, toda vez que el más correcto sería el de *contrato*. En realidad, la apuesta no es más que un contrato.

Fleury. —No, ya que no puede darse tal nombre más que las convenciones reconocidas por el Código, y el Código no concede ninguna acción a la obligación dimanante de una apuesta.

Dutocq. —Es reconocerlas el proscribirlas.

Bixiou. —Eso es algo fuerte, mi pequeño Dutocq.

Poiret. —¿Por qué?

Fleury. —Es exacto. Es como el negarse a pagar una deuda, lleva implícito su reconocimiento.

Thuillier. —¡Qué lástima de jurisconsultos!

Poiret. —Yo siento la misma curiosidad que el señor Phellion por saber en qué razones se apoya Bixiou...

Bixiou (gritando a través de la oficina). —¿Qué dice usted, du Bruel?

Du Bruel (apareciendo). —Nada, señores. Tengo algo difícil que hacer, el panegírico sobre el fallecido señor de La Billardière. ¡Por favor, un poco de silencio! Ya reirán y apostarán luego.

Thuillier. —¡Reirán y no reirán^[19]! Veo que están copiando mis juegos de palabras.

Bixiou (dirigiéndose hacia el despacho de du Bruel). —Es verdad, du Bruel, ¡hacer el panegírico del difunto debe de ser algo muy difícil!

Du Bruel. —¡Ayúdeme, pues, Bixiou!

Bixiou. —Lo haré con mucho gusto, aunque esta clase de artículos se redactan mejor comiendo.

Du Bruel. —Está bien, comeremos juntos. (*Leyendo*).

«La Religión y la Monarquía pierden todos los días alguno de aquellos que combatieron por ellas durante los tiempos revolucionarios...».

Bixiou. —No me gusta. Yo pondría:

«La muerte se ensaña particularmente entre los más antiguos defensores de la Monarquía y los más fieles servidores del rey, cuyo corazón sangra con tan fatales golpes. (*Du Bruel escribe rápidamente*). El barón Flamet de La Billardière falleció esta mañana a consecuencia de una hidropesía pulmonar, causada por un enfermedad cardíaca».

«Ya ves, no deja de tener importancia recalcar que aún existe corazón en las oficinas públicas. ¿Es preciso colocar aquí alguna lata sobre las emociones realistas durante el Terror? ¡Toma!, creo que no estaría mal. Pero no, los periodiquillos de la oposición podrían decir que las emociones de los realistas durante el Terror afectaron más a sus intestinos que a sus corazones. No hablemos de ello. ¿Qué es lo que has puesto?».

Du Bruel (leyendo). —«*Vástago de un antiguo tronco* parlamentario...».

Bixiou. —¡Eso está muy bien!, es poético, y además lo de tronco es absolutamente exacto.

Du Bruel (prosiguiendo). —«... en el cual la devoción por el Trono es algo hereditario, al igual que su sumisión a la fe de nuestros antepasados, el señor de La Billardière...».

Bixiou. —*Yo pondría* el señor barón.

Du Bruel. —Pero si en 1793 no lo era todavía...

Bixiou. —No importa; tú sabes que en tiempos del Imperio, Fouché explicaba una anécdota sobre la Convención, en la cual Robespierre le hablaba, contándola así: «Robespierre me dijo: “¡Duque de Otranto, usted será el futuro alcalde!”. Existe, pues, un precedente».

Du Bruel. —¡Déjame tomar nota de esta frase! Pero no pongamos lo de *barón*, ya que he reservado para el final del artículo la enumeración de los favores que han llovido sobre él durante el transcurso de su vida.

Bixiou. —¡Ah!, está bien. Es un efecto teatral, el cuadro de conjunto del artículo.

Du Bruel. —¿Lo ves?...

mereció el título de barón, de gentilhombre ordinario...

Bixiou (*aparte*). —Francamente ordinario.

Du Bruel (continuando). — «de miembro de la Cámara, etcétera; el rey recompensó con tales honores los innumerables servicios prestados por el preboste que supo conciliar el rigorismo en sus funciones con la benevolencia y mansedumbre común a los Borbones, y con el valor del vendeano que no quiso doblar la rodilla ante el ídolo imperial. Deja un hijo, heredero de sus devociones y de su talento, etc.».

Bixiou. —¿No será demasiado altisonante, demasiado rico en colorido? Yo

modificaría algo esta poesía: ¡el ídolo imperial, doblar la rodilla! ¡diablo! Huele un poco a sainete, y se ve que no sabes desarrollar un estilo de prosa algo más pedestre. Yo pondría: *Perteneció al reducido número de los que...* Es decir, simplifica, ya que se trata de un hombre simple.

Du Bruel. —He aquí otra frase digna de un sainete. ¡Bixiou, tú habrías hecho carrera en el teatro!

Bixiou. —¿Qué es lo que has puesto sobre Quiberon? (*lee*). ¡No, no es esto! He aquí como lo redactaría yo:

«Se hizo responsable, en un folleto recientemente publicado, de todas las desventuras de la expedición de Quiberon, dando así la medida de una devoción hacia el Trono que no retrocedía ante ningún sacrificio».

Es elegante, espiritual, y haces quedar bien a La Billardière.

Du Bruel. —Pero ¿a costa de quién?

Bixiou (serio como un sacerdote al subir al púlpito). —A costa de Hoche y de Tallien. ¿No conoces la historia?

Du Bruel. —No. Estoy suscrito a la colección Des Baudouin, pero aún no he tenido tiempo ni de abrirla; no encuentro en éstos ningún tema para una obra de teatro.

Phellion (desde la puerta). —Todos quisiéramos saber, señor Bixiou, qué es lo que le mueve a creer que el virtuoso y digno señor Ravourdin, que ejerce interinamente la jefatura de la división desde hace nueve meses, que es el jefe de oficina más antiguo del Ministerio, y a quien el ministro, de vuelta de casa del señor de La Billardière ha mandado buscar por medio de su ujier, no será nombrado jefe de la división.

Bixiou. —Papá Phellion, ¿conoce usted la geografía?

Phellion (engallándose). —Señor, me enorgullezco de ello.

Bixiou. —¿Y la historia?

Phellion (con aire modesto). —*Tal vez.*

Bixiou (mirándole fijamente). — Su diamante está mal sujeto y se le va a caer. ¡Pues bien!, lo que usted no conoce es el corazón humano, y me parece que ha penetrado más en los alrededores de París que en él.

Poiret (en voz baja a Vimeux). — ¿Los alrededores de París? Yo creía que estaban hablando del señor Ravourdin.

Bixiou. —¿Es que la oficina Ravourdin apuesta en masa en contra mía?

Todos. —Sí.

Bixiou. —Du Bruel, ¿tú también?

Du Bruel. —Desde luego. A todos nosotros nos interesa que nuestro jefe avance, ya que si ello sucede, todos los de nuestra oficina avanzamos también un peldaño.

Thuillier. —¿Un cráneo? (*en voz baja, a Phellion*^[20]). Sería cosa linda.

Bixiou. —Yo ganaré. Y he aquí mis razones. Ustedes tendrán dificultad en comprenderlas, pero a pesar de ello se las explicaré. Es completamente justo que el señor Ravourdin sea ascendido (*dirige una mirada a Dutocq*), ya que todo el mundo

reconoce que concurren en él una serie de condiciones favorables: antigüedad, inteligencia y dignidad, que deben ser recompensadas. También hay que reconocer que su ascenso redundaría en beneficio de la propia Administración. (*Phellion, Poiret y Thuillier escuchan sin comprender nada de lo que oyen y están como las personas que hallándose en medio de las tinieblas buscan la luz*). ¡Pues bien!, a causa de todas esas ventajas y de esos méritos, a la vez que reconozco que la medida sería equitativa y sabia, apuesto cualquier cosa a que no tendrán lugar. ¡Si, fracasará del mismo modo que fracasaron las expediciones de Boulogne y de Rusia, en las cuales el genio había reunido todas las posibilidades de éxito! Fracasaré como fracasa aquí todo lo que tiene apariencias de justo y conveniente. Apuesto a favor del diablo.

Du Bruel. —Así, pues, ¿quién crees que será nombrado?

Bixiou. —Cuanto más pienso en Baudoyer, más me parece reconocer en él todas las cualidades opuestas; en consecuencia, él será el futuro jefe de la división.

Dutocq (exasperado). —Pero el señor Des Lupeaulx, que me ha mandado llamar para pedirme mi Charlet, me ha asegurado que el señor Roubourdin sería nombrado jefe de la división, y que el joven La Billardière pasaría a la oficina del Sello.

Bixiou. —¡Nombrado, nombrado! El nombramiento no se firmará antes de diez días. Aproximadamente, por Año Nuevo. ¡Miren a su jefe paseando por el patio en estos momentos, y dígame si la virtuosa Roubourdin tiene aspecto de un hombre triunfante o si parece recién destituido! (*Fleury se precipita hacia la ventana*). Adiós, señores, voy a anunciar al señor Baudoyer vuestro nombramiento en favor del señor Roubourdin, esto hará que se encolerice el santo varón. Después le daré cuenta de nuestra apuesta para devolverle la tranquilidad de espíritu. Es lo que en el argot teatral llamamos una peripecia, ¿no es así, du Bruel? Si yo gano, me tomará como subjefe suyo. (*Sale*).

Poiret. —Todo el mundo está de acuerdo en afirmar que se trata de un hombre inteligente, aunque yo jamás he podido entender nada de lo que dice (*sigue trabajando*). Le escucho, le escucho, oigo sus palabras, pero no comprendo su sentido; habla de los alrededores de París, en relación con el corazón humano, y (*dejando la pluma sobre la mesa y dirigiéndose hacia la estufa*) dice que va a favor del diablo y mezcla en todo esto las expediciones de Boulogne y de Rusia. En primer lugar, habría que admitir que el diablo juega, y saber a qué juego. No veo a qué pueda referirse si no es al dominó... (*se suena la nariz*).

Fleury (interrumpiendo). —Son las once, el padre Poiret se suena.

Du Bruel. —Es verdad. ¡Ya! Voy corriendo a Secretaría.

Poiret. —¿Dónde estábamos?

Thuillier. —Estabas en el *Dominó*, es decir, hablando del Señor, del diablo, y el diablo es un soberano sin carta. Pero esto no es ningún juego de palabras. Por otra parte, no veo que exista ninguna diferencia entre un juego de palabras y... (*entra Sebastián a fin de recoger unas circulares para la firma*).

Vimeux. —Ya estás aquí, muchacho. Está terminando la época de tus desdichas.

¡Serás nombrado funcionario de plantilla! ¡El señor Rabourdin ascenderá! Ayer noche estabas en la velada de la señora Rabourdin. ¡Qué feliz es usted pudiendo frecuentar esos sitios! Se dice que van a ella mujeres estupendas.

Sebastián. —No me fijé.

Fleury. —¿Es que eres ciego?

Sebastián. —No me gusta mirar lo que no podría conseguir.

Phellion (encantado). —¡Muy bien dicho, muchacho!

Vimeux. —Es imposible que no te hayas fijado en la señora Rabourdin, ¡es una mujer encantadora!

Fleury. —¡Bah!, es muy delgada. La he visto en las Tullerías, y me gusta más la Percilliée, la del *ballet*, la víctima de Castaing.

Phellion. —¿Pero qué puede haber en común entre una bailarina y la esposa de un jefe de oficina?

Dutocq. —Ambas representan una comedia.

Fleury (mirando a Dutocq de soslayo). — Lo físico no tiene nada que ver con lo moral, y si usted considera que...

Dutocq. —Yo no considero nada.

Fleury. —¿Quieren ustedes saber quién será nombrado jefe de oficina?

Todos. —¿Quién?

Fleury. —Colleville.

Thuillier. —¿Por qué?

Fleury. —Porque la señora Colleville ha tomado el camino más corto para conseguirlo... el camino de la sacristía...

Thuillier (con sequedad). —Me une al señor Colleville una amistad demasiado íntima para que le permita a usted hablar ligeramente de su mujer.

Phellion. —Las mujeres, ya que no tienen ninguna manera de poderse defender, jamás deberían ser tema de nuestras conversaciones...

Vimeux. —Tanto más cuando la hermosa señora Colleville no ha querido invitar nunca a su casa a Fleury, y éste la denigra por venganza.

Fleury. —No ha querido invitarme en el mismo plan que a Thuillier, pero yo he estado en su casa...

Thuillier. —¿Cuándo? ¿Dónde?... Debe haber sido bajo sus ventanas...

Aunque Fleury era temido en las oficinas por sus bravatas, aceptó silenciosamente las últimas palabras de Thuillier. Aquella resignación, que sorprendió a todos los presentes, tenía por causa un billete de doscientos francos, de firma bastante dudosa, que Thuillier debía entregar a la señorita Thuillier, su hermana. Después de aquella escaramuza, se produjo un profundo silencio. Todos trabajaron normalmente desde la una a las tres. Du Bruel no regresó.

Hacia las tres, se realizaron simultáneamente en todas las oficinas del Ministerio los preparativos de marcha, el cepillado de sombreros y el cambio de traje. Aquella agradable media hora, empleada en pequeños cuidados domésticos, abrevia un tanto

la espera. En aquellos momentos, las habitaciones excesivamente caldeadas se entibian, el olor particular de las oficinas se evapora, vuelve el silencio. A las cuatro, no quedan más que los auténticos empleados, los que toman en serio su función. Un ministro puede conocer a los trabajadores de su Ministerio, simplemente con darse una vuelta por los departamento a las cuatro en punto, espionaje que ninguno de estos graves personajes se permite jamás.

A dicha hora, en los patios, algunos jefes se abordaban para intercambiar impresiones sobre los acontecimientos del día. Generalmente, mientras se dirigían hacia sus casas respectivas de dos en dos, o de tres en tres, reconocían que las mayores probabilidades estaban en favor de Ravourdin. Pero los viejos de la profesión, como el señor Clergeot, movían la cabeza diciendo: «*Habent sua sidera lites*». Saillard y Baudoyer fueron delicadamente evitados, ya que nadie sabía qué decirles sobre el fallecimiento del señor de La Billardière, y todos comprendían que Baudoyer debía codiciar la plaza, aunque no la mereciera.

Cuando yerno y suegro se hallaron a cierta distancia del Ministerio, Saillard rompió el silencio, diciendo:

—Esto presenta mal cariz para ti, mi pobre Baudoyer.

—No comprendo —respondió el jefe—, en qué está pensando Isabel al rogar insistentemente a Godard consiguiera con toda urgencia un pasaporte para Falleix. Godard me ha dicho que mi mujer ha alquilado un coche de posta, siguiendo el consejo de mi tío Mitral, y que a estas horas Falleix está en camino hacia su pueblo.

—Sin duda se tratará de algún viaje de negocios.

—El negocio más interesante en estos momentos es conseguir la plaza del señor de La Billardière.

Se hallaban entonces en los alrededores del Palais-Royal, en la calle Saint-Honoré, Dutocq les saludó y se dirigió hacia ellos.

—Señor —dijo dirigiéndose a Baudoyer—, si puedo serie útil en algo, en las circunstancias presentes, le ruego disponga de mí, puesto que yo le soy tan afecto como pueda serlo el señor Godard.

—Oír semejante ofrecimiento, es cuando menos, consolador —repuso Baudoyer—, pues demuestra que uno merece la consideración y estima de personas honradas.

—Si usted se dignara emplear su influencia para colocarme a su lado en calidad de subjefe y tomase a Bixiou en la de jefe, haría la felicidad y la fortuna de dos hombres capaces de todo con tal de lograr.

—¿Se está usted burlando de nosotros, señor? —replicó Saillard abriendo unos ojos enormes.

—Está muy lejos de mí tal idea —respondió Dutocq—, Vengo de llevar a la imprenta del periódico, de parte del señor secretario general, la nota necrológica del señor de La Billardière. El artículo que he leído, me ha dado la más alta estima de los talentos de ustedes. Cuando se trate de acabar con Ravourdin, yo puedo darle un buen hachazo, recuerden esto.

Dutocq desapareció.

—Que me cuelguen si he comprendido nada de lo que ha dicho —dijo el cajero mirando a Baudoyer, cuyos ojuelos revelaban una profunda estupefacción—. Habrá que comprar el periódico esta noche.

Cuando Saillard y su yerno entraron en el salón de la planta baja, encontraron encendido un gran fuego, y en torno a él a la señora Saillard, a Isabel, al señor Gaudron y al cura de San Pablo. Éste se volvió hacia Baudoyer, a quien su mujer hizo un signo de inteligencia que éste no comprendió.

—Señor, no he querido dejar pasar el tiempo sin venir a darle las gracias por el magnífico regalo con el cual se ha dignado usted embellecer nuestra pobre iglesia, ya que yo no me hubiese atrevido nunca a endeudarme para conseguir una custodia tan hermosa, digna de una catedral. Usted, que es uno de nuestros más piadosos y asiduos feligreses, ha debido quedar impresionado por la pobreza de los ornamentos de nuestro altar mayor. Dentro de poco iré a ver al señor coadjutor, y él no tardará en testimoniarle también su satisfacción.

—Nada he hecho todavía... —empezó por decir Baudoyer.

—Señor cura —terció su mujer interrumpiéndole—, puedo traicionar por completo su secreto. El señor Baudoyer piensa terminar su obra regalando a la iglesia un dosel para la próxima festividad del Corpus. Pero dicha adquisición depende del estado de nuestras finanzas, y éstas, a su vez, del ascenso de mi esposo.

—Dios recompensa a quienes le honran —añadió el señor Gaudron, retirándose con el cura.

—¿Por qué no nos hacen el honor de compartir con nosotros nuestra mesa? —dijo Saillard a Gaudron y al sacerdote.

—Quédese usted, mi querido vicario —contestó el cura dirigiéndose al señor Gaudron—. Ya sabe que he sido invitado por el párroco de San Roque, el que mañana debe enterrar al señor de La Billardière.

—¿Puede hacer algo en favor nuestro el señor párroco de San Roque? —preguntó Baudoyer, a quien su mujer tiraba del faldón de la levita.

—Cállate ya, Baudoyer —le dijo arrastrándole hacia un rincón y hablándole al oído—. Tú has regalado a la parroquia una custodia que ha costado cinco mil francos. Ya te lo explicaré todo.

El avaro Baudoyer hizo una mueca horrible y permaneció pensativo durante toda la cena.

—¿Por qué, pues, tanto ajeteo a propósito del pasaporte de Falleix? ¿Por qué te mezclas en estas cosas? —le preguntó al finalizar aquella.

—Considero que los asuntos de Falleix son un poco nuestros —contestó Isabel desabridamente, lanzando una mirada a su esposo para indicarle que delante del señor Gaudron debía callarse.

—Ciertamente —observó el señor Saillard, pensando en su comandita.

—Supongo habrá llegado a tiempo a la oficina del periódico —preguntó Isabel al

señor Gaudron mientras le servía la sopa.

—Si, estimada señora —respondió el vicario—. En cuanto el director del periódico ha visto la nota del secretario del Gran Limosnero, no me ha puesto la más mínima dificultad. Por su mediación, la nota en cuestión ha sido puesta en el sitio más conveniente, jamás hubiera yo podido pensar en ello; pero ese joven del periódico tiene la inteligencia muy despierta. Los defensores de la religión están en situación de poder combatir la impiedad sin hallarse en inferioridad de condiciones, ya que hay sólidos talentos en los periódicos realistas. Tengo motivos para pensar que el éxito coronará todas sus esperanzas. Pero, recuerde, mi querido señor Baudoyer, proteger al señor Colleville; es objeto de la atención de Su Eminencia, y se me ha recomendado le hable a usted de él...

—Si soy nombrado jefe de división, haré de él uno de mis jefes de oficina, si éste es su deseo —repuso Baudoyer.

La solución del enigma llegó una vez terminada la cena. La hoja ministerial, comprada por el portero, contenía en la sección de sucesos de París, los dos artículos siguientes, insertados entre filetes.

«El señor barón de La Billardièrè falleció esta mañana, después de una larga y penosa enfermedad. El rey pierde a uno de sus más adictos servidores y la Iglesia a uno de sus piadosos hijos. El fin del señor de La Billardièrè ha coronado dignamente una hermosa vida, consagrada por completo en los tiempos adversos a la realización de misiones peligrosas, y siempre entregada a gestiones que entrañaban la mayor dificultad. El señor de La Billardièrè fue gran preboste de un departamento, en cuyo cargo triunfó de los obstáculos propios del mismo, y en el que además se desarrollaba el espíritu de la rebelión. Aceptó un trabajo arduo, en el desempeño del cual su inteligencia no fue menos útil que la gracia verdaderamente francesa de sus maneras, para solucionar toda la gama de asuntos graves sometidos a su resolución. Ninguna recompensa ha sido mejor ganada ni merecida, que aquéllas con las cuales el rey Luis XVIII y Su Majestad se ha complacido en coronar una fidelidad que no se tambaleó ante las adulaciones del usurpador. Su antigua familia revivirá en un retoño heredero de los talentos y de la fidelidad del excelente hombre cuya pérdida tanto aflige a sus innumerables amigos. Ya Su Majestad ha hecho saber, por medio de unas líneas amables dirigidas a los deudos del finado, que contaba con Benjamín de La Billardièrè para ocupar un lugar entre sus gentileshombres de Cámara.

»A los numerosos amigos del finado que no hayan recibido particularmente notificación de su fallecimiento, o que no haya llegado a su debido tiempo, se les hace saber que las honras fúnebres tendrán lugar mañana, a las cuatro, en la iglesia de San Roque. La oración fúnebre será pronunciada por el señor abate Fontanon.

»Don Isidoro Baudoyer, representante de una de las más antiguas familias de la burguesía parisién y jefe de oficina de la división La Billardièrè, acaba de reverdecer las antiguas tradiciones de piedad que siempre han distinguido a estas grandes familias, tan celosas del esplendor de la Religión y tan amigas de sus monumentos.

La iglesia de San Pablo carecía de una custodia digna de la magnificencia de esta basílica de la Compañía de Jesús. Ni la fábrica ni el curato son lo bastante ricos para adornar el altar como es debido. El señor Baudoyer ha hecho donación a la mencionada basílica de la custodia que ha podido ser admirada en los escaparates de la casa Gohier, orfebre del rey. Gracias a este hombre piadoso, que no ha retrocedido ante lo exorbitante del precio, la parroquia de San Pablo posee hoy dicha obra maestra de la orfebrería, cuyo diseño es debido al artista señor Sommervieux. Nos complacemos en dar publicidad a un hecho que demuestra cuán fútiles son los alegatos del liberalismo sobre los verdaderos sentimientos de la burguesía parisién. En todo tiempo, la burguesía fue realista, y no pierde ocasión para demostrarlo».

—El precio era de cinco mil francos —dijo el abate Gaudron—; pero al serle abonado en dinero constante y sonante, el orfebre de la corte ha rebajado sus pretensiones.

—¡Representante de una de las más antiguas familias de la burguesía parisién! —exclamó Saillard—. Esto ha sido impreso, ¡y en el *Diario Oficial*!

—Querido señor Gaudron, ayude por favor a mi padre a componer una frase para que pueda deslizaría al oído de la señora condesa cuando vaya a verla para entregarle el importe de la mensualidad, una frase que lo diga todo. Voy a dejarles a ustedes. Debo salir con mi tío Mitral. ¿Pueden creer que me ha sido imposible encontrar a mi tío Bidault? ¡Y en qué cuchitril vive! En fin, el señor Mitral, que conoce bien sus andanzas, dice que debe de haber terminado sus negocios entre las ocho y las doce, y que después de mediodía se le puede encontrar en un café llamado Thémis, un nombre bien raro...

—¿Se administra allí justicia? —preguntó riendo el abate Gaudron.

—Como irá a un café situado en la esquina de la calle Dauphine y del muelle de los Agustinos; me han dicho que va allí todas las tardes a jugar al dominó con su amigo Gobseck. No quiero ir a ese lugar sola, y por eso me hago acompañar por mi tío.

En aquel momento, Mitral asomó la cabeza, mostrando su cara pálida y su peluca que parecía hecha de grama, e hizo un signo a su sobrina para que se apresurara a fin de no malgastar un tiempo que le era pagado a diez francos la llora. La señora Baudoyer salió, pues, sin dar más explicaciones a su padre ni a su esposo.

—El cielo —dijo el señor Gaudron a Baudoyer cuando Isabel hubo marchado—, le ha dado en esa mujer un tesoro de prudencia y de virtud, un modelo de sabiduría, una cristiana en la cual se adivina el soplo divino, únicamente la religión es capaz de formar caracteres tan completos. ¡Mañana diré la misa por el éxito de la buena casa! Es absolutamente necesario, en interés de la monarquía y de la religión, que obtenga usted la plaza. El señor Rabourdin es un liberal, suscrito al *Juornal des Debats*, periódico funesto •que dirige duros ataques al señor conde de Villèle para servir a los inconfesables intereses del señor de Chateaubriand. Su Eminencia leerá esta tarde el periódico, aunque no sea más que a causa del fallecimiento de su amigo el señor de

La Billardière, y el señor coadjutor le hablará entonces de usted y del señor Roubourdin. Conozco bien al señor cura: tratándose de su querida iglesia, no le olvidará a usted cuando predique desde el púlpito; y en estos momentos tiene el honor de estar cenando con el coadjutor en casa del párroco de San Roque.

Aquellas palabras estaban empezando a hacer comprender a Saillard y a Baudoyer, que Isabel no habla estado ociosa desde el momento en que Godard la había avisado.

—¡Qué astuta es Isabel! —exclamó Saillard, apreciando con más precisión que el abate la rápida excavación del camino de topo trazado por su hija.

—Debe haber apostado a Godard en la puerta de la casa donde vive Roubourdin, para que se enterara de qué periódico acostumbraba recibir —dijo Gaudron—; ella me lo ha dicho a mí, y yo se lo he hecho saber al secretario de Su Eminencia, ya que nos hallamos en un momento en que tanto la Iglesia como el trono deben conocer cuáles son sus verdaderos amigos y quienes sus enemigos.

—Hace cinco días que estoy devanándome los sesos intentando hallar una palabra para decírselas a la esposa de Su Excelencia —repuso Saillard.

—Todo París leerá esto —afirmó Baudoyer, cuyos ojos seguían fijos en el artículo de periódico.

—Su elogio nos cuesta cuatro mil ochocientos francos, hijo mío —observó la señora Saillard.

—Pero ha embellecido la casa de Dios —replicó el abate Gaudron.

—Creo que éramos capaces de conseguir nuestra salvación eterna sin necesidad de tanto gasto. Sí el señor Baudoyer consigue la plaza, aunque hubiera costado cuatro mil ochocientos francos más, no sería caro, y el sacrificio realizado carecería de importancia. Pero ¿y si no la consigue?... ¡Ay, madre mía! —añadió ella mirando a su marido—. ¡Qué sangría!...

—¡Bien! —replicó Saillard entusiasmado—, si eso sucediera, recuperaríamos el importe a través de Falleix, que va a ampliar su negocio por medio de su hermano, al que ha nombrado su agente. Isabel debió habernos dicho por qué ha hecho desaparecer a Falleix. Pero intentemos hallar una frase adecuada. He aquí la que había pensado: *Señora, si usted quisiera decir dos palabras a Su Excelencia...*

—*Querer*, no —aseguró Gaudron—. Es mejor decir *si se dignara*, con lo que se manifiesta mayor respeto. Por otra parte, sería necesario saber, antes de decir nada, si la señora Delfina le concede su protección, ya que en este caso podría insinuar la idea de que cooperara a los deseos de Su Alteza Real.

—Habría también que indicar algo sobre la plaza vacante —dijo Baudoyer.

—*Señora condesa* —prosiguió Saillard poniéndose en pie y mirando a su mujer con una agradable sonrisa.

—¡Jesús! ¡Saillard, no gastes estas bromas! Así estás verdaderamente cómico; ¡Hijo mío, ten cuidado, no vayas a hacer reír también a esa mujer!

—*Señora condesa...*, ¿está mejor así? —preguntó mirando a su mujer.

—Sí, pichón mío.

—La plaza del difunto señor de La Billardière se halla vacante, y mi yerno, el señor Baudoyer...

—Hombre de talento y de elevado espíritu religioso —*apuntó Gaudron*.

—Toma nota, Baudoyer, toma nota —gritó papá Saillard—. Toma nota de la frase.

Baudoyer tomó tranquilamente una pluma y se puso a escribir, sin ruborizarse, su propio elogio, absolutamente igual como hubieran hecho Nathan o Canalis al dar cuenta de alguno de sus libros.

—*Señora condesa...* Ves, mamá —dijo Saillard dirigiéndose a su mujer—, ahora te trato como si fueras la esposa de un ministro.

—¿Es que te crees que soy tonta? Lo comprendo perfectamente —contestó ella.

—La plaza del difunto señor de La Billardière se halla vacante; mi yerno, el señor Baudoyer, hombre de talento acreditado y de altas virtudes religiosas...

Después de haber dirigido una mirada al señor Gaudron, que estaba reflexionando, añadió:

—*Se sentiría muy feliz si la pudiera conseguir*. Creo que así está bien, es breve y lo dice todo.

—Pero, espera, hombre, ¿no ves que el señor abate está pensando? —replicó su mujer—. No le molestes.

—Se sentiría muy dichoso, si usted se dignara interceder en su favor —*rectificó Gaudron*—, y diciendo algunas palabras a Su Excelencia, se haría usted particularmente grato a la señora Delfina, por la cual tiene el honor de estar protegido.

—¡Ah!, señor Gaudron, esta frase vale la custodia, ya no lamento el gasto de cuatro mil ochocientos francos... Por otra parte, Baudoyer, ¡tú los pagarás, muchacho! ¿Has escrito todo lo que ha dictado el señor abate?

—Te haré repetirlo cincuenta veces —aseguró la señora Saillard—, y me la recitarás por la mañana y por la tarde. ¡Sí, es una frase bien hallada! ¡Cuán feliz debe sentirse usted siendo tan sabio, señor Gaudron! ¡He aquí lo que se encuentra uno después de haber estudiado en los seminarios, cuando se aprende a hablar a los santos y a Dios!

—Es tan bondadoso como sabio —dijo Baudoyer estrechando la mano del cura—. ¿Ha sido usted quien ha redactado el artículo? —preguntó señalando el periódico.

—No —respondió Gaudron—. La redacción es obra del secretario de Su Eminencia, un joven abate que me debe muchos favores y que está muy interesado por el señor Colleville; en otro tiempo, su pensión en el seminario corrió a mi cargo.

—Una buena obra tiene siempre su recompensa —repuso Baudoyer.

Mientras aquellas cuatro personas se sentaban a la mesa para iniciar una partida de boston, Isabel y su tío llegaban al café Thémis, después de haberse entretenido durante el trayecto en examinar el asunto que el tacto de Isabel le había indicado

como el más poderoso resorte para forzar la mano al ministro. El tío Mitral, antiguo ujier, muy versado en trapisondas, en expedientes y precauciones judiciales, consideró que el honor de su familia estaba comprometido en el triunfo de su sobrino. Su avaricia le hacía sondear la caja fuerte de el Títere, y sabía que toda la fortuna de éste, al morir, pasaría a manos de su sobrino Baudoyer; quería, pues, para él, una posición en armonía con la fortuna de los Saillard y de el Títere, que revertirían en la pequeña Baudoyer. ¿A qué no podría aspirar una muchacha cuya fortuna ascendería a más de cien mil libras de rentas? Había adoptado las ideas de su sobrina y se había hecho cargo de ellas. Así, aceleró la partida de Falleix, explicándole lo muy de prisa que se podía viajar en posta. Después había estado reflexionando sobre la forma que debía darse al resorte ideado por Isabel. Al llegar al café Thémis, le dijo a su sobrina que él era el único que podía arreglar aquel asunto con Bidault, y la hizo quedar dentro del fiacre, para que no interviniera más que en el lugar y el momento apropiados. A través de los cristales, Isabel distinguió los rostros de su tío Bidault y de Gobseck, que se destacaban sobre el fondo amarillo intenso del maderamen de aquel viejo café, como dos cabezas de camafeo, frías e impasibles en la actitud que les había dado el grabador. Aquellos dos avaros parisinos se hallaban rodeados de viejos rostros cuyas arrugas circulares parecía impreso el treinta por ciento de interés, arrugas que, partiendo de la nariz, creaban una circunferencia en torno a unos pómulos congelados. Aquellas fisonomías se animaron al ver aparecer a Mitral, y sus ojos brillaron con una curiosidad tigresca.

—¡Vaya! ¡Vaya!, es Mitral —exclamó Chaboisseau.

Aquel pequeño anciano ejercía la usura con los negocios de librería.

—¡Sí, a fe mía! —añadió un comerciante de papel llamado Métivier—. Es un viejo simio al que se reconoce inmediatamente por sus muecas.

—Y tú un viejo cuervo experto en cadáveres —replicó Mitral.

—Exacto —dijo el severo Gobseck.

—¿Qué es lo que vienes a hacer aquí, hijo mío? ¿Vienes detrás de nuestro amigo Métivier? —le preguntó el Títere indicándole al comerciante en papel, que tenía una cara de portero antiguo.

—Su sobrinita Isabel está aquí —le dijo Mitral al oído.

—¿Qué pasa? ¿Sucede algo malo? —preguntó Bidault.

El anciano frunció las cejas y adoptó un aire tierno, como el del verdugo cuando se dispone a ejercer su oficio; a pesar de su virtud romana, debió sentirse emocionado, pues su roja nariz perdió algo de su color.

—¡Y bien!, si se tratase de algo malo, ¿dejaría usted de prestar ayuda a la hija de Saillard, una pequeña que os confecciona las medias desde hace treinta años? —preguntó Mitral.

—¡Si hubiera garantías, no digo que no! —respondió el Títere—. En todo esto se ve a Falleix, El tal Falleix ha nombrado a su hermano agente de cambio, realiza tantos negocios como los Brézac, ¿y con qué? Con su inteligencia, ¿no es así? En fin,

Saillard no es ningún niño.

—Conoce el valor del dinero —afirmó Chaboisseau.

Aquella expresión, dicha entre viejos, hubiese sido capaz de hacer estremecer a un artista, y todos bajaron la cabeza.

—Por otra parte, esto no tiene nada que ver conmigo, ni me importan las desgracias del prójimo —prosiguió Bidault-Títère—. Tengo por principio el no confiar jamás en mis más íntimos amigos, ni en mis parientes, ya que uno no puede ser atacado más que en los puntos débiles. Diríjase a Gobseck, es más asequible.

Los usureros aplaudieron aquella doctrina por medio de un movimiento de sus metálicas cabezas; y quien les hubiera visto, hubiese creído escuchar los chirridos de unas máquinas mal engrasadas.

—¡Vamos, Bidault, un poco de ternura! —repuso Chaboisseau—; te ha confeccionado los calcetines durante más de treinta años.

—¡Ah!, eso merece alguna consideración —observó Gobseck.

—Entre nosotros se puede hablar —dijo Mitral después de haber examinado las personas que se hallaban a su alrededor—. He venido aquí para tratar un excelente negocio...

—¿Por qué acudes a nosotros si tan bueno es? —preguntó ásperamente el Títère, interrumpiendo a Mitral.

—Se trata de un tipo que era gentilhomme de Cámara, un antiguo chouan, ¿su nombre?... La Baillardièrre ha muerto.

—Cierto —asintió Gobseck.

—¡Y mi sobrino regala custodias a las iglesias! —exclamó el Títère.

—No es tan tonto como para regalarlas: las vende, papá —continuó Mitral con orgullo—. Se trata de conseguir la plaza del señor de La Billardièrre, y para ello es preciso coger...

—*Embargar*, tú siempre serás un ujier —replicó Métivier dando un golpe amistoso en la espalda de Mitral—. ¡Me gusta esto!

—Apresar al señor Chardin des Lupeaulx entre nuestras garras —prosiguió Mitral—. Isabel ha hallado el medio de hacerlo, que es...

—¡Isabel! —exclamó el Títère, interrumpiendo una vez más—. ¡Querida criaturita! ¡Ha salido a su abuela, a mi pobre hermano! ¡Bidault no tenía parangón! ¡Ah, si le hubieseis visto en su tienda de muebles viejos! ¡Qué tacto! ¡Qué habilidad! ¿Qué es lo que quiere?

—Vaya, vaya —repuso Mitral—, veo que ha recobrado rápidamente sus sentimientos entrañables, papá Títère. Este fenómeno debe tener sus propias causas.

—¡Hijo mío! —dijo Gobseck al Títère—. ¡Siempre demasiado impulsivo!

—¡Vamos!, Gobseck y Bidault, maestros míos, es posible que ustedes tengan necesidad de recurrir a Des Lapeaulx, pueden recordar que le han desplumado, y temen que les pida la devolución de algunas plumas —dijo Mitral.

—¿Podemos hablar con él de negocios? —preguntó Gobseck al Títère.

Mitral es de los nuestros, y no querrá quedar mal con nosotros —contestó Bidault—. ¡Está bien!, Mitral, entre nosotros tres —añadió al oído del antiguo ujier—, acabamos de comprar unos créditos cuyo cobro depende de la Comisión de Liquidación.

—¿Cuánto es lo que pueden ustedes sacrificar?

—Nada —respondió Gobseck.

—No saben que estamos metidos en éste asunto —repuso el Títere—. Samanon nos sirve de pantalla.

—Escúchame, Títere —dijo Mitral—. Hace frío, y su sobrina está esperando. Me comprenderá usted con sólo tres palabras. Entre ustedes dos deben mandar a Falleix doscientos cincuenta mil francos; Falleix está quemando etapas por la carretera, a treinta leguas de París, con un correo delante.

—¿Es posible? —dijo Gobseck.

—¿Y a dónde va? —preguntó el Títere.

—Se dirige a la magnífica propiedad de Des Lupeaulx —prosiguió Mitral—. Conoce la región, y va a comprar tierras alrededor de las de Des Lupeaulx por valor de los mencionados doscientos mil francos; tierras excelentes, que siempre valdrán el precio que se haya pagado por ellas. Disponemos de nueve días para la inscripción de las actas notariales (no pierdan esto de vista). Con esa agregación, la propiedad de Des Lupeaulx pagará mil francos de contribución. *Ergo*, Des Lupeaulx se convierte en elector del Gran Colegio, elegible, conde, ¡y lo que quiera ser! ¿Saben ustedes quién es el diputado que ha fracasado?

Los dos avaros hicieron un signo afirmativo.

—Des Lupeaulx se rompería la cabeza por ser nombrado diputado —continuó Mitral—. Pero si quiere que los contratos que nosotros podremos enseñarle vayan a su nombre, hipotecándolos, claro está, por nuestro préstamo, con subrogación en los derechos de los vendedores... (¡ah!, ya veo que van comprendiendo, ¿no?...), es preciso, en primer lugar, que la plaza indicada sea concedida a Baudoyer. ¡Después ya tendremos ocasión de darle un buen repaso a Des Lupeaulx! Falleix permanecerá en la región y preparará la cuestión electoral; así, Des Lupeaulx queda supeditado a Falleix durante todo el tiempo de las elecciones, unas elecciones de distrito en las que los amigos de Falleix tienen la mayoría. ¿Creen ahora que Falleix encaja en este asunto?

—También Mitral encaja en él perfectamente —afirmó Métivier—. Buena jugada.

—De acuerdo —dijo el Títere—. ¿No es verdad, Gobseck? Falleix nos firmará contra-pagarés y extenderá la hipoteca a su nombre, y nosotros podremos ir a ver a Des Lupeaulx con tiempo suficiente.

—¡Quedaremos desplumados! —objetó Gobseck.

—¡Ah, papá! —repuso Mitral—. Me gustaría saber quien es el que va a desplumarles a ustedes.

—Nosotros no podemos ser desplumados más que por nosotros mismos —añadió el Títere—. Hemos creído haber realizado un buen negocio, comprando todos los créditos contra Des Lupeaulx con un sesenta por ciento de descuento.

—¡Pero ustedes pueden hipotecarlos con la garantía de sus tierras, y conseguir un nuevo interés! —respondió Mitral.

—Es posible —comentó Gobseck.

Después de haber cambiado una astuta mirada con Gobseck, Bidault, apodado el Títere, se dirigió hasta la puerta del café.

—Isabel, sigue adelante, hija mía —dijo a su sobrina—. Tenemos en cuenta a tu hombre, pero procura no olvidar ningún detalle. Esto ha estado bien iniciado, ¡muy bien pensado! ¡Termínalo, tienes todo el cariño de tu tío!...

Y le dio unos amistosos golpecitos en la mano.

—Me parece que Métivier y Chavoisseau pueden echarnos una mano —dijo Mitral—, yendo esta noche a las oficinas de alguno de los periódicos de la oposición para agitar el caldero, y procurar aprovechar el artículo ministerial. Ve sola a casa, pequeña mía, no quiero dejar solos a estos dos cuervos.

Acto seguido volvió a entrar en el café.

—Mañana saldrán los fondos necesarios para su destino, con una indicación especial para el recaudador general. *Nuestros amigos* podrán disponer de cien mil escudos —dijo el Títere a Mitral cuando el ujier se halló nuevamente junto al usurero.

Al día siguiente, los numerosos suscriptores de un periódico liberal pudieron leer, en la sección de noticias de París, un artículo encuadrado, hecho insertar por recomendación de Chavoisseau y Métivier, accionistas de varios periódicos, y que además prestaban dinero a los libreros, a los impresores y a los papeleros, por lo que ningún redactor podía negarles nada. He aquí lo que decía dicho artículo:

Ayer, un periódico ministerial señalaba como muy probable sucesor del barón de La Billardière, al señor Baudoyer, uno de los más probos ciudadanos de un populoso barrio, en el que sus obras benéficas no son menos conocidas que su piedad, en la que tanto se apoya la hoja ministerial; ¡hubiese podido ésta, perfectamente, mencionar también su capacidad! Pero ¿ha pensado en algún momento, que al dedicar loas al origen burgués del señor Baudoyer, lo cual, ciertamente, constituye una forma de nobleza como cualquier otra, mostraba la causa de la probable exclusión de su candidato? ¡Gratuita perfidia! La bondadosa dama acaricia a quien va a matar, siguiendo su costumbre. Conceder la plaza al señor Baudoyer, sería como rendir tributo de homenaje a sus virtudes, a los talentos de la clase media, de la cual seguiremos siendo los abogados más entusiastas, aunque nuestra causa sea una causa perdida. Tal nombramiento, un acto de justicia y de buena política, no lo llevará a cabo el Ministerio. La hoja religiosa tiene, por esta vez, más inteligencia que sus propios dueños; recibirá un palmetazo.

Al día siguiente, viernes, por la mañana, día de cena en casa de la señora Ravourdin, a quien Des Lepeaulx había dejado a medianoche, resplandeciente de hermosura, en la escalinata de los Bouffons, dando el brazo a la señora de Camps (la señora de Firmiani se había casado recientemente), el viejo truhán se despertó con sus ideas de venganza ya calmadas, o más bien refrescadas; se hallaba de lleno bajo el influjo de la última mirada cambiada con la señora Ravourdin.

—Apoyaré a Ravourdin, perdonándole por el momento —dijo para sus adentros—, y más adelante ya me las entenderé con él; ahora, si no consigue la plaza, yo tendría que renunciar a una hermosa mujer que puede convertirse en un precioso instrumento para una brillante carrera política; es mujer extraordinariamente inteligente y no retrocede ante nada; además, sin ella no me sería posible conocer el plan de administración ideado por Ravourdin y quedaría al descubierto delante del ministro. Vamos, querido Des Lupeaulx, hay que resolver este asunto en su favor, para estar bien con tu querida Celestina. Ya puedes hacer muecas de desagrado, señora condesa, que no tendrás más remedio que invitar a la señora Ravourdin a vuestra primera velada íntima.

Des Lupeaulx era uno de esos hombres que, para satisfacer una pasión, saben relegar su venganza a un rincón del corazón. En cuanto hubo tomado la decisión, resolvió conseguir el nombramiento del señor Ravourdin.

—Te demostraré, mi querido jefe, que soy merecedor de un lugar preeminente en tu cotarro diplomático —se dijo sentándose en su despacho y empezando a abrir los periódicos del día.

Sabía perfectamente, desde las cinco, cual sería el contenido de la hoja ministerial; pero la abrió para ver el artículo sobre La Billardière, pensando en la embarazosa situación en que le había colocado du Bruel al enterarle de la burlona redacción de Bixiou. No pudo contener la risa al leer la biografía del difunto conde de Fontaine, fallecido unos meses antes, y que había reimprimido en honor de La Billardière, cuando su mirada quedó sorprendida al leer el nombre de Baudoyer. Leyó con indignación el especioso artículo que comprometía al Ministerio. Llamó a un ujier encargándole avisara a Dutocq que se presentara inmediatamente, para mandarlo a la redacción del periódico. ¡Cuál no sería su estupefacción, al leer la respuesta de la oposición!, ya que, por casualidad, fue el periódico liberal el primero que le vino a la mano. La cosa era seria. Conocía el juego, y le pareció que quien barajaba las cartas era un consumado maestro. ¡Disponer con tanta habilidad de dos periódicos de tendencias opuestas, a la vez, en una misma noche, e iniciar la lucha adivinando las intenciones del ministro! Reconoció el estilo de un redactor liberal a quien conocía, y se prometió hablar con él aquella misma noche, en la Ópera, Entró Dutocq.

—Lea —le dijo Des Lupeaulx tendiéndole los dos periódicos y prosiguiendo la lectura de los restantes para ver si Baudoyer había hecho publicar algún otro artículo—, Vaya a enterarse de quién ha sido el que se ha atrevido a comprometer de tal forma al Ministerio.

—Desde luego no ha sido Baudoyer —contestó Dutocq—. No salió de la oficina en todo el día de ayer. Por otra parte, no tengo necesidad de ir al periódico para saber quién fue. Ayer, cuando llevé a la redacción su artículo, pude ver que estaba también allí el abate, con una carta de la Gran Limosnería, ante la cual usted mismo se habría inclinado.

—Dutocq, usted quiere mal a Rabourdin, y eso no está bien, ya que él ha impedido, por dos veces, su destitución. Pero nosotros no somos dueños de nuestros sentimientos, se puede odiar incluso a nuestro benefactor. Sólo deseo que sepa usted una cosa: si se permite la menor traición contra Rabourdin antes de que yo se lo haya ordenado, será su perdición, ya que podría contarme entre el número de sus enemigos. Respeto al periódico de mi amigo, que la Gran Limosnería se haga cargo del importe de nuestra suscripción, si es que quiere servirse de él de forma exclusiva. Estamos a fines del año y la cuestión de la suscripción no tardará en plantearse. En cuanto a la plaza dejada vacante por La Billardière, sólo hay un procedimiento para terminar con las discusiones, y es el de conseguir que hoy mismo sea proveída.

—Señores —dijo Dutocq al regresar a la oficina, dirigiéndose a sus colegas—, no sé si Bixiou tiene el don de poder leer el futuro, pero si no han leído ustedes todavía el periódico, les invito a leer el artículo que habla de Baudoyer; además, como Fleury tiene el periódico de la oposición, podrán ver en él la réplica. Ciertamente, el señor Rabourdin es inteligente, pero es preciso reconocer que un hombre que en estos tiempos regala a la iglesia custodias de seis, mil francos debe serlo también endiabladamente.

Bixiou (entrando). —¿Qué me dicen de la *primera a los Corintios* contenida en nuestro periódico religioso, y de la *epístola a los Ministros* inserta en el periódico liberal? ¿Cómo anda el señor Rabourdin, du Bruel?

Du Bruel (llegando). —No lo sé. (*Se lleva a Bixiou a su despacho y le dice en voz baja*): Mi querido amigo, su forma de ayudar a las personas se parece mucho a las maneras, del verdugo, que pone los pies sobre los hombros de sus víctimas para poderles cortar el cuello con más facilidad. Me ha hecho quedar ante Des Lupeaulx tan mal como merece mi estupidez. Es muy bonito el artículo sobre La Billardière. ¡No lo olvidaré fácilmente! La primera frase parecía decirle al rey: *Es preciso morir*. La otra sobre Quiberon significaba claramente que el rey no es más que un... En fin, había mucha ironía en el artículo.

Bixiou (estallando en risas). —¡Vaya, resulta que se ha enfadado! ¿Es que no puede uno bromear?

Du Bruel. —¡Bromear! ¡Bromear! Cuando usted quiera ser nombrado jefe, también se le contestará con bromas, amigo mío.

Bixiou (en tono amenazador). —¿Entonces estamos enfadados?

Du Bruel. —Sí.

Bixiou (secamente). —¡Pues bien!, tanto peor para usted.

Du Bruel (pensativo e inquieto). — ¿Perdonaría usted una cosa como ésta?

Bixiou (zalamero). —¿A un amigo? Claro que sí. (*Se escucha la voz de Fleury*). Ya lo oye, Fleury está maldiciendo a Baudoyer. ¡Vaya! ¿Está bien eso? De cualquier modo, Baudoyer tendrá la plaza. (*Confidencialmente*): Después de todo, eso sería lo mejor. Du Bruel, siga bien las consecuencias. Rabourdin cometería una verdadera indignidad si continuara en la Administración a las órdenes de Baudoyer; así pues, presentará la dimisión, y ello dejará libres dos plazas. Usted será nombrado jefe, y me nombrará a mí subjefe. Escribiremos sainetes juntos, y yo podré pasar mi trabajo a la oficina.

Du Bruel (sonriendo). —¡Vaya! No había pensado en esto. ¡Pobre Rabourdin! No obstante, me inspira cierta lástima.

Bixiou. —Ya veo lo mucho que le quiere. (*Cambiando de tono*): Pues bien, yo tampoco le compadezco. Al fin y al cabo, él es rico; su mujer da veladas, a las que por cierto no me invita, ¡a mí que soy admitido en todas partes! Vamos, amigo du Bruel, dígame adiós sin rencor. (*Regresa a la oficina*). ¡Adiós, señores! Ya les decía ayer que un hombre que sólo poseía virtudes y talento sería siempre pobre, incluso teniendo una mujer hermosa.

Fleury. —¡Usted debe ser muy rico entonces!

Bixiou. —Ha estado oportuno, mi querido Cincinato! Pero me tendrá que pagar una cena en el *Rocher-du-Cancale*.

Poiret. —Nunca me será posible comprender a Bixiou.

Phellion (con tono elegiaco). — El señor Rabourdin lee tan raramente los periódicos, que quizá sea útil llevárselos, aunque nos privemos de ellos momentáneamente. (*Fleury le tiende su periódico, Viemeux el de la oficina, los coge y sale*).

En aquel momento, Des Lupeaulx, que bajaba la escalera para ir a desayunar con el ministro, se estaba preguntando si sería conveniente, antes de emplear todas las argucias de que era capaz en favor del marido, sondear, por prudencia, el corazón de la esposa, a fin de saber si su interés en el asunto sería recompensado debidamente por ésta. Estaba registrándose el poco corazón que le quedaba, cuando, en las mismas escaleras, se encontró con su procurador, que le dijo sonriendo, con la familiaridad que emplean las personas que se consideran indispensables:

—¿Me permite dos palabras, monseñor?

—¡Vaya, mi querido Desroches! —contestó el hombre público—. ¿Qué desgracia me amenaza? ¿Es que estos señores se están impacientando? ¿No saben hacer lo mismo que yo, es decir, esperar?

—He venido corriendo para advertirle que la totalidad de sus deudas están en manos de los señores Gobseck y de el Títere, bajo el nombre de un tal señor Samanon.

—¡Son hombres a quienes he hecho ganar sumas inmensas!

—Escúcheme —le dijo su procurador al oído—. El verdadero apellido de el Títere es Bidault; es tío de Saillard, el cajero del Ministerio, y Saillard es suegro de

un tal Baudoyer, que se cree con derechos a la plaza vacante. ¿No he obrado bien avisándole a usted?

—Gracias —contestó Des Lupeaulx saludando a su procurador con una elegante inclinación.

—Sólo con una firma, puede quedar usted libre de deudas —le aseguró Desroches al marcharse.

—¡Esto constituye un inmenso sacrificio! —se dijo Des Lupeaulx—. No hay manera de hablar de él a una mujer. ¿Vale Celestina la liberación de todas mis deudas? Iré a verla esta misma mañana.

De este modo, la hermosa señora Rabourdin iba a ser, dentro de pocas horas, el árbitro de la suerte de su marido, sin que ningún poder pudiese prevenirla de la importancia de sus respuestas, sin que ninguna señal le indicase cómo había de presentarse y cómo debía hablar. Y, para colmo de desdichas, se hallaba segura de su triunfo, ignoraba que Rabourdin estaba minado por todas partes con el trabajo sordo de las termitas.

—Monseñor —dijo Des Lupeaulx al entrar en el pequeño salón donde estaban desayunando—, ¿ha leído ya los artículos sobre Baudoyer?

—¡Por el amor de Dios, mi querido amigo —exclamó el Ministro—, dejemos ahora el asunto de los nombramientos! Bastante quebradero de cabeza me produjo ayer noche al enterarme de lo de la custodia. Para salvar a Rabourdin será preciso hacer de este asunto una cuestión de Gabinete, si no quiero que se me obligue a hacer marcha atrás. Es como para quedar asqueado de la política. Para poder darle la plaza a Rabourdin, nos veremos obligados a ascender a un tal Colleville...

—¿Quiere encomendarme la dirección de esta comedia y quedar usted libre de preocupaciones? Cada mañana tendré el placer de divertirle un rato con la narración de la partida de ajedrez que voy a entablar con la Gran Limosnería —dijo Des Lupeaulx.

—¡De acuerdo! —contestó el ministro—. Encárguese del trabajo con el jefe de personal. ¿Sabe que nada puede impresionar tanto el espíritu del rey como las razones contenidas en el periódico de la oposición? ¡Hago funcionar un ministerio con tipos como Baudoyer!

—Es un beato imbécil —continuó Des Lupeaulx—, e incapaz como...

—Como La Billardière —terminó el ministro.

—La Billardière tenía al menos los modales de un gentilhombre ordinario de Cámara —prosiguió Des Lupeaulx—. Señora —añadió dirigiéndose a la condesa—, ahora hay verdadera necesidad de que invite usted a la señora Rabourdin a la primera velada íntima. Debo hacerle observar que es amiga de la señora de Camps; estaban ayer juntas en los Italianos, y la conocí en casa de los Firmiani; con ello podrá comprobar que no es una mujer que pueda comprometer la dignidad de un salón.

—Invita a la señora Rabourdin, querida —dijo el ministro—, y hablemos de otra cosa.

—Ahora Celestina está entre mis garras —se dijo Des Lupeaulx mientras subía a su aposento a fin de ponerse un traje mañanero.

Las familias parisinas están devoradas por la necesidad de ponerse a la altura del lujo que por todas partes las rodea, de modo que son pocas las que tienen la prudencia de saber acomodar su apariencia exterior a su presupuesto interior. Pero quizás ese vicio encierra una especie de patriotismo típicamente francés, destinado a conservar, para Francia, la supremacía europea en cuanto se refiere a la indumentaria. Francia reina sobre Europa gracias al vestido, y cada cual siente la necesidad de mantener un cetro comercial que hace de la moda francesa lo que la marina es a Inglaterra. Este patriótico furor, que lleva al sacrificio de todo en aras de las *apariencias*, como decía d'Aubigne en tiempos de Enrique IV, es la causa de trabajos ímprobos y secretos, que ocupan toda la mañana a las mujeres de París, cuando quieren, como lo quería la señora Roubourdin, sostener con doce mil libras el tren de vida que muchos ricos no pueden permitirse con treinta mil. Así, pues, los días de recepción, la señora Roubourdin tenía que ayudar a la camarera en la limpieza de las habitaciones, ya que la cocinera iba muy temprano a la compra y el criado limpiaba los objetos de plata, planchaba las servilletas y lavaba los cristales. El imprudente que, por una distracción de la portera, hubiera subido hacia las once o las doce de la mañana al piso de la señora Roubourdin, la hubiese encontrado, en medio del desorden menos pintoresco, en ropa de casa, con los pies dentro de unas zapatillas viejas, mal peinada, limpiando por sí misma las lámparas, arreglando los tiestos o cocinando a toda prisa un almuerzo que nada tenía de poético. El visitante que fuese desconocedor de los misterios de la vida parisina, se hubiera dado cuenta de que no es prudente ni beneficioso para nadie cometer tamaña indiscreción, y hubiese recibido algún chasco por parte de la casa, pues le hubiese hecho ver cuán imprudente era su acción, pudiendo incluso llegar a arruinar su buen crédito en la sociedad. La mujer parisina, tan indulgente por todo aquello que la puede beneficiar, es implacable con todo aquello que mine su prestigio. Por consiguiente, tal invasión domiciliaria, no es considerada, como dice la policía correccional, como un ataque al pudor, sino más bien como un robo con escalo, el robo de lo más precioso y estimado que pueda haber en una casa: ¡el *crédito*! Una mujer gustosamente se deja sorprender a medio vestir, con el pelo suelto, si el cabello es suyo, sale ganando: pero no desea en modo alguno ser sorprendida arreglando las habitaciones del piso, puesto que en este caso pierde *prestigio*.

La señora Roubourdin se hallaba realizando todos los preparativos para su recepción del viernes, en medio de las provisiones pescadas por su cocinera en el inmenso océano del mercado, cuando el señor Des Lupeaulx subió socarronamente a su piso. En realidad, el secretario general era la última persona cuya visita podía esperar a esas horas. Por ello, cuando oyó la pisada de sus botas sobre el entarimado, exclamó:

Semejante exclamación, fue tan desagradable para Des Lupeaulx como la

presencia de éste lo fue para ella. Se encerró rápidamente en su dormitorio, donde reinaba un espantoso desorden de muebles que no se desea que sean vistos, cosas de una elegancia heterogénea, un verdadero carnaval doméstico. El afrentado Des Lupeaulx siguió a la bella espantada, tan atractiva la encontró en su *deshabillé*. No sólo que atraía su mirada como una golosina: quizá la carne, entrevista por un hiato de la camisola, que aparecía a sus ojos más atractiva aún que cuando se curvaba graciosamente por la línea circular trazada en su espalda por la costura de su vestido de terciopelo, hasta las fugitivas redondeces del más hermoso cuello de cisne que jamás amante hubiera podido besar antes del baile. Cuando la mirada se pasea por una mujer bien vestida que muestra un magnífico busto, ¿no cree uno hallarse ante el postre de una espléndida comida?; pero la mirada que fluye a través de la tela arrugada por el sueño, dejando a la vista trozos de piel maravillosos, ¿no se regala en ellos como un fruto prohibido?

—¡Espere! ¡Espere! —exclamó la hermosa parisina encerrándose dentro del desorden de la habitación.

Llamó a Teresa, a su hija, a la cocinera y al criado, rogándoles que le trajeran un chal, y deseando oír el silbido del tramoyista de la Ópera. El silbido sonó. ¡Y en un santiamén, otro fenómeno extraordinario! La habitación tomó un aspecto matinal muy atractivo, en armonía con un atuendo combinado rápidamente para mayor gloria de aquella mujer, evidentemente superior en este aspecto.

—¡Usted! —exclamó—. ¡Y a esta hora! ¿Qué es lo que sucede?

—La cosa más grave del mundo —respondió Des Lupeaulx—. Se trata de que hoy mismo, sin más dilaciones, lleguemos a un acuerdo.

Celestina miró a aquel hombre a través de los cristales de sus lentes y comprendió.

—Mi principal defecto —repuso ella— consiste en ser extraordinariamente fantasiosa, de modo que procuro no mezclar mis aficiones con la política; hablemos de política, de negocios, y luego veremos. No se trata ahora de una fantasía más, sino de una consecuencia de mis gustos de artista, que me impide hacer resaltar los colores, mezclar cosas disparatadas, y que me ordena evitar cualquier disonancia. ¡Nosotras, las mujeres, también tenemos nuestros procedimientos políticos!

Ya el sonido de la voz, la amabilidad de sus modales, habían producido su efecto y transformado la brutalidad del secretario general en cortesía sentimental; le había recordado sus obligaciones de enamorado. Una mujer hermosa y hábil, sabe crear una atmósfera en la que los nervios se distienden y los sentimientos se moderan.

—Ignora usted lo que está sucediendo —continuó brutalmente Des Lupeaulx, que deseaba mostrarse duro—. Lea.

Alargó a la linda señora Roubourdin los dos periódicos, en los que había señalado los artículos de interés con tinta roja. Mientras los leía, el chal se deslizó sobre sus hombros sin que Celestina se diera cuenta de ello, o quizá por efecto de un gesto voluntario perfectamente disimulado. En la edad en que la fuerza de las fantasías está

en razón directa con la rapidez, Des Lupeaulx apenas podía mantener la sangre fría del mismo modo como Celestina conservaba la suya.

—¡Cómo! —exclamó ella—. ¡Esto es espantoso! ¿Quién es este Baudoyer?

—Un asno —contestó Des Lupeaulx—. ¡Pero ya lo verá!, regala reliquias, y llegará adonde desea conducido por la mano hábil que lleva la rienda.

El recuerdo de sus deudas pasó por delante de los ojos de la señora Roubourdin y la cegó, como deslumbrada por dos relámpagos consecutivos; sus orejas enrojecieron por obra de la presión sanguínea latente en sus arterias; quedó alhelada, mirando un tapete que no veía.

—¡Pero usted nos sigue siendo fiel! —dijo a Des Lupeaulx acariciándole con una mirada para atraérselo.

—Esto, según —objetó él respondiendo a su mirada con otra inquisitiva que hizo enrojecer a la pobre mujer.

—Si necesita arras, perderá usted lo que desea obtener —repuso ella riendo—. Lo creía a usted más generoso de lo que en realidad es. Y usted, por lo que veo, me considera muy pequeña, muy interesada.

—Creo que no me ha comprendido usted —continuó él con aire elegante—. Lo que quería decir es que yo no podría servir a un hombre que actúa en contra mía como el *Botarate* contra *Mascarilla*.

—¿Qué quiere usted decir?

—He aquí algo que le demostraré que soy hombre generoso.

Y presentó a la señora Roubourdin el informe robado por Dutocq, señalándole el sitio en que su marido le había analizado a él de manera tan perfecta.

—¡Lea usted!

Celestina reconoció inmediatamente la escritura, leyó, palideció y quedó como atontada por un mazazo.

—Incluye un análisis de todas las ramas de la Administración —añadió Les Lupeaulx.

—Pero, por suerte, usted es el único que tiene este trabajo, que no acierto a explicarme.

—El que lo ha robado no es tan ingenuo como para no tener en su poder una copia, es demasiado embustero para confesarlo, y demasiado inteligente en su profesión para entregarla; ni siquiera me he atrevido a hablarle de ello.

—¿Quién es?

—Vuestro empleado principal.

—Dutocq ¡Solamente se reciben castigos en pago de los favores realizados! —prosiguió ella—. Se trata de un perro que quiere un hueso.

—¿Sabe usted lo que me han venido a ofrecer a mí, pobre secretario general?

—¿Qué?

—Debo una treintena de asquerosos miles de francos, y estoy seguro de que usted se formará una pésima opinión sobre mí al saber que no debo más; pero en fin, en

esto yo soy pequeño. El tío de Baudoyer acaba de comprar mis créditos y sin duda se dispone a devolverme todos los pagarés que firmé.

—¡Pero esto es algo diabólico!

—Todo lo contrario, es monárquico y religioso, ya que está metida por medio la Gran Limosnería...

¡Ya está aquí el peluquero!

—¿Qué hará usted?

—¿Qué me ordena que haga? —preguntó él con una gracia adorable, tendiéndole la mano.

Celestina no le encontró ya feo, ni viejo, ni empolvado, ni farsante, ni secretario general, ni nada que fuera inmundo; pero no le entregó su mano. Por la noche, en su salón, se la hubiera dejado coger cien veces; pero por la mañana, y a solas, el gesto hubiese constituido una promesa demasiado positiva que podía llevarla muy lejos.

—¡Y luego dicen que los hombres de Estado carecen de corazón! —exclamó deseando compensar con la palabra la dureza del gesto—. Esto me espanta —añadió adoptando el aire más inocente del mundo.

—¡Es una calumnia! —contestó Des Lupeaulx—. Uno de los diplomáticos más inamovibles, que se halla en el poder prácticamente desde que nació, acaba de contraer matrimonio con la hija de un artista, y ha hecho que fuera recibida en la Corte, gracias a los cuarteles de nobleza de su escudo.

—¿Y usted seguirá ayudándonos?

—Yo estoy encargado de los nombramientos. ¡Pero nada de trampas!

Ella le tendió la mano para que se la besara, y le dio un pequeño cachete en la mejilla.

—Usted me pertenece —dijo ella.

Des Lupeaulx quedó admirado con aquella frase. (Por la noche, en la Ópera, lo contó de la siguiente manera: «Cuando una mujer no quiere decirle a un hombre que es suya, confesión que una dama que se precie de tal jamás hará, le dice: “Usted me pertenece”. ¿Qué les parece el distingo?»).

—Sea usted mi aliada —prosiguió él—. Su esposo ha hablado con el ministro acerca de un plan de administración en el que se trata del Estado en el cual yo soy bien tratado; tenga la bondad de decirle algo esta noche.

—Así lo haré —contestó ella sin conceder gran importancia a lo que en realidad había llevado a Des Lupeaulx a su casa.

—Señora, ha llegado el peluquero —anunció la doncella.

«Se ha hecho esperar mucho. No sé cómo habría podido salir de esta situación si llega a tardar un poco más», pensó Celestina.

—Usted no puede saber hasta dónde llega mi fidelidad hacia su persona —dijo Des Lupeaulx levantándose—. Será usted invitada a la primera reunión íntima que dé la esposa del ministro...

—¡Ah!, es usted un ángel —repuso ella—. Ahora veo lo mucho que me ama:

usted me ama con inteligencia.

—Esta noche, mi querida niña —prosiguió él—, iré a la Ópera para enterarme de quiénes son los periodistas que conspiran en favor de Baudoyer, y mediré mis armas con ellos.

—Está bien, pero cenará usted aquí, ¿no es cierto? He ordenado que trajeran las cosas que más os gustan.

«¡Todo esto se parece tanto al amor, que sería agradable seguir mucho tiempo engañado de esta forma! —se dijo Des Lupeaulx mientras descendía la escalera—. Pero si ella se está burlando de mí, lo sabré; le preparo la más hábil de las trampas antes de firmar nada, para poder leer en su corazón. ¡Gatitas mías, os conozco demasiado bien, ya que en definitiva vosotras, las mujeres, sois lo mismo que nosotros! ¡Veintiocho años, virtuosa, y aquí, en la calle Duphot!, es una felicidad demasiado rara que vale la pena cultivar».

El elegible mariposón descendía las escaleras dando saltitos.

«¡Dios mío! Este hombre, sin lentes y empolvado, debe ser bien extravagante en paños menores —se decía Celestina—. Tiene un arpón en la espalda, pero, en fin, me remolca allí donde yo quería ir, a casa del ministro. Ha desempeñado su papel en mi comedia».

Cuando a las cinco Ravourdin regresó para vestirse, su mujer estuvo presente mientras lo hacía, y le mostró el informe que, como la zapatilla del cuento de las *Mil y una noches*, el desdichado debía encontrar por todas partes.

—¿Quién te ha dado esto? —inquirió Ravourdin, estupefacto.

—¡Des Lupeaulx!

—¿Ha venido? —preguntó lanzando a su mujer una de aquellas miradas que con seguridad hubieran hecho palidecer a una culpable, pero que se encontró con una frente tersa y unos ojos risueños.

—Y volverá a la hora de cenar —contestó ella—. ¿Por qué te muestras enfadado?

—Querida —dijo Ravourdin—, Des Lupeaulx ha sido mortalmente ofendido por mí, y los hombres como él no perdonan; ¡ahora me está acariciando! ¿Crees que no veo por qué lo hace?

—Ese hombre me parece que tiene buen gusto; no puedo criticarle. En fin, no sé qué cosa puede haber más halagadora para una mujer que despertar una pasión. Además...

—¡Déjate de bromas, Celestina! No te ensañes con un hombre agobiado de preocupaciones. No he podido hablar dos minutos seguidos con el ministro, y está en juego mi honor.

—¡Dios mío, no! Dutocq tendrá la promesa formal de un ascenso, y tú serás nombrado jefe de división.

—Adivino tus intenciones, querida niña —dijo Ravourdin—; pero el juego que estás jugando es tan deshonesto como la realidad. La mentira es siempre la mentira, y una mujer honesta...

—Déjame pues que esgrima las mismas armas que se emplean contra nosotros.

—Celestina, cuanto más se vea cogido en la trampa este hombre, tanto más se encarnizará en mí.

—¿Y si yo consigo que haga lo contrario?

Rabourdin la contempló con estupefacción.

—No pienso en nada más que en tu provecho, en tu ascenso, y creo es tiempo ya de que alguien se preocupe de ello, mi querido amigo... —continuó Celestina—. Pero tú tomas al perro de caza por el animal cazado —siguió diciendo después de una pausa—. Dentro de unos días, Des Lupeaulx habrá cumplido su misión a la perfección. Mientras tú intentas hablar con el ministro, y antes de que le puedas ver, ya le habré hallado yo. Tú has sudado sangre para dar a luz un plan que me has estado escondiendo; en tres meses, habré conseguido más que tú en seis años. Dime en qué consiste tu lindo proyecto.

Rabourdin, mientras se afeitaba, y, después de haber obtenido de su mujer la promesa de no decir nada referente a su proyecto, previniéndola de que no confiara ni una sola idea a Des Lupeaulx, lo cual sería como poner al gato dentro de la jarra de leche, inició una explicación sobre sus trabajos.

—¿Cómo no me has dicho nada sobre todo esto? —dijo Celestina cortando la palabra a su marido en cuanto oyó la quinta frase—. Pero te ahorraré una serie de sufrimientos inútiles. Concibo perfectamente el que uno pueda estar cegado durante un momento por una idea, pero que lo esté durante seis años, no puedo concebirlo. Pretendes reducir el presupuesto, y esto es una idea vulgar y burguesa. Lo que se necesita es precisamente lo contrario, aumentarlo hasta dos mil millones, y entonces Francia sería dos veces más grande y poderosa. Un sistema nuevo sería el dar impulso al país por medio de empréstitos, tal como preconiza el señor Nucingen. El Tesoro más pobre es aquel que ve sus arcas repletas de escudos sin que sepa en qué emplearlos; la verdadera misión de un ministro de Hacienda es la de tirar el dinero por la ventana, pues de este modo le vuelve a ingresar por la planta baja. ¡Y tú lo que pretendes es acumular dinero! Lo que hay que hacer es multiplicar los empleos en vez de reducir su número, hay que multiplicar los rentistas. Si los Borbones quieren reinar en paz, deben crear rentistas hasta en los más apartados rincones del país, y sobre todo no permitir que los extranjeros se inmiscuyan en los intereses de Francia, ya que algún día podrían pedirnos la devolución del capital; mientras que si toda la renta se halla en Francia, no podrán periclitarse jamás ni Francia ni el crédito. Esto es precisamente lo que ha salvado a Inglaterra. El tuyo es un plan para la pequeña burguesía. Un hombre ambicioso no habría debido presentarse ante su ministro para exponerle un plan, si no era para pedir una renovación de la línea seguida por Law, para exponerle el poder del crédito, para demostrarle que nosotros no debemos amontonar capital, sino intereses, como hacen los ingleses...

—Vamos, Celestina —replicó Rabourdin—, no mezcles todas las ideas; diviértete con un celoso como yo; ¡estoy acostumbrado a ello! Pero no critiques un trabajo que

no conoces todavía.

—¿Tengo necesidad de conocer un plan cuyo espíritu es administrar a Francia con seis mil funcionarios en lugar de veinte mil? No, amigo mío, aunque se tratase de un plan realmente genial, un rey de Francia sería destronado si intentase llevarlo a la práctica. Puede someterse a una aristocracia feudal cortando unas cuantas cabezas, pero no puede someterse a una hidra de cien mil. No, no puede aplastarse a los seres pequeños, no se les puede destrozarse con la suela del zapato. ¿Y es con los actuales ministros, que, entre nosotros, son unos infelices, en quienes confías para llevar a cabo semejante remoción de hombres? Se pueden alterar los intereses, pero no a los hombres: gritan demasiado, mientras que los escudos son mudos.

—Pero, Celestina, si no paras de hablar y si continúas haciendo frases ingeniosas sobre el asunto, no podremos entendernos jamás...

—¡Ah! Ya comprendo adónde conduce tu informe en el que has clasificado las capacidades administrativas —continuó ella sin escuchar a su marido—. ¡Dios mío!, tú mismo has estado afilando el hacha que debe cortarte la cabeza. ¡Virgen Santa!, ¿por qué no me has consultado? Al menos yo te habría impedido escribir una sola línea de tu plan, y en el caso de que te hubieses empeñado en redactar esa memoria, la habría copiado yo misma, y jamás hubiera salido de esta casa... ¿Por qué, Dios mío, no me dijiste nada? ¡He aquí como son los hombres! ¡Son capaces de dormir al lado de una mujer y guardar un secreto durante siete años! ¡Esconder algo a su mujer durante siete años, dudar de su fidelidad!

—Pero —repuso Roubourdin, ya impaciente— hace once años que nunca he podido discutir contigo nada sin que me cortes la palabra, sustituyendo inmediatamente mis ideas por las tuyas... Tú no sabes nada de mi trabajo.

—¿Que no sé nada? ¡Lo sé todo!

—¡A ver, explícamelo! —exclamó Roubourdin, impaciente por primera vez desde su matrimonio.

—Son las seis y media, aféitate y vístete —contestó ella como contestan todas las mujeres cuando se les insta sobre un asunto en el que no tienen más remedio que callarse—. Voy a buscar mi vestido, y aplazaremos la discusión, ya que no quiero excitarme en un día de visita. ¡Dios mío, pobre hombre! —dijo al salir de la habitación—. ¡Pasarse siete años para dar a luz su propia muerte! ¡Y desconfiar de su propia mujer!

Volvió a entrar.

—¡Si durante todo este tiempo me hubieses escuchado, no habrías intercedido en favor de tu empleado principal, el cual posee sin duda una copia autógrafa de ese maldito informe! ¡Hasta la vista, hombre inteligente!

Al ver a su marido en trágica y dolorosa actitud, comprendió que había ido demasiado lejos. Corrió a su lado y le abrazó con ternura, aunque tenía la cara llena de jabón.

—Querido Javier, no te enfades —le dijo—, esta noche estudiaremos juntos tu

plan, podrás hablar a tus anchas, y yo te escucharé todo el tiempo que quieras... ¿Te gusta así? Anda, no pido otra cosa que ser la mujer de Mahoma.

Ella se echó a reír. Rabourdin no pudo impedir el reírse también, ya que Celestina llevaba espuma blanca en los labios, y su voz había desplegado todos los tesoros de la más pura y sólida ternura.

—Ve a vestirte, hija mía, y sobre todo, no digas nada a Des Lupeaulx, ¡júramelo! Es ésta la única penitencia que te impongo.

—¿Impongo?... —repitió ella—. ¡Entonces no juro nada!

—Vamos, Celestina, he dicho en broma algo muy serio.

—Esta noche —prosiguió la esposa—, tu secretario general sabrá a quién vamos a combatir, y yo sabré a quién atacar.

—¿A quién? —preguntó Rabourdin.

—Al ministro —contestó ella aumentando dos pies de estatura.

A pesar de la gracia amorosa de su querida Celestina, Rabourdin, mientras se vestía, no pudo impedir que ciertos pensamientos dolorosos oscurecieran su frente.

«¿Cuándo sabrá reconocer lo que valgo? —se preguntaba—. ¡Ni siquiera ha sabido comprender que todo mi trabajo no tenía más que una sola finalidad! ¡Qué casquivaneo y qué inteligencia! ¡Si no me hubiera casado, a estas horas yo sería un hombre rico! Habría podido ahorrar cinco mil francos anuales de mis sueldos. Invirtiéndolos bien, en la actualidad tendría diez mil libras de renta, además de mi empleo, estaría soltero y tendría la oportunidad de conseguir, por medio de un matrimonio... Sí —prosiguió interrumpiéndose—, pero ahora tengo a mi Celestina y a mis dos hijos».

Se dejó hundir nuevamente en su felicidad. En el más feliz de los matrimonios hay siempre momentos de preocupación. Fue hasta el salón y contempló su piso.

«No hay dos mujeres en París que sepan desenvolverse como ella. ¡Pensar que ha hecho todo esto solamente con doce mil libras de renta! —se dijo mirando las jardineras llenas de flores y pensando en los placeres de la vanidad que el mundo iba a proporcionarle—. Ha nacido para ser la mujer de un ministro. ¡Cuando pienso que la del mío no sirve para nada!... Tiene el aspecto de una gorda burguesa, y cuando va a Palacio, en los salones...».

Se pellizcó los labios. Los hombres que se hallan muy preocupados tienen ideas tan erróneas sobre el matrimonio y la familia que igualmente se les puede hacer creer que con cien mil francos no tienen nada, como que con doce mil lo tienen todo.

Aunque muy impacientemente esperado, a pesar de la serie de halagos preparados para sus apetitos de *gourmet* emérito, Des Lupeaulx no asistió a la cena. No apareció sino muy tarde, a medianoche, cuando en todos los salones la conversación se hace más íntima y confidencial. Andoche Finot, el periodista, se había quedado.

—Ya lo sé todo —dijo Des Lupeaulx cuando se halló bien instalado en un sillón junto al fuego, con una taza de té en la mano.

La señora Rabourdin, de pie frente a él, sostenía una bandeja llena de *sandwiches*

y trozos de un pastel denominado con entera justicia *pastel de plomo*.

—Finot, mi estimado y espiritual amigo —prosiguió Des Lupeaulx—, usted puede prestar un gran servicio a nuestra graciosa reina, lanzando algunos de sus perros contra las personas de las cuales hablaremos más adelante. Tiene en contra suya —dijo dirigiéndose a Roubourdin en voz baja para no ser oído más que por las tres personas interesadas— a los usureros y al clero, el dinero y la Iglesia. El artículo del periódico liberal ha aparecido a instancias de un viejo prestamista al que se le debían algunos favores, pero el infeliz que lo ha redactado no es digno de que nos preocupemos por él. El redactor jefe de ese periódico cambia cada tres días, y nos ocuparemos del asunto. La oposición realista, pues gracias al señor de Chateaubriand tenemos una oposición realista, es decir, unos realistas que aparentan formas liberales..., pero no hagamos política; esos asesinos de Carlos X me han prometido su colaboración y apoyo, poniendo por precio a su nombramiento, nuestra aprobación a una de sus peticiones. Todas mis baterías están emplazadas. Si se nos impone a Baudoyer, diremos a la Gran Limosnería: «Tal y tal periódico y los señores tal y tal atacarán la ley que ustedes quieren ver aprobada, y toda la Prensa estará en su contra (ya que los periódicos ministeriales que yo controlo permanecerán mudos y sordos, y no les costará mucho trabajo el serlo, pues ya lo son bastante, ¿no es así, Finot?). Aceptad el nombramiento de Roubourdin, y la opinión estará a vuestro lado». ¡Pobres Bonifacios de provincianos, que se repantigan en sus sillones junto a la lumbre, muy felices creyendo en la independencia de los órganos de la opinión! ¡Ja, ja!

—¡Ji, ji, ji! —corroboró Andoche Finot.

—Así, pues, esté usted tranquilo —prosiguió Des Lupeaulx—. Esta noche ha quedado todo arreglado. La Gran Limosnería tendrá que doblegarse.

—Hubiese preferido perder toda esperanza y tenerle a usted entre nosotros a la hora de la cena —le dijo al oído Celestina, mirándole con aspecto enfadado que podía ser considerado también como expresión de amor ardiente.

—He aquí algo que quizás ayude a que se me perdone —contestó él, entregándole una invitación para la velada del martes.

Celestina abrió el sobre, y una oleada de placer animó su rostro. Ninguna alegría tiene parangón con la que produce la vanidad triunfante.

—Ya sabe usted en qué consisten estas veladas de los martes —continuó Des Lupeaulx con aire misterioso—. En nuestro Ministerio sucede lo mismo que en la Corte. ¡Se hallará en el corazón mismo del poder! Estará la condesa de Féraud, que sigue teniendo gran influencia a pesar de la muerte de Luis XVIII, Delfina de Nucingen, la señora de Listomère, la marquesa d'Espard y su amiga la señora de Camps, a quien he hecho invitar para que encuentre usted en ella un apoyo en el caso de que las otras damas intenten *bloquearla*. Tengo muchos deseos de verla a usted en este ambiente.

Celestina bajó la cabeza como un *pura sangre* antes de iniciar la carrera, y volvió a leer la invitación, igual que Saillard y Baudoyer habían releído los artículos que

hablaban de este último, sin darse exacta cuenta de lo que leían.

—Primero allí, y más adelante en las Tullerías —dijo ella a Des Lupeaulx.

Éste quedó anonadado ante la frase que acababa de escuchar y el modo en que fue pronunciada, de tal forma revelaban ambición y seguridad.

«¿No seré únicamente un trampolín?», se preguntó.

Se puso en pie y dirigióse hacia el dormitorio de la señora Roubourdin; ésta le siguió, ya que había comprendido, por un gesto que le hizo el secretario general, que deseaba hablarle a solas.

—Bien, ¿y el plan? —preguntó él.

—¡Bah! ¡Tonterías de hombre honrado! Quiere suprimir quince mil funcionarios y conservar en sus puestos únicamente cinco o seis mil; no podría formarse idea de semejante monstruosidad; le dejaré leer la memoria cuando esté terminada la copia. Él es de buena fe. Su catálogo analítico de los funcionarios ha sido dictado por el más virtuoso de los pensamientos. ¡Pobre marido mío!

Des Lupeaulx quedó tranquilizado, no tanto por las frases que escuchaba, sino por la risa burlona y despreciativa que las acompañaba, ya que él era entendido en embustes, y creyó que por el momento Celestina decía lo que sentía.

—Pero ¿qué finalidad tiene todo eso? —preguntó.

—Consiste en pretender suprimir la contribución territorial, sustituyéndola por impuestos sobre el consumo.

—¡Pero si hace ya más de un año que Francisco Keller y Nucingen han propuesto un plan parecido, y el ministro está estudiando la manera de desgravar el impuesto territorial!

—¡Ahora comprenderá lo que yo quería decir, cuando le advertí que no se trataba de nada nuevo! —dijo Celestina riendo.

—Sí, pero si ha coincidido en sus opiniones con el más grande financiero de la época, un hombre que, dicho sea entre nosotros, es un Napoleón de las finanzas, por lo menos debe de tener alguna idea sobre sus procedimientos de ejecución.

—Todo es vulgar —contestó ella, imprimiendo a sus labios una mueca desdeñosa—. Piense sólo en que desearía gobernar y administrar Francia con cinco o seis mil empleados, mientras que, por el contrario, querría que no hubiese en nuestro país nadie que no estuviera directamente interesado en el sostenimiento de la monarquía.

Des Lupeaulx pareció satisfecho de hallar mucha mediocridad en un hombre al que hasta entonces había considerado como poseedor de una inteligencia superior.

—¿Está usted seguro de poder conseguir el nombramiento? ¿Aceptaría usted un consejo de mujer? —le preguntó ella.

—Ustedes entienden más que nosotros de intrigas elegantes —respondió Des Lupeaulx inclinando la cabeza.

—¡Pues bien! En la Corte y en la Gran Limosnería, diga usted *Baudoyer*, para evitar cualquier sospecha y adormecerles; pero, en última instancia, escriba *Roubourdin*.

—Hay mujeres que dicen siempre *sí* mientras tienen necesidad de un hombre, y *no* cuando dicho hombre ha desempeñado ya su papel —contestó Des Lupeaulx.

—Cierto, conozco más de una que es así —dijo ella riendo—. Pero son perfectamente estúpidas, ya que en política las personas siempre vuelven a encontrarse; éste es un procedimiento bueno con los tontos, pero usted es un hombre inteligente. En mi opinión, la peor equivocación que puede cometerse en la vida es la de enemistarse con un hombre superior.

—No —repuso Des Lupeaulx—, puesto que un hombre superior siempre sabe perdonar. Sólo existe peligro con espíritus mezquinos y rencorosos, que no piensan más que en vengarse, y yo me paso la vida haciéndolo.

Cuando todo el mundo se hubo marchado, Rabourdin se quedó al lado de su esposa, y después de haberle exigido, por una sola vez, su atención, pudo explicarle su plan, haciéndole comprender que no reducía en absoluto el presupuesto, sino que en realidad lo aumentaba, indicándole las obras en que se emplearía el tesoro público; le explicó también cómo podría el Estado decuplicar el movimiento del dinero, invirtiendo el suyo en un tercio o en un cuarto en los gastos que serían soportados por los intereses privados o locales; finalmente, le demostró que su plan no era simplemente una obra teórica, sino una obra fértil en medios de ejecución. Celestina, entusiasmada, se lanzó al cuello de su esposo, y se sentó cerca del fuego sobre sus rodillas.

—¡En fin, que tengo en ti al esposo que siempre soñé! —dijo ella—. La ignorancia en que me encontraba sobre tus verdaderos méritos te ha salvado de caer en las garras de Des Lupeaulx. ¡Te he calumniado maravillosamente y de buena fe!

Aquel hombre lloró de felicidad. Había llegado, por fin, su hora de triunfo. ¡Después de haberlo intentado todo para agradar a su mujer, se sentía importante ante su público unipersonal!

—Y para quien te conozca tal como eres, tan bondadoso y dulce, tan equilibrado y amoroso, eres cien veces más importante. Pero —prosiguió ella—, todo hombre de talento tiene siempre algo de niño, y tú lo eres, un niño muy querido.

Sacó la invitación del lugar donde las mujeres ponen lo que quieren esconder, y se la enseñó.

—He aquí lo que quería decirte —añadió—. Des Lupeaulx me ha puesto casi en presencia del ministro, y aunque fuera de bronce, Su Excelencia será durante unos instantes, por lo menos, mi humilde servidor.

A partir de la mañana siguiente, Celestina se ocupó de su presentación en el círculo íntimo de amistades del ministro. ¡Sería su gran día! Jamás cortesana alguna se preocupó tanto de sí misma como aquella mujer honrada de su propia persona. Jamás modista alguna fue tan torturada por una cliente como lo fue la suya, y jamás modista alguna comprendió mejor toda la importancia de su arte. En fin, que la señora Rabourdin no olvidó nada. Fue personalmente a casa de un alquilador de coches, para elegir un cupé que no fuese viejo, burgués ni insolente. Su criado, como

todos los criados de casa buena, fue obligado a aparentar aires de señor. Después, hacia las diez de la noche de aquel famoso martes, salió de casa con un hermoso vestido de luto. Llevaba en la cabeza, a guisa de sombrero, una serie de racimos de uva en jade del más bello trabajo, un aderezo de mil escudos encargado en casa Fossin por una inglesa que había regresado a su país sin llevárselo. Las hojas eran hechas con láminas de hierro estampadas, ligeras como auténticas hojas de vid, y el artista no había olvidado poner también unos deliciosos sarmientos, destinados a enredarse en sus rizos lo mismo que se ensortijan en una rama. Los brazaletes, el collar y los pendientes eran de acero del llamado de Berlín; pero aquellos deliciosos arabescos procedían de Viena, y parecían haber sido realizados por las hadas como las de los cuentos, encargados por una bruja celosa de amasar los ojos de hormigas o de hilar piezas de tela contenida en una avellana. Su talle, adelgazado convenientemente por la ropa negra, había sido puesto de relieve con un corte estudiado, que se detenía en la espalda, donde iniciaba la curvatura, los hombros descubiertos; a cada uno de sus movimientos parecía que la mujer iba a salir de su envoltorio, y no obstante, el vestido se aguantaba gracias a una idea de la divina costurera. La tela era de muselina de lana, de un tipo que el fabricante todavía no había puesto a la venta en París, una tela maravillosa que más tarde obtuvo un éxito clamoroso. Dicho éxito fue más lejos de donde suelen llegar las modas en Francia. La positiva economía que representa la muselina de lana, que no necesita ser lavada, perjudicó más tarde la venta de telas de algodón, hasta el punto de revolucionar los procedimientos de fabricación de los talleres de Rouen. Los pies de Celestina, calzados con medias de fina malla y zapatos de satén turco, ya que el duelo riguroso excluía el satén de seda, presentaban una apariencia verdaderamente deslumbrante. Celestina estaba muy hermosa de aquel modo. Su piel, reavivada por un baño, era de un suave brillo. Sus ojos, bañados por las olas de la esperanza, chisporroteaban de inteligencia, atestiguando aquella superioridad de que hablaba continuamente el feliz y orgulloso Des Lupeaulx. Hizo su entrada a la perfección, y las mujeres supieron apreciar el verdadero sentido de esta frase. Saludó gentilmente a la esposa del ministro, conciliando el respeto que le debía con su propio valer, y no causó extrañeza verla desenvolverse con cierta majestad, ya que toda hermosa mujer es una reina. Tuvo con el ministro la alegre impertinencia que las mujeres pueden permitirse con los hombres, aunque éstos sean grandes duques. Al sentarse examinó el terreno, y vio que se encontraba en una de esas grandes reuniones escogidas, poco numerosas, en las que la menor palabra resuena en todos los oídos, las miradas tienen un objetivo determinado y la conversación es una especie de duelo con testigos; en estas reuniones cualquier medianía parece vulgar, pero cualquier mérito es acogido con indiferencia por hallarse al nivel de todas las inteligencias. Roubourdin se había refugiado en un salón vecino, donde se jugaba, y se quedó de pie, junto a las mesas, viendo como los demás jugaban, lo que demuestra que no carecía de inteligencia.

—Querida —dijo la marquesa d'Espard a la condesa Féraud, la última amante de

Luis XVIII—, ¡París es realmente único! De él emergen, sin que se sepa de dónde ni cómo, mujeres tan hermosas como ésta, que parecen todo poder y todo amor...

—Ella lo puede y lo desea todo —repuso Des Lupeaulx engallándose.

En aquel momento, la astuta Roubourdin estaba cortejando a la esposa del ministro. Instruida la víspera por Des Lupeaulx, que conocía los puntos débiles de la condesa, la estaba acariciando, sin tener aspecto de tocarla siquiera. Después guardó silencio a propósito, ya que Des Lupeaulx, por muy enamorado que estuviera, se había dado cuenta de sus defectos, y le había dicho la víspera: *¡Sobre todo, no hable usted demasiado!* ¡Exorbitante demostración de afecto! Si Bertrand Barrère ha dejado este sublime axioma: *No interrumpáis jamás a una mujer que baila para darle un consejo*, se podría añadir este otro: *¡No reproches jamás a una mujer el hablar demasiado!*, y así este capítulo del código femenino quedaría completo. La conversación se generalizó. De vez en cuando, la señora Roubourdin pasaba la lengua por la conversación, como una gata bien enseñada pone la pata entre las puntillas de su dueña, aterciopelando las uñas.

En cuanto a las cosas del corazón, el ministro se permitía pocas fantasías; la Restauración no tuvo ningún otro hombre de Estado más acabado que él para cuanto se relacionara con la galantería, y los periódicos de la oposición, el *Miroir*, la *Pandore* y *Le Figaro*, jamás pudieron adivinar en sus arterias el menor latido desacompañado que reprocharle. Su amante era la ESTRELLA y, cosa curiosa, ¡le fue fiel hasta en la desventura! La señora Roubourdin sabía todo esto, pero también sabía que a veces aparecen los espíritus en ciertos castillos semiderruidos, y se había metido en la cabeza la idea de despertar los celos del ministro, aunque a título de inventario, de la felicidad que parecía gozar Des Lupeaulx. En aquel momento, éste gargarizaba el nombre de Celestina. A fin de lanzar en la sociedad a su pretendida amante, se estaba matando para hacer comprender a la señora marquesa d'Espard, a la señora de Nucingen y a la condesa, durante una conversación a ocho oídos, que debían admitir a la señora Roubourdin en su coalición. La señora de Camps le apoyaba. Al cabo de una hora, el ministro había sufrido algunos arañazos, la inteligencia de la señora Roubourdin le complacía; habla logrado seducir a su esposa, que, encantada con aquella sirena, acababa de invitarla a que fuese a visitarla cuando quisiera.

—Ya que, querida —dijo la mujer del ministro a Celestina—, su marido pronto será nombrado director; y como el ministro tiene intención de reunir las dos divisiones y ponerlas bajo una sola dirección, y entonces ustedes serán de los nuestros.

Su Excelencia acompañó a la señora Roubourdin para enseñarle una habitación de su apartamento, que se había hecho célebre por el lujo que los periódicos de la oposición le habían reprochado, y para demostrarle la tontería del periodismo. Le dio el brazo.

—En verdad, señora, debería usted hacernos la merced, a la condesa y a mí, de

venir a menudo a nuestra casa...

Y la obsequió con las galanterías propias de un ministro.

—Pero, monseñor —contestó ella, lanzándole una de aquellas miradas que las mujeres reservan para ciertos momentos—, me parece que eso depende de usted.

—¿Y cómo?

—Puede usted concederme tal derecho.

—Explíquese.

—No, mientras venía me he hecho a mí misma la promesa de no presentarme como una intrusa.

—¡Hable usted! Los *placets* de este género no están en absoluto *déplacés* —repuso el ministro riendo.

No hay nada como tonterías de ese tipo para divertir a hombres serios como aquél.

—Pues bien, es ridículo que la mujer de un jefe de negociado frecuente estos lugares, esto solamente sería natural si fuera la mujer de un director.

—Dejemos esto, su marido es un hombre indispensable y recibirá el nombramiento.

—¿Está usted diciendo la verdad?

—¿Quiere venir a mi despacho y le enseñaré el nombramiento? El documento está ya redactado.

—¡Bien! —dijo ella quedándose en un rincón sola con el ministro, cuyas prisas tenían una vivacidad sospechosa...—, permítame decirle que yo puedo agradecersele...

Iba a revelarle el plan de su marido, cuando Des Lupeaulx, que les había seguido de puntillas, lanzó un «¡*Brum! ¡brum!*» de cólera para demostrar que no querría haber oído lo que había estado escuchando. El ministro lanzó una mirada de mal humor al viejo fatuo cogido en la trampa. Impaciente de su conquista, Des Lupeaulx había dado una prisa extraordinaria a los funcionarios, había entregado el documento al ministro, y deseaba llevarlo en persona al día siguiente a aquella a quienes todos creían su amante. En aquel momento, el ayuda de cámara del ministro se presentó con aire misterioso y dijo a Des Lupeaulx que su ayuda de cámara le había rogado le entregara urgentemente aquella carta, advirtiéndole de la gran importancia de su contenido.

El secretario general se acercó a una lámpara, y leyó el billete así concebido:

Contra mi costumbre, estoy esperando en una antesala, y no hay un minuto que perder para llegar a un acuerdo con

Vuestro servidor,
Gobseck

El secretario general se estremeció al reconocer esta firma, que era una lástima no la hubiese dado autógrafa, ya que era muy rara, por las pocas veces que aparecía en algún escrito, y que hubiera sido algo precioso para aquellos que pretenden adivinar el carácter de las personas según el aspecto de su firma. Si alguna vez la imagen jeroglífica representó algún animal, seguramente fue en esta ocasión, ya que la letra inicial y la final del apellido formaban como una voraz boca de tiburón, siempre abierta, insaciable, y devorándolo todo, lo fuerte y lo débil. Ha sido imposible tipografiar la escritura, puesto que es demasiado fina, menuda y apretada, aunque clara; pero se puede imaginar perfectamente, ya que la frase no ocupaba más que una línea, únicamente el espíritu de la usura podía inspirar una frase tan insolentemente imperativa y tan cruelmente irreprochable, clara y muda, que lo decía todo, sin dejar entrever nada. Aunque Gobseck os fuera desconocido, el aspecto de aquella línea escrita, que os hacía acudir sin que fuera una orden, os habría hecho adivinar la clase de hombre que era el implacable prestamista de la calle des Gres. Así, como el perro a quien su dueño ha silbado, Des Lupeaulx abandonó el rastro que seguía y se dirigió hacia su apartamento, pensando en su comprometida situación. Figuraos un general en jefe a quien su ayuda de campo acaba de comunicar: «El enemigo se ha presentado, con treinta mil hombres de tropas frescas, que nos están atacando por el flanco». Una sola palabra bastará para explicar la presencia de los señores Gobseck y el Títere en el campo de batalla, toda vez que ambos estaban en casa de Des Lupeaulx.

A las ocho de la noche, Martín Falleix, llegado en alas del viento gracias a tres francos de guías y en un postillón de repuesto, había traído las actas de compra fechadas la víspera. Llevados inmediatamente al Café Thémis por Mitral, los contratos habían pasado a manos de los dos usureros, que estaban presurosos para encaminarse al Ministerio, aunque andando. Acababan de dar las once. Des Lupeaulx temblaba cuando vio las dos siniestras caras, de cuyos ojos, partía una mirada recta como la trayectoria de una bala y brillante como el fogonazo del disparo.

—¡Y bien! ¿Qué es lo que hay, señores míos?

Los dos usureros continuaron fríos e inmóviles. El Títere hizo un gesto, señalando primero su carpeta y a continuación al ayuda de cámara.

—Pasemos a mi despacho —dijo Des Lupeaulx, despidiendo con un gesto a su criado.

—Veo que comprende usted el francés a la perfección —comentó el Títere.

—¿Qué es eso de venir a atormentar a un hombre que ha hecho ganar cien mil francos a cada uno de ustedes? —exclamó dejando escapar un impulso de altivez.

—Y que esperamos nos haga ganar todavía más —replicó el Títere.

—¿Algún negocio?... —continuó Des Lupeaulx—. Si tienen necesidad de mí, ya saben que tengo buena memoria.

—Y nosotros también —contestó el Títere.

—Mis deudas serán canceladas —aseguró Des Lupeaulx para no dejarse avasallar.

—Cierto —repuso Gobseck.

—Vayamos al grano, hijo mío —dijo el Títere—. No se salga de tono con nosotros, que sería inútil. Coja estas actas y léalas.

Los dos usureros empezaron a inventariar el despacho de Des Lupeaulx, mientras éste leía con estupefacción aquellos Contratos que parecían haber sido dejados caer de las nubes por ángeles.

—¿No es cierto que en nosotros encontrará usted a unos hombres de negocios inteligentes? —preguntó el Títere.

—¿Pero a santo de qué debo yo a ustedes tan hábil cooperación? —repuso Des Lupeaulx inquieto.

—Supimos, hace ocho días, lo que usted, sin nosotros, no hubiera sabido hasta mañana: el presidente del Tribunal de Comercio, diputado, se ve obligado a presentar su dimisión.

Los ojos de Des Lupeaulx se dilataron hasta alcanzar el tamaño de margaritas.

—Su ministro le juega a usted esta mala pasada —dijo el conciso Gobseck.

—Ustedes son mis maestros —contestó el secretario general inclinándose ante ellos con un profundo respeto mezclado con algo de irrisión.

—Exacto —dijo Gobseck.

—¿Van ustedes a estrangularme?

—Es posible.

—¡Pues bien! ¡Adelante, verdugos! —exclamó sonriendo el secretario general.

—Usted puede comprobar que sus créditos han sido inscritos con el dinero prestado para la adquisición —prosiguió el Títere.

—Y aquí están los títulos —añadió Gobseck extrayendo de un bolsillo de su levitón verduzco unas carpetas de procurador.

—Tiene usted tres años para devolver la totalidad del capital —afirmó el Títere.

—Pero —dijo Des Lupeaulx, espantado por tanta amabilidad y por tan fantástica solución a sus problemas—, ¿qué es lo que ustedes desean de mí?

—La plaza de La Billardièrre para Baudoyer —contestó rápidamente el Títere.

—Poca cosa es, aunque me parece que será imposible de conseguir —respondió Des Lupeaulx—. Tengo las manos atadas.

—Roa las ataduras con los dientes —dijo el Títere.

—¡Los tiene usted bien afilados! —añadió Gobseck.

—¿Eso es todo? —preguntó Des Lupeaulx.

—Nosotros guardaremos los documentos hasta que estos créditos sean aceptados —dijo el Títere poniendo un pliego ante los ojos del secretario general—. Si no son aceptadas por la Comisión antes de seis días, su nombre, que figura en estas actas, será sustituido por el mío.

—Son ustedes hábiles —exclamó el secretario general.

—Exacto —repuso Gobseck.

—¿Es esto todo? —repitió Des Lupeaulx.

—Cierto —respondió Gobseck.

—¿Estamos de acuerdo? —preguntó el Títere.

Des Lupeaulx inclinó la cabeza.

—Pues firme usted estos poderes —dijo el Títere—. De aquí a dos días el nombramiento de Baudoyer; dentro de seis los créditos reconocidos y...

—¿Y qué más? —interrumpió Des Lupeaulx.

—Nosotros le garantizamos...

—¿Qué? —volvió a preguntar Des Lupeaulx cada vez más sorprendido.

—Su elección de diputado —prosiguió el Títere irguiéndose sobre los tacones—. Disponemos de la mayoría en el distrito, con cincuenta y dos votos de granjeros e industriales que obedecerán ciegamente a nuestro prestamista.

Des Lupeaulx estrechó la mano de el Títere.

—Entre nosotros son imposibles las falsas interpretaciones —dijo—. ¡A esto le llamo yo hacer buenos negocios! También ustedes tendrán una satisfacción.

—Exacto —repuso Gobseck.

—¿Qué satisfacción? —preguntó el Títere.

—Una condecoración para el imbécil de su sobrino.

—Bien, veo que le conoce usted perfectamente.

Los usureros saludaron a Des Lupeaulx, que les acompañó hasta la escalera.

—Deben ser dos enviados secretos de alguna potencia extranjera —comentaron los dos ayudas de cámara al verles pasar.

Ya en la calle, los dos usureros se miraron mutuamente, riendo, a la luz de un reverbero.

—Nos deberá nueve mil francos de intereses anuales, y las tierras sólo le producirán cinco mil —exclamó el Títere.

—Está en nuestras manos por largo tiempo —añadió Gobseck.

—Edificará, hará locuras —respondió el Títere—, y Falleix comprará la tierra.

—Lo que él desea, es verse elegido diputado, al muy zorro no le importa nada más —afirmó Gobseck.

—¡Je, je!

—¡Je, je!

Estas exclamaciones, pequeñas y secas, constituían la risa de los dos usureros. Se encaminaron hacia el Café Thémis.

Des Lupeaulx regresó al salón y encontró a la señora Roubourdin conversando en un grupo; estaba radiante, y el ministro, de ordinario tan triste, presentaba un aspecto más jovial y alegre.

«Esta mujer obra milagros —se dijo Des Lupeaulx—. ¡Qué mujer tan preciosa! Hay que conocerla hasta el fondo del corazón».

—Vuestra dama es decididamente encantadora —dijo la marquesa al secretario

general—. Sólo le falta que lleve su apellido.

—Sí, su único punto débil es que lleva el apellido de un comisario de Tasas, y fracasará precisamente por defecto del nacimiento —respondió Des Lupeaulx con tono frío, que contrastaba con el calor puesto momentos antes al hablar de la señora Rabourdin.

La marquesa miró fijamente a Des Lupeaulx.

—Les ha dirigido usted una mirada que no me ha pasado inadvertida —dijo indicando con un gesto al ministro y a la señora Rabourdin— y que ha atravesado materialmente el cristal de vuestros lentes. Resultan muy divertidos disputándose ese hueso.

Cuando la marquesa trasponía el dintel de la puerta, el ministro se le acercó y la acompañó.

—¡Y bien! —dijo Des Lupeaulx a la señora Rabourdin—. ¿Qué piensa usted del ministro?

—Es encantador. Verdaderamente —respondió ella elevando la voz para hacerse oír de la esposa de Su Excelencia— hay que conocer personalmente a estos desdichados ministros para apreciarlos. Los periodicuchos y las calumnias de la oposición desfiguran de tal modo a los hombres públicos que una terminaría por dejarse influenciar; pero las prevenciones desaparecen cuando se ve como son.

—Es un hombre muy agradable —aseguró Des Lupeaulx.

—Sí, es un hombre que se hace querer —añadió ella con llaneza.

—Querida niña —dijo a su vez Des Lupeaulx con tono franco y zalamero—, ha conseguido usted realizar un imposible.

—¿Qué imposible?

—Ha resucitado usted a un muerto. Creía que carecía de corazón, y si no pregúnteselo a su mujer; pero, aprovéchese de la ventaja conseguida, venga por aquí, no se asombre usted.

Condujo a la señora Rabourdin hasta una salita y se sentó junto a ella en un sofá.

—Es usted muy lista, y no por ello la amo menos. Entre nosotros, es usted una mujer excepcional. Des Lupeaulx la ha traído a esta casa, y ha cumplido, ¿no es así? Por otra parte, cuando una persona se decide a amar por interés, es mucho mejor escoger para ello a un ministro sexagenario que a un secretario general de cuarenta años: se obtiene más provecho y menos molestias. Yo soy un hombre que usa lentes, que lleva la cabeza empolvada, ajado por los placeres, y comprendo que no puedo ser objeto de ningún gran amor. ¡Oh, me he repetido muchas veces todo esto a mí mismo! Si llega el caso de hacer alguna concesión a lo útil, jamás podré ser considerado como algo agradable, ¿no es cierto? Hace falta estar loco para que uno no vea con claridad cuál es su verdadera posición. Puede usted confesarme la verdad, mostrarme el fondo de su corazón: nosotros no somos más que dos socios, no dos amantes. Si yo me he podido hacer alguna ilusión, es usted demasiado seria para prestar atención a mis debilidades, y espero que sabrá perdonármelas; de no ser así,

me demostraría que tiene usted los sentimientos de una pequeña burguesa de la calle Saint-Denis. ¡Bah!, nosotros estamos muy por encima de todas estas pequeñeces. He ahí a la marquesa d'Espard, que en estos momentos se dispone a marcharse. ¿Cree usted que esa mujer piensa de otro modo? Hace dos años que ambos llegamos a un acuerdo (¡el muy pretencioso!), ella no tiene más que mandarme dos líneas, como por ejemplo: *Mi querido Des Lupeaulx, le quedaré muy reconocida si hace usted tal o cual cosa*, y lo que me pide lo cumplo puntualmente; en estos momentos estamos pensando en hacer declarar incapaz a su marido. A ustedes, las mujeres, no les cuesta más que unos momentos de placer el conseguir cuanto desean. Así, pues, conquiste usted al ministro, querida niña, yo le ayudaré, puesto que en ello está mi interés. Sí, yo desearía para él una mujer que le influenciara para que así no se me escapase; en ocasiones lo hace, y ello se concibe perfectamente; si llego a un entendimiento con una hermosa mujer, yo podría mantenerle en mi poder gracias a su locura, en vez de tenerlo por su razón, pues el primer procedimiento es más fuerte y seguro. Por lo tanto, sigamos siendo buenos amigos, y compartamos el crédito que usted: consiga.

La señora Rabourdin escuchó con la mayor estupefacción aquella singular profesión de fe de truhanería. La sencillez del comerciante político excluía toda idea de sorpresa.

—¿Cree usted que se interesa por mí? —preguntó ella, cogida en la trampa.

—Le conozco y estoy seguro de ello.

—¿Es verdad que ya está firmado el nombramiento de Rabourdin?

—Esta misma mañana le he entregado el documento redactado. Pero el nombramiento de director no es nada, hay que conseguir el de subsecretario.

—Sí —añadió ella.

—Bien, vuelva a la sala y muéstrese coqueta con Su Excelencia.

—Verdaderamente, no le he conocido a usted por completo hasta esta noche. No tiene usted nada de vulgar.

—Así, pues, queda convenido que seremos dos viejos amigos, y podemos suprimir el aire tierno y los amoríos enojosos, para dejar planteada la cuestión como si estuviéramos en tiempos de la Regencia, época en la que se demostraba mucha inteligencia.

—Es usted un hombre verdaderamente fuerte, y cuenta con toda mi admiración —dijo ella sonriéndole y tendiéndole la mano—. Podrá comprobar que a veces una mujer hace más por un amigo que por un...

No terminó la frase, y se retiró.

«Pequeña querida —se dijo Des Lupeaulx a sí mismo viéndola como se acercaba al ministro—, Des Lupeaulx no sentirá ya remordimientos cuando se revuelva contra ti. Mañana por la noche, cuando me ofrezcas una taza de té, me ofrecerás también lo que yo ya no deseo... ¡Está ya dicho todo! ¡Ah, cuando llegamos a la cuarentena, las mujeres nos engañan siempre, ya no podemos ser amados!».

Regresó al salón, después de haberse contemplado durante unos instantes en un

espejo, ante el que se consideró un apuesto hombre político, en vez de un inválido de Citérea. En aquel momento, la señora Rabourdin estaba pasando revista a los acontecimientos. Pensaba que era ya hora de despedirse, y se esforzaba para dejar en el ánimo de todos una agradable impresión. Lo consiguió. Contra la costumbre de los salones, cuando se hubo marchado, todos y cada uno de los que seguían en la reunión exclamaron: «¡Qué mujer tan encantadora!», y el ministro la acompañó hasta la última puerta.

—Estoy segura de que mañana pensará usted en mí —dijo al matrimonio, haciendo alusión al nombramiento.

—Hay tan pocos funcionarios cuyas esposas sean agradables, que estoy verdaderamente contento con esta adquisición —aseguró el ministro al regresar al salón.

—¿No la encuentra usted un poco dominante? —preguntó Des Lupeaulx con aire amostazado.

Las mujeres cambiaron entre sí miradas expresivas, ya que la rivalidad entre el ministro y el secretario general las divertía. Entonces tuvo lugar una de aquellas entretenidas burlas para las que tan bien dotadas están las parisienses. Las mujeres animaron al ministro y al secretario general, hablando de la señora Rabourdin: una la encontró demasiado compuesta y deseosa de demostrar su inteligencia; otra comparó los encantos de las burguesas con los de la mujer de la alta sociedad, a fin de criticar a Celestina. Des Lupeaulx defendía a su pretendida amante, del mismo modo que en los salones se defiende a un enemigo.

—¡Háganle justicia, señoras! ¿No es verdaderamente extraordinario que la hija de un comisario de Tasas tenga tan elegante apariencia? Vean de dónde ha salido, y vean dónde está; me ha dicho que tiene la pretensión de llegar hasta las Tullerías.

—Si es hija de un comisario —contestó la señora d'Espard sonriendo—, no veo en qué puede perjudicar el ascenso de su marido.

—Sobre todo en los tiempos que corremos —añadió la esposa del ministro pellizcándose los labios.

—Señora —dijo con severidad el ministro a la marquesa—, con frases parecidas a ésta, que desgraciadamente todo el mundo repite en la Corte, se preparan revoluciones. No puede usted imaginar hasta qué punto la conducta poco comedida de la aristocracia disgusta a determinados personajes clarividentes de Palacio. Si yo fuese un gran señor, en vez de un modesto gentilhomme de provincias, que parece ha sido colocado en el puesto que ostento para cuidar de los asuntos de ustedes, la monarquía no se hallaría en tan mala situación. ¿Qué es un trono que no sabe comunicar su esplendor a quienes le representan? Estamos lejos de la época en que el rey hacía grandes por su sola voluntad a hombres como Louvois, Colbert, Richelieu, Jeannin, Villeroy, o Sully... Sí, Sully, en sus comienzos, no era más de lo que yo soy. Les estoy hablando así porque estamos entre amigos, y sería, en efecto, bien poca cosa si me sorprendiera por tan insignificante bagatela. Es a nosotros mismos a

quienes corresponde obrar para conseguir la verdadera grandeza.

—Serás nombrado, querido —dijo Celestina a su marido estrechándole la mano—. De no haber sido por Des Lupeaulx le hubiera expuesto tu plan al ministro; pero lo dejaremos para el martes próximo, y así podrás convertirte antes en subsecretario.

En la vida de cada mujer hay un día en el cual han brillado con todo su esplendor, y que les proporciona un recuerdo eterno, que ellas se complacen en evocar. Mientras la señora Roubourdin iba deshaciendo uno a uno los elementos de su atuendo, fue recapitulando todo lo sucedido durante la velada, y la contó entre sus más deliciosos días de triunfo y felicidad: todos sus encantos habían sido envidiados, había sido alabada por la propia esposa del ministro, feliz de poderla enfrentar a sus amigas. En fin, todas las pequeñas vanidades habían redundado en provecho del amor conyugal. ¡Roubourdin iba a ser nombrado!

—¿No estuve bien esta noche? —preguntó a su marido, como si hubiera tenido necesidad de animarle.

En aquel momento, Mitral, que esperaba en el Café Thémis a los dos usureros, les vio entrar, pero sus rostros impasibles no le revelaron nada.

—¿Qué ha sucedido? —les preguntó cuando se hubieron sentado a la mesa.

—¿Qué ha de suceder? Lo de siempre —contestó el Títere frotándose las manos—, la victoria de los escudos.

—Cierto —repuso Gobseck.

Mitral tomó un coche de alquiler y fue a reunirse con Saillard y Baudoyer, en casa de los cuales el *boston* se había prolongado más que de costumbre; pero en ella no quedaba más que el abate Gaudron. Falleix, casi muerto de fatiga, se había ido a acostar.

—Usted será nombrado, sobrino, y además se le reserva una sorpresa.

—¿Cuál? —preguntó Saillard.

—¡Una condecoración! —exclamó Mitral.

—¡Dios protege a quienes se inclinan ante sus altares! —dijo Gaudron.

De esta manera, con idéntica satisfacción, se canta el *Te Deum* en los dos campos.

Al día siguiente, miércoles, Roubourdin debía despachar con el ministro, puesto que desempeñaba interinamente las funciones del difunto señor de La Billardière. En tales ocasiones, los empleados eran muy puntuales y los ordenanzas de oficinas andaban muy atareados, ya que en los días de firma todo está en el aire en las oficinas. ¿Por qué? Nadie podría dar una explicación convincente. Los tres ordenanzas se hallaban, pues, en sus puestos, y esperaban recibir pronto alguna gratificación, pues el rumor del inminente nombramiento del señor Roubourdin se había extendido la víspera por todo el Ministerio, rumor a cuya propagación no era ajeno Des Lupeaulx. El tío Antonio y el ujier Lorenzo iban en uniforme de gala. A las ocho menos cuarto, el ordenanza del Secretariado fue a pedir a Antonio que entregara a Dutocq, en secreto, una carta que el secretario general le había encargado llevar a casa del empleado principal a las siete.

—No sé bien lo que me ha sucedido, viejo, pero he estado durmiendo, y no había manera de despertarme. Me echaría un rapapolvo fenomenal si se enterara de que no ha llegado aún a su destino; aunque, si fuese necesario, yo sostendría que la he entregado personalmente en casa del señor Dutocq. Un importante secreto, papá Antonio: no diga nada a los empleados; ¡palabra! Me ha dicho que me despedirá si digo mía sola palabra.

—¿Qué es, pues, lo que contiene este sobre?

—Nada. Lo he mirado así. ¡Vea!

E intentó ver el contenido al trasluz, pero sin conseguir ver más que papel en blanco.

—Hoy es un gran día para ustedes —dijo el ordenanza del Secretariado—, tendrán un nuevo director. Decididamente, hacen economías, van a reunir las dos divisiones en una sola dirección, de modo que mucho cuidado, muchachos.

—Sí, nueve empleados pasarán a la situación de retirados —afirmó Dutocq, que acababa de llegar—. ¿Y cómo saben ustedes todo esto?

Antonio entregó la carta a Dutocq, que, después de haberla abierto, bajó de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera y corrió al Secretariado.

Desde el día del fallecimiento del señor de La Billardière, después de haber comentado ampliamente el acontecimiento y sus posibles consecuencias, las dos oficinas Roubourdin y Baudoyer habían terminado por recobrar su aspecto habitual y sus costumbres de *dolce far nien te* administrativo. No obstante, la proximidad de fin de año imprimía a las oficinas una especie de aplicación estudiosa, mientras que en los porteros se podía observar cierto servilismo untuoso. Todo el mundo llegaba puntual, se veía más personal trabajando después de las cuatro, ya que la distribución de gratificaciones depende de la última impresión que uno produzca en el ánimo de los jefes. El día anterior, la noticia de la fusión de las divisiones La Billardière y Clergeot bajo una sola dirección, que llevaría otro nombre, había agitado a las dos divisiones. Se conocía el número de empleados que pasarían a la situación de retirados, pero se ignoraba sus nombres. Se suponía que Poiret no sería reemplazado, y que podría economizarse su plaza. El joven La Billardière ya no figuraba en nómina. Habían llegado dos nuevos supernumerarios y, ¡circunstancia espantosa!, los dos eran hijos de diputados. La noticia, que circuló la víspera por las oficinas en el momento en que los empleados se marchaban, había impreso el terror en las conciencias. Así, durante la primera media hora después de entrar a trabajar, habían tenido lugar conversaciones alrededor de las estufas. Antes de que hubiese llegado nadie, Dutocq vio a Des Lupeaulx mientras se arreglaba; y sin dejar de afeitarse, el secretario general le lanzó una mirada como la de un general dando órdenes.

—¿Estamos solos? —le preguntó.

—Sí, señor.

—¡Pues bien! Ya puede atacar a Roubourdin, ¡y de firme! Debe haber guardado usted una copia de su informe, ¿no?

—Sí, así es.

—Ya me comprende: ¡*Inde irae!* Necesitamos que se produzca un *jaleo* general. Procure idear algo para activar el clamor...

—Podría lanzar una caricatura, pero no tengo los quinientos francos que habría que pagar...

—¿Quién la hará?

—Bixiou.

—Tendrá mil francos, y será subjefe a las órdenes de Colleville, que se entenderá con él.

—Pero no me va a creer.

—¿Es que quiere usted comprometerme? Ande ya, o si no, nada, ¿me comprende?

—Si el señor Baudoyer tiene que ser nombrado director él podría adelantar la cantidad...

—Sí, él la soltará. Vaya, dese prisa, y que nadie sepa que me ha visto. Baje por la escalera de servicio.

Mientras Dutocq regresaba al despacho con el corazón latiéndole de alegría, preguntándose de qué manera podría excitar los rumores contra su jefe sin comprometerse demasiado, Bixiou se había presentado en la oficina de los Roubourdin para saludarles. Creyendo haber perdido, el mistificador encontraba divertido aparentar una actitud de vencedor.

Bixiou (imitando la voz de Phellion). —Señores, les saludo respetuosamente y les deseo unos buenos días colectivos. Señalo como fecha más conveniente la del domingo próximo para la cena prevista en el *Rocher-de-Cancalle*; pero se ha presentado un grave problema, ¿asistirán los empleados despedidos?

Poiret. —¿Y los jubilados? Supongo que también, ¿no?

Bixiou. —Me da lo mismo, puesto que no soy yo quien tiene que pagar (*estupefacción general*). Baudoyer será el elegido, y me gustaría oírle ya llamando a Lorenzo. (*Imitando a Baudoyer*):

Lorenzo, prepara los cilicios, y no olvides las disciplinas.

(Todos se desternillan de risa).

»¡Risa de oca aulladora! Colleville tiene razón con sus anagramas, pues saben ustedes que el anagrama de *Xavier Roubourdin, jefe de oficina, es: Primero soñó en la oficina, e, u, finalmente rico*^[21]. Si yo me llamase *Carlos X, por la gracia de Dios, rey de Francia y de Navarra*, me echaría a temblar pensando en el destino que me profetizaría mi anagrama.

Thuillier. —¡Usted tiene ganas de bromear!

Bixiou (riéndose en sus propias barbas). —¡Risa al feo^[22]! Cosa linda ésta, papá Thuillier, ya que usted no tiene nada de hermoso. Roubourdin presentará la dimisión

de rabia al ver que Baudoyer consigue la plaza de director.

Vimeaux (entrando). —¡Qué farsa! Antonio, a quien he ido a devolver treinta o cuarenta francos, me ha informado que el señor y la señora Ravourdin fueron recibidos ayer noche en la velada particular del ministro, y que estuvieron en su casa por lo menos hasta las doce y cuarto. Su Excelencia acompañó a la señora Ravourdin hasta la puerta, y según dicen iba maravillosamente vestida. En fin, se puede dar por seguro su nombramiento de director. Riffé, el empleado de la sección de personal, ha pasado parte de la noche trabajando en la redacción de los nombramientos: ya no hay ningún misterio. El señor Clergeot se jubila. Al cabo de treinta años de servicio, eso no constituye ninguna calamidad. El señor Cochin, que está en buena posición...

Bixiou. —Según Colleville, hace *cochinilla*.

Vimeux. —Claro que tiene algo que ver con la cochinilla, ya que es socio de la casa Matifat, de la calle de los Lombardos. Pues bien, también es jubilado. Y otro tanto sucede con Poiret. Ninguno de los dos será reemplazado. He aquí lo que se sabe positivamente, lo demás se ignora. El nombramiento del señor Ravourdin llegará esta mañana, ya que se temen algunas intrigas.

Bixiou. —¿Qué clase de intrigas?

Fleury. —Las que pueda intentar Baudoyer, ¡pardiez! El partido clerical le apoya, y he aquí un nuevo artículo del periódico liberal: se trata únicamente de cuatro líneas, pero es muy divertido. (*Lee*).

Algunas personas hablaban ayer en el vestíbulo de los Italianos del reingreso del señor de Chateaubriand en el Ministerio, fundándose en la elección hecha del señor Ravourdin, protegido de los amigos del noble vizconde, para ocupar la plaza primitivamente destinada al señor Baudoyer. El partido clerical solamente habrá sido capaz de retroceder ante una transacción con el gran escritor.

¡Canallas!

Dutocq (entrando después de haber estado escuchando). —¿Quién es el canalla? Ravourdin. ¿No se han enterado ustedes de la noticia?

Fleury (con los ojos desorbitados). —¿Ravourdin?... ¿Ravourdin un canalla? ¿Está loco, Dutocq, y quiere que le meta una bala en la cabeza?

Dutocq. —No he dicho nada en contra de Ravourdin; solamente que acaban de confiarme la noticia, rogándome que la mantenga secreta, de que había denunciado a varios empleados y pasado partes, es decir, que toda su amabilidad no tenía otro fin que el poder realizar un informe completo sobre nuestras actividades, y nos ha dejado en él muy mal parados, hundidos.

Phellion (con voz potente). —El señor Ravourdin es incapaz...

Bixiou. —¿Por qué no? Dime, Dutocq. (Se dicen unas palabras al oído y salen al pasillo).

Bixiou. —¿Qué sucede?

Dutocq. —¿Recuerda lo de la caricatura?

Bixiou. —Sí, ¿y qué?

Dutocq. —Hágala, será usted nombrado subjefe y recibirá una sustanciosa gratificación. Ya lo ve, hay cizaña en las altas esferas. El Ministerio se halla comprometido en favor de Ravourdin, pero si no es nombrado Baudoyer, se expone a enemistarse con el clero. ¿No lo sabía? Pues sí, el rey, el delfín, la delfina, la Gran Limosnería, en fin, toda la Corte quiere a Baudoyer, y el ministro quiere a Ravourdin.

Bixiou. —¡Bien!

Dutocq. —Para poder desligarse del compromiso, ya que el ministro ha visto que era necesario ceder, desea eludir la dificultad. Necesita un argumento para deshacerse de Ravourdin. Ha desenterrado un antiguo trabajo realizado por éste para hacer una depuración dentro de la Administración, y circulan rumores sobre él. Por lo menos, ésta es la explicación que yo me doy para intentar ver claro en el asunto. Haga el dibujo, y de este modo entrará usted en el juego de la cumbre, servirá a la vez al Ministerio, a la Corte, a todo el mundo, y recibirá usted el nombramiento. ¿Comprende?

Bixiou. —Lo que no comprendo es cómo puede usted saber todo esto. ¿O es que se lo está inventando?

Dutocq. —¿Quiere usted que le enseñe su artículo?

Bixiou. —Sí.

Dutocq. —Venga conmigo y se lo mostraré, ya que lo que yo deseo es dejarlo en buenas manos.

Bixiou. —Vaya usted solo. (*Vuelve a entrar en la oficina Ravourdin*). No hay duda de que cuanto les ha dicho Dutocq es cierto, palabra de honor. Ravourdin ha entregado informes poco halagadores para los empleados, pues desea reformar la Administración. El secreto del favor que goza reside en esto. Vivimos unos tiempos en que nada debe extrañarnos (*Adopta una actitud propia de Taima*).

*Habéis visto caer las más ilustres cabezas,
¡Y todavía os asombráis, insensatos!*

de que una causa de este género sea el motivo del favor de que goza un hombre, ¡Mi querido Baudoyer es demasiado estúpido para intentar medrar por semejantes procedimientos! Reciban mi más sincera felicitación, señores, trabajan ustedes a las órdenes de un jefe realmente ilustre. (*Sale*).

Poiret. —Tendré que dejar el Ministerio sin haber podido comprender jamás ni una sola frase de este caballero. ¿Qué ha querido decir con todo eso de ver caer cabezas?

Fleury. —¡Pardiez!, los cuatro sargentos de La Rochelle, Berton, Ney, Caron, los hermanos Faucher, ¡todos los asesinatos!

Phellion. —Habla con mucha desenvoltura sobre cosas muy delicadas.

Fleury. —Diga usted claramente que miente, que bromea, y que en su boca la verdad adquiere un tono verde-gris.

Phellion. —Lo que acaba usted de decir ataca la ley de la educación y del respeto que debe merecer siempre un compañero.

Vimeux. —Considero que sí lo que acaba de decir es mentira, debe recibir el calificativo de calumnia, de difamación, y un difamador solamente merece latigazos.

Fleury (animándose). —Y siendo como son las oficinas un lugar público, entra de lleno en la jurisdicción de la policía correccional.

Phellion (deseando evitar una disputa, intenta desviar la conversación). — Señores, tengan calma. Estoy trabajando en un pequeño tratado sobre la moral y conozco el tema.

Fleury (interrumpiéndole). —¿Y qué es lo que dice usted en ese tratado, señor Phellion?

Phellion (leyendo). —*PREGUNTA:* ¿Qué es el alma del hombre? *RESPUESTA:* Es una substancia espiritual que piensa y razona.

Thuillier. —Una substancia espiritual, es como si dijera un morrillo inmaterial.

Poiret. —Deja que lea...

Phellion (prosiguiendo). —*PREGUNTA:* ¿De dónde procede el alma? *RESPUESTA:* El alma procede de Dios, que la ha creado de una naturaleza simple e indivisible, y por tanto no puede concebirse su destrucción, y ha dicho...

Poiret (estupefacto). —¿Quién, Dios?

Phellion. —Sí, señor. Existe una tradición en este sentido.

Fleury (a Poiret). — ¡Haz el favor de no interrumpir!

Phellion (continuando). —Y ha dicho que la creó inmortal, es decir, que jamás puede morir. *PREGUNTA:* ¿Para qué sirve el alma? *RESPUESTA:* Para comprender, querer y recordar, lo que constituye el entendimiento, la voluntad y la memoria. *PREGUNTA:* ¿Para qué sirve el entendimiento? *RESPUESTA:* Para conocer las cosas. Constituye el ojo del alma.

Fleury. —¿Y el alma de qué es la mirada?

Phellion (prosiguiendo). —*PREGUNTA:* ¿Qué es lo que debe conocer el entendimiento? *RESPUESTA:* La verdad. *PREGUNTA:* ¿Por qué el hombre tiene voluntad? *RESPUESTA:* Para poder amar el bien y detestar el mal. *PREGUNTA:* ¿Qué cosa es el bien? *RESPUESTA:* Es lo que proporciona la felicidad.

Vimeux. — Y ese libro que usted está escribiendo, ¿está destinado a ser leído por señoritas?

Phellion. —Sí. (Continuando). *PREGUNTA:* ¿Cuántas clases de bienes hay?

Fleury. —¡Es prodigiosamente insinuante!

Phellion (indignado). —¡Por favor, caballero! (Calmándose). *He aquí la respuesta. Ésta es.* (Lee). *RESPUESTA:* Existen dos clases de bienes, los bienes eternos y los bienes temporales.

Poiret (haciendo una mueca despreciativa). —¿Y cree usted que ese libro va a venderse?

Phellion. —Me atrevo a esperar que así sea. Es preciso una gran contención de espíritu para establecer un sistema correcto de preguntas y respuestas, y por esto le rogaba a usted me permitiera continuar, ya que las respuestas...

Thuillier (interrumpiéndole). —Las respuestas podrían venderse aparte...

Poiret. —¿Se trata de otro juego de palabras?

Thuillier. —Sí, se podría hacer una ensalada de rapónchigos^[23].

Phellion. —He cometido el grave error de interrumpirle a usted (*vuelve a hundir la cabeza en sus carpetas*). Pero (*para sí mismo*) no piensan ya en el señor Rabourdin.

En aquel momento tenía lugar entre Des Lupeaulx y el ministro una escena que decidía la suerte de Rabourdin. Antes del almuerzo, el secretario general se había presentado a Su Excelencia en el despacho de éste, asegurándose de que La Brière no pudiese oírles.

—Su Excelencia no obra francamente conmigo...

«Hete aquí que estamos enfadados porque su amante se mostró ayer coqueta conmigo», pensó el ministro.

Y luego dijo en voz alta:

—Le creía a usted menos infantil, querido amigo.

—Si me considera usted amigo, pronto lo voy a saber.

El ministro dirigió una altanera mirada a Des Lupeaulx.

—Estamos solos y podemos hablar con entera libertad. El diputado del distrito en el cual está enclavada *mi propiedad*...

—¿Así, pues, se trata, en realidad, de una propiedad? —preguntó riendo el ministro para ocultar su sorpresa.

—Aumentada con doscientos mil francos de nuevas adquisiciones —prosiguió negligentemente Des Lupeaulx—. Usted conocía la dimisión de ese diputado desde hace diez días y todavía no me ha dicho nada, sabiendo, como sabe, mi deseo de sentarme en pleno centro. ¿Ha pensado usted en que yo podría adoptar la doctrina que terminará devorándole a usted y a la monarquía, si se continúa dejando que este partido siga reclutando hombres de talento, aunque desconocidos? ¿Se ha dado cuenta de que en una nación ño existen más de cincuenta o sesenta cerebros verdaderamente peligrosos, en los cuales la inteligencia esté en proporción a su ambición? Saber gobernar consiste en conocer esos cerebros, para aniquilarlos o hacérselos suyos. No sé si poseo talento, pero lo que sí estoy seguro de poseer es ambición, y comete usted un error al no querer llegar a un acuerdo con un hombre que no desea otra cosa que el bien para usted. La consagración deslumbra por un instante, ¿pero y después?... Después se reanudará la guerra de frases y las discusiones se emponzoñarán. ¡Pues bien, en lo que se refiere a usted, puede estar seguro de que no me encontrará en las filas del centro-izquierda! A pesar de las

maniobras que pueda realizar su prefecto, al cual indudablemente se le han dado instrucciones confidenciales contra mí, conseguiré la mayoría de votos. Ha llegado el momento de que usted y yo lleguemos a un acuerdo. Después de un golpe al estilo de Jarnac, se puede llegar a ser buenos amigos. Seré nombrado conde, y no se negará a mis servicios el Gran Cordón de la Legión de Honor. Pero me importan menos estos dos aspectos de la cuestión que otro en el que únicamente se ve afectado su interés... Todavía no ha firmado usted el nombramiento de Rabourdin, he tenido noticias importantes ésta misma mañana, y creo que quedaría mejor con todo el mundo si extendiera el nombramiento en favor de Baudoyer...

—¿Nombrar a Baudoyer? —exclamó el ministro—. ¿Es que usted no le conoce?

—Sí, pero cuando su incapacidad quede demostrada, podrá usted destituirle, rogando a sus protectores que le coloquen en su casa. Podrá disponer así de una dirección importante que ofrecer a sus amigos, lo que facilitará cualquier transacción para desembarazarse de algún ambicioso.

—Le prometí...

—Lo sé, pero no se trata de cambiar de opinión hoy mismo. Conozco perfectamente el peligro que entraña el decir sí y no en el transcurso de veinticuatro horas. Aplase usted los nombramientos, puede firmarlos mañana o pasado. Pasado mañana reconocerá que es completamente imposible conservar a Rabourdin, del cual, por otra parte, habrá recibido para entonces una linda dimisión.

—¿Su dimisión?

—Sí.

—¿Por qué?...

—Porque es el hombre de confianza de un poder desconocido, en favor del cual ha estado realizando espionaje por todos los Ministerios; Ja cosa se ha descubierto por una inadvertencia suya, se habla ya de ello, y los empleados están furiosos. Por favor, no despache usted con él hoy, yo ya me encargaré de buscarle una disculpa. Vaya a Palacio, estoy seguro que allí encontrará usted a varias personas satisfechas por el nombramiento de Baudoyer, y en compensación podrá conseguir algo que le interese. Una vez hecho, dará usted pruebas de gran energía, destituyendo a ese imbécil, ya que le ha sido, por así decirlo, impuesto.

—¿Qué es lo que le ha hecho cambiar tan de repente de opinión sobre Rabourdin?

—¿Ayudaría usted al señor de Chateaubriand a redactar un artículo contra el Ministerio? Pues así es como Rabourdin me trata en su informe —dijo entregando al ministro la nota que hacía referencia a él—. Quiere organizar un nuevo gobierno, sin duda en provecho de una sociedad que nos es desconocida. Seguiré mostrándome amistoso con él para mejor vigilarle: creo que con esto realizaré un servicio de suficiente importancia para conseguir el título de par, ya que dicho título es la única meta de mis deseos. Sépalo usted bien, no deseo ningún cargo ministerial ni nada parecido que pueda contrariarle, aspiro al título de par, lo que me permitirá contraer matrimonio con la hija de algún banquero, con doscientas mil libras de dote. Así,

pues, deje que realice en favor de usted algún señalado servicio que permita decir al rey que yo he salvado su trono. Hace mucho tiempo que lo vengo diciendo: el liberalismo no nos libraré batalla abierta; ha renunciado a las conspiraciones, al carbonarismo y a los alzamientos, pero está realizando un trabajo subterráneo y preparando un *¡quítate de ahí, que me pongo yo!* ¿Cree usted que he pasado el tiempo cortejando a la mujer de Rabourdin únicamente por placer? ¡No, tenía en mi poder determinados informes! Así, pues, dos cosas importantes para hoy: el aplazamiento de los nombramientos y su cooperación *sincera* para mi elección. Usted verá si al finalizar la temporada no le he pagado con creces mi deuda.

Por toda respuesta, el ministro recogió el trabajo preparado para el personal y se lo tendió a Des Lupeaulx.

—Voy a hacer decir a Rabourdin —prosiguió Des Lupeaulx— que aplaza el despacho de los asuntos de trámite hasta el próximo sábado.

El ministro accedió con una inclinación de cabeza.

El ordenanza del Secretariado atravesó corriendo todos los pasillos y oficinas y se presentó en la de Rabourdin, para avisar a éste que el despacho de trámite había sido aplazado hasta el sábado, día en que la Cámara únicamente se ocupaba de peticiones y por ello el ministro disponía de toda la jornada.

En aquellos momentos, Saillard soltó su frase a la señora del ministro, la cual le contestó, con dignidad, que ella no se ocupaba de los asuntos de Gobierno y que, por otra parte, había oído decir que el nombramiento recaería en la persona del señor Rabourdin. Saillard, espantado, subió inmediatamente al despacho de Baudoyer, donde encontró a Dutocq, Godard y Bixiou en un estado de exasperación difícil de describir, ya que estaban leyendo la terrible minuta del trabajo de Rabourdin sobre los funcionarios.

Bixiou (indicando con el dedo un pasaje de aquél). —*Aquí aparece usted, papá Saillard.*

Saillard. La Caja debe de ser suprimida en todos los Ministerios, que deben establecer sus cuentas a través del Tesoro. Saillard es rico y no tiene necesidad de ninguna pensión. *¿Quiere ver usted lo que dice de su yerno?* (Hojea el informe). *Aquí está:*

Baudoyer. Absolutamente incapaz. Darle las gracias y despedirle sin pensión alguna, es rico. —*¿Y del amigo Godard?* (Vuelve a hojear el informe).

Godard. Debe ser despedido con una pensión del tercio de sus emolumentos. —*En fin, aquí estamos todos. Yo soy un artista apto para ser destinado por la lista civil a la ópera a los Menus-Plaisirs o a un museo. Mucha inteligencia, poco dinero, incapaz de dedicación al trabajo, espíritu revoltoso. ¡Ah, ya te daré yo artista!*

Saillard. —*¿Suprimir las Cajas?... ¡Ese hombre es un monstruo!*

Bixiou. —*Veamos qué es lo que dice de nuestro misterioso Desroys. (Hojea el informe y lee).*

Desroys. Hombre peligroso por lo que tiene de inquebrantable en sus ideas

políticas, opuestas decididamente a todo principio monárquico. Hijo de un convencional, admira a la Convención; puede convertirse el día de mañana en un pernicioso libelista.

Baudoyer. —¡La policía no es tan hábil como él!

Godard. —Yo, por mi parte, voy inmediatamente a la Secretaría General para presentar una denuncia oficialmente; debemos presentar la dimisión en masa si nombran a semejante hombre.

Dutocq. —Por favor, señores, sean prudentes. Si nos insurreccionamos antes de tiempo, podríamos ser acusados de venganza y de interés personal. No, dejemos que se extienda el rumor. Cuando se haya sublevado la Administración entera, sus demandas tendrán el consentimiento general.

Bixiou. —Dutocq se halla en la línea del aria ideada por el sublime Rossini para el personaje de *Basilio*, lo que demuestra que este gran compositor tiene talento político. Eso me parece justo y conveniente. Pasaré a dejar tarjeta por casa de Roubourdin mañana por la mañana, y haré imprimir en ellas: BIXIOU; y debajo, como títulos: *poco dinero, poca dedicación al trabajo, espíritu revoltoso.*

Godard. —¡Excelente idea, señores! Hagamos imprimir nuestras tarjetas, y que Roubourdin las tenga mañana por la mañana.

Baudoyer. —Señor Bixiou, encárguese de este detalle, y haga destruir las planchas en cuanto haya sido impresa una sola prueba.

Dutocq (llevándose aparte a Bixiou). —¡Y bien! ¿Quiere dibujar la caricatura?

Bixiou. —Ahora comprendo que usted debía conocer el secreto desde hace diez días. (*Le mira a lo blanco de sus ojos*). ¿Seré nombrado subjefe?

Dutocq. —Mi palabra de honor, y además recibirá mil francos en concepto de gratificación, como ya le he dicho. No tiene usted idea del servicio que presta a las altas y poderosas esferas.

Bixiou. —¿Las conoce usted?

Dutocq. —Sí.

Bixiou. —Pues bien, deseo hablar con ellas.

Dutocq (con dureza). —Haga usted el dibujo y será subjefe; en caso contrario, se quedará sin el cargo.

Bixiou. —Y los mil francos, ¿dónde están?

Dutocq. —Se los daré en cuanto me entregue el dibujo.

Bixiou. —Adelante, pues. Mañana la caricatura correrá por todas las oficinas. Vayamos a atontar a los de la oficina Roubourdin. (Dirigiéndose a Saillard, Godard y Baudoyer, que están hablando en voz baja en un rincón). *Vamos a socavar la moral de nuestros vecinos.* (Sale con Dutocq y entra en la oficina Roubourdin. Al verle llegar, los rostros de Fleury, Thuillier y Vimeux se animan). ¡Vaya! ¿Qué es lo que les sucede, señores? Lo que antes les dije es tan verdad que ustedes mismos pueden ir a ver personalmente la prueba de la más infame de las delaciones en el despacho del virtuoso, honrado, amable, probo y piadoso Baudoyer, que por cierto es incapaz de

hacer una cosa parecida. Vuestro jefe ha ideado una especie de guillotina para sus empleados, esto es cierto, ¡pueden ir a verlo! Sigán la moda establecida, vayan a verlo, y si no quedan contentos, no paguen, podrán disfrutar de su desventura completamente GRATIS. Los nombramientos han sido aplazados. Las oficinas están llenas de este rumor, y Roubourdin acaba de ser avisado de que hoy no despachará con el ministro. ¡Venga, vayan ya!

Phellion y Poiret se quedaron solos. El primero sentía demasiado afecto hacia Roubourdin para ir en busca de una prueba que era susceptible de perjudicar a un hombre a quien no deseaba juzgar; al segundo no le quedaban más que cinco días de servicio. En aquel momento bajó Sebastián para recoger todo el trabajo que debía ser objeto de firma, y aunque no dijo nada, quedó muy extrañado al encontrar la oficina desierta.

Phellion. —Mi joven amigo (*se pone en pie, cosa rara*), sabe usted los rumores que corren y lo que sucede referente al señor Roubourdin, al que me consta aprecia usted mucho (*baja la voz, y se acerca al oído de Sebastián*), y al que yo aprecio tanto como considero? Se dice que ha cometido la imprudencia de dejarse arrebatar un informe que estaba redactando sobre los empleados... (*Después de pronunciar estas palabras, Phellion se calla, y se ve obligado a sostener en sus nervudos brazos al joven Sebastián, que se ha puesto pálido como una rosa blanca, deshojándose sobre una silla*). Una llave en la nuca, señor Poiret, ¿tiene usted una llave?

Poiret. —Siempre llevo la de mi piso.

(El viejo-joven Poiret aprieta su llave en la nuca de Sebastián, al que Phellion hace beber un trago de agua fría. El pobre muchacho no abre los ojos si no es para derramar un torrente de lágrimas. Apoya la cabeza sobre la mesa de trabajo de Phellion y deja caer el cuerpo, abandonado y flácido como si hubiera sido alcanzado por un rayo, y sus sollozos son tan penetrantes, tan verdaderos y abundantes, que por primera vez en su vida Poiret se siente emocionado a la vista del dolor ajeno).

Phellion (elevando la voz). — ¡Vamos, vamos, valor, mi joven amigo! En las grandes circunstancias hace falta tener presencia de ánimo. Es usted ya un hombre. ¿Qué ha sucedido? ¿Qué es lo que ha podido afectarle tan profundamente?

Sebastián (a través de sus sollozos). —He sido yo el que ha perdido al señor Roubourdin. Dejé abandonado el informe que estaba copiando; he matado a mi benefactor y me moriré por ello. ¡Un hombre tan generoso! ¡Un hombre que merecería ser ministro!

Poiret (sonándose). —Así, pues, ¿es verdad que ha estado haciendo informes?

Sebastián (a través de sus sollozos). —Pero era para... ¡Vaya, sólo falta que ahora divulgue sus secretos! ¡Ah, el miserable Dutocq fue quien lo robó!...

Y el llanto y los sollozos se reanudaron con tal ímpetu que Roubourdin oyó desde su despacho los gemidos y subió a la oficina. El jefe encontró a Sebastián casi desvanecido, como un Cristo entre los brazos de Phellion y Poiret, que parodiaban simiescamente la actitud de las dos Marías, y cuyas caras aparecían crispadas por la

emoción.

Rabourdin. —¿*Qué es lo que sucede, señores?* (Sebastián se pone en pie y cae de rodillas ante Rabourdin).

Sebastián. —¡Yo le he perdido, señor! ¡El informe, Dutocq, el reloj, sin duda me estuvo espiando!

Rabourdin (con calma). —*Ya lo sabía.* (Hace que Sebastián se ponga en pie y le sostiene). *Es usted todavía un niño, amigo mío.* (Dirigiéndose a Phellion). *¿Dónde están los demás?*

Phellion. —Señor, han ido al despacho del señor Baudoyer a ver un informe que dicen...

Rabourdin. —*Basta.* (Sale sosteniendo a Sebastián. Phellion y Poiret se miran con sorpresa y sin saber qué decirse).

Poiret (a Phellion). —¡El señor Rabourdin!

Phellion (a Poiret). —¡*El señor Rabourdin!*

Poiret. —¡Sí, claro, el señor Rabourdin!

Phellion. —Ya ha visto usted cómo se comporta, con qué tranquilidad y con qué dignidad...

Poiret (adoptando un aire ladino, que parece una mueca). —Detrás de todo esto debe haber algo que no sabemos.

Phellion. —¡Y pensar que un hombre de honor, puro, sin mácula!...

Poiret. —¿Se refiere usted a Dutocq?

Phellion. —Señor Poiret, ¿cree usted que puedo referirme a Dutocq? ¿Es que no quiere comprenderme?

Poiret (con tres o cuatro inclinaciones de cabeza da su respuesta). —*Sí, le comprendo perfectamente.* (Entran los demás empleados).

Fleury. —¡Esto es algo increíble! Después de haberlo leído con mis propios ojos, me sigue pareciendo increíble. ¡El señor Rabourdin, el más digno de los hombres! A fe mía, que si existen espías entre hombres así, hay motivos para renegar de la virtud. Había situado a Rabourdin entre los héroes de Plutarco.

Vimeux. —¡Oh! ¡Verdades!

Poiret (pensando en que sólo le quedan cinco días de ir a la oficina). —Pero, señores, ¿qué me dicen ustedes del que ha robado el informe, del que ha estado espiando al señor Rabourdin? (*Dutocq desaparece*).

Fleury. —¡Que es un Judas Iscariote! ¿Quién fue?

Phellion (con elegancia). —No se halla entre nosotros.

Vimeux (como súbitamente iluminado). —¡*Dutocq!*

Phellion. —Yo no he visto la prueba, señor. Mientras ustedes estaban fuera, este joven, el señor Delaroche, ha estado a punto de morir de pena. ¡Todavía pueden verse sus lágrimas sobre mi mesa de trabajo!...

Poiret. — Hemos tenido que sostenerle entre nuestros brazos para que no se cayera. Y le hemos puesto en la nuca la llave de mi piso, vaya, vaya, aún la debe de

tener él. (*Poiret sale*).

Vimeux. —El ministro no ha querido despachar hoy con el señor Rabourdin, y el señor Saillard, a quien ha llamado el jefe de personal, y con quien ha estado hablando unos minutos, ha ido corriendo a avisar al señor Baudoyer para que presentara una instancia solicitando le fuera concedida la Legión de Honor; hay una para ser concedida en la división con motivo del primero de año, y ha sido otorgada al señor Baudoyer. ¿Está esto claro? El señor Rabourdin ha sido sacrificado por los mismos que le emplean. Es lo que dice Bixiou. Todos nosotros hemos sido suprimidos, excepto Phellion y Sebastián.

Du Bruel (llegando). —Bien, señores, ¿es verdad lo que se dice?

Thuillier. —Perfectamente cierto.

Du Bruel (volviéndose a poner el sombrero). —*Hasta la vista, señores*. (*Sale*).

Thuillier. —¡El sainetero no se divierte en la primera línea de fuego! Debe de ir corriendo a casa del duque de Réthoré, o a la del duque de Maufrigneuse, ¡pero ya puede correr! Dicen que nuestro jefe será Colleville.

Phellion. —No obstante, parecía que apreciaba al señor Rabourdin.

Poiret (regresando). —He pasado las penas del infierno para poder recuperar la llave de mi piso; ese pequeño se deshace en lágrimas y el señor Rabourdin ha desaparecido completamente. (*Vuelven a entrar Dutocq y Bixiou*).

Bixiou. —¡En su oficina pasan cosas muy raras! ¿Y du Bruel? (*Mira dentro del despacho*). Se ha ido.

Thuillier. —¡Y al galope!

Bixiou. —¿Y Rabourdin?

Fleury. —¡Fundido! ¡Destilado! ¡Convertido en humo! ¡Decir que un hombre como él, el más generoso y digno de los hombres...!

Poiret (a Dutocq). —En medio de su dolor, señor Dutocq, el joven Sebastián le acusa a usted de haberse apoderado del informe, hace diez días...

Bixiou (mirando a Dutocq). —*Tiene usted que lavar esta acusación, amigo mío*. (Todos los empleados miran fijamente a Dutocq).

Dutocq. —¿Dónde se ha metido ese áspid que lo copiaba?

Bixiou. —¿Y cómo sabía usted que lo copiaba? Amigo mío, únicamente el diamante puede rayar al diamante. (*Sale Dutocq*).

Poiret. —Escuche, señor Bixiou, sólo me quedan cinco días y medio en las oficinas, y desearía por una vez, por una sola vez, tener el placer de comprender algo de lo que usted dice. Hágame el favor de explicarme qué tienen que ver los diamantes en estas circunstancias...

Bixiou. —Esto quiere decir, papá, ya que por una vez voy a descender hasta usted, que del mismo modo que solamente un diamante puede rayar a otro diamante, únicamente un curioso puede vencer a otro curioso.

Fleury. —Y donde dice curioso, ponga la palabra espía.

Poiret. —¡Sigo sin comprender!...

Bixiou. —Está bien, será en otra ocasión.

El señor Roubourdin se había apresurado a presentarse al ministro. Éste se hallaba en la Cámara. Roubourdin se encaminó a la Cámara de los Diputados, donde escribió un billete al ministro. El ministro estaba en la tribuna, ocupado en una acalorada discusión. Roubourdin esperó, no en la sala de conferencias, sino en el patio, y se decidió, a pesar del frío, a apostarse junto al coche de Su Excelencia, con la finalidad de poderle abordar cuando se dispusiera a subir a él. El ujier le había dicho que el ministro se hallaba enfrascado en una violenta polémica contra los diecinueve de la extrema izquierda, y que se estaba desarrollando una sesión muy tempestuosa. Roubourdin paseaba por el patio del Palacio, presa de una febril agitación, y estuvo esperando durante cinco mortales horas. A las seis y media se inició el desfile; pero el lacayo del ministro llegó corriendo para decir al cochero:

—¡Eh!, Juan, monseñor se ha ido con el ministro de la Guerra; van a Palacio, donde cenarán con el rey. Tenemos que ir a buscarle allí a las diez, parece que se celebrará Consejo.

Roubourdin regresó lentamente a su casa, con un abatimiento fácil de concebir. Eran las siete. Apenas tuvo tiempo para cambiarse de ropa.

—¡Bien, ya has sido nombrado! —le dijo alegremente su mujer cuando apareció en el salón.

Roubourdin levantó la cabeza con un movimiento de horrible melancolía, y contestó:

—Temo que no podré poner nunca más los pies en el Ministerio.

—¡Cómo! —exclamó su esposa, agitada por una terrible ansiedad.

—¡Mi memoria sobre los empleados corre por todas las oficinas, y me ha sido imposible sostener una entrevista con el ministro!

Celestina tuvo una rápida visión, en la que uno de sus infernales relámpagos le aclaró todo el significado de su última conversación con Des Lupeaulx.

«Si me hubiese portado como una mujer vulgar, hubiésemos conseguido la plaza», pensó.

Contempló a Roubourdin con dolor. Se produjo un penoso silencio, y la cena transcurrió en medio de profundas y mutuas meditaciones.

—Hoy es nuestro miércoles —dijo ella.

—No está todo perdido, mi querida Celestina —repuso Roubourdin depositando un beso en la frente de su mujer—. Quizá mañana por la mañana pueda hablar con el ministro y todo quede explicado. Sebastián ha pasado la noche trabajando, todo está copiado, terminado y compaginado; rogaré al ministro que lea el informe, y se lo dejaré sobre la mesa. La Brière me ayudará. No se puede condenar a un hombre sin escucharle.

—Siento curiosidad por saber si Des Lupeaulx vendrá, a vernos esta noche.

—¿Él?... Seguro que no faltará —contestó Roubourdin—. Tiene algo de tigre, y le

gusta ver la sangre de la herida que ha producido.

—¡Mi pobre amigo! —continuó su mujer cogiéndole una mano—. No puedo comprender cómo un hombre que ha sido capaz de concebir una reforma administrativa tan importante no ha sabido mantenerla en secreto, puesto que no debía ser conocida por nadie. Ésta es una de esas ideas que deben guardarse encerradas en la propia conciencia, ya que el mismo que las concibe es el único capaz de ponerlas en práctica. Deberías actuar en tu esfera, como Napoleón actuaba en la suya; ¡se doblegó, se enderezó, subió! ¡Sí, Bonaparte supo encaramarse en la vida! Para poder ser nombrado general en jefe, no tuvo inconveniente en casarse con la querida de Barrás. Hubiese sido preciso esperar, hacerse nombrar diputado, seguir los vaivenes de la política, unas veces en el fondo del mar y otras encima de las más altas olas, y, como el señor de Villèle, adoptar la divisa italiana *Col tempo*, que puede traducirse por: *Todo llega para el que sabe esperar*. Aquel orador supo estar al acecho del Poder durante siete años, empezando en 1814 con una protesta contra la Carta, a la misma edad que tienes tú ahora. Aquí está el verdadero error, tú actúas como un subordinado cuando estás hecho para mandar.

La llegada del pintor Schinner impuso silencio a la mujer y al marido, a quien las palabras de ella habían dejado ensimismado.

—Estimado amigo —dijo el pintor estrechando la mano al administrativo—, el afecto y consideración de un artista, son perfectamente inútiles; pero, en estas circunstancias, nosotros sabemos ser fieles a la amistad. He leído el periódico de la noche. Baudoyer ha sido nombrado director y le han concedido la Legión de Honor...

—Yo soy más antiguo que él, llevo veinticuatro años de servicio —contestó sonriendo Roubourdin.

—Me une bastante amistad con el señor conde de Sérizy, ministro de Estado, si le interesa a usted entrar a formar parte de su Ministerio, puedo ir a verle —añadió Schinner.

El salón se fue llenando de personas para quienes eran completamente desconocidas las cuestiones administrativas. Du Bruel no compareció. La señora Roubourdin multiplicó sus encantos y sus gracias, como el caballo que, herido durante una batalla, encuentra todavía fuerzas para llevar a su dueño.

—Es una mujer muy valerosa —comentaron algunas de las mujeres asistentes, que se mostraron encantadoramente amables con ella al verla en el infortunio.

—No obstante, ha tenido muchas atenciones con Des Lupeaulx —dijo la baronesa del Châtelet a la vizcondesa de Fontaine.

—¿Cree usted que...? —preguntó la vizcondesa.

—Si así hubiera sido, el señor Roubourdin hubiese conseguido al menos una condecoración —repuso la señora de Camps defendiendo a su amiga.

Hacia las once de la noche se presentó Des Lupeaulx, y su aspecto solamente se puede describir diciendo que sus lentes estaban tristes y sus ojos alegres; pero el cristal encubría tan perfectamente las miradas, que se hubiese tenido que ser un gran

fisionomista para descubrir lo diabólico de su expresión. Se acercó a estrechar la mano de Roubourdin, quien no pudo evitar el dársela.

—Tenemos que hablar —le dijo yéndose a sentar al lado de la hermosa Roubourdin, quien le acogió maravillosamente.

—¡Ah! —exclamó lanzándole una mirada de reojo—. ¡Qué grande es usted! La encuentro tal como esperaba encontrarla, sublime en la derrota. ¿Sabe usted que es sumamente raro que una persona de rango superior sepa responder a la idea que uno se ha hecho de ella? ¡Así, pues, el fracaso no la ha impresionado! Hace usted bien, triunfaremos —le dijo al oído—. Su suerte continúa dependiendo de sus propias manos, mientras siga teniendo por aliado a un hombre que la adora. Tenemos que celebrar consejo.

—Pero Baudoyer ha sido ya nombrado, ¿no? —preguntó ella.

—Sí —respondió el secretario general.

—¿Y ha sido condecorado?

—Aún no, pero lo será.

—¿Y bien?

—Usted todavía ignora los secretos de la política.

Mientras iba transcurriendo aquella velada, que a la señora Roubourdin le parecía eterna, en la plaza Royale se estaba desarrollando una de aquellas comedias que tienen lugar en siete salones de París cada vez que cambia un Ministerio. El salón de Saillard estaba lleno a rebosar. El señor y la señora Transon llegaron a las ocho. La señora Transon abrazó a la señora Baudoyer, *de soltera Saillard*. El señor Bataille, capitán de la Guardia Nacional, se presentó con su esposa y con el cura de San Pablo.

—Señor Baudoyer, quiero ser la primera en felicitarle —dijo la señora Transon—; por fin se ha hecho justicia a sus méritos. Vaya, ¡tiene usted bien ganado su ascenso!

—Ya es usted director —añadió el señor Transon frotándose las manos—. Un hecho muy halagador para el barrio.

—Y puede decirse que se ha conseguido sin necesidad de recurrir a ninguna intriga —comentó papá Saillard—. Nosotros no somos intrigantes, ni tenemos necesidad de asistir a las veladas íntimas del ministro.

El tío Mitral se frotó la nariz, sonriendo, y miró a su sobrina Isabel, que estaba hablando con el Títere. Falleix no sabía qué pensar de la ceguera que demostraban tanto Baudoyer como Saillard. Llegaron también los señores Dutocq, Bixiou, du Bruel, Godard y Colleville, nombrado subjefe.

—¡Qué dibujo! —dijo Bixiou a du Bruel—. ¡Qué linda caricatura podría hacerse con todos estos personajes, si se les pudiera dibujar bajo forma de ratas; de doradas o de cangrejos, bailando una zarabanda!

—Señor director —dijo Colleville—, he venido a felicitarle, o más bien a felicitarnos a nosotros mismos por tenerle a usted al frente de la Dirección, y venimos a ponemos a su disposición y a asegurarle nuestra celosa cooperación.

El señor y la señora Baudoyer, padre y madre del flamante director, gozaban también de la gloria de su hijo y de su nuera. El tío Bidault, que había cenado en la casa, tenía una mirada astuta que espantó a Bixiou.

—¡He aquí a uno —murmuró el artista dirigiéndose a du Bruel y mostrándole al Títere— que puedes aprovechar para hacer de él un personaje de sainete! ¿Qué es lo que vende? Un chino como éste debería colocar su muestra en los *Deus-Magots*. ¡Y qué levitón! Hasta ahora creí que únicamente Poiret era capaz de usar uno parecido después de diez años de exposición a las intemperies de París.

—Baudoyer está magnífico —comentó du Bruel.

—¡Aturdidor! —respondió Bixiou.

—Caballeros —les dijo Baudoyer—, tengo el gusto de presentarles a mi tío camal Mitral, y a mi tío-abuelo, por parte de mi esposa, el señor Bidault.

El Títere y Mitral lanzaron sobre los tres funcionarios una de aquellas intensas miradas en las que brillaba el color del oro, y que produjeron gran impresión en el ánimo de los dos bromistas.

—¡Vaya! —dijo Bixiou, cuando más tarde pasaban por debajo de las arcadas de la Place Royale—. ¿Has examinado bien a los dos tíos? Son dos ejemplares de Shylock. Estoy seguro de que van al mercado a invertir sus escudos a un cien por cien de interés a la semana. Prestan con garantías prendarias, venden ropa usada, latas, quesos, mujeres y niños; son una especie de árabes-judíos-griegos-lombardos-ge noveses-parisienses, amamantados por una loba e hijos de una turca.

—Soy de tu opinión —repuso Godard—. El tío Mitral ha sido ujier.

—¡Lo ves! —añadió du Bruel.

—Voy a ver tirar la piedra —prosiguió Bixiou—, pero me gustaría estudiar el salón de Roubourdin; tú, du Bruel, tienes mucha suerte al poder ir.

—¿Yo? —contestó el sainetero—. ¿Qué quieres que haga yo allí? Mi cara no es muy adecuada para expresiones de condolencia. Además, sería muy poco elegante ir hoy precisamente a hacer cola en casa de una persona destituida.

A medianoche, el salón de la señora Roubourdin se hallaba desierto, no quedaban en él más que dos o tres personas. Des Lupeaulx y los dueños de la casa. Cuando se hubieron marchado Schinner y el señor y la señora de Camps, Des Lupeaulx se puso en pie con aire misterioso, se apoyó en el reloj de pared y miró alternativamente a la esposa y al marido.

—Amigos míos —les dijo—, nada hay perdido aún, ya que tanto el ministro como yo estamos a su lado. Dutocq, entre dos poderes, ha elegido el que le ha parecido más poderoso. Sirviendo a la Gran Limosnería y a la Corte, me ha traicionado a mí, y es sabido que un político no debe quejarse jamás de una traición. Baudoyer será destituido dentro de algunos meses y destinado, sin duda, a la Prefectura de Policía, puesto que la Gran Limosnería no le abandonará.

Soltó una larga parrafada sobre la Gran Limosnería, acerca los peligros que corría el Gobierno al tenerse que apoyar en la Iglesia, en los jesuitas, etc. Pero no es inútil

hacer constatar que ni la Corte ni la Gran Limosnería, a la cual los periódicos liberales atribuían una influencia enorme sobre la Administración, se habían mezclado muy poco en el asunto Baudoyer. Aquellas pequeñas intrigas se diluían en las altas esferas al enfrentarse con los grandes intereses que las agitaban. Si bien el cura de San Pablo y el señor Gaudron se habían permitido alguna recomendación, cualquier solicitud hubiera sido mandada al fondo del océano a la primera observación en contra del ministro. La policía de la Congregación se basa en las pasiones, y sus componentes se dedican a denunciarse unos a otros... El poder oculto de dicha Asociación no era realmente formidable más que por hacer propia y siempre vigente la fórmula de *Ayúdate a ti mismo, y el cielo te ayudará*, y por la acción con que la dotaban gratuitamente sus afiliados, amenazándose mutuamente. En fin, las calumnias liberales se complacían presentando a la Gran Limosnería como si fuera un gigante político, administrativo, civil y militar. El miedo ayuda siempre en la erección de ídolos. En aquellos momentos, Baudoyer creía en el poder de la Gran Limosnería, mientras que en realidad la única limosnería que le había protegido tenía su sede en el Café Thémis. Existen en ciertas épocas nombres, instituciones, fuerzas, a los que se les atribuyen todas las calamidades, a los que se les niega cualquier talento, y que sirven de razón coeficiente para los bobos. Del mismo modo que al señor de Talleyrand se le atribuyó el hecho de recibir cualquier acontecimiento importante con una frase ingeniosa, en aquellos momentos de la Restauración, se atribuía a la Gran Limosnería el poder de hacerlo y deshacerlo todo. Desgraciadamente, no hacía ni deshacía nada. Su influencia no se hallaba en manos de un cardenal de Richelieu, ni de un cardenal Mazzarino, sino en las manos de una especie de cardenal de Fleury, el cual, tímido durante cinco años, no tuvo más que un momento de osadía durante ellos, y aún en ocasión poco y mal elegida. Más tarde, la doctrina hizo impunemente en Saint-Merry más de lo que Carlos X pretendió hacer en julio de 1830. Sin el artículo referente a la censura, tan estúpidamente incluido en la Carta, el periodismo hubiese tenido también su propio Saint-Merry. La rama menos dinástica hubiese realizado igualmente el plan de Carlos X.

—Continúe en su puesto de jefe de oficina a las órdenes de Baudoyer, tenga valor para ello —prosiguió Des Lupeaulx—. Muéstrese como un verdadero político; deje a un lado las ideas y los impulsos generosos, enciérrese en sus funciones; no dirija la palabra a su director, no le dé ni un solo consejo, no haga nada sin que él se lo ordene. En tres meses, Baudoyer tendrá que dejar el Ministerio, o será destituido o desterrado a otra plaza administrativa. Quizá sea destinado a la Casa Real. Por dos veces en el transcurso de mi vida, me he visto sumergido en un alud de estupideces e injusticias como la que le ahoga ahora a usted, y la he dejado pasar.

—Sí, eso está bien —contestó Roubourdin—, pero usted no ha sido calumniado, no ha sido afectado en su honor, no se ha visto comprometido...

—¡Ja, ja, ja! —interrumpió Des Lupeaulx al jefe de oficina con una risa homérica—. ¡Pero si éste es el pan de cada día de cualquier hombre de talento en nuestra

hermosa Francia! Existen dos maneras de enfocar el asunto: o someterse, en cuyo caso hay que liar el petate e irse a plantar coles, o sobreponerse, y entonces hay que andar por la vida sin temor y sin volver la cabeza.

—Para mí no existe más que una manera de desenredar la madeja en la que me han envuelto el espionaje y la traición, y es la de tener una explicación inmediata con el ministro —aseguró Rabourdin—. Y si usted me aprecia tan sinceramente como dice, le ruego me proporcione una entrevista con él mañana mismo.

—¿Quiere usted exponerle su plan de administración?...

Rabourdin inclinó la cabeza.

—¡Bien!, confíeme sus planes, sus memorias, y le juro que el ministro pasará la noche estudiándolos.

—Entonces, adelante —dijo impulsivamente Rabourdin—, ya que lo menos que merezco, al cabo de seis años de trabajar en este asunto, es tener la satisfacción de pasar dos o tres horas con un ministro del rey, que estoy seguro se verá obligado a dar el visto bueno a tanta perseverancia.

Colocado por la tenacidad de Rabourdin en un callejón sin salida, y no pudiendo emplear con él ninguna treta, Des Lupeaulx dudó por un instante, y dirigió una mirada hacia la señora Rabourdin, preguntándose:

«¿Qué podrá más, el odio que siento hacia él o la pasión que experimento hacia ella?».

—Si no tiene usted confianza en mí —dijo al jefe de oficina después de una pausa—, veo que me consideraba siempre tal como me reflejó en su *nota secreta*. Buenas noches, señora.

La señora Rabourdin le devolvió el saludo con frialdad.

Celestina y Xavier se retiraron cada uno por su lado, tan oprimidos se sentían por el desengaño. La esposa pensaba en la terrible situación en que se encontraba con respecto a su marido. El jefe de oficina, que estaba dispuesto a no poner más los pies en el Ministerio y a presentar su dimisión, se hallaba perdido en la inmensidad de sus reflexiones; se trataba de emprender una nueva vida, siguiendo un nuevo camino. Se quedó toda la noche al lado del fuego, tan absorto, que no se dio cuenta de que Celestina había ido junto a él varias veces, de puntillas, durante la noche.

«Ya que debo ir por última vez al Ministerio para recoger mis papeles y poner a Baudoyer al corriente de los asuntos en trámite, probemos el efecto que puede producir mi dimisión», se dijo.

La redactó, meditando largamente las frases de la carta que la acompañaba y que transcribimos a continuación:

Monseñor:

Tengo el honor de adjuntar a Su Excelencia mi dimisión. Pero creo recordará haberme oído decir que habla puesto en sus manos mi honor, y que éste dependía de una explicación inmediata. Tal explicación la he implorado vanamente, y tal

vez en los momentos actuales sería ya inútil, ya que un fragmento de mi estudio sobre la administración, completamente desfigurado, corre por las oficinas de mano en mano, y ha sido tan mal interpretado por el odio y la envidia, que me obliga a retirarme ante la tácita reprobación del poder. Su Excelencia pudo pensar, la mañana en que mostré deseos de hablarle, que quería hacerlo para intentar conseguir un ascenso, cuando la realidad es que no pensaba más que en el mayor prestigio de su Ministerio y en el bien público; tenía especial interés en rectificar sus posibles pensamientos al respecto.

Seguían las fórmulas de cortesía.

Eran las siete y media cuando aquel hombre dejó consumado el sacrificio de sus propias ideas, quemando toda su obra. Fatigado por la meditación y vencido por los sufrimientos morales, se adormeció con la cabeza apoyada sobre el respaldo de su sillón. Fue despertado por una extraña sensación; tenía las manos húmedas de las lágrimas de su mujer, arrodillada a su lado. Celestina acababa de leer la dimisión. Había medido toda la profundidad de la caída. Tanto ella como Ravourdin iban a quedar reducidos a tener que vivir con cuatro mil libras de renta. ¡Había contraído deudas que ascendían a treinta y dos mil francos! Aquello era la más indigna de todas las miserias. Y aquel hombre, tan noble de espíritu y tan confiado, ignoraba aún el abuso de confianza que ella se había permitido al derrochar la fortuna que le había confiado. Sollozaba a sus pies, hermosa como una Magdalena.

—La desgracia es completa —dijo Xavier en su espanto—. He quedado deshonrado en el Ministerio y en...

Un resplandor de honor puro brilló en los ojos de Celestina. Se puso en pie como un caballo espantado y lanzó sobre Ravourdin una mirada capaz de fulminarle.

—¡YO!, ¡yo! —exclamó en dos tonos sublimes—. ¿Me consideras una mujer vulgar? ¿No habrías sido nombrado si yo no llego a fracasar? Pero —continuó ella— esto es más fácil de creer que la pura verdad.

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó Ravourdin.

—Lo sabrás en dos palabras. Debemos treinta y dos mil francos.

Ravourdin cogió a su mujer con un impulso violento e imprevisible y la sentó en sus rodillas con verdadera alegría.

—Consuélate, querida mía —dijo con un tono de voz que dejaba traslucir toda su bondad y que cambió la amargura de sus lágrimas en algo muy dulce e inexplicable—. ¡Yo también he cometido errores! He trabajado inútilmente en favor de mi patria, o por lo menos he creído poderle ser útil... A partir de ahora voy a tomar otro camino. Si me hubiese dedicado a la venta de ultramarinos en estos momentos seríamos millonarios. ¡Pues bien, vendamos ultramarinos! ¡Tú sólo tienes veintiocho años, ángel mío! Dentro de diez años, el comercio te habrá proporcionado todo cuanto puedas desear, y a lo cual sólo deberemos renunciar por una corta temporada. Yo tampoco, querida niña, soy ningún marido vulgar. ¡Venderemos nuestra granja! En

los últimos siete años ha aumentado su valor. Esta plusvalía y el producto de la venta del mobiliario serán suficientes para pagar *mis* deudas...

Abrazó a su marido mil veces en un solo beso, por aquella generosa frase.

—Dispondremos —continuó él— de cien mil francos para emplear en cualquier negocio. Antes de un mes, habré tenido ocasión de realizar alguna especulación. La suerte que ha hecho a un Saillard encontrar un Martín Falleix tampoco nos fallará a nosotros. Espérame para el almuerzo. Regresaré del Ministerio libre del dogal que me ata a la miseria.

Celestina estrechó a su marido entre sus brazos, con una fuerza de la que carecen los hombres en sus momentos de mayor indignación, ya que la mujer es más fuerte por el sentimiento que el hombre por su potencia física. Ella reía, lloraba y sollozaba, todo a la vez.

Cuando Roubourdin salió de casa, a las ocho, la portera le entregó las burlonas tarjetas de Baudoyer, Bixiou, Godard y otros. No obstante, se dirigió hacia el Ministerio, encontrando a Sebastián en la puerta, quien le suplicó no fuera a las oficinas, por las que circulaba una infame caricatura de él.

—Si quiere usted suavizar en algo la amargura de la caída —contestó Roubourdin—, entrégueme un ejemplar de ese dibujo, ya que voy a entregar personalmente mi dimisión a Ernesto de La Brière, a fin de que no sea desnaturalizada si sigue la vía administrativa. Tengo mis razones para desear poseer esta caricatura.

Cuando, después de asegurarse de que su carta se hallaba en manos del ministro, Roubourdin regresó al patio, donde Sebastián, inundado de lágrimas, le entregó la litografía, mostraba los principales rasgos a través de un ligero croquis.

—Está realizado muy inteligentemente —comentó Roubourdin, presentando al supernumerario una frente tan serena como la del Salvador cuando la pusieron la corona de espinas.

Entró en las oficinas con aire tranquilo, dirigiéndose primero al despacho de Baudoyer, para rogarle tuviera la amabilidad de ir al despacho del jefe de la división, a fin de recibir de él las correspondientes instrucciones relativas a los asuntos que el rutinario Baudoyer debía solucionar a partir de aquel momento.

—Dígale al señor Baudoyer que esto no admite retraso alguno —añadió delante de Godard y de los otros empleados—, pues mi dimisión está ya en manos del ministro, y no deseo permanecer en estas oficinas ni cinco minutos más de los precisos.

Al percibir a Bixiou, Roubourdin se dirigió hacia él y le mostró la litografía; y, con gran estupefacción para todos, le dijo:

—¿No tenía yo razón cuando decía de usted que era todo un artista? La lástima es que haya dirigido usted la punta de su lápiz contra un hombre que no podía ser juzgado de tal forma, ni aun en las oficinas ministeriales. ¡Pero, en fin, qué le vamos a hacer, en Francia acostumbramos a reírnos de todo, incluso de Dios!

Después acompañó a Baudoyer hasta el departamento del difunto La Billardière.

En la puerta se hallaban Phellion y Sebastián, los únicos que en medio de aquel gran desastre particular, se atrevían a permanecer ostensiblemente fieles al acusado. Éste, dándose cuenta de que los ojos de Phellion estaban húmedos, no pudo contenerse y le estrechó la mano.

—Señor —dijo aquella buena persona—, si podemos serle útiles en cualquier cosa, puede disponer de nosotros...

—Pasen ustedes, amigos míos —les pidió Rabourdin con noble amabilidad—. Sebastián, hijo mío, redacte su dimisión y mándela por Lorenzo, ya que se halla envuelto en la calumnia que me ha hundido; pero yo sabré cuidar de su porvenir: ya no nos separaremos jamás.

Sebastián reanudó su llanto.

Rabourdin se encerró en el despacho del difunto señor de La Billardière con Baudoyer, y Phellion le ayudó a poner al nuevo jefe de la división en presencia de todas las dificultades administrativas. A cada expediente que Rabourdin le presentaba y le explicaba, a cada carpeta abierta, los ojillos de Baudoyer aumentaban de tamaño hasta parecer platos.

—Adiós, señor —le dijo finalmente Rabourdin con tono a la vez solemne y burlón.

Mientras tanto, Sebastián había estado haciendo un paquete con todos los papeles particulares del jefe de oficina, y los había llevado hasta un *fiacre*. Rabourdin salió por el patio principal del Ministerio, viendo a todos los empleados asomados a las ventanas. Esperó un instante las órdenes del ministro, pero éste no dio señales de vida. Phellion y Sebastián acompañaban a Rabourdin. Phellion escoltó valerosamente al hombre caído hasta la calle Duphot, expresándole una respetuosa admiración. Regresó satisfecho de sí mismo a la oficina para ocupar nuevamente su plaza, después de haber rendido honores fúnebres al talento administrativo desconocido.

Bixiou (viendo entrar a Phellion). — *Victrix causa diis placuit, sed victa Catoni.*

Phellion. —Sí, señor.

Poiret. —¿Qué ha querido decir con esto?

Fleury. —Que el partido clerical está satisfecho, y que el señor Rabourdin cuenta con el afecto y consideración de las personas dignas.

Dutocq (amoscado). —No decía usted lo mismo ayer.

Fleury. —¡Si se atreve usted a dirigirme la palabra otra vez, sentirá el peso de mi mano sobre su rostro! Es indudable que ha sido usted quien *escamoteó* el trabajo de Rabourdin. (*Dutocq sale*). ¡Corra a quejarse a su señor Des Lupeaulx, espía!

Bixiou (riendo y haciendo muecas como un simio). —Siento curiosidad por saber cómo irá la división de ahora en adelante. El señor Rabourdin era un hombre tan inteligente y capacitado que seguramente al redactar ese trabajo debía hacerlo con una finalidad. El Ministerio pierde un cerebro privilegiado. (*Se frota las manos*).

Lorenzo. —Se ruega al señor Fleury que se presente en. Secretaría.

Los empleados de ambas oficinas. —¡*Hundido!*

Fleury (saliendo). —Esto ya me importa poco. Me han ofrecido una plaza de editor responsable. Tendré todo el día libre para pasear o para ocupar algún empleo entretenido en las mismas oficinas del periódico.

Bixiou. —Dutocq ha hecho que fuera ya destituido este pobre Desroys acusado de querer cortar cabezas...

Thuillier. —¿De los reyes^[24]?...

Bixiou. —¡Mis sinceras felicitaciones! ¡Ésta ha sido buena!

Coléville (entrando, muy alegre), —Señores, desde ahora soy su jefe...

Thuillier (abrazando a Coléville), —¡Oh!, amigo mío, si yo estuviera en tu lugar, no estaría tan contento como lo estoy ahora.

Bixiou. —¡Esto debe referirse a su mujer!... (*Carcajadas*).

Poiret. —¿Y cuál es la moraleja de todo lo que está sucediendo?...

Bixiou. —¿De verdad quieren saberla? Es la siguiente: la antecámara de la Administración será de ahora en adelante la Cámara, la Corte será el tocador, el camino ordinario está en los sótanos, y el lecho es hoy más que nunca el mejor atajo.

Poiret. —Señor Bixiou, ¿puedo rogarle que se explique?

Bixiou. —Voy a parafrasear mi opinión. Para llegar a ser algo, hay que empezar por serlo todo. Evidentemente, hay que llevar a cabo una reforma administrativa, toda vez que, palabra de honor, el Estado roba tanto a los empleados como tiempo roban al Estado los empleados; pero nosotros trabajamos poco porque no cobramos casi nada, somos muchos para la tarea que se debe realizar, y El Virtuoso Roubin lo ha visto claro. Ese gran hombre de oficinas previó, señores, lo que llegará a suceder, y que los ingenuos llaman el juego de nuestras admirables instituciones liberales. La Cámara deseará administrar, y los administradores querrán convertirse en legisladores. El Gobierno deseará administrar, y la administración querrá gobernar. Así, las leyes se convertirán en reglamentos, y las ordenanzas en leyes. Dios hizo esta época para solaz de los que disfrutaban riendo. Vivo admirado del gran espectáculo que nos ha preparado el mayor bromista de todos los tiempos: Luis XVIII. (*Estupefacción general*). Señores, si Francia, a la que se considera como el país mejor administrado de Europa es así, ¿cómo serán los otros! ¡Pobres naciones! ¡Me pregunto cómo pueden desenvolverse sin las dos Cámaras, sin libertad de prensa, sin los informes y las memorias, sin circulares, sin un ejército de empleados!... ¡Ah!, ¿cómo les es posible mantener ejércitos y flotas? ¿Cómo siguen existiendo sin discutir cada vez que aspiran aire y que lo expelen?... ¿Puede llamarse a esto gobierno o patria? Hay quien sostiene la opinión (viajeros farsantes) de que tales gentes pretenden poseer una política, y que gozan de una cierta influencia; pero les compadezco..., no poseen el *progreso de la ilustración*, no les es posible masticar sus ideas, no tienen tribunas independientes, están en plena barbarie. El pueblo francés es el único espiritual. Comprenda, señor Poiret (*Poiret recibe una especie de descarga eléctrica*), que un país no puede pasarse sin jefes de división, sin directores generales, sin ese hermoso estado mayor, gloria de Francia y del emperador Napoleón, que tuvo sus buenas

razones para crear empleos. Vea, pues, como estas naciones tienen la audacia de existir, y como en Viena, por ejemplo, hay aproximadamente un centenar de empleados en el Ministerio de la Guerra, mientras que en nuestro país los sueldos y las pensiones constituyen una tercera parte del presupuesto, lo cual no podía ni siquiera imaginarse antes de la Revolución. En fin, resumiendo, diré que la Academia de Inscripciones y Literatura, que poca cosa tiene que hacer, debería proponer un premio para quien resolviera la siguiente cuestión: *¿Cuál es el Estado mejor constituido, el que hace muchas cosas con pocos empleados, o el que hace pocas cosas con muchos empleados?*

Poiret. —¿Ha terminado usted?...

Bixiou. — ¡Yes, sir!... ¡Ja, mein Herr!... ¡Si, signor!... ¡Da!... *Les ahorro la contestación en los demás idiomas...*

Poiret (alzando los brazos al cielo). —¡Dios mío!... ¡Y todavía hay quien asegura que es usted inteligente!

Bixiou. —Así, pues, ¿todavía no me ha comprendido usted?

Phellion. —No obstante, su última proposición está llena de sentido...

Bixiou. —Al igual que el presupuesto, es tan complicada que parece sencilla, y la coloco ante ustedes como un farol sobre un montón de derribos, al lado de un agujero, de un precipicio, o sobre ese volcán llamado *horizonte político* por *El Constitucional*.

Poiret. —Preferiría una explicación que pudiese comprender...

Bixiou. —¡Viva Roubourdin!... Ésta es mi opinión. ¿Está ya contento?

Colleville (con gravedad). —El señor Roubourdin sólo ha cometido un error.

Poiret. —¿Cuál?

Colleville. —El de ser un hombre de Estado, en lugar de ser un jefe de oficina.

Phellion (plantándose ante Bixiou). —¿Y por qué, señor, usted que comprende tan bien al señor Roubourdin, ha dibujado esta indig..., esta infa..., esta espantosa caricatura?

Bixiou. —¿Y nuestra apuesta? ¿Han olvidado que yo me estaba jugando el todo por el todo? ¿Y que esta oficina me debe una cena en el *Rocher-de-Cancalle*?

Poiret (destrozado). —Está bien claro que tendré que dejar la oficina sin haber podido comprender ni una frase, ni una palabra, ni un pensamiento del señor Bixiou.

Bixiou. —¡Eso es culpa suya! ¡Pregunte a estos señores si han entendido! Señores, ¿han comprendido el sentido de mi explicación? ¿Es justa? ¿Está clara?

Todos. — ¡Ay!, por desgracia, sí.

Minard. —Y la prueba es que acabo de redactar mi dimisión. Adiós, señores, me paso a la industria...

Bixiou. —¿Es que ha inventado usted algún corsé mecánico, o cierta clase de biberones, bombas de incendios, guardabarros, o una chimenea que no consume madera, o un horno que puede cocer costillas con tres hojas de papel?

Minard (yéndose). —Guardo mi secreto.

Bixiou. —Bien, joven Poiret, ¿lo ve usted?... Todos estos señores me comprenden perfectamente...

Poiret (humillado). —Señor Bixiou, ¿quiere usted hacerme el honor de hablar, aunque sólo sea por una vez, en mi lenguaje descendiendo hasta mí?...

Bixiou (haciendo un guiño a los demás empleados). —¡*Con mucho gusto!* (Coge un botón del levitón de Poiret). *Antes de que se marche de aquí, quizá sepa usted la clase de hombre que es...*

Poiret (con vivacidad). —Un hombre honrado, señor...

Bixiou (encogiéndose de hombros). —... De definir, de explicar, de hacerse cargo de lo que es un empleado, ¿lo sabe usted?

Poiret. —Creo que sí.

Bixiou (retorciendo el botón). —*Lo dudo mucho.*

Poiret. —Es un hombre pagado por el Gobierno para realizar un trabajo.

Bixiou. —Según esto, un soldado sería también un empleado.

Poiret (embarazado). —No, claro que no.

Bixiou. —No obstante, es pagado por el Estado para montar guardias y pasar revistas. Me podrá objetar usted que el soldado está deseando dejar su plaza, que está en ella muy poco tiempo, que trabaja poco y que generalmente no toca más metal que el de su fusil.

Poiret (abriendo desmesuradamente los ojos). —¡Bien! Digamos entonces que un empleado es un hombre que para poder vivir tiene necesidad de un sueldo, y que no puede dejar su empleo ya que no sabe hacer otra cosa que rellenar impresos.

Bixiou. —¡Ah!, veo que vamos llegando a una solución... Así, pues, según usted, la oficina es como el cascarón del empleado. No puede existir un empleado sin oficina, ni una oficina sin empleados. ¿Qué diremos entonces de los aduaneros? (*Poiret intenta iniciar una discusión, se escapa de Bixiou, que le arranca un botón y le coge por otro*). ¡Bah!, éste sería en materia burocrática un ser neutro. El aduanero es un medio empleado, ya que se halla sobre los confines de la oficina y de las armas, como sobre las fronteras: no es del todo soldado ni del todo empleado. Pero ¿adonde nos lleva esta observación? (*Retuerce otro botón*). ¿Dónde termina el empleado? ¡Grave cuestión! ¿Un prefecto es un empleado?

Poiret (tímidamente). —Es un funcionario.

Bixiou. —¡Vaya, ha llegado usted a concebir un auténtico contrasentido! ¡El de que un funcionario pidiera no ser un empleado!...

Poiret (fatigado, mira a los demás empleados). —Parece que el señor Godard quiere decir algo...

Godard. —Podría decirse que el empleado es algo así como el orden, y el funcionario el género.

Bixiou (sonriendo). —No le hubiese creído nunca capaz de una distinción tan ingeniosa, mi querido sub-orden.

Poiret. —¿Adónde vamos a parar?

Bixiou. —Ta..., ta..., papá, vayamos por los pasos contados... Escúcheme, y terminaremos por entendernos. ¡Vamos, voy a plantear un axioma que lego a toda la oficina!:

«Allí donde termina el empleado, empieza el funcionario, y donde termina el funcionario, empieza el hombre de Estado».

—No obstante —prosiguió *Bixiou*—, se encuentran muy pocos hombres de Estado entre los prefectos. El prefecto sería entonces una especie de híbrido de los géneros superiores. Podría situarse entre el hombre de Estado y el empleado, del mismo modo que el aduanero se halla entre el civil y el militar. Continuemos estudiando este importante problema. (*Poiret se va poniendo colorado*). Todo esto es imposible formularlo por medio del siguiente teorema, digno de La Rochefoucault: Por encima de los veinte mil francos de sueldo, no existen empleados. Podemos deducir matemáticamente este *corolario*: el hombre de Estado se sitúa en la esfera de los sueldos superiores. Y este otro corolario no menos importante y lógico: los directores generales pueden ser también hombres de Estado. Tal vez sea en este mismo sentido como más de un diputado ha podido decir: «¡Es un magnífico estado el de director general!». Pero, en interés del idioma francés y de la Academia...

Poiret (completamente fascinado por la fijeza de la mirada de *Bixiou*). —¡*El idioma francés!*... ¡*La Academia!*...

Bixiou (*arranca un segundo botón y asiéndose al botón superior*). —Sí, en interés de nuestro armonioso idioma, debemos hacer observar que si bien un jefe de oficina puede, en rigor, ser todavía un empleado, el jefe de división debe ser considerado como un burócrata. Estos señores... (*se vuelve hacia los empleados mostrándoles un tercer botón arrancado del levitón de Poiret*)... estos señores, podrán apreciar este matiz lleno de delicadeza. Así, pues, papá *Poiret*, el empleado termina definitivamente en el jefe de división. He aquí la cuestión perfectamente planteada, no existe ya ni una sombra de incertidumbre, el empleado, que podía ser considerado como algo indefinible, ha quedado definido.

Poiret. —Me parece que, realmente, no queda ya duda alguna.

Bixiou. —No obstante, hágame el favor de resolverme esta cuestión: Siendo un juez inamovible, y no pudiendo ser, según acaba usted mismo de reconocer por medio de su sublime distinción, un verdadero funcionario, y no percibiendo un sueldo en armonía con sus funciones, ¿debe ser comprendido dentro de la categoría de empleado?...

Poiret (mirando al techo). —Señor, no estoy...

Bixiou (*arrancando un cuarto botón*). —Quisiera probarle a usted, señor, que nada hay sencillo, pero, sobre todo, lo que voy a decir va dirigido a los filósofos (si me permite comentar una frase de Luis XVIII), deseo hacer patente que: Al lado de la necesidad de definir, se halla el peligro de confundirse.

Poiret (*secándose el sudor de la frente*). —Perdone, señor, pero empiezo a sentir mareos... (*Intenta abrocharse el levitón*). ¡Oh! ¡Me ha arrancado usted todos los

botones!

Bixiou. —Qué, ¿comprende usted ahora?

Poiret (disgustado). —Sí, señor..., sí, comprendo que ha estado usted representando una comedia, mientras me iba arrancando los botones de mi levitón sin que yo me diera cuenta...

Bixiou (con seriedad). —¡Viejo!, está usted equivocado. He querido grabar en su cerebro la más viva imagen de un gobierno constitucional (*todos los empleados miran a Bixiou. Poiret, estupefacto, le contempla sumido en una especie de inquietud*), y cumplir con ello mi palabra. He adoptado las maneras parabólicas de los salvajes. (¡Escuche!). Mientras los ministros entablan en la Cámara coloquios casi tan concluyentes y útiles como este nuestro, la Administración arranca hasta los botones del contribuyente.

Todos. —¡Bravo, Bixiou!

Poiret (que empieza a comprender). —*No me quejo por mis botones.*

Bixiou. —Y yo hago como Minard; no quiero seguir cobrando tan poca cosa, y voy a dejar al Ministerio sin mi valiosa cooperación. (*Sale de la oficina en medio de la risa de todos los empleados*).

En el salón del Ministerio tenía lugar otra escena, más instructiva que esta última, ya que en ella se demostraba cómo pueden morir las grandes ideas en las esferas superiores, y como en ellas se consuelan de las desventuras pasadas.

En aquellos momentos, Des Lupeaulx estaba presentando al ministro el nuevo director, el señor Baudoyer. En el salón se hallaban también dos o tres diputados ministeriales influyentes, y el señor Clergeot, a quien Su Excelencia aseguraba le sería aumentado considerablemente el sueldo. Después de intercambiar unas cuantas frases intrascendentes, se planteó abiertamente el acontecimiento del día.

Un diputado. —Así, pues, ¿ya no podrán contar ustedes con Rabourdin?

Des Lupeaulx. —Ha presentado la dimisión.

Clergeot. —Se dice que quería reformar la Administración.

El ministro (mirando a los diputados). —Los sueldos quizá no son proporcionados a las exigencias del servicio.

De La Brière. —Según el señor Rabourdin, cien empleados con sueldos de doce mil francos harían mejor y más rápidamente el trabajo que mil empleados a mil doscientos francos.

Clergeot. —Tal vez esté en lo cierto.

El ministro. —¿Qué quiere usted? La máquina está montada así. Sería necesario destruirla y volverla a construir; ¿pero quién tendría el valor de plantear este asunto en la tribuna de la Cámara, bajo la andanada de discursos de la oposición desatados por semejante propuesta, sin contar los artículos que aparecerían en la prensa? Se comprende que un día u otro se producirá alguna solución de continuidad entre el Gobierno y la Administración.

El diputado. —¿Y qué sucederá entonces?

El ministro. —Que un ministro querrá llevar a cabo la reforma, sin poderlo conseguir. Se habrán creado lentitudes de procedimiento interminables entre las cosas y sus resultados. Si se ha de conseguir hacer imposible el robo de un solo escudo, no será posible impedir el agiotaje en la esfera de las altas especulaciones. No se autorizarán determinadas operaciones más que después de secretas estipulaciones, que serán difícilísimas de descubrir. Finalmente, los empleados, desde el más humilde hasta el jefe de oficina, tendrían opiniones propias, dejarían de ser las manos de un cerebro, ya no representarían el pensamiento del Gobierno, la oposición les daría el derecho de juzgarle, de hablar y de votar en contra suya.

Baudoyer (en voz baja, pero procurando ser oído). —*Monseñor es realmente sublime.*

Des Lupeaulx. —Ciertamente, la burocracia tiene sus defectos: la encuentro lenta e insolente, coarta en cierto modo la acción ministerial, ahoga los proyectos y detiene el progreso; pero hay que reconocer que la Administración francesa es admirablemente eficaz...

Baudoyer. —¡Cierto!

Des Lupeaulx. —Aunque sólo fuera para mantener el papeleo y los impuestos. Si, como las buenas amas de casa, es un poco meticulosa, puede, en cualquier momento, dar perfecta cuenta de los gastos realizados. ¿Cuál es el experimentado comerciante que no se lanzaría alegremente a firmar una póliza de seguros que le garantizara, por un cinco por ciento de sus beneficios, todo su capital y la imposibilidad de que en su negocio hubiera *escapes*?

El diputado (que era industrial). —Los industriales de ambos mundos la suscribirían gozosos de acuerdo con ese genio del mal, llamado *merma*.

Des Lupeaulx. —Aunque la estadística sea una especie de juguete para los hombres de Estado modernos, que creen que las cifras son el verdadero cálculo, es preciso servirse de ellas para calcular, ¡Calculemos, pues! Las cifras son, por otra parte, el medio de prueba de que disponen las sociedades basadas en la aportación personal y en el capital, y tal es la sociedad que existe como consecuencia de la Carta, al menos en mi opinión. Además, nada convence mejor a las *masas inteligentes* como unas cuantas cifras. Según dicen los hombres de Estado de la izquierda, todo en definitiva puede resolverse con números. ¡Hagamos números! (*El ministro se va a un rincón a hablar en voz baja con uno de los diputados*). Contamos con unos cuarenta mil empleados en Francia, deduciendo los asalariados, ya que un jardinero, un barrendero o una cigarrera no pueden ser considerados como empleados. Los sueldos medios son de mil quinientos francos. Multipliquen cuarenta mil por mil quinientos y obtendrán la cantidad de sesenta millones. Cualquier publicista podría demostrar en la China, en Rusia, países en los que todo el mundo roba, en Austria, en las repúblicas americanas, en el mundo entero, que por ese precio Francia dispone de la más estricta, de la más meticulosa, la más abnegada, la más trabajadora, la más ingeniosa, la más cuidadosa, la más comprobable, en resumen, la

mejor ama de casa de las administraciones conocidas. En Francia no se paga ni se cobra un solo céntimo que no sea ordenado por un documento, reflejado y reproducido en los estadillos de situación y pagado según recibo; además, tanto las facturas como los recibos son registrados, controlados y repasados con lupa. Al menor defecto de forma, el empleado se enfada, puesto que vive precisamente de estos escrúpulos. En fin, muchos países podrían estar contentos con algo semejante, pero Napoleón no paró aquí. Aquel gran organizador restableció los magistrados supremos de un Tribunal único en el mundo. Dichos magistrados pasan los días comprobando todos los bonos, impresos, relaciones, controles, facturas, pagos, contribuciones ingresadas, contribuciones gastadas, etc., efectuadas por los empleados. Estos jueces severos ponen en juego el talento del escrúpulo, el genio de la investigación, la perspicacia de las cuentas y la vista del lince, hasta rehacer todas las sumas, para buscar posibles sustracciones. Estas sublimes víctimas de los números devuelven, al cabo de dos años, a un intendente militar, un estado cualquiera en el que han encontrado un error de dos céntimos. Así, la Administración francesa, la más pura de todas las que papelean sobre la superficie del globo, ha rendido, como acaba de manifestar Su Excelencia, tales servicios, que el robo resulta prácticamente imposible. En Francia, el desfaldo es una quimera. Y a esto, ¿qué se puede objetar? Francia tiene unos ingresos de mil doscientos millones, y los gasta, eso es todo. Ingresan en sus cajas mil doscientos millones de francos, y salen de ellas mil doscientos millones. Maneja, pues, dos mil cuatrocientos millones, y paga únicamente sesenta para tener la seguridad de que no existen filtraciones. Nuestro libro de cocina administrativa cuesta sesenta millones, el dos y medio por ciento del total de gastos e ingresos, mientras que la gendarmería, los tribunales, la policía y las prisiones cuestan lo mismo y, en cambio, no producen nada. Por otra parte, proporciona empleo a gentes que no sirven para hacer más de lo que hacen, pueden creerlo. El despilfarro, si es que existe, no puede ser más que moral y legislativo; ya que las Cámaras se convierten en sus cómplices, el despilfarro puede considerarse como algo legal. Las *mermas* producidas consisten únicamente en hacer realizar trabajos que no son urgentes ni necesarios, en poner galones y quitárselos a los uniformes de la tropa, en construir barcos sin preocuparse de si hay madera disponible, y si no la hay tener que pagarla a precios superiores a los previstos, en prepararse para la guerra sin llevarla a cabo, en pagar las deudas de un Estado sin pedirle su reembolso o sin exigirle garantías, etcétera.

Baudoyer. —Pero de estos despilfarres no tiene la culpa el empleado. Esta equivocada gestión de los asuntos nacionales concierne únicamente al estadista que guía la nave.

El ministro (que ha terminado su conversación con el diputado). —Hay mucho de verdad en lo que acaba de decir Des Lupeaulx; pero sepa usted (*dirigiéndose a Baudoyer*), señor director, que nadie puede ponerse en el lugar de un hombre de Estado. Ordenar toda clase de gastos, incluso inútiles, no constituye una mala gestión.

No se trata siempre de animar el movimiento del capital, cuyo inmovilismo es funesto, en Francia especialmente, como consecuencia de ciertos hábitos de ahorro profundamente ilógicos, adquiridos en provincias, que dejan sin emplear montañas de oro...

El diputado (el que ha estado escuchando a Des Lupeaulx). —Pero si Su Excelencia está en lo cierto en cuanto acaba de manifestar, y si nuestro inteligente amigo (*coge a Des Lupeaulx por el brazo*) no está en un error, ¿qué podemos deducir de todo ello?

Des Lupeaulx (después de haber lanzado una mirada al ministro). —*Sin duda hay que hacer algo...*

De La Brière (tímidamente). —¿Entonces, Roubourdin tenía razón?

El ministro. —Ya veré a Roubourdin...

Des Lupeaulx. —Roubourdin ha cometido el error de erigirse en juez supremo de sí mismo, en juez de la administración y de los hombres que la componen; deseaba que tres Ministerios únicamente...

El ministro (interrumpiéndole). —*¿Es que Roubourdin se ha vuelto loco?*

El diputado. —¿Cómo estarían representados, en los Ministerios, los jefes de los partidos de la Cámara?

Baudoyer (con tono que él creyó elegante). —¿Pretendía quizás el señor Roubourdin modificar la Constitución dictada por el rey legislador?

El ministro (que se ha quedado pensativo, coge del brazo a La Brière y le acompaña). —*Quisiera examinar la memoria de Roubourdin, y puesto que usted le conoce...*

De La Brière (ya en el despacho). —Lo ha quemado todo, usted le ha dejado caer en el deshonor, y ha dejado la Administración. No crea en absoluto, monseñor, que ha tenido la estúpida ocurrencia, como Des Lupeaulx quiere hacer creer, de pretender cambiar la admirable centralización del poder.

El ministro (para sí). —*He cometido un error.* (Permanece silencioso durante unos momentos). *¡Bah! No creo que nos falten nunca planes de reforma...*

De La Brière. —No son ideas lo que va a hacer falta, sino hombres que las lleven a la práctica.

Des Lupeaulx, aquel delicioso abogado de los abusos, entró en el despacho.

—Monseñor, parto para mi elección.

—¡Espere! —dijo Su Excelencia dejando a su secretario particular y tomando por el brazo a Des Lupeaulx, con quien se dirigió hacia la ventana—. Querido, déjeme este distrito, será usted nombrado conde, y yo pagaré sus deudas... En fin, si después de la renovación de la Cámara sigo en el Gobierno, procuraré encontrar la ocasión de hacerle nombrar a usted par de Francia en la primera lista que presente al rey.

—Usted es hombre de honor, acepto.

Así fue como Clemente Chardin Des Lupeaulx, cuyo padre, ennoblecido en tiempos de Luis XV, llevó en su escudo cuartelado en el primero de plata un lobo rampante de sable, llevando en la boca un cordero de gules; en el segundo, de púrpura, tres armaduras de plata; dos y uno, con tres palos de gules y plata de doce piezas; en el cuarto, un caduceo de gules colocado en palo, vetado y serpenteado de sínople, sostenido por cuatro garras de grifón salientes de los flancos del escudo, una divisa que decía: LUPUS IN HISTORIA, surmontada sobre el escudo, casi en broma, en el que figuraba también una corona condal.

En 1830, a finales de diciembre, el señor Ravourdin tuvo un asunto que le llevó a su antiguo Ministerio, cuyas oficinas habían sido sacudidas por varios traslados. Tal revolución pesó especialmente sobre los ordenanzas de oficina, a quiénes les gusta poco ver caras nuevas. Llegado muy temprano al Ministerio, cuyos tres ordenanzas conocía, Ravourdin pudo oír el siguiente diálogo, sostenido entre los dos sobrinos, pues el tío había sido ya jubilado.

—Y qué, ¿cómo va tu jefe de división?

—No me hables de él, no puedo hacer nada. Me manda llamar para saber si he visto su pañuelo o su caja de rapé. Recibe a la gente sin hacerles esperar; en una palabra, carece de la menor dignidad. Me veo obligado a tenerle que decir: «Pero, señor, el señor conde, su predecesor, en interés del Gobierno, por lo menos hacía incisiones en los brazos de su sillón para hacer creer que trabajaba». ¡En fin, lo enreda todo! ¡Lo cambia y trastoca todo! Es un espíritu mezquino. ¿Y el tuyo?

—¡Oh!, al mío he terminado por enseñarle su cometido; ahora ya sabe dónde tiene el papel de cartas, los sobres, las plumas y las carpetas. El anterior juraba, en cambio éste es suave..., pero tampoco es nada que valga la pena; además, no posee ninguna condecoración: pueden tomarle por uno de nosotros, y esto es algo humillante. Se lleva a casa el papel de la oficina, y me ha pedido si quería ir a servir la mesa los días en que hay velada en su casa.

—¡Oh! ¡Qué Gobierno, amigo mío!

—Sí, todo el mundo se burla de él.

—¡Mientras no nos rebajen más nuestros ya miserables sueldos!...

—¡Temo que lo hagan! Las Cámaras son muy avaras. Pretenden reducir la cantidad de madera asignada para la calefacción.

—¡Bueno!, esto no puede durar así eternamente, si siguen por este camino.

—¡Nos han sorprendido! ¡Nos están escuchando!

—¡Oh!, es el difunto señor Ravourdin... ¡Ah!, señor, le he reconocido en seguida por su manera de presentarse... Si tiene necesidad de algo, nosotros le serviremos con gusto, ya que de su tiempo somos los únicos que quedamos... Los señores Colleville y Baudoyer no tuvieron tiempo ni de gastar la tela de sus sillones después que usted se hubo marchado... ¡Oh, Dios mío! Seis meses más tarde fueron nombrados preceptores en París.

París, julio de 1836.



HONORÉ DE BALZAC nació en 1799 en Tours, donde su padre era jefe de suministros de la división militar. La familia se trasladó a París en 1814. Allí el joven Balzac estudió Derecho, fue pasante de abogado, trabajó en una notaría y empezó a escribir: obras filosóficas y religiosas, novelas de consumo publicadas con seudónimo e incluso una tragedia en verso, *Cromwell*, se cuentan entre estas primeras producciones, todas ellas anteriores a 1827. Fue editor, impresor y propietario de una fundición tipográfica, pero todos estos negocios fracasaron, acarreándole deudas de las que no se vería libre en toda su vida. En 1830 publica seis relatos bajo el título común de *Escenas de la vida privada*, y en 1831 aparecen otros trece bajo el de *Novelas y cuentos filosóficos*: en estos volúmenes se encuentra el germen de *La comedia humana*, ese vasto «conjunto orgánico» de ochenta y cinco novelas sobre la Francia de la primera mitad del siglo XIX, cuyo nacimiento oficial no se produciría hasta 1841, a raíz de un contrato con un grupo de editores. Balzac, autor de una de las obras más influyentes de la literatura universal, murió en París en 1850.

Notas

[1] Puente de las Coles. <<

[2] Hospital de París, fundado por San Luis para trescientos ciegos. (*Nota del Traductor.*) <<

[3] Así es, en efecto. <<

[4] ¡Pobrecillo! <<

[5] Señores y bellas damas. <<

[6] Niño. <<

[7] Cochero. <<

[8] Lorette. <<

[9] En realidad *pout aux ânes* es escollo en el que sólo tropiezan los ignorantes, o sea consecuentemente piedra en la que no se tropieza dos veces. (N. del T.). <<

[10] Juego de palabras con Descartes, autor del *Discurso del Método*. (Nota del Traductor). <<

[11] En el original *carotteurs*, que en realidad son estafadores o tramposos. (*N. del T.*).

<<

[12] Famoso bosque donde pululaban los bandidos y salteadores. (*Nota del Traductor*). <<

[13] Un curso la terminará. (N. del T.) <<

[14] Virgen de su esposo. (N. del T.) <<

[15] Casta diosa de un Enrique. (N. del T.). <<

[16] Esta larga nariz. (N. del T.). <<

[17] *En* H. V. cederá

De S. C. se marchará.

En *un* navío errará

En Gorix morirá. (N. del T.) <<

[18] *Risa de labrador estúpido.* (N. del T.). <<

[19] Birez et pas rírez! *Paz rirez* se pronuncia exactamente Igual que *parirez* (apestarán), de ahí el Juego de palabras. (N. del T.) <<

[20] Nuevo juego de palabras entre *cran* (muesca, peldaño) y *créne* (cráneo), cuya pronunciación es idéntica. (N. del T.) <<

[21] *Ris au laid*, suena exactamente Igual que *riz au lait* (arroz con leche). (N. del T)..

<<

[22] Xavier Rabourdin, chef de bureau, *se convierte, merced al anagrama, en D'abord réva bureaux, e, u, fin riche.* (N. del T.). <<

[23] *Reponses* (respuestas), y *raiponces* (rapónchigos) se pronuncian igual. (*N. del T.*).

<<

[24] Nuevo juego de palabras entre *Desroys* (apellido del empleado) y *des rois* (*de los reyes*), de Igual pronunciación. (N. del T.) <<